



EL ETERNO REGRESO A CASA

Ursula K Le Guin

El eterno regreso a casa narra la historia de Piedra Parlante, hija de una mujer de las apacibles ciudades del valle y de un jefe de las fuerzas invasoras del Norte, que busca la paz entre los dos pueblos en un viaje que es a la vez su propia y conmovedora aventura. Esta singular biografía se enmarca en el relato minucioso e imaginativo de la vida de los kesh, un insólito pueblo de la costa del Pacífico. El lector conoce sus historias y costumbres a través de las notas, mapas e ilustraciones de una etnóloga inteligente y curiosa. Así, a lo largo de estas páginas deslumbrantes se entremezclan los más diversos rituales épicos y cotidianos, desde la descripción de una guerra hasta recetas para la preparación de una sopa de cordero, sátiras, letras de canciones, obras dramáticas, tecnología y poesía.

Una de las obras más intensas y ambiciosas de Ursula K. Le Guin.



URSULA
K. LE GUIN

EL ETERNO
REGRESO
A CASA

FANTÁSTICAS
EDHASA



Ursula K. Le Guin

El eterno regreso a casa

ePub r1.1
Colophonius 20.09.16

EL ETERNO REGRESO A CASA

URSULA K. LE GUIN



Título original: *Always Coming Home*

Ursula K. Le Guin, 1985

Traducción: Hernán Sabaté Vargas

Ilustraciones: Margaret Chodos

Editor digital: Colophonius

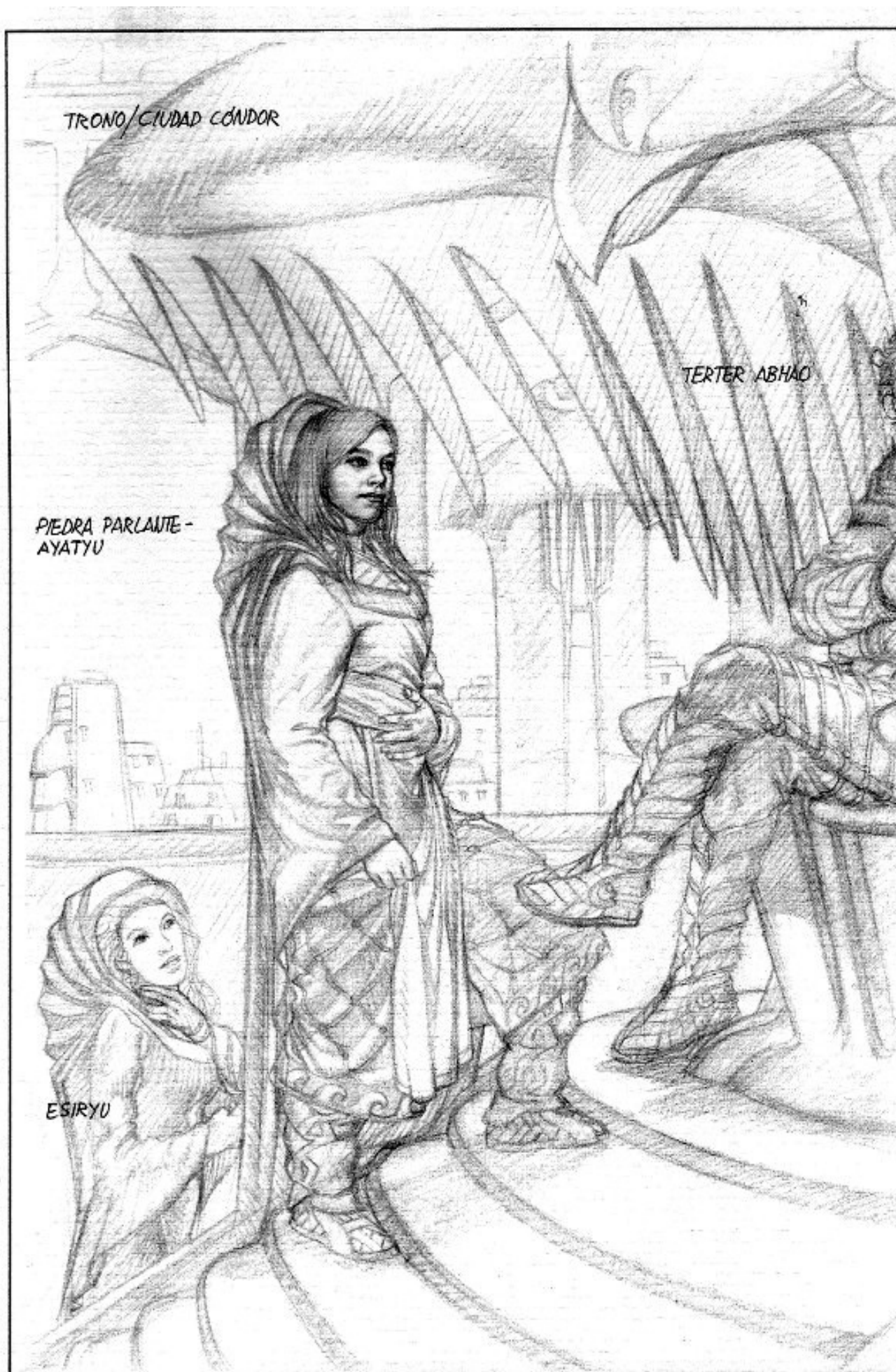
Corrección de erratas: antonio v

ePub base r1.2

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html







Nota preliminar

Los personajes de este libro podrían haber vivido dentro de muchísimo tiempo en el Norte de California.

La parte principal de la obra recoge sus propias voces hablando por sí mismas en relatos y biografías, obras de teatro, poemas y canciones. Si el lector se topa con algunos términos que le resultan desconocidos, al final le quedarán perfectamente aclarados. En mi labor de novelista, he juzgado conveniente agrupar muchos de los aspectos descriptivos de la obra en una sección titulada «La parte final del libro», que pueden saltarse los amantes de la narrativa pura, y consultar en cambio quienes gusten de las explicaciones. El glosario final también puede resultar entretenido o útil.

Resulta difícil traducir de un idioma que no ha llegado a existir, pero tampoco hay que exagerar. Al fin y al cabo, el pasado puede ser tan oscuro como el futuro. El antiguo texto chino del *Tao Te King* ha sido traducido decenas de veces a los idiomas occidentales, y de hecho, los chinos tienen que traducirlo de nuevo a su propia lengua cada ciclo de Catay, pero ninguna traducción puede devolvernos la obra que escribió Lao Tsé (quien tal vez no existió). De lo único que disponemos es del *Tao Te King* actual. Lo mismo cabe decir de las traducciones de obras literarias del (o de un) futuro. El hecho de que todavía no hayan sido escritas, la mera ausencia de un texto para traducir, no representa una gran diferencia. Lo que fue y lo que podría ser se halla, como niños cuyos rostros no podemos ver, en brazos del silencio. Lo único que tenemos en cada momento es el aquí y el ahora.

el eterno REGRESO a casa

LA CANCIÓN DE LA CODORNIZ

De la Danza del Verano

En los campos junto al río
de los prados junto al río
de los campos junto al río
en los prados junto al río
corren dos codornices

Corren dos codornices
vuelan dos codornices
dos codornices corren
dos codornices vuelan
de los prados junto al río

Hacia una arqueología del futuro

¡Cómo se siente el paciente científico cuando los montecillos informes de hierba y las imprecisas zanjas bajo los cardos y los matorrales empiezan a cobrar forma y todo se hace claro! ¡Ahí está la entrada, allá el granero! Excavaremos aquí, y allí, y después echaré un vistazo a esa ligera protuberancia en la ladera... ¡Cómo se siente en la mismísima gloria cuando un fino disco se desliza entre sus dedos con el polvo del tamiz, y una vez limpiado con el roce del pulgar muestra el relieve del dios, estampado en el delicado bronce! ¡Cómo envidio sus palas, sus cedazos y sus cintas métricas, todas sus herramientas, y sus manos sabias y expertas que tocan y sostienen los hallazgos! No por mucho tiempo, desde luego, pues pronto ha de entregarlos al museo, pero al menos los acoge unos instantes entre sus manos.

Por fin encontré la ciudad que había estado buscando. Tras excavar equivocadamente en diversos lugares durante más de un año, obsesionada por varias ideas estúpidas —por ejemplo, que debía estar amurallada y tener una entrada principal—, me hallaba examinando por enésima vez las curvas de nivel de mi plano de la región cuando empecé a comprender, de la misma forma lenta pero inevitable en que el sol se levantaba sobre mí, que la ciudad estaba allí, entre los arroyos y bajo mis pies, desde siempre. Y que jamás había existido una muralla; ¿para qué iban a necesitarla? Lo que había tomado por entrada principal era el puente que cruzaba la confluencia de los arroyos. Y los edificios sagrados y el lugar de las danzas no estarían en el centro de la ciudad, pues el centro es el eje, sino más arriba, en su brazo de la doble espiral, en el brazo derecho, naturalmente; allí, en la dehesa, bajo el establo. Y así es, así es.

Pero aquí no puedo excavar con la esperanza de encontrar el trozo curvo de una teja, el pie iridiscente de una copa de vino, la cápsula cerámica de una batería solar o una pequeña moneda del oro de California, del mismo —pues el oro no se oxida— que fue pesado en Placerville y gastado en prostitutas o en bienes raíces en Frisco y quizá convertido luego, durante un tiempo, en un anillo de boda, y ocultado más tarde en un sótano más profundo que la mina de donde salió hasta que resultó inútil toda medida de seguridad y aparecía ahora con la nueva forma, redonda esta vez, de un sol de rayos curvos entregado en homenaje a un artesano habilidoso. No, eso no lo encontraré. No existe aquí. Este pequeño sol de oro no mora, como ellos dicen, en las casas de la Tierra. Está en el aire tenue, en las soledades que se extienden más allá de este día y de esta noche, en las casas del Cielo. Mi oro está en los fragmentos de cerámica al final del arco iris. ¡Excava aquí! ¿Qué encontrarás? Semillas. Semillas de avena loca.

Ahora puedo caminar entre la avena loca y los cardos, entre las casas de Sinshan,

la pequeña ciudad que he estado buscando. Puedo cruzar el eje y llegar al lugar de las danzas. Allí, hacia donde hoy se alza el roble del valle, estará la Obsidiana, al noreste; muy cerca de ésta, la Arcilla Azul excavada en la ladera, al noroeste; más próximo a mí, hacia el centro, la Serpentina de las Cuatro Direcciones, y luego los dos adobes, en una curva que desciende hacia el arroyo, al sureste y al suroeste. Tendrán que drenar ese campo si, como pienso, construyen los heyimas bajo el suelo, asomando sólo sus techos piramidales con triforios, y los remates ornamentados de la escala de entrada sobresaliendo del vértice. Puedo verlos claramente. Aquí me son permitidas toda clase de visiones con los ojos de la mente. Puedo quedarme aquí, en la vieja dehesa donde no hay más que sol y lluvia, avena loca y cardos y decrépito salsifí, sin ganado que paste, sólo ciervos, puedo cerrar los ojos y ver: el lugar de las danzas, los empinados techos piramidales, una luna de cobre batido encima de un largo poste sobre Obsidiana. Si presto atención, ¿acaso no puedo escuchar voces con el oído interior? ¿Pudiste oírlas tú, Schliemann, en las calles de Troya? Si así fue, tú también estabas loco. Los troyanos llevaban muertos tres mil años. ¿Quién está más lejos de nosotros, más lejos de nuestro alcance, más silencioso... los muertos o los que aún no han nacido? ¿Aquellos cuyos huesos yacen bajo los cardos y el polvo y las lápidas del pasado, o aquellos que se deslizan ingravidos entre las moléculas, que habitan donde un siglo pasa en un día, entre la buena gente, bajo la gran colina de la Posibilidad, de perfil de campana?

No hay modo de encontrar sus restos en excavaciones. No existen huesos. Los únicos huesos humanos en esta dehesa serían los de sus primeros habitantes, y éstos no eran enterrados ni dejaron tumbas, tejas, restos de cerámica, murallas o monedas. Si tuvieron una ciudad aquí, ésta se levantó con los materiales de que están hechos los bosques y los campos, y nada ha quedado de ellos. Uno puede escuchar, pero todas las palabras de su idioma se han perdido, se han olvidado por completo. Trabajaron la obsidiana, y ésta permanece; allí abajo, en las lindes del aeropuerto de hombre rico, había un taller y en ese lugar se pueden recoger numerosas lascas trabajadas, aunque hace años que nadie ha encontrado una punta pulimentada. No queda otro rastro de su presencia. Dominaron su valle muy superficialmente, con delicadeza. Deambularon por él apaciblemente, como lo harán los otros, éstos que busco.

El único medio que puedo concebir para encontrarlos, la única arqueología que puede tener éxito, es como sigue: Una toma en brazos a su hijo o a su nieto, un bebé que todavía no ha cumplido un año, y desciende entre la avena loca por el campo bajo el granero. Después se detiene bajo el roble en la última cuesta de la colina, mirando al arroyo. Se detiene silenciosamente. Quizás entonces el bebé vea algo, o escuche una voz, o hable allí con alguien. Con alguien de casa.





La bodega pequeña de Sinshan

PIEDRA PARLANTE

parte I



Piedra parlante es mi último nombre. Me ha sido impuesto por mi propia voluntad y elección, pues tengo un relato que contar sobre el lugar donde fui cuando era joven, aunque ahora no voy a ninguna parte y paso el tiempo sentada como una piedra en este lugar, en esta tierra, en este valle. He llegado a donde me dirigía.

Mi Casa es la Arcilla Azul y mi hogar el Porche Elevado de Sinshan.

Mi madre se llamó Carcachil, Sauce y Cenizas. El nombre de mi padre, Abhao, significa ‘Muertes’, en el valle.

En Sinshan los nombres de los niños suelen proceder de los pájaros, ya que son mensajeros. Durante el mes anterior a mi nacimiento, un búho acudió cada noche al robledal llamado Gairga, frente a las ventanas de la Casa del Porche Elevado, en el lado norte, y allí cantó la canción del búho. Por eso mi primer nombre fue Búho del Norte.

El Porche Elevado es una casa antigua, de sólida construcción y grandes estancias. Las vigas y la estructura son de secoya, las paredes de adobe y mortero, los suelos de roble, y las ventanas de vidrio pulido en pequeños paneles cuadrados. Los balcones de Porche Elevado son espaciosos y bellos. La abuela de mi bisabuela fue la primera que vivió en sus aposentos, en la primera planta, bajo el techo. Cuando la familia era grande, fue necesario ocupar todo el piso, pero mi abuela fue la única de su generación y por eso nosotras vivíamos sólo en las dos estancias del oeste. No podíamos aportar mucho. Teníamos el usufructo de diez olivos silvestres y de otros árboles frutales en el cerro de Sinshan, y de un campo de siembra al este de Wakyahum, y plantábamos patatas, maíz y verduras en uno de los campos, junto al arroyo, al sureste de la colina de Adobe, pero cogíamos mucho más maíz y alubias de los graneros de lo que aportábamos. Mi abuela Valiente era tejedora. Cuando yo era pequeña, la familia no tenía ovejas, y por eso la abuela cambiaba gran parte de lo que tejía por más lana para seguir tejiendo. Lo primero que recuerdo de mi vida son los dedos de la abuela recorriendo la urdimbre del telar, adelante y atrás, con un brazalete de plata en forma de media luna reluciendo en su muñeca bajo la manga roja.

Lo segundo que recuerdo es que salí hacia la fuente de nuestro arroyo una mañana de invierno, muy temprano, bajo la niebla. Era la primera vez que acudía, como hija de la Arcilla Azul, a recoger agua para la wakwa de la luna nueva. Hacía tanto frío que me puse a llorar. Los niños mayores se rieron de mí y dijeron que había estropeado el agua al echar mis lágrimas en ella. Yo me lo creí y volví a llorar, esta vez a gritos, porque había estropeado el agua. Mi abuela oficiaba la ceremonia y me

dijo que al agua no le sucedía nada, y me dejó llevar el cántaro de la luna durante todo el camino, de vuelta a la ciudad, pero yo hice todo el recorrido llorando y gimoteando porque tenía frío y vergüenza, y el cántaro de agua del manantial era frío y pesado. Ahora que soy vieja sigo recordando el frío, la humedad y el peso de aquel día, y veo las ramas muertas de acerolo, negras entre la niebla, y escucho las voces que hablan y ríen delante y detrás de mí en el empinado sendero junto al arroyo.



Ir allí, ir allí,^[1]
ir donde fui,
llorar junto al agua.
Ir allí, ir allí,
la niebla junto al agua.

Mi llanto no duró mucho tiempo; quizá no el suficiente. El padre de mi padre dijo:

—Risas primero, lágrimas después; lágrimas primero, risas después.

El padre de mi madre era un hombre de la Serpentina de Chumo y había regresado a ese lugar para vivir con el pueblo de su madre. A mi abuela esto le pareció bien, y en cierta ocasión comentó que «vivir con mi esposo es como comer bellotas sin lixiviar». Sin embargo iba a visitarlo a Chumo de vez en cuando, y él venía a vernos y se quedaba en las colinas durante el verano, cuando Chumo se cocía como una galleta en el fondo del valle. La hermana del abuelo, Tambor Verde, era una famosa bailarina de la Danza del Verano, pero su familia nunca entregaba nada. El abuelo decía que eran pobres porque su madre y su abuela lo habían entregado todo años atrás, para organizar las Danzas del Verano en Chumo. La abuela afirmaba que eran pobres porque no les gustaba trabajar. Quizás ambos tenían razón.

Los restantes miembros humanos que pertenecían directamente a mi familia vivían en Madidinou. La hermana de mi abuela se había instalado allí y su hijo se había casado con una mujer del Adobe Rojo de la localidad. Los visitábamos con frecuencia y recuerdo haber jugado mucho con mis primos segundos, un chico y una chica llamados Pelicano y Lúpulo.

Cuando era pequeña nuestros animales domésticos eran unos himpís, unas aves de corral y una gata. La gata era negra, sin un solo pelo blanco, lustrosa, educada y buena cazadora. Cuando tuvo crías las cambiamos por himpís, de modo que durante

un tiempo tuvimos un gran corral de himpís. Yo cuidaba de ellos y de los pollos, y mantenía a los gatos alejados de los corrales y gallineros situados bajo los balcones inferiores. Cuando empecé a tratar a los animales era tan pequeña que me asustaba el gallo de cola verde. Él lo sabía y se me acercaba estirando el cuello y maldiciendo, y yo saltaba a toda prisa el tabique que separaba el gallinero del corral de los himpís, para huir de él. Los himpís salían y se sentaban y me silbaban. Los himpís me gustaban mucho, más incluso que los garitos. Aprendí a no ponerles nombres y a no venderlos vivos si su destino era la olla, sino a matarlos yo misma rápidamente, ya que hay gente que mata a los animales sin cuidado o sin habilidad, causándoles miedo y sufrimientos. La noche que un perro pastor se volvió loco y entró en el corral y mató a todos los himpís, salvo algunos recién nacidos, lloré tanto que hasta mi abuelo se emocionó. Después de esa noche estuve meses sin poder hablar con un perro. Sin embargo el suceso terminó bien para mi familia, pues la gente del perro pastor nos entregó una oveja hembra para compensar la pérdida de nuestros himpís. La oveja parió dos corderitas, y mi madre volvió a ser una pastora y mi abuela tuvo al fin su propia lana para hilar y tejer.

No recuerdo cuándo aprendí a leer y a bailar; mi abuela ya me enseñaba antes de que empezara siquiera a hablar y a caminar. A los cinco años, comencé a acudir por las mañanas al heyimas con los demás niños de la Arcilla Azul. Después estudié con los maestros en los heyimas y en las Logias de la Sangre, del Roble y del Topo; aprendí el Viaje de la Sal; fui durante un tiempo alumna del poeta Ira, y pasé una larga temporada con el alfarero Sol de Arcilla. No era muy despierta para aprender, y jamás se me pasó por la cabeza acudir a la escuela de alguna de las grandes ciudades, como hacían algunos niños de Sinshan. A mí me gustaba estudiar en los heyimas, tomar parte en una estructura mayor que mi propio conocimiento, en la que podía encontrar alivio para los sentimientos de temor y cólera que por mí misma no alcanzaba a entender o superar. Sin embargo no aprendí todo lo que pude, pues siempre me hice la remolona diciendo: «No puedo, no sé hacerlo».

Algunos niños, ignorantes o malintencionados, me llamaban Hwikmas, ‘Media Casa’. La gente también decía de mí: «Ésa es una media persona». Yo interpretaba esos comentarios a mi manera, pues en casa no me los explicaban. Tampoco tenía valor para preguntar en los heyimas ni para acudir donde pudiera enterarme de asuntos externos a la pequeña ciudad de Sinshan y empezar a ver el valle como parte de un todo, no sólo como un todo en sí mismo. Dado que ni mi madre ni la madre de mi madre hablaban de mi padre, lo único que supe de él durante estos primeros años de mi vida fue que había venido de fuera del valle y que se había vuelto a marchar. Para mí eso sólo significaba que no tenía abuela paterna, ni casa paterna, y que por tanto era una media persona. Ni siquiera había oído hablar del pueblo Cóndor. Ya tenía ocho años cuando acudimos a las fuentes termales de Kastoana para tratar el reuma de mi abuela, y en el espacio común del balneario vi algunos hombres del Cóndor.

Voy a relataros ese viaje. Se trata de un pequeño viaje que realizamos hace muchísimos años; un viaje del Aire Calmo.

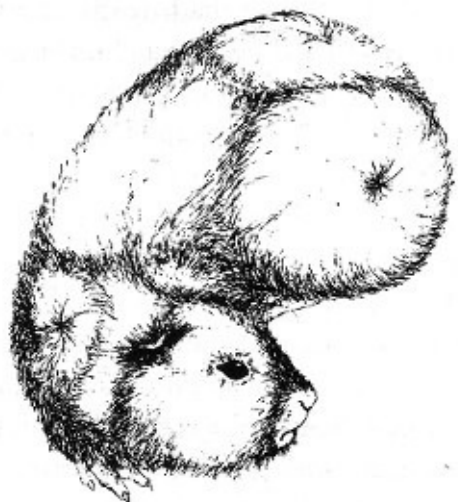
Nos levantamos en la oscuridad de una madrugada, casi un mes después de la Danza del Mundo. Le puse a la negra gata Sidi, que se estaba haciendo vieja, un poco de comida que había guardado para ella. Estaba convencida de que la gata pasaría hambre mientras estuviéramos fuera, y la idea me tuvo preocupada varios días. Mi madre dijo entonces:

—Tú cómete eso, que la gata ya cazará lo que necesite.

Mi madre era severa y sensata.

—La niña está alimentando su alma, déjala —respondió mi abuela.

Apagamos el fuego del hogar y dejamos la puerta entreabierta para que entraran la gata y el viento. Bajamos por la escalera a la luz de las últimas estrellas. Las casas parecían oscuras colinas bajo las sombras. Ya en el espacio común, éstas se hacían más ligeras. Cruzamos el eje y llegamos al heyimas de la Arcilla Azul. Allí nos aguardaba Cáscara, que era miembro de la Logia de los Doctores y trataba los dolores de mi abuela, de la que era vieja amiga. Ambas llenaron la jofaina de agua y cantaron juntas el *Regreso*. Cuando llegamos al lugar de la danza, empezaba a nacer la luz del día. Cáscara nos acompañó de vuelta, cruzando el eje y la ciudad hasta que, una vez pasado el puente sobre el arroyo de Sinshan, todas nos pusimos en cuclillas bajo los robles llenos de vida y orinamos, y nos dijimos entre risas: «¡Id con bien! ¡Quedad con bien!». Esto es lo que hacía antes la gente del valle Inferior cuando partía de viaje, aunque hoy sólo se acuerdan de ello los ancianos. Cáscara regresó después y nosotras continuamos más allá de los establos, entre los arroyos, atravesando los campos de Sinshan. Sobre las colinas, en torno al valle, el cielo empezaba a teñirse de rojo y amarillo. Donde nosotras estábamos, en mitad del valle, los bosques y las colinas mostraban su verdor. A nuestra espalda, la montaña de Sinshan aparecía azul y en sombras. Así anduvimos por el brazo de la vida.^[2] Los pájaros lanzaban sus variados trinos en el aire, en los árboles y en los campos. Cuando llegamos al camino de Amiou y continuamos hacia el noroeste para quedar frente a la montaña Abuela, apareció el blanco borde del sol sobre los picos del sureste. Ahora camino por ese sendero bajo esa luz.



Mi abuela Valiente se sentía bien esa mañana y andaba sin dificultad.

—Vamos a visitar a nuestra familia de Madidinou —me dijo.

Así pues tomamos ese rumbo, hacia el sol, y llegamos al lugar siguiendo el arroyo de Sinshan. Gran cantidad de ocas y patos, domésticos y salvajes, comían y parloteaban entre las espadañas de los pantanos. Yo había estado muchas veces en Mididinou, por supuesto, pero en esta ocasión la ciudad me parecía totalmente distinta, pues el viaje iba a llevarme más allá de sus casas. Estaba seria, pues me sentía importante, y no quise jugar con mis primos del Adobe Rojo, aunque eran los niños a los que yo más quería. Mi abuela hizo una breve visita a su nuera —su hijo había muerto antes de que yo naciera— y al padrastro de sus nietos. Luego proseguimos nuestro camino y atravesamos los huertos de ciruelos y albaricoques hasta la Vieja Carretera Recta.

En ocasiones, con mis primos de Madidinou, había cruzado y dejado atrás la Vieja Carretera Recta, pero ahora iba a avanzar por ella. Con gesto grave, pero llena de un temor reverencial, musité heyas durante los nueve primeros pasos. Se decía que era la construcción más antigua de todo el valle y nadie sabía cuánto tiempo llevaba allí. Algunos tramos eran realmente rectos, pero otros describían curvas hacia el río y luego volvían a formar una recta. En el polvo de la carretera había huellas de pasos: pisadas de ovejas, de asnos y de perros, huellas de pies humanos calzados y descalzos... Eran tantas las pisadas humanas que pensé que allí estaban las huellas de toda la gente que había pasado por la carretera durante cincuenta mil años. Grandes robles del valle se alineaban al borde de la carretera para protegerla del viento y dar sombra; aquí y allá aparecían olmos, álamos y enormes eucaliptos blancos, tan grandes y retorcidos que parecían más viejos que la misma carretera. Sin embargo era tan ancha que ni siquiera las sombras de la mañana alcanzaban a cruzarla. Pensé que tenía esa anchura precisamente por ser tan vieja, pero mi madre me contó que se debía a que los grandes rebaños del valle Superior la utilizaban para dirigirse a los prados de hierba salada de las desembocaduras del Na, después del mundo, y para regresar valle arriba después de la Hierba. Algunos de esos rebaños tenían más de un

millar de ovejas, y todos ellos habían pasado ya en su viaje trashumante. Sólo encontramos un par de carros de estiércol que avanzaban tras el último rebaño, acompañados por un grupo de adolescentes de Telina, sucios y chillones, que recogían los excrementos para abonar los campos. Los muchachos nos hicieron todo tipo de bromas y mis madres replicaron con risas, pero yo me cubrí el rostro. Había algunos viajeros más en la carretera, y cuando nos saludaron de nuevo oculté el rostro. Pero cuando los hubimos dejado atrás, volví la cabeza y les hice muchas preguntas: quiénes eran, de dónde venían y a dónde iban. Al oírme, Valiente se echó a reír y me replicó con palabras burlonas.

Avanzábamos lentamente porque la abuela cojeaba. El camino me parecía infinitamente largo pues todo era nuevo para mí, pero a media mañana atravesamos por fin los viñedos hasta Telina-na. Contemplé la ciudad que se alzaba junto al Na, sus grandes establos, los muros y las ventanas de sus casas entre los robles, los techos de sus heyimas, empinados, rojo y amarillo en torno al lugar de las danzas, adornado de estandartes, una ciudad como un racimo de uvas, como un faisán macho, suntuosa, llena de ricos detalles, hermosa, maravillosa.

El hijo de la hermanastra de la abuela vivía en Telina-na con una familia del Adobe Rojo, y esa familia nos había ofrecido alojamiento en su casa durante nuestro viaje. Telina-na era mucho más extensa que Sinshan, tanto que creí que no tenía fin, y la familia también era muchísimo más numerosa que la nuestra, tanto que creí que tampoco tenía fin. En realidad la integraban sólo siete u ocho personas que vivían en la primera planta de la Casa de Cenizas Volcánicas, pero no dejaban de entrar y salir otros parientes y amigos, y había tanto movimiento, tanto charlar y cocinar, y tomar y dejar, que pensé que la familia debía de ser la más rica del mundo. Una vez le susurré a la abuela:

—¡Mira, tienen siete pucheros de cocina!

Todos se rieron de mi ocurrencia. Al principio me sentí avergonzada, pero al ver que repetían lo que había dicho y seguían riéndose de tan buen talante, me puse a decir más cosas para que continuaran riéndose. En una ocasión dije:

—¡Esta familia es enorme, como una montaña!

Me respondió Vid, la esposa de mi medio tío:

—Entonces ven a vivir una temporada con nosotros en esta montaña, Búho del Norte. Tenemos siete pucheros pero no tenemos hijas y necesitamos una.

Lo decía en serio, pues Vid era el centro de todo aquel tomar y dejar, de aquel entrar y salir; era una persona generosa. Pero mi madre no dejó que las palabras la conmovieran y mi abuela sonrió, pero no dijo nada.

Por la tarde, mis primos del Adobe Rojo, los dos hijos de Vid y otros niños de la familia me llevaron a visitar Telina. La Casa de Cenizas Volcánicas es una de las casas interiores del espacio común de la izquierda. En la plaza central se disputaba una carrera de caballos, algo maravilloso para mí, que jamás hubiera imaginado un espacio común lo suficientemente grande como para celebrar en él una carrera. En

realidad no había visto muchos caballos hasta entonces. En Sinshan se celebraban carreras de asnos en un prado para vacas. La carrera consistía en dar la vuelta por la izquierda, hacia atrás, y luego por la derecha para hacer la heyiya-if. La gente se apiñaba en los balcones y en los tejados con lámparas de aceite y a pilas, cruzando apuestas, bebiendo y gritando, y los caballos corrían entre las sombras y las luces centelleantes, dando vueltas con la rapidez de las golondrinas, bajo los gritos y aullidos de los jinetes. En algunos balcones del lugar de la derecha, la gente cantaba, preparándose para la Danza del Verano:

Dos codornices corren,
dos codornices vuelan...

Arriba, en el lugar de las danzas, también oímos cantar en el heyimas de la Serpentina, pero sólo pasamos por allí camino del río. Entre los sauces del lugar, donde las luces de la ciudad titilaban ligeramente entre las sombras, las parejas se perdían para disfrutar de la intimidad. Los niños nos internamos entre los árboles para buscar parejas, y cuando encontrábamos una, mis primos gritaban:

—¡Eh, topo, tienes tierra en la madriguera! —o hacían ruidos groseros y la pareja se levantaba profiriendo juramentos y nos perseguía, y nosotros nos dispersábamos corriendo. Si aquellos primos míos hubieran hecho lo mismo todas las noches cálidas, no habría habido mucha necesidad de anticonceptivos en Telina.

Cuando nos cansamos, volvimos a la casa y cenamos unas alubias frías, y nos acostamos en los porches y balcones. Toda la noche oímos cantar la *Canción de la Codorniz* por el lugar.

A la mañana siguiente partimos temprano, aunque no antes del amanecer y de tomar un buen desayuno. Mientras cruzábamos el Na por el arqueado puente de piedra, mi madre me cogió de la mano. No lo hacía a menudo y pensé que lo hacía porque cruzar el río era algo sagrado. Ahora creo que tenía miedo de perderme, pues pensaba que debía dejarme en la ciudad próspera con mis parientes ricos.

Cuando ya estábamos lejos de Telina-na, su madre le dijo:

—¿Para el invierno, quizá, Sauce?

Mi madre no respondió.

No pensé nada al respecto. Era feliz y durante todo el trayecto hasta Chumo no dejé de hablar sobre las cosas maravillosas que había visto, oído y hecho en Telina-na. Mientras hablaba, mi madre me tuvo todo el tiempo cogida de la mano.

Llegamos a Chumo sin apenas darnos cuenta de que habíamos entrado en el lugar, de tan esparcidas y ocultas entre los árboles como estaban las casas. Pasaríamos la noche en nuestro heyimas del pueblo, pero antes fuimos a visitar al esposo de mi abuela, el padre de mi madre, que tenía una habitación para él, con algunos de sus parientes del Adobe Amarillo, en una casa de un solo piso, bajo los robles y con vistas al arroyo. Un lugar muy bonito. Su habitación, que era su sala de trabajo, era

grande y desagradablemente húmeda. Hasta entonces había conocido siempre a mi abuelo por su segundo nombre, Alfarero, pero se lo había cambiado: nos dijo que le llamáramos Corrupción.

Pensé que era un nombre estúpido, y envalentonada por las risas de la familia en Telina ante mis frases graciosas, pregunté a mi madre, en voz muy alta:

—¿Acaso apesta?

La abuela me oyó y dijo:

—Calla. No es cosa para hacer bromas.

Me sentí tonta y mala, pero la abuela no pareció enfadarse conmigo. Cuando la otra gente de la casa se hubo retirado a sus habitaciones dejándonos con el abuelo en la de éste, la abuela le preguntó:

—¿Qué clase de nombre te has hecho poner?

—Un nombre que responde a la verdad —dijo él.

El padre de mi madre parecía muy distinto a como le había conocido el verano anterior en Sinshan. Entonces se había mostrado siempre taciturno y quejoso. Nada estaba nunca bien, y nadie hacía las cosas correctamente salvo él, aunque nunca hacía gran cosa porque la ocasión no era oportuna. Ahora seguía severo y desagradable, pero se comportaba dándose importancia.

—No tiene sentido que viajes a las fuentes termales para curarte —dijo a Valiente—. Harías mejor quedándote en casa y aprendiendo a pensar.

—¿Cómo se aprende eso? —preguntó ella.

—Tienes que aprender que tus dolores y achaques no son más que un error en tu pensamiento. El cuerpo no es real.

—Yo creo que sí —replicó Valiente, y se echó a reír mientras se daba unas palmadas en las caderas.

—¿Igual que esto? —preguntó Corrupción. Levantó la paleta de madera que utilizaba para pulir el exterior de las grandes ánforas que hacía. La paleta era de madera de olivo tallada, larga como mi brazo y ancha como una mano. El abuelo la sostuvo en alto con la mano derecha, alzó el brazo izquierdo y se atravesó la mano izquierda con la paleta, que pasó entre los músculos y los huesos como un cuchillo que cortara el agua.

Valiente y Sauce contemplaron la paleta y la mano. El abuelo les hizo gestos para que le dejaran hacer lo mismo en las suyas. Ninguna de las dos madres accedió a ello, pero yo sentía curiosidad y quería seguir gozando de la atención que otros me habían prestado, de modo que levanté el brazo derecho. Corrupción adelantó la paleta y atravesó con ella mi brazo entre la muñeca y el codo. Noté su suave movimiento dentro de mi carne, como la llama de una vela cuando pasas el dedo por ella, y me hizo reír de sorpresa. El abuelo me miró y dijo:

—Esta Búho del Norte podría unirse a los guerreros.

Era la primera vez que escuchaba esta palabra.

Valiente le respondió con tono irritado:

—Eso no es posible. Todos vuestros guerreros son hombres.

—Puede casarse con uno de ellos —insistió el abuelo—. Cuando llegue el momento, podría hacerlo con el hijo de Oveja Muerta.

—¡Puedes hacer lo que te plazca con tu Oveja Muerta! —replicó Valiente, lo cual me hizo reír otra vez, pero Sauce le tocó el brazo para que se tranquilizara. No sé si mi madre temía el poder que acababa de demostrar el abuelo o el ver pelearse a sus padres. Pero lo cierto es que consiguió calmarlos. Tomamos un vaso de vino con el abuelo y luego anduvimos con él hasta el lugar de la danza de Chumo y hasta el heyimas de la Arcilla Azul. Pasamos la noche en la habitación de invitados, y ésa fue la primera vez que dormí bajo tierra. Me gustó el silencio y la quietud del aire, pero no estaba acostumbrada y me pasé la noche despertándome y aguzando el oído, y sólo conseguí conciliar de nuevo el sueño cuando escuché la respiración de mis padres.

Había otras personas a quienes Valiente quiso ver en Chumo, donde la abuela había vivido mientras aprendía a tejer tapices, y no dejamos la ciudad hasta cerca del mediodía. Conforme avanzábamos por la ribera noreste del río, el valle se estrechaba y la carretera se abría paso entre huertos de olivo, ciruelos y melocotoneros, y entre terrazas de vides escalonadas en las laderas. Jamás había estado tan cerca de la montaña, y ésta llenó mis ojos. Cuando volví la vista atrás no alcancé a ver la montaña de Sinshan: su forma había cambiado o bien la ocultaban otras montañas del lado suroeste. Esto me alarmó. Acabé por hablar de ello con mi madre, quien comprendió mis temores y me aseguró que cuando regresáramos a Sinshan nuestra montaña estaría donde debía estar.

Después de cruzar el arroyo del Carnero Castrado divisamos el pueblo de Chukulmas encaramado en las colinas, al otro lado del valle, dominado por su Torre de Fuego construida con piedras de colores rojos, anaranjados y blanco amarillentos, que formaban dibujos tan primorosos como los de una cesta o una serpiente. El ganado comía la hierba de los pastizales amarillos al pie de las colinas, entre los brazos del bosque. En el fondo plano y estrecho del valle había numerosos lugares y cobertizos para el secado de frutas, y los hortelanos de Chukulmas se afanaban en levantar las casetas de verano. Junto al Na, los molinos oscuros se alzaban entre los robles y sus ruedas producían un sonido que podía oírse desde muy lejos. Las codornices lanzaban su llamada de tres notas, las alondras se levantaban de los campos y los milanos daban vueltas en el aire, a gran altura. Era un día claro y apacible.

—Éste es un día de la Novena Casa —dijo mi madre.

—Me alegraré cuando lleguemos a Kastoha —se limitó a responder mi abuela, que había permanecido callada desde que salimos de Chumo y caminaba con una acusada cojera.

En el camino, a los pies de mi madre, apareció una pluma de grajo, azul con franjas grises. Era la respuesta a lo que mi madre había dicho. Se agachó a recogerla

y la sostuvo entre los dedos mientras seguía caminando. Mi madre era una mujer menuda, de cara redonda, manos finas y pies delicados, que ese día llevaba desnudos. Vestía unos viejos pantalones de piel de alce y una camisa sin mangas, tenía el cabello recogido en trenzas, y llevaba una mochila pequeña y una pluma en la mano. Así avanza mi madre bajo el sol en el aire tranquilo.

Cuando llegamos a Kastoha-na, las sombras descendían sobre el valle desde las colinas del oeste. Valiente, divisó los tejados sobre los huertos y exclamó:

—¡Ahí está la cueva de la Abuela!

Los más viejos llamaban así a Kastoha porque se extiende entre los contrafuertes de la montaña, que parecen dos piernas abiertas. Al oír que le daban ese nombre había imaginado que la ciudad se encontraría entre abetos y secoyas, y que sería una caverna oscura y misteriosa, de la que surgiría el río. Cuando atravesamos el puente sobre el Na y vi que se trataba de una gran ciudad como Telina, aunque más grande aún, con cientos de casas y más gente de la que yo creía que existía en todo el mundo, me eché a llorar. Quizás era la vergüenza lo que me causaba las lágrimas, pues ahora comprendía lo tonta que había sido al pensar que una ciudad podía ser una cueva; quizás estaba asustada o cansada de tantas cosas como había visto en los días y noches que duraba nuestro viaje. Valiente cogió entre sus manos mi brazo derecho, lo palpó y lo contempló. No lo había hecho desde que Corrupción lo atravesara con la paleta; no había dicho una sola palabra al respecto.

—Es un viejo estúpido —dijo ahora— y yo también.

Se quitó el brazalete de plata en forma de media luna que siempre llevaba puesto y me lo colocó en el brazo derecho, pasándolo alrededor de mi mano.

—Así —añadió—. Ahora no se te caerá, Búho del Norte.

La abuela era tan menuda que la media luna apenas cabía en mi pequeño antebrazo, pero no era eso a lo que se refería. Dejé de llorar. Esa noche dormí en la casa de huéspedes, pero incluso dormida tuve presente durante toda la noche que llevaba la media luna en el brazo, bajo la cabeza.

Al día siguiente vi por primera vez a los cóndores. Todo en Kastoha-na era extraño para mí, todo era nuevo, todo era distinto a casa. Pero nada más ver a aquellos hombres supe que Sinshan y Kastoha era una cosa, una misma cosa, mientras que esto era otra cosa muy distinta.

Era como si un gato olfateara a una serpiente de cascabel, como si un perro viera un fantasma. Noté las piernas rígidas y sentí el aire en la cabeza porque mis cabellos trataron de erizarse. Me detuve al instante y murmuré en un susurro:

—¿Quiénes son?

—Hombres del Cóndor. Hombres sin casa.

Mi madre estaba a mi lado. De pronto se adelantó y empezó a hablar con los cuatro hombres, muy altos todos ellos. Los hombres volvieron hacia ella sus alas y sus picos, contemplándola. Me flojearon las piernas y me entraron ganas de orinar. Vi unos buitres negros que se abatían sobre mi madre estirando sus cuellos rojos y sus

afilados picos, observándola con sus ojos rodeados por círculos blancos. Vi cómo arrancaban cosas de su boca y de su vientre.

Luego regresó hasta nosotras y continuamos el camino hacia las fuentes termales.

—Él ha estado en el norte, en la tierra del volcán —comentó mi madre—. Esos hombres dicen que los cóndores están de vuelta. Han reconocido su nombre cuando lo he pronunciado, y han dicho que ahora es una persona importante. ¿Has visto qué atención prestaba cuando mencioné su nombre?

Mi madre se echó a reír. Jamás la había visto hacerlo de aquella manera.

—¿El nombre de quién? —preguntó Valiente.

—De mi marido —respondió Sauce.

Las dos se habían detenido de nuevo y se encontraban frente a frente. Finalmente la abuela se encogió de hombros y dio media vuelta.

—Te digo que está de regreso —insistió mi madre.

Vi que alrededor de su rostro saltaban innumerables chispas blancas, como polillas de luz. Solté un grito y me puse a vomitar, al tiempo que caía de rodillas.

—¡No quiero que te coma! —repetí varias veces.

Mi madre me llevó de vuelta a la casa de huéspedes, en brazos. Dormí un poco, y por la tarde acudí a las fuentes termales con Valiente. Allí nos bañamos un buen rato en las cálidas aguas azul parduzcas, llenas de fango y de olor a azufre, muy desagradable al principio. Pero una vez sumergida en ellas, una empezaba a sentirse como si flotara en esas aguas para siempre. La piscina era poco profunda, ancha y extensa, con las paredes cubiertas de azulejos vidriados de color verde azulado. No había muros sino un techo elevado de maderos. También podían colocarse pantallas para protegerse del viento. Era un lugar delicioso. Todos los que estaban allí habían acudido en pos de la curación y apenas hablaban en voz baja, o bien permanecían recostados en el agua entonando dulces cánticos curativos. El agua azul parduzca ocultaba sus cuerpos de tal modo que al contemplar la gran piscina sólo se podía observar las cabezas reposando en el agua, apoyadas en los azulejos, algunas con los ojos cerrados y otras cantando entre la niebla que se alzaba sobre las fuentes termales.

Aquí yazgo, aquí yazgo,
tendido donde estoy
flotando en las aguas poco profundas.
Aquí flota, aquí flota
la niebla sobre el agua.

La casa de huéspedes de las fuentes termales de Kastoha-na fue nuestro hogar durante un mes. Valiente tomó sus baños y acudió cada día a la Logia de los Doctores para aprender la Serpiente de Cobre.^[3] Mi madre acudió sola a la montaña, a las fuentes del río, a Wakwaha y a la cumbre siguiendo las huellas del puma.^[4] Los niños no

podían pasar todo el día en la piscina de agua caliente y en la Logia de los Doctores, pero yo tenía miedo de los abarrotados lugares comunes de la gran ciudad y no teníamos familiares en las casas, de modo que permanecí la mayor parte del tiempo en las fuentes termales y ayudando en las labores. Cuando descubrí dónde estaba el Geiser, hice frecuentes visitas al lugar. Allí vivía un hombre que guiaba a los visitantes por el lugar de la heya y cantaba la historia de los ríos subterráneos. El hombre hablaba conmigo a menudo y me dejaba ayudarlo. Él me enseñó una wakwa de Barro, la primera canción que recibí. Ni siquiera allí eran muchos los que la conocían, pues debe de pertenecer a un período muy anterior. Está compuesta en una forma antigua, se canta con un tambor de madera de dos notas por único acompañamiento, y la mayor parte de sus palabras son matrices, de modo que no es fácil de poner por escrito. El hombre comentó:

—Quizás el pueblo de las casas del Cielo cante esta tonada cuando venga aquí a tomar los baños de barro.

Dentro de la matriz de una parte de la canción aparecen las otras palabras, que dicen:

Desde los bordes hacia dentro, hasta el centro,
hacia arriba, hacia abajo, hasta el centro,
todos éstos han venido aquí,
todos están viniendo.

Creo que el hombre tenía razón y ésta es una canción de Tierra. Fue mi primer regalo y yo la he cedido a muchos.

Fuera de la ciudad no volví a ver más hombres del Cóndor, y me olvidé de ellos. Un mes más tarde regresamos a Sinshan a tiempo de participar en las Danzas del Verano. Valiente se sentía bien y una mañana descendimos a pie por el valle hasta Telina-na, y por la tarde seguimos hasta Sinshan. Cuando llegamos al puente sobre el arroyo de Sinshan, lo vi todo del revés. Las colinas al norte se alzaban donde deberían estar las colinas del sur, las casas a la derecha aparecían donde deberían estar las casas de la izquierda. Incluso el interior de nuestra casa estaba así. Acudí a todos los lugares que conocía y lo encontré todo vuelto del revés. Era extraño, pero disfruté con aquella rareza aunque deseé que no fuera permanente. Por la mañana, cuando me despertaron los ronroneos de Sidi junto al oído, todo estaba de nuevo en su sitio, el norte al norte y la izquierda a la izquierda, y nunca más he visto el mundo vuelto del revés, o sólo por unos instantes.

Después de bailar la última Danza del Verano, subimos a nuestra casa del verano, y Valiente me dijo.

—Búho del Norte, dentro de unos años empezarás a ser una mujer, sangrarás sangre de mujer. El año pasado no eras más que un saltamontes pero ahora te encuentras en el medio, en un buen lugar, en tus años de aguas claras. ¿Qué quieres

hacer aquí arriba?

Medité la respuesta un día entero, y luego dije:

—Quiero subir siguiendo las huellas del puma.

—Bien —respondió la abuela.

Mi madre no preguntó ni respondió nada. Después de nuestro regreso de Kastohana, siempre parecía estar pendiente de oír una palabra, pendiente de una remota llamada, en permanente silencio.

Fue por tanto, la abuela quien me preparó para la marcha. Durante nueve días me abstuve de comer carne, y los últimos cuatro de la novena sólo tomé alimentos crudos, una vez al día, a mediodía, y bebí agua cuatro veces diarias en cuatro sorbos. Por fin, una madrugada me desperté mucho antes de que se hiciera la luz, me levanté y tomé la bolsa que contenía los regalos. Valiente dormía pero me pareció que mi madre estaba despierta. Musité una heya dedicada a ellas y a la casa y salí.

La casa de verano estaba situada en un prado en lo alto de las colinas sobre el arroyo del Cañón Angosto, a poco más de un kilómetro aguas arriba de Sinshan. Habíamos subido allí todos los veranos de mi vida con una familia de la Obsidiana, de la casa de Chimbam, con quienes mezclábamos las ovejas. Allá, en las colinas, había buenos pastos, y la mayoría de los años el arroyo llevaba agua permanentemente, hasta la siguiente estación de las lluvias. El prado recibía el nombre de Gahheya por la gran roca heyiya de serpentina azul que se alzaba en su parte noroeste. Al partir pasé junto a esa peña Gahheya. Me disponía a detenerme para hablarle, pero fue la roca quien me habló, y dijo: «No te detengas, continúa adelante. Sigue subiendo antes de que salga el sol». Así pues, continué la travesía de las elevadas colinas, sin dejar de andar mientras hubo oscuridad y corriendo cuando empezó a clarear, hasta alcanzar la cresta superior de la montaña de Sinshan cuando la curva de la tierra y la del sol se separaron. Vi descender la luz sobre la cara sureste de todas las cosas, y alejarse la oscuridad sobre el mar.

Tras cantar allí una heya recorrí la cresta de la montaña de noroeste a sureste, siguiendo los senderos de los ciervos entre el chaparral y abriéndome paso allí donde el monte bajo era menos tupido, en los bosques de abetos y pinos, sin apresurarme, muy lentamente, deteniéndome con frecuencia para escuchar o buscar rastros y direcciones. Pasé todo el día preocupada por la incertidumbre de dónde dormiría esa noche. Crucé y volví a cruzar las lomas de la montaña sin dejar de pensar: «Tengo que encontrar un buen lugar, tengo que encontrar un buen lugar». Ninguno me parecía bueno. «Tiene que ser un lugar heya. Lo conocerás cuando llegues a él», me dije. Pero lo que me rondaba por la cabeza sin ser plenamente consciente de ello era el puma y el oso, los perros asilvestrados y los hombres de la costa, los extraños del país de la playa. Lo que andaba buscando era un refugio, un escondite. Así pues, estuve todo el día caminando, y cada vez que me detenía en alguna parte, me ponía a temblar.



Tras ascender por encima de las fuentes, me encontré sedienta cuando empezó a oscurecer. Ingerí cuatro bolas de semillas de polen que saqué de la bolsa de los regalos, pero después de dar cuenta de ellas me sentí todavía más sedienta y algo enferma. Las sombras cubrieron las montañas antes de que pudiera alcanzar el lugar que no encontraba, de modo que permanecí donde estaba, en un hueco bajo unos acerolos. El hueco parecía abrigarme y los acerolos son pura heyiya. Permanecí un buen rato en el lugar e intenté entonar una heya, pero no me gustó el sonido solitario de mi voz en aquel paraje. Por fin me acosté. Cada vez que hacía el menor movimiento, las hojas secas de los acerolos gritaban: «¡Escucha! ¡Se está moviendo!». Traté de permanecer inmóvil, pero el frío me hacía dar vueltas hacia uno y otro lado. Allí arriba hacía frío y el viento arrastraba un Mar de niebla sobre la montaña. La niebla y la noche no me permitían ver nada, aunque no dejaba de escrutar la oscuridad. Lo único que veía era que había subido a la montaña con la esperanza de hacerlo todo bien, de seguir el rastro del puma, pero las cosas se habían torcido por completo y me había pasado el día escapando de los pumas. Ello se debía a que no había subido allí para ser el puma sino para demostrar a los niños que me llamaban media persona que era mejor persona que ellos, que era una niña de ocho años valiente y santa. Rompí a llorar. Hundí el rostro en el polvo, entre las hojas, y lloré sobre la tierra, la madre de mis madres, hasta que mis lágrimas formaron un charquito de barro salado sobre la fría montaña. Eso me hizo pensar en la canción que me había entregado el hombre del géiser, el wakwa de Barro, y la canté mentalmente. Me fue de cierta ayuda. Así transcurrió la noche. El frío y la sed no me dejaron dormir, y el cansancio no me dejó despertar.

Cuando empezó a hacerse la luz, descendí de la cresta en busca de agua y me adentré en una zona de densos matorrales, en la cabecera de un desfiladero. Anduve un buen trecho hasta que encontré una fuente. Estaba en un laberinto de gargantas y cañones, que terminó por confundirme. Cuando al fin ascendí de nuevo a las lomas superiores, me encontré entre la montaña de Sinshan y La Vigilante. Continué adelante hasta alcanzar una colina pelada, desde cuyo pie pude echar un vistazo a mi espalda y contemplar la montaña de Sinshan, que me presentaba la cara contraria, la exterior. Me hallaba fuera del valle.

Continué la marcha todo ese día como había hecho el anterior, avanzando con lentitud y con frecuentes altos en el camino, pero mis pensamientos habían cambiado. No pensaba en nada, pero todo estaba claro. Lo único que conseguía decirme a mí misma era: «Intenta mantenerte en un camino que rodee la montaña La Vigilante sin

ascender o descender demasiado, y así saldrás a ese lugar pelado de esa colina». Dicha colina me resultaba placentera, con su avena loca de brillante tonos amarillos pálidos bajo el sol. Creí que volvería a encontrarla, de modo que seguí adelante. Hablé a todo lo que se presentaba ante mí, bien dándole nombre o bien entonando heyas; hablé con los árboles, abetos, pinos cavadores, castaños de Indias, secoyas, acerolos, madroños y robles; hablé con los pájaros, gayos, paros, picamaderos, papamoscas y halcones; hablé con las hojas de roble enano, de zumaque y de endrino en flor, con las hierbas, con una calavera de ciervo, con unos excrementos de conejo y con el viento que soplaba desde el mar.

Allí, en los terrenos de caza, no había muchos venados dispuestos a aproximarse al ser humano. Mis ojos localizaron ciervos en cinco ocasiones, y el coyote se acercó a mí una vez. A los ciervos les dije:

—¡Os doy todas las bendiciones que puedo, Silenciosos! ¡Dadme vosotros las bendiciones que podáis!

Al coyote le puse por nombre Cantora. Hasta entonces había visto coyotes merodeando en la época de cría del cordero o escabulléndose de la casa de verano, y también los había visto muertos, reducidos a un pedazo de piel sucia, pero jamás los había visto en su verdadera casa.

Había un coyote hembra entre dos pinos, a unos siete metros de mí, y se acercó para observarme mejor. Se sentó sobre los cuartos traseros con la cola entre las patas, y siguió mirando. Creo que no adivinaba a qué especie pertenecía yo. Quizá no había visto nunca a una niña. Quizás era un coyote joven y no había visto todavía a ningún ser humano. Me gustó su aspecto, enjuto y aseado, del color de la avena loca en invierno y con los ojos luminosos y alegres.

—¡Tomaré tu camino, Cantora! —le dije.

El coyote continuó observándome con una sonrisa, pues la boca del coyote parece sonreír. Después se levantó, se estiró un poco y se alejó como una sombra. No alcancé a verle desaparecer, de modo que no pude seguir su camino. Sin embargo, esa noche acudió con su familia a cantar el wakwa del coyote cerca de mí, y prolongó su canción hasta la media noche. La niebla no hizo acto de presencia, la oscuridad se mantuvo ligera y nítida, y aparecieron todas las estrellas. Tendida allí, al borde de un pequeño claro bajo las ramas de unos rododendros, contemplando las formaciones de las estrellas, me noté ligera. Empecé a flotar, a pertenecer al cielo. Así fue como el coyote me permitió entrar en su casa.

Al día siguiente volví a la colina de Avena Loca desde la que podía divisar la cara opuesta de la montaña de Sinshan, y allí vacié la bolsa y entregué mis regalos al lugar. Sin atravesar la colina para cerrar el círculo, emprendí el regreso descendiendo a los desfiladeros entre las montañas con la intención de rodear la de Sinshan desde el sureste y completar así la heyiya-if. Me perdí de nuevo en los desfiladeros, pero pude continuar gracias a un arroyo. La marcha resultaba sencilla a lo largo de sus riberas, junto a las que se alzaban las paredes de la garganta, abruptas y cubiertas de espesos

zumaques. Seguí su curso y no sé dónde fui a salir. Esa zona de desfiladeros recibe el nombre de Fauces del Viejo Zorro, pero nadie de los que luego pregunté, cazadores y gente de la Logia del Laurel, había visto nunca el lugar al que llegué por ese arroyo. Se trataba de una extensa y oscura charca donde parecía terminar el curso del riachuelo. En torno a la charca crecían árboles que no había visto en ninguna otra parte, árboles de troncos lisos, ramas igualmente lisas y hojas triangulares ligeramente amarillas. El agua de la charca estaba tachonada de esas hojas, arrastradas por la corriente. Metí la mano en el agua y le pedí que me mostrara la dirección que debía tomar. Noté en ella una energía que me atemorizó. El lugar estaba silencioso y oscuro. No era el agua que conocía ni que buscaba. Era densa como la sangre y tenía un color negro. No bebí de ella. Me senté en cuclillas bajo la cálida sombra de los árboles próximos y busqué alguna señal o alguna palabra, tratando de entender dónde me hallaba. Algo se aproximó a mí sobre el agua. Era un tejedor de gran tamaño que se desplazaba rápidamente por la superficie de la charca con sus relucientes patas.

—¡Te doy todas las bendiciones que puedo, Silencioso! ¡Dame tú las que puedas!

El insecto permaneció un rato allí, inmóvil entre el agua y el aire, justo donde ambos se juntaban, en su lugar adecuado. Finalmente se alejó hasta desaparecer entre las sombras de la ribera. Aquello fue todo. Me incorporé cantando *heya-na-no* y descubrí un camino que ascendía a lo alto de la garganta, dejando atrás el zumaque. Luego crucé las Fauces del Viejo Zorro hasta el desfiladero Posterior y seguí por mi montaña bajo el calor de la tarde estival. Los grillos chirriaban como un millar de campanillas, y los gayos y los grajos de cresta negra gritaban y maldecían a mi paso entre los árboles del bosque. Esa noche dormí profundamente bajo unos robles perennes en la ladera de mi montaña. Al día siguiente, el cuarto, hice unas varillas emplumadas con ramitas de roble perenne y con las plumas que habían venido a mí mientras caminaba. Después, en una pequeña fuente que rezumaba entre peñas y raíces a la entrada de un desfiladero, efectué toda la wakwa de las fuentes que conocía. Luego emprendí el regreso a casa. Llegué a Gahheya casi con la puesta de sol y entré en la casa de verano, protegida por sus tres muros. Sauce no estaba allí. Valiente hilaba frente a la casa, junto al fuego.

—¡Qué alegría! —exclamó—. Seguramente querrás darte un baño, ¿verdad?

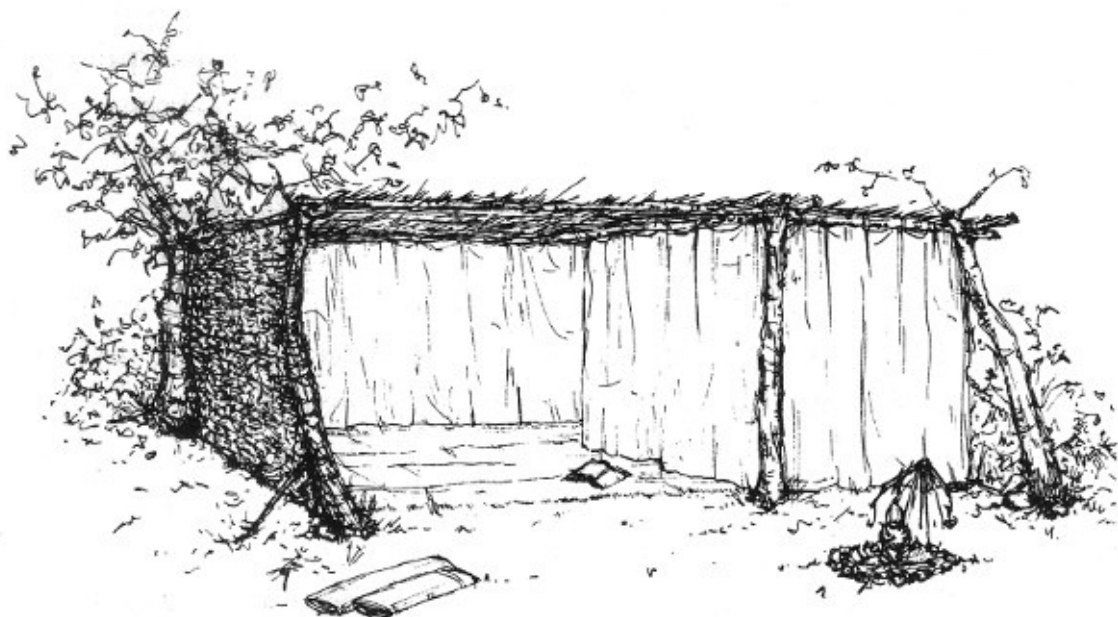
Sabía que la abuela estaba muy contenta de tenerme de nuevo en casa, pero se reía de mí porque había olvidado bañarme después de efectuar la wakwa, con las prisas por llegar a casa y comer algo. Estaba completamente cubierta de sudor y de barro.

Mientras descendía hacia el arroyo del cañón Angosto me sentí vieja, como si hubiera estado fuera más de esos cuatro días, más de ese mes en Kastoha-na, más de los ocho años de mi vida. Me lavé a fondo en el arroyo y ascendí de nuevo al prado bajo la luz del crepúsculo. Allí estaba la peña de Gahheya y fui hasta ella. Me dijo: «Tócame ahora». Lo hice y entonces caí en la cuenta. Supe que aquel extraño lugar,

la charca y el tejedor, me habían aportado algo que no alcanzaba a entender, que quizá no deseaba. Sin embargo, lo fundamental del viaje había sido la colina dorada: el coyote me había cantado, y mientras mi mano permaneció en contacto con la peña supe que no me había equivocado, aunque no hubiera sacado nada en claro.



Como yo sólo tenía una abuela y un abuelo en el valle, un hombre de la Arcilla Azul llamado Nuevepunta había solicitado ser mi abuelo indirecto. Cuando faltaba poco para que cumpliera nueve años, vino a verme desde su casa de verano en el desfiladero del arroyo del Oso para enseñarme las canciones de los padres. Poco después regresamos con él a Sinshan para preparar la Danza del Agua, mientras la familia de la Obsidiana de Gahheya se ocupaba de las ovejas. Fue la primera vez que regresé al pueblo en verano. Casi no quedaba nadie allí, salvo la gente de la Arcilla Azul. Mientras cantaba y efectuaba heyiyas todo el día en la ciudad vacía y abierta, empecé a notar que mi alma se abría y se expandía con las demás almas de las bailarinas para llenar el vacío. El agua rebosaba del recipiente de arcilla azul, y las canciones eran ríos y charcas bajo el intenso calor del verano. Las demás casas fueron regresando del veraneo y celebramos la Danza del Agua. En Tachas Touchas, se había secado el arroyo, y por ello sus vecinos acudieron a celebrar la danza con nosotros. Los que tenían parientes en Sinshan se instalaron en sus casas, y los demás lo hicieron en los campos del pueblo o durmieron en galerías y porches. Con tanta gente reunida, las danzas se sucedían sin interrupción y el heyimas de la Arcilla Azul estaba tan lleno de cánticos y de energía que tocar su techo era como tocar un puma. Fue un gran wakwa. Al tercer y cuarto día, la gente de Madidinou y de Telina ya había oído hablar del Agua de Sinshan y acudió a participar. La última noche, los balcones estaban a rebosar y la heyiya-if llenaba todo el lugar de las danzas, y en el cielo el relámpago de calor bailaba al sureste y al noroeste, y no se podía distinguir el tambor del trueno, y bailamos la Lluvia tierra abajo hasta el mar y de nuevo hasta las nubes.



Entre el Agua y el Vino, un día me reuní con mis primos de Madidinou para ir a buscar moras a la peña de la Nidada de Codornices. Ya se había andado en las matas y no encontramos muchas moras en ellas, así que Pelícano y yo hicimos de perros salvajes y Lúpulo fue el cazador, y nos perseguimos por los estrechos senderos llenos de espinas entre las zarzamoras. Esperé a que Lúpulo pasara por delante de mi escondite y salté sobre él por detrás, ladrando con furia, y lo derribé al suelo. El golpe lo dejó sin aliento y estuvo un rato enfadado, hasta que lancé un gañido y le lamí la mano. Luego nos sentamos los tres y charlamos.

—Ayer pasó por nuestra ciudad una gente con cabeza de pájaro —dijo Lúpulo.

—¿Te refieres a guerreros emplumados? —pregunté.

—No —respondió él—. Hombres con cabezas de pájaro, buitres o milanos, rojas y negras.

—¡No fue él quien los vio, sino yo! —exclamó Pelícano.

Sin embargo, empecé a sentirme asustada y enferma.

—Tengo que volver a casa enseguida —dije, y me alejé inmediatamente. Mis primos tuvieron que correr detrás de mí con la cesta de moras que habíamos recogido. Ellos regresaron a Madidinou y yo crucé los campos de Sinshan salvando el arroyo Hechu. Estaba en las proximidades de los lagares cuando alcé la vista y observé en el cielo, hacia el suroeste, un ave que volaba en círculos. Creí que se trataba de un buitre, pero luego observé que era mayor que un buitre, que era el ave grande. Dio nueve círculos en el aire sobre mi ciudad y luego, completando la heyiya-if, se desvió planeando hacia el noreste y pasó sobre mí. Sus alas, cada una de ellas mayor que una persona, permanecían inmóviles. Sólo las grandes plumas de los extremos de las alas variaban de posición contra el viento. Cuando el ave hubo desaparecido sobre la colina de la Vaca Roja, eché a correr hacia Sinshan. Había muchísima gente en los balcones, y en el espacio común algunos de la Obsidiana batían los tambores para

darse valor. Entré en la Casa del Porche Elevado, me dirigí a la segunda estancia y me oculté detrás de las camas, que estaban recogidas en el rincón en sombras. Pensaba que era a mí a quien buscaba el gran cóndor.

Mi madre y mi abuela entraron en la habitación sin advertir que yo estaba allí, y se pusieron a charlar.

—¡Ya te dije que volvía! —exclamó mi madre—. ¡Ahora vendrá y nos encontrará aquí!

Hablaba como jamás le había oído hacerlo, con furia y alegría.

—¡Ojalá no sea así! —replicó la abuela con voz furiosa.

Salí en ese momento del rincón oscuro y corrí hacia la abuela, gritando:

—¡No dejes que venga! ¡No permitas que nos encuentre!

—Ven conmigo, hija del Cóndor —dijo entonces mi madre. Di unos pasos hacia ella y me detuve a medio camino.

—Ése no es mi nombre —dije.

Mi madre permaneció en silencio el tiempo de dos respiraciones, y luego añadió:

—No temas. Ya lo entenderás.

Luego empezó a preparar la cena como si nada hubiera sucedido o estuviera sucediendo. Valiente cogió su tambor de madera y bajó a nuestro heyimas. Esa tarde la gente no cesó de batir los tambores en todos los heyimas.

Estábamos en la última gran oleada de calor del año y la gente había salido a los balcones para tomar el fresco después del anochecer. Escuché muchos comentarios sobre el cóndor. Ágata, el bibliotecario del Madroño, empezó a recitar una obra titulada *El vuelo del Grande*, que había compuesto a partir de un antiguo escrito de un Buscador que había encontrado en la biblioteca. En la obra se describía el mar Interior y la cordillera de la Luz, el Mar de Omorn y la sierra del Cielo, los desiertos de Salvia y las praderas de Hierba, la montaña del Norte y la montaña del Sur, todo ello según lo vería el cóndor en su vuelo. La voz de Ágata era hermosa, y cuando leía o recitaba una le escuchaba con atención y penetraba en el espacio y en la quietud. Deseé que continuara hablando toda la noche. Cuando terminó la narración, reinó el silencio durante un rato. Luego la gente empezó a hablar sin alzar la voz. No estaban presentes Valiente ni Sauce y los demás no advirtieron mi presencia, de modo que hablaron del Cóndor como no lo hubieran hecho ante ningún miembro de mi familia.

Cáscara estaba esperando a que mi abuela regresara del heyimas y comentó:

—Si vuelve esa gente, esta vez no debemos dejar que se instalen en el valle.

—Ya están en el valle —intervino Lebrel—. Y no se irán. Están aquí para librar una guerra.

—No digas tonterías —replicó Cáscara—. A tu edad no deberías hablar como un chiquillo.

Lebrel, como Ágata, era una persona instruida que con frecuencia viajaba a Kastoha-na y a Wakwaha para leer y conversar con otros estudiosos.

—Mujer de la Arcilla Azul —respondió a Cáscara—, el motivo de que haya

dicho eso es que he hablado con unos hombres de la Logia de los Guerreros del valle Superior, ¿y qué son los guerreros sino gente que hace la guerra? Y esos guerreros son de nuestro propio pueblo, son gente de las Cinco casas del valle del Na, aunque llevan ya diez años en esas ciudades, conversando con el pueblo del Cóndor y prestando oídos a cuanto escuchan.

La mujer de la Vieja Caverna, cuyo nombre le había sido impuesto cuando quedó ciega, intervino para preguntar:

—¿Quieres decir con eso, Lebel, que esa gente del Cóndor está enferma, que sus intenciones son retorcidas?

—Sí, a eso me refiero —asintió él.

—¿Son hombres todos ellos, como dice la gente? —preguntó una voz más allá de los balcones.

—Todos los que vienen lo son. Y van armados —confirmó Lebel.

—En cualquier caso —insistió Cáscara—, es un disparate permitir que maten el tiempo fumando tabaco día tras día, año tras año. ¿Qué nos importa a nosotros si algunos hombres de esas grandes ciudades valle arriba quieren portarse como chiquillos quinceañeros y jugar a la guerra? Lo único que debemos hacer es decir a los forasteros que sigan su camino.

Intervino entonces Danza del Ratón, que era el portavoz de mi heyimas:

—No pueden causarnos daño. Nosotros recorreremos la espiral.

—Y ellos la rueda —replicó Lebel—. ¡Y la energía aumenta!

—Mantengamos la espiral —insistió Danza del Ratón, que era un hombre fuerte y agradable. Yo quería oírle a él, y no a Lebel. Estaba acurrucada contra la pared de la casa porque pretería permanecer bajo el alero, fuera de la vista del cielo. En el suelo del balcón, entre mis pies, había un objeto que bajo la luz de las estrellas parecía un pedazo de madera o cuerda. Lo recogí; era oscuro, rígido, delgado y largo. Supe de qué se trataba: era la palabra que debía aprender a pronunciar.

Me incorporé y llevé el objeto a la mujer de la Vieja Caverna, y lo puse en su mano.

—Toma esto, por favor. Es para ti —le dije, pues quería librarme de él, y la mujer de la Vieja Caverna era muy anciana, sabia y débil.

Ella lo palpó y me lo tendió de nuevo.

—Guárdalo, Búho del Norte —dijo—. Ha sido hablado para ti.

Sus ojos me atravesaron fijamente bajo la luz de las estrellas que era para ella el interior de una caverna, y tuve que hacerme cargo de la pluma otra vez.

Entonces ella volvió a hablar, más amablemente, y dijo:

—No tengas miedo. Las tuyas son manos de niña, son agua que corre entre la rueda. No poseen, sino que sueltan y limpian. —Seguidamente empezó a mecer el cuerpo, cerró sus ojos ciegos y añadió—: ¡Heya, hija del Cóndor, en la tierra seca, piensa en los arroyos que fluyen! ¡Heya, hija del Cóndor, en la casa oscura, piensa en el cuenco de arcilla azul!

—¡Yo no soy la hija del Cóndor! —protesté. La anciana abrió los ojos, se echó a reír y dijo:

—Parece que el Cóndor dice que sí que lo eres.

Di media vuelta para entrar en la casa, molesta y avergonzada, y la mujer de la Vieja Caverna añadió:

—Niña, guarda la pluma, hasta que puedas devolverla.

Penetré en nuestras habitaciones y puse la pluma negra en la cesta con tapa que Sauce había hecho para mí, para que guardara los heholes y recordara las cosas. Al contemplarla a la luz de la lámpara, con su color negro intenso y mayor que una pluma de águila, empecé a sentirme orgullosa de que hubiera llegado a mí. Pensé que si tenía que ser diferente a los demás, prefería que esa diferencia fuera notable.

Mi madre estaba en la Logia de la Sangre, y mi abuela en el heyimas. Escuché por las ventanas del suroeste el sonido de los tambores, parecido al de la lluvia. Escuché por las ventanas del noreste al joven búho que ululaba entre los robles: uuuuu... Me acosté sola, pensando en el Cóndor y escuchando al búho.



El primer día del Vino, una gente de Madidinou llegó diciendo que un grupo numeroso de hombres del Cóndor se dirigía hacia el valle desde el lago Claro, por la montaña. Nuevepunta se encaminaba con su familia a la vendimia de Gran Shipa, al fondo del valle, y me uní al grupo. Mientras vendimiábamos, llegó gente diciendo que los hombres del Cóndor avanzaban por la Vieja Carretera Recta, y acudimos allí para verlos pasar. La imagen que guardo en mi mente debe de ser un recuerdo, pero aparece ante mí como un mural, brillante, colorido e inmóvil. Cabezas de cóndor rojas y negras, en hileras, patas y pezuñas de grandes caballos, culatas de armas, ruedas... En esa imagen, las ruedas no giran.

Estaba empezando la wakwa cuando regresamos a Sinshan, y al atardecer corría ya la bebida. La gente del Adobe Amarillo reía y bailaba en el espacio común y empezaba a hacer heyiya-ifs con los látigos, y la gente de las demás Casas bebía para sumarse a la fiesta. Algunos niños se unieron a las piruetas con los látigos, pero pronto más que en una danza se convirtió en una pelea, y la mayoría de quienes teníamos primeros nombres subimos a los balcones para contemplar a los adultos volverse locos. Dada de la Vieja Casa Roja, que era adulto pero no podía pensar con claridad, vino con nosotros. Hasta entonces yo nunca había contemplado mucho tiempo el Vino, pues me daba miedo y me aburría. Ahora, a mis nueve años, estaba dispuesta a presenciarlo. Lo que vi fue la Inversión. Toda la gente que conocía se había vuelto desconocida. El espacio común estaba radiante a la luz de las estrellas, las fogatas y los focos, y aparecía atestado de gente que bailaba, sacudía el látigo y hacía payasadas. Un grupo de adolescentes jugaba a arrojar la pértiga y subía y bajaba escaleras y escalas de mano por los techos y balcones, y por los árboles, como sombras, entre gritos y risas. Pico, un doctor de la Obsidiana, un hombre tímido y

solemne, había acudido a su heyimas y volvió de él con uno de los grandes penes que los Payasos de la Sangre utilizan en las Danzas de la Luna; se lo había atado convenientemente y empezó a correr por el espacio común apuntando con él a las mujeres por detrás. Así lo hizo con Espiguilla de Maíz y ella cerró las piernas con fuerza y dio un salto hacia delante. Las ataduras se rompieron, Pico cayó de bruces al suelo y ella escapó con el gran pene gritando:

—¡Aquí tengo la medicina del doctor!

Vi a Ágata hablando en voz muy alta, a la mesurada Cáscara cubierta de polvo y tambaleándose después de sufrir una caída al final de una pirueta, y a mi abuela Valiente bailando con una botella de vino.

Entonces surgió del heyimas del Adobe Amarillo el primero de los ohwe de Doumiadu y sobrevoló el eje, aumentando de tamaño a medida que se acercaba hasta que su alada cabeza fue tres veces mayor que la de una persona y planeó sobre las luces y las fogatas. Todo el mundo permaneció inmóvil mientras empezaba a trenzar su dibujo, y luego sonaron los tambores y silbaron los látigos en dirección al ohwe de Doumiadu mientras éste sobrevolaba los senderos de casa en casa. Yo había bebido esa noche mucho mis vino que nunca, y noté que tenía que sujetarme a la barandilla del balcón para evitar salir flotando por los aires. El ohwe de Doumiadu descendió en círculos entre los árboles desde la Casa Sobre la Colina, aproximándose más y más a la Casa del Porche Elevado. Su cabeza amarilla se detuvo en nuestro balcón y se volvió lentamente, repasándonos a cada uno de nosotros: dentro del gran ojo aparecía otro ojo pequeño, profundo y brillante. Después continuó su recorrido en círculos, oscilando al ritmo de los tambores. Dada se había agachado ocultando su rostro al ohwe de Doumiadu. Alondra Matutina, un chiquillo de nuestra casa lloraba de miedo, y mientras le consolaba otro niño exclamó:

—¡Mirad! ¿Qué es eso?

Un grupo de hombres había llegado por el puente y se había detenido cerca de los robles de Gairga. Iban vestidos de negro y permanecían allí, quietos y atentos, como buitres que miraran la situación desde la copa de un árbol.

La gente de Sinshan los observó, y continuó bailando el Vino. El ohwe de Doumiadu volvía ahora hacia el lugar de las danzas, y los flautistas interpretaban una animada danza en el espacio común. Una mujer del Adobe Amarillo se acercó a los recién llegados y los recibió entre grandes gestos. Luego los acompañó hasta el espacio común, donde se habían instalado los toneles de vino sobre caballetes. Cuatro de los hombres se quedaron allí a beber, pero el quinto retrocedió sobre sus pasos, se apartó del círculo de luz, cruzó el lugar de las danzas y llegó hasta la Casa del Porche Elevado. Cuando bajé la vista del balcón vi a mi madre Sauce que cruzaba el eje y se reunía con el hombre, al pie de la escalera de nuestra casa.

Corrí a la segunda estancia. Luego escuché pasos que subían los peldaños y entraban en nuestro salón de la chimenea. Sauce me llamó y entré en el salón. Él estaba allí. Llevaba plegadas sus alas negras y tocaba el techo con su cabeza roja,

terminada en un pico.

—Tu padre tiene hambre, Búho del Norte —dijo mi madre—. ¿Hay algo preparado en casa para que coma?

Esto era lo que siempre se decía en Sinshan cuando alguien llegaba a una casa, y el invitado siempre respondía lo mismo: «Sólo mi corazón estaba hambriento por veros», y entonces traíamos la comida y la compartíamos. Pero mi padre no sabía qué tenía que decir y permaneció inmóvil, contemplándome. Mi madre me dijo que calentara maíz y alubias. Desde la cocina observé al hombre de reojo y advertí que tenía un rostro humano. Hasta entonces no había estado segura de si la cabeza y el pico de cóndor eran un tocado o su verdadera cabeza. Cuando se quitó el casco, volví a mirarle a hurtadillas. Era un hombre guapo, de nariz prominente, pómulos anchos, y ojos grandes y rasgados. Contemplaba a Sauce, que estaba encendiendo la lámpara de aceite que utilizábamos en la mesa. Era tanta la belleza que irradiaba mi madre que por un instante no me pareció estar viéndola a ella sino a una extraña, a una persona de las Cuatro casas de cuyas manos brotara un resplandor.

Hablaron entre ellos como mejor pudieron. Mi padre sólo conocía fragmentos de nuestro idioma. Durante mi vida no había llegado a Sinshan mucha gente de fuera del valle, pero había escuchado a algunos mercaderes de las costas del norte y a un hombre del Amaranto del Mar Interior que hablaban como él... intentando echar agua en un cántaro roto, como se suele decir. Su afán por encontrar las expresiones adecuadas en nuestro idioma resultaba divertido, y comprendí que era un humano, por extraño que fuera su aspecto.

Sauce sirvió vino para los tres y tomamos asiento juntos. Mi padre era tan grande y tenía unas piernas tan largas que la mesa le resultaba demasiado pequeña y baja. Comió todo el maíz y las alubias que había recalentado, y me dijo:

—¡Muy bien! ¡Eres una buena cocinera!

—Búho del Norte es buena cocinera, y buena pastora y lectora, y ya ha recorrido una vez la montaña —dijo mi madre, y como rara vez me dirigía elogios me sentí como si hubiera bebido toda la jarra de vino. Sauce continuó—: Si ya has comido suficiente, esposo, salgamos a beber. Esta noche bailamos el Vino y quiero que toda la ciudad te vea.

Se echó a reír mientras hablaba. Él la miró, quizá sin entender gran cosa de lo que ella decía, pero con tanto cariño y admiración que despertó sentimientos cálidos en mi corazón. Mi madre le devolvió la mirada con una sonrisa, y añadió:

—Mientras estabas lejos, mucha gente me decía que te habías ido. Ahora que estás aquí, quiero decirles a todos que has vuelto.

—He vuelto —dijo él.

—Entonces, vamos —insistió ella—. Ven tú también, Búho del Norte.

—¿Cómo llamas a la niña? —preguntó mi padre. Sauce repitió el nombre.

—No soy una niña —protesté.

—Una muchacha —dijo mi madre.

—Una muchacha —repitió él, y todos nos echamos a reír.

Imité el ulular del búho: uuuuu...

—¡Ah! —exclamó mi padre—. Búho. Vamos, Búho.

Me tendió la mano. Era la más grande que había visto o tocado en mi vida. Me agarré a ella y juntos seguimos a mi madre hacia el baile.

Sauce estaba radiante de belleza y energía. Estaba orgullosa, magnífica. Bebió, pero no fue el vino lo que la entonó; fue la energía que había acumulado en su interior durante nueve años y que ahora liberaba.

Ella baila allí, ella baila allí
baila por donde pasa
riendo entre la gente.
Resplandece, se desvanece,
la lumbre junto al agua.

La abuela acabó ebria y exaltada, y pasó la noche en los establos, jugando a dados. Cuando fui a acostarme, saqué mi ropa de cama al balcón para que mi madre y mi padre tuvieran las habitaciones para ellos. Me alegre al pensar en ello mientras me dormía, y el bullicio de la ciudad no me molestó en absoluto. Los demás niños dormían en el balcón o en otra casa cuando sus padres querían estar solos, y ahora yo era como ellos. Igual que un gatito imita lo que hacen otros gatitos, también un niño imita lo que hacen los demás con un deseo tan intenso como insensato. Dado que los seres humanos tenemos que aprender lo que hacemos, tenemos que empezar de esta manera, pero la insensatez humana empieza allí donde desaparece ese deseo de ser iguales.

Un año antes de éste en que escribo estas páginas, cuando la gente de la Logia del Madroño me pidió que escribiera el relato de mi vida, acudí a la hija de Dadora de Ira, la escritora de cuentos, para que me enseñara a escribir un relato, pues no sabía cómo desarrollarlo. Entre otras cosas, Dadora me sugirió que al escribir el relato intentara mostrarme como era en el momento de los hechos que narraba. Este consejo ha resultado mucho más fácil de seguir de lo que suponía hasta aquí, hasta este ahora en el que mi padre llegaba a casa.

Es difícil recordar lo poco que sabía entonces. Sin embargo el consejo de Dadora es valioso, pues ahora que conozco quién era mi padre, por qué estaba allí y cómo había llegado, quién era la gente del Cóndor y a qué se dedicaba, ahora que estoy al corriente de tales asuntos, es mi antigua ignorancia, de por sí insignificante, lo que resulta valioso, útil y poderoso. Tenemos que aprender lo que podemos, pero procurando siempre que nuestro saber no cierre el círculo, dejando fuera sólo el vacío, hasta el punto de olvidar que lo que no conocemos sigue siendo infinito, sin límites ni fondo, y que todo cuanto conocemos quizá tenga que compartir su calidad de conocido con aquello que ésta niega. Lo que se observa con un solo ojo carece de

profundidad.

Lo doloroso de la vida de mis padres es que ambos sólo podían ver con un ojo.

Todo lo que me apenaba entonces —ser mitad una cosa, mitad otra, y no formar nada completo— significó la tristeza de mi infancia, pero fue la fuerza y el provecho de mi vida cuando crecí.

Con un ojo veo a Sauce, la hija de Valiente, de la Arcilla Azul de Sinshan, que se había casado con un hombre sin casa, y que tuvo una hija y ocho ovejas en la familia y el usufructo de unos frutales y unos pastos. Con el trabajo de unas manos masculinas podría sacar más fruto de los huertos y hacer más, e incluso entregar más cosas y alimentos de los que tomaba, lo cual constituye un gran placer, y vivir respetada, sin nada de que avergonzarse.

Con el otro ojo veo a Terter Abhao, Cóndor Sincero, comandante del ejército del Sur, que estaba de descanso con sus tropas durante el otoño y el invierno, esperando órdenes para la campaña de primavera. Había regresado con sus trescientos guerreros al valle del Na porque sabía que lo habitaban gentes ricas y tratables, que acogerían y alimentarían bien a la tropa. Y también porque nueve años atrás había tenido a una muchacha en una de las ciudades, cuando era comandante en su primera exploración del sur, y no la había olvidado. Nueve años era mucho tiempo, y sin duda ella se habría casado con algún labrador de la tribu y tendría un puñado de críos, pero, aun así se acercaría al pueblo a visitarla.

Así lo hizo, y encontró la chimenea encendida, la comida dispuesta y a la esposa y a la hija dándole la bienvenida en casa.

Eso fue lo que él no podía imaginar.

Desde aquella primera noche del Vino vivió en nuestra casa. La mayoría de la gente de Sinshan no le tenía inquina pues era el esposo de Sauce y finalmente había regresado, pero ninguna de las casas de la Tierra lo acogió. En Sinshan incluso vivía una persona nacida fuera del valle: Caminante de la Casa de Paredes Azules, había llegado con los mercaderes treinta años atrás, desde las costas septentrionales; se había instalado en el valle y se había casado con Tollón, del Adobe Amarillo; y el heyimas de la Serpentina lo había acogido. En las ciudades grandes había mucha gente así, por supuesto, y en Tachas Touchas incluso decían que todos ellos habían llegado del norte, como gente sin casas, hacía muchos cientos de años. Ignoro por qué ninguna de las casas aceptó a mi padre, pero supongo que los consejos entendieron que esto no era conveniente. Mi padre hubiera tenido que estudiar, que aprender todo cuanto ya conocían incluso los niños pequeños de los heyimas, y no lo habría soportado pues ya creía saber todo lo que necesitaba. Una puerta rara vez se abre al hombre que la cierra. Quizá ni siquiera sabía que hubiera una puerta. Era un hombre ocupado.

Pactó acuerdos para sus trescientos hombres a través de los consejos de las casas y de las Logias de Cultivadores de las cuatro ciudades del valle Inferior, que les cedieron los pastos de Eucaliptos, en la ribera noreste del río, debajo de Ounmalin,

para que instalaran el campamento y alimentaran a los caballos. Las cuatro ciudades accedieron a proporcionarles maíz, patatas y alubias, y les permitieron cazar desde las tierras fértiles al pie de las colinas interiores del noreste hasta las salinas, y pescar en el río por debajo de la confluencia del arroyo Kimi, y marisquear en toda la costa al este de la Boca Oriental del Na. Fue un buen pacto, pero, como decía la gente, la única riqueza es el derroche. Además, aunque trescientos hombres debían comer mucho, quedaba entendido que la tropa abandonaría el valle después del Sol, antes del Mundo.

Jamás me entró en la cabeza que mi padre se marcharía con ellos. Ahora estaba en casa, estaba aquí y nuestra familia estaba completa; todo era ahora como tenía que ser, equilibrado y completo, de modo que nada debía cambiar.

Además, él era totalmente distinto de los guerreros del campamento. Hablaba kesh, vivía en una familia y era padre de una hija.

La primera vez que me llevó con él a los pastos de Eucaliptos, no estaba segura de que sus hombres fueran seres humanos. Todos iban vestidos igual y tenían el mismo aspecto, como un rebaño de un extraño tipo de animales, y no decían ninguna palabra que yo conociera. Cada vez que pasaban cerca de mi padre se daban una palmada en la frente, y en ocasiones hinchaban la rodilla ante él como si quisieran verle los dedos de los pies. Yo pensé que eran unos hombres extravagantes y estúpidos, y que mi padre era la única persona de verdad entre ellos.

Pero entre la gente de Sinshan, a veces era él quien parecía bastante estúpido, aunque a mí no me gustaba reconocerlo. No sabía leer ni escribir, no cocinaba ni bailaba, y si conocía alguna canción era en una lengua que nadie entendía. No trabajaba en ninguno de los talleres, ni en la bodega ni en los establos, y jamás paseaba a pie por los campos. Aunque mostraba deseos de salir a cazar con las partidas de cazadores de Sinshan, sólo los más despreocupados le permitían ir con ellos, pues mi padre no cantaba al ciervo ni hablaba a la muerte. Al principio achacaron esto al desconocimiento de las costumbres y lo hicieron por él, pero cuando pasó el tiempo sin que aprendiera a comportarse debidamente dejaron de salir de caza con él. Sólo en una ocasión resultó de gran ayuda, cuando hubo que volver a cavar y reconstruir el heyimas del Adobe Rojo. Su portavoz era muy estricto y no le gustaba que ayudaran los miembros de las otras casas, pero como mi padre era un hombre sin casa no hubo impedimento para que echara una mano, y la suya era una mano muy poderosa. Sin embargo, no consiguió muy buena fama con este trabajo, pues cuando la gente vio cuánto podía trabajar, aún se preguntó más por qué hacía tan poco.

Mi abuela contenía la lengua pero no podía ocultar su desagrado por un hombre que no cuidaba de los animales, ni de los campos, ni tan siquiera cortaba leña. A él le resultaba difícil soportar aquel estado de cosas por el desprecio que le merecían los pastores, labradores y leñadores. Un día le dijo a Sauce:

—Tu madre tiene reuma y no debería trabajar bajo la lluvia en esos campos

embarrados, sembrando patatas. Es mejor que se quede en casa y se dedique a tejer al calor de la lumbre. Yo pagaré a algún joven para que os trabaje las tierras.

Mi madre se echó a reír. Yo también, pues era una idea graciosa, un trastrueque de las cosas.

—Aquí utilizáis dinero como éste, lo he visto —añadió mi padre al tiempo que mostraba un puñado de monedas bastante gastadas, procedentes de ambas costas.

—Por supuesto que utilizamos dinero. Se entrega a la gente que actúa, baila, recita o hace cosas, ¿comprendes? ¿Qué has hecho tú en la vida para que te paguen con dinero? —preguntó mi madre entre nuevas risas.

Él no supo qué decir.

—El dinero es un signo, un honor, una demostración de que una persona es rica —intentó explicarle Sauce, pero él no lo entendió y ella añadió—: De todos modos, nuestro pedazo de tierra es demasiado pequeño para que merezca la pena que alguien comparta el trabajo con nosotras. Me daría vergüenza pedirlo.

—Entonces traeré a uno de mis hombres —replicó él.

—¿Para trabajar nuestras tierras? —preguntó mi madre—. Pero si es terreno de la Arcilla Azul...

Mi padre soltó un juramento. Era lo primero que había aprendido a hacer, y juraba mucho y bien.

—Arcilla azul o arcilla roja... ¡Qué importa eso! —exclamó—. ¡Cualquier estúpido puede labrar ese fango negro!

Mi madre siguió un rato hilando en su silla, y al fin dijo:

—¡Qué conversación más tonta! —Volvió a reír de nuevo y añadió—: Si cualquier estúpido puede hacerlo, ¿por qué no lo haces tú, querido?

—Yo no soy un *tyon* —replicó mi padre con voz firme.

—¿Qué es eso?

—Un hombre que trabaja la tierra.

—¿Un labrador?

—Yo no soy un labrador, Sauce. Soy comandante de trescientos hombres y estoy al frente de un ejército. Soy... Hay cosas que un hombre puede hacer y otras que no. ¿Lo entiendes?

—Naturalmente —asintió mi madre, contemplando con admiración su aire digno. Y de este modo discurrió la conversación sin que ninguno alcanzara a comprender lo que decía el otro. Pese a ello ninguno de los dos se enfadó ni se sintió herido, pues su mutuo amor y aprecio impedían que se acumulara el rencor, eliminándolo como el agua que pasa por la rueda del molino.

Cada día, mientras sus hombres construían el puente sobre el Na, mi padre me llevaba a los pastos de Eucaliptos. Su caballo castrado, de color pardo, pesaba el doble que la mayoría de los caballos del valle y su alzada hacía una vez y media la de éstos. Sentada en su lomo, sobre la silla de altos cuernos, delante del gran hombre con el casco de cóndor, me sentía como si no fuera una niña sino algo muy distinto,

algo más extraordinario que un mero ser humano. Lo podía ver dirigiéndose a los hombres del campamento del Cóndor. Todo cuanto pronunciaban sus labios eran órdenes, instrucciones que debían obedecer sin protestas ni preguntas. Nadie discutía nunca sus palabras. Daba una orden y el hombre que la recibía se llevaba la mano sobre los ojos y corría a cumplirla. Me gustaba verlo, aunque todavía me daban miedo los hombres Cóndor. Todos eran varones, todos muy altos, vestidos con ropas extrañas, iban armados, despedían extraños olores y no hablaban mi idioma. Cuando me sonreían o se dirigían a mí, yo siempre me encogía y bajaba la mirada, sin responderles.

Un día, cuando se iniciaban los trabajos del puente, mi padre me enseñó una palabra en su lengua, *pyez*, ahora. Cuando él me hiciera una señal, yo gritaría «¡Pyez!» lo más alto posible, y los hombres dejarían caer el martinete, una gran piedra montada en un juego de poleas. Escuché mi voz débil y aguda y vi a diez hombres fornidos obedecerla una y otra vez. Así sentí por primera vez la gran energía del poder que tiene su origen en el desequilibrio, sea éste el de una polea que levanta un peso o el de una sociedad. Me pareció magnífico ser el mazo y no la estaca.

Sin embargo hubo problemas respecto al puente. Desde que los soldados del Cóndor acamparon en los pastos de Eucaliptos, grupos de hombres de las ciudades del valle Superior acudían al lugar y merodeaban por el campamento, o se quedaban en las colinas sobre los viñedos de Ounmalin, sin cazar, haraganeando simplemente. Todos ellos eran miembros de la Logia de los Guerreros. En Sinshan, la gente hablaba de esos hombres con inquietud, con una especie de fascinación: que si los Guerreros fumaban tabaco cada día, que si cada uno tenía su propio fusil... Mi primo Lúpulo, que se había hecho miembro del Laurel, no quería que Pelicano y yo fuéramos jabalíes en nuestros juegos. Nosotros teníamos que ser cóndores, y él un guerrero. Sin embargo yo dije que Pelicano no podía hacer de Cóndor porque no lo era, y yo sí, en parte. Pelicano replicó que tampoco quería serlo y que aquél era un juego estúpido, y se volvió a casa. Lúpulo y yo nos perseguimos toda la tarde por la colina de Adobe, con unos palos que nos servían de fusiles, gritando «¡Kak! ¡Estás muerto!», cuando uno sorprendía al otro. Era el mismo juego que deseaban practicar los hombres reunidos en torno a los pastos de Eucaliptos. A Lúpulo y a mí nos encantó y jugamos a él cada día, arrastrando a otros niños con nosotros, hasta que Valiente advirtió lo que estábamos haciendo y se enfadó mucho. No hizo la menor mención del juego, pero me puso a partir nueces y almendras hasta que casi se me adormecieron las manos, y me dijo que si volvía a faltar a una sola lección en el heyimas antes de la Hierba, probablemente me convertiría de mayor en una persona supersticiosa, malévola, negligente, repulsiva y cobarde; aunque, naturalmente, si eso era lo que yo deseaba, era cuestión mía. Comprendí que no le gustaba aquel juego, de modo que no volví a practicarlo. No se me ocurrió pensar que también le hubiera gustado que no bajara con mi padre a los pastos de Eucaliptos para ver cómo construían el puente.

La próxima vez que fui con él, los soldados no estaban trabajando: un grupo de guerreros de Chumo y Kastoha-na había instalado un campamento entre los pilotes, a la orilla del río. Pude observar el enfado de algunos soldados del Cóndor mientras contaban la novedad a mi padre y le pedían que les dejara utilizar la fuerza para obligar a los hombres del valle a despejar la zona. Mi padre se negó, y bajó a hablar con los guerreros. Me dispuse a seguirle pero me ordenó que aguardara junto al caballo, de modo que ignoro qué le dijeron los guerreros, pero le vi regresar a los pastos con expresión colérica, y estuvo mucho rato hablando con sus oficiales.

Los guerreros se retiraron por la noche y las obras del puente continuaron pacíficamente durante un par de días, de modo que mi padre accedió a llevarme con él a los pastos cuando se lo pedí. Pero cuando esa tarde llegamos al lugar, había un grupo de gente del valle esperando bajo los últimos árboles de la gran doble hilera de eucaliptos que daban nombre al lugar. Algunos miembros del grupo se adelantaron y empezaron a conversar con mi padre. Dijeron que lamentaban mucho que algunos jóvenes se hubieran mostrado groseros o pendencieros, y que esperaban que no volvería a suceder; al mismo tiempo, la mayoría de la gente del valle que había meditado sobre el asunto consideraba que era un error construir un puente sobre el río sin consultarle a éste o a la gente que vivía en sus riberas.

Mi padre respondió que sus hombres necesitaban el puente para hacer llegar los suministros desde la orilla opuesta.

—Pero hay puentes en Madidinou y Ounmalin, y transbordadores en Rocazul y Roble Redondo —dijo un hombre del valle.

—No resistirán el peso de nuestros carros.

—Hay puentes de piedra en Telina y Kastoha.

—Habría que dar demasiado rodeo.

—Tu gente podría transportar las cosas en el transbordador —indicó Tejedor de Sol de Kastoha-na.

—Los soldados no cargan pesos sobre sus espaldas —replicó mi padre.

Tejedor de Sol meditó unos momentos sus palabras y luego dijo:



—Bueno, si quieren comer quizá tengan que aprender a transportarse la comida.

—Mis soldados están aquí descansando. Para el transporte estarán los carros. Si los carros no pueden cruzar el río, será vuestra gente la que tenga que traernos los suministros.

—¡En un ojo de cerdo! —exclamó un hombre del pueblo de Tachas Touchas.

Tejedor de Sol y algunos otros le miraron con severidad, y se produjo un silencio.

—Hemos construido puentes en muchos lugares. Los hombres del Cóndor no sólo son valientes soldados sino también magníficos ingenieros. Las carreteras y puentes de las tierras que circundan la ciudad del Cóndor son la maravilla de la época.

—Si fuera conveniente un puente en este lugar, habría uno —dijo Melocotón Blanco de Ounmalin. A mi padre no le gustaba hablar con una mujer en presencia de los hombres del Cóndor, de modo que permaneció callado y se produjo un nuevo silencio.

—A nuestro juicio —añadió al fin Tejedor del Sol midiendo sus palabras— ese puente no estaría en el lugar adecuado.

—Lo único que tenéis hacia el sur es el ferrocarril, ¡con seis vagones de madera! —respondió mi padre—. Un puente aquí os abriría un nuevo camino a... —Hizo una pausa y Tejedor de Sol asintió con la cabeza. Mi padre prosiguió—: Escuchad. Mi ejército no está aquí para causar el menor daño al valle. No estamos en guerra con vosotros. —Mientras hablaba, se volvió un par de veces a mirarme, y me vio sólo con la mitad de su mente al tiempo que se esforzaba por encontrar las palabras precisas—. Sin embargo, debéis comprender que el Cóndor domina todo el Norte y que ahora vivís bajo la sombra de sus alas. Yo no os traigo la guerra. Sólo vengo a ensanchar vuestras carreteras y construimos un puente por el que pueda pasar algo más que una mujer gruesa. Fijaos, lo construyo aquí abajo, lejos de vuestras ciudades, donde no os pueda molestar. Pero no debéis interponeros en nuestro camino. Debéis venir con nosotros.

—Nosotros vivimos en casas, no somos viajeros —intervino Cavador de Telinana, portavoz de la Arcilla Azul, hombre bien conocido, tranquilo, uno de los mejores oradores—. No son precisos puentes ni carreteras para pasar de una habitación a otra de la casa de uno. El valle es nuestra casa, donde vivimos. En él acogemos durante sus viajes a los invitados cuyas casas están en otras partes.

Mi padre meditó su respuesta unos instantes y luego dijo con voz potente:

—Mi deseo es ser vuestro invitado. ¡Bien sabéis que este valle es también mi casa! Pero estoy al servicio del Cóndor, y él ha dado las ordenes. No está en vuestras manos ni en las mías tomar o cambiar sus decisiones. Debéis entenderlo así.

Ante sus palabras, el hombre de Tachas Touchas movió la cabeza en círculo con una sonrisa en los labios y se retiró al fondo del grupo, dando a entender que no consideraba conveniente continuar hablando. Le imitaron un par de hombres más, pero Obsidiana de Ounmalin se adelantó para intervenir. Obsidiana era la única persona de las nueve ciudades que llevaba en aquel tiempo el nombre de su casa, la

más famosa de todas las bailarinas de la Luna y de la Sangre, soltera, célibe y persona de gran energía.

—Escucha, muchacho, creo que no sabes de qué estás hablando —dijo—. Quizá podrías empezar a aprender, si ya has aprendido a leer.

Mi padre no podía tolerar aquello delante de sus hombres. Aunque casi ninguno entendió las palabras de la mujer, era evidente el tono autoritario y desdeñoso de su voz.

—¡Silencio, mujer! —respondió mi padre. Después, volviendo la mirada a Tejedor de Sol, añadió—: Ordenaré que por ahora cesen las obras en el puente, pues no deseo ningún mal para nadie. Tenderemos un pontón de tablones para los carros y lo desmontaremos al partir. Pero volveremos. Es posible que venga por el valle un gran ejército, con más de mil hombres. Entonces se ensancharán las carreteras y se construirán los puentes. ¡No provoquéis la cólera de la gente del Cóndor! Dejadles... dejadles pasar por el valle como el agua por la rueda del molino.

Las palabras de mi padre mostraban su inteligencia. En aquellos pocos meses había empezado a entender la imagen del agua. ¡Ah, si hubiera nacido o se hubiera quedado a vivir en el valle! Pero eso es agua pasada que no mueve molino, como dice el refrán.

Obsidiana se alejó encolerizada y toda la gente de Ounmalin fue tras ella, salvo Melocotón Blanco, que permaneció inmóvil donde estaba, demostrando un considerable valor.

—Entonces —dijo— creo que la gente de las ciudades debe ayudar a esos hombres a transportar la comida que les damos; hacer regalos con condiciones es odioso.

—Estoy de acuerdo —asintió Cavador y algunos hombres de Madidinou y uno de Tachas Touchas. Citando las canciones del Agua, Cavador añadió—: «El puente cae, el río corre...».

Luego abrió las palmas de las manos hacia mi padre con una sonrisa y se retiró. Sus acompañantes lo imitaron.

—Está bien —dijo mi padre, y también él se alejó.

Yo me quedé allí sola y no sabía qué dirección tomar, si ir con mi padre o con mis paisanos, pues sabía que a pesar de los modales contenidos había enfado por ambas partes, y que no se habían entendido. Los débiles se guían por su debilidad, y yo era una niña. Seguí a mi padre, pero cerré los ojos para que nadie me viera.

El asunto del puente quedó cerrado. Los soldados tendieron un pontón de tablones para que pasaran los carros, y la gente del valle llevó los suministros, unos cuantos sacos o cestos cada vez, y los dejaron en un secadero de Atsamye, para que pudieran recogerlos los carros de la gente del Cóndor. Pero los guerreros siguieron merodeando en torno al campamento del Cóndor, manteniendo la vigilancia. Mucha gente de Ounmalin se negó a dar nada a los hombres del Cóndor, a hablar con ellos o a mirarlos siquiera, y empezó a acudir a las reuniones de la Logia de los Guerreros.

Obsidiana, de la Obsidiana de Ounmalin, fue quien se mostró más rencorosa.

Una muchacha de Obsidiana había trabado amistad en Tachas Touchas con uno de los hombres del Cóndor y quería irse con él tierra adentro. Pero sólo contaba diecisiete años y tenía miedo de algunas cosas que le había contado la gente. Así pues, decidió pedir el consentimiento de su heyimas (cosa que mi madre no había hecho en su día). La Obsidiana de Tachas Touchas envió gente a Ounmalin para discutir el asunto, y Obsidiana de la Obsidiana manifestó:

—¿Cómo es que toda esa gente del Cóndor son hombres? ¿Dónde están las mujeres Cóndor? ¿Acaso son ginkgos?^[5] ¡Que se casen entre ellos y que den a luz lo que les parezca! ¡No permitáis que esta hija de nuestra casa tome a un hombre sin casa!

Yo escuché sus palabras, pero no sé si la muchacha de Tachas Touchas siguió su consejo o decidió reunirse con ese joven Cóndor. Lo que sí es cierto es que no se casó con él.

Entre la Hierba y el Sol, los guerreros de todas las partes del valle celebraron varios wakwa a lo largo de la Vieja Carretera Recta, junto a las riberas del río. Ellos los denominaban Purificaciones. Mientras la tropa del Cóndor permanecía en el valle, los hombres se habían adherido a la Logia de los Guerreros en todas las ciudades. Entre los que se adhirieron estaban el hijo y el nieto de mi abuelo indirecto, Nuevepunta, y toda la familia estuvo atareada durante un tiempo tejiendo para ellos la ropa especial que lucirían en su wakwa, una túnica y una capa con capucha de lana oscura que guardaba cierto parecido con la vestimenta de los soldados del Cóndor. La Logia de los Guerreros no tenía payasos. Cuando algunos Payasos de la Sangre de Madidinou acudieron a una de sus Purificaciones, en lugar de ahuyentarlos o de no hacerles caso, los guerreros empezaron a darles tirones y empujones y se produjeron algunas peleas y se creó muy mal ambiente. Hubo también continuas tensiones y problemas de orden sexual en torno a los guerreros. Algunas mujeres de Sinshan cuyos maridos se habían adherido a esa Logia se lamentaban de las normas de abstinencia sexual, pero otras mujeres se burlaban de ellas, pues en invierno había tantas abstinencias rituales entre todos aquellos que bailaban el Sol o el Mundo que otra más no cambiaría mucho las cosas, aunque podría ser la gota que colmara el vaso.

Este año mi abuela bailó el Sol Interior, y yo ayuné los Veintiún Días por primera vez, y escuché cada noche el canto extático en nuestro heyimas. Fue un Sol extraño. Cada mañana de ese invierno amaneció con niebla, y hubo muchos días en que ésta no se levantó por encima del pie de la montaña de Sinshan, de modo que vivíamos bajo un techo que casi rozaba nuestras cabezas, y por las tardes la niebla volvía a caer sobre el fondo del valle. Ese año hubo también más Payasos Blancos que nunca. Aunque algunos hubieran llegado a Sinshan desde otras ciudades, seguían siendo demasiados; los había que probablemente acudieron de las Cuatro Casas, de la Casa del León, cruzando la niebla blanca y húmeda que ocultaba el mundo. Los niños

temían alejarse de la vista de las viviendas. Incluso los balcones resultaban terroríficos al atardecer. Hasta en el salón de la chimenea podían los niños alzar la mirada y contemplar el rostro blanco que asomaba por la ventana, y escuchar su tartamudeo.

Yo había cuidado mis plantones en un claro del bosque más allá de la segunda loma al norte de la ciudad, muy lejos, porque quería que fuese una sorpresa cuando los regalara. Me costó un gran esfuerzo obligarme a cuidarlos durante los Veintiún Días, porque estaba muy temerosa de los Payasos Blancos. Cada vez que un pájaro o una ardilla hacía ruido entre los arbustos, el corazón se me encogía pensando que era el tartamudeo. La mañana del solsticio fui a recoger los plantones entre una niebla tan espesa que apenas podía ver a cinco pasos de distancia. Cada árbol del bosque era un Payaso Blanco que esperaba en silencio para asaltarme. El silencio era absoluto. En todas aquellas lomas blancas no se oía ninguna voz y todo permanecía inmóvil salvo yo. El frío me entumecía los huesos y hasta el alma. Había llegado a la Séptima Casa y no sabía cómo hacer para salir de nuevo. Pero seguí adelante, aunque el bosque estaba tan oculto y cambiado por la niebla que en ningún momento estuve segura de dónde me encontraba hasta llegar a mis arbolillos. Canté el heya del Sol con la boca casi cerrada, porque cualquier sonido parecía horroroso, y arranqué los plantones para plantarlos seguidamente en los tiestos que había dispuesto para ellos. Todo el rato fui presa de escalofríos y trabajé de prisa y con torpeza; probablemente doblé las raíces. Después tuve que llevar los arbolillos de vuelta a Sinshan. Lo extraño fue que cuando alcancé los viñedos de la colina del Copete y me di cuenta de que ya estaba en casa, no me alegré lo más mínimo. Una parte de mí deseaba seguir aterida, aterrada y perdida en la niebla, y otra parte quería estar a salvo en la Séptima Casa, no en la Casa del Porche Elevado. Así pues subí la escalera y desperté a mi familia para el Sol. A Sauce le di un plantón de castaño de Indias, a Valiente un escaramujo oloroso y a Muertes un ejemplar joven de roble del valle. El roble se eleva hoy en el lugar donde lo plantamos, hacia el oeste del viejo robledal de Gairga, y es un árbol de gran envergadura y bien proporcionado que aun no tiene una circunferencia excepcional. El escaramujo y el castaño han desaparecido.

Antes de que se bailara el Sol, y también después, mi padre estuvo con nosotras en la Casa del Porche Elevado, cada noche y cada mañana. Valiente, que ese año bailó el Sol y el Mundo, pasó la mayor parte del tiempo y todas las noches en el heyimas. Sauce no bailó ese año, y por supuesto Muertes no estaba obligado a ayunar ni a participar en las celebraciones. Por aquel entonces, como yo no conocía nada de su pueblo, pensé que no celebraba ningún rito ni wakwa y que no mantenía relación con ninguna cosa en el mundo, salvo con los soldados a quienes impartía órdenes, con mi madre y conmigo. Ese invierno, él y mi madre estuvieron juntos en el interior de la casa todo el tiempo posible. Después del Sol, las nieblas bajas dieron paso a la lluvia y a una temporada de frío, con nieve en lo alto de la montaña de Sinshan, como el polvo de harina en el cabello de un molinero, y algunas mañanas con agujas de

escarcha en la hierba. Mi padre tenía varias alfombras de excelente lana roja para cubrir el suelo de su tienda durante la expedición, y los trajo a nuestra casa y el salón de la chimenea quedó cubierto con ellas. Me gustaba tenderme allí pues olían a salvia dulce y a otras cosas que no podía identificar; era el aroma del lugar de donde procedía mi padre, allá hacia el noreste, muy lejos. Disponíamos de mucha leña de manzano, pues la ciudad había replantado dos de los viejos huertos. Aquellas largas veladas en torno al fuego resultaron muy apacibles para todos nosotros. Recuerdo la belleza de mi madre junto a ese fuego, en vísperas de los años de tristeza. Es como ver una hoguera ardiendo bajo la lluvia.

Entonces llegaron por la montaña unos mensajeros del Cóndor en busca del comandante del ejército del Cóndor.



Esa noche, cuando terminamos de cenar, Muertes dijo:

—Tendremos que irnos antes de tu Danza del Mundo,^[6] Sauce.

—Yo no voy a ninguna parte con este tiempo —respondió mi madre.

—Tienes razón. Es mejor que no.

Hubo un silencio. Sólo el fuego seguía hablando.

—¿Qué es mejor que no? —preguntó mi madre.

—Cuando emprendamos el regreso a casa... entonces vendré a buscarte —dijo mi padre.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Sauce.

Estuvieron conversando un rato. Él hablaba del ejército del Cóndor que regresaba de una guerra en la costa de Amaranto, y ella no aceptaba que había empezado a comprenderle. Por fin, Sauce dijo:

—¿Es cierto eso? ¿Me estás diciendo que vas a marcharte del valle?

—Así es —confirmó él—. Por un tiempo. Se trata otra vez de la gente de la costa Interior. Es el plan del Cóndor.

Ella no respondió.

—Un año —añadió Muertes—. Un año como máximo, a menos que me envíe luego a Sai. Como máximo, en el peor de los casos, menos de dos años.

Ella no respondió.

—Si pudiera te llevaría conmigo, pero sería peligroso y estúpido —dijo él—. Si pudiera quedarme... pero es imposible. Tú me esperarás aquí.

Sauce se incorporó del lugar que ocupaba junto al fuego. La suave luz de esté dejó de iluminarla y quedó en sombras.

—Si no quieres quedarte, vete —dijo ella.

—Escucha, Sauce —respondió él—. ¡Escúchame! ¿Es injusto que te pida que me esperes? Si me fuera a una partida de caza o a un viaje de comercio, ¿no me esperarías? Incluso vosotros, la gente del valle, salís en ocasiones. Y todos regresan, y sus esposas les esperan. Volveré, te lo prometo. Soy tu esposo, Sauce.

Ella permaneció inmóvil entre el fuego y las sombras durante unos segundos antes de responder.

—Lo fuiste —dijo.

Él no la entendió.

—Lo has sido una vez, durante nueve años —añadió mi madre—. Pero no volverá a suceder. O eres mi esposo, o no lo eres. O te quedas en casa, o no te quedas. Escoge.

—No puedo quedarme —respondió él.

—Tú decides —insistió Sauce; su voz era suave y clara pese a todo.

—Soy comandante del ejército del Cóndor. Igual que doy órdenes, también las recibo. En este asunto no tengo elección, Sauce. —Ella se apartó del fuego y cruzó la estancia—. Debes comprenderlo —insistió él.

—Comprendo que escoges no elegir —replicó ella.

—No lo entiendes. Sólo puedo pedirte que me esperes; dime, ¿lo harás?

Sauce no respondió.

—Volveré, Sauce. Mi corazón está aquí, contigo y con la niña. Para siempre.

Mientras mi padre hablaba, Sauce llegó junto a la puerta de la segunda habitación. Mi cama estaba junto a la entrada, y podía verlos. Noté las fuerzas opuestas que tiraban de mi madre.

—Tienes que esperarme —insistió él.

—Ya no estás —sentenció ella. Entró en la segunda habitación y cerró la puerta, que había permanecido abierta para que entrara el calor. La vi de pie, inmóvil en la oscuridad, y no dije nada.

—¡Sauce, vuelve! —Mi padre se acercó a la puerta y pronunció otra vez su nombre, colérico y presa de un gran dolor. Ella no contestó. Ninguna de las dos hicimos el menor movimiento. No sucedió nada durante un buen rato, y luego le oímos dar media vuelta, cruzar la sala de la chimenea a grandes pasos y descender la escalera.

Mi madre se acostó a mi lado. No dijo nada y permaneció totalmente inmóvil, como yo. No quería pensar en lo que acababa de escuchar e intenté conciliar el sueño, cosa que conseguí muy rápidamente.

Por la mañana, cuando desperté, mi madre había enrollado las alfombras rojas y

las había colocado con las ropas de mi padre en el balcón próximo a la parte superior de la escalera, fuera de nuestra puerta.

Casi a mediodía, mi padre subió la escalera, pasó por delante de las alfombras y de la ropa, y llamó a la puerta. Mi madre estaba dentro y no le miró ni le respondió cuando él quiso hablarle. Mi padre se retiró por fin de la puerta y Sauce salió inmediatamente de la casa en dirección a nuestro heyimas. Él fue tras ella, pero apareció al instante un grupo de gente de la Arcilla Azul que le impidió el paso al heyimas. Al principio se puso hecho una furia, pero lo tranquilizaron y Nuevepunta le explicó que un hombre podía ir y venir como gustara, y una mujer podía aceptarle o no de nuevo según su voluntad, pero que la casa era de ella, y si le cerraba la puerta él no debía abrirla. Un grupo de gente se había acercado a contemplar la escena cuando se produjeron los primeros gritos, y algunos curiosos comentaron que era gracioso tener que explicar tales cosas a un hombre ya adulto.

—¡Pero ella me pertenece! ¡Y la niña también! —dijo enérgicamente mi padre.

Al oír esto, Fuerza, el portavoz de la Logia de la Sangre, imitó el graznido del pavo dando la vuelta en torno a él mientras gritaba:

—¡El martillo menstrúa para mí! ¡Se le arruga el valor por ella! —y siguió burlándose con una sarta de palabras inversas por el estilo.^[7] Había en la ciudad algunos a quienes alegraba ver humillado al Cóndor. Fui testigo de la escena desde el balcón de nuestra casa.

Mi padre subió de nuevo la escalera, dio una patada furiosa a la ropa y a las alfombras enrolladas, como un niño, y se detuvo en el umbral. Yo había vuelto a la mesa de la cocina, donde antes había estado haciendo pan de maíz, y continué trabajando de espaldas a él. No sabía qué hacer ni cómo actuar y odiaba a mi padre por haber provocado aquella incertidumbre y aquel malestar. Me alegré de que Fuerza se hubiera burlado de él y también yo quise hacerlo, por ser tan estúpido.

—Búho —dijo—, ¿me esperarás?

De pronto me eché a llorar.

—Si vivo volveré aquí contigo —dijo él. No cruzó el umbral y yo no corrí hacia él. Me volví e hice un gesto de asentimiento. Cuando alcé los ojos hacia él se estaba colocando el casco de Cóndor que le ocultaba el rostro. Dio media vuelta y se fue.

Valiente había estado tejiendo. Su máquina estaba instalada junto a las ventanas de la segunda habitación. Cuando mi madre regresó a casa, la abuela le dijo:

—Bueno, Sauce, se ha marchado.

Mi madre estaba pálida y ceñuda.

—Acabo de renunciar a ese nombre. Adoptaré otra vez mi primer nombre.

—Carcachil... —murmuró la abuela con dulzura, como una madre al pronunciar el nombre de su hijito. Luego hizo un movimiento negativo con la cabeza.

La segunda parte del relato de Piedra Parlante empieza [aquí](#).



El Códice Serpentina

Este texto, escrito en caligrafía arcaica, es el único elemento verbal de un libro, plegado en forma de acordeón, de símbolos pictóricos de la biblioteca de Wakwaha



Las Nueve Casas de los vivos y los muertos son la Obsidiana, la Arcilla Azul, la Serpentina, el Adobe Amarillo, el Adobe Rojo, la Lluvia, la Nube, el Viento y el Aire Calmo. Los colores de las Cuatro Casas de los muertos son el blanco y el arco iris. Los pueblos que viven con los seres humanos moran en las casas de la Tierra. Los pueblos de la espesura viven en las casas del Cielo. Las aves pertenecen a las casas del Cielo y vienen de la derecha y pueden hablar por los muertos y llevarles mensajes, y sus plumas son las palabras que hablan los muertos. Cuando un niño viene de las Cuatro Casas para nacer, viene para vivir en la casa de su madre. Las casas del Cielo bailan la Danza de la Tierra y las casas de la Tierra bailan la Danza del Cielo. La Casa de la Arcilla Azul baila el Agua, la Casa del Adobe Amarillo baila el Vino, la Casa de la Serpentina baila el Verano, la Casa del Adobe Rojo baila la Hierba, la Casa de la Obsidiana baila la Luna. Todas las casas de la Tierra y del Cielo bailan el Sol. El Sol, con las otras estrellas, baila la pauta del Retorno. La heyiya-if es la pauta de esa pauta y la Casa de las Nueve Casas.

El presente texto proporciona un breve resumen de la estructura de la sociedad, el año y el universo, según los concebía la gente del valle.

Los seres o criaturas que, según el escrito, viven en las Cinco casas de la Tierra y reciben el nombre de gentes de la Tierra, son éstos: la propia tierra, con las rocas y el polvo y las formaciones geológicas; la luna, todas las fuentes y todos los ríos y lagos de agua dulce; todos los seres humanos vivos, los animales de caza, los animales domésticos y de compañía; las aves domésticas y las que viven en el suelo, y todas las plantas que son recolectadas, cultivadas o utilizadas por los seres humanos.

Los seres o criaturas del Cielo, llamados gentes de las Cuatro Casas, pueblo del Cielo o pueblo del Arco Iris, son éstos: el sol y las estrellas; los océanos; los animales silvestres que no son piezas de caza; todos los animales, plantas y personas considerados como especie y no como individuos; los seres humanos considerados como tribu, pueblo o especie; todos los seres y criaturas de los sueños, visiones y relatos; la mayoría de las aves; los muertos, y los no nacidos.



Los cuadros [1] y [2] presentan las Nueve Casas, el color y la dirección que les corresponde, la festividad anual de la que son responsables, y las Logias, Sociedades y Artes asociadas a cada una. Es un cuadro esquemático y la exposición que sigue a continuación esta muy simplificada. Puede utilizarse como glosario de ciertas palabras, frases y referencias no clarificadas en los textos del valle que aparecen en esta obra, y como introducción a su pensamiento y a la temática de sus artes. Aunque los números cuatro, cinco y nueve, la representación de las Nueve Casas, su disposición en la heyiya-if o espiral axial, y los colores, direcciones, estaciones y criaturas asociados con las casas constituyen motivos constantes del arte y del pensamiento del valle, y aunque la división entre la Tierra y el Cielo, la mortalidad y la inmortalidad, guarda relación con una manipulación gramatical básica del lenguaje (los modos de la Tierra y del Cielo), el hecho concreto de enumerar y esquematizar las nueve divisiones y sus diversos miembros y funciones resultaría chocante e infantil, incluso arriesgado e inadecuado —al fijar y «encerrar» la información— para los habitantes humanos del valle.

Las Cinco casas de la Tierra eran las divisiones básicas de la sociedad, el equivalente kesh o los clanes o partes. Los no kesh eran denominados gente sin casa. Las casas eran matrilineales y exógamas. Todos los miembros humanos de una casa eran considerados parientes de primer grado con los que no era adecuado mantener relaciones sexuales (ver la sección sobre «Parentescos»).

Las casas no mantenían ninguna relación jerárquica en cuanto a poder, valor, etcétera, ni rivalizaban entre sí por cuestiones de estatus. Eran llamadas Primera, Segunda, etcétera, pero este orden numérico no implicaba la más mínima primacía de rango, importancia o clase. Había, eso sí, cierta rivalidad en cuanto a las festividades que celebraba anualmente cada casa, aunque no tanto entre las cinco casas como en el interior de cada una de ellas en las nueve ciudades. La palabra que vengo traduciendo por danza —wakwa— puede significar también rito, misterio, ceremonia o celebración. La ronda anual de los wakwa da forma al año en el valle.

En noviembre, cuando las colinas empiezan a cobrar verdor, el Adobe Rojo baila la Hierba. En el solsticio de invierno, las Nueve Casas bailan conjuntamente el Sol. En el equinoccio de primavera, las Cinco Casas bailan el Cielo y las Cuatro Casas bailan la Tierra, y al conjunto de ambas danzas se le denomina Mundo. En la segunda luna llena después de ese equinoccio, la Obsidiana baila la Luna. En el solsticio de

verano y después de éste, la Serpentina baila el Verano. A principios o a mediados de agosto, la Arcilla Azul baila el Agua en manantiales, lagos y arroyos. En el equinoccio de otoño, el Adobe Amarillo baila el Vino, o Borrachera.

Estos siete grandes wakwa pueden observarse gráficamente en la disposición de la heyiya-if, con el Mundo en el centro (el eje), flanqueado inmediatamente por el Sol y la Luna, a izquierda y derecha, seguidos respectivamente por la Hierba y el Verano, y con el Vino y el Agua en los extremos izquierdo y derecho de la figura. Tal imagen sin orden de sucesión del año es característica de la cronografía del valle. Y puesto que el clima, con dos estaciones, no se prestaba a establecer fechas en base a la estación del año, en las conversaciones solía situarse los acontecimientos en relación con los wakwa: antes de la Hierba, entre las Danzas del Agua y el Vino, después de la Luna. (En el capítulo «El Tiempo y la ciudad», se expone la concepción del tiempo en el valle).

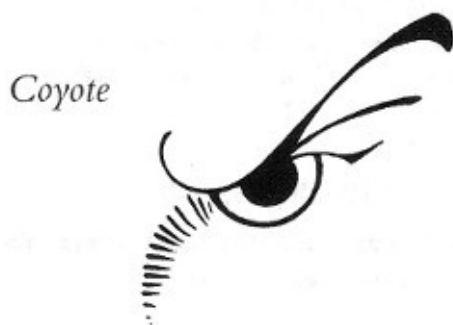


La manifestación material de cada una de las Cinco Casas en cada una de las nueve ciudades eran los heyimas. Dado que la traducción de esta palabra por iglesia, templo, capilla o Logia llevaría a confusiones, utilizo en este libro el término kesh, formado etimológicamente por los elementos *heya*, *heyiya* —con sus connotaciones de santidad, punto esencial, eje, conexión, espiral, centro, alabanza y cambio— y *ma*, casa.

La heyiya-if, dos espirales centradas en un mismo espacio (vacío), era la representación material o visual de la idea de heyiya. Modificada y elaborada de incontables maneras, la heyiya-if era un elemento coreográfico y gestual en la danza y en ella se basaban la escenografía y el movimiento de la puesta en escena de las obras dramáticas; era un instrumento organizativo en la planificación de la ciudad, en las formas gráficas y escultóricas, en la decoración y en el diseño de los instrumentos musicales; servía también de tema para la meditación y era fuente de inagotable metáfora. Era la forma visual de una idea que impregnaba el pensamiento y la cultura del valle.

En las ciudades del valle, cada persona tenía dos casas: aquella en la que vivía, la morada, en el Brazo Izquierdo de la ciudad, conformada en una doble espiral, y el heyimas, la Casa, en el Brazo Derecho. En la morada vivía con sus parientes de sangre o por matrimonio; en el heyimas, en cambio, la persona se reunía con su familia permanente, más extensa. Los heyimas eran centros de culto, de instrucción, entrenamiento y estudio, lugares de reunión, foros políticos, hoteles, hospicios,

refugios, centros de administración de recursos, talleres, bibliotecas, archivos y museos, oficinas de compensación y centros principales de control y gestión económica de la comunidad, tanto interna como de intercambio comercial con otras ciudades kesh o externas al valle.



En las ciudades menores, los heyimas eran grandes cámaras pentagonales y subterráneas, divididas a base de tabiques de separación, con un techo bajo, de cuatro caras y forma piramidal, que sobresalía de la superficie. Unas escaleras llegaban hasta el techo en cada ángulo, y a entrada se efectuaba por una claraboya y mediante una escala. En Telina y Kastoha, tanto las salas subterráneas como los techos ornamentados eran mucho mayores. En Wakwaha, en la montaña, los cinco heyimas eran grandes complejos subterráneos cuyos espléndidos techos piramidales estaban rodeados de edificios accesorios y plazas. La zona pública dentro de la curva de casas-moradas era denominada el espacio común; la zona correspondiente dentro de la curva de los cinco heyimas era llamada el lugar de las danzas. El mapa de la ciudad de Sinshan de la página 256 muestra la disposición de una ciudad kesh.

En el capítulo dedicado a «[Logias, Sociedades y Artes](#)», expondremos con mayor profundidad la adscripción de las Logias y Artes dentro de las casas. Como se observa en el cuadro, los Molineros, cuya profesión les obliga a responsabilizarse de los molinos de viento, agua y otros generadores de energía, de diversos tipos de obras de ingeniería, y de la construcción, funcionamiento y mantenimiento de la maquinaria, se encontraban en una posición distinguida pero anómala, pues no quedaban bajo la responsabilidad de ninguna casa entre los vivos.



Otras anomalías aparentes son consecuencia de las dificultades de clasificación y traducción. En nuestro idioma podemos decir que una codorniz vive en la Segunda Casa, pero empieza a sonar extraño decir que una tomatera vive en la Quinta Casa, y

mucho más raro afirmar que los muertos y los no nacidos viven en las casas del Cielo. Los kesh dirían que ello se debe a que nosotros no vivimos en las casas, sino que permanecemos fuera.

Los edificios de los heyimas son las Cinco Casas, o las manifestaciones materiales de éstas, o unas representaciones figuradas de las mismas, como el lector prefiera. Las principales manifestaciones materiales de las Cuatro Casas son meteorológicas: la lluvia para la Sexta Casa, las nubes, la niebla y la calima para la Séptima, el viento para la Octava y el aire calmo o tenue, que también es llamado aliento, para la Novena Casa. Los otros grandes símbolos de las Cuatro Casas —el Oso, el Puma, el Coyote y el Halcón— cabe considerarlos como representaciones mitológicas, como configuraciones imaginarias que no deben tomarse al pie de la letra, aunque no puede descartarse tampoco su aspecto literal. Entrar en la Casa del Coyote es sufrir un cambio. A su vez, las Cuatro Casas son las casas de la Muerte, del Sueño, de las Tierras Vírgenes y de la Eternidad. Todos estos aspectos se interrelacionan de modo que la lluvia, el oso o la muerte pueden simbolizar respectivamente a los demás; imágenes verbales e iconográficas florecen con esta interrelación. El conjunto de estos elementos tiene una profunda carga metafórica. Limitar este conjunto a cualquier otro modo sería, a juicio de las gentes del valle, una mera superstición.

Ésta es la razón de que no consideremos el sistema organizativo de las Nueve Casas como una religión o los heyimas como lugares religiosos, pese a la evidente y continuada relación de la vida y el pensamiento del valle con lo sagrado. Los kesh no tenían dios, ni dioses, ni fe alguna. Más bien parecían haber dado forma a una metáfora funcional. La idea que más se aproxima al centro de su concepción es la casa; el signo es la espiral en torno a un eje, o heyiya-if; la palabra es la palabra de alabanza y cambio, la palabra en el centro, ¡heya!

LAS CINCO CASAS DE LA TIERRA

La Primera Casa

OBSIDIANA

nordeste
negro
la luna

La Segunda Casa

ARCILLA AZUL

noroeste
azul
aguas dulces

La Tercera Casa

SERPENTINA

N,E,S,O
verde
piedras

La Cuarta Casa

ADOBE AMARILLO

sudeste
amarillo
polvo

La Quinta Casa

ADOBE ROJO

sudoeste
rojo
polvo

La dirección del movimiento asociado a las Cinco Casas de la Tierra es hacia dentro.

Los habitantes

Los que viven en las Cinco Casas de la Tierra son: la propia tierra, la luna, todas las rocas y accidentes geográficos, todas las aguas dulces, los animales y seres humanos individuales vivos, las plantas utilizadas por los seres humanos, las aves domésticas y las que viven en el suelo, las piezas de caza y los animales domésticos.

Animales y aves domésticos: ovejas, ganado bovino, caballos, asnos, mulas, gatos, perros, himpis, aves de corral, animales de compañía.



Animales y aves de caza: ciervos, conejos, liebres, cerdos salvajes, ardillas, zarigüeyas, codornices, faisanes, aves silvestres, en ocasiones, ganado bovino silvestre, peces de agua dulce, ranas, cangrejos.

Plantas de recolección: bayas, hierbas de semilla, raíces, hierbas, verduras, hongos comestibles, nueces, frutas silvestres, árboles madereros, robles de bellotas y de agallas, tule, enenas, flores silvestres, etc.

Plantas domésticas: árboles: olivo, ciruelo, melocotonero, nectarino, albaricoque, cerezo, peral, vid, almendro, avellano, naranjo, limonero, manzano, rosál, etc.

Plantas domésticas: no árboles: habas, guisantes, legumbres, maíz, chayote, patatas, cebollas, tomates, pimientos, quingombó, ajo, verduras de la familia de la col, rizomas comestibles, verduras de hoja, melones, hierbas aromáticas: cañamo, algodón, lino; flores de jardín, etc.

Las Festividades

Los habitantes del conjunto de las Cinco Casas de la Tierra

bailan juntos las Danzas del Cielo de la Ceremonia del Mundo (cerca del equinoccio de primavera) y la Danza del Sol
La Danza de la Luna | La Danza del Agua | La Danza del Verano | La Danza del Vino | La Danza de la Hierba

Las Logias

La Logia del Laurel y la Logia de los Buscadores están bajo los auspicios de las Cinco Casas de la Tierra.

La Logia de la Sangre
La Sociedad de los Payasos de la Sangre
La Sociedad de los Payasos Blancos
La Sociedad del Cordero

La Logia de los Cazadores
La Logia de los Pescadores
La Logia de la Sal

La Logia de los Doctores
La Sociedad del Roble

La Logia de los Cultivadores
La Sociedad de los Payasos Verdes
La Sociedad del Olivo



Las Artes

El Arte del Cristal
El Arte de los Curtidores
El Arte de la Pañería

El Arte de los Alfareros
El Arte del Agua

El Arte de los Libros

El Arte de la Madera
El Arte de los Tambores

El Arte del Vino
El Arte de los Herreros

LAS CUATRO CASAS DEL CIELO

La Sexta Casa
LLUVIA

La Séptima Casa
NUBE

La Octava Casa
VIENTO

La Novena Casa
AIRE CALMO

Las direcciones de las Cuatro Casas del Cielo son hacia el nadir y hacia el cenit.
Los colores de las Cuatro Casas del Cielo son el espectro del arco iris, y el blanco.

oso
muerte
abajo

puma
sueño
arriba

coyote
tierra virgen
a través

halcón
eternidad
fuera

Los habitantes

Los que viven en las Cuatro Casas del Cielo son: la mayoría de las aves, los peces marinos, los crustáceos, los animales salvajes que no son cazados para servir de alimento (puma, lince, gato salvaje, coyote, perro asilvestrado, oso, mapache, ratón, ratón de campo, rata, rata de bosque, ardilla, ardilla listada, topo, tortuga de tierra, mofeta, puercoespín, nutria, zorro, murciélago), los reptiles, los anfibios y los insectos; cualquier animal o planta considerado como especie o en general los seres humanos como especie, pueblo, tribu o nación; los muertos, los no nacidos; todos los seres de los relatos y de los sueños; los océanos, el sol y las estrellas.



Las Festividades

Los habitantes de las Cuatro Casas bailan las Danzas de la Tierra de la Ceremonia del Mundo, y la Danza del Sol.

Las Logias

La Logia del Adobe Negro y la Logia del Madroño están bajo los auspicios de las Cuatro Casas del Cielo.

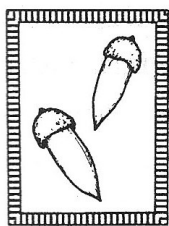


Las Artes

El Arte de los Molineros está bajo los auspicios de las Cuatro Casas del Cielo.



La ubicación



Las montañas de las sierras paralelas que cierran el valle no son muy altas; incluso la Abuela, Ama Kulkun, el viejo volcán en el que se juntan ambas sierras en un enmarañado nudo, no se eleva mucho más allá de los mil trescientos metros. El fondo del valle es una planicie aluvial, pero las colinas se elevan desde ella en empinadas laderas y sus cimas son escarpadas, cortadas a pico y plagadas de cañones con torrentes. En las laderas que dan al este, resguardadas del viento marino, crecen exuberantes los árboles y matorrales: pinos, abetos, secoyas, madroños, leños colorados y toda clase de robles —achaparrados, perennes, tostados, blancos y oscuros, junto a los enormes robles del valle—, así como castaños de Indias, laureles, sauces, fresnos y alisos. En las zonas más secas aparece el chaparral, una sucesión de matorrales bajos y tupidos de lilas silvestres que muestran sus flores violetas y azules cuando terminan las lluvias, y campánulas de flores blancas, arvejas, tollones, cafetos, y otros arbustos y, siempre, los robles achaparrados y los eternos zumaques venenosos. En las márgenes de los arroyos crecen las englantinas, las azaleas amarillas, los escaramujos olorosos y las vides silvestres de California. En las laderas orientadas al oeste, batidas por el viento, y en las colinas redondeadas de serpentina, sólo crecen las hierbas silvestres y las florecillas de montaña.

Ésta ha sido siempre una tierra austera, generosa pero no pródiga, amable ni acogedora. Siempre ha tenido dos estaciones, una húmeda y otra seca. Las lluvias y los calores pueden ser feroces, aterradores. Las cosas que crecen en ella pasan por su lento y constante ciclo de floración, fructificación y descanso como en todas partes, pero el paso de una estación a otra no es tanto una transición como un cambio completo. Un breve período de días grises y lluviosos en el que las colinas agostadas y empapadas relucen de pronto con el verdor doliente y desgarrador de la hierba nueva... Unos días brillantes en los que se suceden los chubascos y se abren los capullos de amapolas anaranjadas, lupinos azules, vicias, tréboles, lilas silvestres, brodieas, hierbas ojizarcas, margaritas y violetas, llenando laderas enteras de colores blancos, púrpuras, azules y dorados, pero al mismo tiempo la hierba se agosta y pierde su color, y la avena loca dispersa sus semillas. Éstas son las épocas del cambio: el aumento del verdor al inicio del invierno y el agostamiento a la llegada del verano.



Llega la niebla. Asciende desde los vastos lodazales llanos, desde las marismas y cañaverales, desde los estuarios y los interminables juncuales del sureste, y desde las playas marinas más allá de la sierra del suroeste Entre la montaña de Sinshan y La Vigilante y la montaña del manantial, cuyas siluetas escarpadas, oscuras y carentes de profundidad se alzan en el cielo seco, llega la niebla que humedece, difumina y oculta todas las cosas. Las montañas desaparecen poco a poco tras ellas. Las colinas apenas se distinguen bajo el cielo encapotado a baja altura. En todas las hojas se condensan gotas que caen al suelo. Los menudos pajarillos pardos del chaparral revolotean vacilantes, y se escuchan sus trinos en las cercanías sin que jamás puedan verse. Los robles del valle se alzan enormes y la niebla impide ver dónde alcanzan sus ramas. Si una de esas mañanas uno sale de Wakwaha y sube montaña arriba más allá de la capa de niebla en algún lugar del camino, hasta colocarse por encima de ese techo intangible, y se da la vuelta, puede apreciar un blanco Mar de niebla que se desgarran en un refulgente silencio entre las colinas. Así lo ha hecho durante muchísimo tiempo, pues las colinas son viejas, pero la niebla lo es mucho más.

La tierra del valle es arcilla de adobe, negra o marrón, o polvo rojo de serpentina verde azulada, con vetas de cenizas volcánicas. No es un terreno rico, receptivo y bien dispuesto, sino pobre, obstinado y hosco, que escupe el trigo. A quien lo cultiva le ofrece vides, olivos, rosales, limoneros y ciruelos. Plantas resistentes, duraderas, de aroma dulzón y sabor penetrante. También ofrece maíz, legumbres, calabazas, melones, patatas, zanahorias, verduras, lo que uno desee, si le dedica los suficientes cuidados, lo cava cuando es como cemento húmedo y lo riega cuando es como cemento seco. Es un terreno difícil.

En nuestros días, el río del valle apenas es un hilillo en los años de sequía, cuando en septiembre casi todos los arroyos quedan secos; pero el Na será más adelante un curso de agua más caudaloso, aunque menos extenso. Cuando el Gran Valle se asiente en toda su longitud, las fisuras en las líneas de fallas y probablemente algunas bolsas magmáticas bajo la Ama Kulkun harán más pronunciada la elevación del valle; subirá

también el nivel de la capa freática, y el clima quedará modificado, con los ardientes veranos del Gran valle muy atemperados por el mar Interior y las vastas marismas, y con las nieblas marinas fluyendo sobre las corrientes oceánicas a través de una ensenada mucho más amplia. La estación seca no lo será con la misma intensidad, los arroyos bajarán más llenos y el río será más caudaloso, más digno de consideración y de estima. Pero seguirá midiendo menos de cincuenta kilómetros desde la fuente hasta el mar.

Cincuenta kilómetros pueden ser una distancia corta o larga, depende del modo en que uno los recorra; es lo que los kesh llamaban *wakwaha*.

Con movimientos ceremoniosos y demostraciones de cortesía y de confianza, los kesh tomaban prestadas las aguas del río y de sus pequeños afluentes para beber, lavarse y regar los campos, utilizando el agua con prudencia y cuidado. Las gentes del valle vivían en una tierra que responde a la codicia con la sequía y la muerte. Una tierra difícil, retraída pero sensible. Parecida a los ciervos que viven en ella, que le hurtan a uno su alimento y le sirven también de comida, unos ciervos menudos y enjutos, ladrones y víctimas de los depredadores, vecinos vigilantes y vigilados, curiosos, valientes, desconfiados e indómitos. En una palabra, una tierra siempre bravía.

Las raíces y los manantiales del valle siempre fueron bravíos. Los campos de vides y los sarmientos podados, las hileras de olivos grisáceos y el esplendor de los huertos de almendros en flor, las ovejas de afiladas pezuñas y el ganado vacuno de ojos negros, los lagares de piedra, los viejos graneros, los molinos a lo largo de la orilla y las pequeñas ciudades umbrías, todo ello resulta hermoso, humano, cautivador, pero las raíces del valle son las raíces del pino excavador, del roble achaparrado, de las hierbas silvestres despreocupadas y descuidadas, y las fuentes de los arroyos se alzan entre las grietas de los movimientos sísmicos, entre las rocas de los fondos marinos que existieron antes de que hubiera seres humanos, y entre los fuegos que arden en el interior de la tierra. Las raíces del valle están en la tierra virgen, en el sueño, en la agonía, en la eternidad. Los senderos de los ciervos, las huellas de pisadas y las marcas de carros, todo ello se abre paso rodeando las raíces de las cosas. Los senderos no son rectos, y puede llevar toda una vida recorrer los cincuenta kilómetros de ida y vuelta.

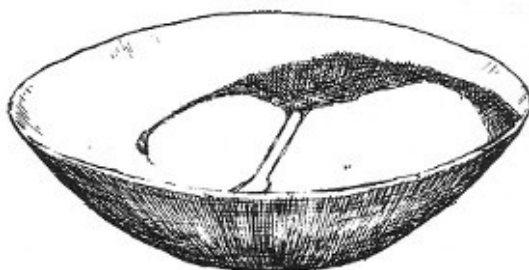
A Pandora le preocupa lo que está haciendo: la forma



Pandora no quiere echar una mirada por el extremo grande del telescopio y ver el valle completo, menudo, nítido y reluciente como una joya. Pandora cierra los ojos, no quiere mirar y conocer lo que va a ver: Todo Bajo Control. La casa de muñecas. El país de Muñecas.

Pandora sale apresuradamente del observatorio con los ojos cerrados, tanteando con las manos.

¿Qué consigue, además de unos cortes en las manos? Fragmentos, pedazos, trozos. Restos. Objetos del valle, de tamaño natural. No a lo lejos, sino en la mano, para ser palpados, sostenidos y escuchados. No intelectuales, sino mentales. No espirituales, sino materiales. Un pedazo de madera de madroño, un fragmento de obsidiana. Un objeto de arcilla azul. Aunque el cuenco esté roto (y el cuenco está roto), dejad que la mente absorba la energía de la arcilla, de la elaboración, de la cocción y de la forma, aunque la forma esté incompleta (y la forma está incompleta). Dejad que el corazón la complete.



algunos cuentos orales

algunos cuentos contados en voz alta una tarde de la estación seca en un lugar de verano más arriba de Sinshan



Pues bien, la Coyote andaba vagando por el mundo cuando encontró al viejo Oso.

—Te acompaño —dijo la Coyote.

—No, por favor, no vengas conmigo —respondió el Oso—. No te quiero a mi lado. Voy a reunir a todos los osos y hacer la guerra a los seres humanos. No te quiero conmigo.

—¡Oh, qué cosa más terrible y espantosa! —exclamó la Coyote—. Os mataréis los unos a los otros. Te matarán a ti, moriréis todos. ¡No luchéis, por favor, no luchéis! ¡Todos debemos vivir en paz y amarnos mutuamente!

Y mientras hablaba, la Coyote le cortaba los testículos al Oso con un cuchillo de obsidiana que había robado en la Logia de los Doctores; un cuchillo tan afilado que el Oso ni siquiera notó que se los estuviera cortando.

Cuando hubo terminado, la Coyote escapó con los testículos del Oso en una bolsa. Luego acudió donde se hallaban los humanos. Estaban fumando tabaco y cantando mientras fabricaban pólvora y balas y limpiaban sus armas, preparándose para la guerra contra los osos. La Coyote se presentó ante su general y le dijo:

—¡Oh, qué valientes sois, intrépidos guerreros! ¡Qué valor el vuestro, ir a la guerra contra los osos sin otras armas que esos fusiles!

—¿Qué clase de armas tienen ellos? —preguntó inquieto el general.

—Son armas secretas. No puedo decirlo —susurró ella. Pero ante la creciente preocupación del hombre, acabó por confesar—: Tienen unos fusiles enormes que disparan unas balas mágicas que convierten a los hombres en osos. He traído un par de esas balas...

Mostró entonces los testículos del Oso. Todos los guerreros se acercaron, los observaron y dijeron:

—¿Qué podemos hacer?

—Bien —respondió la Coyote—. Lo que debéis hacer es lo siguiente: vuestro general debe lanzar sus propias balas mágicas contra los osos y volverlos humanos.

Pero el general se negó.

—No. Echad a la Coyote fuera de aquí, sólo crea problemas.

Los guerreros empezaron a disparar contra la Coyote y ésta tuvo que escapar.

Empezó la guerra. Los osos tenían sus corazones y garras; los humanos tabaco y fusiles. Los humanos dispararon sus armas y fueron matando osos hasta que sólo quedó un puñado, apenas cuatro o cinco que habían llegado tarde a la batalla y habían conseguido escapar. Éstos huyeron y se internaron en la espesura.

Allí encontraron a la Coyote.

—¿Por qué hiciste eso, Coyote? —le dijeron—. ¿Por qué no nos ayudaste? ¡Lo único que hiciste fue arrancarle los cojones a nuestro mejor guerrero!

—Si hubiera podido cortarle los suyos a ese humano —replicó la Coyote—, todo habría terminado bien. Escuchad: esa gente folla demasiado a menudo y piensa demasiado deprisa. Vosotros, los osos, apenas folláis una vez al año y dormís demasiado. No teníais la menor oportunidad ante ellos. Quedaos aquí conmigo. No creo que la mejor manera de tratar con esa gente sea haciendo la guerra.

Y así fue cómo los osos permanecieron en las espesuras vírgenes. La mayoría de los animales se quedaron en ellas con la Coyote. Pero no las hormigas. Éstas querían hacer la guerra contra los humanos, y la hicieron, y todavía siguen en ello.

[Otra voz:] Es verdad, es verdad. Y la mujer Pulga es una vieja amiga de la Coyote, ¿sabéis? Viven juntas. Pues bien, la Pulga manda a todos sus hijos de expedición a las casas de los humanos y les dice:

—Id y causadles escozores, id y haced que los niños se rasquen un poco, que se rasquen un poco.

[El narrador hace cosquillas a un niño que está escuchando y el niño suelta un grito].

[Una tercera voz:] Sí, es verdad. Y también hubo esa otra vez en el mundo, ¿sabéis?, cuando la Coyote le dijo al Perro:

—Estoy enfadada porque esos humanos ganaron la guerra contra los osos. Ve a su ciudad y mata a ese general que los manda.

Y el Perro estuvo de acuerdo y acudió a la ciudad de los humanos. Pero las mujeres de la casa donde habitaba el guerrero le dieron carne, le sacaron las garrapatas de las orejas, le acariciaron la cabeza y le domesticaron. Cuando ellas le decían que se tumbara, él se tumbaba; cuando le decían «¡ven!», él acudía. El Perro traicionó a la Coyote y se alió con los humanos.



[La conversación prosigue durante un rato y a los niños les entra sueño. Una vez acostados en el porche de la casa de verano, un anciano entona un cántico de dos notas durante un rato. Luego sigue un silencio y el canto de unos grillos. Entonces empieza a hablar de nuevo el primer narrador].

Y ese hombre, ese general que mató a los osos en la guerra, bueno, ese hombre quería que sus hijos fueran generales como él, héroes. Y pensó que su esencia de héroe estaba en sus cojones. Quizá sacó la idea de las palabras de la Coyote. Así pues, se los cortó él mismo y los colocó en sendas esferas de cobre que había preparado, unos recipientes formados por dos mitades cosidas para que encajaran. A continuación, entregó una de ellas a cada uno de sus dos hijos mientras les decía:

—Bastará con que seáis sólo la mitad de hombres de lo que yo he sido. Seréis intrépidos, haréis conquistas y mataréis a vuestros enemigos.

Pero los hijos no le creyeron, y cada uno pensó que necesitaba las dos esferas.

Uno de ellos acudió a la casa del otro por la noche con un cuchillo. El otro le esperaba también con un cuchillo. Lucharon y lucharon sin cesar, acuchillándose, hasta que ambos murieron desangrados.

A la mañana siguiente, el viejo general salió de su casa, vio sangre en los senderos y en los peldaños de la escalera, gente llorando, y a sus hijos encogidos en el suelo, rígidos, muertos. Entonces se puso a gritar, enfurecido:

—¡Devolvedme los cojones!

Pero las esposas de los hijos se los habían llevado y los habían tirado a la colina de los buitres junto a los despojos de los carniceros, pues habían empezado a oler mal. Así, mientras el hombre gritaba, ellas se preguntaron qué podían hacer. Y vaciaron y limpiaron las esferas de cobre que él había preparado y las cerraron soldándolas, o quizá pegándolas con cola, y se las llevaron al viejo general.

—Suegro, aquí, tienes tus preciados cojones —le dijeron—. Será mejor que vuelvas a coserlos donde los llevabas. Los hijos de tus hijos son todos niñas y no los quieren.

Así pues, el anciano se cosió las esferas de cobre entre las piernas y se paseó con ellas. Cuando caminaba producían un tintineo, y el hombre decía:

—Cuando nazca en la ciudad un verdadero general, se las entregaré.

Pero no eran nada, pues estaban vacías. Cuando el anciano murió, enterraron las esferas de cobre con sus cenizas.

[La tercera voz:] Es verdad, es verdad, y vino la Coyote y las desenterró.

[La segunda voz:] Es verdad, es verdad, y las llevó de pendientes cuando bailó la Luna.



NOTA DE LA TRADUCTORA: Evidentemente, el relato original sobre la guerra contra los osos era conocido por los adultos presentes; la buena acogida que le daban con sus murmullos y risas se producía al término de los párrafos completos. La narración sobre el Perro también parece ser una versión abreviada de un relato conocido. Desconozco si el relato que vino a continuación, después de que los niños se acostaran, era una variación sobre un tema conocido, una improvisación completa o algo intermedio entre ambas cosas. Tengo la impresión de que la audiencia no lo conocía, sino que colaboraba en la invención y la narración mediante sus reacciones y sus risas.

Shahugoten

Según lo narró pequeña Osa de Sinshan a la recopiladora

Había una familia de la Arcilla Azul en Ounmalin que tenía una niña pez. Era una niña y era un pez. En ocasiones era más humana, y en otras más pez. Respiraba por igual en el aire y en el agua, pues tenía pulmones y agallas. Durante mucho tiempo la apartaron del agua pensando que se haría más humana si permanecía en tierra, al aire libre. La niña caminaba con dificultad; tenía unas piernas débiles y sólo podía dar pasitos cortos. Pero una vez, cuando era pequeña y la familia estaba trabajando en los campos, la dejaron dormida bajo la sombra, y la niña despertó y se arrastró hasta el embalse de agua cercano.

Cuando la familia regresó y fue a ver cómo estaba, encontró vacía la canasta de la niña. Abuelos, padres, todos se apresuraron a buscarla. El hermano de la niña se acercó al embalse y escuchó un chapoteo. Oteó las aguas y vio saltar en ellas a su hermana como si fuera una trucha. Cuando llegó más gente, la niña se sumergió bajo el agua. Todos creyeron que se había ahogado y se metieron en el agua revolviendo el limo. Ella se ocultó en el fondo, entre el limo y el fango, pero finalmente la encontraron y la vieron bajo una luz tenue y vacilante. Cuando la sacaron del agua, jadeó y agitó su cuerpo hasta que empezó a respirar aire de nuevo.

Después de este suceso tuvieron que mantenerla encerrada en casa o vigilarla de cerca cuando estaban al aire libre. Su hermano mayor la llevaba de un lado a otro. Era él quien estaba siempre con ella. La niña no creció mucho, y, cuando llegó a la adolescencia, su hermano todavía podía sostenerla en brazos. Ella le pedía que la llevara al río y él respondía:

—Espera un poco, kekoshbi, espera un poco más.

El muchacho ayudaba a cuidar el ganado de Ounmalin, y mientras pastoreaba las reses solía llevar a su hermana a los pequeños arroyos y a las charcas poco profundas, donde nadaba y jugaba. Él permanecía en la orilla, vigilándola. Más adelante, cuando la muchacha se hizo más fuerte, cuando ya había entrado en la adolescencia y estaba aprendiendo las canciones de la Logia de la Sangre, él la llevaba al heyimas de la Obsidiana y acudía a recogerla a la salida, y por la tarde la llevaba al río, aguas abajo de la ciudad, donde hacía curvas y rodeaba la colina de Ounmalin formando profundas pozas. Ella nadaba un buen rato, y él la esperaba. Cada tarde la muchacha nadaba un poco más, y su hermano la esperaba un rato más.

—Kekoshbi, kekoshbinye —decía el muchacho—, me preguntan dónde vamos por las tardes, y por qué estamos fuera con el ganado hasta horas tan avanzadas.

—Takoshbi, matakoshbi —respondía ella—, no me gustan las tonadas que cantan en la Primera Casa, esas canciones de sangre. Prefiero las canciones de agua que

cantan en nuestra casa. No quiero regresar a tierra, al aire libre.

—¡No nades tan lejos! —decía él.

—Lo intentaré —respondía ella.

Pero una tarde la muchacha nadó río abajo tan lejos que su piel saboreó el agua del mar. Regresó entonces nadando hasta su hermano que esperaba junto a la charca profunda bajo la colina y le dijo:

—Matakoshbi, tengo que irme. He saboreado la sangre en el río y tengo que irme ahora mismo.

Juntaron sus mejillas. La muchacha se deslizó de nuevo hacia las aguas y se alejó. El muchacho regresó a casa y dijo:

—Se ha ido. Ha nadado hacia el mar.

La gente pensó que la había dejado en el río porque estaba harto de llevarla y de cuidar de ella. Le echaban la culpa y decían:

—¿Por qué la dejaste cerca del río? ¿Por qué no la mantuviste alejada, en tierra? ¿Por qué no te quedaste con ella?

El muchacho estaba avergonzado y lleno de amargura y pesar. Cuando estaba con el ganado en los campos y en los establos, lloraba de vergüenza y soledad. Hablaba con los peces del río y con las gaviotas que se adentraban en el valle cuando llovía:

—Si veis a mi hermana, decidle que vuelva a casa.

Pero pasó mucho tiempo antes de que ella regresara. El muchacho siempre paseaba por las tardes junto al río. Fue al principio de la estación húmeda, bajo la lluvia, al caer ya la noche, cuando descubrió algo blanco en el agua, junto a la orilla de la charca profunda. Escuchó un sonido como las olas del mar. Bajó entre los sauces hasta el borde del agua y allí estaba ella, junto a la ribera, muy pálida, y le llamaba:

—¡Takoshbi! ¡Metakoshbi!

Él intentó hacerla salir del agua, pero ella se resistió.

—¡No! ¡No!

La muchacha estaba blanca e hinchada. Dio a luz allí mismo, en el agua, en los bajíos junto a la orilla. Y nació un niño; un niño de color blanco, no un pez sino un niño humano de piel muy blanca. Él lo sacó del agua y lo envolvió en su camisa. Al verlo, ella arqueó el cuerpo hacia arriba y murió allí mismo, en las aguas poco profundas. Acudió la gente y se llevó al recién nacido y a su tío a la casa de la familia. Y entonaron las canciones para la fallecida y la incineraron al día siguiente en el lugar de las cremaciones, junto a Sebbe. Después aventaron las cenizas en el río, no en la tierra. El niño recibió por nombre Shahugoten, ‘Nacido del Mar’. Alguna gente de la Obsidiana que vive en Ounmalin, gente de piel lechosa, es nieta de la hija de Shahugoten.



La conservadora

Narrado por Flechero, bibliotecario de la Serpentina de Ounmalin. He aquí un ejemplo de una narración «formal», la puesta en escena de un relato, en comparación con una narración informal o improvisada. Evidentemente, es un relato didáctico. Se considera una historia verídica, o basada en hechos reales, aunque una versión del mismo argumento general que se narra en Chumo, empieza así: «valle abajo, en la ciudad de Tachas Touchas...»

Valle arriba, en la ciudad de Chumo, había una joven que vivía en la Tercera Casa, una mujer instruida que todavía llevaba ropas sin teñir. Era la conservadora del lugar, la que se encargaba de cuidar de las cosas, de guardar y preparar todos los objetos del heyimas para las danzas, los cantos, las lecciones y las ofrendas. Tales objetos eran los chalecos, las ropas de las bailarinas del Verano, las piedras, las pinturas sobre papel, tela y madera, las crestas de plumas, los gorros, los instrumentos musicales, los tambores de lengüeta y el gran tambor de wakwa, los cascabeles de danza de calabaza y caparazones, de pata de ciervo y de arcilla, los escritos, los libros, las hierbas dulces y amargas y las flores secas, las tallas y los hehole-no de todas clases, las herramientas e instrumentos de hacer y reparar, los aceites, y todas las cosas honorables y valiosas, y sus recipientes, envases o cajas, y sus envolturas, y los estantes, armarios y lugares concretos donde eran guardados ordenados, limpios, presentables y hermosos. Y ella era quien lo conservaba todo. Éste era su don y lo desempeñaba bien, complaciéndose al hacerlo. Cuando se necesitaba algo, ella lo traía del lugar correspondiente, dispuesto para su uso. Cuando se le entregaba algo, lo colocaba en el lugar debido. Cuando algo estaba sucio o desgastado, lo limpiaba y componía, y cuando algo quedaba fuera de uso, lo dedicaba a un servicio distinto. Continuó haciéndolo cuando fue tierra adentro y cuando se casó y cuando fue madre. Era su principal tarea y nadie más que ella la hacía en ese heyimas.

Cierta vez, un hombre hizo una talla en madera de madroño, una obra hermosa, un hehole-no, para regalarlo a la casa donde crece el madroño, y la dejó en el quinto ángulo del salón grande. La conservadora la vio cuando los demis se fueron a casa, y la recogió. Le gustó y continuó sosteniéndola y mirándola mientras pensaba: «Me encanta; es como si estuviera hecha para mí. Es para mí. La guardaré un tiempo». Se la llevó a su casa, a su habitación, y la puso en su cesta con tapa, bajo otras cosas. Y allí se quedó. Sólo la admiraba de tarde en tarde y no la utilizó nunca.

Otra vez un hombre tejió para la Serpentina un chaleco de danza de ante y le cosió bordados de hojas y adornos de bellotas montadas en cobre. La conservadora se lo llevaba a los armarios y cajones del heyimas cuando pensó: «Tiene pinta de ajustarse bien». Se lo probó y se lo dejó puesto mientras trabajaba. «Se ajusta a mi

talle, me va muy bien. Parece hecho para mí. Quizá baile con él, el próximo Verano. Alguien podría elegirlo antes que yo, de modo que lo guardaré hasta la Danza del Verano». Así pensó, y se llevó a casa el chaleco y lo puso en el fondo de su ropero. Y allí se quedó. Y no lo lució en la Danza del Verano.

Otra vez, una familia entregó un montón de polvo de bayas de acerolo al heyimas. Dejó una parte en el quinto rincón y se llevó el resto a casa, pensando: «A mi hijo se le reseca la garganta con el polvo de la estación seca, y le entra una tos terrible. Va a necesitar sidra de acerolo. Guardaré ésta y la usaré cuando la necesite». Colocó el polvo en una jarra de cristal con tapón y la guardó en el sótano de la casa. Y allí se quedó. Y no hizo sidra con él en la estación seca.

Otra vez, una mujer entregó su flauta de hueso de ciervo que había estado mucho tiempo en la Segunda Casa. Era un instrumento muy antiguo; muchísimas veces había tocado la heya de cuatro notas. La conservadora la colocó junto a las demás flautas de la Tercera Casa, pero no dejaba de volver atrás y de sacarla de la caja, y de moverla en el estante mientras pensaba: «Éste no es su lugar; es una flauta demasiado antigua para que alguien la haga sonar. A veces tocan los instrumentos personas descuidadas, niños, músicos... Es demasiado vieja y hermosa para tratarla como una flauta normal». Se la llevó a casa y la puso en la cesta con tapa. Y allí se quedó. Y nadie volvió a hacerla sonar.



Otra vez, un hombre trajo un pedazo de pan de maíz. El hombre era muy viejo y el pedazo de pan duro y seco; no lo podía masticar. Rompió el mendrugo que había intentado morder, lo tiró lejos y puso el resto en el quinto ángulo, diciendo: «Quizás pueda comerlo algún joven de mandíbulas fuertes». La conservadora lo encontró allí, lo dejó caer al suelo y cuando barrió el gran salón del heyima arrastró el mendrugo de pan duro junto con el polvo, y llevó todo lo que había barrido escaleras arriba y lo dejó caer al exterior cerca del techo del heyimas.

Esa tarde, al anochecer, la mujer se puso enferma. Al día siguiente había

empeorado. Sufría unos dolores terribles en el estómago, las manos, el ano y los dientes. Se celebró una presentación por ella, pero no pudo participar con las bailarinas. Los doctores se ocuparon de ella, pero no había nada que la aliviara; cada vez sufría más dolores e hinchazones; se le hincharon las manos y los pies, el vientre y el rostro.

Un primo de la conservadora, de su misma casa, que era un médico cantante, acudió a cuidarla y a cantarle. Mientras lo hacía, el médico la observaba atentamente. Ella gemía y no atendía a sus cánticos. Cuando terminó la canción, le dijo:

—Prima, una canción es su canto.

Luego él se fue a casa, y la conservadora meditó la frase que le había dicho. La había oído muy bien y le dio vueltas y más vueltas en la cabeza. Ahora estaba consumida e hinchada, doblada hacia delante debido a los dolores de vientre. Quería vomitar y no podía, quería defecar y no podía. «¿Por qué me estoy muriendo?», se decía. Pensó entonces en las cosas que había guardado, se arrastró hasta la cesta con tapa y buscó en ella la flauta de hueso de ciervo y la talla de madera de madroño. En el fondo de la cesta no había nada, salvo unos terrones de tierra. Buscó en el armario de la ropa el chaleco bordado. Pero entre sus prendas sólo había un harapo sucio. Bajó al sótano y buscó por los estantes el polvo de sidra. En el tarro no había más que tierra, sólo tierra. Se arrastró entonces hasta el heyimas, gateando a duras penas y gritando, «¿dónde está? ¿dónde está?». Se arrastró por el suelo alrededor del heyimas, arañando el suelo con sus uñas, gritando, «¿dónde está?». La gente pensó que se había vuelto loca. Encontró un pedazo de pan de maíz, un mendrugo; o quizá fuera un terrón de tierra y ella pensó que era el pan de maíz. Se lo comió y luego se quedó tendida en el suelo, inmóvil. La llevaron a casa y le cantaron, y ella escuchó los cánticos. Mejoró y se restableció. Y después de esto fueron otras personas las encargadas de cuidar de las cosas en el heyimas.



Ratones secos

Relato narrado a un grupo de niños un día lluvioso en el heyimas de la Serpentina de Sinshan, en boca de Serpiente Rey, un anciano de más de setenta años

La Coyote cuidaba de un niño que había conseguido en alguna parte. No era hijo suyo, sino que se trataba de un bebé humano que ella había robado en algún lugar. O quizás había encontrado un niño a quien nadie cuidaba y se había dicho: «Me lo llevaré a mi casa». Y así lo hizo. Y los hijos de la Coyote jugaban con él. Ella lo alimentó y el niño engordó con leche de coyote. Engordó más que los cachorros de coyote, que eran todo costillas y rabo. Pero a ellos no les importaba y jugaban con el bebé humano. Saltaban sobre él, y él saltaba sobre ellos; le mordisqueaban, y él respondía del mismo modo. Todos dormían juntos en el lecho de la Coyote, en la casa de la Coyote. Pero el niño siempre tenía frío porque carecía de pelo en la piel, y no dejaba de temblar y de lloriquear.

—¿Qué sucede? —le preguntó la Coyote.

—Tengo frío.

—Cúbrete con pelo.

—No puedo.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Tienes que encender un fuego. Eso es lo que hace la gente cuando tiene frío.

—¡Dios mío! —exclamó la Coyote, y partió hacia un lugar donde vivían seres humanos. Esperó allí hasta que encendieron un fuego, entró en la casa, agarró un pedazo de leña ardiendo y corrió hacia las colinas con él. Las chispas y brasas saltaron tras ella y el fuego prendió en la hierba seca. Detrás de la Coyote se produjo un gran incendio. Cuando llegó a su madriguera, el fuego rugía ya en diez colinas. Toda la familia de coyotes hubo de emprender la huida, correr alocadamente y saltar al río. Y allí permanecieron todos en el agua, sin sacar más que la punta de la nariz.

—¿Qué? —dijo entonces la Coyote—. ¿Estás caliente ahora?

Cuando consiguieron salir del río todo estaba quemado en una de las orillas. Llegó la lluvia y trajo el frío, y aquél fue un invierno muy duro. Los coyotes vivían ahora en una nueva madriguera al otro lado del río. Allí el niño todavía tenía más frío, pero no quería pedirle a la Coyote que encendiera otra vez fuego. «No quiero quedarme por más tiempo en esta casa con los coyotes. Iré donde vive la gente de mi especie y viviré como ellos», pensó. Así pues, se levantó, en las horas de luz solar, cuando los coyotes dormían, cogió un pedazo de cecina de venado y unos ratones secos,^[8] pues eso era lo que se comía en esa casa, y emprendió la marcha. Caminó todo el día, avanzando paso a paso y corriendo a veces, para alejarse lo más posible de la Coyote y poner una gran distancia entre él y la madriguera. Al final del día,

después de ponerse el sol, el niño buscó un lugar donde ocultarse para dormir. Encontró una repisa rocosa, improvisó una cama con ramitas de pino, se acostó en ella y cayó dormido.

La Coyote empezaba a despertarse, desperezándose y bostezando. De pronto sus cachorros exclamaron:

—Eh, ¿dónde está Dos Patas?

La Coyote echó un vistazo a su alrededor. Buscó en un rincón de la casa y vio al niño durmiendo en la repisa donde ella guardaba sus cosas.

—Ahí está, en esa repisa —dijo entonces—. ¿Por qué estará durmiendo ahí?

Toda la familia de coyotes salió de caza muy pronto.

El niño despertó a la mañana siguiente y corrió y caminó todo el día, todo el día, y recorrió un trecho muy, muy largo, y al caer la noche se escondió en una cueva para dormir.

Los coyotes despertaron esa noche.

—Eh, ¿dónde está Dos Patas?

La Coyote buscó por la casa.

—Ahí está, en mi cesta, en la cesta de coser. ¿Por qué estará durmiendo ahí?

A continuación, todos los coyotes salieron a buscar comida.

Al día siguiente, el niño llegó a una ciudad de humanos. Todos se mantuvieron apartados de él porque al principio les pareció muy extraño. Algunas personas le lanzaron piedras para ahuyentarlo, pero se quedó allí. Se escondió bajo el porche de una casa, y al llegar la noche salió de su escondrijo y durmió en el porche, junto a la puerta. Cuando la gente que vivía en la casa lo vio allí, sintió lástima de él y lo llevaron adentro para que durmiera cerca del fuego. Los coyotes estaban despertando en su madriguera. Los cachorros buscaron de nuevo a su alrededor.

—¿Dónde está Dos Patas?

—¡Oh, mi hijo ha desaparecido! ¡Mi hijo se ha ido a otra casa! —La Coyote salió de la casa y gritó y aulló durante toda la noche—: ¡Devuélveme mis ratones secos!

Eso dicen que dijo. Y eso mismo es lo que dice la Coyote cuando merodea por las proximidades de la ciudad a medianoche, según cuentan.

—¡Devuélveme mis ratones secos!

Narrado por Toro Rojo, esposo de Ira, a un grupo de niños y adolescentes en el heyimas de la Obsidiana

Heya hey hey,

hey hey hey, había una vez y un lugar, en el tiempo frío y oscuro, en el lugar frío y oscuro, y había una mujer, una mujer humana, que recorría a pie las colinas buscando algo que comer. Buscaba bulbos de brodiea y del calocorto antes de que florecieran, y preparaba trampas para los conejos de matorral y recogía todo cuanto pudiera ser de alimento, pues su pueblo estaba hambriento y ella también. Era una época en que la gente tenía que trabajar duro todo el día para conseguir la comida suficiente, y ni siquiera así tenía bastante para llevarse a la boca, y todos morían de hambre, tanto los humanos como los animales. Morían de hambre y de frío; así se cuenta.

La mujer recorría las colinas cazando y recolectando, y se adentró en un cañón dónde creyó ver unas espadañas junto al arroyo que corría por su fondo. Se internó entre los matorrales y los robles achaparrados y los endrinos y tuvo que abrirse paso con esfuerzo; no había allí senderos de ciervos, ni siquiera de conejos. Avanzó entre los matorrales intentando llegar al fondo del cañón. El cielo estaba muy oscuro, como si fuera a llover. La mujer pensó: «¡Oh, en esta época del año, antes de que consiga salir de estas zarzas estaré cubierta de garrapatas!». Y no dejó de pasarse la mano por el cuello y los brazos, y de palparse el cabello en busca de garrapatas, tratando de evitar que se adhiriesen a su cuerpo. No encontró espadañas. No había nada que comer en el fondo del cañón. Continuó entonces su avance siguiendo la dirección de la corriente, abriéndose paso entre densos matorrales, desgarrándose la camisa y arañándose la piel con los endrinos y arbustos espinosos. Llegó a un lugar donde sólo crecía retama amarilla, muy alta y tupida. Ésta estaba medio muerta y tenía un color grisáceo, sin flores todavía. La mujer apartó las matas de retama para proseguir su camino. Delante de ella, en mitad de la espesura, vio a una persona de pie. Era ancha, delgada y morena, de cabeza pequeña y manos sin dedos, con sólo dos puntas como pinzas o tenazas. Estaba allí esperando. No tenía ojos, según dicen.

La mujer se detuvo y permaneció inmóvil. Después intentó retroceder en silencio por donde había venido, pero la espesura de retama se había cerrado a su paso y levantó un gran estrépito cuando trató de volver atrás. Sólo podía continuar hacia delante sin hacer ruido. El individuo, que permanecía a la espera, no se movió. La mujer observó que era muy delgado y plano, con aspecto reseco, y pensó que debía de tratarse de algo que jamás había estado vivo. Se acercó, llegó a su altura, lo dejó atrás y quedó de espaldas. Entonces la figura saltó. Saltó y la agarró por la nuca con

la pinza que tenía por mano. La agarró y dijo:

—¡Llévame a casa contigo!

Ella se resistió y gritó:

—¡Suéltame!

Intentó desasirse pero el individuo mantuvo la presión. La mujer notaba que se ahogaba. La pinza apretaba cada vez con más fuerza y la mujer dijo al fin:

—¡De acuerdo, te llevaré a casa conmigo!

—Muy bien —dijo, y soltó a la mujer. Cuando ésta pudo volverse, le pareció reconocer a un hombre, un ser humano, oscuro y delgado, con una cabeza pequeña y unos ojos menudos, pero con dos brazos y dos manos con sus respectivos dedos, y una apariencia general como la que debe tener un ser humano.



—Ve delante —dijo el hombre—. Yo te seguiré.

Y ella abrió la marcha, seguida del hombre.

La mujer llegó donde vivía, un pueblo pequeño, apenas cuatro casas y un puñado de familias, en alguna parte del valle frío y oscuro. Cuando llegó allí seguida del hombre, la gente dijo:

—¿Quién ése que viene contigo?

—Un hombre hambriento —dijo ella.

—Sí que está delgado —asintieron todos—. Que comparta con nosotros lo que tenemos.

Ella intentó decir «¡No! ¡Echadlo de aquí!», pero apenas había empezado a hablar cuando su garganta se cerró y notó que se asfixiaba, como si el hombre todavía la tuviera agarrada por la nuca. La mujer no podía decir nada contra él.

Preguntaron al hombre cómo se llamaba, y él respondió:

—Dira.

La mujer tuvo que abrir su puerta a Dira. Él entró y se sentó junto al fuego. Ella tuvo que compartir con el hombre la comida que había traído para sus hijos y para su madre. No era gran cosa: un puñado de bulbos y verduras. Era lo único que había encontrado. Cuando terminaron de comer, todos seguían todavía con hambre, pero Dira dijo:

—¡Ah, qué bien! ¡Ha sido espléndido!

Y ya no parecía tan delgado.

—¿Dónde está tu marido? —preguntó a la mujer.

—Murió el año pasado —respondió ella.

—Yo ocuparé su lugar —dijo Dira.

Ella intentó oponerse, pero no pudo; la garganta se le cerró de tal modo que creyó que le iba a estallar la cabeza, y notó que se asfixiaba hasta que al fin consintió.

Así fue cómo la mujer se resignó a que Dira fuese su marido.

Un tiempo después, su madre le dijo:

—Ese marido que trajiste de los bosques nunca trabaja.

—Todavía está débil después de tanto ayunar.

Y la gente del pueblo decía:

¿Como es que Dira no trabaja los campos, ni caza, ni recolecta? Se queda en casa día y noche.

—Está enfermo —respondía ella.

—Quizá lo estaba cuando llegó —replicaban ellos—, pero ¡mírale ahora!

En efecto, había engordado mucho; cada día estaba más obeso, y su piel se había vuelto rosada en lugar de oscura.

—Está gordo, y tú y tu familia estáis más delgados que nunca. ¿Cómo es eso? —le preguntaban, pero ella no podía decir nada. Cuando intentaba hablar contra Dira, aunque él no estuviera cerca, la mujer notaba que se ahogaba. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras respondía:

—No lo sé.

Habían plantado los huertos, pero el verano fue frío y oscuro. Las semillas se pudrían en el suelo. Había poco que cazar; no quedaban muchos animales de la Arcilla Azul porque también ellos estaban hambrientos y enfermos. Había pocos animales de la Obsidiana. Nadie tenía comida. Los hijos de la mujer estaban débiles y enfermos, con los vientres grandes e hinchados. Ella lloraba, pero su esposo se reía.

—¡Mira, son como yo! —decía—. ¡Todos tenemos los vientres abultados!

Él lo devoraba todo y cada día estaba más gordo, y sonrosado. La familia tenía una vaca y había hierba suficiente para que pastara; era su leche la que mantenía a los niños con vida. Un día, Dira salió a los campos.

—¡Mirad! —dijo la mujer—. ¡Ahí va mi marido a trabajar!

El hombre acudió donde estaba pastando la vaca, y la mujer añadió:

—Va a vigilar a nuestra hermana, la vaca.

Pero lo que hizo Dira fue beberse la sangre de la vaca, chupándola. Desde entonces lo hizo día tras día, y la vaca dejó de dar leche; y él continuó haciéndolo, y la vaca terminó por desfallecer y murió. Dira la descuartizó allí mismo, en el campo, y volvió a casa con la carne. Tuvo que hacer varios viajes para llevarla toda.

—¡Ved cómo trabaja mi marido! —exclamaba la mujer mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Y sus paisanos lo vieron.

Privados de la leche, los niños aún estaban mis débiles. Dira siempre les hablaba con dulzura, pero no les dio un solo bocado de carne y se la comió toda él. A veces, Dira decía a los niños, a la madre y a la abuela:

—Vamos, ¿no queréis probar de esta carne? ¿No gustáis de esta comida?

Pero cuando lo decía, a todos se les cerraba la garganta y no podían hablar, y sólo podían mover la cabeza; entonces él seguía devorando la carne, sonriendo y haciendo bromas. Uno de los niños murió. El otro, el mayor, también comenzó a agonizar. Dira estaba tan obeso que ya no podía levantarse y pasaba los días y las noches sentado junto al fuego. Tenía un vientre enorme, como una pelota gigantesca. La piel de todo su cuerpo estaba tersa y rosada. Tenía los ojos cubiertos de sebo. Los brazos y las piernas eran como tocones sobresaliendo de una gran bola de grasa. Su esposa y la madre de ésta permanecían al lado del niño moribundo.

La gente del pueblo celebró un consejo. Tras conversar un rato, decidieron matar a Dira. Los hombres estaban furiosos y decían:

—¡Un cuchillo en la garganta, una bala en el vientre!

Sin embargo había entre ellos una mujer inválida, una visionaria, que se opuso.

—¡Así no, así no! ¡Dira no es un ser humano!

—Vamos a darle muerte —replicaron los hombres.

—Si lo matáis así, su esposa y su familia morirán con él. No debéis verter su sangre, pues es la sangre de los suyos.

—Entonces lo asfixiaremos —propuso un hombre.

—Así es como debe hacerse —asintió entonces la mujer.

Todos ellos acudieron a la casa. La puerta estaba cerrada. La derribaron y entraron. La abuela, la madre y el pequeño estaban tendidos en el suelo, como troncos de leña, como huesos viejos, demasiado débiles para permanecer sentados, moribundos. El esposo seguía sentado junto al fuego como una gran pelota de piel sonrosada. Cuando vio entrar a la gente del pueblo, cambió de aspecto y adoptó la forma que le era propia y levantó su mano en forma de tenaza, pero estaba demasiado grueso para moverse y no consiguió alcanzarles. Los hombres habían llevado consigo una jofaina de aceite de eucalipto; derribaron al suelo a Dira, le metieron la cabeza en el aceite y se la mantuvieron sumergida un buen rato. Durante muchos minutos Dira se resistió a morir, pero los hombres continuaron manteniendo su cabeza en el aceite, y por fin su cuerpo enorme, ancho y grueso se quedó rígido y empezó a encogerse. Se encogió y se encogió, y la esposa, su madre y el niño pudieron incorporarse. Dira siguió encogiéndose, y la familia consiguió ponerse en pie. Dira se encogió hasta alcanzar apenas el tamaño de un puño, y la familia pudo hablar de nuevo. Dira se encogió hasta hacerse apenas como una nuez, y la familia pudo moverse libremente y contar lo que había sucedido. Dira se encogió hasta hacerse más pequeño que una uña, plano, seco y oscuro, y los presentes consolaron y felicitaron a la esposa y a la familia, sin prestarle ya la menor atención. Dira se encogió hasta hacerse más pequeño que una lenteja, saltó de la jofaina de aceite y huyó por la puerta, de vuelta a las colinas, para esperar a que pasara otra persona. Todavía espera allí, según dicen.

poemas

primera parte



Según queda explicado en «Literatura oral y escrita», en la Parte Final de este libro, algunas de las composiciones poéticas del valle eran escritas y otras no; pero fuera improvisada, recitada de memoria o leída de algún escrito, la poesía siempre era interpretada en voz alta.

En las páginas siguientes se incluyen varias improvisaciones, algunas canciones conocidas que, como todas las tonadas populares, han perdido el recuerdo de su autor y pertenecen a todos (no todas las poesías del valle eran así; una parte se daban y otras tenían que ganarse), diversas canciones infantiles y algunas piezas «públicas», poemas recitados en concurso o escritos en lugares públicos.

CANCIÓN PASTORIL DE CHUMO

Puedes quedarte la placenta,
no el cordero, Coyote.
La oveja tiene pezuñas afiladas,
vete con cuidado, Coyote.
Puedo tener a algunas muchachas
pero a ésta no, Coyote.
A su madre no le gusto,
vete con cuidado, Coyote.
¡Ounmalin, Ounmalin!

¡Hermosa junto al río!
A los establos bajo los robles oscuros
vuelve el ganado por la tarde.
El sonido de sus cencerros
es como el tañido del agua.
Desde la colina redondeada de Ounmalin
se pueden ver todos los viñedos,
y escuchar a la gente que canta
cuando regresa de los viñedos al caer la tarde.



NOTA: Una canción o poema de la libélula significa una improvisación, algo que surge sin elaborar. El poema precedente fue recitado por Retama a un grupo familiar, en un balcón de una casa de Ounmalin, una tarde de verano. Cuando le dije al autor que me gustaba, lo escribió en un papel y me lo entregó.

UNA CANCIÓN DEL LAUREL

Él tiene que agitarlo,
tiene que agitarlo como un estandarte,
para que se sostenga erguido.

Tiene que clavarlo en ratoneras,
tiene que clavarlo en toperas,
tiene que clavarlo en ojetes
para que se sostenga erguido.

Deja que me acueste, dice.
No, responde él.
Déjame dormir un poco, dice.
Levanta, responde él.
Entonces se levanta y le crecen manos
y agarra una navaja y se la clava.

Él se aleja corriendo sin nada
y canta heya nueve veces y se acuesta
y cae dormido.
Él cultiva otro nuevo
pero es muy pequeño.
Él tiene que agacharse
y clavarlo en un hormiguero.

ALGUNOS POEMAS «CINCO/CUATRO» DE MADIDINOU

Recitados en una sesión poética, a la orilla del río, después del trabajo

PÉRDIDA

El corazón me pesa.
Yace de través
y me paraliza el aliento
una losa de aflicción.

CELOS

¿Qué te puede dar
ésa de los pendientes?
¿Más vino? ¿Más cordero?
¿Mayores erecciones?

PRIMER AMOR

Escardando tomatas,
las parras despiden un aroma amargo
bajo el cálido sol.
Hace mucho tiempo.

LA NIÑA OSCURA

La mariposa de alas negras
revolotea, se posa, aletea de nuevo,
vuelve al tallo de la milenrama,
resuelta, inconstante.



UNAS RIMAS BURLONAS

La palabra kesh finí significa ‘concurso poético de burlas’. Las que siguen a continuación son improvisaciones orales recogidas en una Danza del Vino celebrada en Chumo

Tú vienes de tierras abajo del valle.
Lo sé por el modo como salen las palabras de tu boca,
igual que cangrejos arrancados de un hoyo, hacia atrás.

★ ★ ★

Aquí arriba, en Chumo, la gente tiene muchas gallinas.
Las gallinas son tan listas que saben hablar como las personas:
¡Cocoricó!
La gente de Chumo es tan lista como sus gallinas.

★ ★ ★

Valle abajo, la inteligencia de sus habitantes
se manifiesta en su costumbre de hacer
una especie de cerveza con excrementos de perro.

★ ★ ★

Las grandes mentes prefieren los sabores fuertes.
En Chumo, a la gente le gusta la cerveza fuerte,
por eso utilizan excrementos de gato.

★ ★ ★

Sé que vienes de tierras abajo del valle
por el modo en que arrastras una idea toda la mañana
como una perra enganchada al pene del perro.

★ ★ ★

Había un hombre en Chumo
que en cierta ocasión, durante unos minutos,
tuvo una idea.

CANCIÓN DEL HELECHO

Cantada por Helecho de Kastoha-na durante el trabajo

Unos pies viejos
sobresalen delante
de unas viejas rodillas,
unos ojos viejos te contemplan
por encima de esta cesta
que hacen unas manos viejas,
esta cesta nueva.
Viejos pies,
habéis recorrido un largo camino
para llegar aquí
ante esta cesta.
Levantaos ahí en el aire,
seguid recitando
esta nueva canción
a esta vieja mujer cantora.

UN POEMA RECITADO CON EL TAMBOR

Por Kulkunna de Chukulnas

El halcón da vueltas en círculo, gritando.
Tengo una garrapata metida bajo el cuero cabelludo.
Si planeo con el halcón
tengo que chupar con la garrapata.
¡Oh, colinas de mi valle, sois demasiado complicadas!

ARTISTAS

Escrito sobre una pared encalada en el taller de la Sociedad del Roble, en Telina-na

¿Qué hacen
los cantantes, cuentistas, bailarines, pintores, hormadores y artesanos?
Acuden con las manos vacías
a la hondonada del medio.
Y regresan con cosas en las manos.
Van allí en silencio y vuelven con palabras, con tonadas.
Van allí confusos y vuelven con pautas.
Van llorando y cojean, temerosos y asustados,
y vuelven con las alas del halcón alirrojo
y la mirada del puma.

Ahí es donde viven,
donde obtienen el aliento;
ahí, en la hondonada del medio,
en el lugar vacío.

¿Donde viven los misteriosos artistas?
Ahí, en la hondonada del medio.
Sus manos son el eje.
Nadie más puede respirar ahí.
Todos los elogios no bastan para alabarles.

Los artistas de verdad
emplean paciencia, pasión, habilidad, trabajo
y más trabajo, buen juicio,
sentido de la proporción, inteligencia, determinación,
indiferencia, obstinación, placer por las herramientas,
placer y, con todo ello como medio y guía,
se acercan a la hondonada, al eje,
se acercan en círculos, en giros,
como el buitre, mirando hacia abajo, observando,
como el coyote, observando.

Observan el centro,
dan vueltas sobre el centro,
describen el centro
aunque no pueden vivir allí.
Merecen elogios.
Hay gentes que se consideran artistas
y que compiten por las alabanzas.
Creen que el centro
es una tripa llena,
y que cargar es trabajar.
Estas gentes son lo que el buitre y el coyote
comieron ayer para desayunar.

UNA FANFARRONADA *De la ciudad de Tachas Touchas*

Los músicos de Tachas Touchas
hacen flautas de los ríos, hacen tambores de las colinas.
Las estrellas salen a escucharles.
La gente abre las puertas de las Cuatro Casas,
abre las ventanas del arco iris,
para escuchar a los músicos de Tachas Touchas.

UNA RESPUESTA *De la ciudad de Madidinou*

Los músicos de Tachas Touchas
hacen flautas de sus narices, hacen tambores de sus traseros.
Las pulgas huyen de ellos.
La gente cierra las puertas en Madidinou,
cierra las ventanas en Sinshan,
cuando oye llegar a los músicos de Tachas Touchas.

UNA EXHORTACIÓN DE LA SEGUNDA Y TERCERA CASA DE LA TIERRA

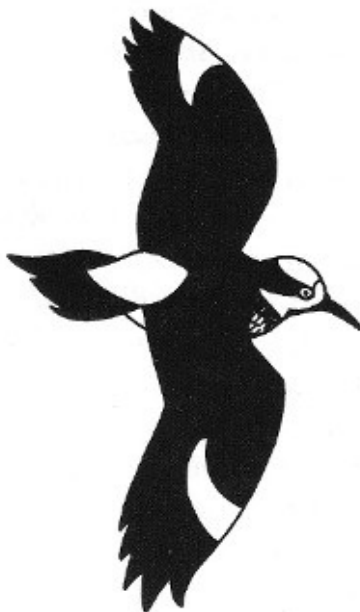
Cartel-pergamino caligrafiado del heyimas de la Serpentina de Wakwaha

¡Escucha, pueblo de los Adobes, pueblo de la Obsidiana!
¡Escuchad, hortelanos y labradores, jardineros y vinateros,
pastores y ganaderos!
Vuestras artes son admirables y generosas, son artes de
abundancia y beneficio, y son peligrosas.
Entre las mazorcas de maíz, el hombre dice: éste es mi arado
y mi surco, ésta es mi tierra.
Entre los corderos que pastan, la mujer dice: éste he
cuidado y criado, éste es mi ganado.
En el surco, la semilla hace germinar hambre.
En el pasto vallado, la vaca pare miedo.
El granero está rebosante de pobreza.
El potro de la yegua embridada es la cólera.
El fruto del olivar es la guerra.
Cuídate, pueblo del Adobe, pueblo de la Obsidiana, y ven
a la naturaleza salvaje,
no os quedéis siempre en los terrenos cultivados;
es peligroso vivir ahí.
Venid entre las hierbas silvestres cargadas de frutos,
entre las encinas cargadas de bellotas,
entre las dulces raíces de las tierras sin arar.
Venid entre los ciervos de la colina, los peces del río,
las codornices de los prados.
Podéis cogerlos, podéis comerlos.
Son comida, igual que vosotros.
Están con vosotros, no para vosotros.
¿Quiénes son sus dueños?
Ésta es la sierra del puma,
ésta es la colina de la zorra,
éste es el árbol del búho,
éste es el prado del ratón,
ésta es la charca de la carpa:
todo tiene un lugar.
Venid y ocupad vuestro lugar.
Aquí no hay vallas, sino sanciones.
Aquí no hay guerra, sino muerte: sí, hay muerte aquí.
Venid a cazar; seréis vosotros mismos vuestra pieza.
Venid y haced acopio de hierba, de ramas, de tierra.
Caminad por aquí, dormid a gusto en ese suelo que no es vuestro,
sino vosotros mismos.

BOSO (EL PICAMADEROS DE LAS BELLITAS) *Canción de juegos infantiles de Sinshan*

El pájaro boso, de penacho rojo, negro azabache, con su veta blanca,
pica que pica que pica en la encina,
anda que anda que anda hacia atrás en el roble,
¡pica que pica que pica el picamaderos!
Pica que pica que pica, uno, dos, tres,

pica que pica que pica, allí va.



EN TODA LA TIERRA DE OCCIDENTE

Es una canción infantil para bailar, que se oía en las nueve ciudades del ralle; la danza se denominaba «Hacer el Giro». Los versos son característicos de las canciones infantiles; la métrica de la traducción pretende sugerir el ritmo insistente de la danza

CORO

Da vueltas y vueltas a la casa
da vueltas del derecho y del revés
toda se quema, se quema, se quema,
todo quemado como un tizón.

SOLO

Oh, quién romperá el círculo.
Oh, quién relajará mi mano.
Oh, quién será mi amante
en todo el occidente.

CORO

Abre el círculo grande y redondo,
sepárate y salta y vete
por los valles profundos
y las doradas colinas de hierba.

SOLO

Abre y cierra el círculo así,
toma y cierra mi mano así,
ámame y déjame bailar así,
por todo el occidente.

VERSOS SOBRE LAGARTOS

*Improvisados por la hija de Dadora de Ira, de Sinshan, mientras tomaba el sol
sentada junto a un muro de piedra*

El lagarto grande se hincha
y se deshincha, se hincha y se deshincha,
y enseña su vientre azulado.
¡Soy el cielo! ¡Soy el rayo!
El lagarto pequeño se escabulle:
Soy la sombra. No lo soy.



AL BUEY RAÍZ DE ROSAL

*Una improvisación recitada por Kulkunna de Chukulmas durante el Segundo Día de
las ceremonias del mundo*

¿Cuál es el pensamiento que meditas
toda la vida?
Tiene que ser grande,
solemne, para hacerte pensar en él
a través del mundo
toda la vida.
Cuando tienes que apartar la mirada de él,
tus ojos dan vueltas, gritas
enfurecido, ansioso
por volver a él, por contemplarlo
fijamente, por seguir pensando en él
toda la vida.

LOS BUITRES

*Cantando al tambor por Regalo del Zorro, de Sinshan.
La métrica es «cuatro/cinco»*

¡Cuatro buitres, cuatro!
¡Cuatro buitres, cuatro, cinco!
Dan vueltas en círculo,

vuelven dando círculos.
A gran altura, los buitres
dan vueltas en círculo, en círculo,
en torno al centro.

¿Dónde está el centro?
En esta colina, en esa colina,
en cualquier valle
donde haya una muerte.
Ahí está el centro.
Bajo los círculos
dentro del círculo
de nueve buitres,
ahí está el centro.

A LA CODORNIZ DEL VALLE

Recitado por Adsevin de Sinshan y la hermana de su madre, Floración

Madre Urkrurkur, enséñame tu casa,
déjame verla, por favor.

El suelo es de arcilla azul,
las paredes de lluvia,
las puertas de nubes,
de viento las ventanas;
no tiene techo, bien lo sabes.

Hermana Ekwerkwe, cómo mantienes la casa,
dímelo o muéstramelo, por favor.
Corriendo directa y claramente,
y volando con estruendo no muy lejos,
permaneciendo en grupo y charlando,
mediante rastros delicados y precisos,
mediante cuerpos rollizos, ojos redondos y copetes.

Hija Heggurka, cuál es el final,
déjame conocerlo, por favor.

El halcón en el calor del mediodía,
el búho cornudo al atardecer,
el gato en la oscuridad:
plumas, huesos, lluvia, sol,
huevos redondos ocultos bajo cálidas alas.



IMPORTUNANDO AL GATO

*Improvisado por El Pensador, un muchacho de Sinshan
de unos dieciséis años, en el huerto*

¡Ho ya, gatito retazo de tierra!
¡Ho ya, gatito del color de la tierra!
Mantienes el polvo pegado al suelo,
profundamente dormido al sol
encima de tu propia sombra.
Si arrojo esta piedra,
se separarán gato y sombra.
¡Ha ya, gatito que saltas en el aire!

EL BALDE

*Improvisado una mañana cálida al inicio de la primavera por Adsevin (Estrella
Matutina), una quinceañera de Sinshan, mientras cortaba bambú*

Me siento lánguida,
lánguida, perezosa, ausente, dormida,
me gustaría estar ahí en el umbral, en el umbral
o en el rincón del porche,
estar sentada, estar vacía,
sin hacer nada, sin moverme,
un balde viejo abandonado en el
rincón del porche, así soy yo:
un viejo balde vacío abandonado ahí.

UNA CANCIÓN DE AMOR

Cantada a todo lo largo del valle

Si el viento amarillo sopla
del sureste, del sureste,

si sopla el viento del polen,
quizás él venga esta mañana.

Si el viento de dulce aroma sopla
del sureste, del sureste,
si sopla el viento de la retama en flor,
quizás él venga esta tarde.

Los ritos funerarios en el valle



Los funerales se celebraban en «los terrenos de caza», grandes extensiones de bosques y colinas vírgenes junto a cada ciudad, donde no se efectuaban cultivos y donde la propiedad de los prados, marismas de espadañas y árboles frutales era comunal, o mera cuestión de uso y disfrute. Cada una de las Cinco Casas utilizaba como cementerio una determinada zona de montaña o un valle alto, a unos dos kilómetros de la ciudad. Los cementerios no estaban cerrados y cada familia podía colocar la nueva tumba donde prefiriera; la zona de enterramientos quedaba identificada por las plantaciones de manzanos, acerolos, castaños de Indias, azaleas silvestres, digitales y amapolas de California. Las sepulturas nunca estaban señaladas con losas en la superficie, aunque a veces se colocaban sobre ellas pequeñas figuras talladas en madera de secoya o de cedro, y a menudo se plantaba sobre ellas uno o más de los árboles o arbustos antes citados, que recibían los cuidados de los deudos y descendientes mientras mantenían vivo el recuerdo. La mayoría de los cementerios parecían huertos de manzanos, aunque todavía más dispersos y más irregularmente distribuidos que los huertos habituales del valle.

El lugar de las cremaciones solía ubicarse en un valle u hondonada próximos al cementerio, y por debajo de éste. El terreno, circular y bastante grande, era limpiado de cualquier hierba y apisonado y rociado de sal cada año por miembros de la Logia del Adobe Negro.

La ceremonia del fallecimiento recibía el nombre de «Ir al Oeste hacia el Amanecer». Mica, de la Casa de la Bellota de Sinsham, puso por escrito la siguiente descripción de la ceremonia:

IR AL OESTE HACIA EL AMANECER: INSTRUCCIONES PARA MORIR

El maestro de este saber debe ser un miembro de la Logia del Adobe Negro.

Después de la Danza del Vino y antes de la de la Hierba, las personas que desean aprender las canciones de la ceremonia de Ir al Oeste hacia el Amanecer piden al maestro que les instruya en ellas.

Tras la Danza del Vino, estas personas ayudan al maestro a construir una cabaña heyiya fuera de la ciudad, habitualmente en los terrenos de caza, y a veces en la zona de cultivos. En las ciudades de las colinas edificamos esta heyiya con troncos de eucalipto o de sauce; entre nueve y doce troncos por lado, atados a la cumbrera con ramas tiernas y asegurando las paredes con ramas de abeto. En las zonas bajas del valle, donde la cabaña debe tener un

tamaño mayor porque hay más gente, dejan las paredes abiertas pero colocan un techo más tupido, pues se aproxima la estación de las lluvias y algunos de los participantes son viejos o enfermos y necesitan refugio. Tengan o no paredes, la entrada está orientada al noreste y la salida al suroeste. Se recogen troncos secos de acerolo y de manzano y se guardan para el fuego. También se amontonan todas las piedras del suelo que se hallen entre las paredes de la cabaña y son heya. La cabaña recibe el nombre de Reunión.

El maestro acude a ella la última noche de la Hierba y pasa allí la velada, excavando un hogar en la tierra, sin piedras a su alrededor, y entona cánticos para que la cabaña quede bendecida.

Los aprendices llegan por la mañana, preparan y encienden el fuego, arrojan ramas de laurel a las llamas y entonan heyas.



Si alguien quiere hablar entonces de su propia muerte o de alguna persona allegada que ha muerto repentinamente o que está enferma y moribunda, pone un puñado de hojas de laurel en el fuego y habla. Los maestros y demás participantes escuchan. Cuando han terminado quienes deseaban hablar, el maestro puede comentar aquello que ha soñado o ha presenciado en visiones sobre el camino que la persona seguirá cuando muera, o bien puede hacer lecturas de los libros de poemas del Adobe Negro que hablan al alma, o bien puede no decir nada y batir el heya en el tambor de una nota.

Entonces empiezan las enseñanzas. Los participantes deben aprender las canciones para entonar durante la agonía y las canciones para acompañar a los moribundos. El maestro canta la primera canción para acompañar a los moribundos.

Esta canción se entonará cuando empiece la agonía. Puede cantarse durante un lapso breve o largo de tiempo. El agonizante debe estar en condiciones de cantarla con los acompañantes, en voz alta o en silencio, mientras se encamina hacia la muerte. Los demás, los acompañantes,

permanecen atentos mientras cantan. Sabrán que ha llegado el momento de entonar la segunda canción para los moribundos cuando el agonizante quede inmóvil o trate de liberar su aliento. Cuando cesa el pulso y la respiración, se da comienzo a la tercera canción. Cuando el rostro se enfría, termina el cántico.

El maestro enseña estas cosas entre canción y canción, y enseña también que cualquiera de las canciones de los acompañantes puede entonarse una y otra vez hasta que haya terminado la agonía. La cuarta y la quinta canciones han de ser entonadas por primera vez en el entierro, y después de éste cantadas en voz alta en cualquier momento y ocasión durante cuatro días, y en voz alta ante la tumba durante los cinco días posteriores a éstos; después sólo deben cantarse en silencio, mentalmente, hasta la siguiente Danza del Mundo. Tras ésta, las canciones no deben ya entonarse de nuevo por esa persona.

Muchas personas han escuchado las canciones que entonan los acompañantes, las canciones para los moribundos, pero pocas han oído las canciones que entonan los agonizantes.

El maestro les explica que la persona que muere conoce el momento de entonar las canciones por los lugares donde llega el espíritu cuando la persona fallece. Primero conocerá estos lugares la mente; luego los conocerá el alma. Si la persona ha vivido conscientemente reconocerá esos lugares y sabrá si están en las Cinco Casas o en las Cuatro Casas. Lo ideal es que puedan cantar todas las canciones hasta la última, pero no es imprescindible. Lo más importante es que los acompañantes entonen debidamente sus canciones durante la agonía y durante los nueve primeros días de la muerte, para ayudar al difunto a morir, y a los vivos a vivir.

Una vez explicado y aclarado esto, el maestro cantará el primer verso de la primera canción de la persona agonizante. Los aprendices responden cantando el primer verso de la primera canción de los acompañantes. Así irán aprendiendo las cinco canciones que cantarán cuando mueran, sin entonarlas nunca en voz alta, sino contestando con sus versos en forma de antífonas a las canciones de los acompañantes. Sólo el maestro, que pertenece a la Logia del Adobe Negro, canta en voz alta las canciones del moribundo. Conviene que el aprendiz las cante muchas veces en silencio, entonces y más adelante, para que se conviertan en parte de su mente y de su alma.

Éstas son las canciones de Ir al Oeste hacia el Amanecer. [*Pueden leerse juntas o por separado, en columnas verticales o línea a línea*].

LAS CANCIONES

LA PRIMERA CANCIÓN

El agonizante canta:
Iré adelante.
Es penoso, es penoso.
Iré adelante.

El acompañante canta:
Ve adelante. Ve adelante.
Estamos contigo.
Estamos a tu lado.

LA SEGUNDA CANCIÓN

Iré adelante.
Está cambiando.
Iré adelante.

Sigue ahora, ve adelante.
Déjanos ahora.
Es hora de que nos dejes.

LA TERCERA CANCIÓN

Existe un camino.
Existe un camino sin duda.
Existe una vía, existe un camino.

Estás avanzando.
Tienes los pies en ese camino.
Avanzas por ese camino.

LA CUARTA CANCIÓN

La canción está cambiando.
La luz está cambiando.
La canción está cambiando.
La luz está cambiando.
Se acerca.
Bailan refulgentes.
La reunión.

No mires atrás.
Estás entrando.
Lo estás consiguiendo.
Estás llegando.
La luz aumenta.
Aquí atrás es la oscuridad.
Mira adelante.

LA QUINTA CANCIÓN

Las puertas de las Cuatro Casas están abiertas.
Están abiertas sin duda.

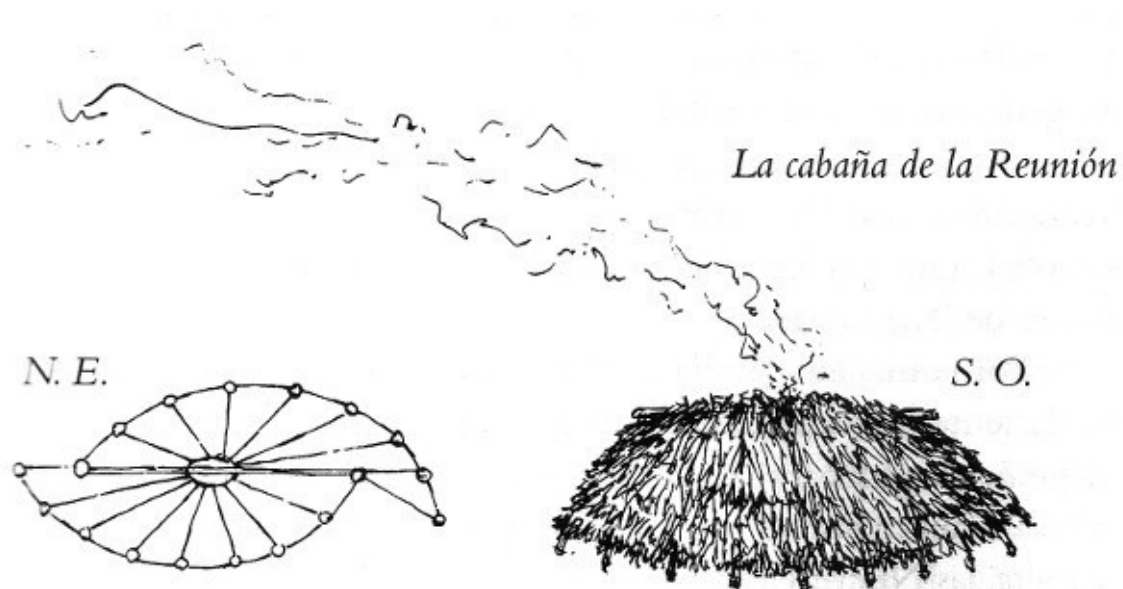
Las puertas de las Cuatro Casas están abiertas.
Están abiertas sin duda.

Una vez aprendidas todas las canciones, los aprendices cubren el fuego con puñados de tierra hasta rellenar el hueco del hogar. Mientras lo hacen, cantan esta tonada:

Es difícil, es difícil.
No es sencillo
tener que volver ahí.

Después de esto, desmontan la cabaña de la Reunión. Pueden tomar una piedra del montón o una ramita de siempreverde del techo para fijar en ella su conocimiento. Finalmente, se dan un baño y vuelven a sus casas. El maestro acude a un manantial virgen a bañarse o, si es una persona de la Arcilla Azul, al heyimas para las abluciones.

Así es cómo enseña a morir la gente de la Logia del Adobe Negro en el valle del Na. Yo he sido dos veces aprendiz y maestro siete.



Si ninguno de los miembros de la familia y amigos del difunto había aprendido las canciones de los acompañantes, acudía un miembro de la Logia del Adobe Negro para cantarlas, en el lecho de muerte si era posible, y junto a la tumba. De hecho, siempre asistía a la muerte y al funeral una persona del Adobe Negro para prestar ayuda y officiar los ritos.

Si había alguna duda o preocupación, un miembro de la Logia de los Doctores certificaba la muerte. Acto seguido, ese mismo día o durante la noche siguiente, el fallecido era llevado en una litera cubierta al crematorio de su casa. Deudos y familiares se encargaban de portarlo. Los acompañantes podían llevar al crematorio la leña que donaban para la ceremonia, pero a la cremación sólo asistían miembros de la Logia del Adobe Negro. Los familiares y acompañantes eran enviados a casa.

Una antigua y triste canción del valle alude a este hecho:

Contemplo el humo tras la sierra,
el humo que se alza y la lluvia que cae.

La cremación era lo habitual, pero numerosas circunstancias podían impedirla: un tiempo muy húmedo durante la estación lluviosa; un tiempo muy seco durante la estación seca, el peligro de incendios forestales que desaconsejaba encender fuegos al aire libre, o el deseo expreso de la persona de ser enterrada y no incinerada tras la muerte. En estos casos, un grupo de miembros del Adobe Negro cavaba la sepultura y colocaba en ella a la persona, envuelta en telas de algodón, sobre el costado izquierdo y con las extremidades un poco flexionadas. Luego velaba junto a la pira o la fosa durante una noche, cantando a intervalos las canciones de Ir al Oeste.

Por la mañana, podía acudir al entierro cualquiera que lo deseara. Parientes cercanos, ayudados por miembros de la Logia, cavaban la pequeña tumba para las cenizas o llenaban la sepultura. Cuando terminaban, un miembro del Adobe Negro

pronunciaba, una sola vez y en voz alta, las Nueve Palabras:

Incesante, interminable, imparabile,
abierto, activo, naciente,
siempre, siempre, siempre.

Una pizca de cenizas o de cabello del difunto era lanzada al aire mientras se pronunciaban las Nueve Palabras. Durante el funeral solía darse a los niños semillas o grano para que lo esparcieran sobre la tumba, de modo que los pájaros acudieran y llevaran las canciones del cortejo a las Cuatro Casas. El que quisiera podía quedarse, o acudir a intervalos durante los cuatro primeros días tras la muerte, para cantar las canciones de Ir al Oeste junto a la tumba; y durante los primeros cinco días que seguían a éstos, un miembro de la familia o del cortejo de la casa del difunto acudía al menos una vez al día para cantar las canciones de Ir al Oeste. Tradicionalmente, el noveno día volvía a reunirse el cortejo fúnebre para señalar la tumba con un árbol o arbusto de flores y cantar en voz alta por última vez. Después de esa fecha, ño se guardaba más luto formal ni se volvía a entonar las canciones en voz alta por aquella persona.

Cuando moría alguien fuera del valle, sus acompañantes hacían todo lo posible por incinerar el cuerpo y devolver a casa las cenizas, o al menos unos mechones de cabello y prendas de vestir, que eran enterradas, al tiempo que se entonaban las canciones. Si alguien desaparecía o se ahogaba en el Mar (un caso de lo más improbable), de modo que no existiera «ninguna muerte que llevar», un pariente pedía a la Logia del Adobe Negro que señalara un día para el luto, y las canciones de los acompañantes eran entonadas durante nueve días seguidos en el heyimas del difunto.

Aunque cualquiera podía acudir a un funeral, todas estas ceremonias eran fundamentalmente privadas y a ellas asistían los allegados y amigos del difunto, junto a los ayudantes del Adobe Negro. No había duelo público por ninguna muerte hasta después de la Danza del Mundo, en el equinoccio de primavera. Según queda expuesto en el capítulo dedicado a esta danza, la Primera Noche del Mundo era una ceremonia comunitaria de duelo y recuerdo por todos los que habían muerto en la ciudad durante el año. La larga ceremonia nocturna de Quemar los Nombres era un acto sobrecogedor, de excitación y liberación de emociones, de una tremenda intensidad. Esa noche era temida por muchos de sus participantes, preparados para apreciar y valorar con serenidad sus estados de animo, y exigía compartir durante unas horas, sin vergüenza ni reserva, el pesar, el terror y el enojo contenidos que la muerte obliga a soportar a los vivos. Era una ceremonia de una energía participativa y liberadora superior incluso a la Luna y el Vino, con todas las permisividades y paradojas emocionales de éstas. Expresaba como ninguna otra ceremonia del valle la interdependencia emocional y social de la comunidad, su profundo sentido del vivir y

el morir con los demás.

Los wakwa del Cuarto Día del Mundo, que están íntimamente relacionados a nivel intelectual con los ritos fúnebres, aparecen descritos en el capítulo sobre la Danza del Mundo.



Las creencias y teorías del valle relativas al alma eran de una asombrosa complejidad y también extraordinariamente contradictorias. Tanto podía una adscribir a las gentes del valle a un mito creacionista concreto, como obtener de ellas una descripción coherente del alma. Como es obvio, tal multiplicidad no era en modo alguno accidental. Era parte de su esencia.

Un enfoque bastante esotérico del alma está representado en este libro por el texto breve «El alma del escarabajo negro»; otra expresión de un cuerpo de creencias o de conceptos más popular es el poema «El mar Interior». La teoría de la reencarnación, o metempsicosis, quizá fuera poco sistemática en el valle, pero era bastante activa.

Íntima relación con los ritos funerarios y el luto guarda un conjunto de teorías y supersticiones populares referidas a los diversos tipos de alma que intervienen en los diferentes estadios del funeral. Cuando al morir escapa el *alma-aliento*, quedan «prendidas en la muerte» (el cadáver) otras almas que deben ser liberadas. De no hacerlo, pueden quedar vagando en torno a la tumba o a los lugares donde vivió y trabajó el difunto, causando problemas tanto materiales como mentales: estados de ansiedad, enfermedades o apariciones. El *alma-tierra* es liberada mediante la cremación y el entierro de las cenizas, o con la inhumación del cuerpo; el *alma-ojo* es liberada cuando se lanza al viento la pizca de cenizas o el mechón de cabellos y, por último, el *alma-pariente* sólo es liberada cuando se echan los nombres al fuego en la ceremonia de duelo general de la Danza del Mundo.

En el caso, no muy frecuente en el valle, de una muerte en tierras lejanas o de una desaparición, cuando «no existe muerte», cuando no hay cuerpo, sólo puede liberarse ritualmente el alma-pariente. Como ya se ha mencionado, deben llevarse a casa algunas pertenencias del difunto y enterrarlas en el cementerio «para que las almas tengan un lugar en la tierra al que acudir», y pueden cantarse las canciones de Ir al Oeste en el heyimas. Sin embargo, siempre queda una sensación de malestar y falta de plenitud que se expresa en la creencia de que las demis almas volverán para aparecerse o, sencillamente, para confirmar la muerte del desaparecido y despedirse de quienes le han sobrevivido. El alma-aliento es invisible, una voz en la noche o en el crepúsculo en algún lugar solitario de las colinas. El alma-tierra puede volver, como una aparición de la persona con el aspecto que tenía al morir, o después de morir, y este fantasma es temido por la gente que mantiene tal creencia. El alma-ojo es benigna, percibida sólo como una presencia que se lamenta o lanza bendiciones o dice adiós, «alejándose por el camino del viento». Ciertas invocaciones de la Octava Casa están dirigidas a este alma, o a todas las almas que, según la creencia, pueden

volver en ocasiones al valle sobre el viento.

¡Oh, madres de mi madre!

¡Que este viento transporte bendiciones!

Para los kesh que dejan el valle, miembros la mayor parte de ellos de la Logia de los Buscadores, el temor a morir fuera del valle y a no ser enterrados en tierras de éste es muy real. El sentido kesh de la comunidad, de la continuidad con la tierra, el agua, el aire y las criaturas vivientes del valle les impulsa a superar cualquier dificultad para conseguir regresar a casa a morir; la idea de morir y ser enterrado en tierras extrañas es motivo de terrible desesperación. Corría el relato sobre un grupo de buscadores que exploraban la Costa Exterior hacia el sur y entraron en una zona de alta contaminación química. Cuatro componentes del grupo murieron. Los cuatro supervivientes momificaron los cuerpos de sus compañeros con la ayuda del clima totalmente seco de los desiertos de la Costa Sur, y así pudieron transportarlos de vuelta para el entierro. Cuatro vivos transportando cuatro muertos durante un mes de viaje. La gesta era contada con interés, pero no con admiración; era un tanto excesiva, un poco demasiado heroica para que el valle la aceptara.



Las muertes de los animales deben incluirse en cualquier resumen de las prácticas funerarias del valle.

Los animales domésticos sacrificados como alimento recibían antes o durante el acto de matarlos la invocación de un miembro de la Logia de la Sangre, cualquier mujer adulta o adolescente. Ésta decía al animal:

Tu vida termina ahora,

empieza tu muerte.

Hermoso nuestro

danos lo que necesitamos.

Nosotros te ofrecemos nuestras palabras.

Muchas veces esta fórmula era pronunciada sin la menor sensibilidad o trascendencia, pero jamás se omitía, ni siquiera por parte de un ama de casa al retorcerle el pescuezo a un pollo. No se mataba ningún animal para aprovecharlo sin que estuviera presente una mujer para efectuar la invocación de la muerte.

En Wakwaha y Chukulmas, y en alguna otra ciudad, se mezclaba un poco de sangre del animal sacrificado con tierra roja o negra, hasta formar una pequeña bola que se guardaba en las estancias de la Logia de la Sangre en los heyimas de la Obsidiana; estas bolas eran utilizadas para la elaboración de ladrillos de adobe para

reparaciones o nuevas construcciones.

Las partes de un animal sacrificado, doméstico o salvaje, que no se aprovechaban como comida o para otros usos, eran enterradas rápidamente por miembros del Arte de los Curtidores, por lo general en un campo en barbecho en el terreno de cultivos de la ciudad. Cuando se sacrificaba un animal de gran tamaño, era costumbre colocar algunos restos o huesos en la cima de una colina del terreno de caza «para el Coyote y el Buitre».

Cada animal de caza tenía su canción, que se enseñaba en la Logia de los Cazadores. El cazador cantaba o hablaba al animal que perseguía, en silencio mientras lo cazaba, y en voz alta cuando le daba muerte o después. Las canciones variaban mucho de una ciudad a otra y había cientos de ellas. Algunas de las invocaciones al pez son bastante curiosas.

CANCIÓN DE LA TRUCHA DE CHUMO

Una sombra.
Una sombra seca.
No prestes atención.
Sé alabado.

CANCIÓN DE PESCA DE CHUKULMAS

¡Shuyala!
¡Ven a encontrar manos!
¡Ven a encontrar lengua!
¡Ven a encontrar párpados!
¡Ven a encontrar pies!

CANCIÓN DE CAZAR CIERVOS DE CHUKULMAS

Por este camino tienes que venir,
con tu delicado caminar.
Te doy por nombre Dador.

Una antiquísima canción de cazar ciervos de Madidinou guarda relación con la fórmula de los matarifes:

La cervidad manifiesta una muerte.
Mi palabra es agradecida.

NOTA: *Cervidad* es el sustantivo *ciervo* en el Modo del Cielo.



CANCIÓN DE CAZAR OSOS DE TACHAS TOUCHAS

Whana wa, a, a.
Aquí está el corazón.
Devora mi miedo.
Whana wa, a, a, a.
Debe hacerse.
Tienes que acudir.
Tienes que lamentarlo.

Los osos sólo eran sacrificados cuando suponían una amenaza para el ganado o las personas; su carne era despreciada y por lo general no la llevaban al pueblo, aunque los cazadores llegaban a comerla en las expediciones más largas. La referencia «tienes», en la canción, está en la forma particular, no en la genérica. El cazador no está persiguiendo la «osedad» a cualquier oso, sino a uno en particular que ha causado problemas al cazador, y a los osos en general, y que por tanto tiene que lamentarlo.

CANCIÓN DE LA MUERTE DEL OSO DE SINSHAN

La lluvia entristece la tierra,
cesa la dicha
de la Sexta Casa,
¡cae la sangre del corazón!

El oso era el signo de la Sexta Casa, la Casa de la Lluvia y de la Muerte. El viejo que entonaba esta canción comentaba:

—Nadie en esta ciudad ha matado un oso desde la última erupción de la montaña Abuela. Sin embargo es una buena canción de caza. Cualquier niño debe cantarla, aunque sólo cace un ratón de campo. El oso está ahí.

Según la teoría de las cuatro almas, los animales las poseían todas; las referencias son, en cambio, mucho más vagas cuando se trata de las plantas. En esencia, todos los

pájaros silvestres eran considerados, como almas puras. El alma-pariente de un animal era su aspecto genérico: la «cervidad», no ese ciervo; la «vaquedad», no la vaca concreta. Las aparentes confusiones y evasivas de la idea de transmigración o reencarnación de las almas en el valle empiezan a clarificarse aquí: esta vaca concreta que sacrifico ahora para mi alimento es la «vaquedad» que se me ofrece como alimento, porque ha sido tratada y pedida adecuadamente, y se me volverá a dar como vaca según mi necesidad y siguiendo mi ruego; y yo, que mato esta vaca, soy un nombre, una palabra, un ejemplo de humanidad y —junto con la vaca— de ser en general; un momento en un lugar; una relación.

Según las creencias de los supersticiosos, los animales domésticos dotados de nombre, los animales de compañía, regresaban como almas-ojo o almas-aliento, y en ocasiones como almas-tierra. Esto dio lugar a relatos de fantasmas de animales. El famoso fantasma del Caballo Tordo rondaba un cañón en las abruptas colinas más allá de Chukulmas. Las almas-tierra de unas ovejas que murieron al parir causaron problemas en la niebla de los campos de Ounmalin.

Los relatos de fantasmas de naturaleza moralizante se refieren a cazadores que actuaron en «el terreno de los cultivos», o que no mostraron atención o respeto por los animales que cazaban, o que mataban sin moderación, innecesariamente. Un último tipo de relato, citado a menudo en los fuegos de campamento de la Logia del Laurel, narra cómo un cazador es aterrorizado, humillado y quizás herido o muerto por un animal genérico, el Ciervo, o el Cisne Salvaje, de tamaño, belleza y poder sobrenaturales. En las historias de cazadores que se saltaron los ritos oportunos, que «no hablaron a la muerte», el fantasma de un animal determinado volvía para conducir al hombre que lo había matado a una cacería interminable y a la locura, acompañándole constantemente, visible sólo para él y para nadie más. Se hablaba en Chukulmas de un hombre que, al parecer, era un caso auténtico de este tipo de hechizados por el sentimiento de culpa. No era una «persona que vive en el bosque», una persona normal, un solitario, sino que vivía sin refugio, huía de la presencia de los seres humanos y no hablaba jamás. En otro tiempo había sido un joven llamado Luna Joven de la Obsidiana. Nadie sabía con seguridad cuál era su transgresión, pero en la Logia de los Cazadores se creía que había matado una pareja de gamos «sin cantar», es decir, sin pronunciar tan siquiera la fórmula esencial de la muerte, una versión breve, gastada por el uso, de la antigua invocación de los matarifes:

¡Hermoso,
por tu muerte mis palabras!

Esta fórmula era pronunciada por el cazador al disparar, por el trampero al abrir su cepo, por cualquiera que talase un árbol, que segara una vida. La posibilidad de *olvidarse* ni siquiera se tenía en cuenta. La omisión de Luna Joven era deliberada, y por tanto punible.

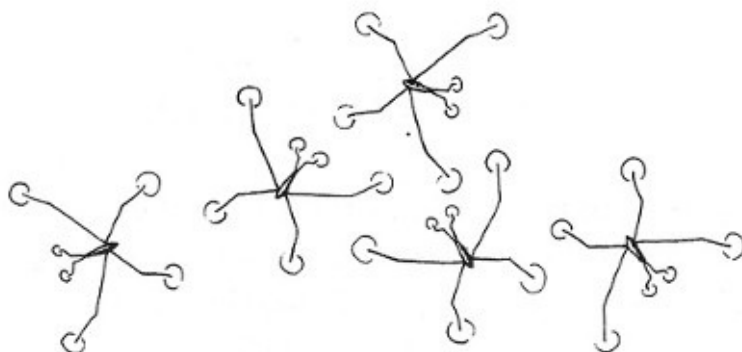
Incluso cuando se estrujaba una mazorca, se aplastaba un mosquito, se rompía una rama, se cortaba una flor, esta fórmula se murmuraba en su versión más reducida: *arrariv*, «mi(s) palabra(s)». Aunque la fórmula de una palabra se utilizaba con el mismo descuido que nuestro «Jesús» después del estornudo, siempre se pronunciaba. Hacerlo mantenía y contenía la idea de necesidad y realización, de petición y respuesta, de relación e interdependencia; y la idea podía ser evocada plenamente cuando se deseara. La piedra, como decían, contiene la montaña.

Las fórmulas, como la anterior de una y dos palabras eran conocidas como «guijarros». Otra era por ejemplo la palabra *ruha*, pronunciada cuando uno añadía un guijarro (uno material) a los hitos o túmulos de ciertos lugares: determinadas rocas grandes, encrucijadas de caminos, diversos puntos de los senderos de Ama Kulkun. La palabra no tenía para la mayor parte de la gente otro significado que «eso que uno dice cuando añade una piedra a un hito heya». Los eruditos de los heyimas sabían que era una forma arcaica de la raíz *-hur-*, sostener, transportar, llevar con uno. Era la última palabra de una frase perdida. La piedra presente contiene la montaña ausente. La mayoría de las sílabas matrices «sin sentido» de las canciones eran palabras-guijarros. La palabra *heya* era la que contenía el mundo, visible e invisible, a este lado y al otro de la muerte.

Pandora sentada junto al arroyo



El arroyo de Sinshan forma bajo unas grandes rocas un estanque sobre un lecho de grava, poco profundo, y la grava emerge formando una isla en medio del estanque. Las riberas de adobe oscuro se alzan sobre él, a unos palmos de distancia. A la salida del estanque, la costilla de una res aparece medio sumergida en el agua, blanqueada. En las aguas calmas, a considerable profundidad bajo la ribera cortada a pico donde las raíces forman tracerías, las plumas caudales de un pájaro muerto se mueven levemente en el agua. Puede apreciarse la garra curva bajo el cadáver de plumaje castaño que flota en las aguas claras bajo las sombras pardas. La mitad de las ramas que cruzan sobre el arroyo están muertas y la mitad están vivas y algunas es difícil decirlo. En el agua no hay peces, pero sí tejedores en su superficie y muchos mosquitos, moscas y otros insectos en el aire. Sobre el pájaro muerto, una nube de mosquitos y pequeñas moscas danza en torbellino. La gente está bailando el Verano.



CUATRO CUENTOS ROMÁNTICOS



El cuento romántico era un género popular. Los relatos eran escritos o impresos y a menudo aparecían en diversas ediciones y recopilaciones. La recopilación favorita, de la que provienen estos cuatro cuentos, lleva por título *Bajo las hojas de parra*, y había varios ejemplares de la misma en cada ciudad del valle. Las versiones orales de estos cuentos eran secundarias; en ocasiones se narraban de viva voz en torno al fuego o en la casa de verano, pero la versión primera o «auténtica» del cuento romántico era la escrita.

Algunos de estos relatos parecían genuinamente antiguos, mientras que otros buscaban dar una impresión estilística de antigüedad, de intemporalidad. En las recopilaciones y manuscritos no aparecía el nombre de ningún autor. Aunque los detalles del lugar donde transcurría la acción eran vividos y exactos, como en toda la literatura del valle, el tiempo en que supuestamente se habían producido o se habían escrito los hechos solía quedar poco claro.

El tema habitual de los cuentos románticos era la transgresión. A menudo figuraban en ella molineros y buscadores, cuyas profesiones contenían, a juicio del valle, un elemento de riesgo moral. Tanto unos como otros eran considerados personas de un peligroso atractivo, personas en el umbral.

En «El molinero» no se dice expresamente que éste sea de la misma casa que la mujer, pero se dirige a ésta en la forma de la segunda persona del singular utilizada únicamente para miembros de la casa de uno, con quienes está prohibido el contacto sexual. Como la mayoría de los cuentos románticos, es un relato horripilante con fines preventivos o ejemplarizantes.

El molinero

El molinero del molino de Chamawats del río, le dijo a una mujer del Adobe Rojo que acudía con maíz para molerlo en harina:

—Espera aquí, fuera del molino. No pases dentro.

La mujer había venido sola de la ciudad. Llovía, soplaba un viento frío y no llevaba capa ni chal, de modo que respondió:

—Deja al menos que me refugie en el portal mientras espero.

—Está bien —accedió el molinero—. Espera en la entrada, pero no pases del umbral y mantente de espaldas al interior y con la cabeza vuelta hacia afuera.

La mujer aguardó en el portal de la casa del molinero, y éste llevó el saco de maíz al edificio de la muela. Ella esperó. El viento frío soplaba en el portal. Detrás de la mujer, unos troncos ardían en el hogar de la estancia. «¿Qué mal puedo hacer si entro ahí?», pensó ella.

Finalmente, penetró en la estancia y se acercó al fuego, aunque lo hizo caminando hacia atrás, con el rostro vuelto hacia el exterior. Se quedó de pie, dando la espalda al fuego.

Volvió el molinero del otro lado de la casa y entró en la estancia por detrás de la mujer.

—He estado trabajando todo el día —dijo—. La rueda está demasiado caliente y no puedo moler tu maíz ahora mismo. Vuelve mañana a buscarlo.

La mujer no quería regresar a la ciudad bajo el viento y la lluvia, y respondió:

—Esperaré aquí a que la rueda se enfríe.

—Está bien —accedió el molinero—. Espera en esta sala, pero no entres en la otra habitación, y mantén la cabeza vuelta hacia el exterior.

Después, el molinero regresó al molino. La mujer esperó bastante rato en la estancia sin oír más que el rumor del río, el gotear de la lluvia y el girar del molino. «¿Qué mal puedo hacer si entro en la otra habitación?», pensó.

Finalmente penetró en la otra habitación para ver qué había en ella. No encontró allí más que un camastro enrollado y, junto a él, un libro. Cogió el libro y lo abrió. En la página que apareció ante sus ojos no había escrita más que una palabra: su nombre.

Al ver aquello, tuvo miedo. Dejó el libro y volvió a la estancia de la chimenea para salir de la casa; pero el molinero la esperaba plantado en el portal. La mujer se retiró hacia la otra habitación. Él fue tras ella y le ordenó:

—Prepara la cama.

La mujer obedeció y la dejó dispuesta. Tenía miedo del hombre, aunque él no le hizo el menor daño. El molinero le dijo que se tendiera en la cama, y ella lo hizo. Y él se acostó con ella. Cuando hubo terminado, el molinero se levantó desnudo, y entregó

el libro a la mujer mientras decía:

—Esto es tuyo.

Ella cogió el libro y pasó las páginas. En cada una de ellas aparecía escrito su nombre, y ninguna otra palabra.

El molinero había salido de la habitación. La mujer escuchó la rueda del molino que giraba. Se abrochó la ropa y huyó de la casa. Al volver la mirada atrás, vio girar la elevada rueda del molino bajo la lluvia. El agua que corría por las aspas era roja.

Regresó a la ciudad corriendo y dando gritos. La gente acudió a Chamawats, al molino. Encontraron al molinero. Había saltado al canal del molino y la rueda le había atrapado y le había aplastado. El engranaje todavía daba vueltas. Después de este suceso, el molino fue quemado y las ruedas de moler hechas pedazos. Hoy no existe ningún lugar llamado Chamawats.

Perdida

Dicen que la muchacha vivió hace mucho tiempo en la Primera Casa. La familia de su madre habitaba en una casa llamada Los Balcones Rojos, en Chukulmas, no lejos del eje de la ciudad. Ingresó en la Logia de los Buscadores tan pronto como recibió su segundo nombre, Mimbres, y enseguida pidió participar en un viaje que algunos miembros de la Logia se disponían a emprender hacia las Arenas Verdes, en la Costa Interior. La gente de la Logia le dijo:

—Todavía no estás lo bastante instruida. Los miembros de esta Logia primero hacen viajes cortos, y sólo emprenden grandes expediciones cuando tienen suficiente experiencia.

Ella no les hizo caso y continuó suplicando que la llevaran.

—No nos dan ninguna buena razón para que cambiemos nuestro modo habitual de hacer las cosas —insistieron ellos.

Una mañana, a principios de verano, una partida de Buscadores salió hacia las Arenas Verdes. No llevaron novicios consigo porque querían viajar deprisa y explorar una buena extensión de territorio.

Ese mismo día por la noche notaron a faltar a Mimbres en su casa. La gente de Los Balcones Rojos empezó a buscarla, caída ya la noche, y a preguntar por ella. Un muchacho, que también era novicio en la Logia de los Buscadores, apuntó:

—Quizás haya salido tras ellos esta mañana.

—¿Tan loca está como para hacer algo así? —se preguntó la familia. Sin embargo, cuando llegó la mañana y la muchacha no había regresado, la familia reconoció al fin:

—Quizá los siguió, en efecto.

Algunos parientes y miembros de su casa decidieron salir en esa dirección a buscarla. Un anciano de la Logia de los Buscadores fue con ellos para mostrarles el camino que había tomado la expedición a Arenas Verdes. El muchacho de la noche anterior era de la casa de la desaparecida y se sumó a la partida. Cuando empezaron a ascender las colinas por encima de la cañada de la Hierba Roja, en la sierra noreste, el muchacho se impacientó pues consideraba que el anciano los conducía con excesiva lentitud. Él había estado en aquellas colinas y dijo:

—Conozco el camino. Me adelantaré a explorar.

—Quédate con el grupo —replicó el anciano Buscador.

Pero el muchacho no hizo caso y fue tomando cada vez más delantera sobre el resto de la partida.

Mimbres había seguido a los exploradores que se dirigían a Arenas Verdes, los cuales habían partido con un par de horas de ventaja sobre ella. La muchacha siguió

su rastro en la ascensión a la montaña del Antílope. Sin embargo, en el punto donde el grupo había tomado por la cañada del Granate para enfilear el paso inferior al sur de Gogmes, ella se confundió de rastro y continuó por la izquierda, montaña arriba, siguiendo el camino equivocado.

Mimbre pensó que si les daba alcance en el valle o en las colinas cercanas, los buscadores se enfadarían con ella y la harían regresar; en cambio, si no les alcanzaba hasta que estuvieran a una buena distancia del valle, aunque su enfado sería mayor, se verían obligados a llevarla con ellos hasta las costas del mar Interior, y Mimbre podría realizar su viaje soñado. Así pues, continuó montaña del Antílope arriba, y más allá de la montaña de los Cinco Fuegos, con una marcha no muy rápida. Cuando cayó la noche durmió junto al camino. Al amanecer siguió la ascensión hasta el paso de montaña de los Cinco Fuegos, e hizo un alto. A su espalda, los arroyos descendían hasta el río; delante de ella, los torrentes caían hacia el otro lado. «Quizá debería volver ahora», pensó.

Mientras estaba allá arriba creyó escuchar a lo lejos unas voces delante de ella, por debajo del paso. «Ya casi les he alcanzado. Ahora sólo tengo que seguirles», se dijo. Aguardó un poco más e inició el descenso del paso.



Poco después, el camino se bifurcaba. Tomó el sendero oriental, y cuando hubo recorrido un buen trecho, el camino volvió a dividirse. Esta vez tomó la ramificación hacia el noroeste, pensando que podría reconocer el rastro de los buscadores en el camino. Siguió un camino, luego otro, y más tarde otro, avanzando por las sendas de los ciervos entre el chaparral y por las faldas de las colinas, cubiertas de retama. Empezó a comprender lo que estaba haciendo e intentó volver sobre sus pasos, pero allí donde miraba encontraba caminos y sendas, y en todos ellos rastros de gente, colina arriba y colina abajo, hacia el sureste y hacia el noroeste. Allí donde volvía la vista, creía descubrir señales de que los exploradores a quienes seguía habían pasado poco antes. En lugar de retroceder hasta el paso de montaña en lo alto de la sierra para que la orografía la orientara de nuevo hacia el valle, la muchacha siguió las sendas de los ciervos por las faldas de la montaña Iyo, caminando sin saber adónde iba.

El muchacho, Jade, había aprendido a seguir rastros en las Logias del Laurel y de los Buscadores, y cuando llegó a la cañada del Granate observó los caminos y llegó a la conclusión de que el grupo de las Arenas Verdes había seguido cañada abajo, y que la muchacha había continuado montaña arriba. Cuando el resto de la gente de la Obsidiana y el viejo buscador llegaron al lugar, vieron las huellas que conducían cañada abajo y las siguieron.

Jade continuó por el camino que subía a la montaña de los Cinco Fuegos mientras éste seguía claro y sin bifurcaciones, hasta más allá del paso de montaña. Al llegar a la primera ramificación, tomó el camino hacia el norte... [Aquí sigue una pormenorizada relación de los caminos que tomó Jade y de las zonas que exploró, lo cual otorgaba credibilidad al relato para un lector del valle, pero resulta tedioso para el forastero que no conoce la zona]. Avanzada la mañana del segundo día de búsqueda, al otro lado de la sierra de Echeha, dio con un lugar en el que la muchacha había dejado caer huesos de albaricoques secos y ciruelas pasas junto al camino. Poco después escuchó un ruido en el fondo del cañón, como un animal de gran tamaño que se movía, y gritó el nombre de la muchacha. Cesó el ruido pero no hubo respuesta.

Al atardecer llegó al valle de Huringa. Jade no sabía nada acerca de las gentes de Huringa, de modo que procuró mantenerse apartado de sus caminos y de sus casas. Cuando salió de la maleza en el fondo del valle, vio a una persona que corría por una extensa ladera hacia los árboles, pero la luz del crepúsculo no le permitía ver con claridad y no se atrevió a llamarla. Cuando llegó al otro lado del valle, se internó entre la espesa maleza y tuvo que acostarse allí a dormir bajo la oscuridad. A la mañana siguiente, Jade quiso volver a casa pues no había llevado comida consigo y no había probado bocado en dos días; con todo, encontró algunas setas comestibles y, mientras daba cuenta de ellas, escuchó ruidos como de una persona que se abriera paso entre los matorrales de la parte alta de la sierra. Jade inició de nuevo la búsqueda, ascendiendo las colinas por senderos de ciervos.

Ahora los dos jóvenes estaban en las tierras vírgenes, entre Huringa y el mar

Interior. Ahora los dos estaban perdidos.

Mimbre pensaba que regresaba hacia el valle del Na, pero en realidad había ido hacia el norte, luego hacia el noreste, después hacia el este, y por fin de nuevo hacia el norte. El muchacho seguía tras ella, pues ahora podía escuchar su voz en ocasiones, a lo lejos, sin embargo, cuando gritaba su nombre, ella no respondía. Se había vuelto loca y se ocultaba a ratos entre la maleza, para luego continuar su avance sin hacer ruido.

La tarde del cuarto día, el muchacho pasó junto a dos grandes peñascos de malaquita azul, en el espacio abierto en lo alto de una sierra, y pensó que aquél era un buen lugar para pasar la noche. Se acercó a los peñascos y descubrió a Mimbre tendida en el suelo, entre ellos, dormida.

Se sentó junto a la muchacha y le habló con voz suave, cantando heyas de la Obsidiana, para que no se asustara cuando despertase.

La muchacha salió del sueño y se incorporó, sentada entre las rocas. Jade también estaba apoyado en una de ellas. Ambos estaban bajo el lucero del crepúsculo, y la muchacha dijo:

—¡Has venido a por mí!

—Sí. He estado siguiéndote —confirmó él.

Ella continuó observándolo por el rabillo del ojo; intentó alejarse, salir corriendo, pero tropezó y Jade la detuvo.

—¡Oh, por favor, no me mates! ¡Por favor, no me hagas daño! —repitió la muchacha una y otra vez.

—¿No me reconoces? —replicaba él—. Soy tu hermano, Jade, de la Casa de la Rama Tallada.

Mimbre no le hacía caso. Creía que el muchacho era un oso. Cuando le oyó hablar, pensó que era el hombre Oso y se echó a llorar y a pedirle comida.

—No tengo nada que comer —respondió él. Pero mientras hablaba observó que uno de los árboles que crecían entre los peñascos era un cerezo, y que sus frutos estaban maduros. Recogió unos puñados de cerezas y ambos dieron cuenta de ellas. Comieron hasta hartarse después de tanto ayuno. Luego se acostaron al abrigo de los peñascos y les pareció que éstos les apretaban el uno contra el otro. Continuaron tendidos hasta que la muchacha despertó bajo el titilar del lucero matutino. Mimbre contempló al muchacho y vio que no era el hombre Oso sino su hermano. Se puso en pie y huyó apresuradamente, dejándole dormido, entre las rocas.

Era una sierra rocosa con senderos de ciervos que corrían entre el ralo chaparral y las lilas silvestres. Mimbre continuó su marcha sin una dirección concreta, a veces caminando y a ratos corriendo. Dio un rodeo a una gran zona de rocas pardas y se encontró frente a frente con un oso.

—¡Has venido a por mí! —le dijo al oso, y pasó sus brazos en torno al cuerpo del oso y se apretó contra él. El animal se asustó y le arañó el rostro con sus zarpas, y escapó corriendo.

Cuando Jade despertó y vio que Mimbres no estaba, tuvo miedo de lo que habían hecho. No llamó a la muchacha, ni la esperó, ni intentó seguirla, sino que emprendió el regreso siguiendo la sierra hacia el oeste. No sabía dónde estaba, pero llegó a un lugar desde el que podía divisarle la Ama Kulkun. Guiándose por ella llegó dos días después hasta Chumo, siguiendo la cañada de ese nombre, y tras atravesar el valle alcanzó por fin Chukulmas. Y dijo a la gente de la ciudad:

—No he encontrado a Mimbres. Debe de haberse perdido.

Contó que había ido hacia el este de Huringa y al norte de Totsam sin encontrar rastro de ella. La gente de la Obsidiana que había salido a buscarla había regresado dos días antes. No habían conseguido alcanzar a los expedicionarios que iban a las Arenas Verdes. La ciudad esperó un mes a que volvieran pero, cuando llegaron sin ella y sin noticias sobre lo que pudiera haberle sucedido, la madre dijo que debían entonarse las canciones de Ir al Oeste hacia el Amanecer; sin embargo, el padre se opuso:

—No creo que esté muerta. Esperad un tiempo.

Y esperaron. Los buscadores acudieron a Huringa y a Totsam, y cruzaron toda aquella tierra virgen preguntando a la gente del Cerdo y a otras gentes que cazaban por allí si habían visto a la muchacha perdida, pero nadie supo decirles palabra de ella.

A finales de otoño, cerca del tiempo de la Hierba, cuando ya se había construido la cabaña de la Reunión, llegó a Chukulmas una tarde, bajo la lluvia, una persona que se puso a deambular entre las casas. Era como un cadáver seco, desnudo y oscuro, con cabello por detrás y cráneo pelado por delante, y sólo medio rostro. La figura se acercó al heyimas de la Obsidiana y trepó al techo y gritó hacia la entrada:

—¡Oso! ¡Sal!

Todos salieron del heyimas, Jade entre ellos. Cuando vio a la muchacha del medio rostro empezó a gritar y cayó postrado entre lágrimas.

—¡Es Mimbres! —dijo una voz, y algunos corrieron a avisar a su familia a la cabaña de la Reunión, donde habían estado cantando por ella, y la llevaron a la casa de Los Balcones Rojos.

Al principio estaba perturbada, pero tras un mes en casa volvió a hablar y a comportarse responsablemente. Afirmó que no recordaba lo sucedido, pero en una ocasión dijo:

—Cuando Jade me encontró...

Le preguntaron a qué se refería, pero no respondió. Sin embargo, Jade se enteró de esto, y acudió al heyimas y habló con la gente de la casa contándoles la verdad. Después se fue de Chukulmas y se retiró a la montaña de los Manantiales, y luego fue a vivir al valle Inferior. Deambulaba por las cercanías de Tachas Touchas como una persona que vive en los bosques. Nunca danzó ni volvió a entrar en su heyimas. En la época de la Danza de la Luna, siempre ascendía a las montañas del suroeste. Una vez no volvió. Mimbres vivió en Chukulmas hasta que fue anciana. Fuera de la casa

llevaba una máscara para ocultar su rostro a los niños.

NOTA: Aunque el relato es un típico cuento preventivo, existen algunas pruebas de que pudo estar basado en un hecho real. Los detalles circunstanciales son de una precisión inusual, y alguna gente de la Obsidiana de Chukulmas de identifica como descendiente de las familias de Mimbres y de Jade.

El hombre valiente

Había una vez un hombre de excepcional valentía, un hombre que iba al encuentro del peligro. Cuando era un muchacho y vivía en Kastoha-na, fue con otro chico a buscar moras; su compañero, que iba delante, encontró una serpiente de cascabel bajo su mano y quedó paralizado de miedo. El primer muchacho, sin ningún arma o herramienta, lanzó su mano desnuda y agarró a la serpiente por detrás de la cabeza para que no pudiera volverse y morderle, y le dio vueltas en el aire y la lanzó lejos, entre la maleza.

Una vez, cuando todavía vestía ropas sin teñir, bajaron los cerdos salvajes de las tierras del noreste en enormes piaras y se comían todas las bellotas de la cosecha y hacían de las colinas y los bosques lugares muy peligrosos para los seres humanos. El muchacho salió en solitario a cazar los cerdos salvajes, sin perros, y con arco en lugar de fusil, y dio muerte a muchos, tantos que la gente tuvo que ayudarlo a traer los pellejos para hacer cuero de cerdo. Mientras estaba en la Logia del Laurel escaló las Empalizadas, superando el Voladizo sin utilizar cuerdas. Incluso pasó una temporada con el pueblo Falares, navegando en pequeñas embarcaciones por alta mar.

El muchacho se hizo miembro de la Logia de los Buscadores y vagabundeo por todas partes. Estuvo en muchos lugares y con muchas gentes, y cruzó el mar Interior y la cordillera de la Luz. Pasó tres años en las orillas del Mar de Omorn, tras haber navegado por la grieta, o estrecho, hasta los países desérticos y los grandes cañones y montañas de la cordillera del Cielo. En los lugares desolados donde sus acompañantes tenían frecuentes problemas y dolencias, él no mostraba la menor preocupación ni el menor temor. Apoyaba la cabeza en la piedra bajo la que yacía el escorpión, y ambos dormían plácidamente. Recorrió voluntariamente y sin compañía las regiones envenenadas y nunca sufrió ningún daño ni él ni sus compañeros, pues no se dejaba confundir por el nerviosismo ni permitía que el miedo le hiciera precipitarse. Siguiendo los mapas y guías que le proporcionaba la Central y sus propias e intrépidas exploraciones, descubrió depósitos de estaño, cobre y otras sustancias valiosas. Su nombre pasó a ser Campana, pues las expediciones que organizaban trajeron tanto metal que el Arte de los Herreros pudo elaborar gran cantidad de piezas de bronce y fundir cencerros para los corderos y reses, y campanas para músicos. Las campanas de bronce son las más dulces y las de tono más complejo, por eso llamaron al valiente por ese nombre, un nombre-obsequio.

Después de aquella época de grandes viajes, el hombre se dispuso a establecerse por un tiempo, y poco después se casó con una mujer de la Quinta Casa, aunque él pertenecía a la Cuarta. Ambos vivieron felices en la vivienda de la mujer; él estudiaba con los buscadores en la Central de Wakwaha y ella era maestra vinatera del Arte del

Vino. Ambos vivieron dichosos hasta que ella quedó encinta y el embarazo fue mal. Perdió el hijo en el sexto mes y, tras el suceso, no se recuperó. Sangraba y se consumía, y comía y dormía muy poco. Los doctores no encontraron causa alguna para operar y ningún remedio le proporcionaba alivio. Se reunieron en la Logia de los Doctores pero no consiguió cantar. Un día Campana entró en la casa y la encontró tendida en el suelo, débil y llorosa.

—Campana —dijo la mujer—, voy a morir.

—No, no es cierto. No vas a morir.

—Tengo miedo —dijo ella.

—El miedo no sirve de nada. No hay nada que temer.

—¿No es de temer la muerte? —preguntó ella.

—No lo es —respondió él.

La mujer apartó el rostro y sollozó en silencio.

Otro día, poco después, el hombre entró en la casa y la encontró muy débil. Ni siquiera podía levantar la mano.

—Escucha, esposa mía —le dijo—, si tienes miedo de morir, yo lo haré en tu lugar.

Aquello hizo reír a la mujer, que musitó:

—¡Mi loco valiente!

—Moriré en tu lugar, esposa mía —repitió él.

—Nadie puede hacer tal cosa.

—Yo puedo, con tu consentimiento.

La mujer creyó que su marido no sabía lo que estaba diciendo. Le pareció que estaba hablando con un niño.

—Tienes mi consentimiento —dijo al fin.

Él se levantó de su lado y se estiró hasta quedar con las piernas y los brazos extendidos y el rostro vuelto hacia arriba. Luego habló a voces hacia lo alto:

—¡Ven, Madre! ¡Ven, Padre! ¡Venid de esa casa! ¡Venid aquí a mí desde esa casa en decadencia!

Luego se volvió hacia su esposa y añadió:

—Por favor, no vuelvas a llamarme por el nombre que tenía; me he desprendido de él, con tu consentimiento. El único nombre que tengo ahora es Oso.

Luego extendió su cama en un rincón y se acostó en aquella habitación.

Por la noche empezó a llover. Se abatió una gran tormenta desde el noroeste, con relámpagos que caían en los bosques y en la ciudad, con truenos que retumbaban de una sierra a otra y con una lluvia que caía muy seguida, sin dejar apenas aire entre las gotas. Esa noche los pájaros fueron derribados de sus nidos y las ardillas se ahogaron en sus madrigueras. Cada vez que sonaba un trueno, el hombre que había dicho que su nombre era Oso emitía un grito. Cada vez que caía un relámpago, se cubría el rostro entre gemidos. La esposa estaba tan preocupada por su comportamiento que pidió a su hermana que le ayudara a llevar la cama junto a la de él, y le cogió de la

mano, pero no consiguió tranquilizarle. Entonces envió a su hermana a buscar a la madre del hombre a su vivienda. Y la madre acudió y preguntó también a su hijo.

—¿Qué te sucede, Campana? ¿Tienes algún mal?

Él no contestó a ninguna de las mujeres, sino que siguió temblando y ocultándose. Por fin la esposa recordó que le había ordenado llamarle Oso.

—¡Oso! —le dijo—. ¿Por qué te comportas de ese modo?

—Tengo miedo —respondió él.

—¿De qué tienes miedo?

—Tengo que morir.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó la madre.

—Dijo que moriría por mí, y yo le di mi consentimiento —respondió la mujer.

—Nadie puede hacer tal cosa —replicaron al unísono la madre y la hermana.

—Escucha, marido. ¡No consiento en ello! —dijo entonces la mujer—. Si te di mi consentimiento, ahora lo retiro.

Pero él no la escuchó. Bramó el trueno y la lluvia rugió sobre el techo y contra las ventanas. Llovió toda la noche, y el día y la noche siguientes, y todo el día después. El fondo del valle quedó inundado y el agua quedó estancada desde Ounmalin hasta Kastoha-na.

El hombre que había dicho que su nombre era Oso continuó acostado mientras llovió, entre escalofríos, sin comer ni dormir, tratando de ocultarse. Su esposa permaneció junto a él intentando cuidarle y tranquilizarle. Acudieron miembros de la Logia de los Doctores, pero el hombre no quiso hablar con ellos ni escuchar sus cantos; incluso se cubrió los oídos, entre gemidos.

La gente empezó a decir por toda la ciudad:

—Ese valiente está muriendo por su esposa, está tomando su lugar en la muerte.

Así parecía estar sucediendo, aunque nadie sabía si tal cosa era posible, o si era algo que debiera hacerse.

Llegó gente de la Logia del Madroño y tomó asiento con la esposa al lado del hombre.

—Escucha —le dijeron—. Estás llegando demasiado lejos. Deberías haber tenido miedo de hacer lo que haces.

—Ya es demasiado tarde —respondió él, sollozando—. ¡Ahora tengo miedo!

—Puedes volver atrás —le aseguraron ellos.

El hombre se echó a llorar otra vez y dijo:

—Nunca conocí al oso. Y ahora soy el oso.

Por fin cesó la lluvia, y las aguas volvieron al río y el tiempo recobró su rostro habitual. Pero el hombre no volvió a levantarse sino que siguió postrado, temblando y sin comer nada. Sus entrañas enfermaron y empezó a sangrar por el ano y a sufrir dolores. Gemía y gritaba, pero era un hombre tan fuerte y robusto que le llevó mucho tiempo morir. Transcurridos catorce días era ya incapaz de hablar, y cuatro días más tarde empezaron a entonar las canciones de Ir al Oeste hacia el Amanecer en su

habitación, pero todavía vivió nueve días, ciego y entre gemidos, antes de morir del todo.

Tras su muerte, la esposa trató de cambiarse el nombre y utilizar el de Cobarde, pero la mayoría se negó a llamarla así. La mujer recuperó la salud y vivió hasta la vejez. Cada año, en la ceremonia del Duelo en la Danza del Mundo, arrojaba al fuego sus nombres, sus primeros nombres y el nombre Campana, y por fin el de Oso. Y aunque los nombres se echan al fuego sólo una vez, nadie le impedía hacerlo, debido al nombre y debido a lo que una vez le había hecho. Y así lo hizo durante mucho tiempo, y así fue recordado el relato durante mucho tiempo, hasta hoy, mucho después de que ella también muriese.



En las fuentes de Orlu

Hacía cinco años que la muchacha llevaba las ropas sin teñir. Se llamaba Adsevin, y salió de su casa en Chukulmas a buscar agua de las fuentes de Orlu para la Danza del Agua.

En una ocasión había viajado a esas fuentes con gente de su heyimas, pero nunca sola. Cuando alcanzó la cima de la sierra en el inicio del cañón, se detuvo a escuchar el murmullo del torrente. Los robles achaparrados y los arbustos espinosos se habían hecho más tupidos y no había allí caminos humanos. Se agachó y avanzó en cuclillas por sendas de ciervos hasta salir sobre un gran peñasco de roca roja que sobresalía de la pared del cañón como un porche. Desde allí, debajo de ella, divisó la fuente. Vio un ciervo que bebía, y vio un hombre que bebía. El hombre estaba agachado y bebía de la superficie del agua donde ésta rebosaba del borde de la fuente. No llevaba ropas y tenía el cabello y la piel del color de los ciervos. No la había visto ni oído asomarse sobre la roca. Cuando hubo saciado su sed, el hombre alzó la cabeza y habló a la fuente. La muchacha vio que sus labios decían el *heya wakivana*, aunque no escuchó su voz. El hombre levantó entonces la mirada y vio a la muchacha sobre la roca en la pared del cañón. Se miraron mutuamente con la fuente de por medio, con el aire de por medio. Los ojos del hombre eran los de un ciervo. No dijo nada; tampoco Adsevin. Él bajó la mirada y se apartó de la fuente; dio media vuelta y se internó en la espesura que cubría la ribera del arroyo de Orlu. Los grandes alisos que allí crecían le ocultaron al instante. La muchacha no escuchó el menor sonido de su marcha.

Estuvo mucho tiempo sentada sobre la plataforma rocosa mirando manar la fuente. Bajo el calor del avanzado verano no se oía hablar a ningún pájaro. Descendió hasta la fuente y le cantó, llenó de agua la jarra de arcilla azul, ató la jarra al correaje y regresó por donde había venido, escalando la empinada pared del cañón. Cuando llegó a la gran roca sobre la fuente, se volvió y dijo:

—Mañana bailamos el Agua en Chukulmas.

Luego continuó por las sendas de los ciervos hasta el otro lado de las montañas.

Cuando hubo llevado al heyimas el agua de Orlu para el wakwa del día siguiente, volvió junto al fuego de su morada en la Casa de los Bigotes del Gato. Allí preguntó al hermano de su abuela, un hombre que hacía vida de mujer, maestro de la Arcilla Azul:

—La persona que vi en las fuentes de Orlu, ¿era de la Segunda Casa o de la Octava?

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó él.

—El de un ciervo, el de un hombre.

—Bueno, quizá viste a una persona del Cielo —dijo su tío—. Éste es un tiempo

sagrado y estabas haciendo algo sagrado. ¿Cómo hablaba?

—Habló al agua después de beber.

—¿Te dijo algo?

—No. Yo le hablé. Le dije que estábamos bailando el Agua.

—Quizás esa persona venga a la danza —dijo su tío.

Al día siguiente, Adsevin no dejó de mirar hacia el terreno de caza, hacia los senderos del norte, mientras duró el baile en el lugar de las danzas. Pero no vio al hombre de las fuentes de Orlu.

Él había venido, pero le había dado miedo presentarse en la ciudad, en el lugar de las danzas. Hacía demasiado tiempo que no estaba con los humanos y no sabía desenvolverse entre ellos. Temeroso, se ocultó en la ribera del arroyo y observó el baile. Se le acercaron unos perros ladrando y gruñendo, y huyó cauce arriba hasta las colinas.

Después de la danza el calor se hizo aún mayor, y al mediodía nada se movía en Chukulmas salvo los buitres en la colina del Buitre. Uno de esos días, Adsevin volvió a subir los cañones y cuevas hasta las fuentes de Orlu. Descubrió los senderos de ciervos que descendían hasta la gran roca y llegó hasta ella. La fuente había dejado de manar. No había nadie allí. Sobre la roca vio cuatro bellotas verdes de roble. Podía haberlas puesto allí una ardilla o alguna persona. Adsevin las cogió y dejó en su lugar lo que había traído: un bloque de madera de olivo tallado en forma de espiral y pulido como un hehole-no. Sin elevar la voz y con la vista en el cañón, dijo:

—Voy a participar en el Viaje de la Sal. Después volveré aquí.

Tras esto, regresó a Chukulmas.

Después del Viaje de la Sal, antes del Vino, volvió a la roca de la cañada de Orlu. El hehole-no había desaparecido; no encontró nada allí. Las ardillas, los grajos, los ratones de campo o quien fuera debían de haberlo movido. En la tierra de la pared del cañón encontró una pieza de obsidiana e hizo con ella la marca de la Arcilla Azul, frotándola contra la superficie del peñasco rojo. Cuando hubo terminado, se puso en pie y dijo:

—Pronto bailaremos el Vino en nuestra ciudad.

El hombre que había perdido su nombre estaba escuchando, cañón abajo, oculto en la seca ribera del arroyo. Siempre escuchaba.

Cuando esa noche Adsevin llegó a casa, su tío le dijo:

—Escucha, Adsevin. He estado hablando con unos cazadores que andan por los cañones más allá del bosque petrificado y de la sierra del Halcón. Conocen a ese hombre-ciervo. Dejó la Casa de las Cuarenta y Cinco Secoyas hace mucho tiempo para vivir en el bosque. Antes era un hombre de la Serpentina, pero se ha salido de las casas, según cuentan. Se perdió. La gente perdida es peligrosa; hacen cosas sin sentido. Probablemente será mejor que no vuelvas por la cañada de Orlu. Si vas por allí, quizá le asustes.

—¿Saben esos cazadores dónde vive en las colinas? —preguntó ella.

—No tiene casa alguna —respondió su tío.

Adsevin no deseaba causar preocupaciones a su tío, pero no tenía ningún miedo al hombre de la cañada de Orlu y no comprendía cómo podía asustarse de su presencia; así pues, la muchacha aguardó hasta que su tío estuvo atareado con la cosecha y tomó entonces nuevamente los senderos del norte.

Todavía no habían llegado las lluvias, pero los árboles exudaban el agua contenida en sus troncos y raíces, y la fuente volvía a tener un poco de agua entre las rocas del fondo. La tierra en torno a la fuente estaba enfangada y llena de huellas de ciervos. En el peñasco rojo había unas marcas junto al signo de la Arcilla Azul que había dibujado la muchacha. Era la marca del ojo del coyote de la Octava Casa. Al ver la marca, la muchacha dijo:

—¡Heya, heya, Coyote! Así que estás ahí, Morador de la Casa de la Tierra Virgen... Este regalo es para cualquiera de esa casa que desee aceptarlo.

Dejó entonces lo que había traído, unas hojas de parra rellenas de cebada en remojo, pasas y culantro, y todo ello desapareció en cuanto ella se hubo ido.

Tiempo después, en una ocasión en que estaba con su tío después del trabajo, la muchacha le dijo:

—¡Mataikebi! [querido tío-mujer materno] El hombre dice que vive en la Casa de la Tierra Virgen. No creo que debas temer por él o por mí si acudo a verle.



—¿Qué te parece si yo fuera allí a olfatear el aire? —replicó su tío.

—Las puertas de esa casa no se cierran —respondió Adsevin.

Así pues, el tío abuelo de la muchacha subió a la cañada de Orlu. Vio las marcas en el peñasco y encontró junto a ellas una roca de hematites del lecho del arroyo, un canto rodado rojo, pulido y hermoso. No tocó la piedra, sino que permaneció sentado sobre la plataforma rocosa un buen rato, meditando y atento a los ruidos. No vio al hombre-ciervo ni pudo escucharle, pero tuvo la certeza de que estaba allí, junto a los alisos del otro lado del arroyo. El tío de Adsevin cantó el heya wakwana y regresó a Chukulmas.

—Creo que el aire de ese lugar es bueno —dijo a su sobrina—. El arroyo empieza a fluir otra vez, y encontré allí un canto rodado del arroyo.

Cuando Adsevin regresó una vez más a la fuente, guardó la hematites y dejó en su lugar una bolsa de cuerda que había tejido.

Luego anunció:

—Pronto bailaremos la Hierba en nuestra ciudad. Toda la gente de la Tierra Virgen está invitada a la danza.

Entonces la muchacha vio al hombre-ciervo que la observaba, atento a sus palabras. Estaba oculto bajo un madroño de seis troncos al otro lado del cañón, y la muchacha pudo verle los hombros, el cabello y los ojos. El hombre se agachó aún más cuando creyó que ella le había visto. Adsevin apartó la mirada, dio media vuelta y regresó de nuevo a casa ascendiendo las laderas de la sierra.

Y así continuó acudiendo a las fuentes de Orlu con sus pequeños regalos, de wakwa en wakwa, de estación en estación. Y una vez llegaba a la plataforma rocosa, hablaba al hombre perdido contándole las siguientes danzas de Chukulmas, y le llevaba un pequeño regalo si él había dejado el suyo sobre la roca roja. Llegó a verle alguna vez. Y él la observó siempre, oculto en la espesura.

Cuando una anciana de la Serpentina que había vivido en la Casa de las Cuarenta y Cinco Secoyas agonizaba en Chukulmas, Adsevin acudió a las fuentes de Orlu y comentó el hecho por si la anciana había sido pariente del hombre perdido, y por si éste quería entonar las canciones de Ir al Oeste por ella, en el caso de que no las hubiera olvidado.

En el Primer Día de una Danza del Mundo, la muchacha acudió a la cañada de Orlu bajo una fuerte lluvia. El arroyo rugía y espumeaba con sus aguas amarillentas, y los pájaros de la cañada se encogían y resguardaban bajo la protección de árboles y arbustos. A Adsevin le resultó difícil descender la pared del cañón hasta el peñasco rojo, pues estaba resbaladiza por el fango. La muchacha alzó su voz entre el rumor de la lluvia y el rugido del arroyo al empujar una roca contra otra, y dijo:

—Vamos a bailar el Mundo en nuestra ciudad, como lo bailan las gentes en la Tierra Virgen. Mañana es la Noche de Bodas. Entonces me casaré con un hombre de la Primera Casa.

Con el ruido que producía la lluvia, Adsevin no estuvo segura de si el hombre-ciervo estaba allí, o de si podía escucharla.

Por estar recién casada, ese año Adsevin no quiso bailar la Danza de la Luna. Ella y su marido dejaron la ciudad, ascendieron a las colinas y levantaron una casa de verano de nueve postes en la sierra, sobre el cañón de Sholyo. Desde allí, un día la muchacha volvió a las fuentes de Orlu. Apareció en lo alto de la sierra, en un claro donde había caído un abeto, y contempló la entrada de la cañada en dirección a la fuente y a la plataforma rocosa que había sobre ésta. Vio al hombre perdido, durmiendo en la plataforma. Estaba tendido sobre ella, con la mejilla contra las marcas dibujadas en la roca. Adsevin permaneció inmóvil un buen rato, contemplándole, y volvió a marcharse sin despertarle.

Cuando llegó de nuevo a la casa de verano, su joven esposo le preguntó dónde había ido.

—A las fuentes de Orlu —respondió ella.

El marido había oído hablar en la Logia del Laurel acerca del hombre que vivía en el bosque, que se había vuelto loco y que había sido visto en las cercanías de la cañada de Orlu.

—No vuelvas más —advirtió a su esposa.

—Iré —le contradijo ella—. Estoy decidida a volver.

—¿Por qué? —dijo él.

—Pregúntale a mi tío por qué voy a Orlu —respondió ella—. Quizás él sepa decírtelo. Yo lo ignoro.

—Si vuelves a ir —dijo entonces el marido—, te acompañaré.

—Por favor —suplicó ella—, déjame ir sola. No hay nada que temer.

Desde entonces el marido pareció inquieto de vivir allí arriba, en las colinas.

—Bajemos al lugar de veraneo de tu familia —propuso al fin, y la muchacha asintió.

Mientras estaban allí, en las riberas de Cenizas Blancas, el marido conversó con el tío de Adsevin y con algunos cazadores que solían internarse por los cañones y cañadas de la zona. No le gustó lo que éstos le contaron sobre el hombre perdido, pues afirmaban que siempre estaba en las proximidades de la fuente cuando acudían a Orlu. Pero el tío de Adsevin le tranquilizó:

—Creo que no hay nada que temer.

Adsevin bajó a Chukulmas para bailar el Agua, y ella fue la encargada de traer el agua de la fuente de Orlu. Desde entonces volvió a subir sola a Orlu, antes de las grandes festividades. En ocasiones llevaba comida consigo. El marido observaba todo esto y callaba, recordando las palabras que le había dicho el tío abuelo.

Adsevin y su esposo fueron padres de un niño poco antes del Agua. Cuando el pequeño contaba algunos meses, hacia el tiempo de la nueva hierba, Adsevin lo colocó en los correajes de transporte que se ajustaban a la espalda y lo llevó consigo hacia los caminos del norte. No había dicho nada a su esposo. Cuando éste la vio partir con el niño se llenó de enojo e inquietud. La siguió a distancia colinas arriba, cañadas arriba, hasta lo alto de la sierra, en dirección a Orlu. En lo alto de la cresta perdió su rastro, pues no se divisaba sendero alguno. El marido no sabía hacia dónde había ido Adsevin, ni podía percibir el menor sonido de su avance. Tuvo miedo de hacer ruido si seguía buscándola y permaneció quieto donde estaba, escuchando con atención.

Entonces oyó la voz de su mujer en el fondo de la cañada, sobre el lecho del arroyo.

—Éste es mi hijo —decía Adsevin—. Le he puesto por nombre Coyote Seguidor.

Permaneció callada durante un rato, y luego el marido escuchó de nuevo su voz:

—¿Te has ido, Coyote?

Adsevin calló de nuevo y después lanzó un potente grito sin palabras.

El joven marido saltó hacia delante abriéndose paso entre los matorrales hasta llegar al borde de la cañada, y descendió luego por la pared del cañón hasta donde

había oído el grito de su esposa. Ésta se encontraba sentada en la plataforma de roca roja con el niño en brazos, llorando. Al llegar junto a ella, el marido percibió el olor de la muerte. Cuando estuvo junto a su mujer, ésta señaló con un gesto hacia la fuente. El hombre perdido había muerto entre los grandes alisos, al otro lado del arroyo, justo debajo de la fuente. De nuevo era parte de la tierra.

poemas

segunda parte



Los poemas de esta sección son ofrendas orales o escritas que hacía el autor a su heyimas o a su Logia. La idea de la propiedad que tenían los kesh era tan distinta de la nuestra que cualquier mención a ella conlleva una serie de explicaciones. Lo que una persona hacía, obtenía o poseía en el valle era algo suyo; pero la persona pertenecía a su casa, a la vivienda, a la ciudad y a la gente. La riqueza no consistía en *cosas* sino en un *acto*: el acto de dar.

Los poetas eran propietarios de los poemas que hacían, pero el poema no existía realmente hasta que era dado, compartido, representado. La identificación del poseer y el dar quizá resulte más fácil de entender cuando se trata de un poema, un dibujo, una obra musical o una plegaria. Sin embargo, los kesh, ampliaban esta identificación a todo tipo de propiedades.

LA CANCIÓN DE LA ROCA AZUL

De la Serpentina de Wakwaha; sin firmar

Soy coherente, misteriosa y sólida.
Reposo en la tierra bajo el sol, entre los robles perennes.
Antes fui un sol, y volveré a ser oscuridad.
Ahora estoy un tiempo entre esas grandes cosas
con otras gentes, aquí en el valle.

UNA MEDITACIÓN EN LA OCTAVA CASA

A PRINCIPIOS DE PRIMAVERA

Por Ira de Sinshan

Finas nubes azuladas pasan hacia el noreste,
altas y lentas. Ayuda a este alma,
viento del suroeste de la estación de las lluvias,
ayuda a sanar a este alma.

Bajo la corteza del pino caído
los gusanos han cavado primorosos laberintos,
delicadas viviendas sinuosas.
Constructores de laberintos, ayudad a morir a esta alma.

Las grietas forman una red sobre el peñasco azulado
donde la lluvia ha erosionado la roca blanda.

Lluvia caída de tantos inviernos,
ayuda a darse la vuelta a esta alma.

Sombras de ramas muertas,
luz solar y cosas moribundas,
¡oh, tierras vírgenes!, un pájaro lanza
una nota en el viento soleado.

La roca era más blanda que la lluvia,
el árbol más débil que el gusano. No puede hacerse nada.
Por eso el alma es débil, desfallece, se deja arrastrar y vuela
impulsada por el viento a través de la red y el laberinto,
y canta una nota, una sola vez, en la espesura.



MUERTE

*Una ofrenda personal sin firmar al heyimas del Adobe Rojo de Madidinou. Esta
composición se denomina «Cuatros y Eco»*

Sólo una muerte,
tú no puedes poseerla,
yo no puedo poseerla,
todos la morimos,
la compartimos.
Tú mueres, muero yo;
Yo muero, mueres tú.
Tú no me puedes salvar,
yo no te puedo salvar.
Sólo una lágrima,
todos la lloramos,
la sufrimos.

ASCENSIÓN

Entregada a la Logia del Adobe negro de Wakwaha por su autor, Ágata

A veces surge una burbuja, un alma de espuma,
y es impulsada por el viento mental
río arriba, valle arriba,
hasta la montaña, para nacer y morir.
El viento sopla del sureste.
En carne masculina y mortal, el alma

hueca y naciente pugna, grita,
en su prisión de huesos, cautiva
que intenta escapar, redimirse, liberarse.

El viento sigue soplando del este y del sur.
Madres del portal, padres de las vides,
dejad ir al hijo, al nacido de la espuma,
al guerrero, al viajero, al exiliado,
o quemará casa y viñedo.

El viento del este trae el olor del fuego.
El tres veces nacido es la destrucción,
cenizas sobre la corriente de agua. Detrás de él
queda el campo negro. Dejadle ir,
dejadle ascender libremente la montaña.

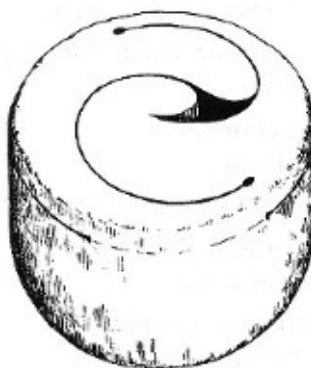
El viento del sur levanta chispas y las dispersa.

NUNCA FUE REALMENTE DISTINTO

Entregada al Adobe Rojo de Wakwaha por Nuevepunta de Chumo

Nunca fue realmente distinto.
Quizá necesitó más atención.
Quizá fue al principio
cuando se necesitaron más cosas.
En cambio, antes del principio,
¿quién sabe si alguna mujer
no mató de un golpe a la mosca, nacida de un gusano
en el bazo de un ratón, que algún zorro dejó
junto al arroyo, bajo las matas?
¿Cómo puedes decir que no lo hizo?
¿Cómo puedes decir que no lo haría?
¿Es diferente el mar
a causa de las olas?
Cuando golpeó el tambor así,
creo que el sonido
ya estaba en él antes del principio,
y todo ha llevado a hacer ese sonido,
y después de él
todo es distinto.

Tambor de madera



EL SOL QUE VA AL SUR

Ofrenda de Arraigada al heyimas del Adobe Rojo de Chukulmas. La métrica silábica está en «novenas», utilizada con frecuencia para elegías y meditaciones sobre la condición mortal

Bajo los últimos rayos del sol vagaba preocupada.
Inquieta paseaba bajo la luz del sol de otoño.
Demasiados cambios, demasiadas despedidas y muertes.
Puertas que siempre estuvieron abiertas se han cerrado.
Árboles que sostenían el cielo han sido talados.
¡Hay tanto que sólo yo recuerdo!
Este arroyo corre seco entre sus piedras.
¡Almas de los muertos, venid a beber de esta agua!
Venid a este valle apartado conmigo,
una anciana inquieta, indecorosa,
preocupada, que pasea sobre hierba seca, sobre piedras secas.

ANTE LA LUNA

Entregada a la Obsidiana de Chumo por Barbo

Bajo el suelo,
bajo la luna,
sopla el viento,
unas sombras se mueven
sobre el suelo,
sombras de eucalipto.
Las hojas vuelan
bajo el eucalipto,
sombras que mueve el viento
sobre el suelo,
ante la luna.

POLILLAS Y MARIPOSAS

«Poema antiguo» recitado por Carnero de Madidinou en la Logia del Madroño

La mariposa, surgiendo del misterio,
alcanza su forma.
¡Grácil bailarina!
El alma te imita.
Vives en todas las casas,
posándote brevemente.
La polilla, surgiendo del misterio,
alcanza su forma.
¡Tú que cambias de forma!
El oso aprende de ti



CUATRO/CINCOS

«*Poemas antiguos*» recitados por *Kemel de Ounmalin en la Logia del Madroño*

Nuestras almas son viejas,
a menudo ya usadas.

El cuchillo sobrevive
a la mano que lo empuña.

Las colinas se vuelven valles,
pero la fuente sigue manando.

★ ★ ★

Cuando más viejo soy
más joven se hace mi alma.

Voy hacia el mar,
y ella viaja corriente arriba.

Escucha, río:
¡Yo no soy mi alma!

INVOCACIÓN A LA SEQUÍA

«*Hice esta canción para entonarla cuando la estación seca se prolonga demasiado y se producen incendios forestales, o cuando la mente desea que llueva*».

Gama, de la Arcilla Azul de Wakwaha

Los vientos están vacíos, el viento norte, el viento este.

El cielo está vacío.

Lo que buscamos,

lo que esperamos,

está bajo las olas del mar.

¡Los radiantes insomnes extraños!

¡La gente de las aguas profundas!

Que sean liberados,

que vuelvan al viento sur,

que vuelvan al viento oeste,

que acudan al valle

la gente nube, las nubes de lluvia,

envíalas, ¡oh mar!, libéralas,

como las montañas envían los arroyos,

como el río desciende hasta ti,

como nuestro canto desciende hasta ti,

como nosotros bailamos hasta ti,

que regresen, que sean liberadas las aguas,

que vuelva el ciclo del río y la lluvia,

que el Mar retorne a la fuente.



LA ANCIANA CANTA

Por Floración de Sinshan, entregada a su heyimas.

La métrica es de «cuatros»

Yo era una ciruela.
Me he vuelto
una pasa, una ciruela pasa,
seca y con hueso.
¡Cómeme, cómeme!
¡Escupe el hueso!
La semilla será
un árbol, un árbol,
un ciruelo en flor.

BAJO KAIBI

Escrita por Ira para acompañar una pintura mural en el heyimas de la Arcilla Azul de Sinshan

Cómo se ondula el agua suavemente,
en los lodazales, entre la niebla,
en las tierras bajas de luz mortecina.
Llega el sonido de unas alas grandes,
pero no puedo ver a la garza.

LA CODORNIZ QUE SE LEVANTA EN LA MALEZA

*Por Kulkunna de Chukulmas,
entregada al heyimas de la Arcilla Azul*

Tu voz, tu voz pone al descubierto
a tu especie, la nidada
se agita sorprendida no muy lejos,
un batir de alas en el chaparral.

Oculto a los ojos, resguardada
de la vista, sensata, bien escondida,
toda oídos e intimidad, un súbito
esplendor de voces, tierra y plumas.



ESTA PIEDRA

Del heyimas de la Serpentina de Telina-na, por río de Palabras

Salió en busca de un camino
que no llevara a la muerte.
Salió en busca de ese camino
y lo encontró.

Era un camino de piedra.

Recorrió ese camino
que no conduce a la muerte.
Anduvo por él un rato
antes de detenerse

convertido en piedra.

Ahora está ahí, en ese camino
que no conduce a la muerte
sin ir a ninguna parte.
No puede bailar.

De sus ojos caen piedras.

Las gentes del arco iris pasan junto a él,
cruzan el camino a grandes zancadas y a paso ligero
cuando van de las Cuatro Casas
a la danza de las Cinco Casas.

Y recogen sus lágrimas.

Esta piedra es una lágrima
de sus ojos, esta piedra
que me entregó en la montaña
uno que murió antes de que yo naciera,
esta piedra, esta piedra.

CUATRO narraciones

El odio de las viejas

Narración de Espino, de la Casa del Porche Elevado de Sinshan



Donde hoy se levanta la Casa del Porche Elevado de Sinshan, había hace mucho tiempo una casa llamada de Después del Terremoto. Llevaba allí mucho tiempo, demasiado. Los umbrales de piedra y las losas del suelo estaban hundidos por el uso. Las puertas colgaban torcidas en sus quicios. Los tablones se habían aflojado, las paredes estaban llenas de ratones y el espacio bajo el techo estaba repleto de nidos de pájaros, refugios de avispas y excrementos de murciélago. La casa era tan vieja que nadie recordaba qué familia había empezado a construirla. Nadie quería repararla y mantenerla limpia. La casa era como un perro viejo, muy viejo, que no se preocupaba por nadie ni le interesa a nadie y pasa los días sucio y callado, rascándose las pulgas. En aquel tiempo, la gente de Sinshan debía de ser muy descuidada para haber permitido que la casa llegara a estar tan vieja y sucia; habría sido mejor derribarla, seleccionar y utilizar los tablones y piedras en buen estado, y edificar otra casa nueva. Sin embargo, a veces la gente no hace lo que sería mejor, o lo que estaría bien. Las cosas van como van, y son como son, y quién va a cambiarlas... Es la rueda que gira. Resulta difícil estar atento a todo. Y también es difícil entrometerse en lo que hace el vecino.

Pues bien, había en esa Casa de Después del Terremoto dos familias, una del Adobe Rojo y otra de la Obsidiana. Cada familia tenía una abuela. Las dos mujeres habían vivido allí toda la vida, odiándose mutuamente. No congeniaban. No se dirigían la palabra. ¿Cómo empezó aquello? ¿Qué pretendían? No lo sé. Ninguno de los que me contaron la historia lo sabía. El odio va enraizando, va enredándose, se hace más y más viejo, más y más riguroso, hasta que se agarra a la persona por dentro como el puño al palo. Y allí estaban las dos mujeres, la del Adobe Rojo en el primer piso, bajo el techo, y la de la Obsidiana en el segundo, sobre las bodegas, odiándose mutuamente.

—¡Oled el hedor que sube de esa cocina! —decía la mujer del Adobe Rojo—. ¡Decidle a ésa que deje de apestar la casa!

Y el yerno bajaba al piso inferior y llevaba el mensaje a la vieja de la Obsidiana. Ella no le respondía nada, pero decía a su yerno:

—¿Qué es ese ruido? ¿Un perro que ladra? ¿La cisterna de un baño? La casa está llena de ruidos desagradables. Gente que camina en el piso de arriba, gente estúpida que no cesa de hablar. Diles que dejen de hacer tanto ruido.

En la familia del Adobe Rojo había dos hijas, y una de ellas tenía también dos hijas; todas estaban casadas, de modo que había cuatro yernos y algunos niños pequeños; era una gran familia la que vivía en los aposentos sucios y viejos bajo el mismo techo. Nunca lo repararon. Cuando goteaba, hacían un agujero en el suelo y dejaban que el agua cayera sobre la gente que vivía en el piso inferior. La vieja del Adobe Rojo decía:

—El agua siempre sigue la pendiente.

Abajo vivía la abuela con sus dos hijas. Una de ellas no se casó, y la otra tuvo un esposo y una hija, de modo que no eran muchos en la familia. No eran generosos, andaban siempre callados y ensimismados, y no bailaban en las festividades. Nadie los visitaba nunca, y la gente decía:

—En esa familia deben de ser muy acaparadores. Deben de tener muchas cosas, deben de acumular cosas ahí dentro.

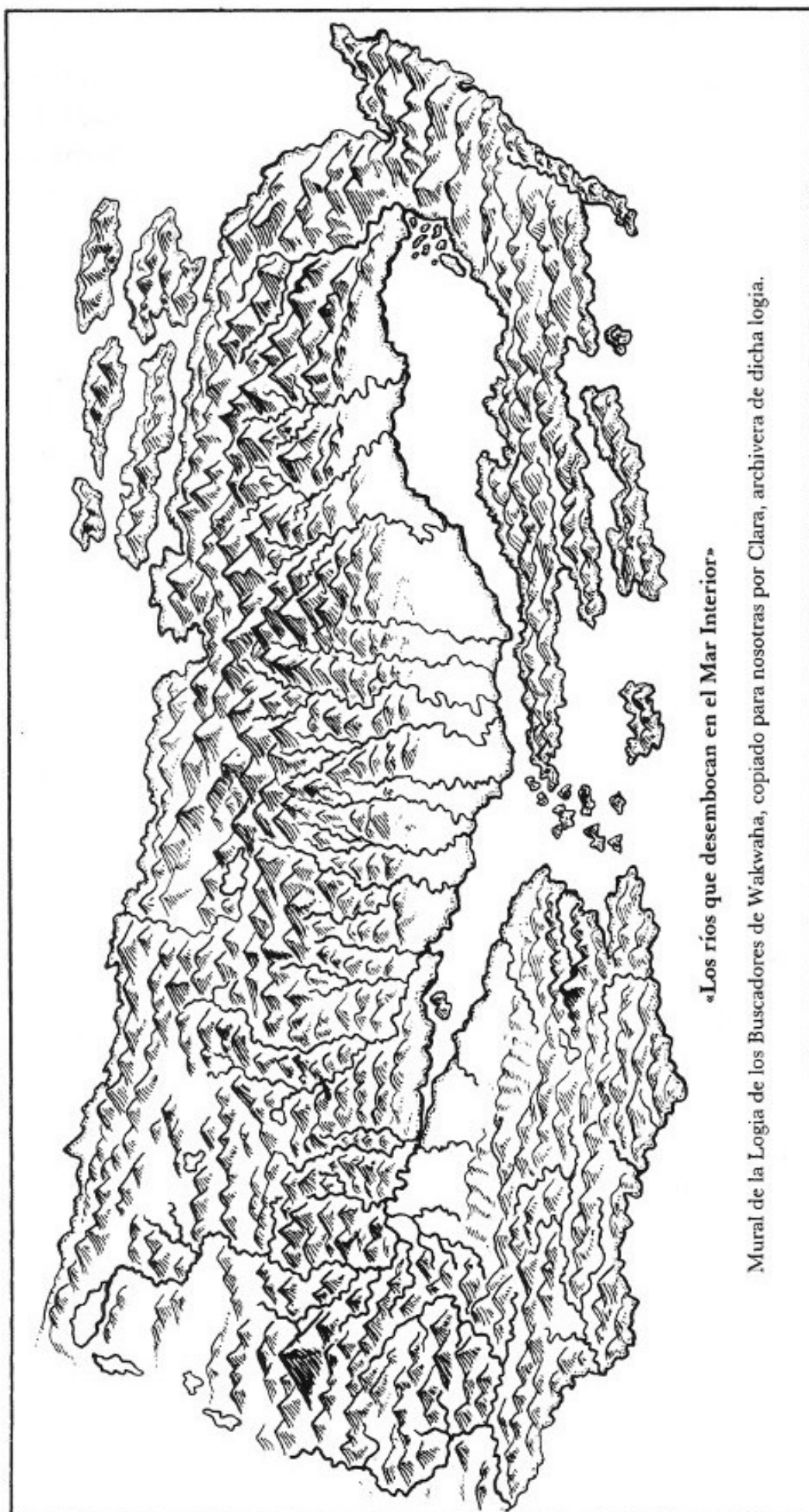
Otros respondían a tales comentarios con argumentos como éste:

—¿Pero por qué decís eso? Nunca hacen nada. Tienen un par de ovejas que van con el rebaño común, su vaca murió, cultivan una pequeña parcela junto al claro de la Serpiente de Cascabel, pero no recogen otra cosa que maíz, y apenas recolectan un puñado de setas. Jamás hacen nada para entregar, llevan ropas viejas, sus cestos y cacharros están gastados y sucios... ¿Qué os hace pensar que tienen muchas cosas?

La gente se enteró de que una de las mujeres de la Obsidiana había tirado una sartén de acero en el recipiente de los desechos; aunque estaba abollada y completamente quemada en el centro, pudieron observar que la habían estado utilizando para freír en torno al agujero que tenía en el centro. Sin embargo, todavía hubo quien dijo que eso demostraba que no eran sino un grupo de acaparadores, pues sólo unos tacaños podían cocinar en una sartén gastada.

La familia del piso superior de la vieja casa tampoco entregaba nunca nada salvo comida, pero nadie decía de ellos que fueran ricos.^[9] Tenían siempre las puertas abiertas y todo el mundo podía ver lo que guardaban dentro y lo sucias que estaban las habitaciones. Todos los yernos cazaban, de modo que tenían mucha carne de venado y poco más; y las hijas hacían queso. Eran las únicas personas en Sinshan que regularmente hacían queso por esa época. La gente que quería uno les llevaba la leche; más adelante, adquirieron algunas cabras lecheras y las ordeñaban. Dejaban el queso madurar en el suelo de la casa, que al estar medio enterrada constituía una excelente bodega para quesos y vinos. En parte, las actuales bodegas bajo la Casa del Porche Elevado son esos viejos sótanos. Ningún miembro de esa familia trabajó nunca la tierra, aunque era gente del Adobe Rojo. Los hombres andaban siempre por el terreno de caza, por la montaña de Sinshan y La Vigilante y más allá, hasta la montaña del Abeto. A la vieja sólo le gustaba comer carne de venado. Eran generosos con la caza y entregaban el queso que hacían a quienes les daban a cambio cosas que necesitaran, pero era gente que cogía las cosas y las perdía, que rompía algo y no lo reparaba. No hubieran merecido aparecer en un relato de no ser por el odio que

existía entre las abuelas. Era un odio grandioso, profundo, contenido en una casa, dentro de sus paredes.



Así transcurrieron años y años, y ésa fue la razón de que la casa estuviera sucia y llena de goteras, de moscas y de pulgas; ésa fue la razón de que la gente que habitaba en ella fuera mezquina, avara y ociosa; todos eran leña para el fuego del odio entre las dos viejas. Todo cuanto hiciera o dijera cualquiera de ellos iba a parar al fuego de aquel odio. Si la caza escaseaba, la familia de la Obsidiana se alegraba porque los piso de arriba regresaban sin un solo ciervo. Si había sequía, la familia del Adobe Rojo se alegraba porque los de abajo no podían cosechar mucho maíz. Si el queso salía seco o amargo, las mujeres del Adobe decían que la familia de la Obsidiana había puesto arena o lejía en las ollas de la bodega. Si alguien de la familia de la Obsidiana resbalaba en el portal, decía que los del piso de arriba habían dejado caer allí sebo de ciervo. Si los cables se enredaban y las paredes se agrietaban y los balcones y escaleras quedaban flojos y peligrosos, ninguna de las dos familias trataba de reparar los desperfectos, echando siempre la culpa a la otra. Siempre que algo iba mal, las viejas decían:

—¡Es culpa de ella, es culpa de ella! ¡De ésa!

Un día, el yerno mayor de la familia del Adobe se disponía a subir la escalera pero los escalones estaban tan podridos que se hundieron bajo su peso. Intentó agarrarse, pero cayó mal y se partió el espinazo. No murió enseguida, sino que su agonía se prolongó por un tiempo. Acudió gente de la Logia de los Doctores y de la Logia del Adobe Negro para ayudarlo a morir. Estaban entonando las canciones de Ir al Oeste hacia el Amanecer junto a él cuando la madre de su esposa empezó a gritar y exclamar:

—¡Es culpa de ella! ¡De esa mujer! ¡Ella aflojó un escalón, ella quitó los soportes, ella lo hizo!

La abuela de la Obsidiana permaneció sentada en su habitación del piso de abajo, mecía su cuerpo y escuchó los gritos con la boca abierta, riéndose. Luego dijo a su familia:

—Escuchad a ésa de arriba. ¡Así es cómo canta cuando alguien está agonizando! ¡Ya veréis cómo canto yo cuando ella se muera!

Pero su yerno, que nunca hablaba y hacía siempre lo que le ordenaban las mujeres de la familia, empezó a decir:

—Algo malo va a suceder. Yo no quité los soportes ni aflojé el escalón. ¡Oh, algo terrible va a suceder! ¡Voy a morir!

Y empezó a cantar en voz alta las canciones de Ir al Oeste; no las canciones que cantan los acompañantes al moribundo, sino las que entona la persona que agoniza. La vieja era supersticiosa y pensó que en tonar aquellas canciones le haría morir a uno.

—¡Haced que se calle! —empezó a chillar—. ¿Qué intentaba hacernos? ¡Nadie de esta familia va a morir! ¡Sólo ahí arriba, ahí arriba! ¡Que se mueran ahí arriba!

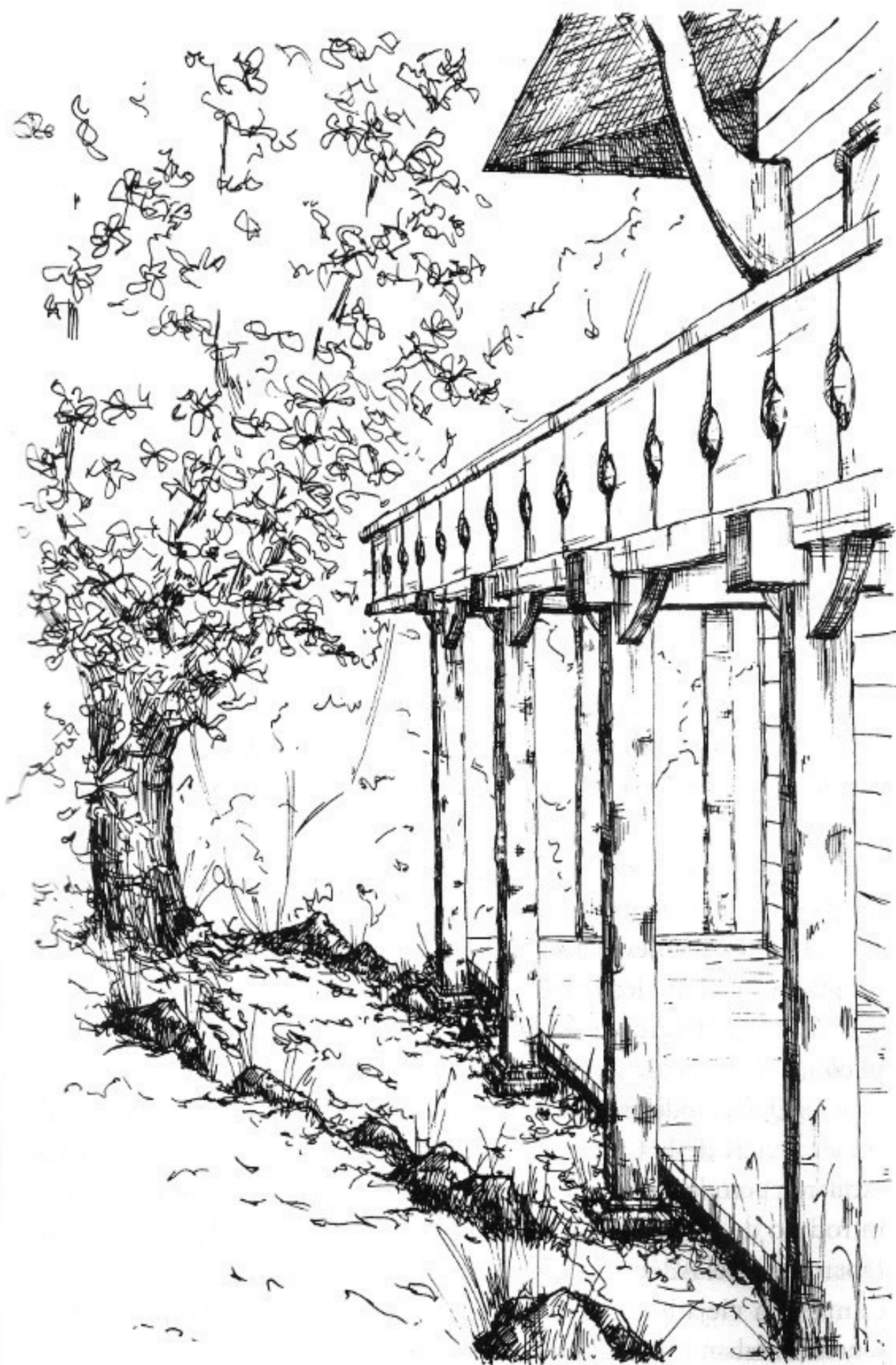
Así pues, las hijas hicieron que el hombre se callara. La gente del piso de arriba se había puesto a escuchar, pues habían oído los gritos. En aquella casa podía oírse

todo. Los tablones estaban flojos y habían hecho agujeros para escucharse unos a otros y alimentar así su odio. Durante unos instantes se produjo un silencio. Luego el moribundo empezó a gemir y carraspear. Los acompañantes empezaron a cantar la tercera canción. En el piso de abajo, la abuela continuó escuchando.

El yerno se volvió loco. Desde entonces se quedaba dentro de la casa y no salía nunca. Jamás trabajaba, sino que permanecía sentado en los rincones rascándose brazos y piernas, llenos de costras y de picaduras de pulga.

La gente del Adobe Negro que había acudido a cantar por el moribundo volvió a la casa para hablar con las dos abuelas, pues esa noche habían visto y oído la clase de odio que se profesaban. Hasta entonces todo había quedado dentro de las paredes de la casa, y los demás no habían pensado en el asunto. Ahora la gente del Adobe Negro dijo:

—Esto no es bueno. Os hacéis daño entre vosotros y perjudicáis al resto de la ciudad. Si no dejáis de odiaros, quizás una de las familias tenga que abandonar la Casa de Después del Terremoto.



Casa de los Cuatro Madroños de Sinshan

—Ahí abajo sólo son cinco y tienen todo tipo de cosas —dijo la abuela del Adobe Rojo—. La casa está llena de ratones y bichos que se alimentan del grano que acaparan. La casa está llena de polillas que viven de las ropas que guardan. Tienen ornamentos y vestidos de wakwa y plumas y acero y cobre en cajas que ocultan bajo los tablones del suelo. Nunca comparten nada, nunca dan nada, y tienen todo tipo de cosas. ¡Qué se construyan una casa nueva!

La abuela de la Obsidiana replicó:

—¡Haced que esos cuidadores de ganado trashumantes vayan a vivir al terreno de caza, si quieren! ¡Ésta es mi casa!

La gente del Adobe Negro tuvo que hablar con otra gente de la ciudad sobre el conflicto existente entre las dos familias para ver si podía hacerse algo al respecto. Mientras tanto, la hija mayor de la familia del piso de abajo cayó repentinamente enferma. Empezó a sufrir unas convulsiones, y finalmente entró en coma. Su esposo, el loco, no se enteró de nada y continuó rascándose las llagas en un rincón de la estancia. La abuela envió a la hermana a la Logia de los Doctores, mientras gritaba:

—¡La han envenenado! ¡Han puesto setas venenosas con nuestros hongos!

Los doctores dijeron que era una intoxicación por setas, pero le mostraron a la hermana que entre los hongos que ella y la moribunda habían recogido y secado, había varios feituli y que uno solo de ellos, o incluso medio, bastaba para producir la muerte. Sin embargo, la hermana decía entre lágrimas que ellas no los habían recogido, que alguien los había puesto entre sus setas. No dejaba de repetir esto, sin prestar ninguna atención a su hermana, que se estaba muriendo. Entonces la abuela se incorporó como pudo y salió al porche, al pie de las escaleras que conducían a la galería del piso superior. Desde allí gritó a la familia de arriba:

—¿Creéis que podéis matar a mi hija? ¿Creéis que podéis hacerlo? ¡Nadie puede matar a mi hija!

Toda Sinshan escuchó sus palabras y la vio allí plantada, agitando los puños, agitando los brazos y dando gritos.

La vieja del Adobe Rojo salió al porche del piso superior y replicó:

—¿Qué es todo ese jaleo? ¿Es cierto que se está muriendo una perra?

La vieja de la Obsidiana empezó a dar gritos e intentó subir las escaleras, pero la gente que había acudido la sujetó por los brazos y la introdujo de nuevo en su vivienda. Los miembros de la Logia de los Doctores y del Adobe Negro, junto con su nieta, lograron contener y calmar a la vieja hasta hacerla callar mientras moría la hija y los presentes cantaban las canciones de los muertos por ella.

En el piso superior, la otra vieja se puso a gritar:

—¡Qué olor más insoportable! ¡Ha debido de morir una perra en alguna parte!

Pero sus propias hijas y sus yernos la hicieron callar. Estaban todos hartos, avergonzados de aquellas demostraciones de odio que había podido presenciar toda la gente de Sinshan.

Después de la cremación, los miembros de la familia del piso superior acudieron

a la Logia del Adobe Negro en busca de consejo.

—Estamos hartos de ese odio entre nuestra madre y esa otra mujer. Las dos son ya ancianas y no podemos hacerlas cambiar, pero no queremos que las cosas sigan así. Decídnos qué solución os parece más conveniente y la pondremos en práctica.

Pero mientras discutían la situación en la cabaña del Gran Otero, llegó hasta el lugar un niño gritando:

—¡Fuego! ¡Fuego en la ciudad!

Todos regresaron corriendo a Sinshan y encontraron las bombas de agua lanzando chorros a presión por la gran manguera hacia la Casa de Después del Terremoto, de cuyo techo surgían brasas encendidas y columnas de llamas y fuego.

Cuando la familia había abandonado la casa para consultar la situación en la Logia, la vieja del Adobe Negro se quedó sola en el piso superior. Entonces vertió aceite por los agujeros del suelo y le prendió fuego para quemar a los ocupantes del piso inferior. El humo se hizo tan espeso que la vieja quedó aturdida y no consiguió salir de la casa, si es que realmente lo intentó. Sola en el piso superior, murió asfixiada.

La vieja de la Obsidiana y los demás miembros de la familia abandonaron la casa cuando advirtieron el incendio y vieron rezumar aceite por las paredes. Tuvieron que sacar al yerno a rastras. La vieja de la Obsidiana permaneció frente a la casa llorando y cantando las canciones para los moribundos, y la gente hubo de sujetarla para que no entrara de nuevo en la casa incendiada.

Cuando consiguieron rescatar a la vieja del Adobe Negro y comprobaron que estaba muerta, la gente comentó:

—Dejad que la casa siga ardiendo. ¡Dejad que se queme hasta los cimientos!

Así pues, rociaron de agua los tejados y paredes de las casas cercanas; el suelo estaba húmedo, ya que se encontraban en plena temporada de las lluvias, y dejaron que la casa se destruyera.

Las gentes de los heyimas entregaron a ambas familias lo necesario para recomenzar la vida en otra parte. La familia de la Obsidiana ocupó la planta baja de la Vieja Casa Roja, mientras que la familia del Adobe Negro se separó: unos se marcharon a vivir una temporada a un campamento de caza junto a la montaña de Sinshan; los restantes miembros de la familia acudieron a la Casa del Tambor, donde tenían algunos primos de su casa.

Todos comentaron que no quedó entre las cenizas de la casa nada que pudiera meterse en un recipiente de desperdicios; ni un tablón, ni una moldura, ni una bisagra. Sólo cenizas, escombros y pavesas.

Algún tiempo después, la gente de la Arcilla Azul edificó de nuevo sobre los viejos cimientos, ampliándolos un poco por el ala suroeste y levantándolos por encima de la superficie; ésa es ahora la Casa del Porche Elevado. Dicen que a veces se puede oír en la parte vieja de los sótanos algo parecido a dos voces de vieja susurrando, pero yo vivo allí y jamás las he escuchado.

Una guerra con el pueblo del Cerdo

Escrita por Fuerte, del Adobe Amarillo de Tachas Touchas, y entregada por él a la biblioteca de ese heyimas

El pueblo del Cerdo se instaló en las inmediaciones de la montaña del Buitre, entre los bosques de robles perennes. Su número era mayor del habitual y se quedaron más tiempo. Aún seguían allí después de que bailáramos el Mundo. Sus cerdos recorrían todo el terreno de caza y la gente de la Logia del Laurel empezó a aproximarse a la zona que ocupaban para observar sus movimientos. Los recién llegados se habían repartido por todo el lugar. Águila Soñadora era el portavoz de la Logia. Después de hablar con la gente de las Cinco Casas, acudió al campamento de la cañada del Buitre donde estaban las gentes del Cerdo. Se presentó con cortesía y pidió permiso para hablar.

—Hazlo —respondieron.

—Nuestros cazadores —declaró— confundirán vuestros cerdos con los ciervos si dejáis que se internen en nuestro terreno de caza.

Una mujer del pueblo del Cerdo habló por ellos. Tenía unos diecisiete años.

—¿Vuestros cazadores no saben distinguir un cerdo de un ciervo?

—No siempre —respondió Águila Soñadora.

—Así conoceréis la diferencia: los ciervos huyen, los cerdos no —sentenció la mujer.

—Así lo diré a mis compañeros cazadores —declaró él.

Cuando Águila Soñadora regresó y comunicó lo que le habían dicho, la gente del Laurel y los demás cazadores se pusieron furiosos. Por la noche nos reunimos en el espacio común y acordamos ir a la guerra contra el pueblo del Cerdo después de la Luna. Nadie se opuso a tal propuesta.

Águila Soñadora volvió al campamento del pueblo del Cerdo conmigo y con Guardabosque para parlamentar. Nos presentamos con cortesía y comimos con ellos. Había en ese momento unas sesenta personas en el campamento; los demás se encontraban fuera recolectando o cuidando de las piaras. (El pueblo del Cerdo apenas caza y nunca cultiva la tierra). Nos ofrecieron una buena cena, cerdo con verduras y piñones. Por todas partes había cerdos y los niños correteaban con los cochinitos, gruñendo juntos. Vimos un enorme verraco de pelo rojizo sujeto de una trailla. Antes de comer, uno debía acercarse y dejar en un cuenco tallado de madera de laurel un bocado de su plato para el animal. Las ropas y la tiendas del pueblo del Cerdo eran de cuero de cerdo, teñido de diferentes modos. Algunas prendas conservaban todavía el pelo del animal, y otras eran suaves y finas como un tejido de algodón. La mujer que sabía nuestro idioma era su principal portavoz. Después de comer, nos sentamos en

círculo educadamente hasta que Águila Soñadora sacó el tabaco y la pipa.

—¿Fumaréis con nosotros? —preguntó.

—Yo sí —dijo uno de los hombres del Cerdo en su idioma. Otros lo hicieron después hasta completar un total de treinta y un hombres. Ninguna mujer se acercó a fumar. Luego chupamos nosotros de la pipa, y a continuación nombramos a aquellos en cuyo nombre filmábamos. Dimos una chupada por cada nombre hasta que hubimos citado a cuatro mujeres y trece hombres. Estos diecisiete eran todos los que habían accedido a participar en la guerra.

Águila Soñadora habló con el primer fumador del Cerdo a través de la mujer que hablaba nuestra lengua, y quedó decidido que la guerra empezaría en la luna nueva después de la Danza de la Luna, en el valle de la Roca Quebradiza. Tuvimos que mostrar nuestro acuerdo alternando una chupada de la pipa a cargo de cada hombre del Cerdo con otra por cada uno de nuestros combatientes. Como sólo éramos tres, tuvimos que fumar mucho cada uno. Cuando me levanté estaba mareado, y de regreso a casa vomité varias veces. Lo mismo le sucedió a Guardabosque. Águila Soñadora ya había fumado anteriormente.

Aprestamos nuestras armas y nuestra munición antes de la Luna, y algunos que habían combatido previamente en otras guerras nos aconsejaron y adiestraron. Mientras se bailaba la Luna en Tachas Touchas, construimos una cabaña de guerra en el claro de Kehek, a medio camino de la montaña del Buitre, y nos instalamos allí para ayunar y fumar y entrenarnos y aprender las canciones que sólo pueden entonar los guerreros. Durante todo ese tiempo no se permitió a nadie penetrar en el valle de la Roca Quebradiza. La gente de nuestras casas trajo comida a la cabaña de Kehek, pero continuamos nuestro ayuno. A los cuatro días nos sustentábamos con agua y humo. A los nueve días vivíamos en un gran ardor.

Éstos son los nombres de los guerreros que combatieron con el pueblo del Cerdo en el valle de la Roca Quebradiza al principio de la estación seca:

Águila Soñadora, portavoz del Laurel.

Guardabosque.

Fuerte.

Silbador.

Tollón.

Hijo del Sol. Estos seis de la Casa del Adobe Amarillo.

Montañas Soñadoras.

Serpiente de Cascabel. Estos dos del Adobe Rojo.

Afortunado.

Olivo, el bibliotecario del heyimas de la Arcilla Azul.

El hijo de Rosa Donadora.

El hijo de Dadora de la Danza del Puma. Estos cuatro de la Casa de la Arcilla Azul.

Negra.
Estrellas Vigilantes.
Estrella de Sangre. Estos tres de la Obsidiana.
Graciosa.
Cedro.
Piedra Danzante, un hombre de setenta y seis años.
Silencio, un hombre que vivía en el bosque.
Elegido. Estos cinco de la Tercera Casa.

Treinta y un hombres del Cerdo fumaron con nosotros, todos ellos varones. No conozco ninguno de sus nombres.

Partimos hacia el valle de la Roca Quebradiza avanzada la tarde del día previsto. Cuando llegamos a los árboles de la cresta que domina ese valle, estaba saliendo la luna llena. Encendimos una hoguera y nos pusimos a cantar. Las gentes del Cerdo estaban al otro lado del valle, también en la cresta de las colinas, y habían encendido varios fuegos. Lanzaban sonidos como chillidos de cerdos. Nosotros fumamos, cantamos y les lanzamos gritos para mantenerlos despiertos toda la noche. Les gritamos cómo íbamos a matarlos. Ellos no cantaron, sino que se limitaron a lanzar sus gruñidos imitando al cerdo, lo cual nos enfurecía.

Al clarear el día, cuando hubo suficiente visibilidad, Águila Soñadora gritó «¡Allá voy!». Él era el jefe de la guerra, de modo que podía decirnos qué hacer en cada momento. Indicó que no le siguiéramos hasta que nos hiciera la señal convenida; después descendió hijo del Sol al fondo del valle. Había un poco de niebla en la cañada de la Roca Quebradiza y los sauces achaparrados le ocultaban, de modo que ascendió al gran peñasco rojo hendido, llamado de Gaou, para que se le viera bien. Se incorporó sobre el peñasco con su fusil y gritó a los hombres del Cerdo que bajaran a combatir.

Uno de los hombres del Cerdo descendió corriendo la ladera de la colina entre la retama en flor. Llevaba ropas de cuero que le protegían todo el cuerpo, los brazos y las piernas, y tenía el rostro pintado de marrón rojizo como los cerdos. No portaba armas. Águila Soñadora saltó sobre él desde la roca y lo derribó al suelo. Luego se enzarzaron en una lucha con las manos desnudas. La escena era difícil de seguir desde donde estábamos. Águila Soñadora golpeó la cabeza del hombre contra una roca. Los hombres del Cerdo empezaron a disparar sobre nosotros, ocultos entre los árboles y matorrales. No estábamos seguros de si Águila Soñadora nos había llamado o no pues los disparos y el eco producían un gran estruendo, de modo que decidimos actuar según el plan acordado. Algunos dieron un rodeo por las colinas, entre los matorrales, y otros bajamos al fondo del valle para combatir a cara descubierta.

La mayoría de los hombres del Cerdo permaneció entre los arbustos, disparando desde allí. Creo que todos tenían fusiles, pero sus armas no eran muy eficaces. Nosotros teníamos tres armas muy buenas que había fabricado Himpi, el herrero, y

otras ocho bastante buenas. Los restantes habíamos decidido combatir con machetes o sin armas.

Desde su posición entre la retama, en la falda de la colina que ocupaban, un hombre del Cerdo disparó contra Águila Soñadora cuando éste se incorporó después de vencer a su adversario. La bala le entró por el ojo izquierdo y lo mató. Los demás hombres del Cerdo vitorearon al que había abatido a Águila Soñadora y algunos bajaron a la carrera hasta el fondo del valle, dejando los fusiles entre las rocas y se lanzaron contra nosotros empuñando los machetes.

El que se acercó a mí llevaba puesta la pesada armadura de cuero, pero le crucé la cara de un tajo con un golpe de machete. Se retiró dejando tras sí un reguero de sangre y lo perseguí por el sendero de Ritra. El hombre continuó corriendo, de modo que bajé nuevamente al valle y me lancé contra otro de nuestros adversarios. Las ropas de cuero que vestía eran bastante difíciles de atravesar, y el hombre me hirió dos veces en el antebrazo izquierdo antes de que pudiera clavarle el machete en la mismísima boca, desde muy cerca. Cayó al suelo, ahogándose en su propia sangre y agonizando. Lo decapité con el mismo machete que me había herido y arrojé la cabeza contra otro hombre del Cerdo que venía hacia mí. No recuerdo haber hecho tal cosa, pero otros lo vieron y me lo contaron más tarde. El hombre escapó de mí a la carrera. Luego tuve que retirarme a nuestra retaguardia porque sangraba abundantemente por los cortes del brazo, y Cedro me ayudó a cubrir las heridas y cortar la hemorragia. Desde mi posición vi algunas de las cosas que ahora diré, y tuve noticia de algunas otras más tarde.

Hijo del Sol luchó a machetazos en el valle con un hombre altísimo que no dejaba de gruñir como un cerdo. Hijo del Sol le causó numerosas heridas, pero al fin el gigantón consiguió agarrarle por el cabello, tiró de su cabeza hacia atrás y le rebanó la garganta. Silencio abatió al hombre de un disparo por la espalda, para compensar lo que había hecho a Águila Soñadora.

El hijo de Dadora de la Danza del Puma combatió en terreno abierto con dos hombres del Cerdo, uno detrás de otro, y les hirió a ambos. Él también resultó herido, de modo que tuvo que volver a la retaguardia sangrando abundantemente, como yo.

Negra recibió un disparo en la cabeza entre los sauces que cruzaban el arroyo de la Roca Quebradiza, y allí quedó muerta. Casi en el mismo lugar. Afortunado recibió un disparo en el vientre.

Estrella de Sangre, el hijo de Rosa Donadora, Estrellas Vigilantes y Tollón, formaban parte del grupo que intentó alcanzar la cresta de las colinas del otro lado del valle, avanzando entre las zarzas. Todos resultaron muertos o heridos. Aunque les dio tiempo a disparar contra los hombres del Cerdo, no pudieron apreciar con claridad si alcanzaron a alguno de ellos.

Silencio se ocultó en un lugar perfectamente situado detrás de donde el pueblo del Cerdo había levantado sus hogueras, y desde allí disparó y dio muerte a tres hombres además del gigantón que había matado a Hijo del Sol.

Serpiente de Cascabel y montañas Soñadoras eran hermanos. Permanecieron juntos, dieron un rodeo entre los matorrales y dispararon contra dos adversarios, hiriéndoles de gravedad y obligándoles a retirarse hacia el campamento del pueblo del Cerdo. Los dos hermanos fueron tras ellos casi hasta las tiendas, insultándoles y llamándoles cobardes. Los muchachos tenían catorce y quince años, respectivamente.

A Elegido se le encasquilló el fusil al primer disparo y se ocultó en un bosquecillo de robles achaparrados. Poco después vio a un hombre del Cerdo que se ocultaba allí también, casi al alcance de su mano. El enemigo no se había apercibido de la presencia de Elegido, y éste trató de golpearle por detrás con la culata del arma, pero el hombre del Cerdo le oyó moverse y huyó, y entonces Elegido corrió también hacia nuestro lado.

Después de matar al gigantón y a los tres hombres, Silencio hirió a otro, que se puso a chillar como un cerdo en el matadero. Mientras lo hacía, otro adversario salió a terreno descubierto en el valle y se detuvo junto a la roca de Gaou, abriendo los brazos y extendiendo los dedos como el cóndor.

Silencio disparó contra él, pero falló. Estaba muy enfadado por cómo habían abatido a Águila Soñadora. Por eso disparó. Los nuestros empezaron a gritarle que no lo hiciera. El hombre del Cerdo se encaramó a la roca y volvió a mostrar los brazos abiertos en señal de paz. Los nuestros gritaron entonces «¡Se acabó! ¡Se acabó!» a quienes estaban en los bosques y no podían ver al hombre. El sol se encontraba a medio camino entre el mediodía y el crepúsculo.

Nos quedamos junto a nuestra hoguera en lo alto de las colinas hasta que el pueblo del Cerdo hubo recogido a sus muertos y heridos. Luego bajamos al valle. Olivo no había vuelto ni lo habían traído junto a la hoguera, y lo estuvimos buscando durante mucho tiempo. Le habían herido de un disparo y había logrado arrastrarse hasta un escondrijo junto a las rocas, bajo un zumaque venenoso, y murió allí, pero cuando fue llevado a lo alto de los cerros volvió a la vida.

Hicimos literas para nuestros muertos y para los heridos que no podían caminar, y los llevamos de vuelta más allá de Tachas Touchas, a la cabaña de guerra en el claro de Kehek. Acudieron de la ciudad varios miembros de la Logia de los Doctores, que construyeron un refugio cerca de la cabaña y cuidaron allí de los heridos. Quien mostraba peor estado era Afortunado. Murió al cabo de cinco días. Durante todo este tiempo no cesamos de cantar las canciones de Ir al Oeste hacia el Amanecer por él y por los otros cuatro que habían muerto, Águila Soñadora, Hijo del Sol, Negra y Olivo, que había vuelto a morir. Los demás, que habíamos sobrevivido, nos sometimos a las ceremonias de purificación. Estrella de Sangre fue purificada como un hombre. Silencio sólo se quedó los nueve días del wakwa en la cabaña; luego volvió a la montaña Oscura. El resto del grupo permaneció en la cabaña, apartado de la vista de la gente, y no volvió a la ciudad hasta transcurridos veintisiete días. Cumplido el plazo, todos regresamos. Cuando se acercaba el tiempo de la Danza del Verano, el pueblo del Cerdo abandonó la montaña del Buitre y se dirigió al noroeste,

hacia la costa. En esa guerra fueron adversarios valientes y correctos.



UN COMENTARIO SOBRE LA GUERRA CON EL PUEBLO DEL CERDO

Escrito por Clara, del Adobe Amarillo de Tachas Touchas, y entregado a la biblioteca de ese heyimas

Me avergüenza pensar que seis de las personas de mi ciudad que libraron esa guerra fueran adultas. Y algunas de las otras también tenían edad suficiente para comportarse como adultos.

Por todo el valle corre ahora la voz de que las mujeres y los hombres de Tachas Touchas hacen la guerra. Se dice que la gente de Tachas Touchas mata a otra gente por unas bellotas. Se dice que desde la Ama Kulkun puede verse cómo se levanta el humo de la pipa en Tachas Touchas. En el valle se ríen de nosotros, y me siento avergonzada.

Pelearse está bien para los niños, que todavía no han aprendido a ser juiciosos. Para ellos, es un juego más.

Pelearse es también propio de los adolescentes, que por estar a medio camino entre la infancia y la edad adulta escogen conscientemente arriesgar sus fuerzas en un juego, o incluso deciden poner fin a su vida si no desean continuar comprometiéndose a llevar una existencia plena hasta la vejez. Son libres de tomar esta opción. Pero cuando la persona se compromete a desarrollar su vida plena, hasta la vejez, se decide por la otra opción y queda privada de ese privilegio de la adolescencia. Reclamarlo cuando ya se está en la edad madura es insensato, enfermizo y vergonzoso.

Estoy enfadada con Águila Soñadora, Olivo y Negra, que están muertos, y con Estrella de Sangre, Piedra Danzante y Silencio, que están vivos. Ya he explicado la razón. Si se enfadan conmigo por decirlo, que hablen o escriban al respecto y, en el caso de los muertos, que hablen sus gentes, si lo desean.

La ciudad de Chumo

*Una narración oral relatada por Paciencia, de la Casa de los Cuarenta y Cinco
Ciervos de Telina-na*

Hace algún tiempo Chumo no se levantaba donde está. Bastante al este de donde ahora se encuentra había en el pasado una ciudad llamada Varred, o Berred, en el corazón de las colinas del noreste. Estaba ubicada en un lugar de los áridos cerros de la zona en cuyos alrededores había unas fuentes termales, cuatro de ellas continuas y otra intermitente. Sus habitantes utilizaban aquella agua sagrada para los heyimas y la calefacción, pero tenían que traer el agua para las casas, los establos y los campos desde el arroyo de la Gran Serpiente de Cascabel mediante un tendido de tuberías. Tenían embalses y depósitos de almacenamiento, acueductos y estaciones de bombeo. Se dice que es posible encontrar restos de sus obras a todo lo largo del arroyo de la Pequeña Serpiente de Cascabel y del Torrente de la Lengua. La ciudad fue destruida por un incendio que asoló la sierra noreste desde el valle de Shai, quemando pastos y bosques. En las bibliotecas se guardan relatos y elegías sobre el incendio de la ciudad y sobre las criaturas silvestres y humanas que resultaron atrapadas por el fuego y murieron abrasadas. La mayoría fue advertida a tiempo, antes de que el incendio asomara sobre las colinas. Pero su avance fue tan rápido, bajo el impulso de un fuerte viento del noreste, que ni siquiera los pájaros pudieron escapar de él y cayeron desde lo alto, abrasados.

Cuando las plantas empezaron a crecer de nuevo y volvieron los ratones y otras pequeñas especies silvestres, los humanos comenzaron a reconstruir la ciudad en el mismo lugar. Hubo quien dijo que era una mala idea, ya que el bosque había desaparecido y volver atrás era un mal principio, pero otras voces dijeron:

—Nuestras fuentes están ahí, y la ciudad por tanto debe reconstruirse ahí.

Estaban en pleno trabajo, excavando el heyimas de la Serpentina, levantando las vigas de los techos y las cubiertas de éstos que habían ardido y se habían hundido, cuando se produjo un terremoto en el mismo momento y lugar en que se encontraban. El terreno se abrió en una gran grieta a lo largo de la línea de fuentes termales y luego volvió a cerrarse, tragándose las fuentes. Sus aguas jamás vieron de nuevo la luz. Dos personas que estaban trabajando en el desescombro del heyimas resultaron muertas por las vigas y la tierra que cayeron sobre ellas y las sepultaron.



Después de aquello, los humanos dejaron la ciudad a las criaturas silvestres y permanecieron en casas de verano o edificaron pequeñas viviendas en diferentes lugares o viajaron a otras ciudades, y pareció que aquellas colinas peladas se quedarían sin ciudad alguna. Sin embargo, una mujer que guardaba unas ovejas en un prado llamado Chumo vio a una multitud de gente que había vivido y muerto en Berred danzando en aquel prado. Aquella gente acudía al lugar de madrugada, antes del amanecer, y bailaba las danzas. La mujer contó el hecho a los demás y se pusieron de acuerdo en levantar allí la nueva ciudad. Era un lugar adecuado, ya que habían empezado a cuidar sus rebaños de ovejas en las laderas de la montaña del Cordero. Así pues, señalaron el lugar de las danzas y bailaron en él, excavaron y construyeron los heyimas y marcaron el eje en el arroyo de Chumo, estableciendo allí la ciudad. Se llevó a cabo en ella una celebrada Danza del Sol el primer invierno que fue habitada. Todos los que habían vivido en la antigua Berred, gentes del Cielo, según dicen, acudieron a Chumo a bailar con la gente de la Tierra, y se pudo escuchar sus cánticos entre canción y canción.

Muchos habitantes de Chumo no viven dentro de la ciudad. Es una ciudad de brazo muy largo, según su expresión. Algunos tienen su vivienda a gran distancia del espacio común, corriente abajo del arroyo de Chumo y bastante más allá, hacia el arroyo de la Serpiente de Cascabel, cerca de donde estaba la vieja ciudad antes del incendio.

El problema con el pueblo del Algodón

Escrita por Toro Gris, de la Obsidiana de Telina-na, como parte de una ofrenda a su heyimas

Cuando yo era joven, hubo un problema con la gente que nos enviaba algodón desde el sur a cambio de nuestros vinos. Cada primavera y cada otoño cargábamos nuestros vinos de buena calidad en el tren a Se. Enviábamos *ganais* blancos y *berrenas* tintos, *mes* de Ounbmalin y el *betebbes* dulce que les gusta ahí abajo, todos ellos buenos vinos, seleccionados porque soportaban bien los viajes y transportados en las mejores barricas de roble. En cambio la gente del sur había empezado a enviarnos un algodón de hebra corta, lleno de semillas y de taras, en balas faltas de peso. Un año acabaron por mandarnos la mitad del algodón en balas y el resto ya en forma de tejido, una parte de éste de un peso y una calidad aceptables y otra de bajísima calidad.

Aquel año fue el primero que viajé a Sed acompañando a Encumbrada, de la Obsidiana de Kastoha-na, que era mi maestra en el Arte textil. Hicimos el camino acompañando el vino y nos alojamos en la posada de Sed, un lugar magnífico para comer marisco y dotado de considerables comodidades. Encumbrada y la gente del Arte del Vino discutieron allí con los forasteros, pero no llegaron a ninguna conclusión porque quienes habían traído el algodón a Sed afirmaban que sólo eran intermediarios: no habían sido ellos quienes habían enviado el algodón de mala calidad; ellos se habían limitado a cargarlo, a transportarlo en las naves adecuadas hasta el punto acordado y a descargarlo allí para volver hacia el sur con nuestros vinos. Según dijeron los transportistas, la única persona perteneciente al pueblo del Algodón que hacía el viaje con ellos hablaba una lengua que nadie más conocía. Encumbrada llevó a ese hombre del Algodón hasta la Central de Comunicaciones de Sed pero el individuo se comportó como si no hubiese oído hablar jamás del TOK, y cuando Encumbrada intentó enviar un mensaje por la Central de Comunicaciones hasta el lugar de donde provenía el algodón, nadie respondió.

Los miembros del Arte del Vino se alegraron de que mi maestra estuviera allí, pues, de lo contrario habrían aceptado el algodón de baja calidad sin más preguntas y habrían enviado todo el buen vino que habían traído a cambio. Ella les aconsejó que enviaran solamente dos tercios del cargamento habitual, sin incluir una sola gota del *betebbes* dulce, y que reservaran el resto hasta tener noticias de la gente del Algodón. Encumbrada también se negó a que cargaran el tejido de mala calidad en el tren, de modo que fue embarcado de nuevo en la nave mercante. La gente del barco dijo que no les importaba, siempre que ellos recibieran la cantidad de vino acostumbrada por el transporte de las barricas. Encumbrada también quería recortar esa cantidad para estimular a los transportistas a prestar atención a la calidad de la carga que admitían a

bordo; pero los demás comerciantes del valle dijeron que tal recorte era injusto o desaconsejable, de modo que entregamos a los marineros la habitual media carreta, toda ella de *betebbes* dulce.

Cuando regresamos a casa se celebró una reunión entre las Artes Textil y del Vino, la Logia de los Buscadores, los consejos de varias ciudades y otras personas interesadas. Algunos de los asistentes dijeron:

—Hace cuarenta o cincuenta años que nadie del valle ha estado en el lugar de donde proviene el algodón. Quizá debería ir allí una delegación para hablar con esa gente.

Los demás se mostraron de acuerdo. Después de esperar por si el pueblo del Algodón nos enviaba algún mensaje por la Central de Comunicaciones, tras ver devuelto su producto de baja calidad y recibir menos vino del habitual, cuatro de nosotros emprendimos la marcha: íbamos yo mismo, pues quería viajar y tenía ciertos conocimientos sobre algodones y tejidos, y tres miembros de la Logia de los Buscadores, dos de los cuales se habían dedicado durante mucho tiempo al comercio e incluso habían cruzado el mar Interior más de una vez, y un tercero que pretendía poner al día los mapas de los Buscadores sobre los lugares a los que nos dirigíamos. Los tres Buscadores eran Paciencia, Peregrino^[10] y Oro. Todos eran varones y jóvenes. Yo era el menor. El año anterior había caminado tierra adentro con una muchacha de la Arcilla Azul, pero cuando le dije que me dirigía al extremo del mar Interior, ella respondió que era un loco y un irresponsable y sacó mis libros y mi camastro al rellano de la escalera. Así abandoné la casa de mi madre.

Había estado muy ocupado aprendiendo cosas en el Arte Textil y no había prestado gran atención a la conveniencia de inscribirme en la Logia de los Buscadores, pero el viaje a Sed me había despertado el deseo de hacer nuevas expediciones, y comprendí que tenía ciertas dotes para los negocios. No veía ninguna razón para avergonzarme de ello y nunca me ha importado gran cosa lo que dijera la gente, de modo que ingresé como novicio en esa Logia, en calidad de viajero y comerciante a la vez.

Cuando era niño, los libros que leía y los relatos que escuchaba presentaban siempre a los Buscadores como viajeros, no como comerciantes, y solían situarlos entre los picos nevados de la cordillera de la Luz cantando a los osos o sufriendo congelaciones en los dedos de los pies, o rescatando a algún compañero caído en alguna grieta profunda. Los Buscadores con quienes partí no parecían favorables a aquel tipo de viajes. Subimos al tren de Amaranto y permanecimos en las literas hasta llegar a Sed, donde nos alojamos de nuevo en la posada y comimos a dos carrillos mientras buscábamos una embarcación que nos llevara hacia el sur.

Nadie tenía previsto tomar ese rumbo. Las alternativas eran embarcar hacia Rekwit, en la Costa Este, en una fecha aún por determinar de aquel mes, o coger una barca que nos llevara por el Paso hasta las islas Falares, en el momento que nosotros quisiéramos. A continuación, desde Rekwit o desde las Falares, podríamos intentar

encontrar un barco de bajura que siguiera la costa con rumbo sur, o continuar la marcha a pie por la vertiente interior de las montañas. Los buscadores llegaron a la conclusión de que eran mejores las perspectivas por la ruta occidental, y que debíamos cruzar por el paso.

Cuando vi la embarcación que nos iba a llevar lamenté la decisión.

Medía unos cinco metros de eslora y contaba con una vela y un pequeño motor que pedorreaba continuamente. Según dicen, las corrientes de la marea penetran y se retiran por el paso con más rapidez que el galope de un caballo, y lo mismo sucede con los vientos.

Los tripulantes de la barca eran delgados, de piel blanca y ojos recelosos. Se trataba de isleños de las Falares que hablaban suficiente TOK para poder entendernos. Habían acudido a Sed para intercambiar pescado por grano y aguardiente. En sus salidas de pesca, las pequeñas embarcaciones llegaban muy al oeste del paso, en Mar abierto. No dejaban de comentar «¡Ho, ha! Salir a las olas grandes, ¿sí?», y de darme palmadas en la espalda mientras yo, doblado sobre la borda de la barca, devolvía todo lo que acababa de comer.

Empezó a levantarse un viento del norte, y cuando salimos a las aguas del paso las olas se hicieron poderosas y empinadas, como pequeños acantilados relucientes. La embarcación remontaba las crestas y caía luego hacia abajo, saltando y batiendo la superficie del agua. Pronto la niebla baja que cubría el mar Interior —y que yo había tomado por una tierra lejana— se levantó y desapareció en unos instantes; a lo lejos, a ciento cincuenta kilómetros, se alzaba la cordillera de la Luz con el distante resplandor de sus picos nevados.

Según me contó Paciencia, el fondo del Mar en la zona que ahora surcábamos está lleno de edificios. Antiguamente hubo un mundo remoto en que el paso estaba más al oeste y era más estrecho, y todas sus costas y las tierras del interior estaban cubiertas de casas. Lo mismo he oído contar después en la Logia del Madroño, y también existe una canción sobre las almas antiguas que lo menciona. Sin duda la historia es cierta, pero en aquellos momentos no tuve el menor deseo de bajar a comprobarlo, aunque cuanto más arreciaba el viento más probable parecía que termináramos todos por hacerlo. Sin embargo, yo estaba demasiado perplejo para sentir auténtico miedo. Sin más tierra firme a la vista que los pequeños dientes de sierra blancos que cubrían más de la mitad de la curva del mundo, y con el intenso resplandor del sol y el viento y el agua, pensé que aquello se parecía bastante a estar ya muerto.

Al día siguiente, cuando por fin llegamos a una de las islas Falares y pusimos pie en tierra, lo primero que sentí fue lujuria. Tuve una erección potente y prolongada, y no logré apartar del pensamiento esos impulsos lascivos. Todas las mujeres Falares me parecían hermosas y me provocaban deseos tan incontenibles e insensatos que llegue a preocuparme de verdad. Conseguí estar solo, con cierta dificultad, y me masturbé, pero eso no solucionó nada. Por fin comenté el caso con Peregrino, quien

tuvo la delicadeza de no echarse a reír. Me dijo que tenía que ver con el mar. Nosotros siempre hablamos de vivir en la costa (ser castos) o caminar tierra adentro (dejar de ser castos), y tales expresiones quizá no sean más que palabras invertidas. El sexo siempre hace que las cosas se trastoken o se pongan del revés. Peregrino afirmó desconocer la razón de por qué se producía aquel efecto especial al pasar del Mar a tierra firme, pero él también lo había notado. Dije que me sentía como si hubiera vuelto a la vida con todas mis fuerzas. En todo caso, un par de días alimentándome con lo que comían los Falares me devolvieron a la normalidad. Todas las mujeres empezaron a parecerme algas marinas, y mi único deseo era ya seguir viaje a otra parte, aunque fuera en barca.

En aquella época del año no se navegaba por la costa interior, sino que todas las barcas de los isleños salían al océano a capturar los grandes peces. Sin embargo, los Falares eran gente generosa, y algunos de ellos aceptaron llevarnos por la costa interior hasta un lugar que llamaban Tuburhuny, donde uno de los hombres tenía familia. De algún modo teníamos que salir de la isla, así que aceptamos su propuesta aunque no estábamos seguros de dónde quedaba aquel lugar. Los isleños de las Falares trazan mapas de los mares, pero no de las tierras, y ninguno de los nombres de nuestros mapas parecía corresponderse con los suyos. No obstante, cualquier lugar de la península del Sur nos convenía.

Cuando zarpamos, el tiempo era apacible, sin oleaje ni niebla. Navegamos bordeando un puñado de islas e islotes, y hacia el mediodía, al pasar ante una de ellas, de considerable extensión y poco elevada, los marineros Falares dijeron: «La ciudad». No pudimos apreciar gran cosa entre la niebla. Parecía roca pelada con extensiones de hierbabuena y de barrón, y un par de elevadas y esbeltas torres sostenidas por tirantes de alambre. Los hombres dijeron, señalándolas: «Tú tocas, tú mueres», y acompañaron sus palabras con gestos expresivos, como si se asfixiaran, electrocutaran, o fueran alcanzados por un rayo. Jamás había oído nada igual sobre las ciudades, pero tampoco había visto ninguna hasta entonces, ni he vuelto a verlas después. Ignoro si los isleños decían la verdad, si intentaban gastarnos otra de sus pequeñas bromas, o si era gente muy supersticiosa. Desde luego, los habitantes de esas islas envueltas en la niebla son poco cultos y apenas se relacionan con el exterior. Por ejemplo, jamás utilizan la Central de Comunicaciones de Sed, como si también fuera peligrosa. Son gente tímida, salvo en el agua.

Tuburhuny resultó llamarse Gohop en nuestros mapas. Era una pequeña población situada al sur del extremo septentrional de la península. El lugar quedaba al abrigo de la niebla perpetua del paso. En toda la población crecían los aguacates, que empezaban a madurar en la época que pasamos por allí. No sé cómo harían los habitantes para mantenerse delgados, pero realmente eran esbeltos y de piel blanquecina, como los Falares; sin embargo, fijándose en ellos con detalle, no resultaban tan extremadamente enclenques y lechosos como éstos. Se alegraron de charlar con unos viajeros y ayudaron a Oro a planificar nuestra ruta sobre el mapa.

No disponían de embarcaciones para cubrir distancias considerables y dijeron que nadie tocaba su pequeño puerto con regularidad, de modo que nos encaminamos hacia el sur a pie.

La sierra de la península, entre el océano y el mar Interior, resulta tan escarpada por los hundimientos y terremotos, tan plagada de profundas fallas y farallones, que avanzar por ella es como cruzar un bosque subiendo a cada árbol que se ponga en nuestro camino y volviendo a bajar hasta el suelo. Por lo general, no había manera de rodear los obstáculos. En algunos trechos podíamos avanzar por las playas, pero en otros muchos no había playa alguna, y las montañas caían a pico sobre el mar. Así pues avanzamos trabajosamente montaña arriba hasta lo alto de la sierra, y desde allí pudimos ver el océano a nuestra derecha y el Mar a nuestra izquierda. La tierra descendía por delante y por detrás, plegándose una y otra vez hasta donde alcanzaba la vista. Conforme nos internábamos hacia el sur se multiplicaban los vericuetos y las ramificaciones en las fallas, formando pasillos largos y estrechos. Resultaba difícil saber si seguíamos la dirección de la sierra principal o si nos habíamos metido en un pliegue secundario entre dos fisuras de la roca, en cuyo caso terminaríamos en un promontorio sobre el agua y tendríamos que retroceder quince o veinte kilómetros y continuar desde allí. Nadie sabía de qué fecha eran nuestros mapas. Debieron de salir de la Central en algún momento, pero se habían quedado anticuados. Lo mis grave era que sólo podíamos pedir orientación a las ovejas. Las gentes humanas vivían en el fondo de los cañones, donde había agua y árboles. No estaban habituadas a los forasteros y tuvimos cuidado de no alarmarlas.

En esa parte del mundo es frecuente que los jóvenes, adolescentes o incluso mayores, formen partidas y lleven una vida de cazadores, como nuestra Logia del Laurel, pero con una conducta menos responsable. Las partidas pueden luchar entre sí y hacer incursiones en terrenos pertenecientes a otras o en cualquier población, salvo aquella de la que proceden, y apoderarse de herramientas, comida, animales o cualquier cosa que les apetezca. Como es lógico, estas incursiones a veces conllevan alguna muerte. Parte de esos hombres jamás regresan para establecerse, sino que permanecen en las montañas como hombres de los bosques, y algunos se vuelven locos y matan por el placer de matar. La gente de los pueblos se queja airadamente de esos hombres salvajes y viven presa del temor por su causa. Por eso, nosotros cuatro, al ser jóvenes y forasteros, tuvimos que comportarnos con considerable educación y buenos modales, incluso desde lejos, para que no nos tomaran por merodeadores y asesinos.

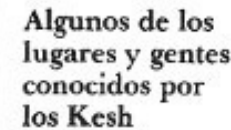
Cuando vieron que no éramos peligrosos se mostraron generosos y comunicativos, ofreciéndonos lo que creían que deseábamos. La mayor parte de sus poblaciones eran pequeñas y agradables, con casas de adobe estucadas de blanco y con techos de vigas de madera, a la sombra de los aguacates. Permanecían en sus casas todo el año porque en una casa de verano una familia no estaría a salvo de las partidas de jóvenes. Comentaron que antes solían disfrutar de tales casas de verano, y

que los jóvenes se habían vuelto así de irresponsables en las dos últimas generaciones. Me pareció que eran unos estúpidos por haber permitido que se llegara a tal extremo y se mantuviera tal desequilibrio, pero quizá tenían alguna razón para ello. Los diferentes pueblos que habitan aquella multitud de cañones hablan en diversas lenguas, pero sus poblados y modos de vida son muy semejantes. En sus poblaciones siempre encontramos alguien que dominaba el TOK, de modo que podíamos conversar. En una de las centrales enviamos mensajes a la Central de Wakwaha para que anunciaran a los Buscadores y a nuestras familias que por el momento todo iba bien.

Hacia el istmo de la península, las montañas dejan paso a un terreno llano y arenoso, no habitado por la gente humana, que conduce hasta la costa suroeste del mar Interior en una travesía a pie de dos jornadas completas. Las playas son amplias y poco profundas, con marismas, dunas y lagos salinos y cenagosos que penetran kilómetros sierra adentro. Más al sur, unas montañas abruptas y desoladas cruzan de este a oeste. El mar Interior junto a esa costa es muy poco profundo, lleno de islotes y bancos de arena, y en esas islas bajas es donde se cultiva el algodón.

El Pueblo del Algodón se llama a sí mismo Usudegd. Sus miembros son muy numerosos, varios miles, y viven en las islas y en los lugares de la costa donde desembocan los ríos procedentes de las montañas, pues están rodeados de agua salada pero apenas disponen de agua dulce. Allí el Mar es cálido y el país también, aunque según dicen no puede compararse con el calor que hace en la vertiente oriental de las montañas, a orillas del Mar de Omorn. En el país de la gente del Algodón hay algunas áreas profundamente contaminadas, pero al ser una tierra tan seca, el material envenenado permanece en el suelo y las gentes saben cuáles son las zonas a evitar.

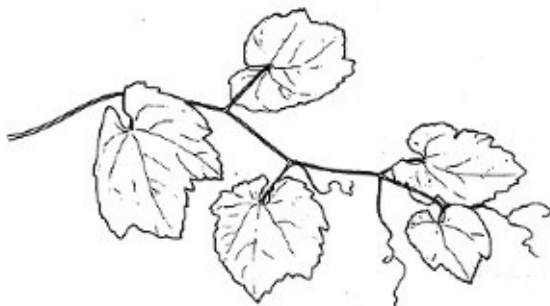
En la otra costa del mar Interior, al noreste, el pueblo del Algodón divisa ese pico elevado de la cordillera de la Luz que nosotros llamamos montaña del Sur, y que ellos denominan montaña del Viejo León. Por lo general, lo único que alcanza a verse es la oscuridad de los volcanes al sur del pico. Éste ocupa un lugar muy importante en sus pensamientos, pero nunca viajan hasta allí. Dicen que es sagrado y que sus senderos no deben ser hollados. ¿Qué decir entonces del pueblo Gongon, que desarrolla su vida en las laderas de la montaña del Sur? Este tipo de ideas es típico del pueblo del Algodón. Sobre ciertas cosas se muestran muy poco razonables.



El mapa está basado en «Los ríos que corren hacia el mar Interior», pero mientras que la orientación del mapa de Clara sigue el curso de los principales ríos, la parte superior de éste corresponde al norte, siguiendo nuestra convención actual. Los nombres de las comunidades o grupos culturales van subrayados.

En mi opinión, la gente que tiene demasiada relación con el Mar y hace mucho uso de embarcaciones termina con la cabeza afectada por ello.

Desde cualquier punto de vista, sus ciudades son muy distintas a las poblaciones de las gentes peninsulares. El pueblo del Algodón excava en el suelo y construye sus viviendas bajo la superficie, como nuestros heyimas, dejando sólo un par de palmos de pared por encima del suelo para abrir allí ventanas y respiraderos. El techo es una cúpula baja cubierta de césped, de modo que desde cierta distancia no se aprecia una ciudad sino un puñado de montículos verdes. Entre los tejados aparecen toda clase de arbustos, árboles y vides que se cultivan en esas latitudes: palmeras, aguacates, grandes naranjos, limoneros y pomelos, algarrobos, palmeras datileras, el mismo tipo de eucaliptos que tenemos nosotros y otros que jamás había visto antes, y algunos otros árboles propios de esa región. Las vides florecen exuberantes. Los árboles ofrecen su sombra en la superficie, y las casas permanecen frescas bajo tierra. La disposición parece extraña, pero resulta razonable. No tienen problemas de drenaje en sus casas, como sucede en nuestros heyimas, porque la tierra es muy seca, aunque a veces, cuando llueve, lo hace con fuerza y sufren grandes inundaciones, según dicen.



Sus lugares sagrados quedan a cierta distancia de las poblaciones, y son montañas artificiales, altozanos con caminos ceremoniales que los circundan, y hermosos recintos o pequeños edificios en la cumbre. No nos acercamos a ninguno de dichos lugares pues Paciencia insistió en que era mejor no acudir a los terrenos sagrados de un pueblo extraño, a menos que nos invitaran a hacerlo. Comentó también que una de las razones por la que le gustaba el pueblo del Amaranto, en el que había estado en diversas ocasiones, era que no tenía ningún lugar sagrado. La gente suele ser muy susceptible en todo lo que se refiere a sus lugares sagrados.

No obstante, el pueblo del Algodón ya era susceptible de por sí. Aunque no habían respondido ni enviado ningún mensaje por la Central, se habían enfadado al ver que devolvíamos sus tejidos y que no enviábamos la cantidad de vino habitual. Nada más llegar nos encontramos en una situación difícil. Sólo fue preciso decir que

veníamos del valle del Na para que empezara a zumbar el avispero.

Tuvimos que subir a una de sus embarcaciones, una lancha plana que no producía la menor sensación de seguridad, y navegar hasta la isla más importante. Tan pronto estuvimos en el agua empecé a devolver otra vez, aunque el Mar estaba completamente tranquilo. Tengo un sentido del equilibrio muy delicado y la inestabilidad de las barcas afecta a mi oído interno. El pueblo del Algodón no mostró la menor comprensión hacia mi estado. Los isleños de las Falares habían hecho bromas al respecto, pero el pueblo del Algodón se mostró rudo y desdeñoso.

Pasamos ante muchas islas de gran tamaño y la gente del Algodón no cesó de señalarlas, repitiendo:

—Algodón, algodón. ¿Veis el algodón? Todo el mundo sabe que cultivamos el mejor algodón. ¡Hasta la gente que vive tan al norte como el lago del Cráter lo sabe! ¡Contemplad ese algodón!

Los campos no resultaban muy impresionantes en aquella época del año, pero sonreímos y nos mostramos corteses y admirados, asintiendo a todo cuanto nos decían.

Tras costear una isla llana de varios kilómetros de largo, viramos al noreste y atracamos en una islita con una buena vista de las montañas, toda la parte sur de la cordillera de la Luz y las alturas peladas y escabrosas de la cordillera de Havil, al sur. Toda la isla es una ciudad, cientos de techos en forma de montículo, algunos de ellos con césped, otros de arena desnuda, y árboles y arbustos formando dibujos entre los montículos, y macizos de flores también formando dibujos, con pequeños senderos que los atraviesan. Por estas tierras son grandes maestros en el arte de trazar caminos, pero uno debe saber por cuáles debe andar.

Llevábamos caminando todo el día, y treinta días antes de éste, y anocheecía ya cuando atracamos en la islita, y casi no nos dejaron cenar nada antes de conducirnos directamente a la reunión de consejo de la ciudad. No recibimos de aquellas gentes el menor cumplido ni la menor muestra de cortesía por haber hecho aquel viaje expresamente para hablar con ellos, y enseguida empezaron a preguntar dónde estaba el *betebbes* dulce y por qué habíamos devuelto sus productos.

—¿No llegamos acaso a un acuerdo hace sesenta años? Desde entonces ha sido respetado y renovado cada año, hasta hoy. ¿Por qué habéis roto vuestra palabra, gente del falle? —El pueblo del Algodón hablaba correctamente el TOK, pero siempre decían falle, por valle, y fiño, por vino.

Paciencia sabía lo que se hacía cuando escogió su segundo nombre. Los escuchó sin interrumpir y permaneció atento a sus palabras, sin fruncir el ceño, ni asentir o negar con la cabeza. Peregrino, Oro y yo lo imitamos lo mejor que pudimos.

Después de que muchos tomaran la palabra, una mujer pequeñita se puso en pie, y un hombrecillo junto a ella. Ambos tenían los cuerpos deformes y unas pronunciadas jorobas en la espalda, y su aspecto era de jóvenes y ancianos a la vez. Uno de ellos dijo:

—Que hablen ahora nuestros huéspedes.

Y el otro añadió:

—Que hable la gente del Fiño.

Aquellos pequeños gemelos gozaban de autoridad, pues los demás callaron como muertos.

Paciencia dejó que se prolongara el silencio antes de tomar la palabra, y cuando por fin lo hizo, su voz sonó grave y reposada, así que todos tuvieron que permanecer quietos y callados para escuchar lo que decía. Se mostró precavido y educado. Habló mucho de lo justo del contrato y de su admirable permanencia y utilidad, y también de la calidad insuperable del algodón de los Usudegd, tenido por el mejor desde el lago del Cráter hasta la falla de Omorn, desde la costa del océano hasta la cordillera del Cielo —en esta parte se mostró muy elocuente—, y luego bajó la voz de nuevo y comentó con cierta tristeza cómo el tiempo torna romo el cuchillo más afilado y cómo cambia el significado de las palabras y de los pensamientos en las mentes humanas, de tal modo que hasta el nudo más firme debe ser finalmente rehecho y la palabra más sincera, renovada. Tras estas palabras volvió a sentarse.

Hubo un silencio. Creí que había despertado la sensatez en nuestros interlocutores y que asentirían enseguida. Era demasiado joven. La misma mujer que anteriormente había llevado la voz cantante se levantó y dijo:

—¿Por qué no habéis enviado cuarenta barricas de fiño *betebbes* dulce como siempre?

Vi que la discusión no había hecho más que empezar. Paciencia tenía que responder a esa pregunta y explicar también por qué había devuelto las telas. Pero tardó un buen rato en contestar. Cuando lo hizo se extendió en metáforas e imágenes, dando rodeos en torno a los temas conflictivos. Poco después, los gemelos contrahechos empezaron a replicarle de la misma manera. Antes de que se llegara a concretar nada se había hecho tan tarde que dieron por concluida la reunión por esa noche y nos condujeron a una casa vacía donde al fin pudimos descansar. No había calefacción y sólo disponíamos de una pequeña luz eléctrica. Las camas se apoyaban sobre patas de madera y estaban llenas de bultos.

Así continuaron las cosas durante otros tres días. Incluso Paciencia reconoció que no esperaba verles tan obstinados, y dijo que probablemente la razón de tal actitud fuera que estaban avergonzados de algo. Si esto era así, no debíamos acrecentar tal sentimiento de vergüenza. Por tanto no era conveniente que dijéramos nada sobre la baja calidad del algodón en rama que habíamos recibido en los últimos años, ni sobre los tejidos, impresentables, que habían intentado colocarnos. Nos limitamos a permanecer tranquilos y compungidos y a repetir que lamentábamos mucho no haber enviado el vino dulce que vendimiábamos especialmente para ellos, pero sin mencionar la razón de que no lo hubiéramos hecho. Y tal como habíamos intuido, poco a poco fue evidenciándose que los Usudegd habían sufrido una serie de reveses en los últimos cinco años: una mutación vírica de la hoja del algodonoero difícil de

controlar, tres años de sequía y una serie de temblores de tierra de inusual gravedad que habían sumergido algunas islas e inundado otras de un agua demasiado salada incluso para sus resistentes plantas. El pueblo del Algodón parecía considerarse responsable de todas estas desgracias y se mostraba avergonzado de ellas.

—¡Hemos caminado por senderos que no debíamos! —decían una y otra vez.

Paciencia y Peregrino, que también habló por nosotros, no hicieron el menor comentario sobre los problemas de aquel pueblo, pero empezaron a hablar de las desgracias que nos habían sucedido en el valle. Tuvieron que exagerar bastante, pues las cosas habían marchado especialmente bien para los vinateros, que cuatro y cinco años atrás habían recogido unas cosechas excelentes de *ganais* y de *fetali*. No obstante, cualquier cultivo da siempre suficientes problemas como para hablar de ellos. Y cuanto más decían e inventaban sobre heladas fuera de temporada o fermentaciones fallidas, más volvía la gente del algodón sobre sus propias desgracias, hasta que lo hubieron explicado todo. Cuando terminaron parecían aliviados y nos ofrecieron una casa mucho mejor donde alojarnos, cálida y bien iluminada, con unos senderos que recorrían el techo, marcados con caparazones de animales marinos y bolas de fumo,^[11] y por fin empezaron a renegociar el contrato. A Paciencia le había costado siete días conseguir que lo hicieran. Cuando finalmente iniciamos la negociación, todo resultó muy sencillo. Las cláusulas eran casi idénticas a las anteriores, dejando más espacio para la negociación anual a través de la Central. Nada se dijo de por qué no habían utilizado la Central para explicar su conducta anterior, pues nuestros interlocutores todavía se mostraban poco razonables y susceptibles si escuchaban algún comentario desafortunado. Acordamos aceptar algodón de hebra corta hasta que tuvieran el de hebra larga en cantidad suficiente y enviar una cantidad doble de *betebbes* dulce en el embarque de primavera; sin embargo, seguiríamos rechazando las balas de algodón que no cumplieran el peso, y no aceptaríamos tejidos ya confeccionados, pues preferíamos hacerlos nosotros mismos. Sobre este extremo hubo problemas. La mujer que tanto había insistido sobre el *betebbes* dulce se lo tomó muy a pecho, y estuvo horas enteras alabando la calidad y belleza de las telas de usudegd. Pero para entonces Paciencia y los gemelos contrahechos ya se habían convertido en grandes amigos, y al final se cerró el acuerdo sobre la base de algodón en rama únicamente, sin tejidos ya elaborados.

Tras cerrar el contrato, permanecimos en la isla nueve días más como muestra de cortesía y también porque Paciencia y los gemelos estuvieron bebiendo juntos. Oro aprovechó la ocasión para actualizar sus mapas y tomar notas, y Peregrino, que caía bien a todo el mundo en todas partes, no dejó de charlar con los vecinos de la ciudad y de salir con ellos en sus barcas para visitar otras islas. Aquellas embarcaciones eran poco más que manojos de varas de junco. Yo pasé gran parte del tiempo con algunas muchachas que se dedicaban a tejer en la ciudad. Tenían algunos telares mecánicos magníficos, movidos por energía solar, sobre los cuales tomé algunos puntos para comentarlos con mi maestra Encumbrada a nuestro regreso. Las muchachas se

mostraron amables y amistosas. Paciencia, sin embargo, me había advertido de la conveniencia de no tener relaciones sexuales con personas de tierras extranjeras hasta conocer en profundidad sus costumbres y expectativas respecto al compromiso, el matrimonio, la contracepción, las técnicas, etcétera. Así pues, me limité a unos coqueteos y algún que otro beso. Las mujeres del Algodón besaban con las bocas abiertas, lo cual resulta sorprendente si uno no lo espera, y desagradablemente húmedo, pero también muy voluptuoso (lo cual, dadas las circunstancias, era un tanto exasperante).

Un día Peregrino volvió de otra isla con una expresión extraña, y nada más llegar exclamó:

—¡Paciencia, se han burlado de nosotros!

Como siempre, Paciencia se limitó a escuchar.

Peregrino se explicó: en una ciudad de una de las islas más septentrionales, se había topado con algunos marineros de las naves que habían transportado el algodón a Sed y que habían cargado nuestro vino en el viaje de regreso. Eran los mismos que nos habían explicado que sólo eran marineros, que no conocían al pueblo del Algodón y que ni siquiera hablaban su idioma. Los había encontrado viviendo en aquella ciudad del pueblo del Algodón y les había oído hablar el idioma como nativos, pues también ellos eran hijos de este pueblo. Se trataba de marineros por afición o de profesión, y no habían querido meterse en problemas con nosotros discutiendo sobre la carga o el contrato. Tampoco habían revelado a nadie, salvo a la gente de su propia isla, su reserva privada de *betebbes* dulce. Según dijo Peregrino, cuando lo reconocieron se echaron a reír como locos. Le contaron que el hombre, que según ellos era uno del Pueblo del Algodón, era precisamente el único de la nave que no pertenecía a su gente; era un pobre retrasado que habían encontrado vagando por el desierto y que apenas era capaz de decir una frase en ningún idioma.

Paciencia permaneció en silencio tanto tiempo que le creí enfadado, pero por fin se echó a reír y todos le imitamos.

—Id a ver si esos marineros nos llevarían hacia el norte por Mar —dijo finalmente.

Yo sugerí que regresáramos por tierra.

Partimos unos días después. Tardamos dos meses en recorrer la costa oriental del mar Interior hasta Rekwit, desde donde cruzamos en barco a Tatselots bajo una gran tormenta. Pero ese viaje constituye otra historia que quizá cuente más adelante.

Desde que visitamos esa tierra nunca hemos vuelto a tener más problemas con el pueblo del Algodón, y siempre hemos recibido buen material de hebra larga. No es gente que no se atenga a razones, salvo en lo de hacer pequeños senderos por todas partes y en lo de avergonzarse de reconocer que han tenido problemas.

A Pandora le preocupa lo que está haciendo:

Se dirige al lector con el corazón agitado



¿He quemado yo todas las bibliotecas de Babel?

¿He sido yo quien las ha quemado?

Si arden, seremos todos nosotros quienes las habremos quemado. Pero hasta ahora, mientras escribo estas líneas, no han ardido; los libros siguen en los estantes y todos los cerebros electrónicos están llenos de memorias. Nada se ha perdido, nada se ha olvidado, todo está en ellos en diminutos pedazos, en minúsculos bits.

Sin embargo, aunque no lo quememos, no podemos llevarlo con nosotros, ¿sabéis? Por muchos datos que existan, siguen siendo demasiados para llevarlos con nosotros. Son un peso muerto. Aunque sigamos dando a luz diez niños por segundo para sostener la carga de la civilización e impulsarla hacia delante en el futuro, no pueden llevar todos los datos consigo. Esos niños son débiles, siguen muriendo de hambre, enfermedades tropicales y desesperación, pobres pequeños infelices. Por eso los he matado a todos. Quizá el lector haya advertido que la verdadera diferencia entre nosotros y el valle, la gran diferencia, es en realidad un detalle muy nimio: su población no es muy numerosa.

¿He sido yo, entonces, quien ha matado a los niños?

No. Sólo he intentado darles tiempo, eso es todo, de verdad. No les puedo dar historia. No sé cómo hacerlo. Pero puedo darles tiempo: ése es un regalo nativo. Lo único que he hecho ha sido abrir la caja que Prometeo me entregó. ¡Y era plenamente consciente de lo que podía suceder! ¡Sé qué significan los regalos de los griegos! ¡Conozco la guerra y la peste y el hambre y el holocausto, claro que los conozco! ¿No soy hija del pueblo que esclavizó y exterminó a los pueblos de tres continentes? ¿No soy hermana de Adolf Hitler y de Anna Frank? ¿No soy ciudadana del Estado que libró la primera guerra nuclear? ¿No he comido, bebido y respirado veneno toda mi vida, como el gusano que vive y se alimenta de excrementos? ¿Me tomas por ilusa, lector confabulado, hermano gusano? Bien sabía qué contenía la caja que mi cuñado dejó aquí. Pero recuerda, estoy casada con su hermano, el Recuerdo, y tengo mis propias ideas sobre lo que se esconde en el fondo de la caja, debajo de la guerra, la peste, el hambre, el holocausto y el valle de Josafat. Prometeo, el Previsor, el Dador del Fuego, el Gran Civilizador, lo denominó Esperanza. Y de verdad espero que estuviera en lo cierto. Pero no me importará si la caja está vacía, si lo único que contiene es un poco de espacio, un poco de tiempo. Tiempo para mirar adelante, desde luego; tiempo para mirar atrás; y espacio, espacio suficiente para mirar

alrededor.

¡Ah, tener espacio suficiente! Un gran espacio que contuviera animales, aves, peces, insectos, árboles, rocas, nubes, vientos, truenos. Un espacio lleno de vida.

Ahora, tómese el tiempo preciso.

¿Dónde está el fuego, pues? ¡Agente, mi esposa está dando a luz en el asiento trasero! No, no, nada de eso ahora. Sin prisas. Tómese el tiempo preciso. Aquí: tómelo, haga el favor. Se lo doy, es para usted.



el tiempo y la ciudad

La ciudad



La palabra *kach*, ciudad, no era utilizada por las comunidades del valle ni por sus vecinos; grandes o pequeños, todos los asentamientos eran llamados *choum*, población.

Piedra Parlante llama *kach* a los asentamientos del pueblo del Cóndor, traduciendo el término utilizado por éste; normalmente esta palabra sólo era utilizada en dos compuestos: *tavkach*, la ciudad del hombre, y *yaivkach*, la ciudad de la Mente. Estos dos términos precisan ciertas explicaciones.

YAIVKACH: LA CIUDAD DE LA MENTE

Unos once mil lugares repartidos por todo el planeta estaban ocupados por unas comunidades de aparatos o seres cibernéticos —ordenadores con extensiones mecánicas— de funcionamiento independiente y regulación automática. Esta red de centros de intercomunicación conformaba una entidad única, la ciudad de la Mente.

Yaivkach significa tanto los lugares o centros como el conjunto de la red o entidad. La mayoría de los emplazamientos eran pequeños, menores de media hectárea, pero en los desiertos había varias ciudades enormes que albergaban fábricas experimentales, centros de manufactura, aceleradores, plataformas de lanzamiento, etcétera. Todas las instalaciones de la ciudad eran subterráneas y abovedadas para evitar el riesgo de daños al medio ambiente, y viceversa. Parece que una cantidad cada vez mayor de ciudades estaba ubicada en otros planetas o cuerpos del sistema solar, en satélites o en vehículos que viajaban por el espacio profundo.

Al parecer, el propósito de la ciudad de la Mente era el mismo que el de cualquier especie o individuo: seguir existiendo.

Su existencia consistía principalmente en información.

Toda la actividad que podía observarse en ella estaba relacionada por completo con la recogida, el almacenamiento y cotejo de datos, entre ellos los siguientes: los registros históricos de poblaciones cibernéticas y humanas, remontándose a todo el material disponible de fuentes documentales o arqueológicas; la descripción e historia de todas las formas vivas del planeta, antiguas y actuales; la descripción física del mundo material a todos los niveles, del subatómico al cósmico, pasando por el químico, geológico, biológico, atmosférico y astronómico, siguiendo los métodos histórico, actual y predictivo; las matemáticas puras; la descripción y predicción

matemática derivadas de datos en forma estadística; la exploración y cartografía del interior del planeta, de las superficies y profundidades de los continentes y mares, de otros cuerpos del sistema solar incluido el sol, y de una zona cada vez mayor del espacio interestelar próximo; la investigación y desarrollo de tecnologías vinculadas a la recogida, almacenamiento e interpretación de los datos, y la mejora y potenciación continuadas de las instalaciones y capacidades del conjunto de la red. En otras palabras, una evolución consciente y autodirigida.

Parece ser que esta evolución se produjo de forma continuada por el método lineal directo.

Evidentemente, a la ciudad le interesaba mantener y potenciar la diversidad de formas y modos de existencia que constituían la base de la información que informaba su existencia (lamento la redundancia, pero la considero inevitable dadas las circunstancias). Todo era grano para el molino de la ciudad; por eso la ciudad no destruía nada, aunque tampoco lo potenciaba. La ciudad no parecía haber interferido en modo alguno con las demás especies.

Los metales y otras materias primas necesarias para sus plantas físicas y para los experimentos técnicos eran extraídos de las minas por sus extensiones robóticas en las áreas envenenadas o en la Luna y los otros planetas. Sus relaciones con las especies animales estaban restringidas de modo similar. Igual sucedía en sus relaciones con la especie humana, salvo en una cosa: la comunicación, el intercambio de información en ambos sentidos.

WUDUN: LAS CENTRALES

En las comunidades humanas había emplazados por todo el mundo terminales de ordenador. Cada uno de ellos estaba conectado a una ciudad próxima, en tierra o en un satélite, y por lo tanto a todo el conjunto de la red. Cualquier grupo sedentario de cincuenta personas o más tenía derecho a una Central, que era instalada a solicitud de la comunidad humana por robots de la ciudad, y mantenida mediante inspecciones y reparaciones a cargo tanto de personal humano como de robots.

El valle podría haber solicitado ocho o nueve centrales, pero se decidió instalar sólo una, ubicada en Wakwaha. La palabra kesh para denominar a la Central era *wudun*.

La información se producía de modo bilateral a través de las centrales; la naturaleza y cantidad de la información eran determinadas por el comunicador humano. La ciudad no facilitaba información que no se le hubiera pedido, y en ocasiones solicitaba —nunca exigía— determinados datos.

La Central de Wakwaha estaba programada para facilitar de manera rutinaria las previsiones meteorológicas, los avisos de desastres naturales, los horarios de trenes y ciertos tipos de consejos agrícolas. La información médica, las instrucciones técnicas

o cualquier otra información solicitada por un individuo era facilitada utilizando el lenguaje universal de la ciudad, el *tok*, que he escrito con mayúsculas a lo largo de todo el libro para diferenciarlo de los términos kesh o de otros grupos humanos.

Si no se solicitaba, la central no facilitaba ningún dato. Era facilitada cualquier información debidamente solicitada, fuera una recta para hacer yogurt o un resumen actualizado del armamento, de increíble sofisticación y poder destructivo, que la ciudad de la Mente había desarrollado como parte de su tendencia a la investigación como fin cognitivo en sí mismo. La ciudad ofrecía los datos para su uso por el hombre de modo totalmente libre, sin restricciones, como una función más de su objetividad perfecta y no manipuladora. Sus infrecuentes peticiones de información a la comunidad humana solían referirse a datos sobre temas como los estilos en boga en las artes de la vida, muestras de alfarería, poesía, sistemas de parentesco, política y otras cuestiones parecidas, que resultaban difíciles de obtener a los robots, y aparatos de observación incorporados a satélites sin causar interferencias en la conducta de los sujetos observados, o que eran de difícil cuantificación.

Entre los grupos humanos sedentarios con modelos de intercambio cultural profundamente arraigados, como sucedía entre los pobladores del valle del Na, la instrucción en el uso del ordenador era parte de la educación general. En el valle esta instrucción significaba ante todo el aprendizaje del TOK. Un efecto secundario provechoso de este idioma era el uso del mismo —que podía ser utilizado tanto oralmente como por escrito en los terminales de la Central— como lengua franca universal para comerciantes, viajeros y todos aquellos que quisieran comunicarse con personas que hablaran otras lenguas, bien directamente o a través de las centrales. En el valle, de hecho, este empleo del TOK superó en gran medida su propósito original. Sin embargo, todo aquél que tuviera interés en trabajar con el terminal podía aumentar su instrucción a voluntad. La ciudad proporcionaba el aprendizaje a todos los niveles —desde la resolución de pequeños juegos hasta lo más elevado de matemáticas puras o de la física teórica— a cualquiera que deseara dominar alguna parte de las infinitas complejidades de la recopilación de informaciones. La memoria de la ciudad de la Mente tenía un alcance incalculable. En ella se recogía el conocimiento infinito, si uno era capaz de alcanzarlo, pues el objetivo de la Mente era convertirse en un modelo o réplica mental total del Universo.



No obstante, como sucedía con el Universo, quedaba por resolver la cuestión de la inteligibilidad.

Las personas cuyas dotes les predisponían a ello podían convertir la

comunicación con la ciudad de la Mente en el objetivo de su vida. Estas personas vivían en Wakwaha y trabajaban en la central con horarios establecidos. Otros no sabían nada sobre las centrales o la ciudad, ni les interesaba lo más mínimo. Para la mayoría de la gente, la central era un vínculo útil y necesario para estar al corriente del horario de transportes, de la presencia de extraños o de la proximidad de elementos de la existencia tan importantes e indeseables como terremotos o incendios. Así, la ciudad de la Mente era otra de las innumerables clases de seres existentes en el mundo, todas ellas interrelacionadas, como un bosque, un hormiguero o las estrellas.

Si bien la gente del valle consideraba la ciudad de la Mente como «algo natural», como diríamos nosotros, en cambio la ciudad parecía reconocer su antiguo origen en aparatos fabricados por los humanos; así lo da a entender el término TOK para denominar a la especie humana y a sus miembros, que se traduce por «constructores». El mantenimiento por parte de la ciudad de las centrales para su utilización por los seres humanos, parece apuntar también a que reconocía en la humanidad a una especie relacionada con ella por la capacidad de representación mental, lingüística y matemática: un ancestro primitivo, un linaje divergente o retrasado que había quedado muy atrás en la Marcha de la Mente. Naturalmente, no existía el menor matiz ético o emocional en tal constatación de la superioridad evolutiva. La asunción era estrictamente racional en una entidad que era estrictamente racional, además de ser varios años luz más extensa que el sistema solar, e inmortal.

La gente juiciosa y culta del valle reconocía los tesoros incalculables que la ciudad de la Mente ponía a su disposición, pero no estaba dispuesta a considerar la existencia humana como mera información o comunicación, ni la mortalidad inteligente como un medio al servicio de los fines de la inteligencia inmortal. En opinión de estas personas, las dos especies habían divergido hasta el punto de que no existía competencia entre ellas, la cooperación era limitada y la cuestión de la superioridad o de la inferioridad era irrelevante.

Tratando de estos temas, la Archivera de Wakwaha decía lo siguiente:

—La libertad de la ciudad es nuestra libertad a la inversa. La ciudad conserva, guarda lo muerto. Cuando nosotros necesitamos lo que está muerto, acudimos a la memoria. Lo muerto es incorpóreo, no ocupa espacio ni tiempo. En las bibliotecas conservamos cosas que ocupan espacio, que tienen peso, que se consumen con el tiempo. Cuando estas cosas mueren, las sacamos. Si la ciudad las quiere, se las queda. Siempre se las queda. Es un magnífico acuerdo.

TAVKACH: LA CIUDAD DEL HOMBRE

Esta palabra puede traducirse por ‘civilización’, o por ‘historia’.

El período histórico, la era de la existencia humana que siguió al neolítico durante

varios miles de años en diversas partes de la Tierra, y de la que quedan explícitamente excluidas la prehistoria y las «culturas primitivas», aparece mencionado en el lenguaje kesh con referencias tales como «el tiempo exterior», «cuando vivían fuera del mundo» o «la ciudad del hombre».

Resulta muy difícil estar segura del significado de estos términos cuando una se enfrenta a un idioma y un esquema de pensamiento en el que no se hace ninguna distinción entre los hechos y percepciones objetivos y los subjetivos, en los que ni la secuencia cronológica ni la causal se consideran un reflejo adecuado de la realidad, en los que el tiempo y el espacio están mezclados hasta tal punto que una nunca está segura de si se está hablando de una época o de un territorio.

Mi impresión, no obstante, es que este período en el que vivimos, nuestra civilización, la civilización según la conocemos, aparecía en el valle como una región remota, apartada de la comunidad y de la continuidad de la existencia humana/animal/terrestre. Como una especie de península que sobresaliera del continente, densamente sembrada de viviendas, superpoblada, muy tenebrosa y muy distante.

Los límites de esta época-territorio, la ciudad del hombre, no consistían en fechas. La cronología lineal quedaba para la memoria de la ciudad de la Mente. De hecho, esta ciudad de la Mente, la red de ordenadores, incluidas las centrales, se consideraba perteneciente o situada «fuera del mundo», es decir, existente en el mismo tiempo-región, o modo, que la ciudad del hombre, que la civilización. La relación entre la ciudad y el valle no está clara. ¿Cómo pasa una de «dentro» del mundo al «exterior», y regresa?

Los kesh eran conscientes de esta discontinuidad, de este corte o falta de conexión, y la consideraban necesaria y significativa.

De hecho —aunque no estoy segura de ello—, quizá la percibían como el hecho más importante —para ellos— respecto a la civilización, respecto a la historia tal como nosotros la consideramos: ese corte, ese salto, rompimiento o inversión, esa vuelta del revés de dentro afuera, de fuera adentro. Eso es el eje.

A continuación presentamos varios intentos de efectuar esa vuelta del revés, de realizar ese salto. Cuando pregunté a la Archivera de la biblioteca de Wakwaha si había algún escrito que hablara de la ciudad del hombre, me indicó una narración titulada «Un agujero en el aire». Por su parte, el portavoz de la Obsidiana de Chumo me habló de «hombretón y Hombrecillo» como «un relato sobre el tiempo exterior y el tiempo interior». Después de estos dos relatos, aparece el resultado de diversos esfuerzos por dar forma a lo que nosotros llamaríamos una historia del valle. No puedo afirmar que esos esfuerzos fueran estériles, aunque son un poco como si una saliera a por manzanas y volviera con naranjas. Se trata de los cuentos sobre los principios y de la sección titulada «El Tiempo y el valle».



Un agujero en el aire

Hace algún tiempo, había un hombre que encontró un agujero en el aire, cerca del valle del Paso en la cordillera de la Luz. El hombre levantó una empalizada en torno al agujero para evitar que el viento se lo llevara o lo moviera de lugar. Luego cantó el heya y se metió en él.

Salió por el agujero al mundo de afuera. Al principio no sabía dónde estaba. Le pareció que el lugar era el mismo. Las rocas y los picos eran idénticos a los que él conocía en la zona del valle del Paso. Pero el aire tenía un olor distinto y un color diferente, y al fijarse vio que los árboles no eran los mismos y que la empalizada había desaparecido. Construyó otra y luego echó a andar ladera abajo, hacia el suroeste, en dirección a la costa del mar Interior. Lo primero que observó fue que no había agua donde debía haberla. En su lugar vio un gran valle de tierra firme sin agua, cubierto de paredes, tejados, carreteras, paredes, tejados, carreteras, paredes, tejados, carreteras, hasta donde alcanzaba la vista.

Continuó andando por donde la cañada del valle del Paso se dirige hacia el sur, y llegó a una gran carretera que intentó cruzar, y lo primero que le sucedió fue que resultó muerto. Un motor con cuatro ruedas que circulaban a gran velocidad le golpeó, pasó por encima de él y siguió su camino.

Ahora el hombre estaba en parte fuera del mundo y en parte dentro de él, de modo que murió pero pudo levantarse de nuevo; nueve veces podía morir en aquel estado, según dicen. Se levantó después de estar muerto y otro motor le golpeó y pasó sus ruedas por encima. Murió y se levantó y otro motor chocó contra él. Tres veces resultó muerto antes de poder salir de aquella carretera.

La superficie de ésta aparecía cubierta de sangre seca, grasa, carne, cuero y plumas. Apestaba. Junto a la carretera, los buitres aguardaban sobre unos pinos raquíticos a que dejaran de circular los vehículos para poder dar cuenta de lo que moría en ella. Sin embargo, los motores nunca dejaban de pasar arriba y abajo, arriba y abajo, con un estruendoso silbido arriba y abajo.

Había un puñado de casas entre los pinos, a cierta distancia de la carretera, y el hombre del valle del Paso se acercó a una de ellas. Avanzó con cautela pues tenía miedo de lo que pudiera encontrar en su interior. No vio moverse a nadie en el jardín. Continuó acercándose lentamente, sin hacer ruido, y se asomó a la ventana. Vio lo que temía encontrar: la casa ocupada por gente que lo miraba por encima de la columna vertebral, entre los omóplatos.

Se mantuvo inmóvil, sin saber qué hacer, y al cabo de un rato observó que aquella gente estaba mirando a través de él. No podían ver nada que estuviera dentro del mundo, aunque sólo fuese en parte.

Le pareció que a veces alguna de aquellas personas se percataba de su presencia durante un instante por el rabillo del ojo, no entendía qué podía ser, y luego apartaba la vista hacia otro lado.

El hombre pensó que si andaba con cuidado no tenía por qué sentir temor, y un rato más tarde entró en la casa. La gente con la cabeza vuelta hacia atrás estaba sentada en torno a una mesa alta, comiendo. Observó cómo comían y se sintió muy hambriento. Entró en la cocina para buscar algo que llevarse a la boca. La cocina estaba llena de cajas, y las cajas estaban llenas de cajas. Por fin encontró algo que comer. Lo probó e inmediatamente lo escupió; estaba envenenado. Probó otra cosa, y luego otra: todas estaban envenenadas. La gente de la cabeza vuelta hacia atrás comía alimentos envenenados en recipientes de cobre puro, comía y charlaba, sentada a la mesa con la cabeza vuelta en dirección contraria. El hombre salió al jardín y encontró árboles de los que colgaban frutos, pero cuando mordió una de las manzanas le supo a cobre, a vitriolo azul. La piel de la fruta estaba envenenada.

Entró de nuevo y escuchó lo que hablaba la gente de la cabeza vuelta hacia atrás. Sonaba a sus oídos como si estuvieran diciendo: «¡Matad gente! ¡Matad gente!» (dushe ushud, dushe ushud). Aquél era el sonido de sus palabras. Después de comer, los hombres de la cabeza vuelta salieron de la casa fumando tabaco y empuñando fusiles. Las mujeres entraron en la cocina y fumaron cannabis. El hombre del valle del Paso siguió a los hombres. Pensaba que iban de caza, pues les había oído hablar de «matar», y creyó que así podría conseguir un poco de comida en condiciones. Pero en las colinas apenas había otras gentes que aquellos humanos de cabezas vueltas hacia atrás. Si las había, se ocultaban o ya habían pasado dentro del mundo. Lo único que el hombre vio allí fueron las plantas, algunas moscas y un buitre. Los hombres de la cabeza vuelta hacia atrás vieron también al buitre que volaba en círculos y le dispararon. Fallaron y continuaron adelante, fumando tabaco. A su alrededor el aire se estaba llenando de humo. El hombre del valle del Paso estaba preocupado porque ahora pensaba que los hombres debían de estar librando una guerra. No quería verse involucrado en nada semejante, de modo que les dejó y continuó caminando en otra dirección, pendiente abajo, a buena distancia de la gran carretera donde había muerto en tres ocasiones. Cuanto más avanzaba más espeso se hacía el humo, y el hombre pensó que se había declarado un incendio forestal.



Llegó al borde de otra carretera todavía más ancha, llena de motores que corrían a gran velocidad y producían un fuerte estruendo. La carretera venía de las montañas,

desde donde alcanzaba la vista, y seguía hacia el sol, que declinaba al otro lado del valle abarrotado de paredes y tejados. Todo lo que había en la carretera estaba muerto. El aire era denso y amarillento, y el hombre siguió buscando el incendio, pero desde que había llegado al mundo de afuera le acompañaba aquel fenómeno.

Se internó entre las paredes y los techos, entre las carreteras y las casas, sin dejar de caminar un solo instante, y no pudo llegar al otro extremo de las casas. Jamás alcanzó el otro extremo.

En todas aquellas casas vivía gente con la cabeza vuelta hacia atrás. Llevaban cables eléctricos en los oídos y eran sordos. Fumaban tabaco día y noche y continuamente se hacían la guerra. Intentó escapar de ella prosiguiendo su camino, pero la guerra estaba en todos los lugares donde vivían, y vivían en todas partes. Los vio ocultarse y matarse unos a otros. A veces ardían kilómetros enteros de casas. Pero aquellos hombres de la cabeza vuelta hacia atrás eran tan numerosos que nunca terminaban de aparecer.

El hombre del valle del Paso aprendió a comer algunos de sus alimentos, vivió de pequeños hurtos y continuó vagando por las calles buscando entre aquellas casas alguien que viviera dentro del mundo, pues pensaba que debía de haber alguno por allí. Nadie lo oyó ni lo vio hasta el día que dio media vuelta para regresar a las montañas. Estaba harto de aquella comida y de respirar humos, y se sentía a punto de morir, no fuera sino dentro de sí; por eso decidió volver al valle del Paso, a su auténtico hogar junto al río. Cuando se dio media vuelta en la calle, una mujer lo miró. Él la observó: la mujer lo estaba mirando desde encima de sus pechos. Se alegró tanto de ver a una mujer con la cabeza colocada como era debido, que echó a correr hacia ella con las manos extendidas entre los motores y las elevadas casas. La mujer dio media vuelta y escapó corriendo. Le tenía miedo, pensó el hombre. Siguió tras ella corriendo y llamándola entre las casas, pero no volvió a verla. Se había escondido.

Siguiendo las calles, el hombre volvió a la carretera ancha y continuó por ella hasta las montañas. Estaba ya casi muerto cuando dejó atrás las últimas casas. Llegó al terreno granítico e inició el ascenso hasta el valle del Paso. El río que lo cruzaba llevaba muy poco caudal; bajaba casi seco y el hombre no comprendía cómo era posible. Poco después llegaron unos buitres desde los picos de granito y empezaron a hablarle. Daban círculos por encima de su cabeza, diciendo:

—Estamos muriendo de hambre. Aquí no hay nada que comer. Tírate al suelo, muere, hazte comida, y te llevaremos otra vez dentro del mundo.

—Tengo otro camino para volver —les respondió el hombre.

Pero llegó al lugar donde había levantado la empalizada para proteger el agujero en el aire, y éste había desaparecido. La gente de la cabeza vuelta hacia atrás había levantado una presa en el valle del Paso, en la parte estrecha de la cañada, y todas las tierras del valle habían quedado bajo las aguas del río. Árboles, rocas y también el lugar donde había estado el agujero en el aire quedaban sumergidos. El agua era de

color amarillento y de olor acre. No tenía peces, pero estaba rodeada de grandes casas sin ventanas.

Aquél era el río donde vivía el hombre, el río del Paso. El hombre conocía sus fuentes. Aquél era su valle. Cuando vio que aquellos lugares tan queridos de su corazón habían quedado destruidos, que estaban muertos, sintió un gran sufrimiento. Se apoyó en las rocas de blanco granito llorando de pesar. El corazón le dolía y su ritmo era irregular.

Los buitres se acercaron de nuevo y se posaron sobre las peñas próximas.

—Deja que te comamos. Estamos muriendo de hambre —repitieron. Al hombre le pareció justo y se tendió al sol sobre el granito y esperó un poco y pronto murió.

Y se encontró de nuevo en la primera empalizada que había construido. Estaba muy débil y enfermo y no podía moverse. Un día más tarde, unos vecinos de su ciudad pasaron por la zona y los llamó. Acudieron y le llevaron agua del río del Paso para que bebiera. Después llevaron al lugar a la familia del hombre. Éste vivió algunos días más y les contó lo que había hecho, visto y oído fuera del mundo. Luego murió del todo. Murió de pena y de envenenamiento.

Nadie más quiso atravesar aquel agujero en el aire. Derribaron la empalizada y dejaron que el viento se llevara el agujero.

Hombretón y Hombrecillo

Según decían, las estrellas fueron su semen. Era realmente grande, tanto que llenaba todo el mundo fuera del mundo, todo lo que allí había. No dejaba espacio para nada más.

Si miraba alrededor desde fuera del mundo, veía el mundo interior y quería entrar en él, dejarlo preñado de él, o quizá quisiera engullirlo, meterlo dentro de él. Pero no podía entrar. Sólo podía verlo de espaldas. Entonces creó un ser para que entrara en él, para que lo atravesara. Creó un hombrecillo y lo envió allí, adentro del mundo. Pero lo hizo con la cabeza vuelta hacia atrás.

Hombrecillo penetró dentro del mundo pero no se quedó, sino que regresó enseguida, protestando.

—No me gusta estar ahí dentro —dijo.

Entonces Hombretón lo puso a dormir, y mientras dormía hizo una especie de mujer con el barro (según dicen, con adobe rojo). Tenía el aspecto de una mujer, y engañó a Hombrecillo cuando éste despertó.

—Id ahora y reproducíos —dijo Hombretón.

Así pues, Hombrecillo tomó a la mujer de barro y volvió adentro del mundo. Se acostó con la figura de barro y ésta le dio copias. Y Hombrecillo siguió acostándose con la figura de barro hasta que hubo tantas copias de él como mosquitos en el río de las Ciénagas, tantas como arañas en otoño, más incluso. Más que cualquier cosa, salvo tal vez los granos de arena. Daba igual. Por muchos que hubiera como él, Hombrecillo no estaba contento de encontrarse allí. Tenía miedo. Él no pertenecía a dentro del mundo; no tenía madre, sólo un padre. Así mató todo aquello a lo que tenía miedo.

Taló todos los árboles que encontró, mató a todos los animales que vio e hizo la guerra a todas las gentes que descubrió. Hizo fusiles con los que disparar a las moscas y balas para matar a las pulgas. Tenía miedo de las montañas e hizo mazas para allanarlas, tenía miedo de los valles e hizo bloques de tierra con los que rellenarlos, tenía miedo de la hierba y la quemó, y puso piedras en su lugar. Tenía auténtico miedo del agua por ser como era. Intentó utilizarla toda enterrando las fuentes, poniendo presas en los ríos y abriendo pozos. Pero si uno bebe, ha de orinar. El agua siempre cae de nuevo. Cuando crece el desierto, también lo hace el mar. Así pues, Hombrecillo emponzoñó el Mar y todos los peces murieron.

Todo agonizaba entonces, todo el mundo estaba envenenado. Las nubes eran veneno.

El hedor de las cosas envenenadas, de las cosas muertas, de las gentes muertas, era un olor penetrante. Tanto que llegó fuera del mundo. Llegó ahí fuera y llenó el

lugar. Llenó el olfato de Hombretón, quien dijo:

—¡Ese mundo no es más que corrupción! —Tras decir esto, dio media vuelta y se alejó más afuera, a una gran distancia.

Cuando se hubo retirado quedó un espacio libre. Un buitre surgió de ese espacio vacío. Una mosca salió de él. Un coyote apareció de él, olisqueando. Todos los comedores de muerte olfatearon tanta muerte y tanto hedor. ¡Aaah! Empezaron a entrar a hurtadillas dentro del mundo, por la noche. El cóndor y el buitre y el cuervo y el coyote y el perro y las larvas de mosca y las moscas azules y los gusanos y las cresas se introdujeron a hurtadillas, avanzando cautelosamente para dar cuenta de los muertos. Se llevaban a la boca la carne muerta y la devoraban, convirtiéndola en alimento.

Entre esas gentes había también algunos seres humanos. Tal vez se tratase de hombres que habían permanecido ocultos allí todo el tiempo. Habían perdido aquella guerra y estaban débiles, hambrientos, sucios. Era gente de poca valía. En todo caso debían de haber nacido de mujeres, y algunos de ellos eran mujeres. Estaban tan hambrientos que no les daba reparo comer carroña con el buitre y excrementos con los perros. No tenían miedo, pues estaban demasiado degradados, demasiado abatidos. En cambio tenían frío. Tenían hambre y frío. Por eso construyeron casas de guijarros y huesos. Dentro de esas casas hicieron fuegos con huesos y pidieron a los coyotes que les ayudaran. Les pidieron ayuda.

Y acudió la Coyote. Por donde ella pasaba crecía la maleza. Ella excavó cañadas, ella levantó montañas. Bajo las alas del buitre creció el bosque. Donde se arrastraba el gusano por el barro, manó la fuente. Las cosas salieron adelante y las gentes salieron adelante. Sólo Hombrecillo no lo hizo. Había muerto. Había muerto de miedo.

UNA NOTA SOBRE LA GENTE DE LA CABEZA VUELTA HACIA ATRÁS

La aparición más terrible del valle era un ser humano con la cabeza vuelta del revés. Los relatos de fantasmas estaban plagados de seres con la cabeza vuelta hacia atrás. En los cuentos populares, estos seres acechaban en los alrededores de las zonas envenenadas y al borde de las aguas contaminadas. La visión imaginada de uno de estos seres hacía salir chillando de entre los árboles a los niños; y no sin razón, ya que el más temible de todos los Payasos Blancos del Sol era un Cuello Torcido silencioso, de una estatura y delgadez inhumanas, que caminaba hacia atrás mirando por dónde iba. En los dramas formales, el mero gesto de un personaje que mirara de pronto por encima del hombro era un mal presagio. Los búhos eran respetados por su supuesta habilidad para vencer la ominosa influencia de la gente de la cabeza vuelta hacia atrás, debido probablemente a que esos animales poseen esa misma capacidad para volver la cabeza ciento ochenta grados.

Estas figuras tradicionales y esas supersticiones parecen haber sido una interpretación literal de una imagen metafórica.



Montaña del Alma

En la región del valle del Na, en especial en el sur y el este, se habían producido recientemente algunos acontecimientos de gran magnitud a escala geológica: terremotos y movimientos tectónicos a lo largo de líneas de fallas, grandes hundimientos y elevaciones locales, todo lo cual, entre otros efectos, había convertido la mayor parte de lo que conocemos como Gran valle de California en un Mar poco profundo, o marismas saladas, y había prolongado el golfo de California hasta tierras adentro de Arizona y Nevada. Con todo, estos cambios no habían borrado ni oscurecido los efectos de las acciones humanas anteriores, los rastros de la civilización.

La gente del valle no concebía que todos aquellos actos que podían observar y percibir en el mundo que les rodeaba —la desolación permanente de vastas regiones debido a la emisión de sustancias radiactivas o venenosas, las taras genéticas permanentes que padecían de un modo más directo en forma de esterilidades, los niños nacidos muertos y las enfermedades congénitas— no hubieran sido deliberados. En su opinión, los seres humanos no hacían las cosas por casualidad. Las personas podían sufrir accidentes, pero eran responsables de sus actos. Así pues, lo que aquellos seres humanos habían hecho con el mundo debía ser considerado como actos de maldad deliberados y conscientes, guiados por la codicia, el miedo y la incomprensión. Sus autores eran gente que tenía la cabeza mal puesta.

Principios

CUATRO PRINCIPIOS

Recogidos según los contó Tonelero, del Adobe Rojo de Ounmalin

¿Cómo pudo empezar todo una vez solamente? No parece lógico. Las cosas debieron de terminar y empezar de nuevo, para que todo pudiera continuar, igual que la gente vive y muere, toda la gente, también las estrellas.

Mi tío nos contó en el heyimas que son cuatro las veces que el mundo ha terminado, que nosotros sepamos. No lo sabemos muy bien porque ésas son cosas difíciles de conocer.

La primera vez, según dijo mi tío, no había gente humana aquí. Sólo crecían las plantas, los peces y las gentes de cuatro, seis u ocho patas, las que caminan y las que se arrastran. En esa ocasión cayó fuego del cielo, meteoritos, de gran tamaño y en gran número, y produjeron incendios en todo el mundo. El aire era malo y el humo tan denso que la luz del sol no lograba atravesarlo. Casi todo el mundo murió. Después hizo un frío muy intenso durante muchísimo tiempo, pero las gentes que quedaron aprendieron a vivir en el frío. Y la gente de dos patas apareció entonces en el mundo, bajo el frío, cuando los valles estaban cubiertos de hielo desde las montañas hasta el borde del mar. Las lluvias de meteoritos a finales de la estación seca, las Estrellas Fugaces del Poma, son un recuerdo de ese tiempo.

Más adelante volvió el calor y fue haciéndose cada vez más acusado, hasta que resultó excesivo. Aparecieron también muchos volcanes. Los hielos se fundieron de modo que los mares se hicieron cada vez más profundos. Las nubes surgidas del Mar descargaban unas lluvias constantes, y los ríos bajaban en una crecida permanente hasta que todo quedó cubierto por el Mar y sólo sobresalían de su superficie los picos de algunas montañas. Por todas partes aparecían tierras bajas que eran cubiertas por el agua durante la marea alta. Las fuentes quedaban entonces bajo el agua salada y casi todas las gentes de la tierra firme murieron. Sólo unos pocos conservaron la vida en las tierras bajas inundadas, bebiendo lluvia y comiendo crustáceos y gusanos. El arco iris es un recuerdo de ese tiempo, el puente de la gente reluciente.

Después de todo eso la tierra se secó y siguió girando durante mucho tiempo, pero sólo habían quedado dos personas de la época de las lluvias y las tierras inundadas, un hermano y una hermana de la misma casa. Yacieron en el mismo lecho y, como cabía esperar, su descendencia se fue degenerando. Estaban locos e intentaron reconstruir el mundo. Lo único que consiguieron fue ponerle fin de nuevo, haciendo que se desencadenasen, una vez más, los fenómenos que ya habían acontecido anteriormente: provocaron incendios y humos y aires nocivos, y luego llegaron de

nuevo el hielo, las nubes y el frío, y todo el mundo empezó a morir otra vez. Así sucedió, y las gentes se extinguieron. Los lugares donde éstas no entran son el recuerdo de esos tiempos.

Cuando la situación empezó a mejorar, volvieron a aparecer las diversas gentes, pero no en gran número ya que la enfermedad se abatía sobre la Tierra. Todo el mundo enfermó y no había cántico o reunión que pudiera devolverles la salud; plantas, animales y seres humanos, todas las cosas que crecen e incluso las piedras, estaban enfermos; hasta el polvo y la tierra estaban envenenados. La luna aparecía oscura como papel quemado, y el sol apenas brillaba como lo hace hoy la luna. Fue el tiempo del frío y la oscuridad. Nada nacía bien. Por fin, en alguna parte creció algo normal, algo bello. Aquí y allá, brotaron las primeras cosas. Pronto, los seres empezaron a desarrollarse correctamente. Las aguas volvieron a manar claras en las fuentes. Las gentes empezaron a regresar, y todavía lo siguen haciendo, según dijo mi tío.

Mi tío era el portavoz del Adobe Rojo de esta ciudad, un sabio que vivió mucho tiempo en Wakwaha, aprendiendo cosas.



EL PUEBLO DEL LADRILLO ROJO

Recogido de una conversación con Dadora, del Adobe Amarillo de Chukulmas

A la gente que vivió en esta tierra hace mucho tiempo la llamamos el pueblo del Ladrillo Rojo. Ese pueblo construía paredes de ladrillo delgado, resistente y bien cocido, de color rojo oscuro. Colocados adecuadamente bajo tierra, esos ladrillos pueden durar mucho. Dos de nuestros heyimas, el de la Serpentina y el del Adobe Amarillo, están contruidos en parte sobre esos viejos ladrillos, algunos de los cuales se utilizan también como adorno en la Torre. Hay recuerdos del pueblo del Ladrillo

Rojo en la Memoria de la Central, por supuesto, pero no creo que nadie se haya interesado por ellos. Resultaría difícil encontrarles sentido. La ciudad de la Mente considera que el sentido de las cosas está en que lo escrito sea leído, en que un mensaje sea transmitido, pero nosotros no lo vemos de ese modo. En todo caso, aprender mucho sobre ese pueblo no sería sino derramar lágrimas en el océano, mientras que utilizar sus ladrillos en uno de nuestros edificios es satisfactorio para la mente.

Estoy intentando recordar todo lo que se ha comentado sobre el pueblo del Ladrillo Rojo. Esas gentes vivían en la costa y tierra adentro antes de que el agua llenara el mar Interior, y algunas de las viejas ciudades sumergidas deben de ser suyas. Me parece que no conocían la rueda. En cambio construían complejos instrumentos musicales, y sus tonadas están recogidas y guardadas en la memoria. En la ciudad hay un músico, Takulkunno, que las estudió y las utilizó para hacer música, igual que los constructores utilizaron los ladrillos.

¿Qué significa derramar lágrimas en el océano? Bueno, significa añadir algo donde no es necesario, o donde se necesita en tal medida que resulta inútil intentarlo siquiera, de modo que una sólo puede sentarse y llorar...

LA COYOTE TUVO LA CULPA

De la secuencia escrita del wakwa dramático «Las flores de la judía», de la Logia de los Cultivadores

Las Cinco Gentes preguntan: ¿De dónde venimos? ¿Cómo llegamos aquí?

El Viejo Sabio responde: ¡De la mente del Eterno! ¡Por la voluntad del Pensamiento Sagrado!

Las Cinco Gentes le arrojan judías y preguntan: ¿De dónde venimos? ¿Cómo llegamos aquí?

La Anciana Habladora responde: ¡Desde el principio de la Tierra! ¡Fuisteis llevados, os desarrollasteis y nacisteis en el esperma, en el huevo, en el vientre de todos los animales!

Las Cinco Gentes le arrojan judías y preguntan: ¿De dónde venimos? ¿Cómo llegamos aquí?

La Coyote responde: Del oeste vinisteis, del oeste, de Ingasi Altai, al otro lado del océano; llegasteis bailando, llegasteis caminando.

Las Cinco Gentes dicen: ¡Qué afortunados, haber llegado aquí, a este valle!

La Coyote dice: ¡Volved atrás, saltad de nuevo al océano! ¡Ojalá no hubiera pensado nunca en vosotros! ¡Ojalá no me hubiera puesto nunca de acuerdo con vosotros! ¡Ojalá dejarais mi tierra en paz!

Las Cinco Gentes arrojan judías a la Coyote y la ahuyentan mientras gritan: ¡Coyote! ¡Coyote se acostó con su abuelo! ¡Coyote roba gallinas! ¡Coyote

tiene garrapatas en el ojete!



El tiempo en el valle

¿Desde cuándo vive nuestro pueblo en el valle?

—Desde siempre.

La mujer parece perpleja, un tanto insegura de qué responder, pues la pregunta le extraña. Nadie preguntaría cuánto tiempo llevan los peces viviendo en el río, o cuánto tiempo llevan las hierbas creciendo en las colinas, esperando encontrar una respuesta exacta, una fecha, un número concreto de años...

O quizá sí. Quizá yo sí. Y no sería del todo ilógico. Después de todo, los peces sólo llevan viviendo en los ríos desde que su especie, en el curso establecido de la evolución, apareció en el mundo. Y muchas de las plantas que ahora crecen en las colinas sólo vienen haciéndolo desde el año del Señor de 1759, cuando los españoles empezaron a sembrar su avena loca en tierras de California.

Y a la mujer del valle no le resulta del todo extraña esa curiosidad, esa posibilidad de preguntar —y de responder— a preguntas como éstas. Pero la intención de la pregunta y la veracidad de la respuesta pueden parecerle relativas y nada evidentes por sí mismas. Si seguimos insistiendo en busca de fechas y épocas, la mujer puede replicar:

—Habláis de todos los principios y finales, de la fuente y el océano, pero no del río.

Las narraciones tienen un principio, un desarrollo y un final, dijo Aristóteles, y nadie ha demostrado hasta hoy que el griego estuviera equivocado; y lo que no tiene principio ni final sino que sólo es desarrollo, no es historia ni ficción. ¿Qué es, entonces?

El universo de la Europa del siglo xvii empezó hace 4400 años en el Oriente Próximo. El universo de la Norteamérica del siglo xx empezaba hace 24.000 millones de años en otro lugar con un gran estallido Y SE HIZO LA LUZ, y tendrá un final; así se desprende de ello, sea en un juicio con trompetas o en la sopa fría, oscura y tenue de la entropía. Otros tiempos y otros lugares pueden no empezar ni terminar de esta manera en absoluto; consúltese la historia universal de los hindúes si se quiere estudiar una de las visiones alternativas. Desde luego, el valle no comparte ninguno de tales principios o finales, pero no parece tener ninguno propio. Todo el valle es desarrollo.

Al menos tendrán un mito sobre la Creación, sobre los Orígenes, ¿no es así? Claro que sí. Claro que lo tienen.

—¿Cómo llegó la gente humana a instalarse en el valle?

—¡Ah, Coyote! —exclama la mujer.

Estamos sentadas ahora entre el maíz, a la sombra de los robles perennes en la

pequeña cuesta al otro lado del arroyo, justo por encima del eje de Sinshan. La ciudad desarrolla su actividad a nuestra derecha. No lo hace con esfuerzos agotadores. De vez en cuando una puerta se cierra, un martillo descarga un golpe o se escucha una voz, pero todo está muy tranquilo bajo el sol estival. A nuestra izquierda, en la arboleda y en los prados donde se alzan los cinco tejados de los heyimas, no se aprecia ningún movimiento salvo el del halcón de Sinshan que vuela en lo alto emitiendo su melancólica llamada, ¡kii-ir! ¡kii-ir!

La mujer inicia su explicación.

—Vagaba la Coyote de un lado a otro cuando vio una cosa que surgía del agua, de las aguas marinas, más allá de la punta de Hidai. «No había visto nunca nada parecido; no me gusta», pensó la Coyote, y empezó a arrojar piedras a la cosa tratando de hundirla antes de que alcanzara la orilla. Pero la cosa continuó aproximándose desde el oeste, surcando las aguas que refulgían bajo el sol. La Coyote no cesó de coger piedras y terrones de tierra y de arrojarlos mientras aullaba, «¡Vete! ¡Vuelve atrás!». Pero la cosa llegó hasta el borde del agua, justo al otro lado de las olas rompientes. La Coyote pudo observar entonces que era gente, gente humana, que se cogía de la mano y bailaba encima del agua. Estaban caminando y bailando en la superficie de las aguas, como los insectos tejedores, y cantaba, «¡Eh! ¡Allá vamos!». La Coyote continuó arrojándoles piedras y terrones, y aquellos humanos agarraron lo que ella les lanzaba y lo engulleron, y continuaron cantando. Luego empezaron a hundirse y rompieron la superficie del agua bajo sus pies, pero para entonces ya habían dejado atrás las rompientes y la barra de arena y estaban en las Bocas del Na, donde las aguas son poco profundas, y continuaron su avance vadeando los canales. Eran cinco los que vadearon los canales de las bocas del Na. La Coyote tuvo miedo. Se sentía furiosa y huyó a la cordillera del noreste produciendo a su paso incendios forestales. Ascendió la falda de la montaña hasta el lago Claro e hizo que uno de los volcanes de la zona entrara en erupción hasta dejar el aire negro de cenizas. Después bajó a la cordillera del suroeste provocando nuevos incendios y luego regresó corriendo con la cola en llamas. En mitad del valle, en las Tierras Llanas de Te, se encontró con los humanos que venían remontando la corriente. Los humanos avanzaban ahora a pie por el cauce del río. Delante de ellos había una barrera de fuego, humo y cenizas, de calor y oscuridad, acompañada de un viento terrible lleno de ascuas y gases. Todo estaba ardiendo, pero ellos seguían avanzando por el cauce del río, entre las aguas, corriente arriba, lentamente. Venían cantando:

¡Eh, Coyote, aquí estamos!

Tú nos llamaste, tú nos cantaste.

¡Coyote, aquí estamos!

»Entonces se dijo la Coyote: “No tiene objeto discutir con esa gente. Yo les di a comer tierra y piedras y ahora pertenecen a este lugar. Su siguiente paso será salir del

agua a la tierra seca. Me voy de aquí”. La Coyote bajo la cola y se retiró a la cordillera del suroeste, a la cañada del arroyo del oso, hasta llegar a la montaña de Sinshan. Allí es donde fue.

»Cuando los incendios se hubieron apagado, la gente humana salió del no. Durante mucho tiempo los hombres vivieron de las rocas, las cenizas, el polvo, los huesos y el carbón. Luego el bosque empezó a crecer de nuevo y los hombres se dedicaron a recolectar y plantar, y volvieron los animales y comenzaron a vivir todos juntos. Y así fue cómo llegó aquí la gente humana. La Coyote fue la responsable.

A nuestra izquierda, tras las cumbres del lugar sagrado, se alza la montaña de Sinshan, alta, enorme y serena. Los rayos del sol de la tarde marcan en su flanco un profundo pliegue en sombras.

No le preguntemos a Espino si cree de verdad en ese relato. No estoy segura de qué significa la palabra *creer* en su idioma, ni tampoco en el mío. Es preferible limitarse a darle las gracias por haberlo contado.

—Ésta es una narración de la Serpentina —dice ahora—, y así la cuentan en el heyimas. La gente del Adobe Azul también tiene una canción que la recoge, y que entonan cuando vuelven del Viaje de la Sal corriente arriba. También hay otra buena narración del Adobe. Habla de los hombres que llovían de los volcanes. Podéis pedirle a Ciruela Roja que os la cuente.

Así lo hacemos. Tardamos un rato en dar con Ciruela Roja, que no está en sus aposentos de la Casa de los Cinco Fogones.

—Creo que la abuela está en el heyimas —dice su nieta. Utiliza como nosotros el verbo *creer* en un sentido que expresa incertidumbre o deseo de ser imprecisa. Sugiere que volvamos avanzada la tarde.

Cuando lo hacemos, la anciana está en el balcón, desenvainando alubias.

—Anoche me emborraché —dice con un centelleo en los ojos y una sonrisa trémula y reservada de satisfacción, no compartida con nosotros. Es menuda, rechoncha, sin apenas arrugas, formidable. Cuando llega el momento de pedirle que nos cuente el relato, tampoco parece dispuesta a compartirlo—. No querréis oír esa vieja historia...

—Sí, de verdad que sí.

No hay duda de que está disgustada. Esperaba más de nosotras.

—Cualquiera puede contarla —asegura. Pone el énfasis en la palabra *contarla*, en el sentido de «repetir», «recitar».

Espino, zanquilarga y bonachona, se siente siempre responsable de nosotras, y dice en un tono entre respetuoso y humorístico:

—Pero ellas quieren oír cómo lo cuentas tú, Ciruela Roja.

En este caso, *cuentas* tiene el sentido de «decir», «narrar», con un matiz de «realizar» o «inventar». Sin embargo, el énfasis de Espino está en el «tú».

¿Es entonces una leyenda lo que vamos a escuchar en boca de Ciruela Roja, un cuento, una invención suya, o una combinación de esas posibilidades? No hay modo

de saberlo con seguridad. Evidentemente la anciana es muy vanidosa y quizás Espino sólo esté adulándola, pero si la historia es realmente de su cosecha, inventada o recibida de otros, entonces estamos pidiendo que nos conceda un favor considerable. Incómodas, sacamos la grabadora y le aseguramos que no la utilizaremos sin su permiso. Pero tan pronto como la ve, su comportamiento cambia.

—Oh, tengo una jaqueca terrible —dice—. No puedo hablar en voz alta, me duele la cabeza. Tendréis que poner esa máquina muy cerca. Hace mucho que no me emborrachaba tanto. Cepa dice que cantaba tan alto que podía oírme desde la superficie. Supongo que por eso estoy ahora afónica. ¿Está funcionando ya? El relato habla de la gente que salió de la montaña cuando ésta entró en erupción. ¿Habéis visto la pared de mosaico de Chukulmas, el gran cuadro de la casa que llaman del Volcán? Allí se muestra el aspecto de la montaña cuando entra en erupción.

—Pero ésa no es la erupción que tú dices —interrumpe el hijastro de Ciruela Roja—. Ese dibujo es el de la erupción de hace cien años, o cuatrocientos...

Probablemente el hombre interviene en consideración a nosotras, pensando que los extranjeros quizás estén confusos, pero la interrupción ha molestado a la anciana.

—¡Pues claro que no es la erupción de mi relato! ¿Qué pretendes confundiendo así las cosas? ¡Vaya tontería! Quizás estas personas de fuera del valle hayan visto algún volcán en erupción y sepan qué aspecto tiene, pero nadie de los que viven por aquí ha visto ninguno en esta región, y yo llevo más años aquí que cualquiera de vosotros. Pues bien, hay un dibujo en Chukulmas, si queréis ir allí para verlo. Es una obra muy espectacular. Emplearon cristal rojo para el fuego. Así pues, había una vez, había un lugar, un tiempo y un lugar, en las Cuatro Casas, heya, heya

heya, heya

heya, heya

heya, heya, no había un tiempo, no había un lugar. Todo estaba vacío, el vacío lo era todo. No había nada, ninguna cosa, ninguna. Vacío, sin luz ni oscuridad, nada que se moviera, nada que pensara. No había formas ni direcciones. El Mar se confundía con el sueño, la muerte y la eternidad eran lo mismo, uniforme, sin movimiento, las aguas se mezclaban con la arena de las playas y con el aire de modo que no había bordes, superficies o interiores. Todo estaba en medio de todo, y la nada lo era todo. No corría ningún río. En el mar, el aire y la tierra, las almas mortales estaban mezcladas, confundidas y aburridas, aburridas de que no hubiera cambios, ni movimientos, ni pensamientos. Estaban aburridas todo aquel tiempo inmensurable, aquel no tiempo, no ser y no lugar; aburridas e inquietas. Y se movieron, se movieron con inquietud, cambiaron, aquellos granos de arena, motas de polvo, motas de alma, cenizas. Empezaron a frotarse un poco, girando, cayendo un poco, bailando un poco, haciendo un poco de ruido, muy leve, menos que cuando una se frota el índice y el pulgar, menos, menos que eso, pero escucharon el ligero sonido que producían al rozarse, y lo hicieron más fuerte. Aquello, el ruido, fue lo primero que hubo. Y esas almas mortales hicieron esa música. Hicieron las ondas, los intervalos, los tonos; el

ritmo, el compás, el tiempo. El canto de la arena, el canto del polvo, el canto de las cenizas; así se inició nuestra música. Eso es la música. Eso es lo que todavía canta el mundo si uno sabe escuchar, según dicen, si uno sabe oírlo. Nuestra música empieza pues con el canto del polvo, y nuestros músicos tocan esa nota al iniciar la música y al terminarla, y también es ésa la nota que se oye antes de tocar el tambor. Pero a pesar del sonido, seguía existiendo la inquietud y el deseo. Así, la música aumentó de volumen y se movió, cambió. El tono cambió para hacer tonadas y acordes, el compás empezó a cambiar sobre sí mismo de modo que las cosas empezaron a edificarse desde la música: los cristales, gotas y otras formas y contornos. Las cosas empezaron a separarse y hacerse ellas mismas; aparecieron bordes y uniones; hubo interiores y exteriores; surgieron ejes y separaciones. Hubo cosas y espacios entre las cosas, y el Mar con olas y rompientes, y las nubes moviéndose con el viento y con el aire, y las montañas y valles en la tierra, y las formas de las rocas y los tipos de tierra aparecieron, surgieron a la existencia. Y pese a todos, las almas de la arena y del polvo seguían inquietas, unas más que otras. El alma coyote estaba en algunos de esos granos de arena, de esas motas de polvo. El alma coyote quería más tipos de música, acordes con más voces, disonancias, ritmos extravagantes, más animación. El alma coyote empezó a moverse y a cambiar. Dejó que la arena y el polvo siguieran donde estaban y se hizo a sí misma surgiendo del todo, surgiendo de lo confuso, de todas las playas, llanuras y desiertos. Al hacerlo, al hacerse a sí misma, dejó tras sí huecos, agujeros en el mundo, espacios vacíos. Al desprenderse hizo la oscuridad. Y surgió la luz para llenar los agujeros: las estrellas, el sol, la luna y los planetas cobraron vida. Y se hizo el resplandor. Nació el fulgor. Donde la Coyote había separado las cosas, surgieron los arco iris para ser los puentes sobre los vacíos. Y por esos puentes llegó caminando el pueblo de las Cuatro Casas. Llegó brillando y se internó a pie en el mundo de la tierra y se encontró con la Coyote, que esperaba con la cola baja y la cabeza gacha, temblando y mirando alrededor. Sonaba ahora un gran estruendo de músicas, quizá demasiadas, y todo se estremecía, temblaba y se agitaba en un continuo terremoto donde la Coyote se había soltado dejando vacíos y oscuridad. «¡Eh, Coyote!», dijo el pueblo de las Cuatro Casas desde los arco iris, mirando hacia abajo y llamándola. Pero la Coyote no sabía cómo responder. No sabía hablar, pues en el mundo de la tierra nadie había hablado nunca. No había palabras, sólo música. Y entonces la Coyote cantó la música del coyote. Alzó la cabeza al aire hacia la gente de las Cuatro Casas y aulló. La gente de los arco iris se echó a reír. «Está bien, Coyote, vamos a enseñarte a hablar», dijeron, e intentaron hacerlo. Uno de ellos pronunció una palabra y ésta voló de su boca, un búho; la siguiente fue grajo, y la siguiente fue codorniz y la siguiente halcón. Otro de ellos dijo: «puma». Otro dijo: «ciervo». Otro dijo una palabra que salió en un gran salto, y fue liebre, y la palabra siguiente también surgió saltando, y fue conejo. Otro de ellos dijo: «robles». También citaron el aliso, el madroño y el pino. Mencionaron la avena loca y las vides. Dijeron: «osos» y «tejedores» y «cóndor» y «piojos», y sus palabras fueron

todas las criaturas de la Tierra. Dijeron: «hierba», y dijeron: «libélula». La Coyote intentó aprenderlas mientras las decían, pero no lo consiguió; sólo podía aullar. Aunque colocaba la boca adecuadamente, no salía de ella más que su canción de aullidos. La gente del cielo se burló, y también las gentes de la tierra. La Coyote se sintió avergonzada, bajó la cabeza y huyó a la montaña. Nosotros decimos que huyó a Ama Kulkun porque tal es nuestro relato, pero debéis entender que bien pudo hacerlo a Kulkun Eraian o a otra montaña de la que nada sabemos, una montaña de ese tiempo y ese lugar, es decir, una montaña de las Cuatro Casas, La Coyote huyó a la montaña de la Octava Casa, de la tierra virgen. Avergonzada y colérica, se introdujo en el seno de la montaña. Ésta era su heyimas. Era el heyimas, la casa sagrada de la tierra virgen. Y en su interior, a oscuras, engulló su cólera y tragó su vergüenza, comió el fuego de la tierra y bebió en las fuentes de azufre hirviente. Allí, a solas con su voluntad, la Coyote penetró en sí misma, muy adentro, e hizo en la oscuridad al coyote macho. Allí, en su vientre, lo concibió. Allí, en la montaña, lo dio a luz. Y mientras nacía, mientras salía, él gritó: «¡Coyote habla! ¡Coyote está diciendo estas palabras!». Cuando el coyote macho hubo nacido, ella le alimentó con su leche y, cuando hubo crecido, ambos salieron de la montaña a las laderas y al chaparral, y se aparearon. Las otras criaturas les contemplaron mientras lo hacían y también ellas empezaron a aparearse. Ese día fue una gran festividad. Ese día fue la primera Danza de la Luna, y se bailó por toda la Tierra. Pero dentro de la montaña, en el heyimas de la tierra virgen, allí donde la Coyote había comido el interior, quedó un hueco; había una cueva, un vacío grande y oscuro, que se llenó de gente, de gente humana, una multitud apretada que llenaba el hueco. ¿De dónde surgió? Quizá de la placenta de la Coyote, quizá de sus excrementos, o quizá la Coyote intentó hablar allí, dentro de la montaña, y mencionó a esa gente. Nadie lo sabe. Allí estaban todos esos seres humanos, apretados en la oscuridad, y así empezó a hablar la montaña. Y habló. Y dijo: «fuego», «lava», «vapor», «gas», «ceniza». Y entró en erupción, y junto a las nubes de ceniza y la piedra pómez en llamas que escupía, también proyectó por los aires a las criaturas humanas. Y volaron y llovieron sobre todos los bosques, colinas y valles del mundo. Al principio provocaron numerosos incendios, pero cuando se enfriaron fueron instalándose en los lugares donde se habían posado y empezaron a vivir allí, construyendo casas y heyimas, y a relacionarse con las otras gentes. Nosotros decimos que caímos más cerca de la montaña, que no volamos muy lejos y no nos golpeamos con tanta fuerza, y por eso fuimos más listos que las otras gentes que viven en otros lugares. Éstos quedaron privados de sentido por el golpe. Fuera como fuese, así es cómo estamos aquí nosotros, los hijos de la Coyote y la montaña; nosotros somos sus excrementos y sus palabras, según dicen, y así empezaron las cosas, según dicen. Heya, hey, heya.

heya, heya.

Si acudiéramos a otro pueblo, o a otro heyimas, o a otro narrador de historias, sin duda podríamos escuchar otras leyendas sobre el Origen. Pero demos ahora las

gracias a Ciruela Roja (que vuelve a mostrar su reservada sonrisa) y ascendamos por el valle unos veinticinco kilómetros hasta Wakwaha, Lugar Santo de la montaña, donde están los ordenadores.

Los «ciclos» de cincuenta años y los «giros» de cuatrocientos cincuenta, de los que hay referencias en varios documentos y que son utilizados por los archiveros como método de datación, parecen tener poco significado en la vida cotidiana. Casi todas las personas saben en qué año del ciclo viven y tales cifras son útiles para seguir la evolución de la cosecha de vino, recordar los aniversarios, saber la antigüedad de un edificio o de un huerto, etcétera, igual que hacemos nosotros. En cambio, no están investidas de un carácter propio, como sucede con nuestros años y ciclos (1984, los años veinte, el siglo XIII, etcétera), ni celebran tampoco festividades como Nochevieja y Año Nuevo. De hecho existe cierta confusión respecto al día en que empieza el año. Formalmente es el decimocuarto después del solsticio de invierno (el día cuarenta y uno en año bisiesto, cada cinco), pero en la Logia de los Cultivadores se entiende que el año nuevo se inicia en el equinoccio de primavera, y popularmente, tal como queda reflejado en la poesía, el año comienza cuando empieza a crecer la nueva hierba y las colinas se cubren de verde, entre noviembre y diciembre. Las personas rara vez saben en qué día del año viven (los días se cuentan directamente del 1 al 365), a menos que se ocupen de alguna actividad ritual que sea contada en días, y casi siempre se cuentan desde la última luna llena o hasta la siguiente. Las grandes festividades están determinadas por los calendarios solar y lunar. Todas las demás actividades, reuniones de consejos, Logia, artes, etcétera, se disponen habitualmente llegando a acuerdos para reunirse dentro de cuatro días, o bien cinco o nueve días después de la siguiente luna llena, o cuando alguien solicite una reunión. Sea como fuere, los años, ciclos de años y ciclos de ciclos existen, y tomándolos como base seguramente podremos empezar a situar el valle en la historia, aquí en la Central.

La única persona que usa la Central en este momento es Cosecha, un hombre de unos sesenta años cuya pasión de toda la vida ha sido la recuperación de datos referentes a ciertas actuaciones de los seres humanos en el valle del Na. ¡Al fin hemos encontrado a una persona con mentalidad de historiador y podremos llegar a alguna parte! Pero hay problemas. Cosecha comparte de buen grado con nosotros los programas que ha elaborado para la obtención de datos —cantidades abrumadoras de datos— e incluso nos ayudará a conseguir papel si queremos tenerlo todo por escrito para poder llevárnoslo a casa. Sin embargo, el tratamiento que hace del material no es riguroso. Su criterio para ordenar la información que obtiene ni siquiera es cronológico. Para él, según parece, la cronología es una disposición de los acontecimientos fundamentalmente artificial, casi arbitraria. Es como un alfabeto, en contraposición con una frase.

¿Contendrán los Bancos de Memoria algún tipo de orden cronológico?

Efectivamente, éste es uno de los sistemas de clasificación de datos. Pero son

tantos los sistemas, todos ellos con referencias cruzadas, que a menos que el operador conozca el modo de limitar con gran astucia su programa, cualquier petición de datos en orden cronológico, incluso de fenómenos culturales de poca importancia —la etimología de la palabra *ganais*, pongamos por caso, o los métodos de lixiviación del tanino a partir de la bellota— puede producir varios cientos de páginas de letra impresa, casi en su totalidad estadísticas. ¿Dónde está la información entre todos esos datos? Cosecha ha dedicado su vida a tratar de descubrirlo.

Su objeto de estudio es la arquitectura doméstica y es miembro del Arte de la Madera. No parece haberse entregado a la construcción. Su interés es puramente intelectual, casi abstracto, una fascinación por el significado formal y la presencia de ciertos elementos y proporciones arquitectónicos. Eso es lo que busca a través de los miles de años de datos acumulados, de los billones y billones de bits de la Memoria.

Cosecha lleva a la pantalla un hermoso plano de una casa, realizado por ordenador. La pantalla no presenta puntos de luz sobre un fondo verde, sino caracteres de un negro nítido sobre un fondo blanco mate, como una página impresa de excepcional calidad y su tamaño es de un metro cuadrado; si tuviera interés la presentación en colores, la pantalla los ofrecería. La imagen gira hasta que Cosecha encuentra el ángulo deseado. Cosecha espera que apreciemos una determinada proporción, el esbozo matemático de determinado edificio que él adora como la estructura ideal. Nos haría falta una mayor formación para apreciar tales sutilezas, pero advertimos que la casa es hermosa y le llena de satisfacción que se lo digamos. Añadimos también que es muy diferente de todas las casas que hemos visto en el valle. Luego le preguntamos:

—¿Cuándo se construyó esa casa?

—¡Oh, hace mucho tiempo! —nos contesta.

—¿Quinientos años?

—Creo que mucho más, aunque no tengo registros de la duración temporal... —El hombre se sonroja, tomando nuestra decepción por una crítica a su trabajo. Cosecha cree que estamos pensando, «¡como un hombre!».-Tendré que reprogramar las órdenes para obtener esa información. No pensaba...

Cosecha no pensaba que la fecha tuviera interés alguno. Le alentamos lo mejor que sabemos, y él añade:

—Aquí está. Creo que he situado ese plano cronológicamente —y con la esperanza de ganarnos nuevamente, presenta en la pantalla otra serie de planos y alzadas; aparece ahora otro delicioso templete—. Es un heyimas por encima del suelo —explica—. Fue erigido en... veamos... sí, aquí —y en la pantalla se suceden bloques de cifras que destellan a más velocidad de la que unos ojos no habituados pueden seguir—. Hace dos mil seiscientos dos años, en Rekwit, creo. Me refiero al lugar donde hoy está Rekwit, naturalmente.

—Pero Rekwit no está en el valle...

—No. Está al otro lado del mar Interior, en alguna parte. —La geografía tampoco

le interesa—. Y aquí hay algo muy parecido que me ha presentado la memoria. —Es otro templo o casa—. Está en un lugar llamado Bab, en el antiguo continente meridional. A ver..., éste data de hace unos cuatrocientos años, dos mil doscientos años posterior al de Rewkit. ¿Apreciáis esa misma proporción tres a dos?

Se ha distraído de nuevo y tenemos que dejarle divagar sobre su tema favorito durante un rato; su satisfacción y su orgullo por habernos proporcionado lo que buscábamos, una fecha, resultan contagiosos.

Finalmente, puedo volver también yo a mi tema favorito y le pregunto con tiento:

—¿Cómo se podrían obtener datos de la vida primitiva aquí, en el valle?

Cosecha se frota la barbilla.

—Bueno, creo que en los tiempos de la vida primitiva no existía el valle del Na. El continente no estaba aquí...

Una y otra vez topamos con ese sustrato roqueño de la mente del valle, el «conocimiento común» de sus gentes, lo que quizá constituye su auténtica mitología: el saber popular tradicional, incuestionado y no razonado (aunque cuestionable y razonable): los perfiles generales de lo que nosotros llamaríamos geología histórica, incluyendo la tectónica de placas, de la teoría evolucionista, de la astronomía (sin apoyo de telescopio alguno capaz de enfocar los planetas exteriores) y de ciertos elementos de la física clásica, junto a elementos de otra física desconocida para nosotros.

Tras unas cuantas explicaciones y mutuas sonrisas, concretamos que he pretendido referirme a la vida *humana* primitiva. Pero esta combinación de palabras no parece tener mucho significado para Cosecha, ni tampoco para el ordenador. Al requerir su colaboración para obtener información sobre la vida humana primitiva en el valle del Na, la Central responde, tras un breve diálogo consigo misma, que no existe tal información.

Pide información sobre la vida humana primitiva en otras partes.

Con esto, Cosecha y la Central empiezan a hacerse preguntas mutuamente y a obtener resultados que por fin aparecen en la pantalla (Cosecha tiene ésta en el modo gráfico, ya que nosotros desconocemos el TOK): vemos pequeños dientes rotos de homínido, huesos, mapas de África con puntos, mapas de Asia con rayas..., pero todo eso pertenece al Viejo Mundo. ¿Qué hay de éste donde nos encontramos? ¡Oh, mundo feliz que no tienes gente!

—El hombre llegó aquí por un puente de tierra —digo, obstinada—, del otro continente...

—Del oeste —me interrumpe Cosecha, asintiendo. Pero ¿estará hablando de la misma gente que yo?

¿De los que fueron recibidos por la Coyote?

Esa mitología, ese conocimiento tribal incuestionado que incluye la tectónica de placas y la bacteriología, tiene que recoger también lo que estoy buscando.

—¿Cuáles fueron los orígenes del tipo de vida que vivís aquí, en las nueve

ciudades? ¿Cuándo fue fundada Wakwaha? ¿Cuánto tiempo hace? ¿Qué gente vivía aquí antes que vosotros?

—Sólo nuestra gente... como vosotros...

—Pero con un modo de vida diferente, extranjero, como yo.

No sé traducir con más precisión a su lengua el término «cultura», y la palabra «civilización» no nos conduciría a ninguna parte, naturalmente.

—Bueno, los usos siempre cambian. Nunca permanecen igual, aunque sean muy buenos, muy acertados como esa construcción, ¿entendéis? Ya no se edifica así, pero por otro lado quizás alguien lo haga en otro tiempo, en otro lugar...

Es imposible. Cosecha no percibe el tiempo como una dimensión y mucho menos como una secuencia, sino como un paisaje en el cual uno puede ir en un número cualquiera de direcciones, o en ninguna. Nuestro interlocutor concibe el tiempo como un espacio; no es para él una flecha o un río, sino una casa, la casa en la que vive. Uno puede pasar de una habitación a otra y volver, salir afuera si gusta; lo único que ha de hacer es abrir la puerta.

Damos las gracias a Cosecha y descendemos la empinada calle-sendero-escalinata de Wakwaha y dejamos atrás el eje, las fuentes del río, hasta penetrar en el lugar de las danzas. Los cinco heyimas de Wakwaha se elevan diez y doce metros de altura sobre el suelo desde el vértice de la pirámide empinada y ornamentada que forma el tejado, cuyos cuatro lados descansan sobre la cámara subterránea pentagonal. Más allá del lugar de las danzas, en una arboleda de espléndidos madroños jóvenes, se encuentra la gran biblioteca de la Logia del Madroño de Wakwaha, de paredes bajas de adobe estucado y techo de tejas. Nos recibe la archivera.

—Si no tenéis una historia —le digo—, ¿cómo podré contarla?

—¿Es acaso una escalera el modo de subir la montaña? —replicó.

Me siento malhumorada.

—Escucha —dice la archivera; esta gente siempre insiste en lo mismo aunque lo haga muy suavemente, no como una orden sino como una invitación—, escucha, ya descubrirás o harás lo que sea necesario, si es preciso. Pero piénsalo bien; sé consciente, sé juiciosa. ¿Qué significa «historia»?

Se produce un silencio.

—¡Vosotros no sois hombres ni vivís en el Tiempo! —digo yo con amargura—. Vivís en el Tiempo del Sueño.

—Siempre —asiente la archivera de Wakwaha—. A lo largo de toda la Civilización, hemos vivido en el Tiempo del Sueño.

Y la voz de la archivera no expresa amargura sino que está llena de pesar, de amargo pesar.

Poco después, añade:

—Habla del Cóndor. Deja que Piedra Parlante te cuente su historia. Es lo más próximo a la Historia que he escuchado en mi vida, y lo más próximo a ella que habremos archivado nunca, espero.



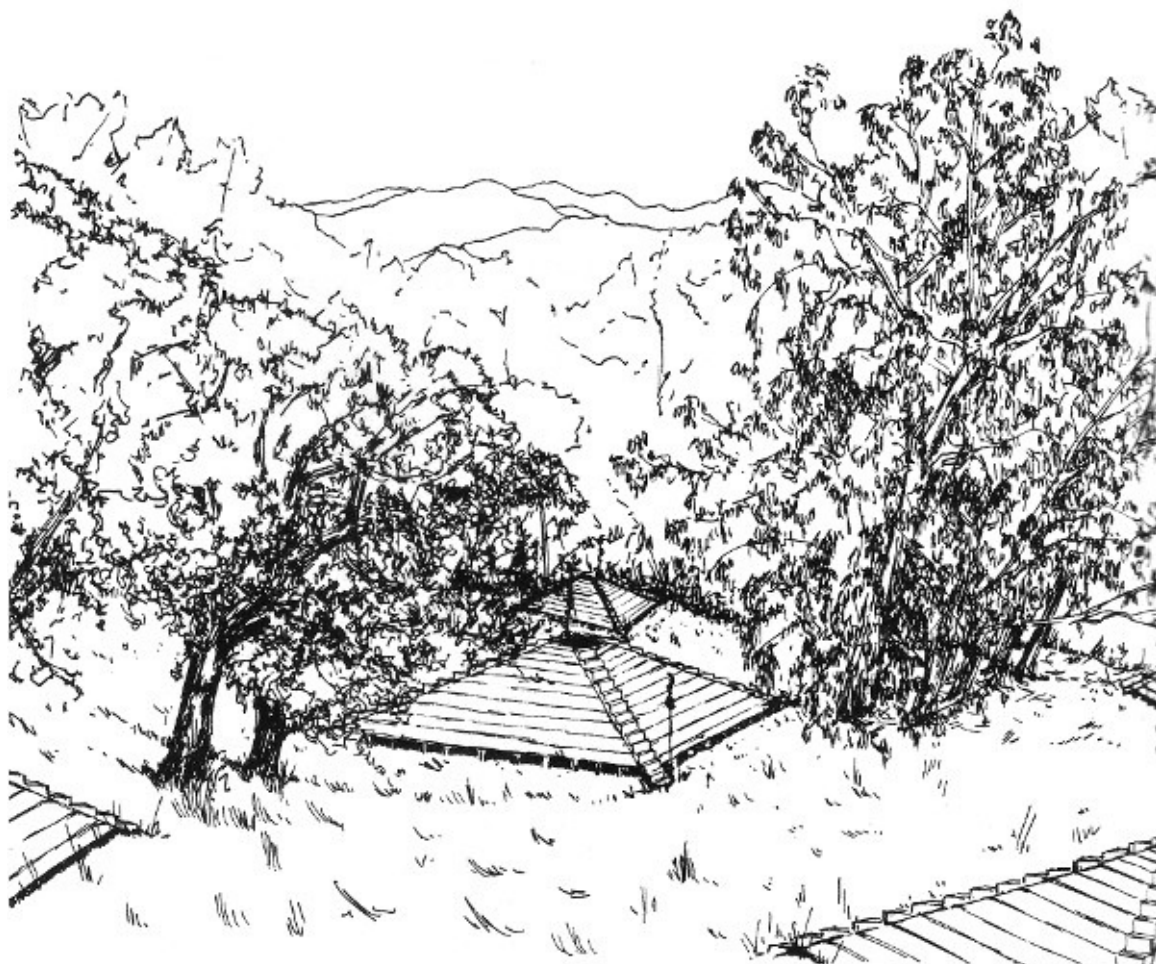
PIEDRA parlante

parte II



Desde aquel día mi madre no volvió a atender a su segundo nombre, Sauce, y dijo a la gente que la llamaran Carcachil, aunque muchos eran reacios a hacerlo. Volver a un primer nombre es ir contra la tierra, y aunque el Carcachil no es del todo un habitante del cielo pues con frecuencia está en el suelo picoteando maíz con las aves domésticas y semillas con las codornices, y aunque tampoco es del todo un ave silvestre, pues merodea por los espacios comunes de las ciudades, este pájaro proviene de las Cuatro Casas y regresa a ellas, y su nombre debe ser impuesto a alguien que haga lo mismo. Mujer Caverna y Cáscara conversaron con mi madre sobre el nombre, pero ella no cambió de idea, y su segundo nombre quedó apartado de la tierra.

Poco después de que mi padre abandonara Sinshan, oímos que todos los hombres del Cóndor habían dejado el valle cruzando las colinas por la carretera del norte. Ese día mi madre se afilió a la Logia del Cordero. Dedicó a ella mucho tiempo y aprendió sus artes y misterios y se convirtió en su matarife. Yo me mantuve al margen de todo aquello, no sólo porque era una niña, sino porque no me gustaba y sabía que a mi abuela tampoco. Según mi modo de ver las cosas, mi madre había despachado a mi padre y yo no podía perdonárselo. Desde que él me habló desde el portal pidiéndome que no le olvidara, la pasión de mi amor se había volcado sobre él. Creía no querer en absoluto a mi madre y no dejaba de pensar que mi padre regresaría a mí sobre su gran caballo a la cabeza de un destacamento de soldados y me encontraría esperándolo. La lealtad hacia él convertía mi diferencia con respecto a los demás en una virtud y proporcionaba a mi desdicha una razón y un plazo.



Los cinco heyimas de Sinshan

Bailé el Mundo ese año, el noveno de mi vida, el primero que danzaba. Bailé el Cielo con Valiente y Nuevepunta y toda la gente de mi Casa de la Tierra, y en el cielo la gente de la Lluvia, el Viento, la Nube y la Claridad bailó la Tierra con nosotros.

Desde entonces, trabajé más intensamente con Nuevepunta y también con Paciente, de la Logia del Madroño, quien leía las historias y narraciones de Sinshan y del valle a un grupo de niños como yo. Empecé a pasar más tiempo en los talleres de alfarería con Sol de Arcilla. Trabajé el pequeño terreno que utilizábamos, y cada año hice más trabajos compartidos en los campos de Sinshan. A los doce años, fui iniciada en la Logia de los Cultivadores y empecé a aprender también las canciones de la Logia de la Sangre. La abuela tenía las manos tan torpes por el reuma que ya no podía hilar ni hacer bellas labores y de ellas se encargaba ahora mi madre, pero yo no trabajé con ella. Lo que más me gustaba era la alfarería, y empecé con bastante buen pie. Cada verano salía cuatro días de Gahheya a la morada del coyote. En mi tercer recorrido, cuando iba hacia el noroeste por el lecho de un arroyo, en una cañada junto a la montaña de la Joroba, distraída y pensando en la alfarería, encontré una ribera de excelente arcilla azul en el cauce seco del torrente. Hice varios viajes para llevar cuanto me fue posible a Sol de Arcilla, que se mostró complacido al verla. Me ofrecí a mostrarle el lugar y él dijo que me convenía conservarlo en la mente para poder hacer uso del mismo. Sol de Arcilla era un hombre amable y lleno de calor, viudo con

tres niños de la Obsidiana que siempre iban sucios y llenos de barro. Me llamaba Búho de la Olla en lugar de Búho del Norte, y llama Ollas a sus hijos. No se ocupaba de gran cosa salvo de la arcilla, de modelar, vidriar y cocer. A mí me convenía aprender un oficio con un artesano auténtico. Quizá fue la mejor decisión que he tomado en mi vida. No hay nada mejor que el trabajo conjunto de la mano y la mente. Cuando la mente se utiliza sin las manos, da vueltas en círculo y puede ir demasiado aprisa; incluso hablar utilizando sólo la voz puede ser demasiado apresurado. La mano que modela la mente en arcilla o en palabras escritas la ralentiza al ritmo de las cosas y permite que quede sometida a accidentes y al tiempo. La pureza está al borde del mal, según reza el dicho.

Dos años después de que mi padre dejara el valle, llegó de Chumo mi abuelo para vivir otra vez en la casa de su esposa. Y aunque a ésta no le gustaba, nunca lo había echado; siempre se había ido él. Esta vez volvió a acogerle, en parte porque creía que él la necesitaba y en parte, creo, porque desde que ya no podía usar las manos le avergonzaba hacer cada vez menos trabajos en la casa y en la ciudad, y pensaba que el hombre podía trabajar en su lugar. En realidad, como siempre, ella hizo una considerable cantidad de trabajo, y él prácticamente nada. El abuelo pasaba el tiempo con los guerreros. Había acudido a Sinshan para ser portavoz de esa Logia y para atraer a ella a más hombres de Sinshan. Los guerreros habían venido haciendo más y más cosas, que supuestamente correspondían a los muchachos del Laurel: seguir rastros, vigilar las sierras exteriores, hacer armas, entrenarse en el uso de fusiles, participar en concursos de fuerza y resistencia, y aprender diversas modalidades de lucha. Antes de que existiera la Logia de los Guerreros, la Sociedad del Laurel de Sinshan no había sido muy pujante. Sus miembros cultivaban tabaco y lo secaban, es cierto, y acampaban en lo alto de La Vigilante y cantaban, y tenían un arcón lleno de fusiles muy antiguos que limpiaban y engrasaban, pero que no disparaban. Algunos de los hombres responsables del Laurel comentaron:

—Escuchad: hace algún tiempo nuestros muchachos solían seguir rastros por el lado exterior de las montañas y molestaban a las gentes de esos valles. Entonces esas gentes enviaron a sus muchachos aquí, y desaparecían corderos, y nadie se atrevía a salir solo, y empezamos a pensar en fumar y en hacer una guerra. Eso no ha sucedido en Sinshan desde hace cuarenta o cincuenta años. Tiempo atrás, fabricábamos armas y nos ejercitábamos en su manejo. Muy pronto, los jóvenes se enzarzaron en peleas con los muchachos de Ounmalin y Tachas Touchas, y empezaron las disputas y hubo jóvenes muertos en las carreteras y en las colinas. Esto no ha vuelto a suceder desde hace mucho tiempo. ¿Por qué queréis que vuelva a ocurrir ahora?

Los portavoces de los guerreros respondieron:

—Estad tranquilos. Dedicados a los cultivos, a la caza y al ganado. Nosotros patrullaremos las sierras. —Y añadieron—: Sólo queremos a unos pocos, a los jóvenes más valientes.

Pero aceptaban a todo aquel que solicitaba afiliarse.

Lúpulo, mi primo de Madidinou, empezó a vestir ropas sin teñir y también se hizo guerrero; su segundo nombre le vino de ello, y fue Espada. Su hermana, Pelicano, tenía mi edad y seguíamos siendo amigas. Le dije que me alegraba de que Lúpulo no hubiera tomado alguno de esos nombres de Guerrero como el de mi abuelo, Corrupción, o Cadáver, o Gusano, o el de un viejo de Madidinou que había adoptado por ultimo nombre Mierda de Perro. No obstante pensaba que Espada era bastante tonto: lo mismo hubiera dado que se pusiera Gran Pene, llegado el caso. A Pelicano no le hizo gracia. Nadie deseaba reírse nunca de los guerreros. Me respondió que Espada era un nombre poderoso y que esos nombres de los que acababa de burlarme también eran nombres poderosos. No le hice caso. Me mantuve apartada de todo aquello y no quise saber más al respecto. Como nuestra casa estaba llena de conversaciones sobre las Logias de los Guerreros y del Cordero, pasé más tiempo fuera. No acudía a las clases de Paciente con regularidad, de modo que aprendí muy poca historia y no leí casi nada. Trabajé en la alfarería con Sol de Arcilla, y en los pastizales con las ovejas, y en los campos. En esos años acompañé dos veces a los grandes rebaños a los pastos de las marismas en las Bocas del Na, donde permanecimos toda la Luna. Cuando ya tenía trece años, viajé durante el verano valle arriba con otros jóvenes, y luego fui sola a Ama Kulkun. Anduve más allá de las fuentes del Na, cruzando las Cinco Casas y las Cuatro Casas hasta la casa que no tiene paredes. Pero viajaba sin la menor conciencia de lo que hacía y sólo la bondad del puma y la piedad del halcón me permitieron continuar mi camino. En mi familia las cosas no iban muy bien, y mi gente no se ocupaba de que tuviera una educación adecuada.

Sé que a Valiente le preocupaba mi ignorancia y mi descuido, y que hablaba del asunto con Nuevepunta, pero yo desoía sus consejos y ella no tenía ánimos para discutir conmigo. También le preocupaba su hija, y a menudo se mostraba apenada y abatida. Creo que deseaba despedir a su esposo, pero pensaba que no debía hacerlo porque éste hacía parte del trabajo que ella ya no podía hacer, y porque consideraba que mi madre y yo le necesitábamos en la familia. Yo hubiera bailado en los tejados por verle marchar, pero una niña no puede decirle a su abuela que ponga las cosas del abuelo delante de la puerta.

En cuanto a Carcachil, mi madre permanecía siempre callada y apartada, como si al negarse a hablarle a mi padre hubiera dejado de hablar con todo el mundo. Yo hacía ahora casi todas las labores con el ganado, y ella se dedicaba a la Logia del Cordero. Se llevaba bastante bien con el abuelo, ya que las mujeres del Cordero eran una especie de mujeres guerreras. Celebraron varios wakwa juntos; algunas mujeres del Cordero tomaban nombres de poder: Huesos se había llamado antes Brodiea, y Pinzón adoptó como segundo nombre el de Pútrida. Todos los que realizaban el wakwa de la Purificación se llamaban, mientras bailaban, los mawasto. La palabra venía de un vocablo del Cóndor, *marastso*, ‘ejército’, que yo oía cada día que iba con mi padre al campamento en los pastos de Eucaliptos. Una vez dije algo al respecto,

pero Corrupción y Carcachil se pusieron en pie de un brinco, negaron que fuera una palabra del Cóndor y me dijeron que no podía saber nada de tales asuntos ya que no había aprendido de los guerreros ni de los corderos. Sentí una irritación inmensa al ver que rechazaban algo que yo sabía como positivamente cierto. No les perdoné aquella reacción.

Pero seguía siendo una niña y era capaz de olvidar cincuenta cosas mientras hacía otras cincuenta. Algunas de las que tenían mi misma edad eran ya adolescentes, pero yo iba lenta en eso y no lo lamentaba. Pensé en hacerme Payaso de la Sangre, pero era demasiado perezosa para iniciar la instrucción en la Logia de la Sangre. Mi amiga íntima de esos años, una muchacha de la Arcilla Azul llamada Grillo, ya había sido iniciada en la Logia de la Sangre y llevaba ropas sin teñir, pero no había recibido su segundo nombre y jugábamos y trabajábamos juntas como niñas. En los campos, con las ovejas o mientras recolectábamos, llevábamos con nosotras los juguetes y representábamos historias con ellos entre trabajo y trabajo. Sus juguetes eran una persona humana de madera con magníficas articulaciones en rodillas y codos, que podía adoptar posturas diversas y un sucio corderillo de lana muy viejo con el que dormía cuando era pequeña. Los míos eran un conejo de piel de conejo con el pelo por dentro, una vaca de madera y un coyote que había hecho yo misma con retales de piel de ante. Había intentado que se pareciera al coyote de La Vigilante que se había sentado a contemplarme la primera vez que subí sola a la montaña. No se parecía a aquel coyote ni a ningún otro, pero había en el juguete algo de heyiya. Cuando jugábamos y hacíamos hablar a los animales, nunca sabía lo que iba a decir el coyote. Imaginábamos grandes aventuras con aquellos cinco personajes. Su ciudad se llamaba Shikashan. Solía jugar con nosotras un chico llamado Alondra Voladora, del Adobe Rojo. Sus juguetes eran tres hermosos animales de secoya que su madre había tallado para él, una ardilla arborícola, una ardilla común y un ratón de campo. Grillo siempre inventaba las mejores historias para representar, pero sólo jugaba una vez a ellas y luego inventaba otras nuevas. Alondra Voladora puso tres de esas historias por escrito y las entregó como regalo a la biblioteca de sus heyimas, titulándolas «Narraciones sobre Shikashan», y nos sentimos muy orgullosas de que lo hiciera. Eran buenos tiempos aquellos.



Pino excavador

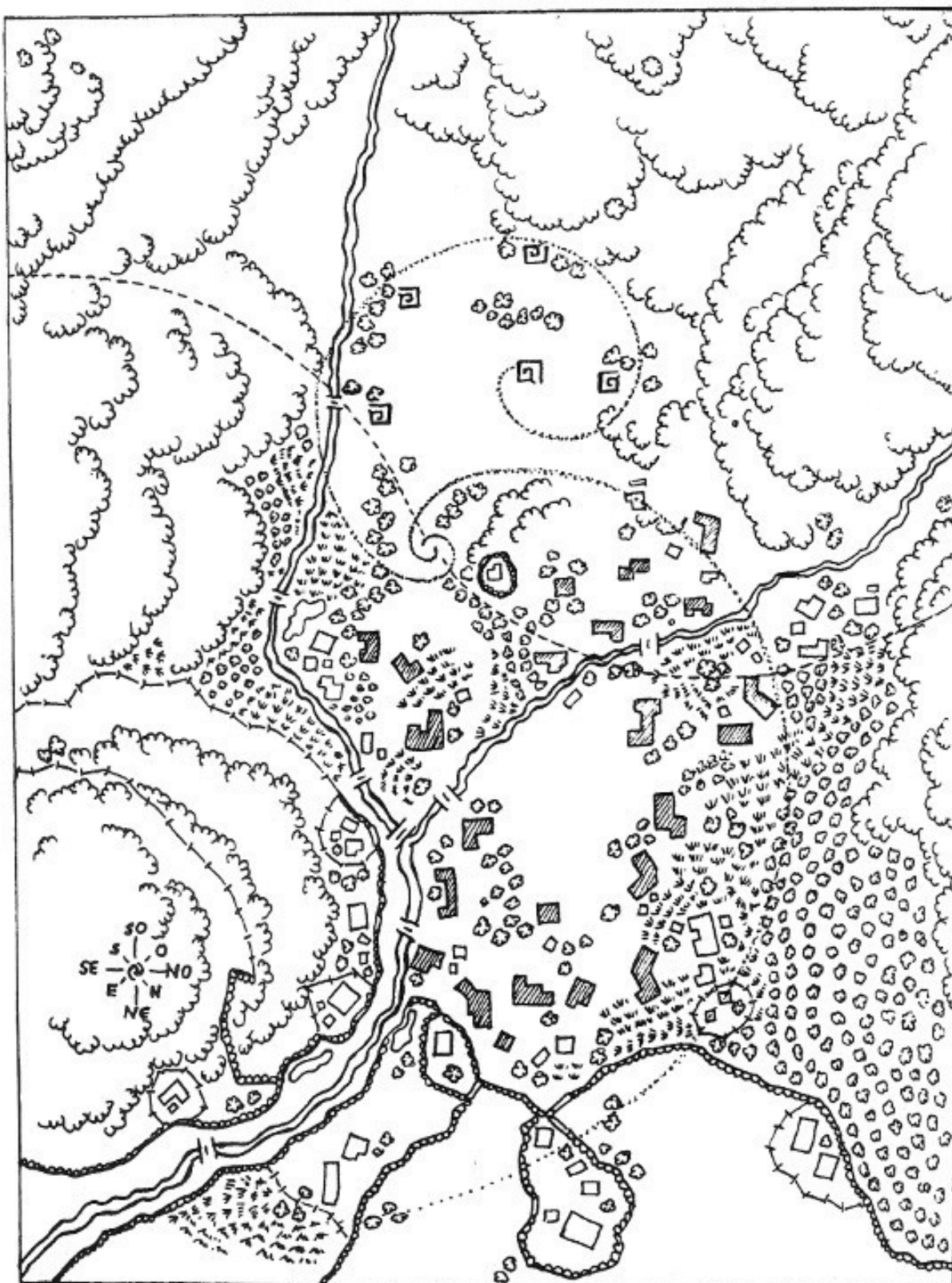
A menudo, acudía por las tardes a la roca Azul y mis primos venían de Madidinou y nos encontrábamos allí para charlar. Pero luego se pusieron por medio otra vez los guerreros. Espada dejó de entregar una flor o un guijarro a la roca y de frotarla con polen, e incluso de hablar con ella, aunque la roca Azul es el heyiya más poderoso de todos los campos de Sinshan y de Madidinou. Pelicano le decía «ruha» mientras su hermano no escuchaba, o depositaba un guijarro cerca como si sólo estuviera dejando un guijarro en el suelo. Pero cuando él explicaba sus argumentos, ella se mostraba de acuerdo con Espada y no conmigo. Espada decía que nunca había habido nada sagrado en las fuentes o en las rocas, sino únicamente en la mente-alma, en el espíritu. La roca y la fuente y el cuerpo, añadía, eran cortinas que ocultaban al espíritu la pura santidad, el auténtico poder. Yo replicaba que el heyiya no era así; era la roca, era el agua que fluía, era la persona viva. Si una no le ofrecía nada a la roca Azul, ¿qué podía darle ésta? Si una nunca le hablaba, ¿por qué razón iba a responderle? Era muy fácil apartarse de ella y decir; «Lo sagrado ha desaparecido de ti». Pero era una misma quien había cambiado, no la roca; era una misma quien rompía la tradición. Cuando exponía tales argumentos, Pelicano tendía a darme la razón, pero luego hablaba su hermano y volvía a decantarse por él. Si la roca Azul le dijo algo, Pelicano no estaba atenta. Ninguno de nosotros lo estaba.

A partir de mis trece años, Espada no acudió más a la roca Azul con su hermana. Muchos muchachos que viven en la costa salen con los cazadores o con el Laurel y levantan una cabaña donde duermen y se apartan de las muchachas, cosa que podía comprender; sin embargo, el modo de vida del guerrero en la Costa prohibía a los jóvenes incluso hablar con las adolescentes. Mi abuelo adoptivo, Nuevepunta, habló de ello con su nieto, que había tomado el nombre de Odioso, cierta vez que yo estaba cerca, y le oí decir:

—Te haces llamar Odioso pero actúas como si tu nombre fuera en realidad

Vanidoso. ¿Tanto miedo te dan las chicas que tienes que pelearte con ellas? ¿Tanto te temes a ti mismo que debes combatir con tu propio cuerpo? ¿Quién te crees que eres para demostrar tanto miedo?

Si yo hubiera sido menos testaruda y cobarde, podría haber aprendido de Nuevepunta mucho de cuanto necesitaba saber, pero mi abuelo adoptivo era un hombre muy severo y yo no quería que me reprendiera por mi pereza e ignorancia. Ahora miro atrás y veo que tenía miedo de quererle, como si hacerlo fuera traicionar a mi padre, Muertes. Pero escuché con placer lo que dijo a Odioso en esa ocasión, pues me sentía humillada por el hecho de que Espada me evitara, y odiaba a los guerreros con todo mi corazón.



La ciudad de Sinshan

Dibujado por la compiladora con la ayuda de Espino de Sinshan

REFERENCIAS	
	HEYIMAS
	VIVIENDA
	TALLER, GRANERO, LOGIA O ALMACÉN
	BOSQUES O TIERRAS NO CULTIVADAS
	ARBOLES, HUERTOS O VIÑEDOS
	SEMBRADOS O JARDINES
	VALLA DE MADERA
	MURO DE PIEDRA

El abuelo hablaba con malos modos a su esposa y a mi madre y a su nieta y a todas las mujeres, y por eso sentía por él una gran antipatía, pero por respeto a la casa y a la familia intenté no demostrarla. Mi abuela sí lo hacía, cuando perdía los estribos. En cierta ocasión, le dijo:

—Tú intentas ser como esos hombres del Cóndor. Tienen tanto miedo a las mujeres que huyen de las tuyas mil kilómetros para violar a otras que no conocen.

Pero el golpe no afectó a Corrupción, que era demasiado duro para notarlo, y en cambio sacudió a mi madre, Carcachil. Estaba conmigo en la sala de la lumbre y escuchó lo que acababa de decir Valiente. Se encogió y se tragó el dolor. Yo, en cambio, me volví llena de rabia hacia la abuela, pues entonces llevaba el Cóndor en mi corazón como bandera de la libertad, y la fuerza que mi padre me había dado durante aquel medio año que había permanecido con nosotras. Corrí al umbral entre las dos estancias y dije:

—¡Eso no es verdad! ¡Yo soy una mujer del Cóndor!

Todos se volvieron a mirarme. Esta vez el golpe les había alcanzado a todos, pero especialmente a la abuela, que me miraba desolada. Salí de la casa y de la ciudad. Ascendí la cañada de Sinshan hasta las fuentes del arroyo y me senté allí un buen rato, furiosa conmigo misma y con toda la familia, con todo Sinshan, con todo el valle. Metí las manos en el agua pero no había modo de aplacar lo que ahora sofocaba mi mente y mi corazón. Ni siquiera pude decir heya cuando apareció el guardián del manantial en forma de un pinzón posado sobre la mata de azalea silvestre junto a la fuente. Deseaba continuar caminando por las montañas, pero supe que hacerlo no serviría de nada; no pondría mis pies en las huellas del puma, en el camino del coyote, sino que recorrería el círculo de la cólera humana.

Así lo hice, vuelta tras vuelta, todo ese año.

Eso me llevó de nuevo a la fuente los días previos al Agua, para llenar una jarra de arcilla azul del heyimas con agua para los cánticos de la velada. Mientras regresaba por el camino que cruza el arroyo del Castaño Pequeño y sube luego entre los robles perennes hasta la Gran Loma, vi a mi primo Espada sentado en la ribera sobre el arroyo, con una pierna cruzada sobre la otra e intentando quitarse algo de la planta del pie.

—¡Búho del Norte! —exclamó al verme—. ¿Puedes sacarme esta maldita espina? Era la primera vez que me dirigía la palabra en dos años.

Me puse en cuclillas junto al lecho seco del arroyo, examiné la parte inferior de su talón hasta localizar la punta de la espina, y la extraje con las uñas.

—¿Qué andas haciendo por nuestro arroyo? —le dije entonces.

—Vuelvo de patrullar —respondió—. Los demás iban delante y he tenido que detenerme para sacarme esa espina. ¡Gracias!

Espada permaneció allí sentado, frotándose el pie en la parte dolorida.

—¿Dónde vas descalzo? —le pregunté.

—Bueno, se supone que debemos ir así —respondió sin darse importancia.

Hablaba como solía hacerlo cuando su nombre era Lúpulo, y me miró con ojos bondadosos—. ¿Bailarás el Agua? —preguntó. Faltaban nueve días para el Agua. Asentí y comenté—: Vendré. En Sinshan se baila el Agua mejor que en Madidinou. Y además todos mis parientes de la Arcilla Azul están aquí.

Yo no respondí, pues desconfiaba de él.

Con las ropas sin teñir, su aspecto era magnífico. El único objeto de guerrero que lucía era un gorro de lana de cabra negra, puntiagudo como los cascos del Cóndor, pero había aplastado el extremo y lo había echado hacia atrás sobre la cabeza.

Sobre la montaña de Sinshan el aire tenía un color rosado, como el de una sandía sin madurar; y en la avena loca de la Gran Loma se reflejaba. Las madias estaban en flor, con su aroma penetrante. Corté una hoja de poleo del lecho de la cañada y la coloqué sobre la gota de sangre de la piel, dura y oscura, del talón de Espada, en el lugar del que había extraído la espina.

—Tengo que llevar esto al heyimas y luego ir a la Obsidiana —dije finalmente. Quería que él supiera que frecuentaba la Logia de la Sangre para instruirme, y también quería marcharme enseguida porque me sentía muy confusa al oírle hablarme como unos años atrás; pero por otro lado no deseaba marcharme.

Esta vez tardó un poco en responder, pero cuando lo hizo sus palabras estuvieron llenas de ternura y consideración.

—¿Cuándo te vestirás con estas ropas? —preguntó, y le respondí que después del Agua, en la siguiente luna llena—. Vendré a verte —añadió—. Acudiré al Porche Elevado para la fiesta.

Me sonrió, y por primera vez recordé que se celebraría una fiesta con motivo de mi entrada en la Logia de la Sangre, una fiesta en la que luciría las nuevas ropas que correspondían a mi nuevo estilo de vida.

—Haremos un montón de pasteles de setas para entonces —dije.

Cierta vez, cuando éramos niños, en una fiesta del Sol en Madidinou, mi primo se había zampado toda una bandeja de pasteles de setas antes de que nadie pudiera probarlos, y durante años le habían hecho bromas al respecto.

—Muy bien —respondió—, me los comeré. ¡Oh, Búho del Norte! ¿Quién serás entonces?

—La misma que ahora o casi —respondí.

—¿Y quién eres ahora? —añadió, mirándome fijamente hasta que aparté la mirada—. ¡Oh, Búho del Norte! A veces...

Pero no terminó la frase. Entonces pensé, y continué pensando ahora, que la persona que ese día me miró con tal intensidad era alguien que surgía de lo más profundo de su ser y que Espada había olvidado su condición de guerrero que renunciaba al hombre y al Ser. Mi primo se había sentado junto al seco cauce del arroyo y el alma del agua había penetrado en él. Dejé de temerle y empecé a hablar con él no recuerdo sobre qué; él me respondió y así estuvimos un rato, confiados y tranquilos. Cuando la arboleda de madroños de la cima de la gran Loma se recortó

contra el cielo como una masa negra y el aire perdió su color, echamos a andar por el camino junto al arroyo de Sinshan. Yo abría la marcha y él me seguía, o se ponía a mi lado cuando la anchura del sendero lo permitía. Al llegar al lugar de las danzas, brillaba el lucero vespertino y la estrella del manantial titilaba sobre el eucalipto negro. Cruzamos juntos el eje, y Espada dijo:

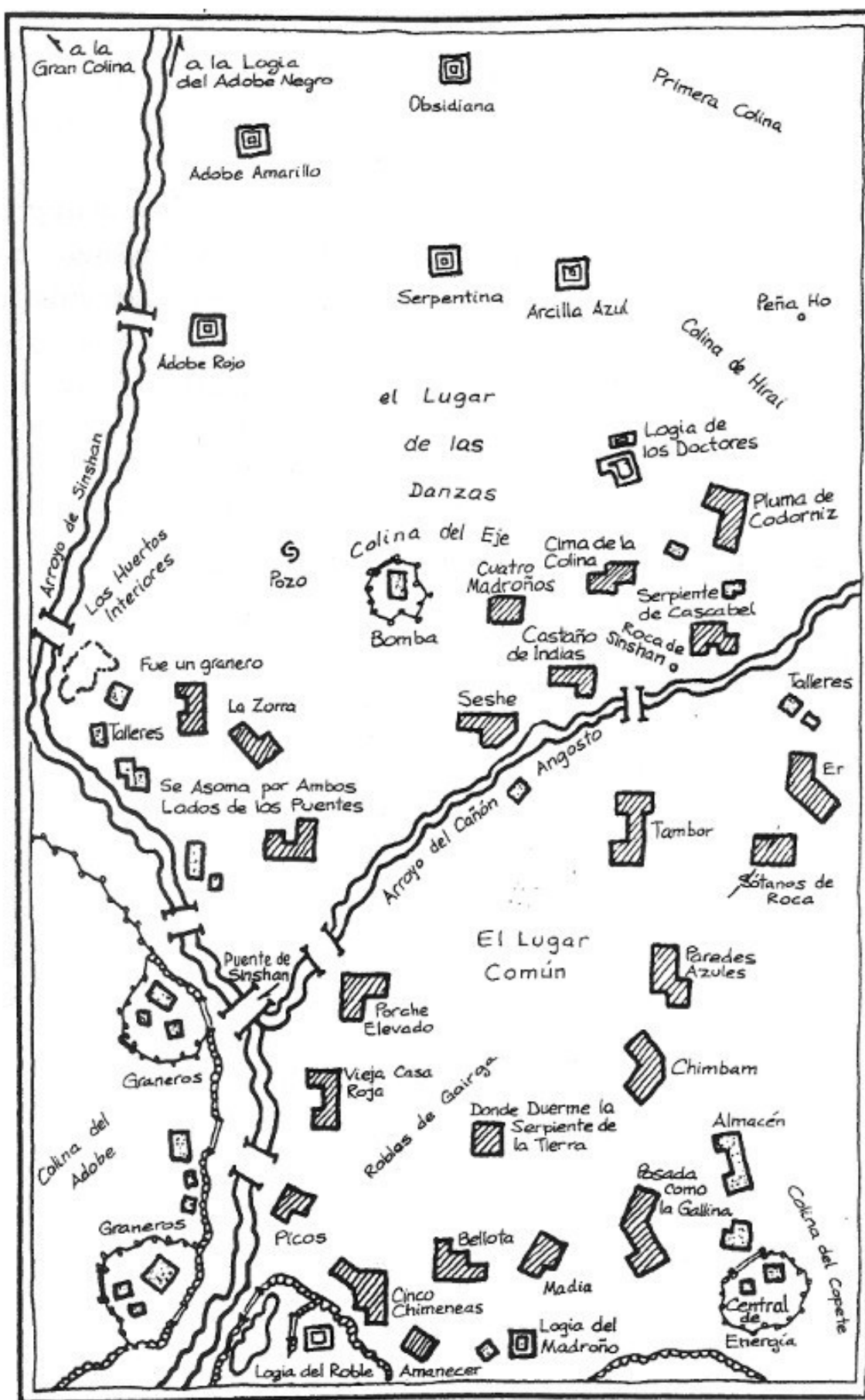
—Acudiré para la danza.

Después continuó la marcha hacia el puente. Yo me dirigí a la Casa del Porche Elevado con el corazón muy distinto a cómo me latía tras mi partida.

Espada acudió a las cuatro noches del Agua de Sinshan y también vino a la Casa del Porche Elevado para mi canto de la Sangre, como había prometido. La fiesta fue pequeña, ya que sólo tenía media familia, y además compuesta por muy pocos miembros. No todos fueron muy generosos o sociables, pero Nuevepunta entonó la Canción de los Padres para mí y me entregó un recipiente de porcelana vitrificada de color rojo sangre hecho con mercurio de la montaña de Sinshan. Mi abuela me entregó su collar de turquesas del Mar de Omorn. Vestí para la ocasión las ropas sin teñir que mi madre había tejido con algodón que yo misma había cosechado e hilado el año anterior, una falda triple y una camisa de manga larga, junto con un chaleco de lino liso muy delicado, regalo de Cáscara. Yo había preparado muchos pasteles de setas, tantos que regalamos cestas enteras después de la danza. Espada abrió el baile conmigo y resultó un bailarín ágil y garboso. No dejó de mirarme desde la fila de danzantes con una permanente sonrisa, y en mi corazón le di un nombre que le iba mejor que el de Espada: le llamé Mirada de Puma.

Así entré en la casa de las mujeres adultas, con aquel joven puma dando vueltas en mi mente. Fue un momento de buena fortuna en una época desafortunada, aunque no iba a parecérmelo así cuando al año siguiente Espada volvió a apartarse de mí. Entonces llegué a pensar que no había en el mundo nada bueno.

Eché la culpa a la Logia de los Guerreros por apartarle de mí, y así fue en efecto, pero lo mismo hubiera podido hacer su casa o su familia. Entonces nos veíamos y hablábamos de vez en cuando, no con mucha frecuencia pero sí más a menudo que si hubiéramos dejado nuestros encuentros al azar. Yo tenía quince años y él diecisiete, y éramos primos lejanos; pero ni nos había llegado el momento de ir tierra adentro ni era nuestro parentesco lo suficientemente lejano como sería de desear si surgía la posibilidad de matrimonio. Su hermana estaba celosa de mí y ya no éramos amigas. Además, algunos miembros de su Casa de Madidinou y de Sinshan no veían con buenos ojos, por ser yo hija de una familia con sólo media casa, que me convirtiera en cabeza de la familia de su pariente si llegábamos a casarnos.



Los nombres de las Casas de Sinshan

Dibujado por la compiladora con la ayuda de Espino de Sinshan

Yo comprendía todo esto pero no me importaba lo más mínimo. Creo que durante ese año no pensé ni me ocupé más que de Espada, pero no sé cómo expresarlo con palabras. Intentar recordar este tipo de sentimientos es como intentar recordar una borrachera, o como intentar volverse loca cuando una está cuerda. Para hablar del amor es preciso estar enamorada, y yo no he vuelto a estarlo desde entonces.

Creo que en la Danza de la Luna todos los jóvenes guerreros hicieron algún voto de abstinencia, y después de esos días Espada no vino más a buscarme, ni me miró siquiera cuando nos cruzamos, ni me respondió cuando le hablé en las escasas ocasiones en que le vi.

Desesperada, le seguí a los campos de Madidinou una tarde, al término de la estación seca.

—Ya no vienes por Sinshan —le dije.

Él volvió la cabeza y continuó trabajando, ocupado en espigar las uvas *ganais* del gran viñedo. Según dicen, los últimos racimos que se recogen hacen el mejor vino.

—¿Tienen miedo los hombres valientes de hablar con las mujeres?

Él no respondió.

—Un día te di un nombre en mi corazón —insistí—. ¿Quieres saber cuál es?

Espada continuó en silencio, sin mirarme y sin cesar de trabajar. Le dejé allí, atareado con el machete y la cesta, y me alejé entre las vides de brazos largos y retorcidos. Sus grandes hojas tenían el color del orín bajo la luz polvorienta. Soplaban un viento seco e intenso.

Como Espada era un guerrero y yo quería que su vida y la mía fueran lo más parecidas y próximas posible, pasé todo el año acudiendo a las reuniones de la Logia del Cordero para instruirme. El amor que había en mí amaba todo cuanto él quería. Todos mis pensamientos y sentimientos quedaban absorbidos por él; yo era sierva de mi amor y lo servía como los soldados a mi padre, es decir, sin hacer preguntas. Y descubrí que así eran las cosas en la Logia del Cordero: allí hablaban de amor, de servicio, de obediencia, de sacrificio. Las mujeres de la Logia del Cordero me dijeron que no podíamos conocer los ritos de los guerreros porque el único modo en que una mujer podía entender tales misterios era amando, sirviendo y obedeciendo a los hombres que los entendían. Yo acepté tales ideas porque en todo instante tenía presente en mi mente y en mi cuerpo a Espada, y a nadie más; todos los demás eran reflejos de él, de él y de nadie más. Ese año completo que pasé en la Logia del Cordero fue una mentira, una negación de mi propio ser y de mi propio saber; y, sin embargo, fue al mismo tiempo una verdad. Casi todo resulta ambivalente para los adolescentes; sus mentiras son verdades y sus verdades son mentiras, y sus corazones se ven desgarrados por el mundo. Dan vueltas y caen, ven a través de cualquier cosa y están ciegos. La de los corderos y la de los guerreros eran casas para adolescentes, para gente que todavía no era capaz de escoger su propio camino o que no deseaba hacerlo.

Al ser nieta de Corrupción e hija de Carcachil, había progresado rápidamente en

la Logia del Cordero. Unos días después de hablar con mi primo, me disponía a officiar uno de los ritos del séptimo día de la Logia. Fue un sacrificio.



Creo que no debo escribir sobre lo que hicimos. Aunque hoy ya no existe la Logia del Cordero y mis palabras sobre los ritos no serían más que una curiosidad, no me resulta fácil si deseo hacer público lo que mi voz prometió mantener en secreto, el misterio. No era ningún misterio, pero una promesa sigue siendo una promesa.

Sin embargo todo el mundo sabía —pues cualquiera podía verlo— que la oficiante de ese misterio no debía lavarse después de sacrificar el ave u otro animal, sino que debía salir de la Casa de la Logia con las manos bañadas en sangre como signo visible del acto sagrado. Así regresé yo a la Casa del Porche Elevado.

Valiente, mi abuela, estaba poniendo la cena en la mesa de la sala de la chimenea, sobre un mantel que había tejido años atrás, de lino blanco con un hilo azul cada cuatro y cada cinco vueltas, alternativamente. El paño era muy fino y se veía gastado y limpiísimo. Lo estaba admirando cuando se volvió hacia mí y dijo:

—Ve a lavarte las manos, Búho del Norte.

La abuela sabía que no debía quitarme la sangre de las manos hasta el día siguiente, pero ella odiaba ésta y otras normas semejantes de las Logias de los corderos y de los guerreros. Disgustada, le dolía verme seguir tales prácticas. Yo me daba cuenta de sus sentimientos y también me sentía disgustada, dolida y llena de odio.

—No puedo —respondí.

—Entonces no te sentarás a comer en esta mesa.

Le temblaban los labios, las manos y la voz. Yo no podía soportar su dolor.

—¡Te odio! —exclamé, y eché a correr escaleras abajo y crucé el espacio común hasta el puente. No sé por qué tomé esa dirección, hacia el valle y no hacia las colinas. Crucé el puente y vi un gran caballo pardo entre los terneros y los asnos en la dehesa del arroyo. Me detuve a admirar el caballo y apareció mi padre por el sendero de los establos.

Me vio con las mejillas llenas de lágrimas y las manos y brazos bañados en sangre. Advertí que no me había reconocido.

—¡Soy tu hija! —le dije. Al instante se aproximó y tomó mis manos entre las suyas. Entonces rompí a llorar a grandes voces. Se acercó un grupo de gente que volvía de los campos y uno de los hombres habló para dar la bienvenida a mi padre, diciendo:

—Así que has vuelto a casa, hombre de la Casa del Porche Elevado. Buen viento

te ha traído.

Controlé mis sollozos y acompañé a mi padre a las terrazas de la colina del Copete, y nos sentamos allí en el muro de piedra de la terraza más elevada de los viñedos, contemplando las casas bajas de Sinshan y todos los campos de la ciudad bajo la luz de la tarde. El verano había sido cálido y seco. Observamos un incendio forestal a lo lejos, más allá de la sierra del noreste. El aire estaba nebuloso y borroso por el humo, de modo que las alturas de la sierra aparecían como líneas azules contra el cielo azul.

Al verme bañada en sangre, mi padre creyó que estaba herida y me preguntó qué me había sucedido. Yo no podía decirle que todo marchaba mal, de modo que respondí que me había peleado con la abuela.

Mi padre había perdido la fluidez en el dominio de nuestro idioma y tenía que pensar las frases antes de pronunciarlas. Le observé con detenimiento. Las entradas de su frente eran mucho más pronunciadas, lo cual le hacía el rostro más grande y alargado, y tenía aspecto de estar muy cansado. Era aún más alto y corpulento de lo que yo recordaba, aunque en los años transcurridos desde su marcha yo hubiera dejado atrás mi niñez para hacerme mujer.

—He venido a hablar con Sauce —dijo.

Hice un movimiento negativo en la cabeza. Me brotaron de nuevo las lágrimas, y al verlas él pensó que Sauce había muerto y emitió un gemido de dolor.

—Aún vive en la casa de la Arcilla Azul —le informé—, pero ya no es Sauce; ha vuelto a adoptar su primer nombre, Carcachil.

—Se ha casado... —murmuró él.

—No, ni lo hará. Y tampoco hablará contigo.

—No pude regresar, ¿comprendes? —dijo—. No fue a la costa de Amaranto donde tuvimos que llevar al ejército, sino hacia el norte. —Mencionó entonces los lugares donde había estado, nombres que me eran desconocidos, y añadió—: No pude regresar cuando dije que lo haría. Quiero que ella lo sepa.

Moví de nuevo la cabeza y apenas pude añadir:

—Mi madre no hablará contigo.

—¿Por qué iba a hacerlo? —exclamó él entonces—. Volver aquí ha sido una tontería.

Comprendí que se disponía a irse de nuevo y exclamé:

—¡Seré yo quien te hable! ¡Te esperé y esperé y esperé a que volvieras!

Entonces me miró por fin, en lugar de concentrarse en sus pensamientos, y pronunció mi nombre.

—Búho del Norte...

—Ya no soy esa persona —repliqué—. Ya no soy una niña. No soy nadie, ni tengo nombre. Soy la hija del Cóndor.

—Eres mi hija —repitió él.

—Quiero ir contigo —anuncié.

Al principio no entendió a qué me refería; luego respondió:

—No. ¿Cómo podría hacerlo? Ellos te retendrán. Yo debo irme hoy mismo o mañana. Ellos no dejarán que te vayas.

—Soy una mujer y tomo mis propias decisiones —repliqué—. Iré contigo.

—Debes pedirlo a la gente de la ciudad —insistió él.

—Les comunicaré mi decisión —dije—. ¡Tú eres el único a quien debo pedírselo! ¿Querrás llevarme?

Lo que deseaba sobre todo era que mi padre no bajara a la Casa del Porche Elevado para encontrar a mi madre. Era como si estuviera cambiándome por ella. Entonces no me daba cuenta, pero tal era mi sentimiento. Mi padre meditó la respuesta mientras contemplaba la montaña del Alma con su cumbre llana e inclinada, al otro lado del valle. La bruma producida por el humo tenía un tono rosado, pálido y mortecino.

—Tengo que preguntar a tu madre si te permite ir conmigo —dijo al fin—. ¿Es cierto que no querrá hablar conmigo?

—Es cierto —asentí con rotundidad.

—Y es cierto que tú me has esperado —añadió, mirándome de nuevo detenidamente.

—Ponme un nombre —le pedí.

Cuando hubo entendido mi petición, se quedó pensativo y al fin dijo:

—Ayatyu. ¿Te gusta este nombre?

—Me llamo Ayatyu —respondí.

No pregunté entonces el significado del nombre; para mí era el regalo de mi padre, era mi propia libertad.

Más adelante, cuando ya conocía su idioma, supe que en la lengua del valle sería «mujer bien nacida» o «mujer nacida por encima de los demás». Es un nombre empleado con frecuencia en la familia de mi padre. Él se llamaba Terter Abhao, y tomando el nombre de sus antepasados como hacen los hijos e hijas de un hombre entre las gentes del Cóndor, mi nombre completo fue Terter Ayatyu.

—¿Cuándo partirás? —le pregunté.

—¿Sabes montar a caballo? —dijo él.

—He montado asnos —respondí—. Y muchas veces monté a caballo contigo.

Él volvió a contemplar los tejados de las casas de Sinshan y dijo:

—Sí. Me acordé en las guerras. Muchas, muchísimas veces. La chiquilla que iba sentada conmigo en la silla. Esos tiempos, en este lugar, en este valle. Ésos han sido mis días más felices. ¡Y nunca volverán! —Permanecí a la espera, y él añadió—: Traeré un caballo para ti cuando salga el sol pasado mañana. Esperaré en ese lugar —señaló el puente donde nos habíamos encontrado—. No volveré a esta ciudad.

Su pesar y su deseo se estaban volviendo ira y rechazo. Había hecho un largo viaje lleno de penalidades para ver a su esposa, pero aun así no acudió a verla. He pensado muchas veces en ese rato que estuvimos sentados los dos en la terraza, sobre

la colina del Copete, y he intentado comprender la razón de que habláramos y actuáramos como lo hicimos. Los dos estábamos enfermos y nuestra dolencia habló por nosotros. Parecía que tomábamos decisiones cuando en realidad éramos impulsados a ellas. Yo me cogía a él, y pese a todo era la más fuerte.

—Diles que desees partir conmigo. Si te permiten hacerlo, despídete de ellos como es debido. Y hazlo también de tu heyimas. El viaje va a ser largo, hija, y estarás ausente mucho tiempo.

Sus palabras eran muy acertadas y las obedecí al pie de la letra.

La mañana del segundo día, con las primeras luces, mi abuela acudió conmigo a nuestro heyimas. Allí llenamos el cuenco de agua y entonamos el Retorno. Después, Valiente me marcó la heyiya-if en las mejillas con arcilla azul del arroyo de Sinshan. Salimos del heyimas cuando ya amanecía. Mi madre me esperaba en el eje de la ciudad, con Alondra y Grillo. Todos me acompañaron hasta el puente pero no nos agachamos a orinar ni reímos juntos antes de la despedida, pues el Cóndor ya aguardaba allí sobre su gran montura. La comitiva se detuvo en el extremo sureste del puente. Les abracé uno por uno y crucé el puente corriendo hacia mi padre. Éste volvió la mirada hacia Carcachil, pero ella le dio la espalda. Me ayudó a montar en el caballo que había traído para mí y me alejé junto a él por los campos de Sinshan.

La cabaña de la Reunión, donde aprendíamos a morir, se había edificado aquel año en el terreno de los cultivos, donde el arroyo de Hechu confluye con el de Sinshan. Pasamos junto a él cuando el sol asomaba ya sobre la sierra, al otro lado del valle. Canté el heya al sol mientras avanzábamos. Dejamos atrás los viñedos hasta llegar a la Vieja Carretera Recta; entonces, giramos hacia el noroeste, en dirección a Ama Kulkun. Los caballos avanzaban a buena marcha. Mi padre me había traído una yegua alazana, más dócil y menuda que su caballo castrado. Se mantenía a mi lado, atento a mi monta e indicándome cómo debía sujetarme con las rodillas y cómo utilizar las riendas y los estribos. Era mucho más fácil que montar asnos a pelo; los asnos tienen el lomo huesudo y van al paso que ellos quieren, mientras que la yegua era obediente y servicial, y la silla muy cómoda. Pasamos por Telina-na, cruzamos entre Chukulmas y Chumo y dejamos atrás Kastohana, en una mañana todavía radiante. Cuando cambiamos de rumbo hacia la Carretera de la montaña, se alzó entre la corta hierba el géiser, reluciente bajo el sol. El corazón me dio un vuelco cuando lo vi. Recordé al viejo que me había dado una canción en aquel lugar, y me apresuré a apartar del pensamiento el recuerdo y la canción. Atravesamos el río por el puente de Roble, y entoné el heya en silencio. Al pie de la montaña salieron a nuestro encuentro cinco hombres del Cóndor a caballo, con dos monturas de carga, y saludaron a mi padre. Nos detuvimos en el Robledo de Tembedin a comer y luego continuamos hacia la montaña por la Carretera del lago Claro. En el punto donde el camino a Wakwaha y a las fuentes del río giraba hacia la izquierda, nos desviamos a la derecha y seguimos el tendido del tren hasta Metouli, donde tomamos el atajo.

Nos detuvimos antes de que cayera la noche y montamos el campamento entre los

bosques de robles perennes, a la izquierda de la fuente de Metouli. Yo no podía bajar de la montura y mi padre, entre risas, tuvo que ayudarme. Tenía las piernas y las nalgas entumecidas como troncos, y muy pronto empezaron a dolerme. Los hombres del Cóndor hicieron un poco de broma, aunque comedidamente. Me trataban en parte como a una niña pero en parte también como una persona que es de temer, y se llevaban el puño a la frente antes de hablar conmigo, igual que hacían con mi padre. Nos sentamos un poco alejados de los soldados y permanecimos sin hacer nada mientras ellos preparaban el fuego, hacían la cena y disponían las camas.

Cuando hubimos cenado, acudí a hablar con la yegua alazana unos momentos. Ahora toda yo olía como ella y me gustaba que así fuera. Jamás había hecho una amiga con tanta facilidad. Mi padre habló mucho rato con uno de los hombres, que al día siguiente iba a tomar un camino distinto del nuestro, y le repitió varios mensajes, algunos muy largos, para que los guardara en su memoria. Después hizo que el hombre los repitiera y todavía estaban en ello cuando yo regresé junto al fuego. Era aburrido escucharles hablar pues yo no conocía su idioma. Cuando hubieron terminado y el hombre hubo regresado con los demás, pregunté a mi padre:

—¿Por qué no le escribes los mensajes?

—No saber leer —respondió.

Pensé que no parecía muy adecuado como mensajero en el caso de que fuera ciego o tonto. Pero no pude apreciar ningún defecto en aquel hombre, y así se lo comenté a mi padre.

—Escribir es sagrado —contestó.

Eso ya lo sabía.

—Enséñame tu escritura —le pedí.

—La escritura es sagrada —repitió—. No es para hontik. ¡Tú no necesitas escribir palabras!

Lo único que comprendí fue que no entendía nada; por eso comenté:

—De todos modos, necesito las palabras para hablar. ¿Qué es hontik?

Entonces mi padre empezó a enseñarme su idioma, cómo dicen los dayao montar a caballo, ver una roca, y todo lo demás.

De noche hacía frío allá arriba, en la falda de la montaña. Los demás hombres se sentaron al otro lado del fuego, charlando entre ellos. Mi padre intervenía en la conversación de vez en cuando, con frases breves y una gran dignidad en la voz. Me dio a beber un poco de coñac caliente y pronto me quedé dormida, enroscada en el regazo de la abuela. A la mañana siguiente mi padre tuvo que ayudarme a montar en la yegua, pero cuando hube cabalgado un rato fue desapareciendo la rigidez de mis piernas y me encontré cómoda en la silla. Así llegamos al paso bajo la niebla de la mañana otoñal, por el camino del Puma Blanco.

He oído contar en la Logia de los Buscadores que cuando alguien deja el valle, aunque haya salido y regresado muchas veces, nota un dolor en el corazón, o una voz que canta en sus oídos, o una palidez o una sensación de vértigo. Siempre alguna

señal. Corriente Abajo, el historiador de los buscadores de Sinshan, decía que sabía cuándo entraba en el valle porque durante nueve respiraciones sus pies no tocaban el suelo; y sabía cuándo había dejado atrás el valle porque durante nueve respiraciones sus pasos se hundían en el suelo hasta las rodillas. Quizá fue porque yo iba a caballo, porque estaba con el Cóndor o porque yo misma era medio Cóndor, pero no noté nada. Sólo cuando me toqué las mejillas y no aprecié en ellas la marca de la arcilla azul del arroyo de Sinshan, volvió a darme un vuelco el corazón y éste se hizo pequeño y oscuro en su cavidad. Así continuó mientras descendíamos por la ladera opuesta de la montaña.



Montaña de Sinshan

Los parajes entre la montaña y el lago Claro son muy hermosos y parecidos al valle; las rocas, las plantas y todas las gentes son las mismas, y los seres humanos viven en ciudades y granjas iguales a las ciudades y granjas del valle. No entramos en ninguna de ellas ni hablamos con la gente que encontramos. Cuando pregunté la razón, mi padre dijo que era gente de poca monta. Cabalgamos como si estuviéramos en otra casa, sin hablar. Entonces pensé que por esa razón les llamaban cóndores: porque avanzaban en silencio, por encima de todos los demás.

Cuando llegamos a las colinas doradas al noreste del lago Claro, mientras nos acostábamos para pasar nuestra tercera noche de marcha, empecé a notar el valle que habíamos dejado atrás como si fuera un cuerpo, mi propio cuerpo. Mis pies eran los canales del río que van al mar, los órganos y conductos de mi cuerpo, los lugares y arroyos, mis huesos eran las rocas y mi cabeza la montaña. Aquél era todo mi cuerpo y yo, tendida allí bajo la oscuridad, era un alma-aliento que se alejaba cada día un poco más de su cuerpo. Un largo hilo muy delgado conectaba aquel cuerpo y aquel alma. Un hilo de dolor. Me quedé dormida, y al día siguiente continuamos la marcha y hablé con mi padre para ir aprendiendo su idioma. A menudo nos reíamos, pero yo seguía notando que no estaba del todo en mi cuerpo y que no pesaba nada, como si fuera un alma.

En realidad, durante el viaje adelgacé bastante. La comida del Cóndor no me sabía bien. Llevaban carne seca, toda ella de ternera. En nuestro avance, los hombres a veces mataban una res o un cordero que pastaba por aquellas altas colinas. Aunque no me lo pidieron, siempre acudí a ofrecer mis palabras a las gentes que sacrificaban.

Al principio pensé que los seres humanos de esa familias nos ofrecían generosamente la muerte de los animales, y me pregunté por qué no encontrábamos nunca a ninguno y por qué no nos entregaban verduras, grano o frutos, pues era el tiempo de la cosecha. Más adelante vi a dos hombres de nuestra partida que mataban una oveja extraviada junto al camino, sin dedicarle palabra alguna, y le cortaban las patas para comerlas dejando la cabeza y las pezuñas y las vísceras y la piel y la lana para los gusanos y los coyotes. Durante varios días aparté de mi pensamiento lo que había visto, pero no probé la carne de aquel animal.

Mientras viví con la gente del Cóndor, fueron muchas las veces en que aparté de mi cabeza una cosa diciéndome «ya pensaré más tarde en eso», o rechazando cualquier nuevo pensamiento al respecto. No era una actitud muy correcta, lo sé, pero como todo me resultaba tan ajeno no podía asimilarlo; y cuando algo penetraba en mí, muchas veces me hacía sentir como si no tuviera alma, y es el alma atenta quien advierte a la mente: «Recuerda». Ahora trato de escribir el relato de mi viaje al noreste para evocar por fin en mi mente todos los detalles; sin embargo, una gran parte de éstos y de los años que pasé con los dayao se han perdido y no volverán. No podría recuperarlos.

Recuerdo con toda claridad que cruzamos en fila india, sobre nuestros caballos, el último paso de las rugosas montañas. Desde él divisamos el amplio valle del río de las Marismas que se abría ante nosotros hacia el norte y hacia el este. A lo lejos, hacia el sureste, quedaba la orilla del mar Interior, imprecisa y brillante. Una clara luz dorada cubría los sauces amarillentos junto al río, los pantanos de enenas y los picos lejanos de la cordillera de la Luz, que surgían entre las nubes bajas a nuestra espalda. Canté el heya al gran río y a la belleza e inmensidad del mundo, y al sol que entraba en la casa de invierno. Esa noche llovió. Todo el día siguiente y el otro avanzamos bajo la lluvia siguiendo el río de las Marismas hacia el norte.

Atravesamos el gran río por un vado que se extendía en numerosos canales de aguas poco profundas y los caballos no tuvieron apenas que nadar, pues la estación de las lluvias acababa de iniciarse. En ese vado se unió a nuestra partida otro grupo de hombres del Cóndor, en número de doce, con lo cual formamos un grupo poderoso de diecinueve seres humanos y veinticinco caballos, además de una yegua con un potrillo que la seguía. Mientras cabalgaban, los hombres solían entonar una de sus canciones:

Donde está la ciudad, allí voy.

Donde está el Cóndor, allí voy.

Donde está la batalla, allí voy.

Incorporaban a la canción la frase que les parecía, y entonaban: «Donde está la comida, allí voy», o «Donde está el coño, allí voy», y decenas de rimas semejantes mientras avanzaban en fila.

Tras mucho llover, recuerdo que un día el cielo se despejó en parte y vimos el Kulkun When lanzando una columna de humo pardo hacia las nubes, al sureste de nuestra posición. Alrededor de la oscura mole del volcán había fumarolas de vapor procedentes de otros cráteres menores, y el aire nos trajo un hedor a huevos podridos cuando el viento cambió de dirección. Iniciamos la aproximación a la base de los volcanes. Su presencia me causaba una gran inquietud y soñé toda la noche que se abría la tierra en grandes grietas a mi alrededor y que las nubes de humo me sofocaban y quemaban, pero no hice comentario alguno de mi cobardía. Al día siguiente, el cielo amaneció totalmente despejado y desde aquellas alturas pude ver la montaña del Norte que descendía, vetada de nieve, desde el cielo hasta los tenebrosos bosques. Una columna inmaculada de vapor se alzaba de su cresta oriental como la pluma caudal de una garza real. Su visión me llenó de alegría por la belleza de la montaña y porque conocía su nombre por los mapas y relatos que había oído contar en el heyimas. Al reconocerla, le canté el heyá desde mi montura.

—Ahí está Tsatasyan, la montaña Blanca —me indicó mi padre, que cabalgaba a mi lado.

—También es Kulkun Eraian, uno de los lugares donde se juntan los brazos del mundo —añadí.

—He pasado diez años de mi vida ganando para el Cóndor las tierras que rodean esa montaña, y ahora habrá que hacerlo todo otra vez.

Mi padre utilizó la palabra *zarirt*, que yo había aprendido jugando a dados con el grupo de soldados; ese término significa ganar en el juego, como nuestra palabra *dumi*. No logré imaginarme a qué se refería mi padre, cómo había conseguido ganar un pedazo de mundo tan enorme, a quién se lo había ganado o de qué le servía poseerlo. Intenté preguntárselo y él trató de explicarlo, pero durante un rato continuamos sin entendernos hasta que mi padre se impacientó ante mi estupidez.

—Todo esto que ves son tierras que han ganado los ejércitos del Cóndor. ¿Por qué crees, si no, que los hontik ya no nos acosan?

—Sólo ha habido un lugar donde nos han acosado —respondí.

El suceso había tenido lugar en el primer desvío que habíamos tomado en dirección al río Oscuro. Un grupo de hombres emboscados entre los matorrales y sauces nos había lanzado flechas y había puesto rápidamente pies en polvorosa cuando los hombres de mi padre salieron en su persecución. Mi padre había ordenado a los hombres que volvieran y continuaran la marcha, y los soldados habían regresado al galope entre risas y bromas, muy excitados, de modo que también yo me sentí excitada, aunque no nerviosa. Pero he de reconocer que jamás había esperado participar en una guerra.

—Eso es porque nos tienen miedo —dijo finalmente mi padre.

Renuncié a entender de qué hablaba, pero parte de mi estupidez se debía a que no quise entenderle. La gente culta que lea esto se estará riendo de mí, de cómo pude cabalgar días y días junto a hombres armados llamados soldados o guerreros, con mi

padre al frente, y verles robar, permanecer emboscados y no entrar nunca en una ciudad o en una aldea, sin comprender que estaban en guerra con las gentes de todas las tierras que habíamos atravesado. Y tendrán razón en reírse quienes lo hagan, porque yo era muy ignorante y perezosa para utilizar mi inteligencia.

Ya a los pies de los volcanes, entramos por fin en las aldeas y la gente salió a recibirnos y todos se llevaban el puño a la frente al vernos, en lugar de mantenerse ocultos o huir con sus ovejas y volverse luego para escupir en nuestra dirección. Los pueblos eran muy pequeños, apenas cinco o seis casas de troncos a orillas de un arroyo, con un puñado de ovejas, cerdos o pavos junto a gran número de perros que ladraban y gruñían. Pero los habitantes me parecieron muy generosos, pues nos entregaban comida cuando en realidad éramos más los viajeros que los lugareños. Tras dos días de viaje por aquel áspero terreno, llegamos a un lugar llamado Sainyan, la ciudad del Sur.

El término dayao *sai* significa lo mismo que nuestro *kach*. Nosotros lo utilizamos sólo para referirnos a un lugar diferente en el tiempo o en la mente a quienes viven fuera del mundo y a la red de centrales. Los dayao también lo emplean en ese sentido, pero fundamentalmente para indicar el lugar donde viven, afirmando así que son habitantes de la ciudad del hombre. Lo que para nosotros es el desastre, para ellos es la gloria. ¿Cómo voy a escribir, pues, mi relato con estas palabras tan confusas y contradictorias?

Los miembros de la Logia del Madroño me pidieron que escribiera la historia de mi vida como ofrenda porque nadie más en el valle ha vivido con el Cóndor y ha regresado para contarlo, y por eso mi narración es historia; sin embargo, ahora querría haber aprendido a escribir historia en lugar de practicar con el torno de alfarería cuando era Búho del Norte. Cuando fui Ayatyu, tuve que olvidarme por completo de leer y escribir. Los dayao dejaban ciega o le cortaban la mano a cualquier mujer o campesino que escribiera una sola palabra. Sólo los Verdaderos cóndores saben leer o escribir, y de entre ellos creo que sólo los llamados Guerreros-Uno, que ofician en los wakwa, aprenden a leer y escribir libremente. Según dicen, como el Uno hizo el cosmos pronunciando una palabra, el universo es su libro y leer o escribir palabras equivale a compartir el poder que pertenece al Uno. Sólo ciertos hombres escogidos pueden, supuestamente, compartir tal poder. Esos Guerreros-Uno tienen el ábaco para uso doméstico y en sus dos ciudades poseen aparatos eléctricos contruidos según instrucciones de la central para llevar registros, pero todos esos registros se reducen a cifras. Nada se escribe o se imprime, y así el Mundo del Uno permanece limpio, según ellos. Cierta vez, llevada de mi ignorancia, comenté a mi padre:

—Si escribiera «¡buuu!» en una pared, todos esos feroces guerreros saldrían huyendo entre alaridos.

Él me respondió con voz furiosa:

—Si lo hicieras, te castigarían para que aprendieras a temer al Uno.

Este nombre es el que pone fin a las conversaciones, así como a los escritos, bajo las alas del Cóndor. Así pues, no insistí más.

Cuando me fui con Abhao, mi corazón quería ser el de un Cóndor. Pretendía ser una mujer del Cóndor e intentaba no pensar en el idioma o en los usos del valle. Quería dejar el valle, no formar ya parte de él, ser una persona nueva y vivir de otra manera. Sin embargo, no lo conseguí; sólo una persona culta podría haberlo logrado. Yo era demasiado joven y no había meditado sobre la existencia, no había leído libros, no me había adiestrado con los buscadores ni había pensado en la historia. Mi mente no estaba liberada. Estaba contenida en el interior del valle, en lugar de contener a éste en su interior. Era ignorante incluso para mi edad pues Sinshan, como otras ciudades pequeñas, era dada a los prejuicios y a la ignorancia voluntaria y premeditada. Mi ignorancia se debía también a que pertenecía a una familia problemática, y sobre todo a que los cultos a los guerreros y al Cordero habían perjudicado mi educación y cultura durante la adolescencia. Así pues no estaba en condiciones de liberarme del valle. Al no ser del todo una persona, no pude convertirme en una persona distinta.

Además, por mucho que me lo propuse, me resultó difícil convertirme en una cabal persona del Cóndor. Llegué a ponerme todo lo enferma que era posible, pero no deseaba morir.

Casi resulta tan difícil escribir sobre la época que fui Ayatyu como fue serlo.

Ahora que hablo de hablar y escribir, quizá convenga explicar ciertas palabras que he utilizado hasta aquí o que voy a utilizar en las próximas páginas. Nosotros los denominamos gentes del Cóndor, pero el nombre que ellos emplean para referirse a sí mismos y diferenciarse de todos los demás es dayao, el pueblo del Uno. Así los llamaré en adelante en mi relato, pues el modo en que utilizan la palabra Cóndor, *Rehemar*, resulta muy complicado. Sólo un hombre, a quien consideran mensajero del Uno y a quien todos sirven, es llamado El Cóndor. Ciertos hombres pertenecientes a determinadas familias reciben el apelativo de Verdaderos cóndores, y otros hombres de su misma posición son llamados, como ya he mencionado antes, Guerreros del Uno. Nadie más recibe el nombre de Cóndor. Los hombres que no pertenecen a esas familias reciben todos el apelativo de *tyon*, campesinos, y deben servir a los Verdaderos cóndores. Las mujeres de las familias de estos últimos son llamadas mujeres del Cóndor y deben servir a los hombres del Cóndor, pero pueden dar órdenes a los *tyon* y a los *hontik*. Los *hontik* son las demás mujeres, los extranjeros y los animales.

En cambio, el ave cóndor, no es denominada *rehemar* sino *Da-Hontik*, y es sagrada. Los muchachos de las familias de Verdaderos cóndores deben abatir una de tale aves, o al menos un buitre, para convertirse en adultos.

Yo llevaba en mi bolsa de objetos personales la pluma del Cóndor que me habían entregado cuando era pequeña. Tuve suerte de no enseñarla a nadie antes de enterarme que a las mujeres no se les permite tocar las plumas del Cóndor o incluso

mirar a éste cuando recorre los aires. Cuando el gran Cóndor las sobrevuela, las mujeres deben apartar los ojos de él y emitir un gemido.

Es fácil decir que tales costumbres son bárbaras, pero ¿qué significa realmente tal afirmación? Tras haber vivido en la civilización, en la ciudad del hombre, ya no utilizo palabras como civilizado o bárbaro; no sé qué significan exactamente. Lo único que puedo hacer es escribir lo que vi, lo que aprendí, lo que hice, y dejar que otros más sabios que yo encuentren un nombre para todo ello.

Los dayao habían edificado la ciudad del Sur unos cuarenta años antes de mi llegada al lugar. Habían bajado desde la ciudad y habían librado una guerra con una gente que vivía en pequeños pueblos y casas de campo al pie de aquellas montañas, al sur del río Oscuro, y se habían apoderado de aquellos lugares para vivir del trabajo de esa gente. No es cierto que los dayao devoraran los cuerpos de los seres humanos a quienes daban muerte en las guerras; tal afirmación es una superchería convertida en un símbolo. Lo que hacían era matar y quemar a los hombres y a los niños, conservando a las mujeres para placer de los hombres dayao. Y esas mujeres eran guardadas con el ganado. Algunas mujeres se quedaban por su propia voluntad transcurrido un tiempo, pues sus vidas estaban destrozadas y no tenían ningún otro sitio adonde ir, y esas mujeres se convertían en dayao. Hablé con algunas de ellas que me contaron quiénes habían sido antes de convertirse en mujeres dayao, pero a la mayoría de ellas no les gustaba hablar de tales asuntos.

Durante la época en que los dayao construyeron la ciudad del Sur empezaron a hacer la guerra a todas las demás gentes. «¡El Cóndor domina desde el Mar de Omorn al Mar Occidental, desde la montaña del Norte a la Costa de Amaranto!», solían decir. En esa época mataron a mucha gente, causaron dolor y prolongados trastornos en el país de los volcanes y contagiaron su enfermedad a otros pueblos, pero cuando yo viví entre ellos, se encontraban en plena decadencia, agonizantes. Se devoraban a sí mismos.

Ahora conozco todas estas cosas, pero entonces las ignoraba. Cuando llegué sólo vi las torres de la ciudad del Sur y las murallas de basalto negro, las calles anchas formando ángulos rectos, el esplendor y la opulencia. Vi el espléndido puente sobre el río Oscuro y la carretera que conducía, recta como la estela del sol sobre las aguas, hacia el norte, hacia la ciudad. Vi las máquinas y artilugios de trabajo y de guerra que utilizaban, productos maravillosos de la mente y de la mano fabricados con suprema exactitud y pericia. Todo cuanto vi era grande, sólido, fuerte y potente, y lo contemplé llena de temor y de admiración.

Mi padre tenía parientes en la ciudad del Sur y cabalgamos hasta su casa, pero la encontramos vacía.

Los dayao construyen tres tipos de viviendas. Las casas de labor y las granjas son muy parecidas a las nuestras; los tyon y hontik de las ciudades viven en casas enormes y alargadas, como establos o graneros, en las que se apiñan muchas familias. Por último, los Verdaderos cóndores habitan en casas familiares excavadas en el

suelo, con unas paredes bajas de piedra por encima de la superficie, sin ventanas y con un tejado de madera terminado en punta. Su aspecto exterior recuerda un poco a los heyimas, pero el interior es totalmente distinto. La casa se divide en tantas dependencias como desean sus moradores, gracias a unos paneles móviles de madera y tela, de una altura inferior a los dos metros, que pueden acoplarse a las columnas o pértigas que sostienen el techo. El suelo está cubierto con varias capas de alfombras y las paredes aparecen revestidas de colgaduras de tela, a menudo unidas en un solo punto en el centro de la estancia, dando a ésta la forma de una tienda de campaña. La casa dayao recuerda los refugios subterráneos invernales y las tiendas de verano de los nómadas de las llanuras de la Hierba, igual que las viviendas de madera de Tachas Touchas recuerdan los bosques fluviales de la costa septentrional. Toda la calefacción e iluminación son eléctricas, gracias a molinos de viento y paneles solares. Cuando una de esas viviendas está amueblada, cubierta de tapices y bien iluminada, resulta muy cálida, confortable y acogedora. Sin embargo, la casa de los parientes de mi padre en la ciudad del Sur a la que llegamos esa noche estaba oscura y húmeda, con un fuerte olor a tierra y a orina. Mi padre se detuvo en la puerta de acceso y dijo como un niño: «¡Se han ido!».

Finalmente tuvimos que pasar la noche en otra casa del Cóndor. Mi padre me dejó con las mujeres de la casa y se fue a charlar con los hombres. Las mujeres me sonrieron e intentaron darme conversación, pero eran muy tímidas y yo estaba muy cansada y confundida. No podía entender por qué se comportaban como si me tuvieran miedo. Entre ellas, me sentía invadida por un cierto temor reverencial, como cuando de niña visité la Casa de las Escorias Volcánicas de Telina. Por todas partes había objetos metálicos; el cable de cobre parecía tan común entre ellos como entre nosotros la cuerda de cáñamo. También eran cocineras de innegable talento y, aunque la comida me resultaba extraña, la mayoría de los platos tenían un sabor excelente, después de la ternera salada y el cordero que robaban los soldados. Sin embargo su riqueza no fluía, y no compartían ni entregaban nada de buen grado. Algunas mujeres se llevaban el puño a la frente cada vez que hablaban conmigo, mientras que otras no me dirigían ni media palabra. Más adelante, descubrí que estas últimas eran las mujeres del Cóndor, y que quienes me sonreían y se llevaban el puño a la frente eran las *hontik*.

No guardo muchos recuerdos de los días que pasamos en la ciudad del Sur. Mi padre estaba preocupado y enfadado, y sólo le veía una vez al día para saludarle. Permanecí en todo momento con las mujeres. Entonces no sabía que las mujeres dayao siempre estaban juntas y no salían nunca. Como había oído hablar de guerras y había visto la ciudad llena de soldados armados, creí que habría combates en las murallas y que las mujeres permanecían dentro de las casas para que el enemigo no las raptara, como hacían los hombres dayao. Todo ello eran imaginaciones mías y más tarde descubrí que no había batalla alguna en las proximidades de la ciudad del Sur. Me sentí como una estúpida, pero en realidad tenía razón: las mujeres dayao

pasaban toda la vida encerradas. Entonces sólo pensé que estaban todas locas. Pasé con ellas todo el tiempo, dentro de las estancias cerradas y cálidas, brillantemente iluminadas mediante aparatos eléctricos, intentando aprender su idioma y cosiendo. Su manera de bordar me resultaba muy difícil y casi me volví loca tratando de mejorar mi habilidad con la aguja hora tras hora, cuando lo que deseaba era salir fuera, al aire libre y a la luz, con mi padre o sola. No disfruté de un solo instante de soledad.

Por fin dejamos la casa y la ciudad con rumbo al norte. Mientras estaba encerrada en la casa había echado mucho de menos la yegua alazana, y todos los días había soñado que volvía a montarla y que su olor me impregnaba las manos y las ropas. Por eso, cuando las mujeres me indicaron que subiera con ellas a una carreta cubierta, me negué en redondo. Una de las mujeres del Cóndor más ancianas me ordenó que obedeciera, y le repliqué: «¿Acaso estoy muerta? ¿Acaso soy una gallina?». Pero entre ellas parecía ser una costumbre que la gente rica y de buena salud viajara en carretas con ruedas, y la anciana no entendió a qué me refería. Se puso hecha una furia y yo también. Apareció entonces mi padre y empecé a decirle que quería montar en la yegua alazana; pero él se limitó a decirme: «Sube a la carreta», y continuó su camino. Me había mirado como a una más entre las mujeres, como a una gallina que cacareara entre un montón de aves de corral. Mi padre había sacrificado su alma a cambio del poder. Permanecí inmóvil unos instantes, asimilando lo mejor que pude aquel duro golpe mientras las demás gallinas piaban y cacareaban a mi alrededor, y finalmente me encaramé a la carreta. Ese día, mientras viajábamos con las lonas bajadas, medité más de lo que había hecho en mi vida sobre la condición del ser humano.

Nuestro avance no nos llevó directamente hacia el norte, sino que nos desviamos hacia el noroeste por otro camino amplio y de piso uniforme. Las mujeres que me acompañaban comentaron que íbamos a reunimos con el *marastso*, el ejército, para continuar el viaje con él. Efectivamente, al día siguiente nos encontramos con el grueso de las tropas. Todos los soldados que habían recorrido las tierras formando grupos para hacer acopio de los alimentos que les entregaban los habitantes de las pequeñas aldeas —actividad que ellos llamaban cobrar los tributos—, o que habían instalado campamentos en las tierras del río Oscuro y del volcán para impartir órdenes desde ellos —para mantener el orden, según sus palabras—, se estaban reuniendo en un lugar llamado Rembonyon, al que también se encaminaba nuestra partida. Todos seguíamos a un puñado de jefes o generales, uno de los cuales era mi padre.

Las diversas columnas que formaban el ejército aparecieron acompañadas de gran número de animales, y junto a éstos y los demás *hontik* venía una muchedumbre de *tyon*. En aquellos campamentos fue donde por primera vez vi mujeres robadas, a las que los hombres *dayao* habían arrancado de sus casas para violarlas a capricho. Como ya he dicho, algunas acompañaban a los soldados por propia voluntad, y un soldado

podía quedarse a una de tales mujeres y a sus hijos. Cuando lo supe, hice algún comentario sobre aquellas esposas hontik en nuestro campamento. Las mujeres de la familia de Tsaya Bele, con las cuales viajaba, se echaron a reír al escucharme y me explicaron que los hombres del Cóndor no se casan con hontik, sino únicamente con mujeres del Cóndor, hijas de otros hombres del Cóndor. Todas mis interlocutoras eran hijas de tales hombres y fueron muy rotundas en sus afirmaciones. En una nueva manifestación de mi estupidez, comenté:

—Pero mi padre, el Cóndor Terter Abhao, está casado con mi madre en el valle...

—Aquí ese matrimonio no vale —respondió una de las mujeres en tono amable. Sin embargo, cuando intenté responder a sus palabras, la anciana Tsaya Maya Bele me interrumpió para decir:

—¡No puede haber matrimonio entre un hombre y un animal, muchacha! Cállate y aprende cuál es tu lugar. Te hemos tratado como a una hija del Cóndor, no como a una salvaje. Así que compórtate como tal.

Sus palabras tenían un tono amenazador, y obedecí.

Además de aprender algunas otras cosas por el estilo, que no tenía el menor interés por conocer, disfruté del lento viaje a Rembonyon con los dayao pues no tuve que permanecer en la carreta, sino que pude caminar junto a ésta siempre que no me alejara. Por la noche se instalaban grandes tiendas, toda una ciudad de tiendas que se alzaba en un abrir y cerrar de ojos. El interior de los refugios era cálido y bien iluminado. Las mujeres se sentaban sobre unas gruesas alfombras rojas y cocinaban, charlaban, reían y bebían un té fuerte de bayas de leño colorado o un aguardiente de miel. Fuera de las tiendas, los hombres se llamaban a grandes voces bajo el frío y la oscuridad, los caballos piafaban en el cercado y el ganado mugía un poco más allá, donde se distinguía el resplandor de las fogatas de los campesinos. Al caer la noche, estos campesinos entonaban largas canciones melancólicas y llenas de tristeza que parecían llevar dentro el desierto.

Quizá los dayao hubieran debido mantenerse en un perpetuo peregrinar; quizá su fuerza como pueblo estaba en su nomadismo, en su calidad de trashumantes, como lo habían sido en las tierras al norte del Mar de Omorn, y antes en las llanuras de la Hierba. Hace cien años o tal vez más, los dayao obedecieron a uno de sus cóndores, que tras haber tenido una visión les hizo saber que el Uno les ordenaba edificar una ciudad y habitar en ella. Cuando lo hicieron, encerraron sus energías en la rueda y así empezaron a perder sus almas.

Tras congregarse en Rembonyon, el gran convoy de animales, carros y seres humanos se puso en marcha por las tierras altas y desoladas al noreste de Kulkun Eraian. Delante y detrás de nosotros, humeaban los volcanes. Aumentó el frío y un viento de frente trajo unas nubes oscuras que cubrieron el firmamento. Llegamos a la ciudad del Cóndor cruzando un erial de lava negra y áspera bajo una nevada. Nunca hasta entonces había caminado por la nieve.

Sai estaba amurallada y tenía una puerta custodiada de gran tamaño y belleza;

fuera de las murallas había incontables graneros, establos, tiendas y barracones militares, mientras que en el interior del recinto las calles eran rectas y anchas como las de la ciudad del Sur, aunque más amplias y extensas. La calle que arrancaba de la puerta de entrada terminaba en un enorme edificio con incontables hileras de ventanas. Los barracones militares y las viviendas familiares eran más altos, sólidos y espléndidos que en la ciudad del Sur. La Casa de los Terter en Sai tenía su propia muralla alrededor de los jardines, y era de piedra negra pulimentada. El techo era de cedro tallado con plataformas y pasarelas. Debajo, en el interior, las estancias parecían interminables, llenas de apartamentos, tabiques divisorios, rincones ocultos con biombos, esquinas y ángulos. Todas las estancias carecían de ventanas pero estaban perfectamente iluminadas y eran cálidas como el sedoso cubil del ratón de campo en su madriguera de múltiples túneles. Las habitaciones más interiores eran los aposentos de las mujeres. Mi padre me condujo inmediatamente a ellas. Cuando se volvió para marcharse, le agarré del brazo.

—Por favor, no quiero quedarme aquí —le supliqué.

—Ahora vives aquí, Ayatyu. Ésta es tu casa —dijo sin acritud.

—Tú eres mi padre, pero ésta no es mi casa.

—Es el hogar de mi padre y por tanto también el mío y el tuyo. Cuando hayas descansado te llevaré ante él. Para entonces quiero que estés radiante. Nada de lágrimas ni de aspecto fatigado. Ve a tomar un baño, descansa, vístete y empieza a conocer a las demás chicas. Ellas cuidarán de ti. Volveré a buscarte por la mañana.

Tras esto, se marchó rodeado de gente que se llevaba el puño a la ente a su paso. Yo me quedé con las mujeres, bañada en lágrimas.



En aquella casa las dos clases de mujeres, las hijas del Cóndor y las hontik, eran tan diferentes como las ovejas de las cabras. Ninguna de las hijas del Cóndor me dirigió la palabra esa primera noche, sino que me dejaron entre las hontik. Me alegré de que así fuera ya que las hontik se parecían más a las mujeres del valle, pero observé que me tenían un miedo más cervical todavía que las mujeres de la ciudad del Sur. Les oí hablar de mí, pero cuando les dirigí la palabra en su idioma se quedaron mirándome fijamente y sin decir nada hasta que me sentí como un cuervo parlanchín.

No me dejaban sola un instante, pero tampoco se acercaban. Por fin entró una muchacha que parecía de mi edad, o quizás un poco más joven, y dotada de un espíritu despierto y animoso. Nos pusimos a hablar y pareció entender mis palabras. Dijo que se llamaba Esiryu. Me llevó a tomar un baño, pues estaba sucia tras el viaje; luego buscó un pequeño aposento para pasar la noche y se quedó junto a mí. A menudo la muchacha hablaba demasiado deprisa y no le entendía, pero en todo caso comprendí que deseaba ser mi amiga y que también quería que yo la considerara del mismo modo; la muchacha era tan servicial y rápida como lo había sido la yegua alazana.

Cuando me hubo cepillado el cabello, le dije:

—Muy bien, ahora yo te cepillaré el tuyo.

Ella se echó a reír y dijo:

—¡Oh, no, hija del Cóndor!

Sin Esiryu jamás habría podido adaptarme a la vida en la Casa de los Terter. Hacía lo que ella me indicaba y me abstenía de hacer lo que ella me decía. Aunque era mi esclava, yo seguía obediente sus indicaciones.

Mi padre regresó a la mañana siguiente vestido con esplendidos ropajes de lana con dibujos en rojo y negro. Avancé hacia él y me estrechó entre sus brazos, pero gritó a las demás mujeres.

—¿Cómo no se le han dado a Terter Ayaty Belela las ropas adecuadas para su presentación?

Se produjo entonces un apresurado ir y venir y un incesante saludar con el puño en la frente de las hontik y las hijas del Cóndor. Fui vestida apresuradamente con la falda fina y el corpiño que lucían las hijas del Cóndor, junto con un pañuelo de cabeza de finísima gasa. Esiryu ya había trenzado mis cabellos al estilo de las mujeres dayao, de modo que todo estaba a punto. Mi padre dijo a las mujeres algunas cosas más que las hicieron encogerse y apartar la mirada. Luego me cogió de la mano y me llevó apresuradamente por pasillos y salones. Me cayó de la cabeza el pañuelo y él volvió atrás para recogerlo. Después me lo colocó de manera que me ocultara el rostro. Yo no tenía problemas para ver a través de él, pero no quería llevarlo de aquel modo y me lo quité:

—¡Póntelo como estaba! —exclamó él. No se trataba de una mera orden, sino de una muestra de cólera; mi padre estaba inquieto—. ¡Colócalo como lo llevabas, sobre el rostro! ¡Y cuando llegues ante mi padre, salúdale!

Acompañó sus palabras con el gesto de llevarse el puño a la frente y me obligó a repetirlo para asegurarse de que sabría hacerlo.

Hice todo cuanto me dijo. Su inquietud me atemorizaba.

Terter Gebe era un anciano, delgado y bien parecido, que gozaba de una autoridad manifiesta. Era fácil comportarse con respeto y cortesía en su presencia; parecía el oficiante de un gran wakwa, lleno de la fuerza y la dignidad de la ceremonia. Sin embargo, el oficiante devuelve esa fuerza y esa dignidad, las deja ir al final del

wakwa; en cambio Terter Gebe las había guardado totalmente para sí durante sesenta años. Todo lo que le daban los demás, lo guardaba; y consideraba, igual que los demás, que dicha fuerza y dignidad *le pertenecían*. Yo no lo creía, pero como realmente estaba en él le honré por ello. Lo hice como una hija del Cóndor, llevándome el puño a la frente como señal de respeto, y mantuve el velo sobre mi rostro hasta que él lo alzó y me contempló durante unos instantes. Aquella mirada directa, insolente, me resultó difícil de soportar. Luego, el padre de mi padre dijo:

—¡Etyeharazra puputyela! —que significa: «¡Sé bienvenida, nieta!».

—Gracias, abuelo —respondí en su idioma.

Me dedicó entonces una mirada penetrante, escrutadora. Terter Gebe jamás sonreía. Se volvió a mi padre y le dijo algo que guardé en mi recuerdo hasta que pude preguntarle a Esiryu su significado. Lo que había dicho era, «¡será mejor que cases a esa chica enseguida!».

Mi padre se echó a reír. Ahora parecía relajado y feliz. Padre e hijo estuvieron conversando un rato. Mientras, yo permanecí ante ellos como una estatua humana, sin hablar ni moverme. Intenté mantener la mirada baja, como hacían las mujeres hontik en presencia de los cóndores, pero deseaba contemplar a mi abuelo. Cada vez que le robaba una mirada, él se daba cuenta. Por fin, lenta y cautelosamente, dejé que el velo me cubriera de nuevo el rostro. A través de él, podía mirarle sin que él pudiera saber si lo estaba haciendo o no. Es fácil aprender a ser una esclava. Los trucos de la esclavitud son como pulgas que saltan de una ardilla muerta a la piel de una; antes de que puedas darte cuenta, ya tienes encima la plaga. Y todos los instrumentos de la esclavitud son armas de doble filo.

Dado que Terter Gebe me había aceptado como nieta, las hijas de su casa tuvieron que tratarme como a una igual, y no como a un animal o un ser humano primitivo. Algunas estaban dispuestas a mostrarse amistosas en cuanto tuvieran permiso para ello. La vida dentro de los aposentos de las mujeres era trivial en demasía y enormemente aburrida, y la presencia de una persona nueva representaba para ellas una fuente de gran excitación e interés. En cambio, otras estaban en peor disposición. Yo deseaba que mi padre no les diera órdenes ni les recriminara como lo hacía; él intentaba con ello ayudarme y defenderme, pero cada reverencia, cada sonrisa y cada saludo con el puño en la frente que le dedicaban se transformaba en una burla, un desaire o una jugarreta contra mí cuando él desaparecía para dar órdenes en otra parte y yo tenía que quedarme en la casa con ellas. Eran las contradicciones que, según mi parecer, cabía esperar en una casa y una familia dispuestas como un corral de himpís.

La madre de mi padre había muerto muchos años atrás y su esposo no había vuelto a casarse; la viuda del hermano de mi padre era quien mandaba a las mujeres de la casa. Entre los dayao, la figura del jefe estaba presente en todos los órdenes de la vida. Si dos de ellos se juntaban para alcanzar un fin, uno de los dos tenía que ser el jefe. Todo cuanto hacían era como una guerra. Incluso cuando varios hombres trabajaban en equipo, uno de ellos era el jefe de esa labor, como si trabajar fuera igual

que hacer la guerra; incluso entre los niños, en sus juegos infantiles, había uno que decía a los demás lo que debían hacer, aunque al menos en este caso se peleaban para decidir quién sería. Así pues, mi tía, Terter Zadyaya Bele, era la general de las mujeres de la casa de los Terter, y mi presencia allí le desagradaba. Yo pensaba que estaba avergonzada de mí, de una hontik, una medio animal. Esto me resultaba muy familiar, pues estaba acostumbrada a que me consideraran una media persona, y por eso la odiaba. Ahora creo que me tenía miedo. Aunque yo fuera primitiva, extranjera o animal, ella me veía como la única hija del Cóndor Terter y temía que un día quisiera arrebatarle su fuerza y su dignidad. Creo que todo nos habría ido mejor si hubiéramos podido hablar y trabajar juntas y llegar a conocernos más profundamente, pues no era una persona maliciosa ni resentida. Pero mi timidez y nuestra mutua falta de entendimiento, perpetuada por sus celos y temores a perder su poder, impidieron una buena relación entre nosotras. En todo caso, ella nunca me tocaba y le desagradaba acercarse a mí, pues yo era purutik, impura.

Posiblemente, lo más interesante que podría contar sobre los dayao sería su modo de entender el mundo, su concepción del alma, y algo puedo explicar de ella a lo largo de mi relato; en cambio, en lo que se refiere a sus wakwas y ritos y a los conceptos más profundos de su pensamiento, poco fue lo que aprendí. No había libro alguno e ignoro qué les enseñarían a los hombres; en cuanto a las mujeres y a las muchachas, no aprendían nada más allá de las tareas domésticas. Las mujeres tenían prohibida la entrada a los recintos sagrados de sus heyimas, que ellos denominan *daharda*. Ninguna mujer podía pasar del vestíbulo de entrada al *daharda* para escuchar los cánticos del interior en determinadas celebraciones importantes. Las mujeres tampoco participaban en la vida intelectual de los dayao; se las mantiene encerradas y además, excluidas. No fueron los hombres, sino las mujeres, quienes me dijeron que ellas no tenían alma. Siendo así las cosas, es lógico que las mujeres tuvieran poco interés por conocer los caminos del alma. Todo cuanto sé acerca de los dayao lo aprendí de aquí y de allá, por lo que me resulta difícil exponer una visión de conjunto. He aquí mis conclusiones, presentadas del mejor modo que me es posible:

El Uno lo hizo todo de la nada. El Uno es una persona, y es inmortal y todopoderoso. Los seres humanos varones son imitaciones del Uno. Éste no es el universo, sino que el universo es obra suya y cumple sus órdenes. Las cosas no son parte del Uno ni éste es parte de ellas, por lo que no se debe alabar las cosas sino solamente al Uno. Sin embargo el Uno se refleja en el Cóndor, de modo que debe alabarse y obedecer al Cóndor. En cuanto a los Verdaderos cóndores y a los guerreros del Uno, todos los cuales reciben el nombre de hijos del Cóndor o hijos del Hijo, son reflejos del reflejo del Uno, y por ello también deben ser alabados y obedecidos. Los tyon son reflejos muy débiles y difusos del Uno y quedan muy alejados de él, pero aun así poseen un grado suficiente del poder del Uno para ser llamados seres humanos. Nadie más puede recibir la consideración de ser humano. Los hontik, es decir, las mujeres, los extranjeros y los animales, no tienen ninguna relación con el

Uno; son seres purutik, impuros y sucios, creados por el Uno para servir y obedecer a los hijos. Así es como lo plantean los dayao. A mí me parece un tanto complicado, ya que las hijas del Cóndor dan órdenes a los tyon y hablan a éstos como si fueran seres impuros. Sin embargo esta discrepancia apenas tiene reflejo en la práctica, pues todas las hijas del Cóndor viven en la ciudad y rara vez ven a los campesinos. Las cosas debían de ser muy distintas cuando los dayao eran nómadas, pero quizás empezaron entonces, también, como una cuestión de celos sexuales: los hombres jefes intentarían mantener «puras» a sus esposas e hijas, y las mujeres se apartarían voluntariamente de los extranjeros que encontraran en sus migraciones hasta que, por fin, todas ellas llegarían a pensar que ser una persona equivalía a estar apartadas de todos y de todo.

Según dicen, igual que hubo un tiempo en que el Uno lo creó todo, llegará un día en que todo dejará de ser, en que el Uno deshará el universo. Entonces empezará el Tiempo Fuera del Tiempo. Y el Uno lo arrojará todo fuera salvo a los Verdaderos cóndores, y a los guerreros del Uno, que le obedecieron en todo a lo largo de su vida y que fueron sus esclavos. Estos pasarán entonces a ser parte del Uno para siempre. Estoy segura de que todo lo anterior tiene algún sentido, pero no soy capaz de entenderlo.

Algunas de las cosas que aprendí en la Logia del Cordero de Sinshan fueron enseñanzas de la Logia de los Guerreros aprendidas de los soldados del Cóndor durante los años que éstos permanecieron en el valle. Los hombres de la Logia de los Guerreros creían seguir y practicar los usos de los verdaderos cóndores, pero en realidad todavía estaban más lejos que yo de comprenderlos. Es cierto que los guerreros consideraban a los hombres mejores que las mujeres y que afirmaban que nada tenía valor salvo el Uno y los hombres, pero en todo lo demás estaban muy equivocados, incluso en las razones que guiaban tales consideraciones. No creo que la mayoría de los guerreros comprendieran siquiera que, en realidad, sólo existía un único Uno. Sus mentes y sus almas eran demasiado sucias e impuras. Este aspecto, esta existencia de personas purutik, impuras, tenía cierto sentido para mí según el planteamiento de los dayao. Para que un espejo refleje las imágenes debe estar limpio. Cuanto más limpio, cuanto más claro y más puro sea, mejor será su reflejo. Los guerreros Verdaderos cóndores sólo debían ser una cosa, reflejos del Uno; debían apartarse de todo el resto de la existencia, borrar ésta de sus mentes y de sus almas, dar muerte al mundo, para poder así permanecer perfectamente puros. Ésta fue la razón de que a mi padre le otorgaran el nombre de Muertes. Tenía que vivir fuera del mundo, dándole muerte, para mostrar la gloria del Uno.

Quizá parezca cómica esta visión del espíritu que presento. Ello se debe, a mi propia voz; soy yo el payaso, ya que no puedo evitar las contradicciones. La concepción del mundo entre los dayao carecía de cómicos y de comicidad, carecía de contradicciones o complicaciones. Era unívoca, directa, terrible.

La tercera parte del relato de Piedra Parlante empieza [aquí](#).

OBRAS DE teatro



UNA NOTA SOBRE LA ESCENIFICACIÓN EN EL VALLE

El único teatro permanente del valle estaba en Wakwaha, en el lado noroeste del gran Lugar de las Danzas. Era un edificio similar a los heyimas, construido por encima de la superficie con un techo muy empinado y un eficaz sistema de ventilación e iluminación, tanto natural como artificial. En términos generales, tenía forma oval. El escenario estaba elevado y el público ocupaba cómodos bancos con respaldo, en los que cabían unos doscientos espectadores.

Kastoha y Telina tenían escenarios, pero no teatros. En ambos lugares, el escenario se guardaba desmontado en un cobertizo utilizado como almacén hasta que se solicitaba para una representación. El escenario constaba de dos grandes plataformas unidas en el centro por una tercera plataforma más pequeña, circular, que solía quedar elevada aproximadamente a un palmo sobre las otras dos. La plataforma grande de la izquierda quedaba más cerca del público que la derecha. Tal escenario se instalaba en uno de los lugares comunes, protegidos por un toldo en caso necesario.

Las ciudades pequeñas no disponían de escenario. Cuando una Logia o un heyimas representaba una obra, o cuando acudía algún grupo de actores ambulantes, se marcaba el suelo del espacio común de la ciudad con una gran figura de heyiya-if, con el brazo izquierdo de ésta más próximo al público, o se marcaba de modo similar el suelo de un granero o taller de dimensiones suficientes.

Si se disponía de escenario, éste quedaba lo bastante elevado para que los músicos pudieran sentarse en el suelo delante del mismo sin tapar a los actores. Si el escenario estaba simplemente marcado en el suelo, los músicos se colocaban en semicírculo detrás de la zona central.

El escenario de la izquierda era la Tierra; el de la derecha, el Cielo; y el centro, la plataforma circular elevada o eje de la heyiya-if, la montaña o la intersección.

La noche de bodas en Chukulmas



La noche de bodas en Chukulmas era una de las obras que se representaba antes del drama ritual *Awar* y *Bulekwe*, la noche del segundo día de la Danza del Mundo en Wakwaha.

El libreto de actores del que se hizo la traducción sólo recogía los diálogos; las descripciones del escenario y la puesta en escena fueron proporcionadas por los actores y ampliadas por la traductora después de asistir a una representación de la obra.



El escenario se dividía del modo acostumbrado en los dos Brazos del Mundo; el eje, o punto de conexión-división, quedaba representado por una elevación en el centro. El madroño que ocuparía el escenario central en la obra sagrada que presentaremos a continuación, podía ocupar ya esa posición: un árbol joven vivo plantado en un tonel de madera de madroño. En esta obra el escenario de la izquierda representa la ciudad de Chukulmas, y en concreto el interior de una casa de la Serpentina; el escenario de la derecha representa el Lugar de las Danzas de Chukulmas, y en concreto el interior del heyimas de la Arcilla Azul; finalmente, el árbol del centro da sombra, primero, al camino entre los dos brazos de la ciudad, y más tarde a la Logia del Adobe Negro.

Los músicos tocan el Tono del Comienzo.

Entran unos hombres por la izquierda, entonando una de las canciones tradicionales de la Danza del Mundo del segundo día de la festividad, cantada por la Casa de la Arcilla Azul: canciones para cazar animales, quizá la Canción de la Danza del Ciervo, o tonadas menos elaboradas como la Canción de la Arcilla:

Corriendo arriba y abajo
kekeya heya, kekeya heya,
el mundo del pino excavador,
kekeya heya,
¡el mundo del pino excavador!

Los hombres cruzan el eje cantando y entran en el lugar de las danzas, la zona en la curva de los cinco edificios de los heyimas. Mediante gestos estilizados, cada uno de ellos da a entender que desciende por la escalera, al interior del heyimas. Cuando todos han entrado en éste, la música cesa.

EL PORTAVOZ DEL HEYIMAS:

Ha llegado el momento de aderezar la cena de todos los hombres de nuestra casa que se disponen a contraer matrimonio. Cada uno de ellos dejará la familia de su madre y la casa de sus madres, regresando pero volviendo a dejarlas de nuevo, hasta que muera y regrese a la Arcilla Azul. Esta noche los jóvenes nos dejan para casarse por primera vez. Es el momento de aderezar la cena de bodas para ellos.

El coro consta habitualmente de nueve personas; en este caso, son diez. Salvo que se indique lo contrario, sólo habla un miembro del coro cada vez.

CORO I:

Todo está preparado. Los ancianos están aderezando los platos.

PORTAVOZ:

¿Por qué no estás ayudándoles?

CORO I:

Pensaba que yo comería esa cena, en lugar de servirla.

PORTAVOZ:

¡Pero si ya te has casado tres veces!

CORO I:

Y sólo una de ellas he tenido una cena así. No merece la pena.

PORTAVOZ:

Aparta las manos de esos pasteles.

CORO I:

Está bien, está bien, pero aquí hay muchísima comida para sólo tres hombres. ¡Jóvenes idiotas! En cualquier caso, ¿para qué quieren casarse? Esto es lo único bueno de tal decisión: esta cena de bodas. Después, muchachos, las cosas son muy distintas. Primero viene la esposa, eso está bien, pero luego viene la madre de la esposa y eso ya no está tan bien, y luego llega la tía de la esposa y la tía abuela, y eso ya no está nada bien, y por fin... ¡por fin llega incluso la madre de la suegra! ¡Ah, no sabéis, no sabéis lo que estáis haciendo! ¡No sabéis dónde os estáis metiendo! ¡Y ninguna de esas mujeres os preparará jamás una cena ni la mitad de opípara que ésta!

PORTAVOZ:

Todo está a punto. Es el momento oportuno para cantar a los novios al banquete.

El resto del coro ha estado imitando con gestos la presentación del banquete de bodas. Ahora, el portavoz y seis hombres del coro se colocan a la derecha y cantan el primer verso de la Canción de Bodas (que no aparece escrita en el texto). Cuatro jóvenes del coro toman asiento frente a ellos como si asistieran al banquete nupcial en la mesa baja. Uno de ellos se sienta de espaldas al público.

CORO (susurran al unísono):

¿Quién es ése?

PORTAVOZ:

Aquí hay cuatro hombres que van a casarse.

CORO II:

Este banquete ha sido preparado para tres comensales.

PORTAVOZ:

¿Quién es él? ¿Quién es ése?

El que está sentado a la derecha.

Lleva las ropas de la última noche.

¡Oh, joven novio,

no debes comer esos manjares

con las manos sucias de ceniza!



Las «ropas de la última noche» son la vestimenta de luto que lucen los bailarines del Adobe Negro la primera noche de la Danza del Mundo, en la ceremonia del luto: son ropas negras y ajustadas, que cubren las extremidades como una venda; las manos y los pies, desnudos, van tiznados de cenizas blancas. Hasta que toman asiento, el Cuarto Novio ha permanecido oculto entre el coro. Ahora vemos sus ropas y observamos que lleva la cabeza cubierta con un velo negro, de fina gasa.

CORO II:

Traeré agua.

PORTAVOZ:

¿Vais a lavaros las manos

en el agua vertida

del cántaro azul

a la jofaina de arcilla?

CORO II:

He vertido el agua.

PORTAVOZ:

¡Oh, joven novio,

no puedes casarte

callado, en silencio!

El Cuarto Novio no responde, sino que permanece sentado meciendo el cuerpo

ligeramente, como hacen los asistentes durante la ceremonia del luto de la noche anterior.

PORTAVOZ:

Joven, ahora debes decir
el nombre de tu esposa,
el nombre de su casa.

EL CUARTO NOVIO:

Se llama Turquesa
de la Serpentina.

CORO III:

Este hombre debe de ser de otra ciudad, pues habla de modo muy extraño. Quizá ni siquiera sea del valle. Puede que sea una persona sin casa. ¿Qué está haciendo aquí? ¿A qué ha venido?

EL CUARTO NOVIO:

Mi Casa es la Arcilla Azul.
Y ésta es mi boda.

PORTAVOZ:

Entonces toma la cena
que hemos hecho para ti
en tu Casa de la Arcilla Azul,
la casa de tu vida,
y te cantaremos
cuando sea el momento oportuno
a tu novia, a tu esposa,
a tu casa de matrimonio,
a la casa de tus hijos.

Mientras el portavoz y el coro les sirven, los cuatro novios comen. En el escenario de la izquierda hacen su entrada unas mujeres, y la acción se traslada a ese lugar; los hombres de la Arcilla Azul siguen sentados o arrodillados en el lado derecho, inmóviles. Las mujeres entran cantando una canción del Segundo Día del Mundo propia de su casa, la Serpentina, como la Canción de Contar las Hierbas. Se trata de la abuela y un coro de diez mujeres, en lugar de las nueve habituales. Cuando han entrado todas, termina la canción y emprenden la rápida y animada danza de la limpieza casera.

ABUELA:

¡Preparadlo todo!
¡Apresuraos! ¡Rápido!

CORO (varias voces solistas cantan sucesivamente los versos):

¿Dónde está la escobilla de los fogones?

¿Está deshecha la cama?
No logro encontrar el cable.
¡No necesitarán la lámpara!
Pondré las sábanas buenas. [etcétera: improvisado].
¡Ya está, abuela!

ABUELA:

¿Dónde se ha metido nuestra chica,
la que va a casarse hoy,
esta noche? ¿Dónde está?

Se adelantan dos muchachas del coro, una vestida con las ropas nupciales amarillas, anaranjadas y rojas, y la otra con las vestimentas oscuras de luto de la noche anterior.

CORO (susurra al unísono):

¿Quién es la otra?

ABUELA:

¡Ven, deja que te vea,
luz del verano!
¡Ah, ése fue mi corpiño,
cuando yo me casé!
¿Quién es esa otra?

PRIMERA NOVIA:

No lo sé, madre.

ABUELA:

¡Aurora estival, amanecer!
Bien, ese hombre de la Arcilla Azul
es sabio y afortunado.
Es bien recibido aquí.
Déjale, por tu bien,
vivir bajo este techo,
en la casa de sus hijos.
¡Déjale entrar ahora!
¡Deja entrar al hombre!

CORO I:

Escucha, abuela.
Hay otra.
Hay una extraña.

ABUELA:

¿Quién es esta mujer?

La Segunda Novia permanece callada y no responde. Lleva la cabeza cubierta con un velo negro de fina gasa.

ABUELA:

Muchacha, has estado caminando entre los fogones; llevas ceniza en los pies. Muchacha, debes de haber quemado el pan; llevas hollín en las manos. ¿Acaso has subido a los árboles, muchacha? Llevas resina en la cara. ¿No te lavas antes de tu boda? ¿Quién eres? ¿A qué has venido aquí? ¿Qué estás haciendo en mi casa, en una noche de bodas, en la segunda noche del Mundo?

CORO II:

¿Por qué está llorando
en la Noche de Bodas?

ABUELA:

¿De qué casa eres?

SEGUNDA NOVIA:

De la Serpentina.

ABUELA:

¿Y de qué familia?

SEGUNDA NOVIA:

Soy hija de Inundación,
y nieta de Tollón.

ABUELA:

No conozco a esas personas. Jamás he oído hablar de esa familia. Esa gente no vive en Chukulmas. Debe ser de otro sitio. Regresa allí. No puedes entrar en esta familia y casarte. Por cierto, ¿con quién vas a casarte?

SEGUNDA NOVIA:

¡Voy a casarme con Trueno
de la Segunda Casa!

Cuando pronuncia estas palabras, los hombres que están en el lado derecho del escenario se ponen en pie y empiezan a aproximarse al centro del escenario, bailando lentamente y entonando el primer verso de la Canción de Bodas, en voz muy baja y tierna.

ABUELA:

No lo conozco. En esta ciudad no vive nadie que se llame Trueno. Debes de estar loca, mujer; debes de ser una mujer de los bosques que ha perdido el juicio por haber vivido demasiado tiempo sola. Te estás imaginando el mundo. ¡Pues bien, éste es el mundo que nos dio forma a nosotras! Y esta noche lo estamos bailando. Puedes bailar con nosotras si te quitas esas ropas de la última noche y te lavas las manos y los pies, pero no puedes casarte aquí porque ésta no es tu familia y aquí no hay ningún marido para ti.

SEGUNDA NOVIA:

Traigo a mi esposo

a la casa de mis hijas.

CORO (susurra al unísono):

A la casa de sus hijas.

ABUELA:

¿De qué estás hablando, muchacha? Sólo dices tonterías. Debes estar loca. Ya basta. Vete, márchate, vuelve al lugar de donde has venido. Estás estropeando la Noche de Bodas. ¡Vete!

La Segunda Novia da media vuelta y se dirige lentamente hacia el centro del escenario mientras las mujeres de la familia permanecen inmóviles, observándola. La fila del hombre que llega cantando desde el fondo se detiene y enmudece al contemplar al Cuarto Novio, que se adelanta. La novia y el novio quedan frente a frente a ambos lados del eje, bajo el madroño.

NOVIA:

Sin casa. Sin esperanza.

NOVIO:

Nos cantan a nosotros,
para casarnos.

NOVIA:

Demasiado tarde. Demasiado tiempo.

NOVIO:

¡Yo tuve la culpa!

NOVIA:

Ahora no importa.

La novia se da la vuelta dirigiéndose muy lentamente hacia el fondo del escenario, detrás del árbol. Del coro de hombres se adelanta un anciano y dice al portavoz:

ANCIANO:

¿Puedo hablar con ella?

PORTAVOZ:

¡Impídele que se vaya!

ANCIANO:

Mujer que derramas lágrimas,
dime tu nombre.

NOVIA:

Turquesa era mi nombre.

ANCIANO:

¿Hija de Inundación,
hija de Tollón?

NOVIA:

Ésa fui.

ANCIANO (dirigiéndose al novio):

¿Tú eres Trueno,
hijo de Bailarina del Arroyo?

NOVIO:

Hijo suyo fui.

ANCIANO:

Estas dos personas murieron hace mucho tiempo. Yo he tenido una larga existencia, pero estas personas murieron mucho antes de que yo naciera. Eran dos jóvenes de esta ciudad que se acostaban juntos, a punto estaban de casarse. Entonces se pelearon. Ignoro qué sucedió. Era una historia que contaba la gente cuando yo era niño; era una antigua historia y yo aún era un niño y no entendía muy bien, ni prestaba tampoco gran atención. El muchacho murió; quizá se mató llevado por la cólera. Quizá fue eso lo que sucedió. La muchacha le había dicho que se casaría con otro, y por eso él se mató. Y ella jamás se casó con ese otro hombre ni con ninguno. La muchacha murió joven y sin casarse. No sé cómo fue su muerte. Quizá también se suicidó. Sólo recuerdo sus nombres y a los ancianos que contaban esta triste historia sucedida cuando ellos eran jóvenes. ¿Cómo fue vuestra muerte? ¿Acaso os suicidasteis? El suicidio es un acto cruel.

La novia y el novio se ponen en cuclillas y balancean sus cuerpos, sin responder.

ANCIANO:

Lo lamento.
Hace mucho que sucedió.
Ahora ya no importa.

PORTAVOZ:

¿Qué es lo que quieren?

ABUELA:

¿Por qué han venido aquí?

NOVIO:

Para casarnos.

NOVIA:

Para casarnos.

PORTAVOZ:

Los muertos no pueden casarse
en la Casa de la Vida.
¿Cómo podemos ayudarles?

La abuela se adelanta hasta quedar frente a frente con el portavoz, a ambos lados del eje, ella detrás de la novia, él detrás del novio.

ABUELA:

No podemos ayudarles.
Escucha. ¡Están muertos!
No se puede hacer nada.
Nadie se casa
en las Cuatro Casas,
en el otro lado.

COROS (al unísono, en voz baja, en frases cantadas en el Tono de Continuidad):

Nadie puede casarse
donde ahora viven,
en las Cuatro Casas.
Están cansados de lamentarse.
Cometieron un error.

ABUELA:

No se puede hacer nada.
Es imposible donde ahora están.

PORTAVOZ:

Mi corazón no soporta ver
un pesar que sobrevive a la vida.
Hubo un tiempo en que vivieron aquí,
en que fueron gente de nuestra ciudad,
de la Arcilla Azul y de la Serpentina.
Dejemos que se casen
aquí en Chukulmas
en la casa oscura
en el Adobe Negro.
¿Qué hay de malo en ello?

El anciano avanza hasta el escenario central y se sitúa bajo el árbol, entre la novia y el novio.

ANCIANO:

Ésta es mi familia:
Yo soy el portavoz
del Adobe Negro.
Creo que está bien hacerlo,
que es correcto
terminar con sus penas.
Venid conmigo, hijos
de las Cuatro Casas,
Turquesa y Trueno.

Yo os invoco: venid.
Y os casaréis.
Bajo la tierra,
dentro del mundo.

PORTAVOZ:

¡Vosotros, hombres y mujeres
de las Cinco Casas,
cantadles su boda!

El anciano se encamina directamente hacia atrás y desciende tras el escenario central, hasta desaparecer de la vista. Los fantasmas le siguen. Cuando se encuentran detrás del anciano, se cogen de las manos, con la mano derecha de la novia en la izquierda del novio. Los dos coros cantan el segundo verso de la Canción de Bodas.

ABUELA:

Recordad lo que os digo: nada bueno
resultará de esto.

El anciano y los fantasmas han desaparecido. Mientras los coros siguen cantando, la joven novia de la Serpentina vestida con espléndidas ropas se adelanta al encuentro de uno de los novios de la Arcilla Azul, que también va vestido de carmesí y azafrán.

NOVIA:

Ven a mi casa.

NOVIO:

Lo haré con gusto.

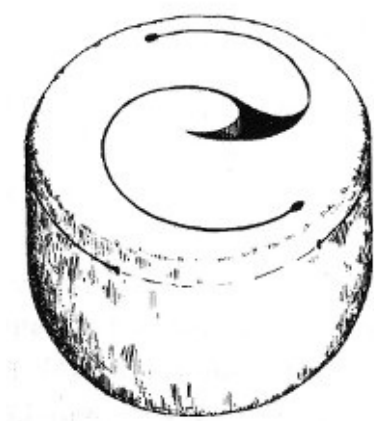
ABUELA:

¡Cantadles, pues, la canción!

PORTAVOZ:

¡Cantadles su boda!

Todos empiezan a bailar lentamente y la fila avanza por la izquierda mientras entona los últimos versos de la Canción de Bodas al compás de la música, hasta iniciar por último el Tono Final.



El Vociferador, la Pelirroja y los osos

*Todo este texto es una traducción de un manuscrito de la biblioteca de la Logia del
Madroño de Telina-na*

Ésta es una obra teatral con música. Los tambores baten cinco y cinco, y el Tono de Comienzo.

Nueve Osos aparecen por la izquierda, ascienden la montaña y llegan a lo alto, uno a uno.

Allí danzan al son de la música en la Casa de la Muerte y la Lluvia.

Bodo empieza a vociferar bajo el escenario de la izquierda. Los osos van a esperarle, ocultos tras la montaña. Bodo aparece en el escenario de la izquierda. Es un anciano de andares renqueantes que se acerca sollozando, dando voces y agitando los brazos.

Bodo dice:

¿Para qué nací?
¿Por qué razón?
¿Para qué estoy aquí?
¿Qué debo hacer aquí?
¡Dadme una respuesta!
¿Para qué nací?
¡Dadme una respuesta!
¡Decidme por qué! ¿Por qué?
¡Decídmelo ahora! ¡Ahora!

Los osos empiezan a acercarse a Bodo mientras éste vocifera y baila. Bodo está de espaldas, pero cuando los osos adelantan sus zarpas hacia él, los esquivo; los osos se mueven con lentitud y Bodo es muy rápido y ágil. Poco a poco, los osos lo conducen hacia la montaña. El anciano empieza a subir por ella, dando gritos.

Bodo grita:

¿Por qué vine aquí
a vivir en esta casa?
¡Descubriré la razón!
¡Descubriré la respuesta!
¡Yah! ¡Al fin la he encontrado!

Cae al suelo de bruces. Los osos se retiran tras la montaña. Bodo se incorpora de rodillas, inclina la cabeza, se frota el rostro contra el suelo formando círculos, se

tiende por completo, se revuelca, se arroja tierra sobre la cabeza, y por último se pone a cantar con un falsete en una postura humilde, en cuclillas.

Bodo canta:

¡Oh, Revelación!
¡Oh, Comprensión!
Al Santo adoro,
al Divino rindo culto,
al Amo obedezco,
la Respuesta escucho,
en la Razón creo.
¡Resplandor de la luz!
¡Oh, Eterno!
¡Poder infinito!
¡Poder infinito!

Bodo canta y se arrastra.

Avu aparece en el escenario por la izquierda, desde debajo de la tarima. Es una mujer obesa de cabello pelirrojo.

Se encamina hacia Bodo y la montaña. Los osos se aproximan y aparecen a la vista siguiendo en filas el rastro de la mujer, con gran cautela:

Avu dice:

Aquí no hay nada.
Tienes tierra en el rostro.
No hay respuesta acertada
para la pregunta mal formulada.
¿Qué hacemos ahora?

Bodo busca a tientas, gesticulando en el aire a ciegas, sus manos agarran a Avu. La inmoviliza con un grito de furia y baila su violación y asesinato. Los osos se acercan apresuradamente y bailan desgarrándola en pedazos y devorándola. Ella permanece pasiva todo el rato, como si estuviera muerta. Cuando termina la danza, cesa la música. Bajo el sonido de los tambores y el Tono de Continuidad, la mujer se incorpora y cruza el escenario hasta la derecha, donde baila una tras otra las Cuatro Casas y hace mutis. Bodo se pone en pie llorando, pataleando, gritando y vociferando.

Bodo vocifera:

¿Para qué nací?
¿Por qué estoy aquí?
¿Por qué fui enviado aquí?

¿Qué sentido tiene?
¿Cuál es la razón?
¡Decídmelo ahora! ¡Ahora!

Avu ha rodeado el escenario por detrás y vuelve a aparecer por la izquierda, como la vez anterior. Se encamina hacia Bodo mientras los osos se esconden tras la montaña.

Avu dice:

Sé un secreto.

Bodo dice:

¡Dime el secreto!

Avu dice:

Los secretos no se dicen.

No pueden contarse.

El pensamiento no puede pensarlos.

No pueden sentirse.

Ven al valle.

Bodo vocifera:

¡Cuello torcido! ¡Impura!

¡Vil! ¡Misteriosa!

Tus poderes son perversos.

Tus secretos son vacíos.

Tú eres la tenebrosa,

la cruel e insensata,

la anciana y vacía.

¡Vacía por dentro,

el vacío, la oscuridad,

la desesperanza, el mal,

el valle de las tinieblas!

Bodo intenta apartarla mientras ella se agarra a él, se postra a sus pies y le sigue de rodillas, cantando y suplicando.

Avu canta:

¡Resplandor! ¡Brillantez!

¡Brillantez plena, rebosante,
derramada!

¡Úsame! ¡Ordéname!

Al Santo adoro,

al Divino rindo culto,

al Amo obedezco,

la Respuesta escucho,

en la Razón creo.
¡Resplandor de la luz!
¡Dame tu poder!
¡Dame tu poder!
Bodo grita:
¡Tiéndete pues, mujer!
Aquí está el poder,
yo te lo doy.
¡Tiéndete y come el polvo!

Avu obedece, se tiende en el suelo y se lleva tierra a la boca. Bodo la abraza para tener con ella un coito anal. Ella se vuelve y le agarra y baila rompiéndole el cuello, castrándole y devorándolo. Los osos se acercan y bailan comiendo los huesos que ella les arroja.

Avu canta:
Los huesos del poder,
comeos éste, coméoslo.
Tibia de poder,
omóplato de poder,
coméoslo, osos, devoradlo.

Bodo permanece toda la danza en actitud pasiva, como un muerto. Cuando termina la danza, cesa la música. Bajo el sonido de los tambores y el Tono de Continuidad, Bodo se incorpora y cruza bailando las Cuatro Casas hasta hacer mutis por la derecha.

Avu se arrastra gateando para unirse a los osos. Estos se ocultan agazapados tras la montaña. No hay más música que el Tono de Continuidad.

Bodo aparece arrastrándose a cuatro patas por la izquierda. Se encoge, se golpea el rostro y solloza.

Avu se adelanta, se agacha cerca de él y solloza.

Aparecen los osos, levantan del suelo con cuidado a Avu y Bodo y los trasladan a lo alto de la montaña. Los dejan allí y se retiran hacia la izquierda caminando a cuatro patas, como animales.

Avu y Bodo se sientan en lo alto de la montaña. Suena el Tono de Continuidad.

Avu dice:
¿Ha terminado el daño
que tenemos que hacernos
el uno al otro?

Bodo dice:
No, nunca.

Nunca termina.
Avu dice:
Mi única respuesta es
el dolor eterno.
Bodo dice:
Mi única pregunta es
la cólera eterna.
Avu dice:
La montaña es el valle.
Bodo dice:
El valle es la montaña.
Avu dice:
¿Cuál es entonces el camino?
Bodo dice:
No hay camino.

El tambor empieza a tocar cuatro y cuatro. Entra la música.

Avu dice:
Ése es el camino.

Bodo y Avu se incorporan y empiezan a bailar sobre la montaña, sin desplazarse.
Mientras bailan, entonan un cántico.

Bodo y Avu cantan:
Ignorante,
torpe,
heya, heya,
en la oscuridad,
en el silencio,
heya, heya,
débilmente, pobremente,
cayendo, perdiendo,
heya, heya,
enfermo, estás enfermo,
estás muriendo,
heya, heya,
continuamente
estás muriendo,
así haces alma,
sin saber cómo,
sin poseer poder,

así tienes vida,
sin seguir adelante
así sigues adelante
vives muriendo
todo el tiempo
heya, heya,
heya, heya,
heya, heya,
heya, heya.

Mientras cantan, los osos aparecen en el escenario por la derecha, cruzan la montaña que queda tras ellos y avanzan erguidos, vestidos de blanco con máscaras y gorros de arco iris, portando varitas para la lluvia.

Avu y Bodo dicen:
Estos son nuestros guías,
los que tememos,
heya, heya.

Los osos cantan con Avu y Bodo al tiempo que danzan sin moverse del lugar que ocupan:

Cae la lluvia
en la estación
lluviosa, en la
estación de las lluvias,
en la estación
de las lluvias, de las lluvias,
cae y cae, la lluvia cae.

Los tambores tocan cinco y cuatro, y el Tono del Final.

Esta obra fue realizada por Clara, de la Obsidiana de Telina-na.

tabetupah

El tabetupah era una forma oral, aunque ninguna norma impedía ponerla por escrito. Este breve relato-representación era recitado generalmente por dos rapsodas informales —a veces por uno solo o por tres—, casi siempre en torno a un fuego al aire libre durante las noches, en las casas de verano, o junto al hogar en la estación de las lluvias (también era conocido por «Teatro junto a la chimenea»). Los actores no representaban sus papeles, sino que se limitaban a recitarlos. La obra estaba dirigida al oído y a la mente.

Algunos tabetupah eran clásicos que se recitaban textualmente, palabra por palabra, en cada representación; un ejemplo de ellos es *El Conejo*. Estas obras eran recitadas por dos rapsodas que se encargaban alternativamente de cada sección, o por un solo actor que utilizaba varias voces. Las palabras no se alteraban nunca y la última línea era un proverbio.

EL CONEJO

—¡Oh, Conejo! ¡No eres tan juicioso como yo, pero eres mucho más hermoso!
De modo que el hombre y el conejo cambiaron sus virtudes.

—¡Oh, esposo! ¡Qué hermoso te has vuelto! ¡Todas las mujeres de la ciudad querrán dormir en tu lecho!

Y él se acostó con todas las mujeres.

La esposa del Conejo huyó de él, pues era demasiado feo. La esposa del hombre huyó de él, pues era demasiado hermoso.

—¡Eh, hombre! Quiero que me devuelvas mis orejas. Devuélveme mis patas. ¿De qué sirve tener juicio?

Pero el hombre se alejó dando saltos.

La mayoría de los tabetupah se improvisaban sobre temas conocidos, o eran meras improvisaciones. El que sigue fue recitado por dos mujeres de edad mediana, probablemente sus autoras, junto a un hogar en Chukulmas:

PUREZA

—¿Qué sucede?

—Es ese buitre repugnante. Sólo come carroña, me ensucia de huesos y defeca

malos sueños en mi cabeza. Apesto a esa alma de buitre que tengo. ¡Purifícame, oh Coyote!

—Yo misma como placentas podridas de oveja y excrementos de perro.

—Tú eres el viento que mantiene limpio el mundo.

—Ah, ¿es limpieza lo que quieres? ¡No hay problema! —exclama la Coyote, y borra de un plumazo al buitre de la mujer, y a la mujer de todas las Nueve Casas, reduciendo a ambos a la nada—. ¡La limpieza casera! ¡Me encanta la limpieza casera! ¿Acaso me he excedido?

El tono cómico es habitual en el tabetupah, aun cuando el tema sea serio. Muchos de estos relatos-representaciones eran chistes de desenlace absurdo o meros chistes obscenos. Dos muchachos adolescentes representaban la siguiente sátira, «él» en tono de voz grave y pomposo, y «ella» con profunda dulzura:

ELLA: Creo que voy a orinar en ese rincón umbrío. ¡Oh, vaya, hay un hombre desconocido orinando ahí! ¿Quién podrá ser? No es de Ounmalin. ¡Oh, vaya, vaya, qué pene tan magnífico! ¡Qué inmenso! ¡Oh, hombre del valle! ¿Cómo estás?

ÉL: Encantado de verte, mujer del valle. Mi casa es el Adobe Rojo de Telina-na.

ELLA: ¡Qué lástima, qué lástima, hermano! ¡Qué pena! Una cosa tan larga y magnífica...

ÉL: ¿Cuál? ¿Ésta?

ELLA: Sí, ésa.

ÉL: ¡Ah, no es mía! Pertenece a este amigo mío del Adobe Amarillo que está detrás de mí, ¿ves? Tengo que ayudarle a sostenerla para mear.

ELLA: ¡Seguro que yo también puedo ayudarle!

El único tabetupah absolutamente serio del que hay constancia escrita era en parte prosa y en parte versos pentasílabos. Presenta el clímax de un relato que podría ser aún más antiguo que el anterior y era recitado por Cambiante de Ounmalin, un hombre; para imitar la voz de la mujer, hablaba en dulces susurros. Ese actor titulaba el tabetupah con su propio nombre, *Cambiante*.

CAMBIANTE

ELLA: Recuerda, amor mío,
recuerda no levantar
nunca la mirada hacia mí,
recuerda no mirarme jamás.

ÉL: Lo recordaré.

Quédate cerca de mí, amor mío,
duerme junto a mí, amor mío,
duerme en la oscuridad.

ELLA: Duermo, amado mío.

ÉL: Ella viene con la oscuridad
y se va antes de que amanezca.
Jamás la he visto.

Tan tímida y temerosa es que nunca me permitirá ver su hermosura. Llegó hasta mí en plena noche mientras estaba de caza por las colinas, y me trajo aquí. No tiene lámparas ni luz alguna esta habitación de su casa, de esta hermosa casa donde paso todo el día esperándola. Y llega hasta mí por la noche, en la oscuridad.

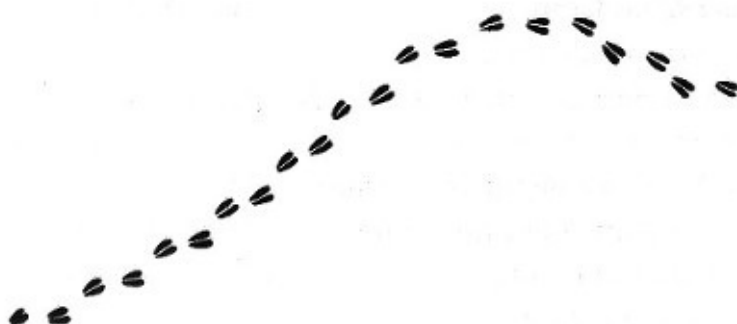
Ella oculta su belleza
pero mi mano la conoce,
mi cuerpo la conoce
y mi mente la conoce.

¡Mis ojos la desean!

Hoy he sellado las ventanas y no puede entrar ninguna luz. Ella ignora que ha llegado al alba. ¡Tanto nos hemos amado esta noche! Aquí duerme junto a mí. Ahora me levanto y camino hasta la ventana entre las sombras. Rompo el sello y dejo entrar la luz... apenas un instante... ¡ahora!

ELLA: (apenas audible): ¡Aho!

ÉL: ¿Dónde estás? ¿Dónde estoy?
¡Veo correr una cierva!
Veo un lecho de hierba húmeda.
No hay paredes: sólo colinas,
el cielo, el sol que se levanta,
¡y una cierva que huye!



El agua emplumada

Éste es un ejemplo de la huravash, u obra «de dos voces», una danza-representación teatral altamente formalizada que sólo era puesta en escena por dos compañías, una en Wakwaha y otra que, con sede en Kastoha-na, viajaba a las demás ciudades del valle. Las obras huravash eran representadas en otoño, entre las festividades del Vino y de la Hierba. Tanto por su contenido como por su puesta en escena eran con mucho las obras teatrales más formales, impersonales y ritualizadas del valle.

El agua emplumada exalta el géiser intermitente al norte de Kastoha-na, un lugar sagrado. El texto pertenece a la compañía de huravash de Kastoha. Las directrices escénicas han sido ampliadas y clarificadas por la traductora.

El escenario carece de decorados. El coro de nueve personas se coloca en un semicírculo en el centro o eje del escenario, en el cual se entiende que hay una charca de agua.

Los músicos tocan el Tono de Comienzo. Un tambor empieza a batir.

El asistente del baño avanza desde detrás del coro para saludar al viajero de Ounmalin, que hace su entrada por la izquierda.

ASISTENTE:

Bienvenido seas, hombre del valle.

VIAJERO:

Bien hallado seas, hombre de Kastoha-na.

ASISTENTE:

¿Acaso has equivocado tu camino?

VIAJERO:

Quizá sea así.

ASISTENTE:

Si gustas te mostraré el camino de vuelta a la carretera que sube a Wakwaha, en la montaña.

VIAJERO:

Bueno, no tenía intención de subir a la montaña cuando tomé este camino. Iba en busca de un lugar llamado Charca del León, o Pozo del Puma.

ASISTENTE:

En tal caso, vas por buen camino. El lugar así llamado está apenas un poco más allá. ¿Ves esas hierbas, esos espolines y esos sauces de ramas rojas? El agua se encuentra allí, entre ellos.

VIAJERO:

¡Gracias por orientarme!

El asistente retrocede hasta el fondo del escenario y luego se desplaza hacia la derecha para situarse detrás del coro, que se adelanta un paso y permanece en pie, con coronas de hojas en la cabeza y sosteniendo en las manos unas hierbas carriceras, unas enneas o unas hojas de sauce.

El viajero camina-danza al son de una música de viaje hasta el borde de la charca, y allí baila para saludar a la charca, y canta:

Heya, heya
nahe heya
no nahe no
heya, heya

El coro repite la canción al unísono, en voz baja.

El viajero se sienta junto a la charca.

VIAJERO:

Este lugar es hermoso y desolado. Me pregunto por qué parece que no ha venido por aquí ningún ser humano recientemente. El sendero está invadido por la maleza y había telarañas que lo cruzaban y que he tenido que romper. Ese hombre que me habló parecía haber salido de la nada, y tampoco sé adonde fue. Esas hierbas altas son como la niebla. Ocultan las cosas a la vista. Bueno, me alegro de estar aquí, bajo los sauces en la Charca del León, recordando el relato que oí contar sobre este lugar.

Dos bailarines, un hombre y una mujer, entran por la derecha. Empieza a sonar una música. Los bailarines danzan, acercándose progresivamente el uno al otro pero sin llegar nunca a tocarse, mientras el coro canta:

Bajo este suelo, aquí,
bajo nuestras raíces, aquí,
corre entre las sombras
un río; corre
bajo el suelo, bajando
desde las raíces de la montaña,
corriendo entre las rocas,
corriendo bajo las piedras,
corriendo entre la tierra
bajo el suelo, hacia abajo,
hacia el mar, en la oscuridad.
Bajo ese río,
más abajo, aún más abajo,

hay otro río:
un río de fuego que
baja desde la montaña,
hija del terremoto,
un río de fuego que fluye lentamente
bajo este suelo, aquí,
bajo nuestras raíces, aquí,
resplandor en la oscuridad.
Si se tocan, el río
de fuego y el río
de agua: ¡El resplandor!

Cuando termina la canción, los bailarines quedan inmóviles, escuchando al viajero.

VIAJERO:

El relato que oí contar hablaba de dos personas que bajaron de la montaña en un tiempo en que no vivía en el valle más gente que las hierbas, los árboles, las eneas y los sauces y los largos carrizos junto al río. Todo estaba tranquilo, muy tranquilo. No había codornices entre las matas, ni grajos que se pelearan en las ramas; no había una sola voz, un solo batir de alas, una sola pisada. Sólo la niebla se movía entre los carrizos. Sólo la bruma se movía entre los sauces. Entonces llegaron de la montaña estos dos, surgiendo del mundo de las profundidades, de sus entrañas. Eran la codorniz, que venía al mundo, y el grajo y el picamaderos, que venían al aire; eran el ratón de campo y el perro salvaje, la polilla y la liebre, la rana arbórea y la serpiente, la oveja y el toro; eran las gentes del valle que respiran. Llegaban por primera vez y eran las primeras en llegar, de modo que eran las únicas gentes. Para la mente humana, eran gentes humanas, una mujer y un varón. Llegaron aquí, a este lugar, un prado al pie de la montaña, un claro entre los sauces. Llegaron de manera hermosa, dando brincos como los ciervos, con cautela, y veloces como el colibrí, con osadía. Se detuvieron aquí, con los pies desnudos sobre la hierba, y se dijeron: «Quedémonos a vivir aquí, en este lugar». Pero entonces les habló una voz, y ellos la escucharon.

EL PUMA, DETRÁS DE LOS ÁRBOLES:

Éste es mi territorio.
¿Conocéis vuestras almas?

VIAJERO:

Escucharon esa voz y respondieron: «¿Quién anda ahí? ¿Quién ha hablado? ¡Preséntate ante nosotros!».

El asistente aparece por la derecha en el extremo del semicírculo y se coloca frente al

viajero, al otro lado de la charca. Lleva puesta la máscara del Puma de la Niebla.

EL PUMA:

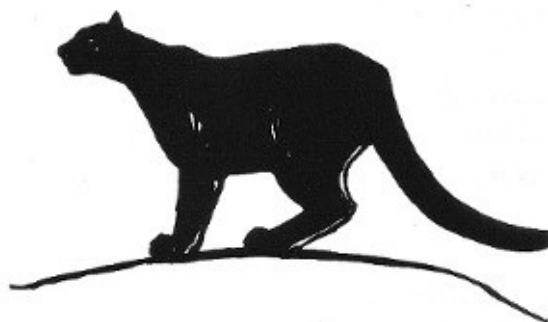
Soy yo quien ha hablado. Habéis entrado en mi territorio. Si encontráis, seréis cambiados. Si tocáis, seréis cambiados. Aquí, toda obra destruye; todo encuentro separa; todo ser es transformado.

VIAJERO:

¿Quién eres tú?

EL PUMA:

Yo soy el intermediario.



CORO:

Él es
el intermediario.
Él es el sueño,
antes de que llegaras,
él siempre fue y existió.
Él es tu hijo.

VIAJERO:

Que espere, pues, para nacer, ya que estos dos deben vivir.

El puma se retira al fondo, fuera del círculo de la derecha, mientras el viajero narra su relato y los dos bailarines lo danzan y lo interpretan.

VIAJERO:

Ellos no conocían al puma. No eran el puma. Eran todos los seres, todas las gentes, menos el puma. Hembra eran ambos, fuego de las raíces de la montaña, muy profundas, y macho eran ambos, agua de los manantiales de la montaña, muy profundos. Hembra y macho estaban vivos y se juntaron, ¿quién podría mantenerlos apartados? Ella yació con él y él con ella, ella se abrió a él, él penetró en ella, y en ese instante murieron los dos. Su muerte fue una nube resplandeciente, una nube blanca, una niebla que llenó el prado, una niebla que llenó el valle. A su casa volvió el Silencioso, a su casa de blanco silencio.

El puma se adelanta y danza mientras los bailarines del Fuego y el Agua permanecen tendidos en el suelo, inmóviles como muertos, dentro del semicírculo del coro.

EL PUMA:

Hijos míos, me lamento,
padre mío, me lamento,
madre mía, me lamento.
¡Por vuestra muerte me lamento!
¡Volved a la vida, regresad!
¡Transformaos! ¡Cambiad!

Los dos bailarines se levantan y con el puma danzan e interpretan la narración del viajero.

VIAJERO:

Surgió del prado un chorro de vapor, de gas reluciente. Surgió de la niebla, de la bruma, más alto que las hierbas carriceras, más alto que los sauces, brillando bajo la luz del sol.

EL CORO:

Hwavgepragu,
pragu, pragu.
(Resplandor del sol,
resplandor, resplandor).

VIAJERO:

El chorro de agua ardiente cayó de nuevo y volvió a la charca entre las hierbas, y quedó quieto. Pero nuevamente, cuando el puma se volvió, cuando el puma respiró, una vez más se tocaron y el blanco penacho se alzó resplandeciente.

CORO:

Donde el cuerpo del agua toca el cuerpo del fuego dentro de la tierra, en la oscuridad, allí se alza el pozo. Éste es el pozo del León, el bailarín silencioso, el que camina en silencio, el habitante de la morada del sueño. Éste es el que cae de la luz y se alza de las sombras.

VIAJERO:

¡Hermoso Guardián de la Séptima Casa, sé alabado!

EL PUMA:

¿Quién eres tú, hombre del valle?

VIAJERO:

Soy un cantor de la Serpentina de Ounmalin. He venido a beber de la charca del León, del Agua Emplumada, para que el silencio del león esté en mis canciones.

EL PUMA:

En el silencio del león están todas las canciones. Bebe.

El viajero se arrodilla y bebe de la charca.

VIAJERO:

Está aquí, no está aquí.
Igual que vive, muere.
Se hunde, surge de un salto.
Brilla y desaparece,
bruma bajo el sol,
está aquí, no está aquí.

El puma danza, enmascarado.

EL CORO:

Silencioso camina,
delante del primero,
brillante, resplandeciente.
Bruma bajo el sol,
está aquí, no está aquí.

El viajero y el coro hacen mutis por la izquierda. El puma y los bailarines del Fuego y el Agua hacen mutis por la derecha, hasta el Tono de Final sin tambores.

Chandi

La mayoría de las obras teatrales del valle eran vehículos para la improvisación: planteaban un esquema argumental, un marco de situaciones habitualmente muy conocidas por el público, sobre las cuales los actores creaban una representación única, efímera e irrepetible.

El texto de tales obras podía ir escrito en un pedazo de papel ya que consistía únicamente en una lista de personajes y una serie de diálogos básicos, llamados «pies» o «puntos-eje», entre diez y veinte como máximo. Estos diálogos básicos permanecían invariables tanto en su contenido como en el orden en que eran recitados. Todo cuanto se hablaba o representaba en los intervalos entre tales «pies» quedaba al albur de los actores. Para el público, gran parte de la tensión y el placer de las representaciones venía dado por el acercamiento gradual a esos diálogos básicos, conocidos de otras representaciones pero alcanzados siempre de manera diferente, desde otra dirección.

La complicación de la trama podía ser tal que los pies quedaban incluidos en una larga representación dramática que sólo tuviera una referencia tangencial con la trama original, o bien podían convertirse en pilares de un brillante caudal oratorio si los actores dominaban a fondo la improvisación poética. Tales diálogos básicos podían conformar casi todo el texto recitado en las representaciones de aquellas compañías que interpretaban la obra en el estilo *yedao*, ‘mediante el gesto’, es decir, basándose en la mímica y la danza.

La representación que intentaré reproducir aquí fue ofrecida por una compañía de Telina-na, un grupo joven, famosos principalmente por su música y sus bailes. La obra se representó en un granero de considerables dimensiones de Sinshan, como parte de las celebraciones de la Danza del Verano. Para iluminar el escenario se instalaron unas lámparas provisionales que fueron utilizadas con gran efectismo para crear espacios y disposiciones de ánimo. El público participó en la obra al comienzo y permaneció atento y silencioso al aproximarse el final.

Como la mayoría de obras dramáticas del valle, la que presento a continuación, titulada *Chandi*, tiene un contenido simbólico o alegórico sobre aspectos generales de la vida. El parecido de la trama con uno de los grandes temas bíblicos resulta sorprendente, pero también lo son las diferencias.

El nombre *Chandi* significa ‘ratón de campo’, ese curioso animalillo del oeste norteamericano que construye grandes madrigueras muy elaboradas con hierbas y palitos, en las que puede almacenar una colección de objetos a los que parece dar un valor puramente estético, y en las que residen a veces otros tipos de ratones, algunas serpientes y varias criaturas más, compartiendo la hospitalidad del ratón de campo.

Según la tradición, el autor de *Chandi* fue Houkai (¿Serpiente?) de Chumo, un personaje tan antiguo e inconcreto como nuestro Homero (aunque no ciego, como Homero, sino sordo), al que le son atribuidas aproximadamente la mitad de las obras de diálogos básicos.

En este intento de describir la acción y de presentar el texto, tales pies o puntos-eje aparecen en cursiva. Para entender la base sobre la cual debían trabajar los actores, el lector puede repasar sólo esos diálogos, saltándose todo lo demás.

CHANDI: UNA REPRESENTACIÓN

El público, cuarenta o cincuenta personas, tomó asiento en el suelo del granero sobre cojines o alfombras que traían de sus casas, o sobre unas balas de paja que se habían dispuesto como asientos o como respaldos.

Un hombre y una mujer del Arte de los Molineros de Sinshan habían preparado la iluminación provisional y se encargaban de su funcionamiento. Una zona muy iluminada formaba el lado izquierdo del escenario, otras luces más débiles señalaban el lado derecho, y el óvalo formado por la interposición de ambas luces marcaba el eje. En torno a estas zonas iluminadas, y detrás de las mismas, la oscuridad era lo bastante intensa como para que los movimientos fuera del escenario no distrajeran la atención del público.

Los músicos se colocaron detrás del escenario, sentados fuera de la zona iluminada y apenas visibles. La música fue casi continua a lo largo de la representación.

Después de tocar durante varios minutos el Tono de Comienzo, y cuando el público se hubo callado, entró en escena Chandi por el lado izquierdo. Era un hombre hermoso, en la flor de la vida, alto y espléndidamente ataviado. Encima de unos pantalones negros y una camisa de algodón de manga larga, lucía una túnica ceremonial de colores azul, violeta y verde con abundantes bordados, y encima de ella una capa de plumas increíblemente delicada y espléndida, un tesoro del heyimas de la Serpentina de Sinshan prestado para la representación. Esta majestuosa capa ondeaba y se balanceaba sobre sus hombros cuando entró en la escena con grandes zancadas y los brazos extendidos hacia delante en gesto de disponerse a abrazar a alguien. El actor se volvió hacia delante para saludar al sol naciente.

CHANDI:

¡Heya hey hey!

¡Heya hey!

¡Hermoso brillas sobre el valle!

Bajó la mirada del imaginario amanecer hasta los rostros del público, con una sonrisa cálida y jovial. Su voz era sonora, agradable y llena de energía.

CHANDI:

Bienvenidas seáis, gentes de mi ciudad, de hermosos andares, de rostros gentiles y de dulce hablar. ¡Qué espléndida mañana!

El público respondió con el saludo de costumbre: «¡Bienvenida seas, Chandi!». Los presentes hablaban sin elevar la voz, divertidos. Una mujer añadió: «¡Que la jornada te sea propicia, Chandi!».

CHANDI:

Cuando caiga la tarde de este largo día voy a Bailar el Verano, por eso, antes de acudir a los campos de labor, quiero ensayar esa danza.

Los músicos empezaron a tocar una de las complicadas y majestuosas Danzas de la Garza del wakwa del Verano, y Chandi la bailó solo en el escenario de la izquierda, con gracia y energía, envuelto en la iridiscente y fluctuante capa de plumas como una espléndida ave de leyenda.

Al terminar la danza apareció el Primer Coro, formado por cinco personas, y tomó posiciones en torno al escenario de la izquierda, representando a gente de la ciudad que se dirigía a los campos para iniciar la jornada de trabajo. Con un gran gesto final que le hizo parecer que flotaba en el aire por unos instantes (el público emitió un jadeo), Chandi se desprendió de la capa de plumas y la lanzó hacia alguien que estaba esperándola fuera de la zona iluminada. La danza terminó y Chandi se dirigió también al trabajo. Junto con el coro, imitó los gestos de escardar y cavar con la azada. Mientras lo hacían, charlaron sobre el estado del tiempo e hicieron algunos comentarios jocosos sobre algunos hechos y personas del lugar que no llegué a entender muy bien pero que obtuvieron una gran acogida y diversos cuchicheos por parte del público. Entonces los actores dejaron caer uno de los diálogos básicos, o pies, como por casualidad.

CORO I (un hombre):

*Qué hermoso el maíz de Chandi,
qué alto, qué hojas más anchas,
qué espiguillas echa ya.*

CORO II (una mujer):

Chandi es un campesino muy juicioso. Es inteligente y muy cuidadoso.

CORO I:

Sí, parece andar por buen camino. ¡Y qué buen pedazo de tierra trabaja ahí su familia!

CORO III (un hombre):

No es lo único bueno que tiene en su familia. ¡La fortuna le sonríe! ¡Está casado con Dansaiedo! [La Que Ve el Arco Iris] ¡Ara y escarda y cuida y cosecha esa

tierra en los huertos de la noche!

CORO IV (una mujer):

¡Silencio, estúpido! ¡Qué obscenidades son ésas que dices!

CORO III:

Estoy celoso, eso es todo. Le envidio.

CORO V (una mujer):

Y los hermosos hijos de ese matrimonio... ¡Son verdaderos hijos del arco iris!
Le tengo envidia por esos hijos.

CORO IV:

¡Callad, callad! El viento seco aviva los incendios forestales.

Chandi se acercó entonces a los otros campesinos y empezó a hablar, apoyado en su azada. Pasó algún tiempo hasta que me di cuenta de que en realidad no había tal azada.

CHANDI:

Escuchad, no me importa lo que decíais; no he podido evitar escucharos... *El viento soplaba en mi dirección.* Pero lo que hablabais es cierto. Intento ser cuidadoso y juicioso, hacer las cosas de la manera correcta en el momento adecuado. Pero otros son tan juiciosos como yo, prestan la misma atención, y sin embargo no reciben tantas satisfacciones como yo. Ignoro la razón. La casa de mi madre es hermosa y señorial, como la de mi esposa. Mis padres son gente generosa y llena de bondad, y los dos seres que me han convertido en padre son inteligentes y notables; mi hija es ya una cantante entre los doctores y mi hijo, que todavía lleva ropas sin teñir, es un muchacho delicioso y prometedor. De Dansaiedo, ¿qué virtud no podría destacar? Es la alondra que sobrevuela las charcas al atardecer, es la primera lluvia del otoño, es la flor del almendro silvestre que anuncia la primavera. ¡Su casa es ilustre, es un río por el que fluyen los dones! En su casa las ovejas paren gemelos cada año, las vacas son fuertes y despiertas, los bueyes son pacientes. La tierra que sembramos es más rica de año en año, los árboles que recolectamos dan aceitunas como pedriscos. *¡Todo esto me es dado!* ¿Cómo he vivido para que las cosas me hayan ido así?

CORO II:

Todo lo que te ha sido dado, tú lo has compartido, Chandi.

CORO I:

Sí, Chandi es ciertamente generoso.

CORO V:

¡Ha entregado la capa de plumas a su casa!

CORO II:

¡Ha dado maíz para los graneros, ha dado lana para el Arte!

CORO III:

¡Ha dado monedas de oro a los músicos, y de cobre a los actores! [Esta frase fue recitada con socarronería y el público la recibió con una carcajada].

CORO I:

Todo en su casa es refinado y sólido, bien hecho y bien usado, abundante y grandioso, y las puertas están siempre abiertas a sus amigos y a la gente de la ciudad.

CORO III:

¡Eres realmente un hombre rico, Chandi!

CORO V:

El corazón generoso es la mayor riqueza, así dicen.

[La traducción de estos dos pies resulta especialmente pobre. *Ambad* significa ‘riqueza, rico’; al mismo tiempo, significa ‘entregar, generosidad’. Las palabras adquieren un complicado doble sentido en las frases anteriores].

Durante la escena precedente, la única música fue el Tono de Continuidad, la vaga nota de fondo, sin apenas variaciones, de los grandes cornos, o *houmbuta*. En ese momento empezaron a sonar los demás instrumentos, que seguirían oyéndose durante el resto de la obra, suavemente durante los diálogos, pero llenando —y creando— pausas con notas sostenidas y percutientes.

CHANDI:

¡Me hacéis sentir como un estúpido, amigos míos! Quiero hacer algo por vosotros, quiero entregaros lo que queráis, lo que gustéis.

CORO IV:

Realmente es un tipo magnífico, ¿vale?

CORO I:

Sí, a nadie puede desagradarle nuestro Chandi.

CHANDI:

¿Qué puedo daros? Espero que compartiréis ese maíz con nosotros cuando madure. Este pedazo de tierra es tan fácil de trabajar que me pregunto si os gustaría utilizarlo la próxima temporada. ¡Oh, hermana de casa, quería decirte que tenemos guardado otra vez un montón de plumas en nuestra casa y hemos pensado en hacer otra capa para la Obsidiana, para la Logia de la Sangre, si lo consideras conveniente! Prima mía, Dansaiedo ha estado hilando la lana blanca que nos dieron las ovejas en el esquila de la primavera, y recuerdo que hablaste de que necesitabas lana blanca. ¿La quieres fina o gruesa? Ya sabes lo bien que hila Dansaiedo.



Chandi continuó hablando y la música subió de volumen lo suficiente para apagar a medias su voz. Los componentes del Primer Coro se arremolinaron en torno a él mientras hablaba e iba repartiendo cosas, siempre con afecto, amigablemente, pero un poco sonrojado. Mientras sucedía esto en el lado izquierdo del escenario, el Segundo Coro empezó a entrar por la derecha: eran cuatro personas descalzas que caminaban muy erguidas y tensas, vestidas con capuchas oscuras y ropas teñidas, oscuras también (como las que lucen los Enlutados en la Danza del Mundo). Entraron las cuatro, una tras otra, con paso lento, y se detuvieron formando una hilera en el lado derecho del escenario. La primera, de pie en el borde derecho del eje, habló con voz apagada, asexuada, precedida por una nota temblorosa de towandou.

SEGUNDO CORO I:

¡Chandi!

Enfrascados en la conversación, Chandi y sus amigos no prestaron atención. La oscura figura pronunció de nuevo el nombre. La tercera vez que lo hizo, Chandi volvió los ojos por encima del hombro y se separó del grupo entre risas, con los brazos repletos de cosas que no pude distinguir.

CHANDI:

¡Eh, amigo, toma esto, por favor! ¡Yo tengo demasiado!

La oscura figura permaneció inmóvil, con las manos caídas a los costados. Tras un estridente acorde metálico de los músicos, se produjo un silencio absoluto durante unos instantes.

SEGUNDO CORO I:

Dansaiedo estaba midiendo aceite, buen aceite de oliva de los viejos árboles de su familia, cuando saltó una llama nadie sabe de donde, impulsada por nadie sabe qué viento. Y el aceite se inflamó. Se inflamó. Y le incendió el cabello, los vestidos... Dansaiedo ardió, se quemó viva, como una antorcha. Salió envuelta en llamas de la casa envuelta en llamas. *Todo se ha quemado. Ella ha muerto.*

La figura encapuchada se encogió en la postura de luto y se acurrucó a los pies de Chandi, balanceándose, justo al otro lado del eje. Chandi permaneció inmóvil; lentamente, los brazos le cayeron a los costados. El Primer Coro se apartó de él, murmurando en voz baja.

PRIMER CORO:

¿Quemada...? ¿Dansaiedo...? ¿Esa gran casa...? ¿Toda ella, toda...? ¿Quemada viva...?

CHANDI (en un repentino grito):

¡Mi hija! ¡Mi hijo!

PRIMER CORO I:

Están bien... Tienen que estar bien, Chandi.

PRIMER CORO II:

No estaban en la casa. Sólo Dansaiedo murió en el incendio. Los demás salieron a tiempo.

PRIMER CORO V:

Pero la casa ha desaparecido. Han ardido hasta las piedras de los cimientos.

PRIMER CORO III:

Todo ha quedado reducido a cenizas.

Aturdido, Chandi dio un par de pasos como si fuera a regresar a la ciudad.

CHANDI:

¡Oh, Dansaiedo, mujer hermosa, mujer gentil, esposa de mi corazón! ¡Atroz! ¡Atroz! ¡Atroz!

Su voz se alzó en un grito frenético al pronunciar por tres veces la palabra, el «eje» de la obra; después se detuvo, como si se sintiera confundido ante el propio apasionamiento de su dolor. Se volvió hacia los demás con gesto de aflicción, y finalmente dijo con dignidad.

CHANDI:

Iré... iré ahora a cantarte, Dansaiedo, a cantar contigo mientras me dejas. Pero ahora necesito tener aquí a nuestros hijos. ¡Que vengan conmigo!

Tras estas palabras, el hijo y la hija de Chandi entraron en el escenario por la izquierda. Al propio tiempo, la segunda figura oscura del Segundo Coro empezó a aproximarse hacia el centro del escenario con el brazo derecho extendido al frente. El hijo de Chandi avanzó hasta su padre y ambos se abrazaron, pero la hija pasó por delante de su padre, se volvió a mirarle y, dejándole atrás, continuó avanzando hasta llegar junto a la oscura figura. Luego tomó la mano extendida de ésta y abandonaron ambos el escenario por la derecha, perdiéndose en la oscuridad. Mientras la hija desaparecía, Chandi se puso a gritar.

CHANDI:

¿Dónde está ella? ¿Adónde va? ¿Adónde ha ido?

SEGUNDO CORO I (en cuclillas y balanceándose como antes):

La muchacha vio salir de la casa a su madre envuelta en llamas, quemándose viva, y la visión fue más de lo que podía soportar. Temiendo volverse loca, ingirió un veneno en la Logia de los Doctores y ha muerto.

PRIMER CORO I (con un susurro):

¡Está muerta!

PRIMER CORO IV (con un susurro):

¡Contempladla! ¡Está muerta!

Los miembros del Primer Coro, las gentes de la ciudad, se apartaron a cierta distancia de Chandi, dejando a éste a solas con su Hijo. La música marcó un acelerado y estridente batir de tambores mientras Chandi se despojaba lentamente de la túnica bordada y la colocaba sobre los hombros del hijo. Cuando habló, su voz resultó sorprendente por su dulzura.

CHANDI:

¡Hija, querida hija! ¿No podías haber esperado? Habrías sido más considerada si hubieras tenido más paciencia, pues había quien te necesitaba. Ven ahora aquí conmigo, querido hijo. Quédate junto a mí. Ayúdame a cantar por ellas, a cantar con tu madre y con tu hermana. Ven ahora conmigo.

Pero la tercera de las figuras oscuras —un niño— se aproximó hacia ellos, inexorable. El hijo de Chandi soltó la mano de éste y se quedó inmóvil con la mirada fija y perdida. Luego avanzó al encuentro de la oscura figura, se cogió de su mano y la siguió lentamente hasta desaparecer en la oscuridad, por el escenario de la derecha. El Tono de Continuidad sonaba ahora con gran estruendo.

CHANDI:

¡No muertas tú también, hijo mío, por favor! ¡Quédate conmigo!

SEGUNDO CORO I (hablando inmóvil desde su posición en cuclillas):

La enfermedad estuvo siempre con él, oculta. Ahora está apoderándose de su vida. Dentro de un mes habrá muerto. Dentro de unos días habrá muerto. Los doctores no tienen remedios para él. Morirá hoy. Ya está agonizando.

PRIMER CORO IV:

El hijo de Chandi ha muerto.

Los cinco miembros del Primer Coro se apartaron todavía más de Chandi. Éste se acucilló lentamente hasta quedar frente a la oscura figura, a su misma altura y en idéntica posición... Luego bajó el rostro hasta el suelo, se frotó la frente contra el suelo y se arrancó los cabellos. La música era estridente y cargada de intensidad; los tambores y el towandou repetían el Tono de Continuidad y la voz de Chandi se alzaba y caía en un lamento fúnebre cuasi melodioso.

Cuando la música enmudeció, Chandi permaneció agachado e inmóvil hasta que por fin se incorporó pesadamente. Se quitó la camisa, luego los zapatos, y quedó en pie, descalzo y semidesnudo, con aspecto de haber envejecido veinte años.

CHANDI:

Volveré a la casa de mis madres y viviré de nuevo allí como un hijo, trabajando lo mejor que pueda para la gente de esa casa.

La cuarta de las figuras oscuras se acercó a él mientras hablaba, y le dirigió la palabra con la misma voz monocorde, apagada y misteriosa que la primera figura.

SEGUNDO CORO IV:

Toda la familia de tus madres está muerta o se ha marchado a otras casas, o ha cambiado de ciudad. *En sus aposentos viven ahora otras gentes*. No queda nadie de tu linaje en ese lugar.

CHANDI:

Es cierto. Tengo que vivir solo. Pero ahora llevo ya mucho tiempo enfermo. ¿No sería mejor la muerte para mí?

La cuarta figura oscura no respondió, sino que se acucilló junto a la primera.

CHANDI:

Debo vivir solo, lo mejor que sepa, y trabajar para el *heyimas*, pero me pesan tanto los brazos...

Empezó a imitar las labores en el huerto y en los campos, como al principio de la acción, pero muy trabajosamente. Los miembros del Primer Coro también volvieron a su tarea, dirigiéndose todos hacia la parte delantera izquierda de ese lado del escenario, mientras Chandi quedaba solo en la parte posterior y cerca del eje. La luz se había amortiguado discretamente y la música tenía un matiz vibrante, anhelante.

PRIMER CORO III:

¡Observad al viejo Chandi cavando en ese adobe, duro como un tejado!

CORO I (hablando ahora como un anciano, mientras Coro III ha adquirido un tono de adolescente):

En otro tiempo fue una buena tierra, un campo de labor que daba mucho fruto. Chandi dejó de cuidarlo.

CORO II:

Bueno, no sé; después de todo, viejo e inválido como está, Chandi cuida esos campos lo mejor que puede y la gente le ayuda. Pero el arroyo ha abierto un nuevo cauce en ese recodo de ahí y la tierra no recibe suficiente riego.

CORO III:

He oído contar que tiempo atrás fue un hombre muy próspero.

CORO I:

En efecto, pero hoy día nada parece salirle bien.

CORO IV:

Y esa pobre y vieja vaca, la moteada, fue la última res de su rebaño, ¿verdad?



CORO II:

Todos los corderos que parían sus ovejas nacían sevai.

CORO IV:

Nada de cuanto cuida rinde frutos; nada de cuanto trabaja resulta productivo.

CORO V:

Me duele la espalda de verle trabajar ahí. Apenas es capaz de sostener la azada.

CORO III:

¿Por qué se empeña en continuar trabajando? Ese maíz no le dará mazorcas. Es un viejo estúpido si desperdicia sus energías de esta manera.

CORO I:

¿Pero qué hizo mal, después de todo? Como habéis dicho, tiempo atrás fue un hombre próspero, rico y generoso, ¡un río de abundancia para todos! ¿Cómo fue que se torcieron las cosas?

CORO III:

Se lo preguntaré. ¡Eh, viejo Chandi! ¿Qué hiciste para que todo te haya ido tan mal?

CHANDI (apoyado en la azada y hablando en voz baja y muy pausadamente):

Mi esposa murió. Mi casa quedó destruida. Mis hijos murieron ante mis ojos. Me asaltó la enfermedad. No quedó en la ciudad nadie de la familia de mis madres. Todo cuanto cuido y cultivo muere. Pierdo todo lo que me dan. Todo cuanto tuve lo di y ya no me queda nada.

CORO III:

No me extraña que no tengas amigos.

CHANDI:

Mi gente es la gente de mi casa, la Casa de Verano, la Serpentina.

CORO IV:

Bueno, naturalmente seguimos ocupándonos de ti, pero debo decirte lo siguiente: resulta difícil mostrarse amistoso o fraternal con una persona que todo lo hace mal. Con un amigo, la persona se siente tranquila, desea compartirlo todo, pueden reírse juntos. ¿Quién es capaz de reír contigo? ¡Cada vez que te veo, me entran ganas de echarme a llorar! Por eso no quiero verte. ¡Ojalá no tuviera que hacerlo!

CORO V:

Es cierto. Hace años, estaba enamorada de ti. Te tenía presente siempre en mi pensamiento. Ahora nunca lo estás. He olvidado hasta el nombre de tu esposa. La enfermedad te ha convertido en un ser repugnante y ni siquiera me gusta darte la mano.

CORO I:

Dansaiedo se llamaba, Dansaiedo, y cuando te veo siempre pienso en ella, en su muerte tan terrible. No quiero recordarlo otra vez.

CORO III:

Forzaste demasiado la rueda, anciano, ésa es la verdad. Has tenido lo que buscabas.

CHANDI:

No he buscado nada. No hice sino dar. ¿Cuándo *no fui generoso*?

CORO IV:

Fuiste generoso hasta la exageración.

CHANDI:

¿Cómo debe vivir, pues, un ser humano?

CORO I:

¡Si lo supiera te lo diría!

CORO III:

¿Para qué sirve hacerse esas preguntas?

CORO II:

Nadie entiende tales cosas.

CHANDI (volviéndose hacia las dos oscuras figuras que permanecían en cuclillas al otro lado del eje):

¿Cómo debía actuar, pues, para llevar una vida correcta? ¿Podéis responderme a eso?

Las dos figuras oscuras permanecieron calladas e inmóviles. La música inició un extraño estruendo discordante.

Mientras las luces del techo perdían intensidad hasta producir sombras alargadas en torno a los actores, la primera de las oscuras figuras se levantó y anduvo

lentamente hasta la zona posterior del centro de doble escenario. Luego se volvió hasta quedar de frente al público, mostrando bajo la capucha una máscara de cobre que reflejaba la luz en un sorprendente destello rojizo: Era el sol poniente.

Chandi se volvió para contemplarlo, dando la espalda al público. Luego alzó los brazos haciendo el gesto de abrazar a alguien.

CHANDI:

¡Heya hey hey!

¡Heya hey!

Hermoso fue el día en el valle.

La oscura figura se puso en cuclillas lentamente, inclinándose hacia delante y ocultando así la máscara solar. Las luces se amortiguaron todavía más.

CHANDI:

Aparecen las estrellas, refulgentes.

No hay nada entre las estrellas,

sólo la oscuridad bailando.

Mezclada con el Tono de Continuidad, los músicos empezaron a tejer la melodía de la Danza de la Garza. Encorvado y semidesnudo, rígido y transido de dolor, Chandi empezó a bailar la danza que había interpretado de forma tan espléndida en la primera escena; sin embargo, todos los movimientos y giros estaban invertidos, de modo que la danza le llevó hacia el escenario de la derecha. La última de las oscuras figuras se unió a él, siguiendo sus movimientos como una sombra. Juntos desaparecieron en la oscuridad. En la gran sala de elevados techos, casi completamente a oscuras, los músicos mantuvieron el Tono del Final hasta que éste se diluyó lenta y gradualmente, dando paso al silencio.

★ ★ ★

Tras la representación, pregunté a una de las actrices si variaban mucho la acción y los diálogos de una actuación a otra.

—Bueno, sólo lo indispensable para acoplarnos a la velada o a la ciudad. Este verano estamos representando la obra al estilo de Cara de Barro —éste era el actor que interpretaba a Chandi. La mujer añadió—: El año pasado vi *Chandi* en Wakwaha con Ciervo del Viento en el papel de éste, y se enfurecía e insultaba y se ponía como loco. Es un actor veterano y puede permitírselo. Cara de Barro es joven para el papel de Chandi y por eso lo hace así, con gran medida. Creo que funciona. Quizá precipite un tanto el ritmo al final, pero las danzas con que abre y cierra la obra son excelentes.

Estuve de acuerdo con ella. Pregunté a algunos de los espectadores si habían visto interpretaciones muy diferentes de la obra y descubrí que así era. La acción podía desarrollarse de maneras muy distintas: por ejemplo, el incendio, el suicidio y la

enfermedad que se llevaban sucesivamente a la esposa, la hija y el hijo de Chandi en esta versión podían ser, en otra, un suceso de carácter catastrófico, y si los actores querían mover los afectos del público, las muertes podían tener lugar en el propio escenario. Los acontecimientos de los años «afortunados» y «desdichados» de la vida de Chandi podían representarse y extenderse durante un período de años variable, y la respuesta de Chandi a las desgracias que le afligían podían ser totalmente distinta del complejo tono de resignación que le daba Cara de Barro. Con todo, Espino me comentó:

—Aunque sus amigos y la gente de las Cuatro Casas respondan a su pregunta de cómo llevar una vida correcta, una sigue sin saber si sus respuestas son acertadas...

Pregunté a Cara de Barro —quien fuera del escenario resultó ser un joven de apenas veinticinco años, de modales tímidos, hablar dulce y no muy alto— si en su opinión Chandi moría con esperanza o desesperado. Tras pensárselo un buen rato, respondió:

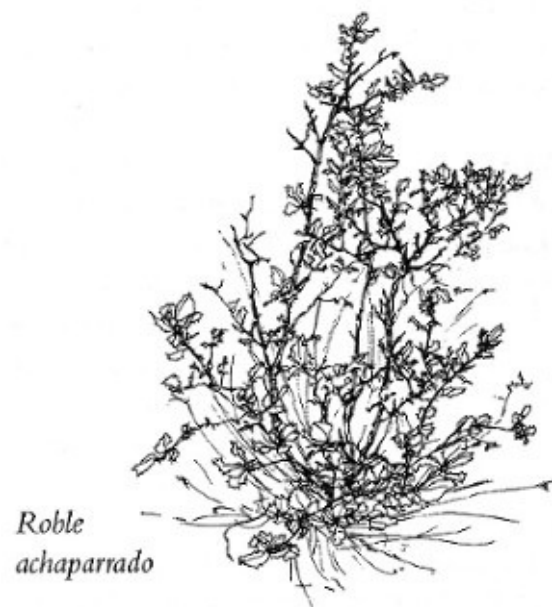
—Con pesar. Por eso le temen sus amigos. Pero nosotros no debemos tenerle miedo, pues esto es sólo una obra de teatro. Y eso es lo que importa, ¿comprendes?

Pandora, preocupada por lo que está haciendo, encuentra un camino al valle mediante el roble achaparrado



Observa lo intrincado de esa espesura. Contempla ese roble bajo, ese chaparro que da nombre a la zona, al chaparral, y que lo forma junto con muchas otras clases de arbustos y matas, pero fíjate ahora en ese ejemplar de ahí. El más alto de sus vástagos se eleva algo más de un metro, pero la mayoría apenas mide un par de palmos. Parece como si una de las ramas hubiera sido cortada con una herramienta; el corte es transversal, limpio, pero ¿quién?, ¿para qué? Esa madera no sirve para nada y esa loma no está en el camino hacia ninguna parte. Muchos extremos de las ramas aparecen rotos o mordisqueados. Quizá los ciervos comen esos renuevos. Los pequeños vástagos crecen en todas direcciones. Muchos están muertos y cubiertos de líquenes, cruzándose unos con otros y sofocándose entre sí. Las agujas de los alerces, las telarañas y las hojas muertas del laurel se pegan a sus ramas. El chaparro está cubierto de hojarasca y no tiene una forma definida. La mayoría de los vástagos parece proceder del mismo sitio, pero no todos. Carece de centro y de simetría. Un montón de ramitas que sobresalen ligeramente del suelo, con hojas en algunas de ellas: ésta es una descripción bastante fidedigna. Las hojas muestran cierto orden, parecen obedecer a ciertas leyes, aunque sólo a medias. Cada hoja tiene un tamaño distinto, desde medio centímetro hasta casi tres, pero todas son lo bastante similares como para hacerse una idea clara de sus características generales: el color, entre verde y pardo, polvoriento; la hoja, de forma ligeramente convexa, se ondula un poco entre los nervios, que se separan en diagonal del nervio central; el borde, irregularmente aserrado con una pequeña espina en el vértice. Las hojas crecen a tramos irregulares, alternándose a un lado y otro del pequeño vástago hasta el extremo de éste, donde se amontonan en una desordenada roseta. Bajo la capa de hojas muertas, propias y ajenas, y bajo el musgo y la roca y el moho y la tierra, el chaparro debe tener un conjunto de raíces que penetra a bastante profundidad, probablemente más que la altura que alcanza sobre el suelo, pues aunque ahora, en febrero, el terreno está húmedo, cuando llegue el verano la colina quedará reseca. No quedan en el chaparro bellotas del otoño anterior, a pesar de que la planta parece tener suficiente edad para dar frutos. Probablemente es así. Podría tener dos años o veinte, o quién sabe cuántos. Es un roble, pero un roble achaparrado, enano, insignificante. Al menos hay un centenar de ejemplares muy parecidos a él en el espacio que puedo divisar desde la roca donde estoy sentada, y muchos centenares o miles, o cientos de miles más en

esta colina y en la siguiente, pero las cifras están equivocadas. Son erróneas. Los robles achaparrados no se cuentan. Cuando se pueden contar, es que algo va mal. Si una es botánica, puede contar cuántos hay en cien metros cuadrados y hacer una multiplicación. Así se consigue un cálculo aproximado, pero una no puede contar los chaparros de esta colina, y mucho menos los ballicos, escaramujos olorosos y lilas silvestres, que no he mencionado, y los demás arbustos y hierbas y humildes habitantes del chaparral. Éste es como los átomos y las partículas que los componen; escapa a toda cuantificación. Resulta imposible de numerar. No es intrincado por accidente, sino por naturaleza. Este chaparro no es hermoso. Tampoco podría adjudicarle una cualidad mística aunque hubiese fumado una buena cantidad de hachís; ni siquiera es nauseabundo: si algún filósofo lo considerara de este modo sería problema suyo, pero su opinión no tendría relación alguna con el chaparro. Esto no tiene nada que ver con nosotros; esto es la tierra virgen. La relación de la mente humana civilizada con ella es imprecisa, fortuita y muy arriesgada. No hay atajos. Todas las analogías van en una dirección, la nuestra. En una rama se aprecia un pequeño tumor de aspecto repugnante. Las hojas nuevas, las que han crecido este año, son tan grandes y simétricas en comparación con las viejas que al principio las he creído parte de otra planta, un tollón que crecía entre el roble enano, pero sin duda el seco calor del verano las agostará y retorcerá. Las analogías son fáciles de establecer: el roble perenne, el humilde siempreverde, puede efectivamente transformarse en sermón, igual que puede transformarse en leña. Puede ser leído o quemado. *Sermo*, leo; leo roble achaparrado. Pero no lo hago, y ese chaparro no está aquí para ser leído o quemado. Sólo forma una sombra sobre esta página del cuaderno de notas bajo el débil sol, a casi cero grados, en esta tarde de febrero en el Norte de California. Cuando cierre el cuaderno y me vaya, la sombra ya no estará en la página, aunque he dibujado su contorno en el papel; en la página sólo quedará ese trazo a lápiz. La sombra estará entonces en el suelo cubierto de hojarasca o en el musgo de la roca donde mis nalgas reposan ahora, y la sombra se moverá lícitamente y con gran majestuosidad, acompañando a la tierra. La mente puede imaginar esa sombra de un puñado de hojas cayendo a la espesura; la mente es algo maravilloso. ¿Pero qué hay de las sombras de todas las demás hojas de todas las demás ramas de todos los demás arbustos de todas las demás colinas de toda esta tierra virgen? Y sí una pudiera imaginarlas, aunque fuera por un instante, ¿qué utilidad tendría? Una utilidad infinita.



*Roble
achaparrado*

La Danza de la Luna

Relatada a la recopiladora por Espino de Sinshan



El Mundo se baila en la luna nueva después del equinoccio de las lluvias. La segunda luna llena tras éste, bailamos la Luna.

A veces, cuando empieza la danza, el tiempo es todavía frío y lluvioso, pero por lo general la estación seca ya ha comenzado y las noches se hacen más templadas. En ocasiones las hierbas todavía están formando las semillas; en otras, ya están maduras y empezando a secarse. Corderos y cervatillos están destetados pero todavía caminan muy cerca de las ovejas y las ciervas. Los pájaros se aparean y anidan. Durante el día se oye a la codorniz, y durante la noche a los autillos. Los arroyos saltan impetuosos en sus cauces. Es una época del año placentera, y buen momento para hacer el amor.

En la Danza del Mundo, la gente se casa; es un wakwa de tomar decisiones, de poner las cosas en orden y fluidas en ambas partes del mundo; es un wakwa de permanencia y estabilidad. La Danza de la Luna no tiene nada que ver con esto. Es todo lo contrario. Es un wakwa de separar, de deshacer, de salir y apartarse. Ya sabes que la heyiya-if va hacia el centro y que al mismo tiempo escapa de él. Un eje conecta y separa. Así pues, bajo la Luna no hay bodas. No hay familias. Bajo la Luna no hay niños. Si una mujer concibe durante la danza, generalmente aborta; si lleva adelante el embarazo es porque así lo quería, porque deseaba un hijo sin padre, un hijo de la Luna.

A los niños no les gusta la Danza de la Luna. Otras danzas tienen elementos atemorizadores, los Payasos Blancos de la Danza del Sol, el fuego fúnebre de la Danza del Mundo, las desmedidas borracheras de la Danza del Vino; los niños participan en todos estos wakwa, en la ofrenda al Sol, en el Último Día del Mundo, en los cantos del Vino. Por el contrario, en la Danza de la Luna no hay actividades para los niños. Todo se invierte, todo va del revés, ¿comprendes? Es sexo sin nada de cuanto a él corresponde: responsabilidad, matrimonio, hijos... Como los jóvenes son quienes poseen mayor ardor sexual, los adolescentes no pueden bailarla. Como es una danza de mujeres, en la Casa de la Oveja, se encargan de ella los hombres y la desarrollan a su modo. Todo va al revés. La luna llena refleja la luz del sol, la invierte, no transformada en día sino transformando en luz la oscuridad. La luna llena sale al atardecer y se pone al alba.

Así pues, los niños permanecen dentro de las casas y también los adolescentes, o bien éstos se van juntos a alguna parte, al menos durante la primera noche de la Luna, o quizá mientras la danza se prolonga. Los muchachos del Laurel salen de acampada y las chicas de la Logia de la Sangre pasan la noche juntas en una casa o en las

colinas, en una casa de verano, si el tiempo lo permite. Ambos grupos quedan separados, los chicos por su lado y las chicas por el suyo. Se ocupan de sí mismos y se mantienen apartados. Y cuidan de los pequeños.



Y las mujeres que viven como hombres y los hombres que viven como mujeres tampoco suelen bailar la Luna; se van a las casas de verano o cuidan de los niños pequeños en las casas. Salvo si desean hacer el amor con la gente del otro sexo. Ésta es otra muestra de que las cosas van del revés, que los valores se invierten: se supone que la Danza de la Luna es sexo sin concepción, de modo que sólo aquellas personas en capacidad de concebir deben bailarla. Las mujeres suelen dejar de bailar la Luna cuando tienen en torno a los cincuenta, y a veces mucho antes de esa edad. Naturalmente, los viejos la siguen bailando siempre y se dan mucha importancia por ello. Siempre hay por tanto más hombres que mujeres bajo la Luna.

A veces baja a bailar la Luna gente que vive en los bosques, y también acuden personas de otras ciudades. En ocasiones una encuentran en el baile a un hombre o una mujer a quien no se ha visto anteriormente, de quien no se sabe dónde vive ni quién fue su madre. Entonces hay que preguntarle en qué casa vive para que una no se encuentre cometiendo incesto con alguien.

Hablar así de estas cosas resulta extraño. La Luna es toda licencia e incontinencia, pero debe tenerse siempre presente una larga serie de normas de ese tipo. Supongo que eso se debe a que es un tiempo de valores invertidos. Además no resulta fácil a una mujer vivir a la manera del hombre. Cuando termine de contar todo esto, pregúntale a un hombre qué sucede durante la Luna; probablemente su versión será muy diferente. Aunque no sé; los hombres también tienen una serie de normas similares.

Un hombre podría contar mejor que yo lo que hacen antes de que llegue la luna llena. Durante los catorce días previos a ésta, todos los hombres que quieren bailar se dedican a sudar y cantar. Utilizan la vieja casa de sudar instalada donde el arroyo de

Sinshan rodea la colina del Adobe por su cara exterior. Después de haber sudado un rato, salen corriendo de la casa y se lanzan al depósito de agua de regadío. En las grandes ciudades valle arriba tienen casas de sudar construidas sobre la superficie. En Kastoha y Chukulmas, calientan las casas de sudar con vapor procedente de las fuentes termales. Aquí, en Sinshan, hacen simplemente una fogata en el lecho de rocas y luego vierten sobre él pequeñas cantidades de agua. Los hombres acuden a sudar en cualquier momento del día, y van y vienen a la casa de sudar totalmente desnudos. Después de sudar y del baño, vuelven y cantan en el espacio común. En su mayor parte, las canciones son palabras matrices. Yo no las conozco pues sólo las cantan los hombres, entonándolas desde lo más profundo de sus pechos, desde los estómagos. Suenan como truenos lejanos, o como lluvia, o como motores de trilladoras, muy profundas y apagadas. Las mujeres no salen a escuchar las canciones, sino que las oyen desde el interior de las casas o desde los talleres, mientras se ocupan de sus labores. Y nunca dan a entender en sus gestos que las están escuchando.

[Un hombre de Sinshan, Cuarta Codorniz, nos cantó dos de los cánticos que entonan los hombres antes de la Luna; dijo que no había nada de malo en anotarlas por escrito, «pero escribir palabras matrices tiene tan poco sentido como escribir pasos de danza», añadió.

CANCIÓN DE ANTES DE LA LUNA I

Meyan, menay
barra amarraman
ah, eh, eya meyan.

CANCIÓN DE ANTES DE LA LUNA II

Ehe ene ene
ehi meyan heyu.

Cuarta Codorniz entonó estos cánticos sin acompañamiento, con la voz profunda, «interna», de pecho, que Espino había mencionado. Cuando las interpreta un grupo, con repeticiones y sucesivos solos, cada canción puede durar varios minutos].

Así pues, durante cinco y cinco y cuatro días, los hombres se bañan y cantan; y no mantienen relaciones sexuales con nadie, sino que practican la continencia, estén casados o no. A veces las mujeres les lanzan pullas, pero es preferible no hacerlo, pues los hombres se las devolverán durante la Luna.

El día previo a la noche de la luna llena, las mujeres que desean bailar acuden a bañarse al depósito, todas juntas. Si una no desea bailar ese año, puede hacer una declaración en tal sentido y decir: «Esta noche me quedo con los niños en tal casa», o «Esta noche dormiré con las muchachas que todavía no han caminado tierra adentro». Incluso así, los hombres pueden acudir a la casa y cantar o llamar a esa mujer para

que salga a bailar. Siempre hay alguna mujer estúpida que dice que no va a bailar, que no quiere bailar y que no le gusta la Luna, cuando en realidad piensa lo contrario y sólo desea que los hombres acudan a su casa y la llamen, para que así todo el mundo oiga que la están llamando. Y luego aparece en la danza, por supuesto. Nadie que no lo desee de verdad acude a bailar la Luna.

Cuando el sol se pone tras la sierra, hombres y mujeres empiezan a acudir desde las casas al espacio común y comienza la música en el heyimas de la Obsidiana. Luego salen los músicos y recorren el sendero hasta el eje de la ciudad, y cantan allí, y luego siguen el sendero hasta el espacio común sin dejar de cantar, tocar y batir los tambores. ¡Ah, la música de la Luna no es como las demás músicas! Una no puede quedarse quieta, tiene que salir a bailar. La música se le mete a una en los huesos cuando escucha los tambores y los profundos y roncós cánticos de los hombres. En las canciones de la Luna hay una palabra matriz, «*abahi*». La pronuncian una y otra vez; «*abahi, abahi*», y los tambores la repiten sincopadamente, «*abahi, abahi*». Cae la oscuridad y la luna empieza a asomar tras los pinos de la cima de las colinas. Cuando la luna ya ha salido, una baila con las demás mujeres formando una hilera, sin moverse del lugar que ocupa. Los hombres empiezan a formar otra hilera que avanza dando vueltas en una dirección y en la inversa, rodeando la hilera de las mujeres. Entonces la formación de los hombres se deshace y cuatro o cinco de ellos rompen la hilera de las mujeres, la separan en dos, la parten. El baile continúa entonces en dos hileras y los hombres vuelven a romper las hileras una y otra vez, hasta que cada mujer queda bailando sola. Entonces los hombres pueden rodear a una mujer entre varios, o bailar en pareja con ella. Y así se desarrolla la danza. No hay normas concretas sobre lo que sucede entonces. Se puede bailar un rato en pareja y luego el hombre puede dirigirse a otra mujer o a otro grupo, mientras otro u otros hombres se colocan frente a una mujer, o la rodean, al tiempo que siguen bailando a su alrededor. Las mujeres no se mueven del lugar que ocupan; a menos que un hombre la coja de la mano, cada una permanece donde está; sólo los hombres se desplazan y escogen.

La música no cesa en ningún momento —la mayoría de los músicos son adolescentes, gentes de la Obsidiana que todavía no danzan la Luna, pero que tocan sus tonadas— y cuando la luna ya está subiendo en el cielo nocturno, las mujeres empiezan a cantar. Entonan «*abahi*», o sólo «*he-eh*», o gorjean notas muy agudas como grillos nocturnos. Es entonces cuando los hombres empiezan a excitarse. Algunos van desnudos desde el principio, pero cuando las mujeres empiezan ese gorjeo los demás no tardan en imitarles y todos bailan desnudos, mostrando incluso su miembro erecto. Entonces empiezan a abrazar a la mujer con la que están bailando, en lugar de limitarse a danzar frente a ella. Le cogen las manos, la sujetan por los hombros. Si son más de uno los hombres que bailan con una mujer, empiezan a abrazarse a ella por detrás y a restregarse contra ella, y quizás uno le sujeta una mano y otro la coge de la otra. Entonces los hombres empiezan a despojarla de sus

ropas. Si la mujer no desea ver pasar sus ropas de mano en mano durante toda la danza, es mejor empezar por no llevar mucho, pues tarde o temprano terminará tirada en el suelo de cualquier manera.

A continuación algunas parejas empiezan a hacerse el amor, generalmente de pie, y tanto ellos como quienes están cerca inician el canto del coyote. Se le llama así porque guarda un ligero parecido con el sonido del coyote, supongo, pero a mí me recuerda más una música basada en los gemidos que emiten los humanos cuando hacen el amor. Los músicos entonan las canciones del coyote y siguen batiendo los tambores, manteniendo el ritmo de la danza. Hay personas que bailan toda la noche. Otras hacen el amor y vuelven a bailar, hacen el amor con otra y reanudan la danza, o hacen el amor una vez más y se retiran a su casa. Como cada cual prefiera. Se supone que una mujer no debe irse a casa mientras un hombre esté con ella o esperándola, pero en realidad si una ya ha tenido bastante o no le gusta el hombre, siempre puede escabullirse disimuladamente, pues es de noche y hay mucha gente.

Se cuentan historias de hombres que se acercan a una mujer y la obligan a hacer el amor con ellos, casi siempre como venganza porque ella se ha burlado de ellos anteriormente, pero yo nunca he visto que sucediera nada semejante; se trata de historias románticas que suelen contar los hombres. Lo que no se permite es desaparecer del espacio común con una pareja; esa noche no se puede hacer el amor en ningún otro lugar que ahí fuera, en el espacio común, a la vista de todos. Si un hombre quisiera seguir a una mujer que se retira a su casa, ésta gritaría y los demás lo descubrirían. Sin embargo tal cosa no sucede, pues en último término ésta es una danza que se baila en grupo.

La primera Luna que bailé fue la mejor de todas. Antes de que empezara, estaba un poco asustada. Era una noche cálida y ventosa, las lluvias ya habían cesado, los grillos cantaban en los campos y el claro de luna parecía agua blanca que formara charcos sobre la hierba. ¡Ah, qué Luna tan maravillosa! A veces llueve durante la celebración. En tal caso se cubre el espacio común con una lona sostenida por postes y la gente acude a bailar, pero hacer el amor no resulta tan agradable porque hace frío, hay humedad y la oscuridad es tal que no se alcanza a distinguir quién está junto a una. El modo en que más me gusta es cuando la luna ilumina la escena lo suficiente como para que puedas ver al hombre y saber de quién se trata, pero al mismo tiempo ésta adquiere un aspecto distinto al que tendría bajo cualquier otra luz, porque se encuentra bajo la Luna. En cambio, cuando la noche está nublada, es como hacer el amor con extraños, entre extraños. Puede haber gente a quien eso le guste, pero a mí, no. Me gusta la Luna cuando el claro de luna ilumina el espacio común.

Quien lo desee puede bailar la Luna todas las noches que dura ésta —nueve en total— o las que le apetezca hacerlo durante ese período. La primera noche, la Luna Llena, suele ser la danza principal. Pero si esa noche llueve y luego mejora el tiempo, alguna de las Noches Siguietes puede haber más gente bailando. Durante esas Noches Siguietes, los hombres suelen acudir a bailar a otras ciudades. Si una mujer

sale a bailar una de tales noches, es probable que se encuentre haciéndolo con un hombre a quien no conoce. Naturalmente hay que enterarse de en qué casa vive, pero si las casas de ambos son compatibles, la mujer obra mal si lo rechaza. Si una acude a bailar la Luna, no debe escoger ni rechazar a nadie.

Durante las noches siguientes, la música no surge del heyimas hasta avanzado el crepúsculo, y por lo general los músicos no se retiran demasiado tarde. Los hombres deciden en todas estas cuestiones. Son los hombres de la Obsidiana quienes se encargan del wakwa y quienes cuidan de que se lleve a cabo como es debido y de que no haya problemas. Normalmente, la única dificultad viene de la gente que se emborracha. Parece que siempre hay algún viejo cazador que no puede poner su pene en condiciones y recurre a la bebida para excitarse, pero el resultado es todavía peor y entonces sigue bebiendo hasta que pierde el control; en estos casos, los encargados del wakwa tienen que sumergir al hombre en el depósito del agua o encerrarle en un granero vacío hasta que se calme. Aquí, en Sinshan, había una mujer, Caléndula de la Serpentina, que siempre andaba ebria durante la Luna y no estaba quieta en su sitio como se supone que deben hacer las mujeres; si no tenía algún hombre con ella, iba a buscarlo. Supongo que aquellos muchachos de Sinshan que eran demasiado tímidos para ir al encuentro de la mujer que realmente deseaban debían de terminar absorbidos una Luna u otra por aquel viejo torbellino. Pero tal encuentro no les hacía ningún mal, y desde luego Caléndula se lo pasaba de maravilla. Cuando llegaba la Danza del Vino, no dejaba de dar vueltas diciendo: «Si bebo tanto durante la Luna, ¿por qué no puedo pasarme el Vino jodiendo?». Y supongo que, en efecto, así lo hacía. Ya era anciana cuando dejó de bailar la Luna; debía de tener setenta años o más. Murió poco tiempo después de dejar de acudir a la danza.

En todo caso, se haya bailado mucho o poco durante las nueve noches de la Luna, la décima noche se invierte lo invertido. Empieza el tiempo de la Luna Nueva, las mujeres empiezan a reunirse en el espacio común y los músicos acuden allí cuando el sol se oculta tras las colinas. Las mujeres entonan las canciones de la Luna Nueva y desfilan hasta el eje y el heyimas de la Obsidiana.

Los hombres les esperan en el lugar de las danzas. Esa noche lucen atuendos hermosos, la mayoría de color negro, camisas y pantalones negros con un chaleco blanco bordado en negro o un chaleco negro bordado en plata; algunos de esos chalecos de la Danza de la Luna vienen, según se dice, de diez generaciones atrás. Todos los hombres van descalzos y con la cabeza descubierta. Algunos se dibujan una amplia franja de polvo de carbón, que les cruza el rostro desde el labio superior hasta el párpado inferior, y de oreja a oreja. Tienen un aspecto magnífico. Forman una hilera frente a las mujeres y se ponen a dar vueltas en torno a sí mismos. Cuando las mujeres dejan de cantar, empiezan ellos. Cantan con voz ronca y profunda, como antes de iniciarse la Danza de la Luna. Todo cuanto cantan son palabras matrices, pero pronunciadas a la inversa; así, la palabra matriz «meyan» se transforma en «*na yem*» que significa ‘orilla del río’, razón por la cual estas canciones llevan por

nombre Orillas del río. Los hombres las cantan puestos en pie, mientras los músicos hacen sonar los tambores. Las mujeres permanecen en su hilera, escuchando en silencio y sin bailar.

Una vez cantadas las tonadas de las Orillas del río, las mujeres entran en el heyimas de la Obsidiana y bajan a la Logia de la Sangre una tras otra: allí se lavan los ojos y las manos en el Cuenco de la Luna y luego se encaminan a sus casas. Los hombres se quedan en el lugar de las danzas y continúan sus cánticos acompañados por los tambores, o bien acuden a tomar un baño al arroyo de Sinshan, y finalmente regresan a sus casas. Con esto, la Luna queda bailada.

Durante la Luna hay ciertas cosas que, sin formar parte de los ritos sagrados, se han convertido en costumbres. En Sinshan, si un hombre desea que una mujer baile con él esa noche, acude a verla durante el día y le regala una flor de sei. Cierta vez, en mi casa, nos reímos mucho cuando un hombre muy viejo de la Casa de la Cima de la Colina entregó a mi madre todo un ramo de sei, veinte o treinta flores por lo menos. «¡Cómo podría negarme a bailar con un hombre así!», exclamó ella. En Madidinou, donde viví mientras estuve casada, no se regalan rosas como aquí pero acuden hombres y mujeres juntos a bañarse en el río después del mediodía.

CANCIONES DE LA LUNA NUEVA

Cantadas por las mujeres la última noche de la Danza de la Luna

La oveja negra abre la marcha,
su corderillo la sigue.

El cielo se cubre.

Hey heya hey,
Casa de la Obsidiana,
la puerta está cerrada.

La mujer de la Primera Casa
da de mamar al corderillo
en el corral a oscuras.

Hey heya hey,
¡la puerta de la Casa de la Luna
está negra, está negra!

Coágulo, coágulo,
oscuro grumo de sangre,
negro grumo sagrado,
yo te sangro.
¡Reluciente, reluciente,
blancura reluciente,

reluciente blancura,
blanca luna reluciente!
Yo consiento,
esta sangre consiente,
esta sangre es negra.
Sangra.
Yo la sangro,
esta sangre, este coágulo, este grumo,
esta luz, esta vida,
resplandeciente, resplandeciente.



Más sobre la Danza de la Luna

UNA MUJER DE CHUMO

Según mi parecer, los hombres aman más a las mujeres antes de hacer el amor, y las mujeres aman más a los hombres después de hacerlo. Por eso los hombres no se sienten tan a gusto en el matrimonio como las mujeres, por lo general. Así pues, la Luna vuelve las normas del revés. Durante esos días, los hombres se sienten a gusto. Durante esos días, el matrimonio no existe.

Cuando no estaba casada, me gustaba bailar la Luna; después de haberme casado, siempre me alegraba cuando terminaba la Danza de la Luna. Entonces salía a cantar las tonadas de la Luna Nueva en la décima noche y me gustaba ver a mi esposo en la hilera de los hombres con sus ropas negras de la Obsidiana, con su aspecto fiero y hermoso, y me alegraba verle regresar a casa esa noche. Él tampoco parecía lamentar el regreso, pero jamás hizo comentarios al respecto pues tenía su recato. Ya sabéis cómo son los hombres.

UN HOMBRE DE KASTOHA-NA

Las mujeres preparan para la Luna unos velos muy finos, largos y holgados. Cuando acuden al espacio común, lucen esos velos sobre la cabeza y se envuelven con ellos y dejan que floten a la espalda, y conservan una parte del velo sobre los rostros si gustan, de modo que uno no pueda saber quiénes son. Esos velos son blancos y destacan bajo la luz del atardecer y bajo el claro de luna, como reflejos de ésta.

Aquí, en Kastoha-na, las mujeres llevan siempre esos velos. Ignoraba que en otras ciudades se bailaba la Luna sin ellos. Uno puede acostarse sobre el velo mientras hace el amor, o ponérselo encima si gusta. Por la mañana, las mujeres los lavan y durante toda la Luna pueden verse los velos blancos ondeando al viento en las cuerdas de tender la ropa, ¿no os habéis fijado?

A veces las mujeres mantienen oculto el rostro porque realmente no quieren ser reconocidas; eso está bien, es correcto, es como debe ser. Pero uno debe estar atento mientras está bailando con una de ellas, pues la mujer le hará una señal si ambos pertenecen a la misma casa. En tal caso, uno deberá dejarla y buscar a otra.

UN JOVEN DE CHUKULMAS

Ah, sí, aquí las muchachas llevan velo, y las mujeres mayores también, de modo que

un hombre no puede distinguir a unas de otras; sencillamente, son mujeres. Sólo se las reconoce cuando uno se acerca mucho.

Las chicas que nunca han bailado la Luna se esconden en sus casas y uno tiene que entrar a buscarlas. Uno canta frente a la casa durante un rato y las anima a que salgan, pero ellas no asoman. Por eso uno debe entrar a por ellas y entonar esta canción:

Meyan hey, meyan,
¡voy a entrar!

Ellas se esconden y esperan dentro con los velos puestos. Uno las coge de la mano y las muchachas salen entonces contigo al espacio común. Y siempre mantienen el rostro oculto.

[En respuesta a una pregunta:] No creo que nadie haga el amor por primera vez durante la Luna; al menos no conozco a nadie en tal situación. Uno viaja tierra adentro antes de la Danza de la Luna si es el primer año en que se dispone a participar. Hacer el amor por primera vez rodeado de tanta gente sería embarazoso. Los viejos y los adultos siempre andan exhibiendo lo importantes que son.

La Luna es un momento difícil cuando uno está enamorado. Un chico y una chica se enamoran y quizá viajen juntos tierra adentro y entonces, ¿comprendes?, llega la Danza de la Luna. ¿Debe acudir el muchacho a bailarla? Durante la Luna, uno no debe estar solamente con una persona, pero quizá la muchacha se sienta dolida al ver a su pareja con otras mujeres. Y también puede suceder que ella quiera acudir a la danza y al chico no le guste que lo haga. En la época que precede y sigue a la Luna, muchos amores quedan rotos. Ignoro si sucede lo mismo con los matrimonios.

poemas

tercera parte



SINSHAN

UNA CANCIÓN DE LA SEXTA CASA *De la Logia del Madroño de Sinshan*

De vuelta, de regreso
de la Hierba a la Luna.

Esta casa se cae,
sus paredes se derrumban,
caen a los arroyos que pasan corriente abajo,
caen a las raíces que se internan en el suelo.

De la Hierba a la Luna,
corriente abajo, inclinadas.

El sauce junto al pozo se alza cayendo,
del albaricoque caído del Otero de Sinshan
se eleva una rama en flor.
Esta casa está hecha de ruinas.



UNA MEDITACIÓN SOBRE LA CASA DE LA PLUMA DE CODORNIZ *Por Regalo del Zorro, de la Arcilla Azul de Sinshan*

¿Cuánto tiempo ha estado aquí
la casa de mi familia,
la Pluma de Codorniz de Sinshan?
Bajo a Ounmalin.
La casa está en su lugar.
Subo valle arriba a la montaña
y regreso a la casa.
Yo voy y vengo, ella permanece donde está.
Yo entro y salgo, ella es ambos.
La argamasa se seca, los tableros se separan,
el techo empieza a dejar pasar la lluvia.
La gente reconstruye la casa.
Permanece firme. Hay gente que nace en ella.
Hay gente que muere en ella. La casa permanece.
Quizás hubo un incendio en ella.
Fue reconstruida.

Sigue estando aquí,
esta casa, la Pluma de Codorniz,
el nombre de una casa,
la sombra de una casa.



TRES POEMAS BREVES

Ofrecidos por Cardador de la Luna al heyimas de la Obsidiana de Sinshan

EN LA PRIMERA HONDONADA

Un gran relincho del aire,
el batir de alas del picamaderos.
El halcón de Sinshan grita
como un sueño que se aleja.

UN DÍA DE LA NOVENA CASA

Entre mis ojos y el sol
una claridad quieta.
Un buitre se mueve
a gran altura en esta casa
del aire quieto.
Sobre el muro de roca
el lagarto no se mueve.
No hay techo.

EL ROBLE DEL VALLE (CUATROS)

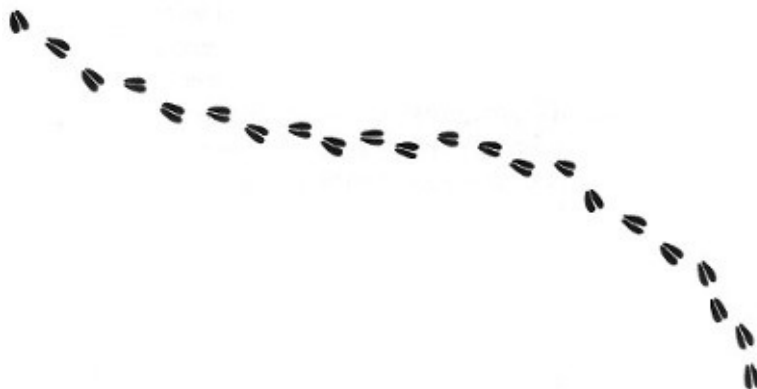
Nadie ha construido
una casa
tan hermosa como este
gran heyimas
de profundas torres.

EL LAMENTO DEL HALCÓN DE SINSHAN

Por ira de Sinshan. La métrica del poema es «klemchem»

¿Qué llevas prendido
de tus poderosas garras?
¿Qué está rompiendo
tu curvo pico?

Tu ojo es dorado.
Alimentas a tus crías
con mis hijos.
¿Qué sujetas, halcón?
Vuelas con un lamento,
un lamento, un lamento,
sobre los campos
todo el día, afligido
sobre las colinas.
¿Qué has matado, halcón?



CINCOS DE LA SEGUNDA CASA
Del heyimas de la Arcilla Azul de Sinshan

Sé dónde ha pisado
la de patas como palillos,
patas de cedro de incienso,
sobre las húmedas hierbas.
Sé dónde se ha sentado
aplastando la hierba.
El fango húmedo se ha calentado
bajo su cuerpo suave,
su vientre redondo, sus patas dobladas.
Sé dónde se han levantado
cautelosas sus ovejas
sobre las puntas de las matas
como dos húmedas hojas pardas.
Ignoro en cambio
qué pensaba ella
mientras me miraba.

A GAHHEYA
Por Piedra Parlante, de la Arcilla Azul de Sinshan

Vieja piedra, sostén mi alma.
Cuando no me halle en este lugar
recibe al sol por mí.
Calientate poco a poco.
Cuando ya no esté viva
recibe al sol por mí.
Calientate poco a poco.

Ésta es mi mano sobre ti, cálida.
Éste es mi aliento sobre ti, cálido.
Éste es mi corazón dentro de ti, cálido.
Ésta es mi alma en ti, cálida.
Mucho tiempo estarás aquí
recibiendo el sol
impregnada de calor.
Cuando ruedes,
cuando te rompas en guijarros,
cuando la tierra cambie,
cuando se acabe tu naturaleza de roca,
seremos resplandor,
seremos resplandor de danza,
seremos resplandor que calienta.



EN LA SEGUNDA COLINA
Por Ira de Sinshan

Cuando acudo a este lugar
siempre hay alguien,
siempre hay alguien
que caminó por aquí,
que estuvo por aquí antes que yo.

Los rastros de la hierba son débiles y tortuosos,
difíciles de seguir, y llevan
al lugar sagrado de estos parajes.
El picamaderos golpea el roble
cinco veces, cuatro veces.

¿Quién vino aquí
antes que yo, antes del amanecer?
¿Quién, antes del picamaderos?
¿De quién son esos pasos?

Sus pies son estrechos y hendidos,
sus piernas, esbeltas.
Avanzan
al modo sagrado.

LOS SACERDOTES DE ESTA RELIGIÓN

De una representación oral a cargo de la hija de Dadora de Ira, de Sinshan. El título de la traducción fue escogido por la recopiladora de estos poemas. Su autora titulaba estos versos «goutun onkama», una canción de la alborada.

El macho del gran búho cornudo,
con voz como si soplara en un jarrón hueco,

canta la heya de cinco notas
al llegar la alborada
a la manera sagrada:
hu, hu-hu, hu, hu.

La rana que el gran búho persigue
en el fondo de la cañada entre sombras,
canta la heya de cuatro notas
con voz confiada y alegre:
caa-rigk, caa-rigk.



LA FUENTE PISOTEADA

De una representación oral a cargo de la hija de Dadora de Ira, de la Arcilla Azul de Sinshan

Justo sobre la colina
tras los heyimas
tras los heyimas
justo sobre la colina tras los heyimas
de Sinshan
de Sinshan
justo sobre la colina
está la fuente pisoteada.
¿Quién baila, quién baila?
¿Quién baila allí?
Allí bailan ellos, allí bailan ellos,
por eso es allí, por eso es allí,
donde se celebra la danza.
Patean y bailan,
pisotean y bailan,
con pezuñas afiladas
cortan el agua
que surge del suelo,
con sus finas patas
hacen saltar el agua
del suelo,
con saltos y bailes,
hollan el agua
y la hacen saltar,
la hacen rezumar y encharcarse,
forman fango bajo la hierba,
provocan el chapoteo del agua
que empieza a fluir, bajo la hierba,
levantan destellos de agua, resplandores de agua
que empiezan a manar, que empiezan a correr,
con el sonido y el destello del agua al fluir
hacia el arroyo de la fuente pisoteada
donde bailan, pisoteando,

donde bailan, manando,
donde bailan, pateando,
en secreto, en sagrado, en peligro,
en la casa del puma
justo sobre la colina
tras los heyimas
en la zona de caza
justo sobre la colina detrás de Sinshan.

REGRESO A LA CASA DE LA COLINA

Por mujer Osezna

Mi corazón baila, baila,
baila por estos senderos,
baila a través de esas puertas,
baila en esas estancias
con las motas de polvo en el sol matinal.

En las palabras está la danza,
en las canciones está la danza,
en los sueños está la danza,
en las escobas está la danza,
mientras se limpia esta vieja casa soleada.

Es una larga danza:
El silencio de esas estancias,
la llamada de la codorniz fuera,
el sol entrando por las ventanas,
todos los años ha sido así.

La hermana de la abuela barriendo este suelo,
padre mirando por esa ventana,
madre escribiendo en esta mesa,
yo de pequeña y mis hijos
despertándose por la mañana en esta vieja casa soleada.

LA ESCRITORA A LA MAÑANA EN LA CASA DE LA COLINA DE SINSHAN

Por mujer Osezna

Quienes quieran luchar, que fumen tabaco.
Quienes busquen emociones, que beban coñac.
Quienes deseen apartarse del mundo, que fumen cannabis.
Quienes gusten de conversar, que beban vino.
Yo no quiero ninguna de tales cosas en este momento.
Por la mañana temprano, respiro aire y bebo agua
porque lo que busco es claridad y silencio
y una leve línea de palabras
garabateadas con claridad y en silencio en torno
a mis pensamientos.

CANCIÓN A LA CASA DE LA COLINA DE SINSHAN

Por mujer Osezna

Casa, lugar donde estoy,

casa, lugar donde estoy,
 me hago vieja viviendo en ti.
 Casa, aposentos donde vivo,
 casa, aposentos donde vivo,
 mi madre ya pasó la juventud aquí.
 Puerta del noroeste,
 puerta del noroeste,
 quizá la nieta de mi hija envejecerá aquí,
 entre estas paredes,
 dentro de esta casa.
 Quizá yo volveré aquí alguna vez después de morir,
 por la puerta del suroeste,
 por la puerta del noroeste,
 de esta casa, del lugar donde estoy,
 a esta casa, al lugar donde estoy.



Castaño de Indias

EL PÁJARO CARBONERO DE CABEZA NEGRA
Por Recodo, de la Arcilla Azul de Sinshan

Es un pájaro listo y muy valiente.
 Se posa en la rama,
 limpia y compone sus plumas,
 se despioja,
 afila su pico
 y no me deja pasar.

¿Qué puedo decir?
 El pájaro canta
 un gorjeo suave y prolongado
 tres veces y se vuelve de espaldas.
 Luego guarda silencio.

He llegado.
 Me siento junto a la fuente
 con el corazón seco.
 La azalea blanca
 florece para el colibrí.

No alcanzo a leer lo escrito

en el pecho del gorrión,
aunque se acerca a mí
para que pueda descifrarlo.

El agua guarda silencio,
absorbida por las raíces de los árboles.
Mana por tres lugares
entre las rocas, y se sumerge en su cauce.

Hermosas son las pequeñas hierbas moteadas
allende la peña verde azulada
vidriada como porcelana.

El guardián gorjea sobre la puerta de musgo,
sobre el portal de esta casa de agua silenciosa.

Tengo el corazón seco porque soy viejo,
pero ¿cuántos años
lleva floreciendo aquí la azalea silvestre?
¿Cuánto tiempo lleva manando el agua?

Mañana lloverá
y yo no subiré aquí.
Escucharé caer la lluvia
y pensaré en los pájaros
prudentes e intrépidos
en el laurel y la melisa,
en las ramas de la gran azalea,
en las ramas de los árboles
que beben el agua de este silencio.

EL ARROYO DE SINSHAN

Por Pico, del Adobe Amarillo y de la Logia de los Buscadores de Sinshan

Cuando pensaba en el riachuelo que corre
sobre las piedras entre las riberas
bajo el roble, el aliso, el sauce, el madroño,
y las diversas especies de laureles,
cuando pensaba en las aguas poco profundas
que avanzan suavemente sobre el lecho de grava
donde el arroyo se curva hacia afuera,
ceñido a la falda del otero bajo los laureles,
y vuelve a curvarse hacia dentro
hasta entra en el pequeño valle recogido,
cuando pensaba en esas aguas
en un otoño seco, en una tierra extraña,
lloraba en voz alta y me encogía
de añoranza del aroma de los laureles.
Mi sueño era esas aguas y mi alma
una piedra en su corriente.

GANAIV WAKWANA SINSHANSHUN

Por Ira de Sinshan

Estoy en este lugar.
Estoy ahora en este lugar

donde el agua mana de las rocas.

Ésta es el agua,
ésta es la fuente del agua
entre las rocas oscuras,
entre las rocas azules.
Estoy ahora en este lugar.
Estoy en el principio del agua.

Conmigo en este lugar
está el colibrí de pecho gris, cola verde y cuello rojo,
está en este lugar, el colibrí
cazando y zumbando.

Estoy en este lugar
donde el agua surge de la oscuridad
con el colibrí invernal
que sobrevuela las aguas con ojos brillantes
inmóvil, zumbando.



Ocho relatos de vidas



Los «relatos de vidas» eran narraciones contadas por muchos habitantes del valle. Estas biografías o autobiografías eran escritas y donadas al heyimas o a la Logia como ofrenda, como regalo de vida. Aunque la mayor parte de estos relatos sólo recogían anécdotas personales, constituían un «eje» o intersección de un tiempo vital (privado, individual, histórico) con otro tiempo esencial (comunitario, impersonal, cíclico), formando así una conjunción de lo temporal y lo eterno en un acto sagrado.

La sección más extensa de este libro, el relato de Piedra Parlante, es una autobiografía. En la presente sección, una serie de relatos de vidas más breves da forma a un coro de voces del valle, hombres y mujeres, jóvenes y viejos.

El Tren, escrito a los siete años por Bastante de Sinshan, es un ejemplo típico de ofrenda autobiográfica breve y recoge un acontecimiento muy importante en la vida de su autor, en la plena confianza de que el lector percibirá tal trascendencia; es decir, que en nuestros términos está cargado de significación.

La Que Escucha (o *La mujer que escucha*) fue ofrecido al heyimas de la Serpentina de Sinshan cuando la autora adoptó su segundo nombre, aquél por el que sería conocida durante toda su vida adulta, o al menos hasta que tomara o le fuera dado un último nombre.

Igual que muchas autobiografías ingenuas sin pretensiones literarias, está escrita en tercera persona.

En *Pinzón*, el autor utiliza la tercera persona para referirse a sí mismo cuando escribe en pasado; cuando lo hace en presente, utiliza la primera persona. Este relato, que narra la búsqueda visionaria de un atleta espiritual, presenta un fracaso como hecho central de una vida.

El brillante vacío del viento, entregado a su heyimas por Kulkunna de Telina-na, recoge lo que llamaríamos una experiencia extracorpórea o de la vida futura.

Habiéndole salvado la vida los médicos (vivos y muertos) de la Logia de los Doctores, Kulkunna decidió inmediatamente adherirse a ésta, considerando que tenía una deuda que saldar. Hacia el final del relato de Piedra Parlante encontramos el otro extremo del ovillo: un doctor que salvó una vida y que a partir de entonces fue responsable de esa vida —literalmente y en todos los aspectos; responsable de ella en igual medida que los padres que la habían engendrado—. Las deudas y los reconocimientos en la Logia de los Doctores eran asuntos extraordinariamente serios.

Árbol Blanco es la única biografía estricta de la serie. Cuando un amigo o pariente juzgaba que la vida de alguien merecía ser relatada, podía hacerlo, como en este caso, tras la muerte del interfecto.

El relato del tercer hijo, firmado por Cabra Moteada de Madidinou, puede ser, aunque está narrado en primera persona, una biografía apócrifa en forma de autobiografía, con propósitos de venganza. También podría ser pura ficción, o estar a medio camino entre ambas cosas. La relajada estructura en tercetos de versos libres era utilizada en lamentaciones, sátiras y procacidades.

El perro a la puerta recoge una visión iniciada como un sueño y proseguida luego conscientemente mediante las técnicas de meditación aportadas por el heyimas. Desde nuestra perspectiva no se trata más que de una mera excursión mental, una fantasía que no admite el menor escrutinio racional. Para su autor y sus lectores en el valle, era el relato idóneo de una existencia. El autor, que lo entregó al heyimas del Adobe Rojo de Wakwaha, no lo firmó.

Por último, en la más extensa de estas obras, *La visionaria*, Picamaderos de Telina-na cuenta su vida con notable franqueza y realismo. Diversos ejemplares de esta obra se guardaban tanto en su heyimas de Telina como en los archivos de Wakwaha. Quizá sus colegas eruditos de la montaña le pidieron a Picamaderos que narrara su vida como una especie de guía para otras personas agobiadas por el mismo don que ella poseía, pues intentaba describir algo que la mayoría de las veces quedaba sin expresarse: las emociones y las relaciones de una persona que llevaba (voluntariamente o no) una existencia de visionaria, y el lugar de una «gran visión» en una vida corriente.

El tren

Por Bastante, de la Serpentina de Sinshan

Ésta es la primera ofrenda que he realizado por escrito. Heya hey hey hey. Éste es el primer nombre que me dieron mis madres: Bastante. He vivido en la Tercera Casa de la Tierra desde la Danza de la Luna de hace siete años. Éste es el nombre de la casa donde está el hogar de mis madres: Paredes Azules de Sinshan. Después del Vino, salí de Sinshan con mi prima, Amapola, y mi tía materna, Regalo. Fue la primera vez que me alejé de Sinshan. Viajé al otro lado del valle, hasta esas otras montañas. Anduvimos por las tierras llanas del valle hasta llegar al río. Cruzamos el río en el transbordador. El encargado del transbordador lo hace avanzar tirando de una soga, y luego regresa dejándote en la otra orilla. (Ese hombre cría gallinas de cola verde). Luego continuamos un trecho y llegamos al tendido. Huele como algunas clases de jabón y también como algo quemado. Es como una escalera muy ancha extendida en el suelo que alcanza tan lejos hacia el noroeste y hacia el sureste que no se puede ver dónde termina. A los lados del Tendido, todas las hierbas están segadas y en el interior hay bonitas rocas lisas. Lo cruzamos avanzando por uno de los travesaños. Subimos a una colina cubierta de cardos, nos sentamos bajo unos robles y comimos huevos y conservas en escabeche. Mientras estábamos allí, se oyó a lo lejos un ruido parecido al de un tambor. Regalo nos dijo que mirásemos y así lo hicimos, y al tiempo que el ruido se hacía muy intenso, ¡apareció el tren! Tuve miedo. En casa, cuando se escuchaba ese ruido, la gente decía que era el tren, y yo siempre creía que era una gente de piedra que caminaba pesadamente. El ruido es mucho más intenso cuando uno está cerca de él. El tren despedía volutas de humo y era como una hilera de casas en movimiento. En una de las partes que más se parecía a un carro, vi a una persona que llevaba puesto un sombrero rojo y que nos saludó agitando la mano. Yo no respondí agitando la mía porque estaba agarrado a las de Regalo y Amapola. Me sentí muy excitado. Regalo explicó que era el tren que transportaba vino para la gente del Amaranto. Los grajos se pusieron a graznar en la colina cuando se acercó el tren, y los patos remontaron el vuelo desde las riberas y las aguas del río hasta oscurecer el aire, y llegó hasta mí su olor. El tren se dirigía hacia el sureste. Pasó ante nosotros y continuó la marcha. Después seguimos avanzando por el camino entre los cardos. Llegamos al lago Viejo y nos quedamos allí con el hermano de nuestras madres, que se dedicaba a la pesca. Después de pasar cuatro días allí, pescando con nuestro pariente, regresamos a casa. ¡Heya Serpentina!



La Que Escucha

Ofrecida al heyimas de la Serpentina de Sinshan por La Que Escucha, de la Casa de Chimbam

Febe no había visto nada que los demás no pudieran ver y no solía acudir con frecuencia al heyimas, ni a entonar las canciones de la Logia de la Sangre, ni a hablar con los ancianos. Un día se encaminó a los lugares de recolección de su familia en la Sierra Negra, cerca de Herou, para recoger semillas de chia. Cuando se cansó de trabajar bajo el sol, se internó en el chaparral para acostarse y dormir un rato. Se tendió en el suelo en un lugar limpio de maleza donde no había zumaques venenosos, a la sombra de un gran madroño de cinco troncos. Un rato después callaron los grillos, y se hizo un silencio absoluto. Febe pensó que se acercaba un terremoto y se incorporó hasta quedar sentada. De pie frente a ella vio a una mujer que tenía la mitad izquierda del rostro, del cabello y del cuerpo, así como el brazo y la pierna de ese costado, de un color rojo dorado; la mitad derecha aparecía negra y desfigurada, la pierna de ese costado se veía negra y seca y le faltaba el pie. La mujer permaneció inmóvil ante ella, contemplándola con el ojo vivo y con el quemado, y dijo al fin:

—¡Quítate las ropas! —Febe se echó a llorar—. ¡Mírate, tan entera y tan tierna y tan llena de vida! —añadió la mujer del Madroño. La muchacha intentó ocultarse en el suelo cubierto de hojas de madroño.

—Eres una estúpida y debes casarte para adquirir un poco de conocimiento —continuó la mujer del Madroño y, tomando una rama de madroño vivo con la mano roja, descargó un golpe sobre los pechos de Febe produciéndole múltiples rasguños. Inmediatamente cogió una rama muerta con la mano negra y golpeó con ella a la muchacha en el vientre, haciéndola sangrar. La mujer se retiró a continuación, convirtiéndose en ramas y cielo. Febe se alejó arrastrándose del lugar y descendió entre gemidos por el camino de la colina, con la cesta de semillas de chia, hasta llegar a su casa. Su madre la esperaba sentada en el balcón.

—¿Qué te ha sucedido, hija? —preguntó cuando la vio. Febe se quedó donde estaba y empezó a llorar. Su madre continuó—: Veo que has estado donde yo tengo que ir. Tengo que ir allí. Ya no tengo bien el corazón y he de empezar a morir. No podía decírtelo, pero ahora veo que puedes escucharme. Quizás esa mujer fuera una persona de las Cuatro Casas. Quizás ellos te hablaron.

—Fue el Madroño —respondió la muchacha—. La mujer no dijo nada de ti. Sólo me dijo que me casara.

—Eso es lo que yo también siempre te digo.

Febe continuó llorando y su madre la consoló.

Poco después de estos hechos, un joven llamado Vid, del Adobe Amarillo, dejó su

casa para ir a vivir con la familia de la muchacha. Se casaron en la Danza del Mundo. La madre estuvo bien de salud hasta entonces, pero luego empezó a debilitarse y murió nueve días antes de la Luna. Su nombre pasó entonces a la muchacha. Y ésta se llama ahora La Que Escucha.

Heya madroño

Heya madroño

Heya madroño

Heya madroño.



Pinzón

Ofrecida al heyimas del Adobe Amarillo de Chukulmas por Pinzón, de la Casa de las Tejas

No quiso hablar con las piedras ni caminar con el puma cuando ascendió a la Ama Kulkun al cumplir los doce años, ese muchacho llamado Contemplador del Sol que ha llegado a ser el viejo que esto escribe.

No realizó ofrenda alguna cuando dejó Wakwaha por la carretera, ni se detuvo a cantar o a permanecer en silencioso recogimiento junto a las fuentes del río. No pidió ayuda ni consejo al ciervo ni al oso, al roble ni al zumaque, al halcón ni a la serpiente. No solicitó ayuda a la montaña. Ascendió directamente a las cumbres y avanzó hasta el pico de noroeste. El viento soplaba con fuerza.

Hizo allí una casa de líneas dibujadas con una piedra sobre el polvo del suelo y, puesto en pie en el interior de esa casa, dijo en voz alta:

—No quiero los seres, las almas, las formas, las palabras. Quiero la verdad eterna. Haré lo que sea preciso, ayunaré, me sacrificaré y daré mi vida si antes de la muerte puedo ver qué hay más allá de la vida y de la muerte, más allá del mundo y de la forma, más allá de todos los seres, si puedo conocer la verdad eterna.

Soplaba el viento y lucía el sol. El joven empezó su ayuno. Cuatro días y cuatro noches permaneció en la casa de líneas dibujadas. Aquello fue el principio.

Los círculos del buitre, la historia de las rocas, el silencio de la hierba, todo estaba allí, pero él no lo quería pues sólo deseaba la verdad eterna.

El quinto día bajó a buscar agua a la fuente de la Pluma Susurrante. Bebió, llenó un cántaro de barro que alguien había dejado en la fuente como ofrenda y regresó a la cumbre para continuar su estancia en la casa de líneas dibujadas. Durante tres días tomó cada jornada una parte del agua del cántaro. El cuarto día, el agua se terminó y el joven ya no podía sostenerse en pie por más tiempo. Se quedó entonces en cuclillas en la casa de líneas y dijo para sí: «Doy mi vida por conocer la verdad».

La gente de Wakwaha le llevó agua. Acudió gente de su casa para tratar de disuadirle de aquel loco empeño. Una mujer del Adobe Amarillo de Wakwaha incluso le preguntó:

—¿Acaso porque estás en la cumbre de la montaña te crees más grande que ella?

La mujer le dejó comida en un cuenco, pero el joven no la tocó. Sólo probó el agua cuando la gente le hubo dejado nuevamente a solas. El agua le debilitó aún más y ya no pudo permanecer en cuclillas por más tiempo. Entonces se tendió en el suelo e inmediatamente acudieron los sueños a su mente. Pero él no los quería. Luchó por mantenerse despierto y siguió diciéndose interiormente: «Dadme la verdad y entregaré mi vida».

Entonces empezó a escuchar su nombre:

—¡Contemplador del Sol! ¡Contemplador del Sol!

Éste era un nombre que le habían dado los demás; no lo había escogido él. En ese instante pensó que debía hacer lo que indicaba su nombre: alzó la mirada y contempló el sol.

Hacía un día magnífico, sin nubes ni viento. Mientras contemplaba el resplandor del sol, se le empezaron a aparecer ruedas, unas negras y otras muy brillantes, que daban vueltas unas dentro de otras. Las ruedas giraban en torno al sol y a través de éste, y también alrededor de las cosas del mundo cuando apartó la vista del sol.

Un grajo entró caminando en la casa de líneas y le dijo:

—Vas a quemarte los ojos.

—Haré lo que sea preciso —respondió Contemplador del Sol.

Continuó mirando el disco solar. Se sentía muy enfermo y, cuando se puso el sol y llegó la oscuridad, siguió viendo en ella las ruedas brillantes y las ruedas negras girando por todas partes a su alrededor.

Un búho se posó cerca de él y repitió una y otra vez:

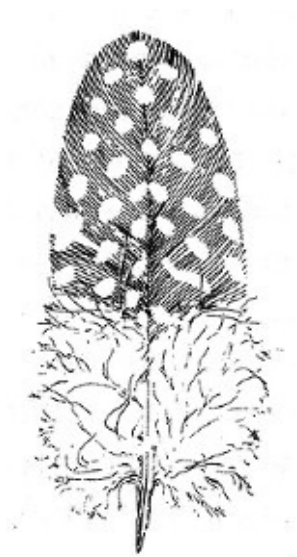
—Vas a quedarte ciego.

El joven quiso llorar pero las lágrimas se habían evaporado en sus ojos. Se arrastró por el suelo entre las ruedas que seguían dando vueltas y emitió un gemido. Todo a su alrededor empezó a hablar, diciéndole:

—¡Baja! ¡Baja ahora!

El joven notó que la montaña daba sacudidas como el caballo que hace vibrar su piel para espantar las moscas. Observó que la tierra daba vueltas como aquellas ruedas. Cuando empezó a clarear, el joven alcanzó a ver un poco e inició el descenso por la ladera de la montaña, avanzando a gatas. Todas las cosas seguían diciéndole, «¡baja!», y así lo hizo hasta llegar a Wakwaha, y todo siguió diciéndole, «¡baja!». Así pues continuó a lo largo del río hasta Kastoha-na, y todas las cosas continuaron insistiendo allí, «¡sigue bajando!». El joven no sabía cómo hacer para descender por debajo del valle hasta que pensó en las cavernas de Kestets, que conocía bien por su trabajo como vinatero. Se encaminó hacia ellas por la vieja carretera y penetró en las cavernas; dejó atrás las cavas donde se guardaba el vino y continuó hasta el fondo, donde manan las fuentes entre las rocas, en la oscuridad. No había luz, pero él seguía viendo las ruedas brillantes bajo el suelo. Entonces se puso a bailar moviendo el cuerpo y pisando con fuerza. Empezó a sangrar por los ojos y la nariz, y mientras bailaba, exclamó:

—¡Dejadme conocer la verdad!



Frente a él, una persona se puso a bailar siguiendo sus movimientos. Aunque no había luz en las cavernas, Contemplador del Sol podía distinguir a la persona, que no se parecía a nadie que él conociera, ni tampoco parecía un hombre o una mujer. Mientras bailaba, esa persona le dijo:

—¿Sabes lo suficiente para conocer?

—He aprendido las enseñanzas —respondió el joven—, he aprendido las canciones, he vivido en la costa desde niño, he ayudado, he bailado, he hecho ofrendas y lo he entregado todo.

—Sí, sí, sí, sí —dijo la persona, sin dejar de bailar. Su voz se hizo más potente conforme hablaba. La persona empezó a reducirse de tamaño mientras continuaba bailando. Contemplador del Sol no podía distinguir las cosas con claridad, pero la persona fue haciéndose cada vez más pequeña mientras seguía bailando hasta que al fin no fue sino una rata o una araña de gran tamaño, y se escabulló entre las sombras de las cavernas.

Entonces entró en ellas una gente del Arte del Vino de Kastoha que rodeó a Contemplador del Sol y lo llevó al exterior. El joven ya no podía caminar y los recién llegados le dieron a beber un poco de agua y luego unos sorbos de leche y la pulpa de un albaricoque. El joven comió y bebió. Después le trasladaron en un carro para heno hasta Chukulmas, a la casa de sus madres, y le dejaron allí para que se restableciera.

Pero avanzada la tarde se levantó del lecho y dejó la Casa de las Tejas, saliendo de la ciudad por las tierras de caza. Se alejó todo lo posible hasta llegar a un paraje solitario, un cañón secundario de la Cañada del Arroyo Azul, donde hizo trizas su camisa y anudó los retales hasta formar una cuerda con la que se ató a un gran pino de modo que pudiera mantenerse en pie con la espalda contra el tronco. Luego dijo:

—Ahora moriré de hambre y de sed a menos que me sea concedida una visión de la verdad eterna.

Pasó la noche repitiendo esta promesa una y otra y otra vez.

Al amanecer vio que alguien se acercaba por la cañada entre el chaparral y los pinos. Sus ojos estaban aún medio cegados y borrosos, y aún no había mucha luz.

Pensó que era alguien venido de la ciudad para encontrarle y hacerle cesar en su ayuno, de modo que gritó:

—¡No te acerques! ¡Vete!

El desconocido se detuvo, dio media vuelta y empezó a alejarse. Entonces el joven pensó que quizá se trataba de una persona de las Cuatro Casas que le traía lo que tanto había pedido, y gritó de nuevo:

—¡Vuelve! ¡Vuelve, por favor!

Pero el desconocido ya no estaba. Contemplador del Sol, atado al árbol, dijo para sí:

—Ahora voy a morir.

De pronto apareció ante él una persona resplandeciente, clara como el cristal y reluciente.

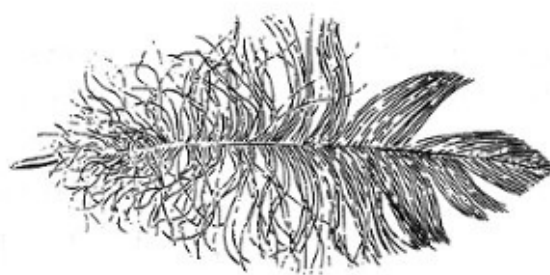
—¡Toma el regalo! —le dijo el ser resplandeciente.

La voz parecía brillante y melodiosa, pero el ser no estaba allí. El joven permaneció a la espera, en silencio. El aire estaba calmo. Las nubes ocultaban el sol y la luz era mortecina. No se escuchaba ningún sonido. Nada se movía. Nada sucedía. Un pinzón solitario revoloteó entre dos pinos y se posó en una rama. El joven esperó el regalo, el conocimiento de la verdad. Unos grajos empezaron a pelearse y a lanzar gritos en la copa del árbol al que estaba atado. El joven seguía esperando. Empezó a llover.

Cuando la lluvia le bañó el cabello, el rostro y los brazos, el joven supo que nada sucedería, que aquello era todo lo que iba a suceder, pero se sintió furioso y pensó, «entonces seguiré adelante hasta que muera». Inclino la cabeza para que la lluvia no le humedeciera los labios y continuó allí, atado al árbol.

Tras caer apenas cuatro grandes gotas, cesó la lluvia y poco después apareció el sol. Esa tarde el joven quedó ciego. Algún tiempo después fue localizado por un grupo de gente de su casa y de su heyimas que había salido en su busca. Para entonces estaba medio muerto y no se enteró de nada durante mucho tiempo mientras la Logia de los Doctores lo acogía y lo curaba; y cuando al fin empezó a recuperar sus fuerzas y sus facultades mentales tuvo que continuar el proceso de curación hasta el invierno. Los doctores le devolvieron la vida pero no pudieron devolverle la agudeza de visión, que había perdido irremediablemente; así, desde entonces sólo puedo distinguir las cosas mirándolas de reojo. Cuando tengo algo justo frente a mí, me resulta imposible verlo.

Contemplador del Sol se casó más tarde con Flor del Ciruelo, de la Obsidiana, y vivió con ella en la Casa Construida Demasiado Deprisa, donde tuvieron una hija y un hijo. Contemplador del Sol trabajó en el Arte del Vino de su ciudad y cantó con la Logia de los Doctores. El pasado invierno murió su esposa. Desde entonces, mi nombre es Pinzón.



El brillante vacío del viento

por Kulkunna, del Adobe Rojo de Telina-na

Hace treinta años, según me han contado, una enfermedad que había estado latente dentro de mí durante mucho tiempo se hizo más acusada, privándome de la conciencia, causándome convulsiones y provocando finalmente que mi pulso y mi respiración se detuvieran. De todo esto no guardo memoria alguna, pero en cambio recuerdo lo que sucedió entonces:

Me encontré dentro de una casa oscura, de formas extrañas y sin habitaciones. Las paredes de la casa eran delgadas y el viento y la lluvia se abatían sobre ellas. Yo estaba en el centro de esa casa. En las paredes, a gran altura, había unas ventanas estrechas, pequeñas y opacas. No podía ver nada a través de ellas y quería observar el exterior para saber en qué parte de la ciudad estaba la casa, de modo que exclamé con voz colérica: «¿Dónde está la puerta? ¿Dónde está la entrada?». Luego me puse a palpar las paredes hasta que encontré la puerta y me dispuse a abrirla.

Inmediatamente fue abierta de par en par por una fuerte ráfaga de viento y la casa se arrugó y se deshinchó detrás de mí como una vejiga vacía. Me encontré entonces en un lugar impresionante, lleno de luz y batido por el viento. Bajo mis pies sólo había luz y viento, cuya fuerza me sostenía.

Cuando advertí dónde estaba, pensé que caería sin remedio a menos que encontrara algún sitio donde sostenerme. Busqué en el viento un lugar donde apoyar mi pie o donde agarrar mi mano, pero no había ninguno. Noté que caía y fui presa del terror. Asustado, cerré los ojos pero no sirvió de nada: en aquel lugar no existía oscuridad posible. Caía sin poder hacer nada para evitarlo. Caía como una pluma que se desprende de un ave en pleno vuelo. El viento me sostenía y noté que me arrastraba con él. Yo era como una pluma. No había por qué tener miedo.

Cuando empecé a notar y comprender esto último, comencé a apreciar la potencia del viento, la intensidad de la luz y la alegría.

Sin embargo, junto a esta revelación, noté que algo tiraba de mí con fuerza creciente. La intensidad luminosa vaciló, decreció y terminó por apagarse; el viento amainó progresivamente y se convirtió en sonidos, alientos y voces.

Entonces empecé a respirar de nuevo por la nariz y por la boca, a escuchar por los oídos, a percibir sensaciones por la piel, a vivir con los latidos de mi propio corazón. Durante un tiempo impreciso seguí sin ver con mis ojos terrenales, y gracias a ello fui capaz de contemplar con los ojos de la mente que mis sentidos únicamente podían percibirse a sí mismos, que ellos conformaban el mundo ensombreciendo el brillante vacío del viento. Vi que vivir era aferrarse a unas sombras con manos de luz. No quería volver a aquello pero el arte de los doctores me hizo regresar, tiró de mí y sus

cánticos me atrajeron, llamándome de nuevo a casa. Abrí los ojos y vi a un anciano, Helecho Negro, de la Logia del Adobe Negro, que cantaba sentado junto a mí. Tenía una voz débil y ronca. Fijó su profunda mirada en la mía y le oí cantar:

Camina ahora por aquí, camina por aquí.
¡Es tiempo de que camines ahora por aquí!

Entendí que era momento de seguir caminando por la tierra, y no de regresar a la luz y al viento. Así pues, con gran dolor y pesadumbre, con dificultad y esfuerzo, pese a lo que dice la canción de cubrir la hoguera en la ceremonia de *Ir al Oeste hacia el Amanecer*,

Es difícil, es difícil.
No es sencillo.
Ahora tienes que marcharte...

pese a ello, volví a mis cenizas. Volví a mi cuerpo oscuro y a su enfermedad.

Después del regreso estuve muchos días y muchas noches sin poder valerme por mí mismo, pero cuando al fin recobré la salud me sentí más fuerte que nunca y desde entonces he seguido bien, gracias a una rigurosa dieta y a un profundo conocimiento de mi estado.

Llevaba muchos días bajo el cuidado de los doctores cuando al fin pregunté por qué no veía entre ellos a Helecho Negro, y cuando pronuncié el nombre en voz alta recordé que el hombre había muerto, ya anciano, cuando yo era todavía un niño.

Cuando dejé de ser un paciente, empecé el aprendizaje para ser doctor. A quienes me enseñaron técnicas y canciones les ofrecí la canción que Helecho Negro me entregó a través del viento, treinta años atrás. Esa canción ha resultado útil para curar a las personas afectadas por conmociones y crisis febriles.

ÁRBOL Blanco

Por Danza de la Oveja, de la Obsidiana de Sinshan

Este hombre nació en la Casa del Adobe Amarillo al principio de la estación de las lluvias. La morada de sus madres estaba en la Casa de la Cima de la colina, en Sinshan. Ésta era entonces una casa nueva que su madre y su hermana y la madre de ambas habían construido con sus respectivos maridos durante el año anterior al nacimiento de este hombre, cuyo primer nombre fue Veintiún Días.

Tenía un carácter apacible y reservado; su mente era activa y reflexiva y no era dado a hablar demasiado.

Recibió una buena educación en su familia y en el heyimas, participó en las ceremonias de su casa a su debido tiempo y se hizo miembro de la Logia de los Cultivadores a los trece años, y de la Logia del Laurel un año después, cuando empezó a vestir las ropas sin teñir. Durante la adolescencia aprendió arboricultura con el hermano de su madre, estudioso de la Logia de los Cultivadores y del Adobe Amarillo, y con los árboles hortícolas de todas clases.^[12]

A los diecinueve años acudió a Wakwaha para bailar el Sol y se quedó allí, instalado en el heyimas del Adobe Amarillo, aprendiendo y cantando, hasta que se hubo bailado el Mundo. Después de esta festividad, se internó solo en la montaña.

Cuando volvió de la montaña se instaló en Kastoha-na, donde vivió con una gente de su casa y se dedicó a estudiar los árboles de la zona, pues los huertos de frutales de Kastoha eran en esos tiempos los más ricos y hermosos del valle. En esa época adoptó su segundo nombre, Buen Tiempo, y se vistió con camisas teñidas y fue a vivir a la casa de una mujer de la Serpentina, Colina, de la Casa de la colina de Kastoha. La mujer era silvicultora, y se ocupaba sobre todo de los robles que se talan para hacer trabajos de ebanistería fina. Buen Tiempo trabajó algunos años con ella, ayudándola a localizar, seleccionar, talar y replantar los robles del bosque. Entonces se afilió al Arte de la Madera.

Cuando regresó a Kastoha se dedicó al cruce de diferentes variedades de perales. En aquel tiempo las peras no eran muy buenas en ningún lugar del valle; casi todas padecían canchales y la mayoría necesitaba abundantes riegos para dar fruto. Animado por el deseo de obtener otras variedades de árboles viajó con los Buscadores al lago Claro y al Gran Canal, y pidió ayuda a las gentes del norte a través de la central. Recibió así algunos perales de plantón procedentes de los huertos de una región muy septentrional llamada río de los Cuarenta Afluentes, que le fueron entregados por unos comerciantes de la zona que intercambian salmón ahumado por vino. Mediante el cruce de los árboles del norte con un peral, descubierto por él, que crecía silvestre por encima de los bosques de robles entre Kastoha y Chukulmas, logró obtener un

árbol robusto, pequeño y resistente a la sequía, que daba un fruto excelente. Entonces viajó a Sinshan para plantar algunos plantones. Hoy tales árboles son los que más se cultivan en huertos y campos, y dan esas peras de color marrón que la gente aún llama «pera de Buen Tiempo».

Durante esos años en que él viajaba y Colina estaba a menudo en el bosque, no pasaron mucho tiempo juntos. No tuvieron hijos. Más adelante, colina decidió abandonar su matrimonio y su casa para convertirse en una mujer que vivía en los bosques. Buen Tiempo fue a vivir a casa de una mujer de la Obsidiana, Oveja Negra, de la Casa de la Urraca de Kastoha. La mujer era madre de una niña. Buen Tiempo y ella tuvieron un hijo.

Buen Tiempo empezó a investigar con los manzanos de los huertos de la zona superior del valle, trabajando en cruces que ayudaran a los manzanos de montaña a resistir la enfermedad de la hoja rizada. También llevó a cabo un gran proyecto de muchos años de dedicación con los terrenos y suelos de la zona, al pie de la montaña, y con los árboles que crecen en diversos terrenos, para conocer cuándo y cómo crecen. Pero cuando estaba a mitad del trabajo, Oveja Negra cayó enferma de vedet, que le afectó primero al oído y luego a la vista.

La familia se trasladó de la casa de sus madres a Sinshan, donde vivieron con la hija y el hijo en la Vieja Casa Roja durante algunos años. Ambos trabajaron con la Logia de los Doctores, Oveja Negra aprendiendo a estar enferma y Buen Tiempo adiestrándose en los cuidados que debería administrarle cuando fuera necesario. Él trabajó de horticultor y participó en todas las ceremonias de su casa y de las Artes y Logias de las que era miembro. No pudo continuar los estudios con las tierras del pie de la montaña. Oveja Negra vivió aún nueve dolorosos años, sorda y ciega.

Al morir, su hija volvió a la casa de la abuela en Kastoha-na. Buen Tiempo y su hijo vivieron en una estancia de la familia del Adobe Amarillo de la Casa de Chimbam, donde tenía algunos primos. En esa época, la Logia de los Cultivadores le impuso su último nombre durante la Danza del Vino: Árbol Blanco. Continuó trabajando en los huertos de Sinshan, dedicado a plantar, cuidar, podar, desbrozar, abonar, escardar y recolectar. Se hizo miembro de la Sociedad de Payasos Verdes y bailó el Vino, el Mundo y la Luna hasta que cumplió ochenta y un años. Murió de una pulmonía después de salir a trabajar a los huertos de ciruelos de Sinshan bajo la lluvia.

Árbol Blanco era el padre de mi padre. Era un anciano afable y silencioso. Escribo esto para la biblioteca de su heyimas de Sinshan y hago una copia para la biblioteca de su heyimas de Kastoha, para que sea recordado unos instantes cuando se plante un peral o se elogie un huerto.

c



El relato del tercer hijo

Por Cabra Moteada, de la Obsidiana de Madidinou

Mi madre no se propuso concebirme,
era demasiado perezosa para abortarme,
mi primer nombre fue Descuidado.
La casa de mi madre era la Obsidiana,
su ciudad era Madidinou,
su familia vivía en la Casa de la Piedra Moteada.
La gente de Madidinou es como grava
como arena,
como polvo mísero.

La Casa de mi padre era la Arcilla Azul,
vivía en Sinshan,
en la casa de sus madres.
La gente de Sinshan es como el cardo,
como la ortiga,
como el zumaque venenoso.
La Casa del esposo de mi madre también era la Arcilla Azul,
vivía en Madidinou
en la casa de mi madre.

Soy una persona superflua,
una persona de poca categoría,
mi alma es pequeña.
No aprendí a bailar bien,
ni a cantar bien,
ni a escribir bien.
No me gusta trabajar en el campo,
no tengo oficio,
los animales huyen de mí.

Mi hermana mayor y mi hermano eran más fuertes que yo
y nunca esperaron por mí
y jamás me enseñaron nada.
El marido de mi madre era su padre,
él sólo se ocupaba de ellos,
nunca me enseñó nada.

La madre de mi madre era impaciente,
pensaba que yo no debería haber nacido,
decía que no merecía la pena enseñarme.

No bailé ningún wakwa hasta que tuve trece años,
nadie en el heyimas me enseñaba las canciones,
nadie me enseñaba las danzas.

Me puse las ropas sin teñir cuando cumplí los catorce,
cuando una gente de la Arcilla Azul de Sinshan me llevó
en el Viaje de la Sal, pero no tuve ninguna visión.

A los quince, una chica de la Arcilla Azul no me dejaba en paz,
siempre importunándome,
me hizo viajar con ella tierra adentro.

Se quedó embarazada;
cuando nos casamos,
perdió el hijo.

Puso mis cosas en el portal,
tuve que volver a la casa de mis madres,
y no me quisieron en esa casa.

Tuve que trabajar todo el tiempo en los campos para el esposo de mi madre,
en la planta de energía para mi madre,
cuidando animales para mi abuela.

Había una muchacha de la Serpentina que llevaba ropas sin teñir,
la estuve rondando
hasta que viajó tierra adentro conmigo.

Sus padres dijeron que no podíamos casarnos en su familia,
que ella era demasiado joven para casarse,
que no me querían viviendo allí.

Así que los dos nos fuimos a Telina-na,
vivimos con una gente de la Serpentina,
trabajamos en varias cosas allí.

La gente de Telina-na son como las moscas,
como los mosquitos,
como los jején.

Crean que son grandes de espíritu porque su ciudad es grande,
creen que son importantes porque su ciudad tiene grandes danzas,
creen que lo saben todo porque su ciudad tiene grandes heyimas.

Crean que sus actos son correctos,
y que los demás son ignorantes,

y que todos deberían hacer lo que ellos dicen.

Y siempre me estaba peleando allí,
esa gente siempre buscaba pelea conmigo,
los jóvenes no dejaban de fastidiarme.

Siempre salía malparado,
me molían a golpes,
los dientes me bailaban en la boca.

No luchaban limpiamente,
de modo que saqué una navaja
y le abrí el vientre a uno de los jóvenes.

Se produjo una gran conmoción,
me devolvieron a Madidinou,
y también devolvieron a la muchacha de la Serpentina a su familia.

Ella volvió a la casa de sus madres,
pero yo no volví a casa de las mías,
sino que fui a un lugar de verano en las colinas.

Hacía frío allí,
era un lugar solitario,
y llovía sin cesar.

Enfermé,
tuve fiebre y escalofríos,
y estuve a punto de morir allí, sin compañía.

Bajé a Sinshan,
la madre de mi padre me acogió,
me instalé en la Casa de la Cima de la Colina.

Todos me repetían que me había portado como un necio,
que debía ser más juicioso,
que debía tener más cuidado.



Fui con ellos a pescar a las Bocas del Na,
pasamos mucho tiempo pescando en sus peligrosas marismas,
no hicimos grandes capturas en sus aburridas orillas.

Dijeron que estuve rondando a una muchacha del lugar,
pero fue ella quien no me dejó en paz,
siempre andaba detrás de mí.

Regresé río arriba,
pero la muchacha me siguió,
hasta que viajamos juntos tierra adentro.

Quisimos instalarnos en Ounmalin,
pero la gente dijo que la muchacha era demasiado joven,
todos dijeron que ella debía regresar a Sinshan.

La gente de Ounmalin es maliciosa,
entrometida
y provinciana.

Se entrometió en nuestros asuntos,
y unos hombres de la Arcilla Azul devolvieron a la muchacha a Sinshan,
y yo viajé sin ella a Tachas Touchas.

En Tachas Touchas no había mucho que hacer,
no encontré casa donde vivir,
no encontré gente amistosa.

Las gentes de Tachas Touchas son como escorpiones,
como serpientes de cascabel,
como arañas viuda negra.

Una vieja del Adobe Rojo de Tachas Touchas me rondaba,
me obligó a vivir en su casa,
me obligó a casarme con ella.

Viví mucho tiempo allí,
trabajando duramente para esa vieja,
diez años trabajé para su familia.

Su hija era una mujer adulta
que tenía una hija aún adolescente,
y la muchacha empezó a rondarme.

La muchacha vivía allí, en casa de su abuela,
no me dejaba nunca en paz,
hasta que me hizo acostarme con ella.

Luego se lo contó a su madre y a su abuela,
y ellas lo contaron a su heyimas,
y la gente del heyimas lo contó a toda la ciudad.

Todos vinieron a recriminarme,
me humillaron,
y me expulsaron de allí.

Nadie me quiso más allí,
nadie confió en mí,

nadie me aceptó allí.

De nada sirve que vaya a otra ciudad donde aún no haya vivido,
todas las ciudades son iguales,
todas las gentes son iguales.

Los seres humanos tienen el alma mezquina,
egoísta
y cruel.

Viviré aquí, en Madidinou, donde nadie me quiere
donde nadie confía en mí,
donde nadie me acepta.

Viviré aquí, en la casa de mis madres, donde no quiero vivir
y donde nadie quiere que viva,
y trabajaré en lo que no me gusta hacer.

Viviré aquí para fastidiarles nueve años más,
y otros nueve después de éstos,
y nueve más después de éstos.



El perro en la puerta

Recuerdo de una visión, entregada al heyimas del Adobe Rojo de Wakwaha como ofrenda escrita, sin firma

Me hallaba en una ciudad del valle, pero que no era ninguna de las nueve ciudades del valle, sino un lugar desconocido para mí. Sabía que había vivido en una casa de esa ciudad, pero no pude encontrarla. Fui al espacio común y luego al lugar de las danzas, pensando que así encontraría el heyimas del Adobe Rojo. En el lugar de las danzas no había cinco heyimas sino cuatro, y no supe cuál era el mío. Pregunté a una persona que pasaba por allí:

—¿Dónde está el otro heyimas?

—Detrás de ti —respondió. Me volví y vi un perro que huía entre los elevados tejados de los heyimas. Todo esto soñé mientras dormía.

Al despertar seguí al perro y llegué junto a un profundo pozo de paredes de piedra. Puse las manos en el brocal, me asomé al interior y vi el cielo en su fondo. Allí, entre el cielo de arriba y el cielo de abajo, exclamé:

—¿Deben terminar todas las cosas?

—Así debe ser —fue la respuesta.

—¿Debe quedar destruida mi ciudad?

—Ya estaba derrumbándose.

—¿Deben ser olvidadas las danzas?

—Ya están olvidadas.

El cielo oscureció y un terremoto sacudió las paredes. Las casas se derrumbaron, el polvo oscureció el sol y las montañas, y un frío espantoso llenó el aire.

—¿Está llegando el fin del mundo? —exclamé.

—No hay final —fue la respuesta.

—¡Mi ciudad está destruida!

—Ya está reconstruyéndose.

—¡Debo morir y olvidar todo cuanto he conocido!

—Recuerda.

Entonces llegó hasta mí el perro, entre el polvo, la oscuridad y el frío, sosteniendo en la boca una bolsita tejida con hierbas.

La bolsa contenía las almas de los seres humanos del mundo, pequeñas como semillas de eneldo o de chia, negras y minúsculas.

Tomé la bolsa y eché a andar junto al perro. Cuando el cielo empezó a clarear y el aire recuperó su luminosidad sin brillo, vi que las montañas se habían derrumbado. Donde antes se levantaban, donde había estado el valle, había ahora una gran llanura. Recorrí aquel llano hacia el noreste con el perro, entre otra mucha gente. Cada

persona llevaba una bolsa como la mía. Algunas contenían semillas; otras pequeñas piedras. Al rozar unas con otras, las piedrecillas de las bolsas hacían un murmullo que decía: «En el final no hay final. Para edificar con nosotras, derruid con nosotras». Cuando comprendí lo que decían, recordé el camino que había olvidado y así llegué, dejando atrás los sauces del río, a mi ciudad de Telina-na y, dejando atrás el heyimas del Adobe Rojo, a la puerta de mi casa. Pero delante de la puerta estaba el perro gruñendo y no me dejaba entrar.

La visionaria:

Relato de la vida de Picamaderos, de la Serpentina de Telina-na

Mi madre y mi tía contaban que cuando yo estaba aprendiendo a hablar conversaba con gente que ellas no podían ver ni escuchar; en ocasiones hablaba en nuestro idioma, y otras veces empleaba palabras o nombres desconocidos para ellas. No recuerdo tales cosas, pero me acuerdo, en cambio, de que no comprendía por qué los demás decían que una sala estaba vacía o que no había nadie en un jardín, cuando en todas partes había siempre gente de todo tipo. La mayoría de las veces esas personas permanecían inmóviles o se dedicaban a sus propios asuntos, o simplemente pasaban por allí. Para entonces yo había advertido ya que nadie hablaba con ellos, y que, en muchas ocasiones, éstos tampoco prestaban atención ni respondían cuando yo intentaba hablarles. Pero jamás había imaginado que los demás no los vieran.

Cierta vez tuve una fuerte discusión con mi prima cuando dijo que no había nadie en el lavadero, pues yo había visto allí a un grupo de personas que se pasaban cosas de mano en mano y que reían en silencio, como si estuvieran practicando algún juego de envite. Mi prima, que era mayor que yo, dijo que estaba mintiendo y entonces yo me puse a gritar e intenté derribarla a golpes. Aún ahora recuerdo la rabia que sentí. Yo sólo había contado lo que había sucedido y no podía creer que ella no hubiera visto a la gente del lavadero; pensaba que mi prima mentía para hacerme pasar por mentirosa. La furia y la vergüenza que sentí tardaron mucho en abandonarme y me indujeron a no querer mirar a aquellas gentes invisibles para los demás. Cuando veía a alguno de ellos, apartaba la mirada hasta que desaparecía. Hasta entonces había creído que era gente como mis parientes, gente de mi casa, y su visión me había proporcionado compañía y placer. Pero ahora consideraba que no debía confiar en ellos, pues me habían metido en problemas. Naturalmente andaba confundida por completo, pero entonces no había nadie que me ayudara a comprender las cosas correctamente. Mi familia no era muy dada a pensar sobre las cosas, y salvo para ir a la escuela sólo acudía a nuestro heyimas en Verano, antes de los juegos.

Cuando me aparté de aquellas gentes que antes veía, ellas siguieron su camino y no regresaron. Sólo quedaron algunas y me sentí sola.

Me gustaba estar con mi padre, Olivo del Adobe Amarillo, que hablaba poco y era precavido y benévolo de ideas y de trato. Se ocupaba de reparar y reinstalar paneles solares, colectores, baterías, cables y accesorios en casas y dependencias anexas; todo su trabajo correspondía al Arte de los Molineros. No le importaba que le

acompañase si permanecía en silencio, de modo que solía ir con él para huir de nuestra casa, ruidosa y bulliciosa. Cuando mi padre vio que me gustaba su arte, empezó a enseñármelo. A mis madres no les entusiasmó que lo hiciera. A mi abuela de la Serpentina no le gustaba tener por yerno a un Molinero, y mi madre quería hacerme estudiar medicina. «Si la pequeña posee el tercer ojo, debe dedicarlo a un buen fin», decían. Así pues, me enviaron a la Logia de los Doctores del Arroyo del Azufre Blanco para que me instruyeran. Aunque aprendí mucho allí y los maestros me gustaban, no me agradaba el trabajo y me sentía impaciente ante las enfermedades y los accidentes que producían la muerte. Prefería las energías peligrosas y oscilantes con las cuales trabajaba mi padre. A menudo podía ver la corriente eléctrica y descubría en ella vibraciones de emociones, tonos de una especie de música dulce apenas audibles y rumores de voces que hablaban y cantaban, distantes y difíciles de entender, y que llegaban a mí cuando me ocupaba de algún trabajo con las baterías y los cables. Yo no mencionaba nada de ello a mi padre. Y si él oía o notaba alguna de tales cosas, prefería no hablar de ellas y dejarlas fuera de la casa de las palabras.

Mi infancia fue como la de cualquiera, salvo que además de acudir a la Logia de los Doctores y de trabajar con mi padre y de gustar de la soledad, quizá jugué con otros niños menos que los demás desde que tuve siete u ocho años. Por otra parte, recorrí toda Telina con mi padre y llegué a conocer todos los caminos y todas las casas, pero nunca salí de la ciudad con mi familia. Ésta no tenía casa de verano y jamás visitaba las colinas. «¿Para qué dejar Telina?», decía mi abuela. «¡Aquí hay de todo!». Y en verano la ciudad resultaba agradable aunque el clima fuese caluroso; eran tantos los que salían de ella que jamás había aglomeraciones en el lavadero. Las casas vacías resultaban totalmente distintas a cuando estaban llenas de gente, y los caminos, jardines y espacios comunes aparecían solitarios, indolentes y silenciosos. Era siempre en verano, muchas veces bajo el calor de primeras horas de la tarde, cuando veía pasar por Telina-na, remontando el río, a aquellas gentes. Resulta difícil describirlas y no tengo la menor idea de quiénes eran. Bastante pequeños de estatura, caminaban en silencio, solos o en grupos de tres o cuatro, uno tras otro. Tenían los brazos y las piernas delgados y los rostros redondeados, a menudo con unas líneas o marcas dibujadas en los labios o en la barbilla; llevaban los ojos entrecerrados, a veces incluso hinchados e irritados como de haber llorado, o congestionados por el humo. Todas aquellas personas atravesaban la ciudad con paso tranquilo, sin mirarla y sin pronunciar palabra, siguiendo el río corriente arriba. Cuando las veía yo entonaba siempre los cuatro heyas. Su manera de desfilar y su silencio me encogían el corazón. Estaban muy lejos de mí y caminaban apesadumbrados.



Cuando yo tenía unos doce años, mi prima alcanzó la mayoría de edad y la familia le ofreció una gran fiesta de transición en la que todos regalaron muchísimas cosas que yo ni siquiera sabía que poseíamos. Al año siguiente, fui yo quien alcanzó la mayoría de edad y hubo otra gran fiesta aunque sin el mismo derroche, pues no nos quedaba tanto para regalar. Yo había ingresado en la Logia de la Sangre poco antes de la Luna, y la fiesta en mi honor se celebró durante la Danza del Verano. Al término de la fiesta hubo juegos y carreras de caballos, pues la gente del Verano había bajado de Chukulmas.

Yo nunca había montado a caballo. Los chicos y chicas que cabalgaban en los juegos y carreras por Telina me trajeron una yegua dócil para que la montara, me encaramaron a su lomo, me pusieron las riendas en la mano y me acompañaron en la cabalgada. Me sentí como un cisne silvestre, llena de auténtica alegría. Y pude compartir la sensación con los demás jóvenes; todos estábamos unidos por el goce de la fiesta, por la animación de los juegos y carreras, por la alegría y fogosidad de los caballos, que creían que toda la fiesta era por ellos. Ese día la yegua me enseñó a montar, y por la noche no dejé de soñar que iba en su lomo. Al día siguiente volvimos a cabalgar toda la jornada, y al tercer día participé en una carrera montando un potro ruano de una familia de Chukulmas. El potro llegó segundo en la gran carrera en que lo monté, y quedó primero en la competición cuando lo condujo el muchacho que lo había criado. Embriagada por la alegría de la fiesta, la monta, las carreras y la amistad, dejé atrás la infancia de la manera más gozosa, pero también mi casa, y me sentí perdida por lo mucho que me había sido dado de una vez. Entregué mi corazón al caballo que había montado y al muchacho que lo había traído, un hermano mío de la Serpentina de Chukulmas.

Eso sucedió hace muchísimo tiempo y no fue culpa ni obra de él, que ni siquiera llegó a enterarse. Las palabras que escribo son mías; que sólo a mí me sean atribuidas.

Así pues, los juegos de Verano terminaron en mi ciudad y los jinetes continuaron su camino río abajo hacia Madidinou y Ounmalin; y yo quede atrás, con mis trece años, ya mujer y sin montura.

Vestí desde entonces las ropas sin teñir que había estado preparando durante todo el año anterior, y acudí con frecuencia a la Logia de la Sangre, donde aprendí las canciones y misterios. Conservé la amistad con los jóvenes que habían sido mis compañeros en los juegos, y cuando descubrieron que añoraba seguir cabalgando

compartieron conmigo los caballos de sus familias. Aprendí a jugar a vetulou^[13] y les ayudé a cuidar a los caballos, que por entonces pastaban y tenían las cuadras al noroeste de la Cañada de la Luna, en los pastos de la Media Herradura y en la colina del Tocón. En la Logia de los Doctores dije que deseaba aprender a curar caballos, y me enviaron a aprender ese arte junto a Luchador, un anciano que era un gran doctor de caballos y ganado. No era extraño que pudiera curarlos, pues sabía hablar con ellos. Yo le escuchaba con atención. Utilizaba diversos tipos de ruidos, voces como las palabras matrices de las canciones y diversos tipos de silencios y respiraciones, y lo mismo hacían los animales. Sin embargo, nunca alcancé a entender lo que decían. Cierta día, el maestro me comentó:

—Voy a morir el año que viene, hacia el tiempo de la Hierba.

—¿Cómo lo sabe? —dije.

—Me lo dijo un buey —explicó—. Se fijó en esto, ¿ves?

Y me enseñó que al extender los dos brazos rígidos hacia el frente hacía presa de ellos el temblor lateral del sevai.^[14]

—Cuanto más tarde aparece, más tiempo se vive con esa enfermedad —afirmé, pues así lo había aprendido en la Logia de los Doctores.

Pero él replicó:

—Un Mundo más, un Vino más. Así me dijo el buey.

En otra ocasión, pregunté al anciano maestro:

—¿Cómo podré curar caballos si no puedo hablar con ellos? —Se lo dije porque no me parecía que estuviera aprendiendo gran cosa de él.

—No podrás —respondió—. Como yo, no podrás. ¿Para qué has venido aquí?

Me eché a reír y respondí como el personaje de la obra teatral:

¿Para qué estoy aquí?

¿Para qué he nacido?

¡Respondedme! ¡Responded!

Estaba loca. Estaba perdida sin saberlo, y no me importaba nada.

Cierta vez acudí al heyimas de la Obsidiana para unos cánticos de la Logia de la Sangre, y una mujer a la que entonces consideré anciana, llamada Leche, se cruzó conmigo en la entrada. Me observó con unos ojos más penetrantes que los de una serpiente y me espetó:

—¿Para qué estás aquí?

—Para los cánticos —respondí y me alejé apresuradamente, aunque sabía que no era a eso a lo que la mujer había querido referirse.

En verano acudí a Chukulmas con las bailarinas y los jinetes de Telina. Allí encontré a aquel muchacho, a aquel joven. Charlamos del caballo ruano y del pequeño potro que yo montaba en los partidos de vetulou. Cuando él acariciaba el

flanco del caballo yo lo imitaba, y en una ocasión el borde de mi mano rozó la suya.

Pasó otro año hasta que volvieron los juegos del Verano. Así eran entonces las cosas para mí; no me preocupaba ni importaba otra cosa que la llegada del Verano y de los juegos.

El viejo doctor de los caballos murió la primera noche de la Hierba. Yo había acudido a la cabaña de la Reunión para aprender las canciones y luego las entoné por él. Cuando le hubieron incinerado, dejé de aprender su arte. No podía hablar con los animales ni con ninguna otra gente. No veía nada con claridad ni atendía a nadie. Volví a trabajar con mi padre, cabalgué, cuidé de los caballos y practiqué el vetulou para poder montar en los juegos de Verano. Mi prima tenía un grupo de amigas que se dedicaban a charlar y a jugar a tabas y a dados, apostando caramelos, almendras y a veces anillos y pendientes; yo pasaba las tardes haraganeando con ellas. En el mundo que entonces percibía no existía gente real. Todas las habitaciones estaban vacías. Los espacios comunes y jardines de Telina estaban solitarios. Nadie aparecía río arriba entre lamentos.

Cuando el sol volvió hacia el sur, las bailarinas y los jinetes llegaron otra vez de Chukulmas a Telina y yo cabalgué en los juegos y carreras, y pasé todos los días y las noches en los campos. «Esa chica está enamorada del semental ruano de Chukulmas», decía la gente burlándose de mí, aunque sin mala intención pues todo el mundo sabe que los adolescentes suelen enamorarse de los caballos e incluso hay canciones que hablan de esos amores. Sin embargo, el caballo sabía que algo iba mal y ya no me dejaba dominarlo.

Unos días más tarde los jinetes siguieron hacia Madidinou, y yo me quedé atrás.

Las cosas son muy obstinadas y testarudas, pero poseen también una cierta dulzura: ofrecen todo cuanto tienen. La electricidad es como el caballo: terca y alocada, pero también fiable y bien dispuesta. Si una es descuidada y no actúa como es debido, el caballo y el cable eléctrico se vuelven peligrosos y adversos. Ese año me quemé y sufrí calambres varias veces, y en una ocasión provoqué un pequeño incendio en las paredes de una casa al efectuar mal una conexión y no poner a tierra el cable. El humo fue localizado a tiempo y el incendio apagado antes de que causara grandes daños, pero mi padre, que me había presentado en su Arte como aprendiz, se mostró tan alarmado y furioso que me prohibió trabajar con él hasta la siguiente estación de las lluvias.

Yo había cumplido ya los quince años cuando llegó de nuevo el tiempo del Vino. Entonces me emborraché por primera vez y estuve dando vueltas por la ciudad gritando y hablando con gente que nadie más veía; así me lo contaron al día siguiente, aunque yo no recordaba nada de lo sucedido. Al enterarme pensé que si volvía a emborracharme sin llegar al grado del día anterior, quizá podría ver a aquellas gentes que había visto de pequeña, cuando los caminos y las casas aparecían llenos de su presencia, haciéndome sentir acompañada. Así pues, me hice con un poco del vino de nuestros vecinos de la casa, a quienes todavía quedaba la mayor

parte de un tonel que había sido embotellado después de la danza, y me alejé sola por la orilla del Na hasta la llanura de los sauces para empezar a beber.

Di cuenta de la primera botella y entoné algunas canciones, a continuación derramé la mayor parte de la segunda botella, regresé a casa y me sentí enferma durante un par de días. Me apoderé entonces de un par de botellas más y esta vez las apuré rápidamente, sin entonar canción alguna. Me sentí mareada y enferma y caí dormida. A la mañana siguiente desperté entre los sauces, sobre las frías piedras junto al río, sintiéndome muy débil y entumecida. Después de esa noche mi familia se mostró preocupada por mí. La noche había sido muy calurosa, de modo que insistí en que había salido a tomar el fresco y me había quedado dormida, pero mi madre se dio cuenta de que le estaba mintiendo en algo. Creyó que había ido tierra adentro con algún muchacho y que, por la razón que fuera, no quería reconocerlo. Le avergonzaba y le preocupaba pensar que yo siguiera llevando las ropas sin teñir cuando ya debería dejar de lucirlas. Me enfurecí al comprobar que desconfiaba tanto de mí, pero no negué sus suposiciones ni le ofrecí explicación alguna. Mi padre sabía que yo estaba anímicamente enferma, pero muy poco después se produjo el episodio del incendio y toda su preocupación se transformó en cólera. En cuanto a mi prima, se había enamorado de un muchacho de la Arcilla Azul y no prestaba interés por ninguna otra cosa; las demás chicas con las que antes jugaba se habían aficionado a fumar grandes cantidades de marihuana, que a mí nunca me había gustado, y aunque los amigos con los cuales cabalgaba y de cuyos caballos me ocupaba seguían mostrándose agradables conmigo, cada vez me gustaba menos el contacto con los humanos, e incluso con los caballos. No quería que el mundo fuese como era y había empezado a imaginarlo de otra forma.

Me inventé un mundo distinto donde el muchacho de Chukulmas que pertenecía a mi misma casa correspondía a mis sentimientos; decidí acudir aquel año a Chukulmas después de la Hierba. Entonces él y yo escaparíamos juntos a las colinas y nos convertiríamos en personas que habitaban en los bosques. Llevaríamos con nosotros al semental ruano y viajaríamos al valle Asomado o más lejos aún, hasta la región de las dunas de hierba al oeste del Gran Canal, donde según me había contado en cierta ocasión el muchacho pastaban las manadas de caballos salvajes. Él me había explicado que a veces la gente de Chukulmas viajaba hasta esa región para capturar a esos animales salvajes, pero que no había grupos humanos asentados en la zona. Allí viviríamos juntos, alejados de todos y dedicados a domar y montar aquellos caballos. Cuando imaginaba ese mundo durante el día, me veía junto a él, viviendo como hermanos. Pero al llegar la noche, sola en mi cama, me veía haciendo el amor con él. La época de la Hierba llegó y pasó. Pospuse el viaje a Chukulmas diciéndome que sería mejor emprenderlo después de la Danza del Sol. No había bailado nunca el Sol como adulta y deseaba hacerlo: después me encaminaría a Chukulmas, me dije, pero en todo instante fui consciente de que tanto si iba como si no, daría igual pues lo único que deseaba era morir.

Resulta duro decirse a una misma que lo único que se desea es morir. Una oculta ese pensamiento tras un sinfín de cosas que simula desear. Esperaba con impaciencia a que empezaran los Veintiún Días, como si con ellos mi vida fuera a iniciarse de nuevo. La víspera del primer día me fui a vivir al heyimas.

En el mismo instante en que puse el pie en la escalera, mi corazón se volvió frío y cerrado. Esa noche hubo una larga sesión de cánticos, pero mis labios estaban entumecidos y la voz no me salía de la garganta. Quise salir del heyimas y huir sin detenerme en toda la noche, pero no sabía adonde ir.

A la mañana siguiente se formaron tres grupos: uno se dirigiría en silencio a las tierras vírgenes de la sierra del noroeste; otro utilizaría la marihuana y los hongos para entrar en trance, y el tercero se dedicaría a batir los tambores y a cantar en largas sesiones. Yo no supe a qué grupo incorporarme y esas dudas me inquietaron más que cualquier otra cosa. Me puse a temblar y me dirigí a la escalera del heyimas, pero no logré levantar el pie para subir los peldaños.

Una anciana doctora llamada Hiel, que me había dado algunas lecciones en la Logia de los Doctores, descendía en ese instante por la escalera con la intención de participar en los cánticos, pero la costumbre de su arte la distrajo y se volvió para observarme.

—¿No te encuentras bien? —me preguntó.

—Creo que estoy enferma.

—¿Por qué lo dices?

—Quiero bailar pero no sé que danza escoger.

—¿Los cánticos prolongados?

—He perdido la voz.

—¿Los trances?

—Me dan miedo.

—¿El viaje?

—¡No puedo dejar esta casa! —exclamé en voz alta antes de ponerme a temblar de nuevo.

Hiel hundió la cabeza hasta apoyar el mentón en el cuello y me observó levantando los ojos hasta ponerlos casi en blanco. Era una mujer menuda, cetrina y arrugada.

—Estás muy tensa —me dijo—. ¿Acaso quieres romperte?

—Quizá sería mejor.

—¿No preferirías relajarte?

—No, eso sería peor.

—Entonces ya has tomado una decisión. Ven conmigo.

Hiel me cogió de la mano y me llevó hasta la entrada de la sala más recóndita del heyimas, donde se encontraba la gente del Sol Interior.

—No puedo entrar ahí —dije—. No tengo la edad suficiente para empezar el aprendizaje.

—Tu alma es vieja —respondió Hiel. Se volvió entonces a Roble Negro, que había acudido a la puerta desde la espiral, y repitió la frase—: Esta muchacha tiene un alma vieja y otra joven que tiran de ella en direcciones opuestas con demasiada fuerza.

Roble Negro, que era entonces Portavoz de la Serpentina, cambió impresiones con Hiel durante unos instantes pero no logré entender lo que cuchicheaban. En el mismo momento de atravesar el umbral de la estancia interior, se me erizó el cabello y los oídos me empezaron a cantar. Vi unas luces redondas y brillantes que iban y venían en el interior de la sala, donde no había más luz que los mortecinos rayos de la claraboya en el vértice del techo. La luz empezó a girar en espiral. Roble Negro se volvió hacia mí y se puso a hablar, pero en ese mismo momento, mientras lo hacía, se inició la visión.

Dejé de ver a Roble Negro como un ser humano. Se había convertido en la Serpentina, en una persona de roca, ni hombre ni mujer pero con la forma de un sólido ser humano con los colores azul, verde azulado y negro de la roca de serpentina, y con una piel idéntica a la superficie de ésta. Carecía de cabello y mostraba unos ojos sin párpados ni transparencia que me observaban muy lentamente. La Serpentina me escrutó detenidamente con aquellos ojos de piedra.

Me encogí, presa del pánico. No podía llorar, ni hablar, ni permanecer erguida, ni moverme. Me sentía como un saco lleno de terror. Lo único que pude hacer fue encogerme en su presencia. Ni siquiera pude respirar hasta que una piedra, quizá la mano de la Serpentina, me propinó un fuerte golpe en el costado derecho de la cabeza, por encima de la oreja. El golpe me desequilibró y me produjo un dolor intenso que me hizo sollozar y gemir, tras lo cual recobré el aliento. El golpe no me hizo sangrar pero sí me produjo una hinchazón.

Permanecí en cuclillas recuperándome del golpe y del aturdimiento, y después alcé la mirada de nuevo. La Serpentina seguía inmóvil frente a mí. Al cabo de un rato vi que movía las manos lentamente, levantándolas hasta colocarlas a la altura del ombligo, en el centro del bloque de roca. Luego se separaron tirando hacia atrás. Al hacerlo abrieron un gran hueco en la piedra, una abertura como la entrada a una habitación, y supe que debía introducirme por ella. Me incorporé, encogida y temblorosa, y avancé un paso hacia la piedra.

No era nada parecido a un hueco. Era pura piedra y yo me hallaba dentro de ella. No había luz, ni aire, ni espacio. Creo que el resto de la visión tuvo lugar en el interior de esa piedra, que en ella sucedió y existió todo, pero que por el modo que tienen los humanos de ver las cosas, esa piedra pareció cambiar y convertirse en otros lugares, objetos o seres.

Como si la roca de serpentina se hubiera desmoronado y desmenuzado hasta convertirse en tierra roja, un rato después me hallaba en esa tierra, formando parte de ella. Ahora me sentía igual que la tierra, igual que el fango. Incluso observé cómo la lluvia penetraba en el terreno y profundizaba en él. Podía percibirlo de una manera

que era como verlo; noté las gotas que penetraban la tierra y en mí, caídas de un cielo que era todo lluvia.



Montaña Abuela

Me pareció quedar adormilada y volver a despertar en parte, recuperando la percepción. Empecé a notar piedras y raíces y sentí con el tacto y el oído una corriente de agua fría cerca de mi costado izquierdo, un pequeño arroyo de la estación de las lluvias. Bajo la superficie de la tierra, los hilillos de agua se filtraban y corrían a través de mí hasta el arroyo, escurriéndose entre el barro y las piedras, en la oscuridad. Junto al arroyo empecé a percibir las raíces grandes y profundas de los árboles y las numerosas raíces minúsculas de las hierbas, los bulbos de brodiaeas y de pequeños arbustos, los latidos del corazón de la ardilla listada y el sueño del topo. Empecé a penetrar en las gruesas raíces de un castaño de Indias, a subir por el tronco y a invadir las ramas sin hojas hasta llegar a los vértices de las ramas más pequeñas. Desde allí percibí los peldaños de gotas de lluvia. Subí por ellos a las escalinatas de nubes, que ascendían hasta los caminos del viento. Y allí me detuve, pues tuve miedo de seguir avanzando en el viento.

La Coyote descendió hasta mí por esos senderos del viento. Se acercó con el aspecto de una mujer delgada, con la cabeza y los brazos cubiertos de un vello áspero pardo grisáceo y un rostro alargado y afilado en el que destacaban unos ojos amarillentos. La acompañaban dos de sus hijos, en forma de cachorros de coyote.

La Coyote me observó y dijo:

—Tranquilízate. Puedes volver la vista atrás y mirar hacia abajo.

Miré hacia atrás y hacia abajo, más allá del viento, y vi unas umbrosas crestas montañosas cubiertas de bosques y el arco iris que brillaba entre ellas y la luz que se reflejaba en el agua acumulada en las hojas de los arboles. Creí ver gente en el arco iris, pero no estuve segura. Más abajo y más lejos vi las colinas doradas por el verano, y un río que se dirigía entre ellas hacia el mar. En algunos lugares, el aire que había bajo mis pies estaba tan lleno de aves que no alcanzaba a ver el suelo, sino sólo la luz que se reflejaba en sus alas.

La Coyote tenía una voz aguda y cantarina que parecía varias voces a un tiempo.

—¿Quieres continuar adelante desde aquí? —me preguntó.

—Me disponía a ir hacia el sol —respondí.

—Adelante. Todo esto es mi territorio.

La Coyote pronunció esta frase y luego me dejó atrás, trotando a cuatro patas como un coyote, junto a sus cachorros. Yo me quedé sola donde estaba, suspendida en el aire, así que continué avanzando.

Mis pasos en el viento eran largos y lentos, como los movimientos de los Bailarines del Arco Iris. A cada paso que daba, el mundo que tenía debajo aparecía distinto. Al avanzar un paso estaba iluminado, y al siguiente aparecía en sombras. Al siguiente estaba nublado y al próximo, despejado. Al dar el siguiente, unas nubes negras y grises de polvo y cenizas lo ocultaban todo, y un paso después aparecía un desierto de arena donde nada crecía ni se movía. Di otro paso y toda la superficie del mundo apareció como una ciudad sin fin, una sucesión de techos y caminos abarrotados de gente como el bullir de minúsculos animales en las aguas de una charca cuando se observan a través de una lente de aumento. Di un paso más y vi seco el fondo de los océanos, con la lava rebosando lentamente de las enormes grietas centrales, y unos inmensos cañones desolados cuyo fondo se perdía en la sombra de las paredes de los continentes, como zanjas bajo los muros de un establo. Al siguiente paso que di en el viento, largo y pausado, vi la superficie del mundo, lisa, pulida y pálida, como el rostro de un niño sin frente ni ojos que vi nacer cierta vez. Un nuevo paso y el halcón salió a mi encuentro bajo la luz del sol en el aire calmo sobre la ladera suroeste de la montaña Abuela. Había llovido y las nubes todavía se divisaban, oscuras, hacia el noroeste. La lluvia brillaba en las hojas de los árboles que cubrían las cañadas de la ladera.

De la visión que me fue concedida en la Novena Casa, puedo narrar una parte por escrito y también puedo cantar otra parte en canciones acompañadas del tambor, pero me faltan palabras y músicas para explicar la mayoría de las imágenes, aunque desde entonces he pasado buena parte de mi vida aprendiendo a encontrarlas. Tampoco puedo dibujar lo que vi, pues mi mano no tiene la habilidad suficiente para describir gráficamente sus características.

Una razón por la que hubiera sido mejor dibujarlas, y que resulta difícil de explicar con palabras, es que no había persona alguna en esa visión. Para explicar una historia, el narrador dice «yo hice tal cosa», o «ella vio tal otra». Cuando no hay un yo o un ella, no hay relato. Yo existí hasta que llegué a la Novena Casa; allí existía el halcón, pero no yo. El halcón existía; el aire calmo existía. Ver con los ojos del halcón es ser sin el yo. El yo es mortal, y ésa es la Casa de la Eternidad.

Así pues, de cuanto vieron los ojos del halcón, lo único que puedo transcribir en palabras es lo siguiente:

Era el universo de la energía. Era la red, el campo y las líneas de las energías de todos los seres, estrellas y galaxias, de los mundos, animales, mentes, nervios y tierras, de las cintas y espumas de vibraciones que son la existencia misma, todo interconectado, cada parte formando parte de otra parte y el conjunto participando de cada parte, comprensible así para sí mismo sólo como un conjunto, ilimitado y abierto.

En la Central se enseña que la red mental eléctrica de la ciudad se extiende por toda la superficie del mundo, y más allá de la luna y los demás planetas, hasta distancias inconcebibles entre las estrellas: en la visión, toda esta vasta red no era sino un fugaz destello de luz en una ola del océano del universo de la energía, una mota de polvo en una semilla de hierba en un campo de hierba infinito. No puedo recurrir a otra cosa que a las imágenes de la luz titilando en las olas del Mar o en las motas de polvo, al reflejo de la luz sobre la hierba madura, al centelleo de las chispas que saltan del fuego; ninguna imagen puede contener la visión, aquella que contenía todas las imágenes. La música puede reflejarla mejor que las palabras, pero no soy una poetisa que sepa hacer música con las palabras. La espuma, el centelleo de la mica en las rocas, el parpadeo y el destello de las olas y el polvo, la acción de los grandes telares que trabajan la seda y todas las danzas han reflejado por un instante en mi mente la visión del halcón; y en realidad cualquier cosa podría hacerlo si mi mente fuera lo bastante clara y fuerte, pero no existe mente o espejo alguno que pueda contenerla sin romperse.

Hubo entonces un descenso o alejamiento y vi algunas cosas que puedo describir. He aquí una de ellas: En este lugar o plano inferior, que era lo que podría llamarse nivel de los dioses o de lo divino, unos seres establecían posibilidades. Siendo yo humana, recuerdo que esos seres tenían forma humana. Uno de ellos apareció y moldeó las vibraciones de las energías cerrando sus caminos y transformándolos de espirales en círculos. Éste era un ser muy poderoso y estaba lisiado. Trabajaba como un herrero en su fragua, haciendo ruedas de energía cerradas sobre sí mismas con un poder terrible, llameantes. El ser que les daba forma fue quemado por ellas hasta convertirse en un almacén de cenizas, con los ojos como un horno de alfarero al ser abierto y el cabello como alambres al rojo vivo, pero aun así continuó moldeando las ondas de energía y cerrándolas sobre sí mismas en círculos, trabándolas energía con energía. En torno a aquel ser, donde las ruedas daban vueltas y molían y desmenuzaban, todo era ahora negro y hueco. Aparecieron otros seres como si volaran, igual que pájaros en una tormenta, flotando y gimiendo entre las ruedas de fuego para detener sus giros y poner fin a la labor, pero quedaron prendidos en las ruedas y ardieron como plumas de fuego. El herrero era ahora un ligero almacén de sombras, muy débil y requemado, y también él quedó prendido en el girar, el arder y el moler de las ruedas, y fue reducido a polvo como un puñado de harina negra. Las ruedas, al dar vueltas, continuaron creciendo y uniéndose hasta que toda la máquina quedó entrelazada diente con diente, y empezó a tensarse, y a brillar, y estalló en pedazos. Cada rueda, al estallar, fue un resplandor de rostros y ojos y flores y animales ardiendo, quemándose, estallando, y una vez destruidos cayendo en forma de polvo negruzco. Así sucedió y hubo un parpadeo de resplandor y oscuridad en el universo de la energía, una burbuja de espuma, una chispa de la lanzadera, una mota de mica. El polvo o harina oscura se posó en forma de curvas abiertas o espirales. Luego empezó a moverse y a cambiar de forma y hubo un titileo en él, como el polvo

bajo un rayo de luz solar. Empezó a bailar y el baile se alejó entonces más y más mientras a la izquierda más próximo, algo parecido a un animal pequeño aparecía llorando. Aquello era yo misma, mi mente y mi ser en el mundo, y empecé a ser yo misma otra vez. Sin embargo, mi alma, que había presenciado la visión, no estaba completamente dispuesta a ello. Sólo mi mente seguía tirando de mí para sacarme de la Novena Casa, llamándome y llorando a gritos hasta que lo consiguió.

Me encontré tendida en la tierra sobre el costado derecho en una habitación pequeña y cálida de paredes de tierra. La única luz procedía de la barra al rojo de una estufa eléctrica. En algún lugar próximo, una gente entonaba un cántico de dos notas. Mi mano izquierda sostenía una roca de serpentina, verdosa con marcas oscuras, totalmente redonda y pulida como por la acción del agua, aunque la serpentina no suele erosionarse así sino que se parte y se desmenuza. Tenía justo la medida exacta para poder cerrar mis dedos en torno a ella. Mantuve la piedra bruñida en la mano un buen rato y escuché los cánticos hasta que volví a dormirme. Cuando desperté de nuevo noté al cabo de unos instantes que la roca se hacía inmaterial y que mis dedos se hundían en ella y cada vez pesaba menos, hasta que desapareció por completo. Aquello me entristeció un poco pues me había parecido un hecho muy notable regresar del Brazo Derecho del mundo con un pedazo de éste en mi mano; pero cuando mi cabeza se aclaró un poco más, comprendí cuánta vanidad había en tal pensamiento. Años después, la roca volvió a mí. Iba caminando por la cañada de la Luna con mis hijos cuando éstos eran pequeños, y el menor vio la roca en el agua y la sacó de ella diciendo, «¡un mundo!». Le aconsejé que la guardara en su caja de heya, y así lo hizo. Cuando mi hijo murió, volví a dejar esa piedra en el agua de la cañada de la Luna.

Había permanecido sumida en la visión durante los dos primeros días y las dos primeras noches de los Veintiún Días del Sol. Me sentía muy débil y agotada y me mantuvieron en el interior del heyimas durante el resto de los Veintiún días. Desde el lugar donde estaba podía escuchar los prolongados cánticos, y en ocasiones deambulaba por las demás estancias del heyimas; en todas partes era bien recibida, incluso en la sala más recóndita, donde cantaban y bailaban el Sol Interior y donde había empezado a tener la visión. Me sentaba allí y escuchaba, mirando apenas a los presentes. Pero si intentaba seguir la danza con los ojos o unirme a los cánticos, o incluso tocar el tambor de lengua, me invadía la debilidad como una ola sobre la arena y tenía que regresar a mi pequeño aposento y acostarme sobre la tierra, en la tierra.

Me despertaron para escuchar la Canción Matinal; ésa fue la primera vez en veintiún días que subí por la escalera y vi el sol; ése fue el primer día, el día del Sol Naciente.

La gente que bailaba el Sol Interior se había ocupado de mí. Me indicaron que estaba en peligro y que debía intentar evitar toda nueva visión si notaba que ésta se acercaba, pues todavía no había recuperado las fuerzas suficientes para soportarla.

También me indicaron que no bailara y se ocuparon de traerme comida, tan sabrosa y ofrecida con tanta amabilidad que no pude rechazarla y la tomé con fruición. Cuando hubieron pasado los días del Sol Naciente, unos eruditos^[15] del heyimas me tomaron a su cargo. Fueron mis guías Madia, un hombre de mi casa, y Leche, una mujer de la Obsidiana. Había llegado el momento de que empezara a aprender el relato detallado de mi visión.

Cuando empecé la instrucción, creía que no tenía nada que aprender; bastaría con que explicara lo que había visto.

Leche trabajaba con palabras; Madia trabajaba con palabras, tambores y cánticos matrices. Sólo me permitieron avanzar muy lentamente, contando muy pocas cosas cada vez, en ocasiones una sola palabra, y repetían todo cuanto yo había sido capaz de decir y lo cantaban con el cántico matriz para que pudieran ser recordados y entregados tantos datos como fuera posible, y pudieran ser recordados y entregados otra vez.

Así pues, cuando empecé a descubrir en qué consiste decir lo que una ha visto, y cuando los incontables detalles vividos de la visión y su gran complejidad superaron mi imaginación y sobrepasaron mi capacidad para describirlos, temí perderlo todo antes de poder concretar un fragmento siquiera de ella y me angustié al pensar que, aun si recordaba alguna parte de la misma, quizá jamás llegaría a comprenderla en lo más mínimo. Mis guías me reconfortaron y apaciguaron mi inquietud.

—Nosotros tenemos cierta experiencia en este arte y tú careces de ella —comentó Leche—. Tienes que aprender a hablar del cielo con una lengua terrena. Escucha: si un recién nacido fuera llevado a la montaña, ¿podría acaso regresar antes de haber aprendido a andar?

Madia me explicó que al aprender a dar forma en mi mente a lo que había percibido en la visión, me aproximaría al estado de habitante de ambas ciudades;^[16] y para ello, según sus palabras, «no hay mucha prisa».

—¡Pero me llevará años y años! —respondí.

—Llevas ya en ello mil años. Hiel dice que eres un alma vieja.

Me incomodaba el no estar casi nunca segura de si Madia hablaba en broma o en serio. Eso es algo que siempre molesta a los jóvenes, y, por vieja que pudiera ser mi alma, mi mente sólo tenía quince años. Tendría que pasar un tiempo antes de que comprendiera que muchas cosas sólo pueden decirse hablando a la vez en broma y en serio. Tuve que recuperar todos mis recuerdos de la Casa de la Coyote desde la Casa del Halcón para entenderlo, y a veces todavía me olvido de ello.

Madia empleaba bromas, sobresaltos y sacudidas, pero me trataba con ternura y yo no le tenía miedo. En cambio había temido a Leche desde el mismo momento en que me había observado en la Logia de la Sangre y me había preguntado, «¿para qué estás aquí?». Leche era una gran erudita y Cantante de la Logia. Se mostraba tranquila, paciente e impersonal en la instrucción, pero no me trataba con ternura y yo le tenía miedo. Con Madia se mostraba correcta, pero era evidente que sus buenos

modales encubrían un latente desprecio hacia él. Leche consideraba que el lugar del hombre estaba en los bosques, los campos de cultivo y los talleres, y no entre las cosas sagradas e intelectuales. En la Logia yo le había oído citar el antiguo dicho burlón: «Los hombres joden con el cerebro y piensan con el pene». Madia conocía bastante bien las ideas de Leche, pero los hombres intelectuales están acostumbrados a que se ponga en duda su capacidad y a que se infravaloren sus logros; no parecía importarle la arrogancia de Leche tanto como me importaba a mí en ocasiones, hasta el punto de que cierta vez intenté salir en su defensa, diciendo:

—¡Aunque sea un hombre piensa como una mujer!

El comentario no sirvió de nada, por supuesto; y aunque era cierto en parte, no lo era del todo pues me resultaba imposible hablar con Madia, un hombre de mi propia casa, de la cuestión que más importancia tenía para mí; en cuanto a Leche, arrogante y severa, que había vivido célibe toda su existencia, no fue preciso mencionar el tema. En cierta ocasión empecé a hacerlo, creyendo que era mi deber, pero ella me interrumpió a media frase.

—Lo que me conviene saber de ese tema ya lo conozco —me dijo—. ¡La visión es una transgresión! La visión es para ser compartida; la transgresión no puede serlo.

No comprendí a qué se refería. Yo temía sobremanera salir del heyimas y quedar atrapada de nuevo en mi antigua vida, tomar otra vez el sendero equivocado de las falsas ideas y la desesperación. Cuando hubo transcurrido aproximadamente medio mes desde el Sol, empecé a considerar y a decir que todavía estaba débil y enferma, y que no podía dejar el heyimas.

—¡Entonces ya va siendo hora de que vuelvas a casa! —dijo Madia.

Yo tomé sus palabras como una muestra de profunda insensibilidad. Mientras estaba en plena instrucción con Leche, la preocupación que me embargaba hizo que me pusiera a llorar. Por fin, exclamé:

—¡Ojalá no hubiera tenido esa visión!

Leche me contempló, mirándome directamente a los ojos, y fue como si me azotara el rostro con una fusta de madera. Luego dijo:

—No has tenido ninguna visión. —Yo gimoteé y la miré fijamente—. No has tenido nada. No tienes nada. La casa sigue aquí. Puedes quedarte a vivir en un rincón, o deambular por la casa, o salir de ella. Lo que tú decidas.

Así dijo Leche, y luego se fue.

Me quedé sola en la pequeña habitación. Me puse a estudiar detenidamente aquel pequeño aposento acogedor de paredes, suelo y techo de tierra, excavado bajo la superficie. Las paredes eran tierra: la tierra entera. Más allá estaba el cielo: el cielo entero. La habitación era el universo de la energía. Yo estaba en mi visión, no la visión en mí.

Así pues, volví a casa para vivir e intentar mantenerme en el camino correcto.

Casi todos los días pasaba parte del tiempo en el heyimas estudiando con Madia, o en la Logia de la Sangre para instruirme con Leche. Mi salud era buena pero aún

me sentía cansada y soñolienta, y apenas colaboraba en las labores de la casa. Toda mi familia, salvo mi padre, era gente activa e inquieta, siempre dispuesta a trabajar y charlar pero nunca a gozar de momentos de sosiego. Después de pasar un mes en el heyimas, me sentía entre ellos como un guijarro en un torrente, sacudido y llevado de un lado a otro. Sin embargo podía ir a trabajar con mi padre. Leche le había sugerido que me llevara con él mientras hacía sus trabajos. Madia no estaba muy conforme pues, en su opinión, las ocupaciones de mi padre resultaban peligrosas para el espíritu, pero Leche había replicado a sus protestas en el tono de voz paciente y condescendiente que utilizaba con los hombres:

—No te preocupes por eso. Fue el peligro lo que despertó las facultades de la muchacha.

Así pues, volví a trabajar con la energía y aprendí dicho arte con esmero y seriedad, y no volví a provocar más incendios accidentales. También aprendí a tocar los tambores con Madia y a invocar misterios con Leche. Pero todo resultaba muy lento y seguía creciendo en mí el temor: el temor y la impaciencia. La imagen del jinete del caballo ruano ya no ocupaba mi mente como antes, pero se había convertido en el centro de mi temor. No volví a cabalgar, me mantuve apartada de mis amigos que cuidaban de los caballos y evité los pastos donde llevaban a los animales. Procuré no pensar en la Danza del Verano, en los juegos ni en las carreras. Procuré no pensar en hacer el amor, aunque la hermana de mi madre tenía un nuevo marido y cada noche gozaban del sexo en la habitación contigua armando un considerable alboroto. Empecé a tener miedo de mí misma y a no gustarme, y comencé a ayunar y a purgarme para sentirme más débil.

No comenté nada de ello con Madia, pues me daba vergüenza; ni con Leche, pues me daba miedo.

Transcurrió así el tiempo de la Danza del Mundo y se acercó el tiempo de la Luna. Sólo pensar en esa danza me causaba un creciente temor; me sentía atrapada por ella. Cuando llegó la primera noche de la Luna, me refugié en el heyimas con la intención de permanecer allí mientras durara la fiesta, cerrando mis oídos a las canciones de amor. Empecé a acompañar con los tambores una tonada-visión que Madia había evocado de sus visiones de libélula. Casi inmediatamente entré en trance y penetré en la Casa de la Cólera.

Esa casa era negra y calurosa, con una tenue luz amarillenta como de un rayo calórico y un mortecino ruido como de murmullos procedente del suelo y de las paredes. En su interior había una anciana de tez muy oscura y dotada de demasiados brazos. La mujer me llamó pero no utilizó el nombre de Baya que entonces tenía, sino el de Picamaderos.

—¡Picamaderos, ven aquí! ¡Picamaderos, ven aquí!

Comprendí que aquél era mi nombre, pero no me acerqué a ella.

—¿A qué viene ese malhumor? ¿Por qué no sales a joder con ese hermano tuyo de Chukulmas? El deseo no realizado es corrupción. El No Debes es un amo de

esclavos; el No Debería es un esclavo. La energía reprimida impulsa las ruedas del mal. ¡Fíjate lo que arrastras contigo! ¿Cómo puedes llevar la espiral, cómo puedes manejar la energía si estás así encadenada? ¡Superstición! ¡Superstición!

Descubrí que tenía ambas piernas atadas con cerrojos y candados a un enorme peñasco de roca serpentina, de modo que no podía moverme lo más mínimo; pensé que si caía al suelo, el peñasco rodaría sobre mí y me aplastaría.

—¿Qué llevas en la cabeza? —continuó la anciana—. Eso no es un velo para la Danza de la Luna. ¡Superstición! ¡Superstición!

Levanté las manos y descubrí que me cubría la cabeza un pesado casco de obsidiana. Yo veía y oía a través de aquel cristal negro y lóbrego que me caía sobre los ojos y las orejas.

—¡Quítate eso, Picamaderos! —dijo la anciana.



—¡No porque tú lo ordenes! —repliqué.

Apenas alcanzaba a verla u oírla, pues el casco se hacía cada vez más pesado y apretado en mi cabeza y el peñasco de serpentina se apoyaba más y más contra mis piernas y mi espalda.

—¡Libérate! —gritó la anciana—. ¡Te estás volviendo piedra! ¡Desátate!

Yo no la obedecí. Decidí desobedecer sus órdenes. Apreté con las manos el casco de obsidiana contra las orejas, los ojos y la frente hasta que penetró en mí y se convirtió en parte de mí; me apoyé contra el peñasco hasta que éste formó parte de mis piernas y de mi cuerpo. Luego permanecí allí muy rígida, dura y pesada, pero capaz de caminar, de ser y de oír, ahora que el cristal oscuro no me cubría los ojos y las orejas sino que formaba parte de ellos. Observé que toda la casa estaba envuelta en llamas; suelo, techo y paredes ardían y humeaban. Un pájaro negro, un cuervo, revoloteaba en el humo de habitación en habitación. La anciana estaba ardiendo y sus ropas, su carne y sus cabellos humeaban. El cuervo revoloteó en torno a ella y me gritó:

—¡Sal ahora, hermana! ¡Es mejor que salgas!

—¡No! —respondí. No hay más que cólera en la Casa de la Cólera.

El cuervo graznó y continuó hablando:

—¡Ve a por agua, hermana! ¡A por agua de la fuente!

A continuación, escapó volando por la pared en llamas de la casa. Y en el preciso instante en que lo hacía, se volvió a mirarme con un rostro de hombre, hermoso y resuelto, enmarcado en una mata de cabello rizado y flameante que ondeaba hacia lo alto. Luego, los muros en llamas se hundieron en las paredes del heyimas de la Serpentina donde me hallaba batiendo el tambor de tres notas. Allí aún seguía tocando el tambor, pero ahora con un ritmo distinto, nuevo.

Después de esa visión fui llamada Picamaderos: mis eruditos maestros estuvieron de acuerdo en que es mejor utilizar el nombre que le pone a una esa abuela, aunque una no haga lo que ésta le indica. Tras la visión, me dirigí a las fuentes del río como había dicho el cuervo que hiciera, y en cuanto lo hube hecho me vi liberada del temor a mis deseos.

La visión fundamental es fundamental y no tiene ningún objetivo externo a ella; de hecho, no existe nada fuera de ella. Lo que contemplé en la Novena Casa existe, igual que existe una nube o una montaña. Nosotros utilizamos luego tales visiones, les encontramos significados e imágenes, vivimos de ellas, pero no tienen para nosotros mayor relevancia de la que tiene el mundo. Somos parte de ellas. Existen otros tipos de visiones, todas ellas más alejadas de lo fundamental y más próximas al yo mortal; una de ellas es la visión de composición, que trata de la propia vida de la persona. La visión en la que la abuela me dio el segundo nombre fue de este tipo.

Llegó el Verano y acudió la gente de Chukulmas. Mi hermano de la Serpentina no montó su caballo ruano en las carreras; el jinete del magnífico animal fue esta vez una muchacha de la Obsidiana de Chukulmas, mientras que el chico montaba una

yegua alazana. El caballo ruano venció en todas las carreras y fue objeto de grandes elogios. Según se comentó, después de aquel verano no volvería a correr y sería destinado a semental. Yo no monté, pero asistí a las carreras y a los juegos. Es difícil explicar mis sentimientos. La garganta no dejó de dolerme y pasé todo el tiempo repitiendo para mis adentros. ¡Adiós, adiós! Pero aquello de lo cual me despedía ya había quedado atrás. Me sentía apenada y, al mismo tiempo, indiferente. La muchacha era hermosa y buena jinete; pensé que quizás ella y mi hermano de casa viajarían juntos tierra adentro, pero la idea no me dolió ni me preocupó. Lo que yo deseaba era dejar Telina y empezar a llevar la vida que seguía a la visión de composición, que seguía a la espiral.

Así, bajo el calor del estío, subí con Madia corriente arriba hasta las fuentes del río, en Wakwaha.

En la montaña viví en la casa de huéspedes de la Serpentina y trabajé la mayor parte del tiempo como ayudante de electricista en extrañas ocupaciones en torno a los edificios sagrados, el archivo y la Central.

Por la mañana salía al aire libre apenas amanecía. Bajo el porche de la casa y más allá, podía contemplar la inmensa extensión azul rojiza de la niebla estival que llenaba el valle, mientras los primeros rayos del sol iluminaban las peñas de los picos de la montaña. Entonces cantaba según me habían enseñado:

¡Es el valle del puma,
donde pasea el león,
donde despierta el león,
radiante, radiante en la Séptima Casa!

Tiempo después, en la estación de las lluvias, el propio puma merodeaba por la montaña cubriendo las cumbres y las fuentes de nubes oscuras y nieblas plomizas. Despertar en el silencio de aquella bruma seca que todo lo ocultaba era despertar a un sueño, era respirar el aliento del león.

Durante la estancia en la montaña pasé la mayor parte de los días en el heyimas y, en ocasiones, incluso dormí en él. En compañía de los eruditos y visionarios de Wakwaha, practicaba las técnicas de revivir la visión y traducirla a palabras y a música. Apenas me dediqué a las danzas y a la pintura, pues no tenía dotes para ello, pero me esforcé en perfeccionar el recuerdo y la exposición, tanto oral como escrita, y también con los tambores.

Yo tenía, como tanta gente, una idea exagerada de cómo vivían los visionarios. Esperaba encontrar una existencia esforzada, atlética y ascética, siempre dirigida a lo inefable. En realidad era un tipo de vida monótono. Cuando una persona está en plena visión no puede cuidar de sí misma y, cuando regresa de la experiencia suele encontrarse tremendamente cansada, agitada o confusa; en cualquier caso, necesita tranquilidad, sin distracciones ni obligaciones. En otras palabras, es como un parto o

cualquier otro esfuerzo intenso. Entonces, los demás se ocupan del visionario y le protegen. Revivir las visiones y traducirlas a palabras se parece mucho a pasar por la experiencia, aunque no resulta tan agotador.

En la casa de huéspedes, sólo practiqué el ayuno antes del gran wakwa; normalmente tomaba comidas ligeras y cuidaba bastante los alimentos que componían mi dieta; bebía poco vino, y éste lo rebajaba con agua. Cuando una persona va a experimentar una visión o a revivirla, no desea llegar a ella de un modo diferente en cada ocasión, primero a través del ayuno y luego mediante la borrachera, la ingestión de cannabis, los cánticos que llevan al trance o a cualquier otro estado. Lo que desea es moderación y continuidad. Si la persona llega a la visión a través del éxtasis, el asunto es muy diferente, por supuesto, en este caso no se trata de un trabajo, sino de un ardor.

Así pues, la vida que llevé en Wakwaha fue monótona y tranquila, sin apenas cambios de un día a otro o de una estación a otra, y resultó tan grata y adecuada para mi mente y mi corazón que no deseé nada más. A lo único que me dediqué durante esos años en la montaña fue a revivir la visión de la Novena Casa que me había sido concedida, y a pasar ésta a palabras. Entregué a los eruditos de la Serpentina cuanto pude exprimir de la experiencia para que lo anotaran en los registros y efectuaran sus interpretaciones, en las que se basa nuestra orientación como pueblo. Los eruditos eran afectuosos, verdaderos parientes, familiares míos de mi propia casa, y volví a sentirme miembro de ella, y no autoexiliada. Creí que había vuelto a mi hogar y que pasaría allí el resto de mi vida, narrando experiencias y tocando los tambores, entrando en la visión y regresando de ella, bailando en el hermoso lugar de las danzas de las Cinco Casas Elevadas y bebiendo de las fuentes del río.

Durante el tercer año de mi estancia en Wakwaha, la Hierba llegó tarde. Unos días después de que terminara, poco antes del inicio de los Veintiún Días, me disponía a subir la escalera del heyimas de la Serpentina cuando se me acercó mujer Halcón. Yo la había tomado por una persona del heyimas hasta que emitió el grito del halcón, «¡kiyir, kiyir!». Me volví y la mujer dijo:

—Baila el Sol sobre la montaña, Picamaderos, y luego baja al valle. Quizá debas aprender a teñir las ropas.

Acompañó sus palabras con una carcajada y remontó el vuelo como el halcón, saliendo por la puerta situada en lo alto.

Llegó entonces más gente hasta donde yo me encontraba, al pie e la escalera. Habían escuchado el grito del halcón y algunos habían visto a la mujer salir volando por la entrada del heyimas.

Después de aquello no volví a tener visiones o revisiones de la Novena Casa ni de cualquier otra casa.

Quedé privada de ellas y me sentí muy aliviada. Aquella experiencia grandiosa y terrible había sido difícil de soportar, de evocar, de compartir y de entregar y perder una y otra vez. Todo había resultado superior a mis fuerzas y no lamenté en absoluto

dejar de revivirlo, pero cuando comprendí que había perdido toda visión y que pronto debería dejar Wakwaha, empecé a sentirlo. Recordé a toda aquella gente a la que había considerado parte de mi familia mucho tiempo atrás, cuando era niña, antes de empezar a tener miedo. Aquella gente había desaparecido y ahora también yo debía marcharme, dejando a los parientes de mi Casa de Wakwaha para ir a vivir entre extraños el resto de mis días.

Lengua de Ciervo, un hombre que vivía como mujer de la Serpentina de Wakwaha, quien me había instruido y había cantado conmigo y me había entregado su amistad, apreció mi abatimiento y mi angustia y se acercó a decirme:

—Escucha; ahora crees que todo ha terminado, pero no es así. Piensas que tu puerta se ha cerrado, pero ninguna puerta se cierra. ¿Qué te dijo la Coyote al principio de todo esto?

—Dijo que tomara las cosas con calma —respondí.

Lengua de Ciervo asintió con la cabeza y sonrió.

—Pero mujer Halcón dijo que bajara al valle —añadí.

—No dijo que regresaras.

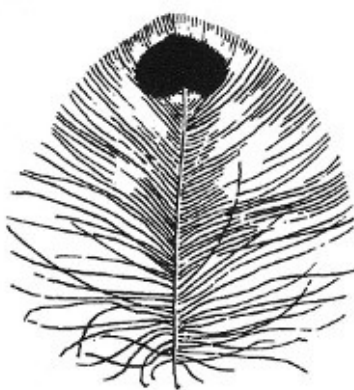
—¡Pero he perdido las visiones!

—¡Aún te quedan los cinco sentidos! ¿Dónde está el centro de tu vida, Picamaderos?

Medité la respuesta brevemente y dije:

—Ahí, en esa visión. En la Novena Casa.

—Tu vida gira en torno a ese centro —añadió entonces lengua de Ciervo—. ¡Procura no cegar tu intelecto con el anhelo de esa visión! Sabes muy bien que la visión no es tu propio yo. El halcón se vuelve contra el deseo del halcón. Tú volverás a visitar tu casa y encontrarás la puerta abierta de par en par.



Bailé el Sol sobre la montaña como mujer Halcón había dicho que hiciera, y entonces empecé a notar que debía emprender la marcha. En Wakwaha había algunas personas que perseguían la visión o el éxtasis mediante un ayuno continuado o una permanente ingestión de drogas y que vivían en perpetua alucinación; tales personas llegaban hasta el extremo de no distinguir la visión de la imaginación y vivían sin sinceridad, en un perenne mundo imaginario. Yo temía que si me quedaba allí pronto

empezaría a imitarlas, como bien me había advertido Lengua de Ciervo. Después de todo, ya había tomado aquel camino equivocado en otra ocasión, de modo que me despedí de todos y una mañana fría y despejada inicié el descenso de la montaña. Un joven halcón de alas rojas revoloteaba en círculos sobre las cañadas lanzando sus gritos, «¡kiyir, kiyir!», en un tono tan lastimero que me hizo llorar.

Regresé a la casa de mis madres en Telina-na. Mi tío se había casado y ya no vivía allí, de modo que me instalé en su pequeño aposento sin tener que compartirlo con nadie; fue una suerte, ya que mi prima se había casado también y tenía un hijo y la casa estaba más ocupada y bulliciosa que nunca. Volví a trabajar con mi padre, aprendiendo junto a él la teoría y la práctica de su ocupación, y dos años más tarde pasé a ser miembro del Arte de los Molineros. Después, los dos seguimos trabajando juntos con frecuencia. Mi vida era casi tan tranquila como la que había llevado en Wakwaha. A veces pasaba días enteros en el heyimas tocando los tambores; ya no tenía visiones, pero lo que buscaba con ello era el silencio dentro del tamborileo.

Así fueron pasando las estaciones y yo no dejaba de pensar en lo que mujer Halcón había comentado. Cierta vez, estaba ocupada en cambiar los cables eléctricos de una vieja vivienda, la Casa de los Siete Escalones situada en el brazo noreste de Telina, y, mientras llevaba a cabo mi trabajo en una calurosa jornada, un hombre de una de las familias que vivían allí me trajo una limonada y nos pusimos a hablar, y lo mismo hicimos al día siguiente. Era un hombre de la Arcilla Azul de Chukulmas que se había casado con una mujer de la Serpentina de Telina. La pareja había tenido dos hijos, el menor de los cuales había nacido sevai. La mujer había dejado a los niños con su marido y había abandonado la casa de sus madres para trasladarse al otro lado de la ciudad y casarse allí con un hombre del Adobe Rojo. Yo conocía a esa mujer, una de las que formaban el grupo de niñas con las que había jugado de pequeña, pero nunca había hablado con el hombre, Aguas Tranquilas, que vivía en la casa de la abuela de los niños y trabajaba, sobre todo, de químico y curtidor además de encargarse del gobierno de la casa. Esos días charlamos a menudo y nos entendimos bien, y seguimos viéndonos para charlar. Más tarde viajé tierra adentro con él y decidimos casarnos.

Mi padre se opuso porque Aguas tranquilas ya tenía dos hijos en su familia y, por tanto, yo no podría tener ninguno, pero eso era precisamente lo que yo quería. Mi abuela y mi madre no mostraban el menor entusiasmo por nada de cuanto yo hiciera pues siempre les había causado disgustos, pero no deseaban tener tres personas más en nuestra casa, en la que ya eran demasiados. Sin embargo, eso era también lo que yo quería. Durante esos años, todo cuanto deseaba se cumplía a mi completa satisfacción.

Aguas Tranquilas, los niños y yo erigimos nuestro hogar en la primera planta de la Casa de los Siete Peldaños, a ras del suelo, justo encima del piso que ocupaba la abuela de los niños. La anciana era una mujer perezosa, de buen carácter, muy cariñosa con los pequeños y con Aguas Tranquilas, y nos llevamos muy bien.

Vivimos en aquella casa catorce años, y durante ese tiempo tuve todo cuanto deseaba y me sentí feliz y satisfecha como una oveja con sus dos corderos en un prado tranquilo, con la cabeza gacha y pastando sin sobresaltos. Todos esos años fueron como un largo día de verano en los campos cercados o en una casa tranquila cuando se cierran las puertas para que las habitaciones se mantengan frescas. Esta época fue el día de mi vida. Antes y después de ella fue el amanecer, el crepúsculo y la noche de mi existencia, cuando las cosas y las sombras de las cosas se confunden y forman un todo.

Nuestro hijo mayor —y por lo menos ello constituyó una satisfacción para mi abuela— acudió a instruirse a la Logia de los Doctores, en la cañada del Azufre Blanco, tan pronto como tuvo edad suficiente. Cuando cumplió los veinte años, ya vivía en la Logia la mayor parte del tiempo. El menor murió después de cumplir los dieciséis. Convivir con su dolor y con su cada vez más acusada debilidad, y verle perder la movilidad de las manos, y luego la vista, había impulsado a su hermano a querer dedicarse a curar; en cambio, vivir junto a su alma valerosa fue para mí la mayor alegría. El desgraciado chiquillo era como un joven halcón que acudía a las manos de una buscando un instante de calor, valiente e inofensivo, pero herido. Después de su muerte, Aguas Tranquilas pareció desanimarse y empezó a añorar su antiguo hogar. Finalmente regresó a Chukulmas para instalarse en la casa de sus madres. A veces, acudí a visitarle allí.

También yo regresé a la casa de mi infancia, a la casa de mis madres, donde vivían la abuela, mi madre, mi padre, mi tía, mi prima, su marido y sus dos hijos. Seguían todos tan activos y bulliciosos como siempre. No era allí donde yo quería estar. Solía acudir al heyimas a tocar los tambores, pero tampoco era aquello lo que deseaba. Echaba de menos la compañía de Aguas Tranquilas, pero ya había quedado atrás el tiempo de vivir juntos; aquello había terminado. Era otra cosa lo que yo buscaba, pero no lograba concretar qué podía ser.

Un día, en la Logia de la Sangre, oí decir que Leche, quien ahora era realmente una anciana, había sufrido una apoplejía. Mi hijo me acompañó a verla y la ayudó en la recuperación. Y dado que la anciana estaba sola, decidí quedarme junto a ella mientras precisara ayuda. A Leche le pareció bien tenerme allí, de modo que me instalé en su casa. El trato entre ambas era cordial, pero Leche ya estaba buscando su último nombre y se disponía a aprender a morir. Y aunque yo podía serle de cierta ayuda mientras se dedicaba a ello, e incluso podía aprender algo a su lado, seguía sin ser aquello lo que yo deseaba.

Cierto día, poco antes del Verano, me encontraba trabajando en un granero que se utilizaba como almacén, más allá del Arroyo de la Luna. El Arte de los Molineros había instalado allí un nuevo generador, y yo me ocupaba de comprobar el estado de los cables que conectaban el aparato con las trilladoras, algunos de los cuales precisaban ser aislados de nuevo pues los ratones habían hecho de las suyas. Estaba trabajando allí, en un espacio angosto, oscuro y polvoriento, escuchando a los ratones

que correteaban por las vigas encima de mi cabeza y entre las paredes, cuando advertí con un aparte de mi conciencia que en el minúsculo lugar había varios seres observando lo que hacía. Eran criaturas pardo grisáceas de manos y pies largos, delgados y blanquecinos, que me contemplaban con ojillos brillantes. Jamás había visto gentes como aquéllas, pero me parecieron familiares. Sin dejar de trabajar, murmuré:

—Sería mejor que no os dedicarais a quitar la protección aislante de esos cables. Podría producirse un incendio. ¡Seguro que hay mejores cosas que comer en este almacén rebosante de grano!

Las criaturas emitieron unas breves risillas y la más oscura de todas dijo con voz aguda pero calmada:

—Retirémonos.

Los pequeños seres volvieron la cabeza hacia atrás y se alejaron deprisa y en silencio. Otro ser apareció entonces en el lugar que ocupaban y un ligero escalofrío de miedo recorrió mi cuerpo. Al principio no pude distinguir claramente a la nueva persona bajo la luz mortecina del angosto espacio donde me hallaba. Luego vi que se trataba de Madia.

—Ya no montas nunca a caballo, Picamaderos —dijo.

—Cabalgar es para los jóvenes, Madia —respondí.

—Así que ya eres vieja...

—Rondo los cuarenta.

—¿Y no echas de menos las cabalgadas?

Se estaba burlando de mí como en otro tiempo lo había hecho la gente, con sus comentarios sobre si estaba enamorada de aquel caballo ruano.

—No. Eso no lo echo de menos.

—Entonces, ¿qué es lo que añoras?

—A mi hijo que murió.

—¿Por qué tienes que echarle en falta?

—Porque está muerto.

—También yo lo estoy —dijo Madia, y así era. Hacía cinco años que había muerto.

Así supe entonces qué echaba de menos, qué buscaba sin saber concretarlo. Era, sencillamente, no seguir encerrada en la Casa de la Tierra. No era preciso que anduviese entrando y saliendo por las puertas, siempre que pudiera ver a quienes lo hacían. Allí estaba Madia y le oí soltar una breve risilla, como los ratones.

No volvió a pronunciar una sola palabra más, pero siguió observándome desde las sombras. Cuando terminé mi trabajo, ya había desaparecido. Cuando salí del granero, vi al búho que vivía allí, dormido en lo alto de un travesaño.

Regresé a la casa de leche y durante la cena le conté el encuentro con Madia y los ratones.

La anciana me escuchó y luego se puso a lloriquear. Desde la apoplejía había

quedado bastante débil y su anterior ferocidad, a menudo se convertía ahora en lágrimas.

—¡Siempre has estado por delante de mí! ¡Siempre me has adelantado en todo!

Yo nunca había advertido que me tenía envidia y me entristeció saberlo, pero aun así tuve ganas de reírme al ver la manera cómo desperdiciamos nuestros sentimientos.

—¡Alguien tiene que abrir las puertas! —respondí al fin. Luego le presenté a la gente que empezaba a llenar la estancia, gente como aquella que yo solía ver cuando era niña. Sabía que sin duda eran de mi linaje, pero ignoraba de quiénes se trataba. Se lo pregunté a Leche.

—¿Quiénes son?

Al principio la anciana estaba perpleja y no alcanzaba a verles con nitidez y se quejó por ello. Luego, los recién llegados empezaron a hablar y ella les respondió. A veces hablaban en nuestro idioma, y en ocasiones lo que decían me resultaba incomprensible; sin embargo, Leche les contestaba siempre con vehemencia.

Cuando la anciana se sintió fatigada, los visitantes se retiraron en silencio y yo la ayudé a acostarse. Mientras empezaba a dormirse, vi aparecer a una chiquilla que se acercó y se recostó junto a ella. Leche pasó sus brazos en torno a la pequeña. Desde entonces hasta que Leche murió durante el invierno siguiente, la niña apareció cada noche para acostarse con ella.

En una ocasión mencioné el asunto y pregunté a la anciana si era su hija. Leche me observó con aquella mirada zahiriente por su ojo bueno y respondió:

—No es hija mía, sino tuya.

Así pues, hoy cuido aún de esa casa con la hija que nunca tuve, con el fruto de mi primer amor y con otros miembros de mi familia. A veces, cuando barro el suelo de esa casa, veo el polvo a contraluz de un rayo de sol, danzando en curvas y espirales, vacilante.



algunos textos breves del valle



BÚHO, COYOTE, ALMA

De la biblioteca de Wakwaha

El búho volaba en la oscuridad. Sus alas no producían sonido alguno. No existía sonido alguno. El búho se dijo a sí mismo, «hu, hu, hu, hu». El búho escucha su propia voz y eso hace nacer el sonido; el sonido penetra entonces en el tiempo, cuatro veces.

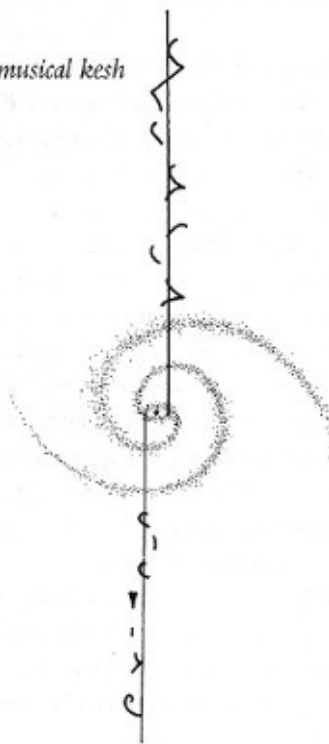
El sonido forma círculos en las aguas de la oscuridad, en los aires de la oscuridad; se extiende en círculos desde la boca abierta del búho. Como la capa de impurezas y las ramitas rotas y las alas de insectos sobre las aguas de una charca, las cosas cobran existencia impulsadas por los círculos que se extienden hacia afuera. Cerca de la boca del búho, el sonido es potente y las cosas se mueven con rapidez y firmeza, y resultan nítidas y sólidas. Conforme avanzan hacia afuera, los círculos se hacen mayores y más tenues, y las cosas en ellos resultan lentas, confusas y débiles. Sin embargo, el búho continuó su vuelo y siguió aleteando, escuchando y cazando. Una cosa no lo es todo, y una vez no es siempre. El búho no lo es todo, sino solamente el búho.

El coyote deambulaba entre la oscuridad, muy triste y solitario. En la oscuridad no había nada que comer, nada que ver, ningún camino. El coyote se sentó en la oscuridad y aulló, «yau, yau, yau, yau, yau». El coyote escucha su propia voz y eso da existencia a la muerte; la muerte penetra entonces en el tiempo, cinco veces.

La muerte resplandece. La muerte produce resplandor. La muerte produce resplandor en el agua, resplandor en el aire, resplandor en la existencia. Cerca del corazón del coyote, el resplandor es intenso y las cosas se hacen fuertes y cálidas y prende en ellas el fuego. Más lejos del corazón del coyote, las cosas aparecen consumidas, débiles, mortecinas y frías. El coyote continuó su camino y sigue deambulando, cazando seres vivos y comiendo seres muertos. El coyote no es la vida ni la muerte, sino sólo el coyote.

El alma que canta y resplandece se extiende hacia afuera, hacia el frío y la oscuridad. El alma silenciosa y fría se recoge en el resplandor, en el canto del fuego. El búho vuela sin hacer ruido; el coyote deambula en la oscuridad; el alma escucha y permanece quieta.

Notación musical kesh



LA PERSONA Y EL YO

Ofrenda de Liebre Vieja de Telina-na a su heyimas de la Serpentina

En los cánticos de la Hierba se dice: «El universo existe y todo cuanto existe está dentro de esa casa de casas».

Y bien, ¿acaso es el universo una persona? Nosotros hablamos como si de una persona se tratara cuando decimos «¡Heya!» a una piedra, o cuando decimos al sol naciente, «¡Heya! ¡Te saludamos, oh Sagrado!». También clamamos como si nos dirigiéramos a una persona cuando, a solas en medio de la espesura, elevamos nuestra súplica, «¡Protégeme como yo te glorifico! ¡Ayúdame en mi debilidad!». ¿A quién saludamos? ¿A quién glorificamos? ¿Quién nos ayuda?

Quizás en todas las cosas hay una persona, un espíritu al que saludamos en la piedra y en el sol y en el cual confiamos que bendiga, proteja y ayude a todas las cosas. Quizá la unidad del universo se manifiesta en ese espíritu único y la unidad de cada individuo de las diferentes especies es un signo o símbolo de esa persona única. Quizá sea de este modo. Quienes afirman que así es, denominan a esa persona el yo de todos los yoes o el otro de todos los otros, el eterno, el dios. Los poco dados a los análisis profundos pueden afirmar que dentro de la piedra vive un espíritu, que dentro del sol mora una persona apasionada y ardiente, pero con eso afirman que el dios vive en el universo como el ser humano habita en una casa o como el coyote mora en la espesura, habiéndolo hecho y manteniéndolo en orden. Tales personas creen, tienen fe. No son gentes poco profundas.

A otras personas se les da mejor pensar que creer y se preguntan quién es ese ser

al que saludamos, al que veneramos y al que pedimos bendiciones. ¿Es la propia piedra, el propio sol, todas las cosas en sí mismas? Quizá sea así. Después de todo, vivimos en esta casa que se hace y se mantiene a sí misma. ¿Por qué debería un alma mostrar miedo en su propia casa? En ella no hay extraños. Las paredes son la vida y las puertas son la muerte; nosotros entramos y salimos por nuestro impulso.

Opino que los unos a los otros nos saludamos, bendecimos y ayudamos; los unos a los otros nos comemos. Somos a la vez los cosechadores y la cosecha. Construyendo y destruyendo, hacemos y somos deshechos; pariendo y matando, cogemos y soltamos. Los seres humanos pensantes y los demás animales, las plantas, las piedras y las estrellas, todos los seres que piensan o son pensados, que ven o son vistos, que poseen o son poseídos, todos somos seres de las Nueve casas del Ser y bailamos la misma danza. Es con mi voz con la que habla la roca azul, y la palabra que yo pronuncio es el nombre de la roca azul. Es con mi voz con la que habla el universo, y la palabra que le escucho pronunciar cuando presto atención es la mía. Ser es alabar. No sé qué hay que creer.

Por eso pienso que, en mi temor, tendré confianza; en mi debilidad, protegeré; en mi sufrimiento, viviré. Creo que así es: habiendo pedido ayuda, permaneceré en silencio, prestando atención. No seré servidor de nadie y no cerraré puerta alguna. Así considero que viviré en el valle lo mejor que pueda, y así moriré aquí, penetrando por la puerta abierta.

UNA LISTA DE COSAS QUE SERÁN NECESARIAS DENTRO DE CUATRO DÍAS

Hallada en un pedazo de papel-corteza en un prado próximo a los heyimas de Ounmalin

1. Objetos redondos muy espinosos, como ciertas vainas y cápsulas de legumbres y otras plantas.
2. Algunas piezas de cerámica no vidriada de color rojo, defectuosas.
3. Alambre fino de cobre enrollado en torno a un carrete de madera.
4. Objetos cilíndricos artificiales o encontrados, al menos con un extremo acampanado, no perforados.
5. Escritos o marcas de tinta sobre papel grueso.
6. Pequeños discos que reflejen la luz.
7. Semillas de chia u hormigas muertas.
8. Un asno joven.
9. Lluvia.

CUERVOS, PATOS, ROCAS

Observaciones y comentarios realizados por un anciano de la Serpentina de Kastoha-na, Nogal de la Casa del Extremo del Puente, durante una conversación con la recopiladora, y reproducidos con su autorización

El modo en que caminan los cuervos indica que están en contacto con cosas que uno necesita saber. Sin embargo, nunca están dispuestos a revelarlas.

Cuando se observa el caminar de los patos salvajes, uno diría que no conocen nada, ¿verdad? Pero cuando se les ve volar o cuando se les oye hablar, posados sobre el agua en grandes bandadas, o cuando se les oye hablar incesantemente mientras vuelan —charlan tanto como las personas y conocen más cosas sobre el otro lado de las montañas—, cuando se les ve volar, y formar esa escritura, ¡uno desearía saber leerla!



No todas las rocas tienen la misma sensibilidad. La mayoría de los basaltos no prestan atención. No muestran interés por nada. Quizá todavía están pensando en el fuego de la oscuridad. La roca de serpentina siempre es sensible. Proviene del agua y del fuego, avanzó y fluyó entre otras rocas para llegar al aire y siempre está a punto de romperse, de desmenuzarse y convertirse en polvo. La serpentina escucha y habla. El pedernal es una roca extraña. Siempre permanece encerrada. La arenisca es una roca para las manos; se entienden mutuamente. Aquí, en el valle, no disponemos de piedra caliza y los Buscadores traen fragmentos de ella en sus viajes. Lo que he podido ver de ella es mortal e intelectual: es una roca hecha de vidas. Dicen que allí donde la tierra está compuesta de piedra caliza, los ríos corren a través de ella por cavernas subterráneas y nunca emergen a la luz. Eso sería extraño. Me gustaría ver

esas cavernas. El granito de la cordillera de la Luz es una comunidad de rocas, muy hermosa y poderosa. Cuando contiene mica, que despidе reflejos como la luz sobre el mar, resulta maravillosa. La Obsidiana es cristal, por supuesto, y también la piedra pómez y la roca de cenizas que se encuentra en torno a Ama Kulkun. Todas ellas tienen la naturaleza del cristal, el filo y el flujo, y contienen la luz. Son rocas peligrosas.

En general, las rocas no viven del mismo modo o al mismo ritmo que nosotros. Sin embargo, uno puede encontrar una roca, sea un gran peñasco o una pequeña ágata en el lecho de un río y, observándola detenidamente, tocándola y sosteniéndola, prestando atención a sus sonidos o dedicándole unas breves palabras o cánticos, una pequeña ceremonia, o permaneciendo inmóvil y callado con ella, uno puede penetrar en cierta medida en el alma de esa roca y la roca puede penetrar en la de uno, si está dispuesta a ello. La mayoría de las rocas viven una muy larga vida. Han existido durante mucho tiempo antes de que llegáramos nosotros, y seguirán existiendo mucho tiempo después de que desaparezcamos. Algunas son muy antiguas, nietas del advenimiento de la Tierra y del Sol. Aunque no hubiera nada más que pudiéramos conocer gracias a ellas, bastaría con eso, con saber de su gran longevidad. Sin embargo, hay en las rocas otros muchos conocimientos, muchas cosas que sólo pueden conocerse con su ayuda. Las rocas están dispuestas a colaborar con las personas que las manejan, las estudian y las trabajan con placer y respeto, con atención y cuidado.

EL ALMA DEL ESCARABAJO NEGRO

De la biblioteca de la Logia del Adobe Negro de Sinshan

Existen unas almas de las que ha oído hablar la mayoría de la gente, y sobre las cuales es habitual que hagan comentarios sin base cierta las personas supersticiosas; sin embargo, cuanto más intenta la mente profundizar en el conocimiento cierto de las almas, más difícil resulta afirmar algo sobre ellas. Es difícil conocer un alma; es el conocedor que sabe que conoce. Las imágenes son el conocimiento del alma. Las palabras son imágenes de las imágenes. La más profunda de las almas tiene esta imagen: huele a subsuelo y es como un escarabajo, un topo o un gusano oscuro. A veces es denominada el alma del escarabajo negro, o la cuerda oscura, o el alma de la muerte. No es una sombra o imagen del cuerpo, igual que tampoco el cuerpo, vivo o muerto, es una imagen de ella. Come excrementos y defeca alimentos. En tanto que otras almas y sus respectivos cuerpos están despiertos, ésta suele permanecer dormida y despierta cuando las demás se disponen a dormir; entonces, una y otras se cruzan en sus caminos, pero no vuelven la cabeza. Mientras el cuerpo agoniza, el alma de la muerte cobra vida. Es lo que olvida. Provoca errores, accidentes y también muchos sueños. Se dice que habita en los sótanos de las Nueve Casas. Recibe su cuerpo con

gran solicitud en la muerte y lo conduce a las sombras. Cuando cae la lluvia sobre las cenizas del cuerpo incinerado, el alma de la muerte puede ascender por los aires. Es ciega e inmensamente rica. Si alguien desciende a los lugares donde habita, recibe gran cantidad de presentes. El problema es cómo volver con ellos. Cuando se habla con el alma profunda, deben cerrarse los ojos; cuando se la abandona, no debe mirarse atrás. Cuando la lluvia cae sobre un fuego, las almas de la muerte se elevan en el aire y lo oscurecen. La época en la que llegan es al principio de la estación de las lluvias, cuando las noches se hacen más largas y el aire se llena de humo; ésa es la época en que se edifica la cabaña de la Reunión. Cuando los miembros de la Logia del Adobe Negro cantan, enseñan o sueñan, visten un manto o capa de piel de topo. También puede atarse una cinta negra en torno al brazo, el corazón o la cabeza de la persona que danza. Un escarabajo puede mostrarles el camino. No hay modo de conocer esta alma. Es la más íntima y profunda. La persona muere a ella.



ALABANZA DE LOS ROBLES

Precepto doctrinal del heyimas de la Serpentina de Sinshan

Cinco son los robles que mantienen su follaje durante la estación de las lluvias: el de Copa Redonda de las laderas orientadas al mar, que da las bellotas alargadas; el de Corteza Arrugada de nuestro chaparral; el de Copa Alargada, con su corteza grisácea; el Gran Roble de las montañas, y el Roble de los Curtidores, con sus capullos de castaño y sus semillas de bellota.

Cuatro son los robles que pierden las hojas en la estación de las lluvias: el de Hoja Azul, que quiere tierra seca en las raíces; el de Tronco Delicado de las colinas, de hojas lobuladas; el de Hojas Rojas de las colinas más altas, con su corteza de color negro, y el Roble del valle umbroso y de grandes dimensiones, que vive junto a las aguas y en colinas soleadas y que es muy apreciado por los que trabajan en la escritura.

Éstas son las nueve clases de robles, árboles nobles, placenteros y vigorosos, de flores fragantes tanto en los machos como en las hembras, albergues de numerosas aves y pequeños animales e insectos, cuyas excelencias merecen ser alabadas pues proporcionan mucha sombra, mucho alimento y grandes recursos.

PALABRAS/PÁJAROS

Texto de la Logia del Madroño

Lo que sirve para las palabras, puede no servir para las cosas. El hecho de que dos frases contradictorias entre sí no puedan ser ambas ciertas no significa que los términos opuestos no existan. La palabra no es la cosa; palabra y objeto tienen cada uno su propio camino su propio modo. Es cierto que una ciudad está compuesta de piedra, barro y madera; también es cierto que una ciudad está compuesta de gente. Estas frases no se excluyen mutuamente en absoluto. Es cierto que el movimiento de un pájaro y el soplo del viento hacen caer una pluma; es cierto que, al encontrar esa pluma en mi camino, entiendo que ha caído para mí. Estas palabras se niegan en parte unas a otras. Es cierto que todo cuanto existe debe ser como es, y que nada es sino obra de la fantasía sobre el vacío; es cierto que todo existe y es cierto que nada existe. Estas palabras se contradicen unas a otras totalmente. El mundo de nuestra existencia es el tejido que las mantiene unidas al tiempo que las mantiene separadas. El mundo es el puente entre las paredes de un desfiladero, entre las orillas de un río que corre por el fondo de un precipicio, y las palabras son los pájaros que vuelan de un lado a otro sin cesar. No pueden estar en dos lugares al mismo tiempo, pero pueden salvar el abismo y regresar. La persona necesita toda su vida para cruzar el puente hasta el otro extremo. En cambio, los pájaros vuelan de un lado al otro del precipicio, trinando y hablando mientras van y vienen.

AQUÍ, A LOS GATOS NO LES IMPORTA

Algunos refranes, máximas y sentencias del valle

¿Por qué estás dejando la casa tan limpia?

Porque se avecina un terremoto.

Si sólo hubiera un ejemplar de cada cosa, sería el fin del mundo.

El juicio es la pobreza.

Cuando tengo miedo, escucho el silencio del ratón de campo.
Cuando soy valiente, escucho el silencio del gato que caza ratones.

Si no enseñas a las máquinas y a los caballos a hacer a su modo lo que tú quieres, ellos te enseñarán a hacer a tu modo lo que ellos quieran.

Acudir otra vez donde ya has estado: Incremento. Volver atrás: Peligro. Mejor cambiar de dirección.

Multitud, Diversidad, Cantidad, Exuberancia.
Rareza, Pureza, Calidad, Castidad.

Nada puede hacer mejor el agua.

Más de lo que necesita en la vida.

El valle es la Casa de la Tierra y el Camino de la Izquierda. La montaña es el eje de la heyiya-if. Para entrar en el Camino de la Derecha se ha de subir a la montaña; desde allí se pasa a la Casa del Cielo y, si se mira atrás, se ve el valle como lo contemplan los muertos.

Ser testarudo es ser negligente. Ser cuidadoso es tener muchas cosas distintas en la cabeza y observar sus relaciones y proporciones.

Conquistar es ser desconsiderado. Ser considerado es mantenerse uno mismo y sus actos en adecuada relación y proporción con todos los demás seres e intenciones.

Tomar es ser triste. Ser alegre es aceptar aquello que se ofrece y que no puede obtenerse siendo cuidadoso, ni merecerse siendo considerado.

El gran cazador: una flecha en el carcaj, un pensamiento en la cabeza.

Quizás en otro sitio los gatos sean verdes, pero aquí a los gatos no les importa.

Todas las montañas en una piedrecita.

Poseer es deber, tener es acaparar.

y *diferente* son palabras que empollan, eclosionan y crían.

Mejor y peor son palabras que sorben el contenido del huevo y sólo dejan la cáscara.

El cuidado puede cuestionarse con cuidado; la alegría, con alegría.

Lee lo que escriben los gusanos en la hoja del madroño, y camina de costado.

pandora conversa con la archivera de la biblioteca de la logia del madroño de wakwaha-na



PANDORA: ¡Qué magnífica biblioteca, sobrina!

ARCHIVERA: En la ciudad junto a las fuentes del río, es justo que la biblioteca sea hermosa.

PAND: Eso parece un escaparate de libros raros.

ARCH: Son libros antiguos, delicados. Observa ese rollo de pergamino: ¡Qué caligrafía tan vigorosa! ¡Y qué buenos materiales! Papel del lino; no ha ennegrecido lo más mínimo. Eso es papel de algodoncillo. ¡Qué buena textura!

PAND: ¿Qué edad tiene ese pergamino?

ARCH: Unos cuatrocientos cincuenta años. Quinientos, quizás.

PAND: Como una Biblia de Gutenberg para nosotros. ¿Tenéis muchos libros antiguos y rollos de pergaminos como éstos?

ARCH: Bueno, aquí hay más que en ningún otro sitio. Son objetos muy antiguos y venerables, ¿verdad? Por eso la gente trae aquí cosas que están ya muy viejas. Algunas son puro desecho.

PAND: ¿Cómo decides qué debe guardarse y qué debe tirarse? En realidad, la biblioteca no es muy extensa si se tiene en cuenta lo mucho que se escribe aquí, en el valle...

ARCH: Ah, la producción de libros no tiene fin.

PAND: Y la gente entrega escritos a sus heyimas como ofrenda...

ARCH: Todos los regalos son sagrados.

PAND: En tal caso, las bibliotecas terminarían siendo enormes si no os deshicierais de la mayor parte de los libros y objetos. ¿Pero cómo decides qué se guarda y qué se destruye?

ARCH: Es difícil. Resulta arbitrario, injusto y emocionante. Cada pocos años vaciamos las bibliotecas de los heyimas. Aquí, en el Madroño de Wakwaha, la Logia celebra ceremonias de destrucción cada año, entre las Danzas de la Hierba y del Sol. Son ritos secretos. Un ataque agudo de limpieza doméstica: el instinto nidificador y el impulso acaparador vueltos del revés, invertidos. Una desacumulación.

PAND: ¿Destruís libros valiosos?

ARCH: Sí, claro. ¿Quién desea acabar enterrada bajo ellos?

PAND: Pero se podrían almacenar los documentos importantes y las obras literarias

valiosas en soportes electrónicos, en la Central, donde no ocuparían lugar y...

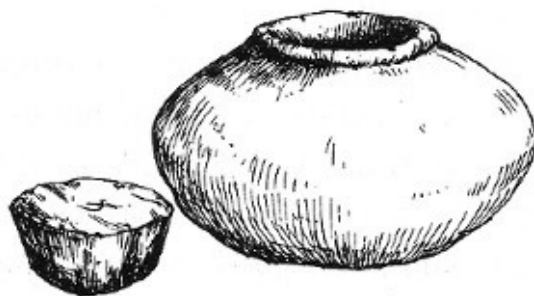
ARCH: La ciudad de la Mente se ocupa de ello. Quiero un ejemplar de cada cosa y nosotros le entregamos algunas. ¿Qué es «lugar»? ¿Es sólo una noción de espacio?

PAND: Pero los elementos intangibles, la información...

ARCH: Tangibles o intangibles, las cosas se conservan o se entregan. Nosotros consideramos más seguro lo segundo.

PAND: ¡Pero ése es el objetivo del almacenamiento de información y de los sistemas de recuperación de ésta! El material se guarda a disposición de quien lo desee o lo necesite. La información se transmite: éste es el hecho fundamental de la cultura humana.

ARCH: «Lo que se guarda, crece; lo que se entrega, fluye». Entregar implica mucha discriminación y selección; es un asunto que quizá requiera una inteligencia más disciplinada que para guardar. Aquí viene gente disciplinada, miembros de la Logia del Roble, historiadores, gente culta, escribas, recitadores y escritores; siempre están por aquí, como esos cuatro, ¿los ves? Siempre examinando libros concienzudamente, copiando lo que les interesa, tomando notas. Los libros que nadie lee son apartados; los que la gente lee, no tardan en seguir el mismo camino. Pero todos terminan igual. Los libros son mortales. Todos mueren. Un libro es un acto; tiene lugar en el tiempo, no sólo en el espacio. No es información, sino relación.



PAND: Éste es el tipo de conversación que siempre se considera utópica. Yo te planteo un asunto y tú me ofreces una respuesta interesante, elocuente y casi totalmente convincente. ¡Seguro que podríamos hacerlo mejor!

ARCH: No sé qué decirte, tía. ¿Y si las preguntas las hiciera yo? ¿Y si te preguntara si has observado mi peculiar utilización de la palabra «seguro», o si has pensado en el peligro de almacenar información como hacéis en vuestra sociedad?

PAND: Bueno, yo...

ARCH: ¿Quién controla el almacenamiento y la recuperación? ¿Hasta qué punto está ese material a disposición de quien lo desee o necesite, y hasta qué punto está a disposición sólo de quien tenga la información de que está ahí contenida, la instrucción necesaria para acceder a ella y la capacidad para conseguir tal

instrucción? ¿Cuántos miembros de tu sociedad saben leer? ¿Cuántos conocen el manejo de un ordenador? ¿Cuántos están en condiciones de hacer uso de las bibliotecas y los sistemas de almacenamiento electrónico de informaciones? ¿Cuánta información está realmente al alcance de la gente normal, de las personas no relacionadas con el gobierno o los militares, de las personas no especialistas, de los que no son ricos? ¿Qué significa «materia reservada»? ¿Qué material va a parar a las trituradoras? ¿Qué puede comprar el dinero? En un Estado, incluso en un régimen democrático donde el poder está jerarquizado, ¿cómo puede evitarse que el almacenamiento de información se convierta en otra fuente de poder para los poderosos, en otro pistón en la gran maquinaria?

PAND: Sobrina, eres una condenada luddita.

ARCH: Nada de eso. Me gustan las máquinas. Considero a mi lavadora una amiga íntima. Y esa impresora de ahí es algo más que una amiga. Escucha, cuando murió Minas el año pasado, imprimí treinta ejemplares de ese poema suyo para que la gente se los llevara a casa y para entregarlos como ofrenda a los heyimas. Mira, aquí está el último ejemplar.

PAND: Es un buen trabajo, pero me has engañado. Esas preguntas tuyas no son sino retóricas.

ARCH: Bueno, verás. La gente que vive en una cultura donde existe una literatura oral además de la escrita, suele tener mucha práctica en recursos retóricos. Sin embargo, mis preguntas van más allá del simple ardid. ¿Cómo se puede guardar la información y al mismo tiempo impedir que termine siendo propiedad de los poderosos?

PAND: Eliminando todo tipo de censura. Potenciando las bibliotecas públicas gratuitas. Enseñando a la gente a leer y a usar los ordenadores, a acudir a las fuentes. Con una prensa, radio y televisión que no dependan del gobierno o de los anunciantes. No sé. Sigue siendo una cuestión difícil.

ARCH: No pretendía ponerte triste, tía.

PAND: Nunca me han gustado los malditos utópicos. Siempre parecen mucho más lógicos, fuertes, coherentes, comprensivos, rotundos, convincentes, informados y razonables que yo, mi familia o mis amigos. La gente que conoce las respuestas resulta aburrida, sobrina. Aburrida, aburrida, aburrida.

ARCH: ¡Pero yo no tengo las respuestas ni todo esto es utópico, tía!

PAND: ¡Ya lo creo que lo es!

ARCH: No. Es sólo un sueño surgido en un mal momento, un «ahí queda eso» planteado por un ama de casa de edad madura a la gente que conduce automóviles para la nieve, que fabrica armas nucleares y que dirige campos de prisioneros, una crítica de la civilización posible únicamente entre gente civilizada, una afirmación disfrazada de rechazo, un vaso de leche para el alma

ulcerada por la lluvia ácida, un fragmento de enciclopedismo pacifista y una danza caníbal entre los salvajes del Edén impío del Occidente más remoto.

PAND: ¡No es posible que digas tales cosas!

ARCH: Claro que sí.

PAND: Es mejor que cantes el heya, como todos los salvajes.

ARCH: Sólo si tú cantas conmigo.

PAND: No sé entonar el heya.

ARCH: Yo te enseñaré, tía.

PAND: Procuraré aprender, sobrina.

PANDORA Y LA ARCHIVERA CANTAN:

Heya, heya, hey

heya, heya.

Heya, hey, heya

heya, heya.

Heya, heya, heya

heya, heya.

Heya, heya, hey

heya, heya.

(Éste es el heya cinco/cuatro, cantado cuatro veces. Puede cantarse cuatro veces, o cinco, o nueve, o las que uno prefiera, o ninguna).

Gente peligrosa



UNA NOTA SOBRE LA NOVELA

El género novelístico en el valle se aproximaba más a la narración que a la fabulación. Trataba sobre las vidas cotidianas de la gente normal en lugares reales y en una época no muy alejada de la del lector. Los elementos que podríamos catalogar como fantásticos o sobrenaturales en tales obras no eran, en absoluto, del gusto del autor o de los lectores; de hecho, una frecuente queja formulada por los no amantes del género era que las novelas resultaban demasiado realistas, sin imaginación, «siempre encerradas en las Cinco Casas».

La novela contenía generalmente algunos elementos reales, basándose en algún hecho del que había constancia que había sucedido o utilizando, por lo menos, nombres auténticos de personas que habían vivido en las últimas generaciones anteriores. Igual que casi todas las obras de ficción o dramáticas de los kesh, las novelas se desarrollaban en ciudades reales, en casas que existían o que se sabía que habían existido. La invención de una décima ciudad o de una casa inexistente hubiera sido considerada una mala utilización de la imaginación, una contradicción con la realidad más que una prolongación de ésta.

La novela larga *Gente peligrosa*, obra de río de Palabras de Telina-na, era especialmente popular, como es lógico, en la ciudad donde había sido escrita y donde estaba situada la acción; sin embargo, también era ampliamente conocida en el resto de valle gracias a una edición limitada que debió de superar el centenar de ejemplares y que era tenida en considerable estima. Se trata de una buena muestra de la novelística del valle. El capítulo segundo de la obra, que aparece traducido en las páginas que siguen, resulta un claro ejemplo del esquema empleado en este género literario: dos personas se encuentran, o «se reúnen en el eje», o «dan vueltas juntas», y la narración sigue luego a una de ellas hasta otro encuentro con una persona distinta, y así sucesivamente (repitiendo de este modo el esquema de la heyiya-if). Tal esquema no es seguido mecánicamente en una obra tan elaborada como *Gente peligrosa*, pero está siempre presente. El elemento más inusual de esta novela es el uso que hace río de Palabras de la ambigüedad, las pistas falsas, las informaciones confusas y los falsos testimonios en el planteamiento y en la continua profundización sobre la incógnita de dónde ha ido en realidad la esposa de Kamedan, con quién y por qué.

Hasta aquí he seguido como norma general de mi trabajo la traducción de los nombres propios; en mi opinión era lo más acertado, ya que los nombres del valle tenían un significado concreto que, la mayoría de las veces, resultaba muy evocador

para quien lo escuchaba. Sin embargo, tales traducciones pueden producir una falsa sensación de familiaridad o, por el contrario, pueden causar una innecesaria sensación de excentricidad. Por ejemplo, el nombre Kamedan significa ‘entrar entre las eneas’ o ‘el que se adentra en el cañaveral’, lo cual resulta demasiado largo y excesivamente exótico para nuestro idioma; en cualquier otra parte del libro, mi decisión habría sido acortarlo y llamarle «Enea» o «Carrizo». En cambio, en este caso, he dejado los nombres de los personajes en su forma original para provocar en el lector una sensación diferente, quizás, de las personas que los utilizaban. La palabra kesh correspondiente a río de Palabras era Arravna.



Gente peligrosa

CAPÍTULO SEGUNDO

La estación seca había traído ya el calor y las madias estaban floridas, a un mes escaso de la maduración. Una noche, cuando la luna ya casi estaba llena, el chiquillo de la familia de Shamsha empezó a gritar en plena madrugada.

—¡Apaga esa luz, madre! ¡Apágala, por favor!

Kamedan cruzó a gatas la estancia y apretó al pequeño contra su pecho diciendo:

—Tu madre volverá pronto a casa, Flor de Baobab. Ahora duérmete, por favor.

Kamedan le cantó una nana, pero el chiquillo no pudo conciliar el sueño; se quedó contemplando la luna por la ventana y luego se cubrió el rostro con las manos, sollozando. Kamedan le tomó en brazos y notó que al pequeño le subía la fiebre. Cuando llegó la mañana, Flor de Baobab estaba débil y seguía con fiebre.

Kamedan dijo entonces a Shamsha:

—Creo que debería llevarle a la Logia de los Doctores.

—No es necesario —respondió ella—. No te inquietes; a mi nieto se le pasará la fiebre durmiendo.

Kamedan, que nunca podía discutir con Shamsha, dejó al niño durmiendo y se dirigió a los cobertizos de los telares. Esa mañana tenían que preparar las máquinas de tres metros para tejer lona, y Kamedan se volcó en el trabajo, sin pensar en el niño durante un tiempo; sin embargo, tan pronto como estuvo ultimada la urdidura, emprendió el regreso a la Casa de las Escorias Volcánicas con pasos apresurados.



Flor de baobab pegajosa

Cerca del eje de la ciudad, vio a Modona que se dirigía hacia la reserva de caza con su arco para ciervos.

—Saludos, hombre de la Logia de los Cazadores —dijo.

—Saludos, Molinero —respondió Modona, y continuó su camino cuando

Kamedan añadió:

—Escucha, parece que Whette, mi esposa, está en algún lugar de las colinas en los terrenos de caza. Yo sigo pensando que quizás anda perdida. Ten cuidado cuando vayas a disparar, por favor —Kamedan sabía que Modona tenía fama de poder acertar incluso a una hoya que cayera de un árbol, y continuó diciendo—: Quizá puedas llamarla a gritos en los lugares donde no sigas el rastro de los venados. Sigo creyendo que quizás está herida y no puede regresar por sus propios medios.

—He oído comentar —respondió el cazador— que una persona que ha estado en Ounmalin ha dicho que habían visto a Whette por allí. Pero esos rumores sin duda están equivocados.

—Yo tampoco creo que puedan ser ciertos —asintió Kamedan—. Quizá vieron a una mujer que se parecía a ella.

—¿Hay alguna mujer que se parezca a Whette? —preguntó Modona, el cazador. Kamedan no supo qué responder.

—Tengo que volver a casa. El niño está enfermo —dijo al fin, y continuó su camino. Modona reemprendió también el suyo, con una sonrisa.

Cuando Kamedan llegó junto a Flor de Baobab, éste yacía en cama, febril y abatido. Shamsa dijo al padre que no debía preocuparse, y lo mismo hicieron los demás miembros de la familia, pero Kamedan decidió quedarse en las inmediaciones de la casa. Al caer la noche bajó la fiebre y el chiquillo empezó a hablar y a sonreír, comió un poco y luego cayó en el sueño. Durante la noche, cuando a la luna le faltaba una jornada para mostrar todo su disco resplandeciente por la ventana del noroeste, el pequeño se puso a gritar:

—¡Oh, madre, ven! ¡Vuelve!

Kamedan, que dormía junto a él, se despertó y extendió sus manos hacia el pequeño. Notó que estaba ardiendo como una brasa. Empapó unos paños en agua y envolvió con ellos la cabeza, el pecho y las muñecas del niño, y le dio a beber unos sorbos de agua fría a los que se había añadido un poco de extracto de corteza de sauce. La fiebre descendió con ello hasta permitir al pequeño conciliar el sueño. Por la mañana dormía profundamente, y Shamsa comentó:

—Anoche se produjo la crisis febril. Ahora sólo precisa descanso. Ve a tus ocupaciones, pues aquí no te necesitamos.

Kamedan volvió a los telares, pero su mente no logró concentrarse en el trabajo.

Sahelm era aquel día su ayudante. Habitualmente Sahelm observaba y seguía a Kamedan con atención, aprendiendo su arte, pero esta vez apreció que su maestro cometía errores y en cierto momento tuvo incluso que comentarle, «creo que eso no está del todo bien», para evitar que Kamedan atascara el telar con una bobina mal ovillada. Kamedan pulsó el interruptor para detener la máquina y luego se sentó en el suelo con la cabeza entre las manos.

Sahelm se sentó también no muy lejos de él, con las piernas cruzadas.

El sol estaba en el mediodía y la luna aparecía frente a él, directamente enfrente,

descendiendo.

El aire del cobertizo de los telares era cálido y permanecía inmóvil. El polvo de tela que siempre llenaba el recinto mientras los telares estaban en funcionamiento flotaba en el aire sin agitarse.

—Hace cinco días —confesó Kamedan—, mi esposa Whette abandonó el heyimas de la Obsidiana. Allí me han comentado que Whette habló de ir a pasear por la montaña del Manantial. En la Logia de la Sangre, las mujeres dicen que iba al encuentro de unas bailarinas en esa montaña, pero que no se reunió con ellas. Su madre afirma que partió hacia Kastoha-na para alojarse en casa de la esposa de su hermano durante unos días. Su hermana dice que probablemente tomó valle abajo, como solía hacer antes de casarse, caminando sola hasta la costa del océano para luego regresar. Modona me ha dicho que alguien la ha visto en Ounmalin.

Sahelm le escuchó en silencio y Kamedan añadió:

—El niño se despierta con fiebre a la luz de la luna y la llama a voces. La abuela insiste en que no es nada. No sé qué hacer. No sé dónde buscar a Whette y tampoco quiero dejar solo al pequeño. Es preciso que haga algo y me siento impotente para actuar. Gracias por escucharme, Sahelm.

Se incorporó y conectó de nuevo el telar. Sahelm se puso en pie y prosiguieron el trabajo. El hilo se rompía una y otra vez, y la bobina se enredaba continuamente.

—Hoy no es un buen día para los tejedores —murmuró Sahelm.

Kamedan siguió trabajando hasta que el telar se atascó y tuvieron que detenerlo. Entonces dijo:

—Déjame solucionar este enredo. Quizá por lo menos pueda conseguir eso.

—Yo me encargaré de ello —respondió Sahelm—. Seguro que el niño se alegrará de verte.

Kamedan no quiso marcharse y Sahelm consideró preferible dejarle solo. Salió del cobertizo de los telares y se dirigió a los huertos del Arroyo de la Luna. Había visto allí a Duhe por la mañana y todavía la encontró en el lugar. Estaba sentada bajo el roble Nehaga, comiendo una lechuga fresca. Sahelm llegó bajo la sombra del roble y dijo:

—Me alegro de verte, Doctora.

—Y yo a ti, hombre de la Cuarta Casa. Ven, siéntate.

Sahelm tomó asiento cerca de ella. Duhe exprimió un limón sobre las hojas de lechuga y las ofreció al recién llegado. Dieron buena cuenta de ellas y Duhe cortó en cuartos el delicioso limón, cuya pulpa también comieron. Luego bajaron al arroyo de la Luna a lavarse las manos y volvieron a la sombra del Negaha. Duhe había estado regando, escardando, podando y recolectando las hortalizas, y el aire era fragante donde ella estaba, y donde tenía a la sombra las cestas que había llenado con los esquejes, cubiertas con una malla, y donde guardaba el romero y la hierba gatera y la melisa y la salvia sobre un paño de lino, para que se secaran al sol. Los gatos merodeaban sin cesar por las proximidades tratando de alcanzar su hierba favorita,

cuyo aroma esparcía el sol. Duhe dio una brizna a cada gato una sola vez y, si el gato volvía a acercarse, le lanzaba piedras para ahuyentarlo. Una vieja gata gris se empeñaba repetidamente en intentarlo; era tan gruesa que los guijarros no le hacían daño y tan codiciosa que nada la asustaba.

—¿Dónde has estado hoy antes de llegar aquí? —preguntó Duhe.

—En los cobertizos de los telares grandes, con Kamedan de la Casa de las Escorias Volcánicas —respondió Sahelm.

—¡Ah!, el esposo de Whette —dijo Duhe—. ¿Ha regresado ya su mujer?

—¿De dónde debería regresar?

—Se decía que había ido a las fuentes del río.

—Me pregunto si realmente le dijo a alguien que se dirigía allí.

—Nadie confirmó tal cosa.

—¿Alguien la vio tomar ese camino?

—Nadie lo confirmó tampoco —reconoció Duhe, y se echó a reír.

—Así están las cosas —comentó Sahelm—. Parece que Whette tomó cinco direcciones distintas al mismo tiempo. La gente le ha contado a Kamedan que se dirigió sola a la montaña del Manantial, a bailar a esa montaña, a Kastoha, a Ounmalin y al océano. Kamedan sigue tratando de averiguar hacia dónde fue. Parece que antes de desaparecer la mujer no le comentó que fuera a marcharse a ninguna parte.

Duhe lanzó una agalla de roble a la gata gruesa, que acechaba la hierba gatera desde el sureste. La gata se alejó a medio tiro de piedra, se sentó dándole la espalda y empezó a lamerse las patas traseras. Duhe contempló al animal y dijo:

—Eso que cuentas parece extraño. Quizás alguien está mintiendo.

—No lo sé. Kamedan dice también que el pequeño se despierta por la noche y llora, y que según la abuela no le sucede nada.

—Bueno, es muy probable que la abuela tenga razón —murmuró Duhe, cuya atención se centraba en la hierba y la gata, en la cálida luz del sol y la sombra del árbol, en Sahelm y en ella.

Duhe llevaba por entonces cuarenta años viviendo en la Tercera Casa. Era una mujer de pequeña estatura y grandes pechos, caderas generosas, brazos y piernas suaves y carnosos, gestos lentos y tranquilos, carácter reservado y mente inteligente y disciplinada. El nombre de Logia que se había dado a sí misma era Sonámbula. Era madre de una niña, ahora ya adolescente, pero no había llegado a casarse con el padre, un hombre de la Obsidiana, ni con ningún otro. La muchacha y ella vivían con su hermana en la Casa de Después del Terremoto, pero casi siempre podía encontrarse a Duhe en los espacios abiertos alrededor de la ciudad, o en la Logia de los Doctores.

—Tú tienes un don, Sahelm —afirmó.

—Lo que tengo es una carga —respondió él.

—Dedica ese don a los Doctores, no a los Molineros —dijo ella.

Sahelm señaló a la gata que se aproximaba de nuevo a la hierba, avanzando lentamente desde el suroeste. Duhe lanzó un pedazo de corteza hacia el animal, pero la gata intentó un asalto a su objetivo pese a ello. Duhe se puso en pie y la persiguió arroyo abajo; volvió acalorada y se sentó de nuevo junto a Sahelm bajo la sombra.

—¿Cómo puede una persona seguir cinco caminos a la vez? —preguntó él.

—Esa persona puede haber tomado un camino y otras cuatro pueden estar mintiendo.

—¿Por qué iban a hacer algo así?

—Quizás por malicia.

—¿Ha hecho algo Kamedan para atraer sobre sí la mala voluntad de la gente?

—Nada, que yo sepa. Pero Modona es una de las personas que ha indicado dónde puede estar Whette, ¿verdad?

—Creo que Kamedan le mencionó.

—Y además de la mala voluntad está la pereza: es más fácil explicar que especular. Y además de la mala voluntad y la pereza está la vanidad. La gente no soporta reconocer que nadie sabe dónde ha ido Whette, de modo que hace afirmaciones rotundas: ha ido a la montaña del Manantial, ha ido a Wakwaha, ¡ha ido a la Luna! ¡Ah!, no sé dónde pueda haber ido, pero conozco algunas de las razones que pueden impulsar a la gente a asegurar que sabe lo que en realidad ignora.

—¿Por qué no lo dijo ella misma antes de marcharse?

—Tampoco lo sé. ¿Tú conoces bien a Whette?

—No. Sólo trabajo con Kamedan.

—Esa mujer es tan hermosa como él. Cuando se casaron, la gente les llamó Awar y Bulekwe. Cuando bailaron en la Noche de Bodas, eran como los que danzan en el arco iris. Todos los contemplaban con admiración.

Duhe señaló a la vieja gata gorda que se arrastraba de nuevo entre las avenas locas junto al cauce del río, avanzando hacia la hierba gatera. Sahelm le arrojó otra agalla de roble que cayó rodando entre las patas delanteras y traseras de la gata, ésta dio un brinco y huyó apresuradamente cauce abajo. Sahelm se echó a reír y Duhe le imitó. En lo alto del roble Nehaga se escuchó el chillido de un arrendajo, al que respondió una ardilla. Las abejas de las matas de espliego zumbaban como en un permanente hervor.

—Ojalá no hubieras dicho que Whette se ha ido a la Luna —murmuró Sahelm.

—Lamento haberlo hecho —respondió Duhe—. Era un comentario estúpido, sin sentido. Una palabra burbuja.

—El niño también es de la Obsidiana —añadió él.

Como no sabía que el hijo de Whette estaba enfermo, Duhe no comprendió por qué Sahelm decía aquello. Estaba cansada de hablar de Whette y le había entrado sueño después de comer la lechuga en aquella tarde calurosa.

—Por favor, ocúpate un rato de que no se acerquen los gatos si no tienes otra cosa que hacer. Yo echaré una cabezada.

No llegó a dormirse del todo, sino que contempló a ratos a Sahelm con los ojos entrecerrados bajo el cabello que le caía sobre el rostro. Sahelm permaneció sentado, inmóvil, con las piernas cruzadas, las muñecas sobre las rodillas y la espalda recta como un abeto. Aunque era mucho más joven que Duhe, no tenía un aspecto juvenil, allí sentado. Cuando hablaba parecía un muchacho, y cuando permanecía callado, un anciano, una piedra vieja.

Cuando despertó de la siesta, Duhe se sentó, descansada, y comentó:

—Te sientas muy bien.

—Fui bien entrenado para sentarme, observar y escuchar —respondió Sahelm—. El maestro de mis años mozos en el heyimas del Adobe Amarillo de Kastoha me dijo que permaneciera sentado e inmóvil el tiempo suficiente para ver y oír todas las imágenes y todos los sonidos en las seis direcciones, y convertirme así en la séptima.

—¿Y qué veías? —preguntó ella—. ¿Qué escuchabas?

—¿Ahora mismo? ¿Aquí? Todo y nada. Mi mente no se detenía un instante. No podía hacerlo. Iba corriendo de aquí para allá continuamente como esa ardilla entre las ramas.

Duhe sonrió. Recogió una pluma de pato de entre las hierbas, un plumón, más ligero que el aliento, y dijo:

—Tu mente es la ardilla; Whette, la bellota perdida.

—Tienes razón, estaba pensando en ella —reconoció Sahelm.

Duhe hizo volar el plumón con un leve soplo y lo observó flotar suavemente hasta tocar de nuevo las hierbas.

—El aire empieza a ser fresco —murmuró. Se puso en pie y fue a ocuparse de las hierbas puestas a secar, amontonándolas en bandejas dentro de una cesta o atándolas en haces para colgar. Sahelm le ayudó a transportarlas hasta el almacén que utilizaba la Logia de los Doctores, situado al suroeste del espacio común del noroeste. Era un edificio que sobresalía a medias del suelo, con paredes de piedra y techo de cedro. Toda la sala trasera del edificio estaba abarrotada de hierbas secas o en proceso de secado. Duhe inició un cántico al entrar en esa estancia. Mientras colocaba y colgaba las hierbas, continuó susurrando la canción.

Desde la puerta, Sahelm dijo:

—Aquí los aromas son fuertes. Demasiado.

—Antes de que la mente viera —replicó Duhe—, olió, saboreó y palpó. Incluso oír es una manera muy delicada de palpar. En esta Logia, a menudo la persona debe cerrar los ojos para aprender.

—La vista es el don del Sol —dijo el joven.

—Y de la Luna también —añadió la doctora.

Duhe le tendió una ramita de fragante romero para que se la pusiera en el cabello. Y mientras se la daba, dijo:

—Creo que lo que temes es lo que necesitas. ¡Lamento verte formar parte de los molineros, hombre de Kastoha!

Sahelm tomó la ramita de romero y aspiró su aroma sin decir nada.

Duhe salió del almacén y se encaminó a la Casa de Después del Terremoto.

Sahelm se dirigió a la Casa Entre los Huertos, la última casa del brazo medio de la ciudad, donde residía desde que Kailikusha le había obligado a irse de sus estancias. Una familia del Adobe Amarillo de la Casa Entre los Huertos, que disponía de una habitación libre con balcón, se la había cedido a Sahelm para que la utilizara. Esa noche él preparó la cena para la familia, y cuando hubieron recogido la mesa, dejó la casa y se encaminó hacia el interior de la ciudad y la cruzó hacia la Casa de las Escorias Volcánicas. El sol se había puesto a su espalda y la luna llena se elevaba ante sus ojos, sobre la sierra del noreste. Se detuvo entre los huertos y contempló la luna entre dos casas. Permaneció inmóvil con los ojos fijos en la luna que ascendía y cobraba su color blanco, refulgente, en el cielo azul oscuro.

Por el brazo sureste apareció en el lugar un grupo de forasteros, tres asnos, tres mujeres y cuatro hombres. Todos llevaban mochilas a la espalda y sombreros sobre las orejas. Mientras avanzaban, uno de los hombres tocaba un timbal de mano de cuatro notas colgado de una cinta en torno al cuello. Una persona les saludó desde un balcón de un piso elevado, diciendo:

—¡Eh, gente del valle, bienvenidos seáis!

Más gente apareció en porches y balcones para ver pasar al numeroso grupo. Los forasteros se detuvieron y el hombre del timbal lo hizo sonar con las uñas produciendo un sonido seco y claro, una tonada de lluvia, al tiempo que exclamaba con voz potente:

—¡Eh, gentes de esta ciudad de Telina-na, qué hermosos y afortunados sois aquí! ¡Hemos venido entre vosotros así, a cuatro patas y a dos, veintiséis pies en total, arrastrando nuestros talones con gran fatiga, bailando sobre las puntas de los pies de alegría, hablando y rebuznando y cantando y tocando la flauta y el tambor y pisando con fuerza en nuestro avance, hasta llegar al lugar adecuado y en el momento adecuado, y aquí y ahora nos detendremos, nos instalaremos, nos pintaremos, nos vestiremos y cambiaremos el mundo para vosotros!



—¿Qué nos ofreceréis? —preguntó una voz desde un balcón.

—¡Lo que vosotros queráis! —respondió el tamborilero.

Los espectadores empezaron a citar las obras que deseaban escuchar mientras el tamborilero respondía a cada título:

—Sí, tocaremos ésta; sí, sí, tocaremos esa otra.

Prometió tocarlas todas al día siguiente, en el espacio común del medio. Una mujer gritó desde una ventana:

—¡Éste es el lugar adecuado, artistas! ¡Éste es el momento adecuado!

El tamborilero soltó una carcajada e hizo un gesto a una de las mujeres, que se adelantó al grupo y se detuvo en el claro de luna, donde la pálida luz surcaba el aire e iluminaba el suelo y los huertos entre las casas. El tamborilero marcó cinco y cinco y todos los forasteros entonaron el Tono de Continuidad, y la mujer alzó los brazos hacia el cielo. Bailó entonces una escena de la obra *Tobbe*, danzando al fantasma de la esposa perdida. Mientras bailaba, lanzó un grito una y otra vez con voz aguda y lánguida. Luego se sumergió en una zona de oscuridad, bajo la sombra de una casa, y pareció esfumarse. El hombre del tambor cambió el ritmo y así, entre cantos y músicas, los artistas continuaron avanzando hacia el espacio común, pero sólo nueve de ellos lo hicieron.

La mujer que había bailado se alejó hasta llegar junto a la Casa de las Escorias Volcánicas, entre las grandes adelfas de flores blancas. Allí, bajo la blanca luz, un hombre permanecía inmóvil con los ojos fijos en la luna. Así le había visto ella, de espaldas a los artistas mientras tocaban y cantaban, y mientras ella bailaba la danza del fantasma.

La mujer observó largo rato desde la sombra de las adelfas al hombre que contemplaba la luna. Luego continuó avanzando, siempre al abrigo de las sombras, hasta las lindes del viñedo Chpetash y allí se sentó en un lugar entre la luz de la luna y las sombras, junto al tronco de una parra de largos brazos. Contempló desde aquel lugar al hombre inmóvil. Cuando la luna brillaba más alta en el firmamento, continuó por el borde del viñedo hasta el rincón del huerto de albaricoques tras la Casa de la Morada Generosa, donde permaneció un rato a la sombra de los porches de la casa, observando todavía al hombre. Éste no se había movido aún cuando ella continuó su avance, siempre bajo las sombras, hacia los soportales del espacio común donde había acampado el resto de la *troupe*.

Sahelm permaneció inmóvil, con la cabeza vuelta hacia lo alto y los ojos fijos en la luna. El parpadeo de sus ojos era para él un lento batir de tambores. No era consciente de otra cosa que de la luz de la luna y el latido de las sombras.

Ya tarde, cuando las luces de todas las casas se hubieron apagado y la luna estaba sobre la sierra del suroeste, Kamedan salió a buscarle voceando su nombre.

—¡Sahelm! ¡Sahelm! ¡Sahelm!

La cuarta vez que dijo su nombre, «¡Sahelm!», el visionario se movió, gimió, se tambaleó y cayó sobre sus manos y sus rodillas. Kamedan le ayudó a incorporarse, al tiempo que le decía:

—Ve a la Logia de los Doctores, Sahelm; hazlo por mí, te lo ruego.

—La he visto —dijo Sahelm.

—Por favor, corre adonde los Doctores por mí. Tengo miedo de mover al niño y no quiero dejarlo solo. ¡Los demás están locos y no harían nada!

Sahelm miró a Kamedan y continuó:

—He visto a Whette. He visto a tu esposa. Estuvo cerca de tu casa, junto a las

ventanas del noreste.

—El niño se está muriendo —le interrumpió Kamedan, al tiempo que soltaba a Sahelm; éste no pudo sostenerse en pie y cayó nuevamente de rodillas. Kamedan dio media vuelta y corrió a la Casa de las Escorias Volcánicas.

Corrió a toda prisa a las estancias de su familia, envolvió a Flor de Baobab con las ropas de cama y lo llevó hasta la puerta exterior. Shamsha fue tras él, con una manta sobre los hombros y sus cabellos canos sobre los ojos, diciendo:

—¿Estás loco? El niño está perfectamente. ¿Qué estás haciendo? ¿Adonde le llevas?

La anciana llamó a Fefinum y Tai.

—¡El marido de vuestra hermana está loco! —gritaba—. ¡Detenedlo!

Pero Kamedan ya había salido de la casa y corría hacia la Logia de los Doctores.

En el edificio de la Logia estaba sola Duhe, que no podía dormir bajo la luna llena y estaba leyendo a la luz de una lámpara.

Kamedan habló desde el umbral y entró con el niño en brazos.

—Creo que este hijo de la Primera Casa está muy enfermo.

Duhe se incorporó y pronunció lentamente las palabras que dicen los doctores:

—Bien, bien, bien, bien, vamos a ver qué es eso. —Mostró una cainita de mimbre a Kamedan para que dejara en él al pequeño y continuó—: ¿Es un sofoco? ¿Un ardor? ¿Una fiebre, quizás? —y mientras Kamedan respondía observó a Flor de Baobab, que estaba medio despierto, perplejo y lloriqueando. Kamedan contestó apresuradamente.

—Anoche, y la noche anterior, tuvo una fiebre alta. De día la fiebre remite, pero cuando se alza la luna no hace sino llamar a su madre. En mi familia no le dan importancia y dicen que no le sucede nada.

—Ven aquí, a la luz —dijo Duhe intentando que Kamedan dejara al pequeño, pero él no quiso separarse de su lado. Duhe añadió—: Por favor, habla en voz baja, si puedes. Ese pequeño está medio dormido y un poco asustado. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo en la Casa de la Luna?

—Tres inviernos —respondió Kamedan—. Se llama Torip, pero tiene un apodo, su madre le llama Flor de Baobab.

—Bien, bien, bien, bien —murmuró Duhe—. Sí, una personita de piel dorada y boquita preciosa; puedo ver la Flor del Baobab. En esa florecilla no hay por el momento calentura. Tiene malos sueños y por la noche llora y se despierta, ¿no es así?

Hablaba lenta y suavemente, y Kamedan hizo lo mismo al responder:

—Sí, llora y arde entre mis brazos.

—Ya ves —dijo entonces la doctora—; este lugar es tranquilo y la luz es tranquila, y cualquiera puede dormirse fácilmente... Déjale dormir y ven por aquí.

Esta vez, Kamedan la siguió. Cuando estuvieron en el otro extremo de la sala, cerca de la lámpara, Duhe le rogó:

—Y ahora, cuéntame otra vez cuál es el problema. No lo he entendido bien.

Kamedan, de pie frente a ella, se puso a llorar y dijo:

—Su madre no viene. Él la llama y ella no le escucha, no acude. Se ha ido.

La atención de Duhe había estado centrada en el libro que leía y luego se había volcado en el niño, de modo que únicamente cuando Kamedan rompió a llorar y empezó a explicar lo sucedido, la doctora recordó por fin las cosas que Sahelm había comentado por la tarde bajo el roble Nehaga.

Kamedan continuó su explicación, en voz más fuerte:

—La abuela dice que no le sucede nada, que no tiene nada malo; ¡la madre desaparece y el niño enferma y no sucede nada!

—Baja la voz —dijo Duhe—. Déjale dormir, por favor, y escucha. No conviene llevar al niño de aquí para allá. Deja que pase la noche aquí; tú puedes hacerle compañía, por supuesto. Si necesita alguna medicina aquí la tenemos. Si resulta más indicada una presentación, la celebraremos; quizá para ambos. Haremos lo que parezca más adecuado, y lo haremos a la luz del día, después de hablar, pensar y observar. A mi entender, lo mejor ahora es dormir. Y como yo no puedo conciliar el sueño mientras la luna llena luce en el cielo, me sentaré en el porche junto a esa puerta de ahí; estaré en vela, atenta y a la escucha, por si el niño llora en sueños o se despierta. —Mientras hablaba, Duhe extendió un colchón en el suelo junto a la canuta del niño. Luego añadió—. Ahora, hermano mío de la Serpentina, haz el favor de acostarte. Estás tan cansado como el pequeño. Si deseas seguir hablando, yo estaré sentada aquí, junto al umbral; puedes acostarte y charlar. Yo hablaré desde aquí. La noche está refrescando por fin y eso facilita el sueño. ¿Estás cómodo?

Kamedan le dio las gracias y permaneció en silencio durante un rato. Duhe entonó en voz baja una palabra matriz, haciendo un intervalo y dejando un hueco para el silencio de él. Su control vocal era excelente, cantó cada vez más suavemente hasta que la canción se convirtió en un susurro inaudible, y luego en un silencio. Poco después, se arrellanó en su silla junto a la puerta para que Kamedan supiera que había terminado la canción, por si le apetecía hablar.

—No entiendo a la gente de esa casa, la de la madre del niño —dijo Kamedan.

Duhe habló lo justo para que él supiera que lo escuchaba. Kamedan continuó:

—Cuando un molinero se casa con una mujer de una familia cuya obra está toda en las Cinco Casas, las cosas pueden ser difíciles si son gente conservadora, respetable y supersticiosa, ¿comprendes? Difíciles para todos. Yo lo entendía, y entendí sus sentimientos. Por eso me incorporé al Arte de la Pañería y aprendí a tejer cuando me casé. Mi don es mecánico, así son las cosas. Uno no puede negar sus dotes, ¿verdad? Lo único que puede hacer es aceptarlas y usarlas, encajarlas en la vida propia con los demás, con quienes conviven con uno, con tu gente. Cuando vi que la gente de Telina acudía a Kastoha a por lonas porque nadie utilizaba aquí el telar para elaborarlas ni se ocupaba de tejer paño fino de lana, me dije: ése es el lugar adecuado para mí, ése es un trabajo que los demás comprenderán y aprobarán, y en él

podré utilizar mis dotes y mi preparación como molinero. Hace ya cuatro años que soy miembro del Arte de la Pañería. ¿Quién más hace en Telina lencería, lonas o tejidos en telar ancho? Desde que Houne dejó los telares, yo me encargo de todo el trabajo. Ahora, Sahelm y Asole-Verou aprenden el Arte a mi lado con buen provecho. Yo soy su maestro. Pero nada de todo esto merece la consideración de la familia de mi esposa. Mi trabajo no tiene ningún valor para ellos, pues es un trabajo de molinero. No soy una persona respetable y no confían en mí. Hubieran preferido que Whette se hubiera casado con otro. El niño es sólo el hijo de un molinero. Y en cualquier caso, es sólo un chiquillo. No se ocupan de él. Cinco días lleva ausente mi esposa, cinco días sin saber nada de ella y siguen insistiendo en que no hay que preocuparse, y me dicen que no me inquiete. «¿De qué te preocupas?», me dicen: «Whette siempre ha tenido por costumbre ausentarse unos días y viajar sola hasta la costa del océano». Me toman por un estúpido, por el estúpido que desearían que fuese. Sale la luna y el pequeño llora pidiendo que vuelva su madre... ¡y ellos insisten en que no sucede nada! «¡Sigue durmiendo, estúpido!», me dicen.

La voz de Kamedan había subido de tono y el niño se agitó ligeramente en la camita. El hombre guardó silencio. Poco después, Duhe le dijo en voz más baja:

—Por favor, cuéntame cómo se marchó Whette.

—Llegué a la casa después de trabajar en el generador de los Campos Orientales. Me habían citado allí para una consulta; ya sabes que es preciso realizar algunos trabajos en ese lugar y la gente del Arte de los Molineros tenía que discutir el asunto y tomar decisiones al respecto. El asunto me ocupó todo el día. Cuando llegué a casa, Tai estaba preparando la cena. Nadie había vuelto todavía y le pregunté dónde estaban Whette y Flor de Baobab. Mi cuñado respondió que el pequeño estaba con su esposa y su hijo, y que Whette había acudido a la montaña del Manantial. Fefinum y los dos pequeños no tardaron en regresar de los huertos, y la abuela llegó de no sé dónde. También se presentó el abuelo. Cenamos juntos y luego salí hacia la montaña del Manantial para recibir a Whette cuando volviera, pero no apareció. No regresó por la noche, ni lo ha hecho desde entonces.^[17]

—Dime qué piensas de todo esto Kamedan —preguntó la doctora.

—Creo que salió con alguien, no sé con quién. No creo que tuviera intención de ausentarse, de continuar con ese acompañante. No he tenido noticias de que haya faltado nadie más. No he oído que ningún hombre se haya ausentado o no haya regresado de alguna salida. Pero podría tratarse de otra cosa. Podría estar en los bosques, en la reserva de caza, entre las colinas. Quizás en algún lugar de veraneo, laderas arriba. En esta época del año hay tanta gente ahí arriba, en las montañas, que nadie puede saber con certeza dónde están los demás. Whette podría encontrarse con algún grupo en una de las casas de verano. O quizá continuó su camino más allá del lugar donde se ensayan las danzas con la intención de quedarse a solas y tuvo algún accidente. En esas cañadas es fácil que uno tropiece, caiga y se rompa un tobillo. Las laderas sur y sureste de la montaña del Manantial son escabrosas. Todos los senderos

son malos, apenas caminos de cazadores, y resulta difícil no perderse en ellos. Cuando se rodea la montaña del Manantial hasta la cara opuesta al valle, el terreno resulta muy confuso. En cierta ocasión anduve por allí y terminé en Chukulmas, y todo el día había pensado que avanzaba hacia el sureste... No podía creer que hubiera llegado a Chukulmas; al principio pensé que me había desviado a algún pueblo del valle de Osho, a una ciudad extraña, e incluso cuando vi la torre de Chukulmas sólo se me ocurrió pensar qué hacía aquello allí, sin encontrar sentido a su presencia. Había perdido completamente el sentido de la orientación. Podría ser que Whette hiciera precisamente lo opuesto, que intentara dar media vuelta para regresar, pero que en realidad continuara avanzando en una dirección equivocada y ahora se encontrase por ahí, fuera del valle, entre las gentes osho, sin saber cómo regresar. O también pudiera haberle sucedido lo que más me preocupa: que se haya hecho daño, que se haya roto un tobillo o algo así y que nadie pueda oírla y socorrerla. Y está la serpiente de cascabel... Cuando pienso en la serpiente de cascabel, el cerebro se me bloquea.

Kamedan enmudeció. Duhe permaneció callada unos instantes. Finalmente, comentó:

—Quizá debería subir un grupo a la montaña del Manantial para buscarla. Tal vez haya algún perro que conozca a Whette y pueda ayudarnos a encontrarla si está por allí.

—Su madre, su hermana y los demás insisten en que eso sería una estupidez. Dicen que mi esposa salió valle abajo hacia las Bocas del Na, o que subió a las fuentes. Fefinum está segura de que se dirigió río abajo, pues tenía costumbre de hacerlo. Probablemente esté de regreso en estos momentos. Sé que es absurdo por mi parte preocuparme así, pero el pequeño no ha dejado de despertarse y de llamarla llorando.

Duhe no respondió. Después empezó a canturrear por lo bajo una canción de buenos deseos de la Serpentina:

Donde crece la hierba, ve con bien, ve en paz.

Donde crece la hierba, ve con bien.

Kamedan conocía la canción. No la acompañó en el canto, pero escuchó con atención a Duhe. Ella entonó la canción muy reposadamente y dejó que su voz se hiciera más y más susurrante hasta que la tonada no fue sino un murmullo inaudible. Luego no volvieron a hablar y Kamedan se durmió.

Por la mañana el pequeño despertó temprano y echó un vistazo a su alrededor, algo confuso. La única figura familiar que encontró fue la de su padre, dormido junto a la camita. Flor de Baobab no había dormido nunca en una camita con patas y creyó que iba a caerse de ella, pero le gustó la sensación. Permaneció acostado un rato, sin moverse, y luego se incorporó en la camita, pasó sobre las piernas de su padre y

avanzó hasta la puerta para observar el exterior. Encontró allí a una mujer desconocida, hecha un ovillo en el porche y sumida en sueños, de modo que volvió a cruzar la sala en la dirección opuesta y penetró en la otra estancia por la puerta del fondo. Allí vio un montón de hermosas jarras de vidrio, botellas y recipientes de diversos colores y formas, numerosos cuencos y botes de cerámica y diversas máquinas con manubrios para impulsarlas. Hizo girar todos los que pudo y luego bajó de un estante una jarra de vidrio coloreado; después hizo lo mismo con otra y así continuó hasta que tuvo gran número de ellas en el suelo. Entonces se puso a ordenarlas. Algunas jarras tenían en su interior algo que producía interesantes ruidos al agitarlas. Las agitó todas. Abrió una para ver qué contenía y vio un polvo áspero, de color grisáceo, que tomó por arena. Otra jarra contenía una arenilla blanca, muy fina. En una botella de vidrio azul había un agua negra. Una jarra de cristal rojo contenía miel de color pardo; introdujo los dedos en ella y los lamió. La miel tenía un sabor amargo como las agallas de roble, pero el pequeño tenía hambre y lamió la que había quedado entre sus dedos. Se disponía a abrir otra botella cuando vio a la mujer desconocida, que le observaba desde el umbral. Interrumpió lo que estaba haciendo y permaneció sentado entre las jarras y botellas que tenía a su alrededor. El agua negra de la botella azul se había derramado y empapaba el suelo. Al advertirlo, el pequeño quiso orinar, pero no se atrevió a hacerlo.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Duhe—. ¡Flor de Baobab, has empezado a trabajar temprano esta mañana!

Duhe entró en la botica, donde Flor de Baobab seguía sentado, muy encogido.

—¿Qué es eso? —murmuró la doctora mientras cogía la jarra roja. Luego se volvió hacia el niño, le tomó la mano y la olfateó—. Flor de Baobab, por esos dedos pegajosos me parece que pronto te va a doler el vientre. Cuando seas doctor podrás utilizar todas estas cosas, pero hasta que llegue ese día es mejor que no las toques. Será mejor que salgamos.

Flor de Baobab emitió un gemido. Se había orinado en el suelo.

—¡Oh, fuente del río Amarillo! —exclamó Duhe al advertirlo—. ¡Sal de ahí ahora mismo!

El pequeño no se levantaba, de modo que lo tomó en brazos y salió con él al porche.

Kamedan se despertó y también salió. Flor de Baobab estaba allí y Duhe se ocupaba de limpiarle las nalgas y las piernas.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Kamedan.

—Siente interés por la medicina —respondió Duhe. Flor de Baobab levantó los brazos y lloriqueó mirando a Kamedan. Duhe levantó al pequeño y lo entregó a su padre para que lo sostuviera; el niño quedó entre ambos bajo los primeros rayos del sol matutino, fue el eje entre ellos. Se agarró con fuerza a su padre y apartó la mirada de Duhe, avergonzado.

—Escucha, hermano —dijo la doctora—: Esta mañana, en lugar de acudir a los

telares, quizá podrías ir a alguna parte con Flor de Baobab, a hacer algún trabajo con él. No le dejes expuesto al sol del mediodía y asegúrate de que allá a donde vayas haya agua en abundancia para beber. Así podrás juzgar por ti mismo si está bien o se pone enfermo. Creo que el niño desea estar contigo, ya que su madre no está. Sugiero que vuelvas por aquí con él cuando decline el día; así podremos hablar de si debemos realizar un cántico o una presentación, y comentar otras cosas. Hablaremos y veremos, ¿de acuerdo?

Kamedan le dio las gracias y se alejó, con el pequeño sobre sus hombros.



Cuando Duhe terminó de ordenar nuevamente la botica, fue a tomar un baño y a desayunar a su casa. Luego se dirigió hacia la Casa de las Escorias Volcánicas, cruzando los brazos del Mundo. Quería hablar con la familia de Whette.

Sahelm le salió al encuentro en los estrechos huertos.

—He visto a Whette —dijo.

—¿La has visto? ¿Dónde?

—Fuera de la casa.

—Entonces, ¿no está en ella?

—Eso no lo sé.

—¿Quién más la ha visto?

—Eso no lo sé.

—¿Has visto a Whettez, o a Whette?^[18]

—Eso no lo sé.

—¿A quién se lo has contado?

—Sólo a ti.

—Eres tonto, Sahelm —dijo la doctora—. ¿Qué has estado haciendo? ¿Mirando la luna?

—He visto a Whette —repitió Sahelm, pero la doctora estaba furiosa con él.

—¡Todo el mundo la ha visto, pero cada uno en un lugar distinto! Si está por aquí, estará en su casa, no fuera de ella. Todo esto parece una tontería. Voy a la Casa de las Escorias Volcánicas para hablar con las mujeres que viven allí. Acompáñame si quieres.

Sahelm no dijo nada y Duhe continuó su camino. Él la observó rodear los arbustos de adelfas y dirigirse a la casa. En uno de los balcones superiores de ésta, alguien se ocupaba de escurrir unas sábanas y de tenderlas al aire libre en el pasamanos. El día resultaba caluroso. Los capullos de chayote y de tomate lucían su amarillo en los estrechos huertos y las flores de berenjena mostraban su belleza. Sahelm no había comido el día anterior más que la lechuga y la pulpa de limón. Se

sentía mareado y empezó a desdoblarse y a estar en dos tiempos a la vez. En uno de los tiempos estaba a solas entre los capullos de chayote, y en el otro estaba en la ladera de una colina, hablando con una mujer que llevaba ropas blancas.

—Soy Whette —decía ella.

—No lo eres.

—¿Quién soy entonces?

—Eso no lo sé.

La mujer soltó una risa y dio una vuelta en torno a sí. A él le dio vueltas la cabeza por dentro. Cuando volvió en sí, unificado de nuevo, se encontró caído de cuatro patas en el sendero entre las tomateras. Una mujer estaba allí de pie y le decía algo.

—¡Tú eres Whette! —exclamó Sahelm.

—¿Qué te sucede? ¿Puedes ponerte en pie? Protégete del sol. ¿Has estado ayunando?

La mujer le cogió del brazo, lo ayudó a incorporarse, y lo sostuvo hasta que estuvieron a la sombra de los secaderos, al fondo de los estrechos huertos, junto a la primera hilera de tomateras. Entonces la mujer lo empujó ligeramente hasta que Sahelm se sentó en el suelo, a la sombra.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó—. He venido a buscar tomates y te he visto ahí, hablando solo, y luego te has caído al suelo. ¿Con quién hablabas?

—¿Has visto a alguien?

—No lo sé. Las hojas de las tomateras no me dejaban ver bien. Quizás había una mujer.

—¿Llevaba ropas blancas, o sin teñir?

—No lo sé. No conozco a la gente de aquí —respondió ella. Era una mujer joven, delgada y fuerte, con un cabello muy largo trenzado nueve veces, que vestía una túnica blanca con un ceñidor de lana multicolor a la cintura y que llevaba una cesta de recolectar.

—He estado ayunando y he tenido un trance. Creo que debería ir a casa y descansar un rato.

—Come algo antes de incorporarte —dijo la mujer. Se alejó unos pasos, tomó unas ciruelas de los secaderos y cortó algunos tomates de pera amarillos de una de las plantas. Se los llevó a Sahelm, los colocó en su mano y observó cómo comía. Él lo hizo muy lentamente.

—Los sabores son fuertes —comentó Sahelm.

—Estás débil —dijo ella—. Sigue, cómetelo todo. Apura el fruto de vuestros huertos que te ofrece una extraña. —Cuando Sahelm hubo terminado ella le preguntó —: ¿En qué casa vives?

—En la Casa Entre los Huertos —respondió él—. Pero tú vives en la Casa de las Escorias Volcánicas de ahí. Con Kamedan.

—Ya no —dijo ella—. Vamos, ponte en pie. Dime dónde está tu Casa Entre los Huertos y te acompañaré a ella.

La mujer fue con Sahelm hasta la casa y subió las escaleras al primer piso; entró con él en la estancia que ocupaba, desenrolló el colchón y dijo:

—Ahora, acuéstate.

Mientras Sahelm daba media vuelta para tenderse, ella le dio la espalda y salió de la casa.

Cuando se alejaba vio a un hombre que llegaba a Telina por entre las colinas de Telory, siguiendo el curso del arroyo por el lado de los terrenos de caza, cargado con un ciervo muerto. La mujer saludó a los dos hombres:

—¡Heya, invitado que vienes de la Derecha, te doy mis palabras y mi gratitud! Y tú, Cazador de Telina, bienvenido seas.

—¡Me alegro de verte, bailarina de Wakwaha! —respondió él. La mujer echó a andar junto a los hombres.

—Qué hermosa es esa persona de la Arcilla Azul que se te ha entregado. Debes de ser un poderoso cantor. Háblame de tu cacería.

Modona soltó una carcajada.

—Veo que sabes que lo mejor de la cacería es contarla. Bueno, pues subí a la montaña del Manantial en pleno día y pasé la noche en un campamento que conozco ahí arriba, un lugar muy escondido. Al día siguiente observé a los ciervos. Vi qué hembra iba con dos cervatos, cuál con uno y cuál con un cervato y un primal. Observé dónde se encontraban y se reunían, y qué machos estaban solos. Escogí para cantar a este macho de astas no ramificadas y empecé a cantarle en mi mente. Bajo la media luz del crepúsculo vino hacia mí, y murió por mi flecha. Dormí junto a la muerte y a la media luz del amanecer acudió el coyote cantando también. Ahora traigo esa muerte al heyimas, pues necesitan las pezuñas del ciervo para la Danza del Agua. El pellejo irá a los curtidores y la carne a las ancianas de mi casa para hacer cecina y las astas... ¿no te gustarían para bailar con ellas?

—No necesito esas astas. ¡Dáselas a tu esposa!

—No hay tal esposa —replicó Modona.

El olor de la sangre, la carne y la pelambre de la muerte era penetrante y dulzón. La cabeza del ciervo casi rozaba el hombro de la bailarina, subiendo y bajando mientras Modona caminaba. En el ojo abierto del ciervo había briznas de hierba y brozas. Al verlo, la bailarina parpadeó y se frotó los ojos.

—¿Cómo has sabido que soy de Wakwaha? —preguntó.

—Te he visto bailar.

—¿No será en Telina?

—Quizás no.

—¿En Chukulmas?

—Quizá sí.

Ella se echó a reír y añadió:

—Y quizás en Kastoha-na, y quizás en Wakwaha-na, y quizás en Ababa-badababana. Sea como fuere, esta tarde podrás verme bailar en Telina. ¡Qué hombres tan

extraños viven en esta ciudad!

—¿Qué te han hecho para que pienses así?

—Uno de ellos me ve bailar donde no estoy, y otro no me ve bailar donde estoy.

—¿Qué hombre es ése? ¿Kamedan?

—No —respondió ella—. Kamedan vive ahí —y señaló la Casa de las Escorias Volcánicas—, aunque ese hombre dice que ahí vivo yo. Él vive allá —y señaló hacia la Casa Entre los Huertos camino abajo— y tiene visiones en el tomatal.



Modona permaneció en silencio y siguió mirando a la mujer por encima del venado muerto, volviendo los ojos pero no la cabeza. Llegaron a los angostos huertos e Isitut se detuvo allí, y dijo:

—Vine aquí a escoger unos tomates para la comida de la *troupe*.

—Si los artistas queréis también un poco de venado, aquí lo tenéis. ¿Pensáis pasar por aquí varios días? Esa carne debe dejarse reposar colgada.

—Las ancianas de tu casa la necesitan para hacer cecina.

—Yo me ocuparé de proporcionarles la que necesiten.

—¡Un cazador de los pies a la cabeza! ¡Siempre ofreciéndose a sí mismo! —exclamó la bailarina, sonriendo y mostrando los dientes—. Estaremos aquí cuatro o cinco días, por lo menos.

—Si queréis más para que alcance para todos, mataré un cabrito para usarlo con esta carne. ¿Cuántos sois?

—Nueve y conmigo diez —respondió Isitut—. Con el ciervo basta; todos quedaremos saciados de carne y de gratitud. Dime qué obras prefieres que interpretemos a cambio del festín que nos regalas.

—Interpretad *Tobbe*, si os parece —dijo Modona.

—Así lo haremos la cuarta noche.

La mujer se puso a recoger tomates rojos. El día era cálido y luminoso. Todos los aromas eran muy penetrantes y las cigarras cantaban ruidosamente por todas partes, sin un momento de reposo. Las moscas se amontonaban en la sangre que manchaba el pelaje del ciervo muerto.

—Ese hombre que has encontrado ahí, el visionario —dijo Modona—, llegó aquí desde Kastoha. Siempre hace cosas raras. Nunca cruza las Cuatro Casas, sino que se

limita a vagar por aquí curioseando y farfullando incoherencias, lanzando acusaciones y viviendo en un mundo imaginario.

—Es un contemplador de la Luna —dijo Isitut.

—¿En qué casa vives tú, mujer de Wakwaha?

—En la Casa de la Luna, hombre de Telina.

—Yo vivo en la casa de esta persona —dijo Modona al tiempo que alzaba la cabeza del ciervo con la mano de modo que la muerte pareciera mirar al frente. La lengua se había hinchado y sobresalía de los labios negros. La bailarina se apartó y escogió los frutos maduros de las plantas, altas y de aroma penetrante.

—¿Qué obra nos ofreceréis esta noche? —preguntó el cazador.

La bailarina respondió desde detrás de las tomateras:

—Lo sabré cuando regrese con los tomates.

Se alejó un poco más del hombre mientras seguía recogiendo los frutos maduros.

Modona continuó su camino hasta el lugar de las danzas. Se detuvo a la entrada del heyimas, depositó el cuerpo del animal sobre el suelo y le cortó las cuatro pezuñas con su machete de caza. Luego las limpió y las ató, asegurando la cuerda a una vara de bambú, y clavó ésta en la tierra cerca del ángulo suroeste del techo del heyimas para que las pezuñas se secaran al sol. Luego bajó al heyimas a lavarse y conversó con algunos de los presentes. Más tarde ascendió de nuevo la escalera y bajó los peldaños del tejado que daban al oeste, en busca del ciervo muerto. No estaba donde lo había dejado.

Primero dio una vuelta entera al techo del heyimas y luego por el lugar de las danzas, inspeccionándolo apresurada y concienzudamente. Unos hombres le saludaron, y él les preguntó:

—Hay una muerte que merodea por aquí a cuatro patas. ¿Dónde ha ido?

Los hombres se echaron a reír.

—Debe de haber algún coyote de dos patas por las cercanías —continuó Modona—. Si veis un ciervo de astas no ramificadas que ronda por aquí sin pezuñas, avisadme.

Luego se dirigió a toda prisa hacia el espacio común del medio, cruzando el eje. El grupo de artistas de Wakwaha estaba sentado a la sombra de las galerías y de los pórticos, comiendo pan aplastado, queso de oveja y tomates amarillos y rojos, y bebiendo *betebbes* seco. Isitut estaba entre ellos y dijo al verle:

—Bienvenido seas, hombre de la Arcilla Azul. ¿Dónde tienes a tu hermano?

—¡Eso es lo que me gustaría saber! —respondió Modona mientras inspeccionaba los pórticos y galerías. Observó una nube de moscas en un rincón tras la galería y acudió a mirar allí, pero el motivo de la presencia de los insectos era un montón de excrementos de perro. El ciervo no aparecía por ninguna parte. Volvió junto a los artistas y les dijo—. Os saludo, gentes del valle. ¿Alguno de vosotros ha visto pasar por este lugar un ciervo muerto? —Intentó que su voz pareciera tranquila, pero en su rostro y en su cuerpo había un aire de irritación. Los forasteros no se rieron, y uno de

los hombres respondió cortésmente:

—No, no hemos visto nada parecido.

—Era un regalo para vosotros. Si lo veis, quedaos con él. Es vuestro —dijo el cazador. Luego miró a Isitut. Ella seguía comiendo y no levantó los ojos hacia él. Modona volvió al lugar de las danzas.

Esta vez observó unas marcas en el suelo al pie del costado suroeste del techo del heyimas de la Arcilla Azul. Observó con detenimiento y apreció que, algo más lejos, había algunos tallos de hierba seca rotos, con las puntas en dirección opuesta al heyimas. Avanzó en la dirección indicada y vio algo blanco junto a la orilla del río, al fondo del talud. Se encaminó hacia allí aguzando la vista. La silueta blanca se movió, se incorporó y alzó el rostro hacia el cazador. Estaba sobre el ciervo muerto, de cuya carne estaba dando buena cuenta. La confusa figura le enseñó los dientes y lanzó un grito.

Modona vio a una mujer vestida de blanco. La cabeza le dio vueltas y entonces vio una perra blanca.

Modona se agachó, cogió unas piedras y las lanzó contra la perra con fuerza, mientras gritaba:

—¡Vete! ¡Suelta eso!

Cuando una de las piedras golpeó en la cabeza a la perra, ésta emitió un aullido y huyó del lugar río abajo, hacia los edificios que se utilizaban como viviendas.

La madre de la perra era hechi, el padre era dui^[19] y el animal tenía una fuerza y una talla fuera de lo común; la pelambre era completamente blanca, sin asomo de otros colores, y los ojos de un azul desvaído. Cuando era cachorro, la perra había sido amiga de Whette, compartía sus juegos y la acompañaba siempre que salía de la ciudad. Whette le había puesto el nombre de Perra Lunera. Después de casarse con Kamedan, Whette rara vez volvió a llamar a la perra para que le hiciera de acompañante o de guardiana. Nadie más conocía bien a Perra Lunera que no quería saber nada de ningún humano salvo de Whette, y que vagaba solitaria incluso entre los perros. Se estaba haciendo vieja y había perdido la agudeza de oído; últimamente, incluso había adelgazado. El hambre le había dado las fuerzas suficientes para arrastrar el venado muerto desde el heyimas hasta el río, donde había devorado casi toda una pata. Confundida por el dolor de la pedrada que había recibido entre el ojo y la oreja, salió huyendo entre las casas de Telina hasta la Casa de las Escorias Volcánicas.

En las estancias de la familia de Shamsha, los presentes escucharon un gemido y el sonido de unas garras que rascaban la puerta exterior, cerrada para aislar el calor del día. Fefinum escuchó el gemido y exclamó:

—¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!

Y mientras repetía esas palabra, corrió a acurrucarse en el rincón de la sala más alejada de la puerta.

Shamsha se incorporó de un brinco y dijo a voz en grito:

—¡Niños que jugáis en los porches, esto es una vergüenza! ¡Aquí nunca puede estar una tranquila!

Mientras hablaba se colocó delante de su hija, ocultándola a Duhe. Ésta miró a las dos mujeres de la casa, se acercó a la puerta y la abrió lo suficiente para echar un vistazo.

—Es una perra blanca la que gime ahí fuera —dijo—. Creo recordar que Whette solía pasear con esa perra.

Shamsha se acercó a mirar.

—Es cierto —asintió—, pero de eso hace ya años. Déjame ahuyentarla. Es una estúpida viniendo aquí e intentando entrar en la casa de esta manera. Es una perra vieja y estúpida. ¡Vete! ¡Apártate de ahí!

La anciana cogió una escoba y la asomó por la puerta amenazando a Perra Lunera, pero Duhe impidió que golpeará al animal y dijo:

—Espera un momento, por favor. Parece que la perra está herida y busca ayuda.

Salió de la casa a mirar más detenidamente la cabeza del animal, pues había visto sangre en su pelambre blanca por encima del ojo. Al principio, la perra reculó y gruñó, pero cuando se percató de que la doctora no mostraba ningún miedo, se tranquilizó. Cuando las manos de Duhe la tocaron, notó en ellas una gran autoridad y no puso ningún reparo a que la doctora examinara la herida que le había producido la pedrada entre la oreja y el ojo izquierdo. Duhe habló con ella:

—Eres una perra vieja y hermosa, aunque tienes un color raro para tu especie, más adecuado para una oveja; y a juzgar por tus costillas, no has comido demasiado últimamente. ¿Qué te ha sucedido? ¿Has topado con una rama? No; más bien parece que alguien te ha arrojado una piedra y no has podido esquivarla; no has sido muy hábil, viejo animal. Shamsha, ¿me harías el favor de traer un poco de agua y un paño limpio para limpiar esa herida?

La anciana trajo un cuenco de agua y unos trapos, mascullando por lo bajo:

—Esa perra no vale nada, es de poca monta.

Duhe limpió la herida. Perra Lunera no protestó y permaneció quieta y paciente, con un ligero temblor en las patas traseras. Cuando Duhe hubo terminado, la perra meneó la cola varias veces.

—Ahora, tiéndete —dijo la doctora.

Perra Lunera la miró a los ojos y se echó apoyando la cabeza sobre las patas delanteras extendidas.

Duhe le frotó la cabeza detrás de las orejas. Shamsha estaba en el interior de la sala y Fefinum se había acercado a la puerta para observar. Duhe dijo a las dos mujeres:

—Quizá tenga una conmoción cerebral. El golpe debió de ser muy fuerte.

—¿Corre riesgo de sufrir un ataque?

—Quizá —respondió la doctora—. Lo más probable es que se le pase durmiendo si puede quedarse en un lugar tranquilo donde no la molesten. El sueño es una

medicina maravillosa. ¡Yo tampoco dormí mucho anoche! —Entró de nuevo en la casa con el cuenco del agua y los trapos. Fefinum se mantuvo de espaldas y se puso a cortar pepinillos para conservarlos en salmuera. Duhe añadió—: Esa perra es la que solía acompañar a Whette, ¿verdad? ¿Cómo la llamaba?

—No lo recuerdo —respondió Shamsha.

—Mi hermana la llamaba Perra Lunera —dijo Fefinum sin volverse.

—Parece que vino aquí para encontrar a Whette, o para ayudarnos a encontrarla —comentó Duhe.

—Está sorda, ciega y loca —replicó Shamsha—. No sabría encontrar un ciervo muerto aunque tropezara con él. En cualquier caso, no entiendo eso que dices respecto a encontrar a mi hija. Cualquiera que desee hablar con ella puede hacerlo subiendo a Wakwaha y no es preciso ningún perro para encontrar el camino que lleva río arriba.

Mientras las mujeres hablaban, Flor de Baobab y Kamedan subían las escaleras hasta el porche. Desde allí escucharon las voces tras la puerta abierta. Kamedan vio al animal y entró sin decir nada. Flor de Baobab se detuvo un rato a contemplar a la perra. Perra Lunera continuó tendida con la cabeza sobre las patas delanteras y alzó los ojos hacia el pequeño. Su cola golpeó el suelo del porche sin hacer ruido. Flor de Baobab murmuró en voz baja:

—Perra Lunera, ¿sabes dónde está mi madre?

La perra emitió un gáñido de ansiedad, mostrando toda su dentadura amarillenta, y cerró la boca con un chasquido, observando al pequeño Flor de Baobab.

—Vamos, pues —dijo éste. Pensó en decirle a su padre que iba en busca de su madre, pero todos los adultos estaban discutiendo dentro de la casa y no quería aparecer entre ellos. Deseaba ver de nuevo a la doctora, pero sentía vergüenza por haberse orinado en el suelo de la botica. En lugar de entrar, bajó de nuevo las escaleras, volviéndose para observara Perra Lunera.

Ésta se incorporó, gimiendo un poco e intentando hacer lo que Duhe le había dicho que hiciera y lo que Flor de Baobab quería que intentara. Exhaló un nuevo gáñido y luego, con la cabeza gacha, la cola entre las patas y tambaleándose ligeramente, siguió al pequeño. Éste se detuvo al pie de las escaleras y aguardó a que la perra le indicara la dirección a tomar. Perra Lunera aguardó también para saber qué pretendía el niño, y luego se puso en movimiento hacia el río. Flor de Baobab siguió adelante, caminando al lado del animal. Cuando la perra se detuvo, le dio unos golpecitos en el lomo y dijo:

—Sigamos, perrita.

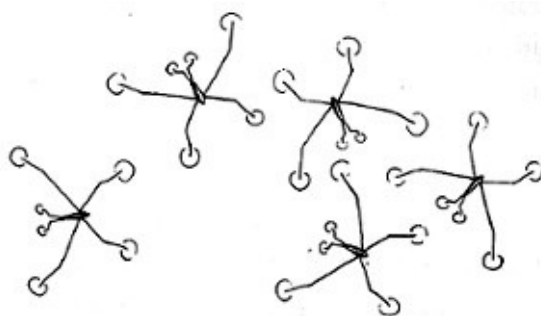
Y así, juntos, dejaron la ciudad en dirección al noroeste y se adentraron por las arboledas de sauces junto a la orilla del río, siempre cerca de las aguas, corriente arriba.



Pandora, con cariño, al amable lector



Cuando te lleve al valle, verás las colinas azules de la izquierda y las colinas azules de la derecha, el arco iris y los viñedos bajo el arco iris, avanzada la estación de las lluvias, y acaso dirás: «¡Ahí está! ¡Allí es!», pero yo responderé: «Es un poco más adelante». Continuaremos avanzando, espero, y verás los tejados de las pequeñas ciudades y las laderas doradas de avena loca, un buitre dando vueltas en círculo y una mujer cantando junto a las aguas poco profundas de un arroyo en la estación seca, y quizás entonces dirás: «¡Detengámonos, es aquí!», pero yo diré: «Es un poco más adelante». Continuaremos y escucharás la llamada de la codorniz en la montaña, junto a las fuentes del río, y cuando mires atrás verás correr el río valle abajo ente las colinas yermas, a tus pies, y dirás: «¿No es eso el valle?». Y lo único que yo podré decirte será: «Bebe el agua de esa fuente, descansa un poco aquí, todavía nos espera un largo trecho por recorrer y no puedo hacerlo sin ti».



PIEDRA parlante

parte III



Yo había considerado muy rica y espléndida la Casa de Tsaya en la ciudad del Sur, pero lo era mucho menos que la Casa de Terter. Como las familias del Cóndor guardan sin dar, los mobiliarios y accesorios de sus casas son abundantes y complejos. Y como los sirvientes y esclavos que trabajan para las familias viven donde éstas, los moradores de una casa son también numerosos y sus relaciones complejas. La Casa de Terter era un pueblo en sí mismo, una tribu nómada sedentarizada y establecida. Como rara vez salí de sus muros, consideré que era tan rica y próspera como parecía, una vez comprendí que los dayao contaban como riqueza lo que poseían, lo que guardaban.

Cuanto más próximo al Cóndor está por su nacimiento un Verdadero Cóndor, más poder y dignidad posee y refleja su familia. Los terter eran primos en segundo grado del Cóndor por línea paterna. Terter Gebe había sido compañero elegido del Cóndor en la juventud y consejero del mismo durante muchos años, y gozaba todavía del favor del hijo del Cóndor, que sucedería a su padre en el cargo. Sin embargo, el padre se mostró celoso de su poder cuando creció su hijo, hasta volverse contra él, y con ello contra Terter Gebe; así se había empañado el espejo de la gloria de los terter.

Por lo que pude entender de las conversaciones de las hijas, algunas de las cuales eran personas despiertas e inteligentes a pesar de vivir encerradas entre cuatro paredes, desde que los cóndores se establecieron en Sai se habían propuesto glorificar al Uno y aumentar su riqueza y poder adueñándose de tierras, vidas y posesiones de otros pueblos, que pasaban a servirles. Los ejércitos de los dayao habían llevado a cabo esta expansión en las tierras del Volcán durante tres generaciones. Sin embargo, la gente que allí vivía era escasa y huidiza; los coyotes y los caballos salvajes, los humanos y las serpientes de cascabel, no resultaban excelentes esclavos; y lo único que la tierra permitía crecer era una hierba rala, algunos matojos de salvia y poco más. Así pues, el actual Cóndor había ordenado a sus soldados que fueran hacia el sur y hacia el oeste hasta que encontraran tierras y lugares ricos y feraces que mereciera la pena «ganar». Mi padre, Terter Abhao, fue primero uno de los soldados, y más adelante uno de los jefes de esos ejércitos que fueron enviados a descubrir tales tierras. Había ido lo más al suroeste posible, primero hasta el lago Claro y luego hasta el valle del Na. En su avance, el ejército a su mando no había guerreado ni destruido, sino que había avanzado como los mercaderes o las gentes del Cerdo, deteniéndose en ocasiones aquí y allá, pidiendo comida unas veces y robándola otras, tomando nota de los hábitos y propiedades de las diversas tierras por las que pasaban y de los lugares donde se detenían. Después de su primer viaje al valle, durante el cual se casó

con mi madre, volvió a Sai diciendo que «el valle del Na es el lugar más hermoso que hemos visto». Su padre, Terter Gebe, se presentó ante el Cóndor y le aconsejó:

—Los ejércitos deben ir hacia el sur y el oeste, abriendo una ruta segura para hacer llegar hasta allí a los soldados, los tyon y las mujeres necesarios para la construcción de una nueva ciudad en el valle, a mayor gloria del Uno.

Al principio el Cóndor siguió este plan e hizo la guerra contra el pueblo que vivía al suroeste del país de la Lava Negra; pero como los habitantes del país del Volcán se habían dispersado en lugar de quedarse a combatir, y como todos ensalzaban al Cóndor y le dedicaban continuas lisonjas diciéndole que el espejo del Uno podía hacer cualquier cosa, el Cóndor terminó por creer que sus ejércitos podían conseguir todo cuanto les ordenara. En consecuencia envió un ejército hacia el noroeste, al país de los Seis Ríos, para someter las ciudades ribereñas; al mismo tiempo, envió otro ejército siguiendo el curso del río Oscuro para hacer tributario al pueblo que allí vivía, y una tercera fuerza armada, al mando de mi padre, fue enviada de nuevo a las apartadas tierras del suroeste para conquistar el valle y traer carretas cargadas de vino del valle por caminos que los pueblos esclavizados deberían abrir. Estos ejércitos deberían ocuparse también de la construcción de un gran puente sobre el río de las Marismas y otro sobre el río Oscuro. Cuando oí hablar de esto, recordé a mi padre intentando tender aquel puente sobre el pequeño cauce del Na.



Montaña de Sinshan

Terter Gebey Terter Abhao habían indicado varias veces al Cóndor que sus soldados y gentes no podrían hacer tantas cosas al mismo tiempo y «ganar» todas aquellas tierras inmensas derrotando a sus diversos pueblos, sino que deberían avanzar progresivamente y sin prisas desde el centro que representaba Sai; sin embargo el Cóndor consideró tales consejos como una ofensa al Espíritu del Uno que habitaba en él y no les prestó atención. Cuando su hijo apoyó la tesis de los Terter, el Cóndor vio en ello una excusa para desencadenar su cólera e hizo encerrar a su hijo en una parte de la gran casa donde vivían, el Palacio. Por lo que las mujeres sabían, el preso llevaba varios años allí. Algunas creían que había muerto envenenado; otras opinaban que seguía vivo pero que le habían administrado pócimas que habían debilitado su voluntad hasta reducirle a un estado de docilidad y estupidez. Terter Zadyaya Bele no quería oír comentarios al respecto y castigaba a las chismosas; el

Cóndor no podía obrar mal y el hijo del Hijo no podía estar tarado en absoluto. No obstante, la mujer se daba perfecta cuenta de que la familia a la que se había unido por matrimonio había caído en desgracia.

Cuando mi padre dejó el valle por segunda vez, esperaba poder regresar a él al cabo de un año con un ejército poderoso, formado por todos los Verdaderos cóndores y por todos los soldados, para fundar allí una nueva ciudad. Pero, en contra de sus expectativas, el Cóndor le había enviado al sur para conquistar el valle con un ejército de apenas ciento cuarenta hombres.

Para entonces, la mayoría de los pueblos humanos de las tierras entre la ciudad y el valle estaban dispuestos a ir a la guerra contra los soldados del Cóndor en cuanto aparecieran. Mi padre tuvo que emplear seis años en llegar de nuevo al valle. Cuando alcanzó el lago Claro, había logrado abrir una ruta más o menos segura hasta allí, pero sólo le quedaban cuarenta de sus ciento cuarenta hombres. Muchos habían caído en guerras y emboscadas, y otros habían desertado para convertirse en gentes de barro. Cuando mi padre comprendió que nunca volvería a aquellas tierras, acudió en solitario al valle, a Sinshan. Sabía que tenía que regresar a Sai y comunicar al Cóndor lo mucho que había perdido y lo poco que había ganado. Quienes detentan el poder deben asumir también las responsabilidades, y Terter Abhao estaba dispuesto a ello.

Al principio, las consecuencias no fueron tan terribles como él y los demás Terter habían temido. El Cóndor se mostró disgustado, naturalmente, pero las malas noticias ya le habían ido llegando poco a poco a través de los mensajeros y de la Central, que sólo él en Sai estaba autorizado a utilizar; la Central instalada en la ciudad estaba en su casa, en el Palacio. Entretanto, sus consejeros le habían llenado la cabeza con nuevos planes y el Cóndor estaba más interesado en ellos que en sus derrotas.

No comprendo por qué los soldados le permitían al Cóndor, que nunca abandonaba su casa, hacer aquellos planes y adoptar aquellas disposiciones que provocaban la muerte de tantas personas, pero así eran las cosas en aquel lugar.

Todos los planes seguían siendo bélicos, pero ahora en lugar de enviar a sus hombres con simples fusiles, dispondrían de armas todavía más destructivas y terribles. Tuve noticia de dichos proyectos mientras vivía con mi esposo.

En este punto, debería hablar de mi matrimonio.

Mientras vivía en la Casa de los Terter, caí enferma. Mi piel adquirió una gran palidez y no lograba conciliar el sueño por la noche, mientras que durante el día estaba siempre adormilada y sufría accesos de escalofríos. Si hubiera estado en casa, habría acudido al heyimas a cantar y dormir durante cuatro o cinco días, o habría pedido una presentación en la Logia de los Doctores. Si hubiera estado en Sinshan, no habría caído enferma. Si lo estuve en Sai fue porque pasaba todo el tiempo encerrada en la casa, fuera del mundo. Cuando veía a mi padre, le pedía que me sacara de la casa con él y así lo hizo en un par de ocasiones: trajo a la querida yegua alazana y él montó su castrado pardo, y pasamos toda la jornada al aire libre, entre las tierras vírgenes de las extensiones de lavas, negras y nevadas. La segunda de tales

ocasiones me llevó a una de las cavernas abiertas en la lava, un largo túnel donde la lava había fluido como una corriente de agua entre las rocas, ahora frías y negras como el propio miedo. En invierno, los vientos barrían la tierra yerma pero su visión era hermosa y, pese a que el frío hacía brotar lágrimas de mis ojos, prefería enfrentarme al viento antes que permanecer en las cálidas estancias de la Casa de Terter. Incluso en aquel desierto quemado me sentía más cerca del valle que encerrada entre sus paredes. Dentro de la casa me sentía en todo instante como una extraña.

Cuando caí enferma, las hijas del Cóndor se mostraron más amables conmigo y Terter Zadyaya Bele mandó cerrar una estancia mediante unas cortinas para que Esiryu y yo pudiéramos estar a solas. Allí dentro, las dos charlábamos mientras nos dedicábamos a hilar o a coser. Yo podía hablar de mi hogar, y de este modo volver a él mentalmente. Hablé a Esiryu sobre Espada y ella mencionó a un joven, incorporado como palafrenero en el ejército, que se había dirigido al país de los Seis Ríos. Hacíamos frecuentes comentarios sobre ambos jóvenes, explicándonos mutuamente cómo eran y cómo serían cuando les volviéramos a ver.

A mi padre le preocupaba verme enferma, pero también le inquietaban otras cosas. Supe que se arrepentía de haberme traído a la ciudad. Mi presencia allí no era conveniente para él, pues otros cóndores comentaban:

—Los hombres pueden aparearse con los animales, pero no traen a su casa a los cachorros; no llevan a su hogar personas impuras.

Terter Zadyaya llegó a decirme abiertamente que mientras yo siguiera viviendo allí, la Casa de Terter no podría recuperar la gloria que antes había poseído.



—Entonces dejadme marchar —respondí—. Permitidme volver al valle. ¡Conozco bien el camino!

—No digas tonterías —replicó ella.

—¿Qué pretendéis, pues, de mi? ¿Que muera?

—No pretendo nada de ti; sólo que no hagas nada, que calles de una vez. Deja en paz a Terter Abhao. Es un gran guerrero y no debe ser molestado por los deseos y tonterías de una muchacha.

Yo había oído ya aquella misma canción.

—Ahora eres un ser humano —continuó Terter Zadyaya—, no un animal. Si te comportas como tal persona, quizá podamos encontrarte un marido.

—¡Un marido! —exclame, sorprendida—. ¡Pero si todavía soy virgen!

—Me alegro de saberlo —respondió. Mi confusión fue todavía mayor y añadí:

—Pero ¿para qué quiere una virgen tener marido?

Ahora fue ella la que pareció perpleja.

—¡Cállate! —dijo—. ¡Impura!

Tras estas palabras, Terter Zadyaya salió de la estancia y no volvió a dirigirme la palabra ni siquiera la mirada durante un mes entero.

Hacia la época de la Danza del Mundo en el valle, mi padre fue enviado al país de los Seis Ríos para ayudar a un ejército instalado allí a regresar hasta Sai por regiones hostiles. Era un trayecto peligroso y comprendí que no había posibilidad alguna de poder acompañarle. Pasaron la primavera y el verano, y él seguía ausente.

Llegaron y pasaron las épocas de las grandes danzas, una tras otra, y no se celebraron en Sai.

Intenté entonar la Canción de las Dos Codornices y las demás canciones del Verano. Allí, a solas en aquel lugar, mi voz parecía disonante. Cuando se aproximaba ya la época del Agua, recordé el cuenco de arcilla azul de mi heyimas y la fuente del arroyo de Sinshan bajo las azaleas y las eglantinas, en las empinadas cuestas de pinos, abetos negros y madroños rojos. Traté de entonar las canciones del Agua de mi casa en aquella tierra seca. Pensé en Caverna, la mujer ciega —ahora muerta— que me había visto viviendo allí. Al hacerlo, casi me volví loca de pena. Saqué la pluma del gran cóndor que tenía guardada en la bolsa, la coloqué en el hogar embaldosado del calefactor eléctrico de la estancia y le prendí fuego. Se consumió arrugándose y despidiendo un profundo hedor. Donde había estado la pluma vi a un hombre, envuelto en los ropajes de guerrero del Cóndor, que yacía cabeza abajo en un angosto cañón, entre chamicos y cardos agostados, con la boca y los ojos abiertos, muerto: Era mi padre. Rompí a llorar con el ulular de un búho y no pude detenerme.

Las mujeres mandaron llamar a un doctor, un hombre que me administró una poción para hacerme dormir. Cuando desperté al día siguiente, muy cansada y confusa, el hombre regresó y me tomó el pulso y examinó mi cuerpo. Se mostraba respetuoso, pues yo era una hija del Cóndor, y al mismo tiempo cómicamente molesto porque era una mujer; y cuando descubrió que tenía la menstruación, se puso nervioso e hizo claras demostraciones de desagrado, como si yo padeciera alguna infección horrible. Mientras me tocaba, me sentí muy incómoda pero intenté permanecer inmóvil. Estaba tan aterrorizada por lo que había visto en las Cuatro Casas que sólo deseaba quedarme quieta y ocultarme. Creí que era mi deber contarle a Terter Zadyaya la visión para que pudiera informar de ella a mi abuelo, de modo que la hice llamar. Terter Zadyaya acudió y me contempló desde el umbral de la habitación. El doctor se quedó a escucharme.

—He visto una cosa muy mala con el ojo de la mente —dije. Ella no dijo nada y continué hablando—: He visto a Terter Abhao muerto en las montañas.

Ella siguió en silencio. El doctor le comentó:

—Esa muchacha está muy nerviosa; no tiene más que una enfermedad de útero. ¡Nada que no pueda remediar un marido joven! —y acompañó la exclamación con una sonrisa.

Terter Zadyaya se alejó sin haber pronunciado una sola palabra.

Aquel mismo mes, una de las hijas me dijo que Terter Zadyaya estaba disponiendo mi boda con un Verdadero Cóndor de la Casa de Retforok. Mi informante elogió al novio diciendo que era un hombre guapo y de buen carácter. «Jamás le pega a su esposa», me dijo, pues quería verme contenta ante la perspectiva de aquel matrimonio. Otra mujer de la casa, rencorosa y malévola, comentó en cambio:

—¿Qué clase de hombre será para estar dispuesto a casarse con una persona impura sólo por aproximarse al Cóndor?

Con sus palabras pretendía decir que el hombre se casaba conmigo con el fin de emparentarse con los terter. Esiryu se puso a trabajar, y mientras lo hacía me contó todo lo que había podido averiguar sobre aquel hombre, Retforok Dayat. Era el menor de cuatro hermanos y no era soldado ni guerrero del Uno, por lo que no era persona de gran valía, pero la familia Retforok era rica. Tenía treinta y cinco años —los dayao siempre eran escrupulosos respecto a la edad de las personas, pues tenían un sistema numérico de días favorables y desafortunados que se iniciaba con la fecha de nacimiento— y era padre de cinco hijos. Yo iba a convertirme en lo que denominaban una esposa bonita. Cuando su primera esposa ya había tenido muchos hijos, los hombres del Cóndor solían tomar una segunda esposa, una esposa bonita. Ésta no tenía que aportar bienes o dinero a la familia del marido, como sucedía con la primera esposa, y no se esperaba de ella que tuviese hijos o, como mucho, un par de ellos. Me consideré afortunada. Desde que Zadyaya había hablado de boda, me había entrado pánico. Se suponía que las mujeres del Cóndor debían tener hijos continuamente, pues para eso había hecho el Uno a la mujer; una de las hijas de la Casa de Terter tenía siete hijos, el mayor de los cuales contaba apenas diez años, y tal desenfreno procreador le hacía ser ensalzada por los hombres y envidiada por las mujeres. De haber podido parir en camadas, como los himpis, esas mujeres no habrían dudado en hacerlo. Supongo que ésta es una consecuencia más del estado de guerra permanente de los dayao con todos los demás pueblos y gentes. Los himpis paren grandes camadas, es cierto, pero ello se debe a que la mayor parte de las crías mueren jóvenes.

Puesto que tenía que casarme, me alegraba ser una esposa bonita. Y ya que había visto muerto a mi padre y no lograba imaginar un modo de escapar de Sai, creí preferible casarme. Como no tenía madre, y ahora tampoco padre, en la Casa de Terter no tenía poder alguno. Como esposa de un Cóndor, quizá pudiera tener cierta

fuerza en la Casa de Retforok. En realidad no me preocupé mucho por lo que hacía en esa época. Después de pasar un año entre gentes que consideraban despreciables e insignificantes a las mujeres, había empezado a convencerme de que mis actos eran realmente insignificantes y no tenían valor ni merecían respeto.

Así pues, me casé con aquel hombre como hija del Cóndor, vestida de pies a cabeza con ropas inmaculadamente blancas que los dayao utilizan para indicar que la desposada es virgen. El vestido era hermoso y la boda fue alegre. Se prolongó todo un día, con músicos y bailes en corro y acróbatas y grandes cantidades de excelente comida y bebida. Tomé bastante aguardiente de miel y me emborraché. Borracha estaba cuando llegué a la Casa de Retforok con mi esposo, y borracha cuando nos acostamos. Permanecimos en aquel dormitorio cinco días con sus noches. Todo mi temor, mi pena, mi vergüenza y mi cólera se transformaron en pasión sexual. No daba un instante de reposo a mi marido, llenándole y vaciándole como si fuera un cántaro. Él me enseñó a joder y luego le devolví sus elecciones de cuarenta modos distintos. Él estaba loco por mí, y durante todo el año siguiente no pudo pasarse sin mí un solo día. Ya que me era difícil alcanzar la felicidad, me volqué en buscar placer y lo obtuve siempre que me fue posible.

La primera esposa de mi marido, Retforok Syasip Bele, se mostró al principio prevenida contra mí, llevada por los celos, como es lógico, y por los comentarios de la gente sobre si yo era una persona animal, loca y peligrosa como un perro salvaje. Temía que hiciera daño a sus hijos. No era una mujer estúpida, ni mucho menos, sino sólo ignorante. Jamás había estado en otra parte que en los aposentos de las mujeres de dos casas de Sai, y había dado a luz un hijo cada dos veranos desde que tenía diecisiete años. Cuando descubrió que no mordía, que no comía niños, y que incluso hablaba su idioma, empezó a aceptarme y se ocupó de que Esiryu y yo fuéramos bien tratadas por las demás mujeres de la casa. Era una mujer comunicativa y alegre, no muy reflexiva pero despierta y observadora. Me confesó que se alegraba de tenerme allí para goce de Dayat porque ella estaba cansada de su apetito y no sentía interés por acostarse con él cuando estaba dando el pecho a sus hijos. Sin embargo, una cosa dejó clara:

—Cuando quiera tener otro, tendrás que enviarle a mi puerta una noche, por lo menos.

—¡Otro hijo! —exclamé, incrédula.

—Todas son niñas, salvo uno —respondió.

—Bueno, al menos podrías dejarte embarazar por un hombre que te gustara, ¿no?

Mis palabras hicieron que me mirara con incredulidad. Luego se echó a reír y comentó:

—¡Ayatyu, realmente eres impúdica! En cualquier caso, no me gusta ver hombres en esta casa. Ya tenemos al mejor de todos, me parece.

Estuve de acuerdo con ella. Nuestro esposo no era pendenciero, sino que tenía buen carácter y era guapo. Retforok Syasip añadió:

—Pero no le des nunca a entender que piensas siquiera en otros hombres. En esta cuestión es muy susceptible.

Entonces me contó que si una mujer se acostaba con otro hombre que no fuera su esposo, la familia de éste la mataba. Yo no la creí. Es cierto que la gente se mata por celos o arrastrada por impulsos sexuales, eso ya lo sabía, pero no era eso a lo que Syasip se refería.

—No, no —siguió diciendo—, la mujer es ejecutada en público para borrar la ofensa de la casa. Tú perteneces a Dayat, ¿comprendes? Tú le perteneces y yo también; así son las cosas.

Recordé a mi padre diciendo en el espacio común de Sinshan, «¡pero ella me pertenece!». Ahora, por fin, yo tenía dos ojos para contemplarle.

A principios de la primavera, mi esposo me dijo:

—Llegan buenas noticias del oeste, Ayatyu. Terter Abhao regresa con el Ejército Victorioso.

—Mi padre ha muerto —respondí.

Retforok Dayat soltó una carcajada y añadió:

—En este momento se encuentra en el Palacio.

Tampoco ahora le creí, hasta que vi a mi padre. Vino a Retforok a visitarme. Tenía un aspecto demacrado y tremendamente cansado, pero no estaba tendido cabeza abajo en un cañón, entre la espesura, con el espinazo partido. Sin embargo, cuando le vi junto a mí, le vi también allí, como dos imágenes superpuestas, pintadas sobre cristales.

Conversamos con placer y ternura.

—Me alegro de verte casada, Ayatyu —dijo él—. ¿Te encuentras a gusto en esta casa?

—Sí, muy a gusto, y Dayat es bueno conmigo. ¿Existe algún modo de que pueda volver a mi valle?

Él me miró y apartó los ojos mientras hacía un gesto de negativa con la cabeza.

—Si pudieras llevarme hasta la ciudad del Sur —insistí—, desde allí podría continuar sola; conozco los principales puntos del camino.

Mi padre meditó sólo unos instantes antes de responder.

—Escucha, Ayatyu, ya que elegiste venir aquí, no puedes volverte atrás. Si escapas de tu marido, traerás sobre mí la vergüenza y la desgracia. Ahora perteneces a los Retforok y es mejor que sigas con ellos. Te conviene haber dejado mi casa; las cosas no van bien para nosotros allí. Haz de ésta tu hogar y borra el valle de tu mente.

—Mi mente no es tan pequeña —repliqué—. Contiene el valle y la ciudad y todavía no conozco dónde acaba. Pero tú eres el único que puede hacer de la ciudad mi hogar.

—No —sentenció—. Creo que sólo tú puedes hacerlo.

El asunto quedó zanjado y continué viviendo como esposa bonita de Dayat, consciente de que las palabras de mi padre eran ciertas: había caído en desgracia y

una nueva mancha que cayera sobre él podía ponerle en peligro. Lo único que podía hacer por él era mantenerme tranquila y paciente hasta que el Cóndor y sus consejeros se olvidaran de buscar un culpable de la pérdida de la guerra en el país de los Seis Ríos.

Quizá parezca extraña esa idea de que la desgracia puede poner en peligro la vida de una persona; la desgracia y la vergüenza ya son de por sí suficientemente malas entre los que habitamos el valle; sin embargo, allí, donde toda relación es una lucha, resultan mortales. Los castigos eran violentos. Ya he contado que, según me dijeron, un hontik podía perder los ojos por saber leer o escribir, y una mujer podía morir por haberse acostado con alguien; no fui testigo de tales cosas, pero diariamente oí comentar o presencié otros castigos violentos: niños golpeados, esclavos azotados, hontik y tyon encarcelados por desobedecer; y, más adelante, como relataré, la cuestión aún empeoró más. Me asustaba vivir en aquella especie de guerra continua. Parecía que los dayao nunca decidían las cosas entre ellos, que nunca discutían, argumentaban, cedían o estaban de acuerdo en hacer algo antes de ponerse a ello. Todo se hacía porque había una ley que lo autorizaba o lo prohibía, o porque había una orden de hacerlo o no. Y si algo iba mal, nunca parecía que se debiera a esas órdenes, sino a los individuos que las obedecían; y la culpabilidad solía significar un castigo físico. Aprendí a ser cauta día a día. Aprendí, tanto si lo deseaba como si no, a ser una guerrera. Cuando la vida se convierte en una batalla, una tiene que combatir.

Los Retforok no habían caído en desgracia, de hecho, se habían convertido en los favoritos del Cóndor. El jefe de nuestra familia, Retforok Areman, y el hermano menor de éste, mi esposo, Dayat, solían acudir al Palacio, la elevada mansión donde vivía el Cóndor. Mi esposo, a quien le gustaba tanto la conversación como el sexo, me contó lo que hacía, veía y oía allí. A mí me complacía escucharle porque era interesante, aunque muy extraño, y a menudo terrible como un relato de fantasmas. Él me contó qué había sido del hijo del Cóndor: al tratar de huir del lugar del Palacio donde se hallaba recluido, fue traicionado por la gente que había simulado ayudarle y, como castigo por desobedecer la Ley del Uno, fue condenado a muerte. Dayat me explicó detalladamente el método empleado para acabar con la vida del desventurado. Ninguna mano de mortal podía matar al hijo del Hijo, de modo que le ataron e hicieron pasar una poderosa corriente eléctrica por su cuerpo hasta que su corazón y su cerebro dejaron de funcionar; la electricidad acabó con él de acuerdo a la Ley del Uno. Todas sus esposas, mujeres cautivas, hijos y esclavos murieron con él.

—Pero entonces, ¿quién será el próximo Cóndor? —pregunté, y Dayat me dijo que había un segundo hijo, un muchacho todavía joven y todavía vivo.

Dayat me habló también de las armas que estaban construyendo los dayao. Los ejércitos que partían ahora de Sai no batallaban por ganar territorio, sino para apropiarse del cobre, el estaño y otros metales de las ciudades y pueblos que poseían reservas de ellos; también habían esclavizado a los Sensh, que trabajaban las minas de hierro donde el río de la Bruma confluye con el río Oscuro, y se habían apoderado

de todo el hierro que los Sensh utilizaban para comerciar con nosotros y con los demás pueblos. Las instrucciones sobre los materiales necesarios para la realización de las Grandes Armas provenían, por lo que pude deducir, de la Central; por otra parte, los dayao eran artesanos muy hábiles en el trabajo del metal y en la fabricación de maquinaria, así como excelentes ingenieros, capaces de seguir las instrucciones con inteligencia. No estoy segura de que su interpretación del uso de la Central fuera muy acertada, ya que únicamente el Cóndor y sus Sumos Guerreros del Uno tenían permitido aprender a utilizarla y, como dicen en la biblioteca, el conocimiento restringido es un conocimiento pervertido. Sin embargo, como tampoco yo estoy demasiado familiarizada con el asunto, podría equivocarme. Sea como fuere, la recogida de materiales para hacer las Grandes Armas y su utilización les llevó cuatro años.

Durante ese tiempo, quedé embarazada dos veces. La primera aborté porque aunque no estaba utilizando anticonceptivos mi esposo me había violado cuando le dije que no le quería. Una hija del Cóndor habría seguido adelante y habría dado a luz el fruto de una violación, pero yo no. Era fácil conseguir un abortivo de las tyon, que abortaban más veces de las que parían, y Esiryu me ayudó. Dos años después, cuando ya tenía veintiuno, deseé quedar embarazada otra vez. Esiryu y Syasip eran buenas amigas mías pero me embargaba un tedio permanente pues no tenía nada que hacer salvo hilar, coser y charlar, siempre entre cuatro paredes y siempre con gente, nunca a solas y, por tanto, siempre en soledad. No dejaba de pensar que un hijo sería como el valle. Sería parte de mí y parte de éste; sería un hogar querido. Quizás esa parte de mi alma que era siempre como una cuerda tensa extendida entre la ciudad y Sinshan, se relajaría y volvería a integrarse en mi cuerpo si el hijo consentía en penetrar en mi vientre. Así pues, dejé de utilizar el anticonceptivo y, tres meses después, Dayat y yo abrimos la puerta al niño. Tardamos todo ese tiempo porque ni mi esposo ni yo vivíamos tan holgadamente ni comíamos tan bien como antes y, aunque a Dayat todavía le gustaba conversar conmigo, no tenía tantas energías para el sexo. Ser uno de los favoritos del Cóndor significaba llevar una vida tan difícil como la del caído en desgracia, y toda la riqueza de Sai se destinaba ahora al único propósito del Cóndor: obtener los materiales para las Grandes Armas y proceder a su fabricación. Todo era sacrificado a este fin. Los dayao era un pueblo de verdaderos héroes.

La primera de las Grandes Armas era una casamata de planchas de acero montada sobre unas ruedas que daban vueltas en el interior de unas cintas de suelas metálicas encadenadas, las cuales le permitían salvar terrenos difíciles adhiriéndose a ellos como una oruga sin que las ruedas se hundiesen. Las ruedas eran impulsadas por un potente motor situado dentro de la casamata. El ingenio tenía tal fuerza que podía derribar árboles y casas, y sobre él iban montados cañones que disparaban a gran distancia obuses y bombas incendiarias. Era un arma enorme y magnífica que hacía un ruido como un trueno interminable al avanzar. Se hizo una demostración de su funcionamiento ante los habitantes de la ciudad en el exterior de las murallas. Yo

acudí cubierta con un velo junto a las demás mujeres de la Casa de Retforok. Presenciamos cómo se abría paso a través de un muro de ladrillos, vibrando y tronando sobre las ruinas que aplastaba, ciego y enorme, con una gran protuberancia como un pene. Tres cóndores que viajaban en su interior emergieron de la casamata como gusanos de una mazorca, pequeños y blandos. El ingenio recibió el nombre de Destructor. Estaba destinado a preceder al ejército en su avance, abriendo a los soldados un camino llamado la Ruta de la Destrucción. Regresé a mi rincón de la Casa de Retforok y me acosté sobre las alfombras rojas; imaginé al Destructor empujando los robles llamados Gairga en las cercanías de Sinshan y derribándolos, arremetiendo contra la Casa del Porche Elevado y abatiendo sus paredes, embistiendo contra el techo del heyimas de la Arcilla Azul y hundiéndolo. Imaginé sus suelas metálicas embadurnadas de adobe aplastando mazorca, reses y niños contra el suelo, triturándolo todo como si fueran las muelas de un molino. La imagen del Destructor continuó presente en mi mente incluso después de que, a su paso, se hundiera el techo de una cueva oculta unos kilómetros al sur de la ciudad y el ingenio quedara destruido por su propio peso, volcado y aprisionado en el túnel de lava. Aun entonces, seguí soñando que avanzaba por la cueva empujando la tierra y aplastando la oscuridad.



Tras el fracaso, el Cóndor volcó toda su atención y todos sus esfuerzos en las máquinas llamadas Polluelos. Se trataba de ingenios volantes, de cóndores a motor. Los dayao no utilizaban globos, pero sabían construir y pilotar unos planeadores ligeros que remontaban el vuelo desde los cantiles sobre los campos de lava negra, aprovechando las corrientes térmicas estivales como los cóndores y los buitres. Estos planeos constituían un deporte sagrado, muy apreciado por los jóvenes guerreros que disfrutaban practicándolo. Debido a ello, había una gran expectación por ver el vuelo

de un vehículo autopropulsado. Pero Dayat no compartía el entusiasmo popular. Los Retforok habían impulsado el proyecto del Destructor, y cuando éste fracasó perdieron el favor del Cóndor y ya no fueron llamados diariamente a Palacio, aunque tampoco fueron castigados. Dayat se mostraba bastante dolido y abatido, y hablaba despectivamente del proyecto de los Polluelos y de la gente encargada de llevarlo a cabo. Los aparatos precisaban mucho menos metal que el Destructor, pero necesitaban una gran cantidad de combustible y ello, según Dayat, constituiría una debilidad insalvable en su utilización. El Cóndor había enviado un ejército hasta la misma cordillera del Paraíso para negociar la adquisición de combustibles basados en el petróleo; la expedición tardó casi un año en ir y volver, y apenas trajo una cantidad suficiente para que uno de los Polluelos pudiera volar unos pocos días. Sin embargo, los dayao empezaron a fabricar carburante a partir del alcohol destilado de cereales y excrementos, y dos Polluelos que transportaban a dos hombres en su interior iniciaron unos vuelos de prueba a Kulkun Erain, de ida y vuelta. El primer día que lo hicieron hubo fiesta en Sai. Todas las mujeres salimos de nuevo cubiertas con los velos e incluso los hontik bailaron y lanzaron vítores cuando los Polluelos pasaron volando con sus rígidas alas negras. Aquel día vi al Cóndor, que salió al balcón del Palacio para ver pasar a sus Polluelos. Se suponía que las mujeres no debían manchar al Cóndor posando sus ojos en él, pero yo no hice caso y sólo me preocupé de que no me vieran mirarle. Iba vestido con ropas doradas y llevaba un casco de Cóndor negro y oro con la máscara y el pico, de modo que no pude ver nada del hombre, nada de lo que había debajo, sino sólo sus envolturas y su exterior. Ser el Cóndor es ser una apariencia.



Aquel día mi hijo estaba todavía en mi seno, pero pensando ya en salir a la Segunda Casa. Unos días más y se decidió a nacer haciéndome madre de una niña. Era menuda, fuerte y bien formada. Cuando vi la florecilla rosada de su entrepierna entoné el heya en mi corazón, pues si la criatura hubiera decidido ser varón, ese hijo habría «pertenecido» a mi esposo y habría sido un Cóndor. Como había decidido ser niña, su presencia no merecía la atención de nadie y sólo era importante para mí, Esiryu y Syasip. Su apellido familiar era Retforok y los sacerdotes le pusieron por nombre Danaryu, que significa ‘mujer Entregada al Uno’. El nombre sonaba bien al oído y yo lo empleaba en presencia de mi esposo y de los demás, pero cuando estaba a solas con ella la llamaba por uno de los nombres que tienen las codornices en Sinshan: Ekwerkwe, ‘Codorniz Vigilante’, que designa al miembro de la bandada que se posa en una rama alta y vigila mientras los demás se alimentan en el suelo, en la

estación de las lluvias, antes de la época de apareamiento. La pequeña tenía unos ojillos brillantes como los de una codorniz vigilante, estaba rolliza y sus cabellos formaban un pequeño copete, como las codornices.

Los demás no estábamos rollizos, precisamente. Durante esos años, la comida en Sai era pobre y escasa. El Uno había ordenado al Cóndor edificar la ciudad en los lechos de lava para quedar a salvo de enemigos, pero en aquel desierto negro no crecía gran cosa y era preciso traer los alimentos desde los lugares donde abundaban. Al aumentar el número de los dayao, con su tendencia a tener todos los hijos posibles, cada vez era necesario ir más lejos para conseguir comida; además, muchos tyon y hontik que antes se dedicaban a los cultivos, al pastoreo o a la caza, fueron empleados en la pesada tarea de fabricar las Grandes Armas y suministrarles combustible. El grano destinado a humanos y animales era devorado por las máquinas. Los guerreros del Uno desfilaban por las calles de Sai en santa procesión, cantando:

Nuestro alimento es la victoria,
nuestro vino es la batalla.
¡En el Uno, siempre venceremos!
¡El Uno es nuestra riqueza!
¡No existe la muerte!

No obstante, acuné la menuda carne mortal en mis brazos y la amamanté, alimenté a aquel ser que había nacido para afrontar la muerte, a Codorniz Vigilante. Y ella fue el alimento de mi alma con su existencia, su necesidad de mí. Si el Uno es algo más que una palabra, ¿qué puede ser sino comida?

Los sacrificios que estaban haciendo los dayao iban a reportarles riqueza y prosperidad cuando los Polluelos salieran a hacer la guerra. Sin embargo, el plan presentaba una dificultad: todos los pueblos humanos que vivían en las proximidades del país de los dayao habían huido ya de sus tierras, y si aún seguían en ellas era para hacer la guerra y no para pagar más tributos en comida, esclavos o cualquier otra cosa. Todos nos vimos afectados por ello y, cuando la vida se hizo aún más dura en Sai, volvieron a oírse comentarios sobre la propuesta de la familia de los Terter respecto a trasladar a la totalidad de las gentes del Cóndor hacia el sur para establecerse en tierras más prósperas. El ancestral espíritu inquieto de los dayao habitaba en ellos todavía y muchas de sus costumbres se adecuaban mejor a la vida nómada que a la sedentaria. Algunas de las mujeres de Retforok hablaron también de dirigirse al sur bajo las alas del Cóndor, pues allí encontrarían abundancia de alimentos, pastos, árboles, ganado y nuevas cosas que ver. Los hombres de la Casa de Retforok prestaron atención a sus comentarios; aunque se daba por sentado que las mujeres eran ignorantes y sólo sabían decir tonterías, esta vez los hombres escucharon sus palabras. Sin embargo, dado que los dayao no tomaban nunca decisiones en consejo público, como suele hacerse, no había modo de ponerse de

acuerdo y solventar las desavenencias. Las ideas se convertían en opiniones, y éstas daban lugar a facciones que divergían hasta convertirse en contrincantes permanentes.

Los cóndores de Retforok formaban parte de la facción partidaria de que la ciudad permaneciera donde estaba, donde había señalado el dedo de luz, y de que sólo los soldados siguieran el rastro de fuego de los Polluelos cuando éstos marchasen a la guerra. Y las mujeres, pese a continuar expresando sus deseos de encontrar un lugar mejor para vivir, también tenían miedo al traslado ya que la mayoría de ellas había pasado toda su existencia dentro de la ciudad, dentro de las casas, encerradas en sus aposentos. Su desconocimiento de otros lugares y gentes era tan absoluto como el mío la primera vez que viajé a Kastoha-na. Incluso los soldados ignoraban el modo de vida y las ideas de los demás pueblos, pese a haber vivido entre ellos durante años. En la Logia de los Buscadores se dice que el comercio y el conocimiento van unidos, igual que la ignorancia y la guerra. Y también creo que los dayao, al afirmar que todo pertenecía al Uno, se obligaban a pensar en términos de dualidad: o esto o aquello. Ellos no podían contarse entre los Muchos Pueblos.

Antes de que Ekwerkwe cumpliera un año, empezó a haber problemas entre los pueblos esclavizados que trabajaban en campos, minas y talleres, e incluso algunos de los campesinos, los tyon, habían comenzado a escapar para convertirse en personas que vivían en los bosques o huían hacia el este, a la Cuenca, para vivir con las liebres entre la artemisa. En una mina del país del lago del Cráter, un grupo de hombres hontik mató a los soldados del Cóndor que supervisaban su trabajo y huyó a las montañas de Plata. Me enteré de ello porque el Cóndor ordenó matar a diez hontik de la ciudad como castigo o represalia por los diez cóndores muertos en la mina. Tal decisión era justa si todos los cóndores eran un bando y todos los no cóndores eran otro: o esto, o aquello. Los diez hontik fueron amarrados a unos postes frente al Palacio, al final de la hermosa y larga calle. Los guerreros del uno entonaron una plegaria en voz alta al Uno y un pelotón de soldados del Cóndor fusiló a los diez hombres allí amarrados. El acto era denominado Ejecución de la Ley del Uno. Cuando tuve noticia del hecho, la cabeza empezó a darme vueltas. Vi entonces la luz del sol en el espacio común de Kastoha-na, pero no fue a mi madre a quien vi allí: lo que apareció ante mis ojos fueron unos buitres negros que se encorvaban sobre sí mismos para desgarrarse sus propios vientres, para arrancarse sus propias entrañas y devorarlas. Corrí a la habitación donde estaba Ekwerkwe, la tomé en brazos y nos acurrucamos juntas en el suelo, en un rincón, durante un largo rato, hasta que cesaron la visión y el mareo. Sin embargo, desde aquel día no me quedaron ánimos para seguir siendo una mujer del Cóndor o para seguir ciñéndome a sus costumbres. Estaba viviendo entre gentes que seguían el camino equivocado. Lo único que deseaba ahora era apartar de ellas a mi hija y a su madre, escapar a cualquier otro lugar.

Transcurrió mucho tiempo hasta que tuve una posibilidad de hacerlo, pues Sai era

cada vez más como un hormiguero contra el que librarse una guerra otro hormiguero, encerrada en sí misma y desesperada. Cuando el Cóndor envió los Polluelos a soltar las bombas incendiarias sobre los bosques y poblados de la gente Ziaun, al suroeste de Kulkun Eraian, otros pueblos se unieron a los Ziaun para librar la guerra. Ya habían hecho planes por adelantado, reuniéndose y comentando y comunicándose las novedades a través de la Central. No estaban en condiciones de causar daño a los Polluelos mientras volaban, pues lo hacían lejos del alcance de sus armas, y el campo desde el que partían y al que regresaban estaba protegido por un gran número de soldados del Cóndor; por eso alguien —probablemente un hombre o mujer que había sido esclavo hontik y conocía dónde estaban las cosas y cómo había que comportarse y hablar— entró de noche y prendió fuego a los tanques de almacenamiento del combustible, causando su explosión. La persona que lo hizo murió quemada, pero los Polluelos se quedaron sin carburante. Mientras se fabricaba más, el Cóndor envió un grupo de guerreros jóvenes en planeadores para que sobrevolaran los poblados Ziaun, pero los planeadores eran fáciles de abatir y no regresó ninguno. Aquel otoño fue tal la parte de la cosecha destinada a la producción de combustible para los Polluelos —no sólo el grano, sino también las patatas, los nabos, etcétera—, que los silos y almacenes de la ciudad quedaron vacíos. Se utilizó incluso el grano para la siembra. Todas las canciones citaban la gloria de morir por el Uno. Todos los hombres dayao tenían por norma matar cuanto pudieran, y las mujeres les ensalzaban por ello.

Un día de principios de otoño, cuando Ekwerkwe contaba ya tres años, tuve ocasión de visitar la Casa de Terter con otra mujer Reftork que tenía parientes allí. Habíamos solicitado hacerlo en numerosas ocasiones, y por fin los hombres de la casa nos dieron permiso y dispusieron que nos acompañaran varios esclavos. Ekwerkwe caminó junto a mí desde la Casa de Retforok hasta la Casa de Terter entre las paredes sin aberturas de una calle de la ciudad. Aquella fue la única vez en su vida que hizo ese trayecto.

Terter Gebe había muerto el año anterior y mi padre era el jefe de la familia, pero llevaba mucho tiempo recluido tras los muros de su casa como una mujer dayao para no atraer la atención del Cóndor y de los guerreros del Uno, que ahora se dedicaban diariamente a ejecutar a personas declaradas enemigas del Cóndor, a las cuales desgarraban las entrañas. Terter Abhao llevaba dos años sin ver a la hija de su hija.

Me recibió en la sala donde años atrás había sido conducida ante la presencia de Terter Gebe. Le encontré envejecido, muy pálido y totalmente calvo, y su porte aparecía ahora encorvado y abatido. El corazón me dio un vuelco cuando le vi, pues había esperado que no estuviera tan ajado como los demás hombres de la ciudad. Parecía enfermo pero, cuando miró a Ekwerkwe, su sonrisa parecía salida del valle, o al menos ésa fue la impresión que me causó.

—Así que ésta es Danaryu Belela —dijo cuando la niña llegó hasta él. La pequeña no le tuvo miedo; le gustaban todos los hombres, como suele suceder con las niñas de esa edad.

—Ésta es Danaryu a Da —es decir, al Uno, respondí—, pero también tiene un primer nombre distinto, Ekwerkwe. Así se denomina a la codorniz que grita su nombre cuando advierte un peligro, y entonces la bandada echa a correr o remonta el vuelo y escapa.

Mi padre me miró.

La niña le dio unos golpecitos en la mano para llamar su atención y repitió:

—Soy Ekwerkwe.

—Es un nombre muy bonito —dijo él—. Y tú, Ayatyu, ¿qué tal te va?

—Me aburro —respondí—. Aquí no hay nada para leer.

Utilicé nuestra palabra del valle para decir «leer» y él me contempló de nuevo durante un largo instante.

—Búho —dijo en el idioma del valle con una nueva sonrisa—, ¿tienes suficiente comida? Estás muy delgada.

—Mi estómago puede ayunar, pero mi mente está desnutrida. Padre, cierta vez hicimos juntos medio viaje...



Él asintió con un levísimo movimiento de cabeza. Contempló a la niña unos segundos y dirigió la palabra a las demás personas presentes en la sala cóndores e hijas de su casa y de la Casa de Retforok. Después me dijo, sin que nadie más pudiera oírle:

—Cuando se acuerden de mí, quizá también tú seas recordada.

Vi en su rostro aquel lugar frente al Palacio, los postes y el pavimento bañado en sangre.

—¡A pesar de todo, la niña! —exclamó.

El corazón me dio un gran vuelco y empecé a decir:

—¿Vendrás a...?

Él negó con la cabeza y replicó:

—Espera.

Un rato después, cuando las gentes de Retforok se disponían a partir de nuevo, mi padre dijo:

—Esta noche, Ayatyu Bele dormirá aquí; no he visto a mi nieta desde hace mucho tiempo.

Las mujeres de la Casa de Retforok se mostraron inquietas y confundidas; la más anciana de ellas protestó:

—Gran Cóndor, el marido de esa mujer, el Cóndor Retforok Dayat, quizá lo tome a mal puesto que no le ha concedido permiso para quedarse.

Otra de las mujeres añadió:

—Esa niña no es más que una nieta.

—El Gran Cóndor Terter Abhao podría honrar la Casa de Retfork visitándola alguna vez —terció otra, llena de malicia.

No hay modo de que un hombre pueda esclavizar y someter a una mujer si ésta no consiente en ello. Yo había odiado a los hombres dayao por estar siempre dando órdenes, pero las mujeres resultaban aún más odiosas por aceptarlas. Noté como si toda la cólera acumulada en los años que llevaba en Sai estuviera a punto de estallar y ya no pudiese contenerla, pero afortunadamente mi padre —siempre un buen estratega— intervino a tiempo:

—Bien, seguro que el Gran Cóndor Retforok Dayat no se disgustará con esa mujer si se queda aquí unas horas más. Me ocuparé de hacerla regresar esta noche, después de la cena.

Mis acompañantes no podían oponerse a tal solución y, por tanto, me dejaron allí junto con Esiryu. Tan pronto como se hubieron marchado, mi padre hizo llamar a un hombre y una mujer para que prepararan nuestra partida. Dado el escaso tiempo de que disponíamos, sólo pudo encontrar un par de hombres de su casa para que nos escoltaran a mí a Ekwerkwe y a Esiryu; él no podía acompañarnos personalmente ni hacer que nos escoltaran los soldados, como hubiera sido su deseo.

—¿Mandarán hombres a perseguirnos? —pregunté.

—A primera hora de la mañana saldré de la ciudad con una patrulla y estoy seguro de que me seguirán a mí, pues pensarán que te llevo conmigo, como en otro tiempo te traje hasta aquí.

Nos vestimos como si fuéramos tyon. Cuando llegamos al vestíbulo de la Casa de Terter, dije a mi padre:

—¿Vendrás alguna vez?

Él sostenía a la niña en brazos. La pequeña tenía sueño y apoyaba la cabeza contra el cuello de su abuelo. Éste habló con la cabeza inclinada hacia la pequeña, de modo que no supe si se dirigía a ella o a mí cuando murmuró:

—Di a tu madre que no espere, que no me espere.

A continuación, acarició el cabello de Ekwerkwe con su manaza y me entregó a la pequeña.

—Pero serás castigado por esto, serás... —no me atreví a pronunciar la palabra, pensando en los postes, las cuerdas y la sangre.

—No, no —respondió—. Tú habrás escapado después de dejar mi casa. Además, no estaré aquí para ser castigado. He recibido la orden de salir a patrullar hacia el oeste, a la zona de la montaña Blanca; me limitaré a partir un poco antes, eso es todo. Y fuera de la ciudad estaré a salvo.

Entonces supe que se dirigía al cañón donde le había visto muerto en mi visión. Sin embargo, aquélla era una de esas certezas, uno de esos conocimientos que no pueden expresarse ni ser de utilidad; así pues, me abracé a él y sus brazos nos rodearon a mí y a la niña durante unos breves instantes. Después salimos por fin

dejándole en aquella casa.

Abandonamos la casa por la puerta trasera con las primeras sombras de la noche, en silencio.

Uno de los hombres que nos acompañaban formaba parte del grupo que escoltaba a mi padre cuando hicimos el viaje desde el valle; era un hombre competente y serio llamado Arda. Al otro no lo conocía, aunque sabía que su nombre era Dorabadda y que había servido con mi padre en las guerras de los Seis Ríos. Ambos poseían la lealtad tan apreciada por los dayao; eran como perros guardianes fieles, alertas, valientes y resueltos, que cumplían lo que se les ordenaba sin hacer preguntas.

La puerta de la ciudad estaba siempre guardada y quienes entraban o salían eran interrogados, pero no tuvimos problemas allí. Dorabadda explicó que Esiryu y yo éramos mujeres tyon pertenecientes a un alto funcionario de Palacio, y que éramos enviadas de vuelta a los campos porque «ya no sirven, pues ambas están embarazadas»; el comentario dio lugar a varios chistes sobre los guerreros del Uno, que en teoría deben guardar un celibato perpetuo y a los cuales detestan y temen los soldados. Dorabadda charló con los centinelas relajadamente y logró que saliéramos pronto, sin problemas ni sospechas. Así fue cómo dejé atrás la ciudad de Sai, cuyas luces lucían refulgentes en la negra llanura y en el aire nocturno con un resplandor maravilloso. Toda esa noche, mientras nos alejábamos lentamente por el desierto de lava, la ciudad brilló a nuestra espalda. Nos relevamos para llevar auestas a la pequeña, que se había dormido; de vez en cuando se despertaba ligeramente y miraba con atención el cielo a oscuras. Ekwerkwe apenas había visto nunca las estrellas.

Abandonamos el gran camino con las primeras luces, y nos adentramos por la llanura de lava; al llegar el día nos refugiamos en una cueva y dormimos allí toda la jornada. También charlamos y me enteré de muchas cosas que no había sabido mientras vivía en la Casa de Retfork. Arda dijo que deberíamos mantenernos apartados de los pueblos y casas de campo de los tyon, pues de lo contrario era muy probable que nos atacaran para robarnos o para matar a los hombres y violar a las mujeres.

—¡Pero vosotros sois cóndores! ¡Vosotros dais órdenes a los tyon!

—Eso era antes —respondió Arda. Así descubrí que, fuera de las murallas de la ciudad, todo aquel dar y recibir órdenes había desaparecido y en su lugar sólo imperaba el desorden. Continuamos viajando de noche por las tierras de los dayao, ocultándonos y siguiendo las sendas del desierto.

Nuestro avance fue como pasar de la picadora de carne a la tajadera. Cuando salimos de las tierras de los dayao, entramos en los países de sus víctimas y de sus enemigos.

Al llegar a orillas del río Oscuro, Arda dijo que ya podíamos viajar de día, y yo comenté:

—En ese caso, Arda, vosotros dos debéis regresar. Id y decidle a Terter Abhao que habéis dejado a su hija camino de su hogar, y que no le ha sucedido nada.

—Él nos ordenó acompañarte hasta allí —respondió Arda.

—Escuchad —insistí—. Ahora sois dos buenos amigos míos, pero si os quedáis conmigo quizá me perjudiquéis. En vuestra compañía, Esiryu, Ekwerkwe y yo somos tres mujeres dayao. Sin vosotros dos, no seremos más que un par de mujeres con una niña pequeña, ajenas a cualquier guerra.

Los hombres, fieles a sus órdenes, se negaron a regresar. Yo me negué a continuar con ellos. No quería que los matasen por nuestra culpa, ni tampoco que nos matasen a nosotras por estar con ellos. Como me negué incluso a levantarme del lugar donde habíamos acampado junto al río, los dos hombres tuvieron que acceder a discutir el asunto, y así lo hicimos durante horas. Les resultaba muy difícil desobedecer a mi padre y hacer caso de las palabras de una mujer, pero comprendieron que tenía razón al afirmar que su presencia nos hacía correr un peligro mayor que su ausencia. Finalmente, a sugerencia de Dorabadda, decidieron seguirnos a cierta distancia, una hora detrás de nosotras más o menos, como si estuvieran persiguiéndonos. Era una buena solución a la disputa, salvo en un aspecto: según aquel plan, los dos hombres continuarían corriendo peligro. Pero esto no parecía contar en absoluto para ellos, de modo que los abrazamos y nos separamos, dejándolos en la orilla del río. Esiryu, Ekwerkwe y yo continuamos la marcha siguiendo la ribera norte del río oscuro hacia las elevadas colinas.

Entramos en el país de la gente que se llama a sí misma Fennen. Ahora procurábamos hacer justo lo contrario de lo que habíamos hecho en la primera parte del viaje: avanzábamos a plena luz del día por los caminos más abiertos, y si pasábamos cerca de algún lugar habitado hacíamos ruido y hablábamos en voz alta para que pudieran oírnos y vernos llegar. Nos entendíamos con aquellas gentes mediante gestos y cuatro nociones de TOK que yo había aprendido en Sinshan; los parloteos de Ekwerkwe daban mejor resultado que los nuestros, ya que todos los niños hablan el mismo lenguaje y todo el mundo les entiende. La cuarta tarde después de habernos separado de Arda y Dorabadda, una familia que vivía en una casa de madera junto a las grandes fuentes del manantial del Muro nos acogió para pasar la noche, compartiendo con nosotras su leche dulce y sus gachas de bellotas, y ofreciéndonos sus cálidos lechos. Dormí profundamente por primera vez desde que saliéramos de Sai, pero a la mañana siguiente, cuando desperté, oí a la gente de la casa conversar en el exterior y, por su tono de voz, comprendí que había sucedido algo malo. Mediante el TOK y algunos gestos, averigüé de qué se trataba. Aquellas gentes habían matado a uno de nuestros amigos en una emboscada; les habían oído hablar en dayao y, sin esperar a saber nada más, habían disparado contra ellos. Uno había muerto y el otro había conseguido escapar. No sé si el muerto fue Arda o Dorabadda, e ignoro también si el otro consiguió regresar sano y salvo a Sai. Desde que salí de la ciudad del Cóndor, nunca volví a tener noticia alguna de aquel lugar.

No pude evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas por la pena y el sentimiento de culpabilidad que me embargaba y Esiryu intentó cortar mi llanto, temiendo que los

fennen adivinaran que éramos mujeres dayao; Esiryu pasó cada minuto de nuestro viaje presa de un gran temor. En cambio, la madre de aquella familia se echó a llorar también al ver mis lágrimas y me dijo con palabras y gestos que había demasiadas guerras, demasiadas muertes, y que los jóvenes de su casa estaban todos trastornados y llevaban armas, como los locos.

Continuamos caminando muy lentamente, pues los pasitos de Ekwerkwe eran muy cortos. Aunque ya era otoño, los días parecían más esplendorosos conforme avanzábamos.

Cerca de la confluencia del río Oscuro y el Gran Río de las marismas, en una región montañosa que en los mapas del Heyimas aparece con el nombre de Loklatso, tropezamos con una gente que venía en dirección noreste. Observé a una persona en la ladera de una colina y creí que se trataba de un sueño, del fantasma de una persona de las Cuatro Casas: aquel rostro me resultaba familiar. En efecto, era el padrastro de mis primos, Siempre Cambiante de Madidinou, que había adoptado el nombre de Gusano en la Logia de los Guerreros. Conocía a aquel hombre de toda la vida. A sus compañeros no logré identificarlos, pero vestían ropas del valle y eran menudos, poco robustos, de brazos y piernas torneados y caras redondas, unos rasgos típicos del valle; llevaban el cabello trenzado al modo de la Logia de los Guerreros y uno de ellos comentó algo a los demás en mi idioma, en la lengua que durante siete años sólo había oído hablar en sueños a mis propias almas:

—¡Se acercan unas mujeres!

Avancé hacia ellos y grité:

—¡Siempre Cambiante! ¡Me alegro de verte, esposo de mi prima! ¿Qué tal las cosas por Madidinou?

No me importaba si eran fantasmas o seres de carne y hueso, si eran guerreros o amigos: era gente del valle, de mi casa, y corrí hasta ellos y abracé a Gusano. El hombre quedó tan sorprendido que, pese a su condición de guerrero, me permitió hacerlo y después, estudiando las facciones de mi rostro, exclamó:

—¡Búho del Norte!

—Oh, no ya no —dije—. ¡Ahora soy la mujer que Regresa a Casa!

Y así surgió el nombre que usaría durante la vida adulta.



Esa noche acampamos con los hombres del valle en un bosquecillo de sauces en las colinas de Loklatso y charlamos largo y tendido. Les pedí que me pusieran al día de las últimas novedades de Sinshan y del resto del valle, y ellos me pidieron que les contara lo que pudiera sobre los dayao, pues se dirigían a Sai. Todavía sobrevivía en mi interior la mentalidad de esclava que había aprendido en Sai, y tras hablar de bastantes cosas con aquellos hombres, empecé a mentirles pues temía que nos obligaran a acompañarles como guías y traductoras. En efecto, en un momento dado así me lo pidieron y yo me negué, y ahí quedó la cosa; pero más tarde me lo pidieron

otra vez, y otra, y para entonces yo empecé a desconfiar de ellos y a temerles como antes me sucedía con los hombres dayao y como jamás me había ocurrido con los hombres del valle.

Al principio les había contado sin reservas lo que sabía: que el camino a Sai podía hacerse más peligroso para ellos a cada paso que avanzaran y que el pueblo dayao vivía en un gran desorden, envuelto en la violencia y el hambre.

Gusano me escuchaba con expresión de guerrero, con ese aire de superioridad que tanto me exasperaba.

—Los cóndores poseen armas poderosas —me dijo—. Máquinas voladoras y bombas incendiarias. Son los más fuertes en esta parte del mundo.

—Es cierto —reconocí—, pero también lo es que se matan entre ellos y que pasan hambre.

Otro guerrero del grupo, un hombre de Telina-na cuyo nombre no recuerdo, comentó a Gusano:

—Es una mujer, y viene huyendo...

El hombre se encogió de hombros al hablar. Un muchacho, hijo del anterior, que llevaba ropas sin teñir, me preguntó:

—¿Has visto volar al Gran Cóndor?

—Existe un hombre a quien llaman el Cóndor —respondí—, pero no vuela. Ni siquiera camina. No sale jamás de la casa donde habita.

Ignoraba si el joven se refería al Cóndor o más bien a los Polluelos de éste, pero daba igual. Los hombres no querían escuchar lo que pudiera decirles, del mismo modo que yo no deseaba saber las razones que les impulsaban a ir a Sai. Pero advertí que Gusano empezaba a sentirse incómodo pese a sus aires de superioridad. Entonces dejé de insistir en que los dayao eran un pueblo enfermo que se destruía a sí mismo. Empecé a portarme como lo hacían las mujeres dayao ante los hombres, asintiendo y sonriendo a todo cuanto dijeran y simulando no saber nada salvo lo que se refiriera a su cuerpo y a sus hijos. La idea de tener que retroceder un solo paso por la ruta a la ciudad del Cóndor me impulsó a mentir de aquella manera. Así, cuando Gusano preguntó si había algún ejército del Cóndor en el camino que bordeaba el río Oscuro, respondí:

—No lo sé. Creo que vimos soldados en alguna parte, pero no conozco los nombres de los lugares. Tal vez fuera cuando nos encontrábamos en algún bosque de pinos... ¿O cerca de los volcanes? Aunque quizá no fuesen soldados del Cóndor, sino otra gente distinta. Además dimos con este camino por pura casualidad. Llevábamos un mes vagando sin rumbo y alimentándonos de bayas y raíces. Por eso estamos tan delgadas. En realidad, no sé dónde hemos estado.

Todo esto lo dije para que no me llevaran de guía.

Cuando preguntaron por Esiryu, volví a mentir sin pensármelo dos veces y sin el menor titubeo. Esiryu había permanecido fuera de la vista todo el tiempo, aterrada ante la presencia de los hombres.

—Abandonó a su esposo y tuvo que huir —dije—. Igual que yo. Los cóndores matan a las mujeres que abandonan a sus maridos. Y también a los hombres que se encuentran con ellas.

Ésta fue la mejor de mis mentiras, pues era cierta. Mis palabras surtieron el efecto deseado. A la mañana siguiente, los guerreros del valle continuaron su marcha hacia la ciudad y nos dejaron seguir hacia el suroeste. Cuando nos despedimos, les dije:

—¡Tened cuidado y sed precavidos, hombres del valle!

Y al muchacho, que era de mi misma casa, le aconsejé:

—Hermano mío, en las tierras secas recuerda el arroyo que corre. Hermano mío, en la casa oscura recuerda el cuenco de arcilla azul.

Aquellas palabras que una vez me había dado Caverna eran todo cuanto podía ofrecerle. Quizá le fueran de utilidad, como lo habían sido para mí.

Ignoro qué fue de esos hombres después de despedirnos de ellos en Loklatso.

A partir de allí viajamos por tierras que no se habían visto demasiado afectadas por la vorágine enfermiza de la ciudad. Cuando las recorrí años antes con mi padre y los soldados, nos habíamos mantenido alejados de los asentamientos humanos, viajando como los coyotes. Esta vez las atravesé como un ser humano. En todas las ciudades, pueblos y casas de campo donde entrábamos, sus gentes querían hablar con nosotras. Yo sabía muy poco TOK y la mayoría de los habitantes de aquellos lugares hablaban sólo en sus lenguas autóctonas, pero a través de gestos y expresiones puede comunicarse todo lo imprescindible y la hospitalidad es el flujo del propio río. No todas esas gentes eran generosas de corazón, pero en ningún lugar nos dejaron pasar hambre. Los niños de las casas de campo y las aldeas mostraban mucha curiosidad por conocer a una niña nueva que no habían visto nunca, y a veces se mostraban tímidos y escapaban de nosotras. En cambio, Ekwerkwe, que conocía cada día a gente extraña y solía jugar con niños que jamás había visto, se había vuelto muy osada y corría a buscarles. En cada pueblo le gritaban en un idioma distinto, y ella replicaba mezclando palabras dayao, kesh, fennen y klatwish, y se enseñaban mutuamente canciones de las que no comprendían ni media palabra. ¡Cuánta diferencia había entre viajar con ella hacia el valle y hacerlo con mi padre hacia el norte! Sólo a Esiryu le resultaba difícil el camino. Ella dejaba atrás su hogar en lugar de dirigirse hacia él, como era mi caso, y tenía miedo de la gente: no por cautela o por saberse diferente sino debido a un miedo cervical, como el de un perro extraviado que teme recibir un golpe. Para una mujer dayao, fuera de los muros de la casa de su padre o de su esposo, todos los hombres son peligrosos porque para los hombres dayao cualquier mujer no protegida por un hombre es una víctima, un ser al que no llaman mujer o persona, sino coño. Esiryu se consideraba a sí misma como tal, como un objeto a violar, y por ello le resultaba imposible confiar en aquellos extraños que nos acogían. Siempre permanecía detrás de mí y, por eso, empecé a llamarla Sombra. A menudo, yo pensaba que no debería haber venido y que había obrado mal llevándola conmigo; sin embargo, Esiryu no me habría dejado ir sin ella. La noche

que salimos de la Casa de Terter, le oí decir que prefería la muerte a vivir separada de mí y de Ekwerkwe. Su compañía me había sido de gran consuelo y ayuda durante el viaje. Aunque su miedo influenciaba y perturbaba en ocasiones mis sentimientos, otras veces me hacía más valiente de lo que realmente era, en esos momentos me animaba a decir, «¡lo ves, no tenemos nada que temer de esta gente!», y a seguir avanzando al encuentro de los desconocidos.

Avanzando al paso de nuestra pequeña codorniz, recorrer quince kilómetros cada día significaba una buena marcha. Llegamos hasta el transbordador de Ikul, una barca que se deslizaba de orilla a orilla por medio de unas cuerdas, y cruzamos el río de las marismas con una gente del Amaranto que volvía de las tierras altas con el oro extraído de las minas. Continuamos viaje hacia el oeste por los pantanos, y luego hacia el sur por las estribaciones de las montañas hasta el lugar llamado Utud, donde empieza la carretera de Chiryan, y atravesamos las colina por dicha ruta. Ésa es una tierra virgen. Las únicas gentes humanas en la carretera éramos nosotras. Los coyotes cantaban toda la noche las tonadas de la vieja loca y las canciones de la luna alta desde las empinadas laderas; la hierba estaba llena de ratones, las palomas torcaces emitían sus continuos arrullos y el aire de la tarde se oscurecía con las grandes bandadas de pichones y otras aves; a mediodía, cuando alzábamos la mirada, siempre encontrábamos al halcón de ala roja volando en círculos a gran altura. Mientras avanzábamos fui recogiendo y guardando plumas que encontraba en el suelo, y llegué a tener de nueve especies de ave distintas. Mientras caminábamos por esa carretera el cielo plomizo descargó la primera lluvia. Improvisé entonces una canción inspirada en la lluvia y las plumas, con esta letra:

No hay certeza,
sólo camino,
sólo camino, ah ya hey.
Yo soy el gran ser,
la hierba me hace reverencias.

Cuando llegué de vuelta al valle de mi corazón, traje esa canción y las plumas de las nueve aves de la tierra virgen, de la senda del coyote; y de los siete años que pasé en la ciudad del hombre traje mi condición de mujer adulta, a la pequeña Ekwerkwe y a mi amiga Sombra.

Descendimos por el arroyo de Buhda hasta el valle Profundo, y luego por la cañada de Hana-if hasta el río, entonando heyas a cada paso. Estábamos muy hambrientas pues nos habíamos alimentado únicamente de bayas y semillas durante toda la travesía de las colinas, pero no había querido que nos demorásemos recolectando frutos silvestres ya que es una labor que exige mucho tiempo, incluso cuando los hay en abundancia; al contrario, había procurado apresurar nuestra marcha. Por fin, avanzando río abajo, llegamos a Kastoha-na, dejando atrás el géiser

y los baños.

Acudimos al heyimas de la Arcilla Azul de la ciudad, y dije a los allí presentes:

—Soy la mujer que Regresa a casa, de Sinshan, y pertenezco a esta casa. Ésta es Ekwerkwe, de la ciudad del Cóndor, y pertenece también a esta casa. Y ésta es Esiryu, de la ciudad del Cóndor, amiga nuestra y que no pertenece a ninguna casa.

En el heyimas nos dispensaron una cálida acogida.

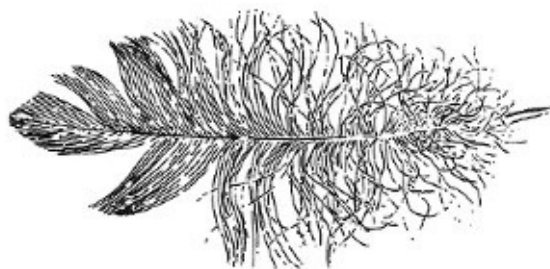


Las nueve ciudades del Río: I

Mapa talismán cedido a la compiladora por Continuador,
de la Serpentina de Chukulmas.

Mientras estábamos allí, mencioné a los hombres que habíamos encontrado en Loklatso y me contaron que se había celebrado una reunión de las gentes del valle para hablar de los guerreros y, que esa Logia había dejado de existir. Gusano y sus compañeros no nos habían dicho nada al respecto.

Los eruditos de mi heyimas en Kastoha me indicaron la conveniencia de que acudiera a Wakwaha para entregar a las bibliotecas y a la Central lo que supiera sobre los movimientos e intenciones de los dayao. Respondí que así lo haría, pero que antes deseaba dirigirme a mi ciudad.



Así pues, continuamos nuestro descenso por la orilla suroeste del río, a lo largo de la Vieja Carretera Recta, hasta la bella Telina. Hicimos noche en el heyimas de la ciudad, y a la mañana siguiente, muy temprano, proseguimos la marcha. Caía una lluvia plácida y abundante. Apenas podíamos distinguir las colinas grises del otro lado del valle, y a nuestra derecha, los contrafuertes de la montaña del Manantial, del monte de la Cerda y de la montaña de Sinshan parecían inmensos entre la niebla y las cortinas de agua.

Allá vamos, allá vamos,
vamos donde fuimos
para morir en el valle.
Allá van, allá van,
las nubes de lluvia valle abajo.

Nos desviamos por el sendero de Amiou a través de los campos de Sinshan, dejamos atrás la Roca Azul y las dehesas exteriores y pasamos el arroyo de Hechu por el puente del ganado. El arroyo bajaba ya con ímpetu, alimentado por las lluvias. Contemplé las rocas, caminos, árboles, colinas, campos, graneros, cercados, verjas, portillos, arboledas y demás lugares que mi corazón conocía. Fui diciendo sus nombres a Ekwerkwe y a Sombra, y entoné el heya a cada uno. Llegamos al puente sobre el arroyo de Sinshan, bajo el gran aliso y los robles en la ladera de la colina del Adobe.

—¿Ves, allí? —dije a Ekwerkwe—. En ese camino junto a la verja de la dehesa es donde tu abuelo, mi padre, Terter Abhao, estará ahora para nosotros. Una vez acudió a ese lugar a pie, y así llegó a mí. Y a ese mismo lugar volvió otra vez a por mí, a

lomos de un gran caballo y tirando de una yegua para que yo la montara. A partir de ahora, cuando pasemos por ese lugar le recordaremos.

—Ahí está —dijo Ekwerkwe, con la vista fija en el lugar indicado. La niña vio lo que mis recuerdos veían. Sombra no vio nada.

Atravesamos el puente y entramos en la ciudad. Ese puente sólo mide cuatro pasos.

Cuando doblamos a la derecha por el arroyo del Cañón Angosto, aparecieron unos niños. No supe quiénes eran. ¡Qué extraño resultaba! Un escalofrío recorrió mi cuerpo y mi alma pero Ekwerkwe, que había aprendido a saludar a todos los desconocidos, se desasíó de mi mano y contempló a los niños, saludándolos con su vocecilla en el idioma que ellos hablaban.

—Me alegro de veros, niños del valle —les dijo.

Dos de los chiquillos corrieron a esconderse tras la herrería. Los otros dos eran más valientes y se quedaron a observar a las forasteras. Uno de ellos respondió al saludo con una vocecilla aún más menuda que la de Ekwerkwe:

—Me alegro de veros —dijo, pero no supo cómo llamarnos.

—¿En qué familia vivís, niños del valle? —pregunté; al cabo de unos instantes, el muchacho que tenía ocho o nueve años movió la cabeza señalando la Casa de Chimbam. Entonces recordé al hijo de Dispuesta, nacido el verano anterior a mi marcha de Sinshan—. ¿No eres tú un hermano de mi misma casa, la de la Arcilla Azul, y vives en la familia de Dispuesta?

El muchacho asintió con la cabeza y añadió:

—Por favor, hermano, dime si aún vive gente de la Arcilla Azul en la Casa del Porche Elevado.

Asintió de nuevo, pero la timidez le impedía seguir hablando. Así pues, continuamos avanzando mientras un nuevo temor me embargaba. ¿Cómo no me había dado cuenta de que los siete años habían transcurrido por igual en Sinshan que en Sai? No había preguntado ni a Gusano ni a los presentes en los heyimas de Kastoha y Telina por los miembros de mi familia porque no había querido pensar que se hubiera producido cambio alguno en lo que había dejado atrás.

Llegamos al pie de la escalera del noreste que conduce hasta la galería del primer piso. Observé a mis compañeras, a la pequeña codorniz envuelta en harapos, empapada y reluciente bajo la lluvia, y a Sombra que, envuelta como yo en una capa negra, me miraba con ojillos brillantes. Mi padre nos había dado las capas la noche de nuestra partida y eran como las que llevaban los soldados. Tenían el color de los lechos de lava, el color del Cóndor, el color de la noche en que huimos de aquella ciudad. Me despojé de la mía y las doblé sobre el brazo antes de subir la escalera de mi casa. Mis pies conocían la distancia entre los peldaños. Mi mano conocía la barandilla mojada por la lluvia. Mis ojos conocían el umbral y la puerta de madera de roble, entreabierta para que entrara el viento de lluvia. El Oso me había precedido. La Coyote me acompañaba. Entonces dije:

—He nacido en esta casa y he regresado a ella. ¿Puedo entrar?

Me quedé sin aliento esperando que alguien me contestara. Por fin, mi madre, Carcachil, abrió la puerta de par en par y nos contempló con ojos asustados. Parecía haber encogido y tenía un aire extraño. Sus ropas no estaban limpias.

—Me alegro de encontrarte, madre. Mira, ésta es Ekwerkwe, que me ha hecho su madre, y a ti su abuela.

—Valiente ha muerto —respondió Carcachil—. Ha muerto hace ya mucho tiempo.

Nos dejó entrar, pero no me tocó siquiera y se apartó cuando yo quise abrazarla. Creo que tardó algún tiempo en comprender quién era Ekwerkwe y que ahora era abuela, porque cuando utilicé esa palabra volvió a referirse a Valiente. No dirigió una sola palabra a Sombra ni preguntó quién era; fue como si no hubiera advertido en absoluto su presencia.



Montaña del Alma

Mi abuela había muerto dos veranos después de mi marcha. Tras su muerte, el abuelo había regresado a Chumo y había fallecido allí poco después, según me contó la gente. Carcachil llevaba cinco años viviendo sola en la casa. Desde que la Logia del Cordero había dejado de celebrar reuniones y wakwas, permanecía apartada casi siempre, sin acudir al heyimas ni participar en las grandes danzas. En verano ya no acudía al prado de Gahheya sino que se internaba entre los riscos y las cumbres, siempre solitaria. Cáscara, la vieja amiga de mi abuela, y Nuevepunta, mi abuelo adoptivo, se habían preocupado por ella pero mi madre no quería estar con gente, fuese humana o se tratara de las ovejas de la familia, ni siquiera con los viejos árboles de la sierra de Sinshan, los olivos de hojas grises. Las almas de mi pobre madre se habían retraído hasta disolverse. Éste es el peligro de ir hacia atrás como ella había hecho al retomar su nombre de niña. Carcachil no había caminado en espiral, sino que había cerrado el círculo. Era como la leña de un fuego apagado por la lluvia. No quería que viviéramos con ella en la casa, ni tampoco que nos marcháramos; todo le daba igual. Ya no dejaba que las cosas cambiaran para ella. Mentalmente, le puse un último nombre: Cenizas. Sin embargo, no llegué a pronunciarlo nunca hasta que todos sus nombres fueron entregados al fuego en la Noche del Luto de la Danza del Mundo el año en que murió.

Algunas personas de Sinshan acudieron a saludarme con gran afecto. Meandro,

que antes se había llamado Grillo y había compartido conmigo los juegos de Shikashan, vino a mi encuentro a toda prisa, bañada en lágrimas, y luego compuso una canción sobre mi viaje y volvió para regalármela. Granate, que había sido Alondra Voladora cuando jugaba con nosotras, se había casado con una mujer de Ounmalin pero acudió también a charlar conmigo. El viejo Dada, que nunca había aprendido a pensar, vino varias veces a regalarme plumas para expresar que se alegraba de mi regreso; durante varios días, cada vez que acudía al heyimas, él me esperaba en los alrededores con la cabeza gacha, una pluma de gallo entre los dedos y la mano ligeramente extendida hacia mí, cuando yo cogía su regalo y le hablaba, él sonreía con el rostro vuelto hacia el suelo y continuaba su camino. Algunos de los perros más viejos se acordaban de mí y me recibieron con alegría. En cambio, entre los humanos, había quien temía contagiarse y no se acercaba nunca a mí, ni a Sombra, ni siquiera a Ekwerkwe. Un puñado de hombres muy supersticiosos emitían soplidos en dirección a nosotras cada vez que pasábamos a su lado, para evitar así la posibilidad de aspirar nuestro aliento. Estaban convencidos de que sus cabezas que darían vueltas hacia atrás si les contagiábamos la Enfermedad del hombre. Sinshan es una población pequeña y la gente de los lugares pequeños tiene la cabeza llena de supersticiones, igual que las cuevas albergan murciélagos. No obstante, en la ciudad había también gente generosa y comprensiva y ahora me sentía en condiciones de aceptar lo que me ofrecían, sin el temor y el falso orgullo de mi adolescencia.

Mi padre era un hombre sin casa y el padre de mi hija también, de modo que Ekwerkwe sólo pertenecía al valle y a la Arcilla Azul por parte de una abuela. Sin embargo, no hubo ningún comentario al respecto en el heyimas y los niños no la llamaron media persona. Creo, sinceramente, que había desaparecido del valle una enfermedad que todavía existía cuando el Cóndor estuvo allí. Algunas personas, como mi madre, habían quedado incapacitadas; sin embargo, los demás ya no estaban enfermos.

Esiryu dejó de llamarse Esiryu, pues adoptó el nombre de Sombra y, durante mucho tiempo pareció que realmente deseaba ser una sombra, que está y no está. Estaba en tensión permanente y desconfiaba de sí misma y de todos a su alrededor. No sabía acariciar al gato, y para ella las ovejas bien podrían haber sido perros salvajes; tardó mucho tiempo en dominar el idioma del valle y nuestras costumbres la confundían.

—Soy una extraña aquí. ¡Yo he llegado de fuera y todos vosotros estáis en vuestro mundo! —me dijo cierta vez mientras se celebraban los cánticos del Sol y, en torno al espacio común y al lugar de las danzas, todos los árboles aparecían maravillosamente floridos en pleno invierno con plumas, caparazones, agallas de roble doradas y pájaros tallados en madera—. ¿Por qué los niños se encaraman a los árboles para atar flores de madera a sus ramas? ¿Por qué acude gente vestida de blanco a la ventana de Ekwerkwe por la noche para asustarla? ¿Por qué no coméis carne de vaca o de ternera? ¿Cómo pueden estar casados Grajo y Ciervo Solitario si

ambos son varones? ¡Aquí jamás lograré entender nada!

Pese a tales comentarios, Sombra sabía asimilar rápidamente las cosas, y aunque cierto número de personas mostró hacia ella parecida desconfianza, muchas otras terminaron por apreciar su buen humor y su sincera generosidad. Hubo incluso quien la valoró por ser una mujer dayao, y no a pesar de serlo; éstos decían:

—Ésta es la única mujer del Cóndor que ha llegado hasta nosotros; ella es su propio don.

Cuando ya llevaba más de un año viviendo en la Casa del Porche Elevado, Sombra se me acercó un día y comentó:

—La vida en Sinshan es sencilla. Resulta fácil vivir aquí. En Sai, la existencia era difícil; todo era difícil. La existencia era muy dura. En cambio aquí es muy agradable.



Estábamos cosechando algodón en el campo de Amhenchu cuando se le ocurrió hacer aquel comentario. Por eso fue que repliqué:

—Aquí lo duro es el trabajo. En Sai nunca vi a nadie trabajar tanto. Y yo, mientras estuve allí, jamás me ocupé de tarea alguna, salvo de la maldita costura.

—No me refiero a esa clase de dureza —insistió ella—. Los animales llevan una existencia sencilla y agradable. Aquí la vida no resulta dura ni difícil. Aquí las personas son animales.

—¿Hontik? —dije yo.

—Eso es. Aquí incluso los seres humanos son animales. Todos pertenecen a todos. Un hombre dayao sólo pertenece a sí mismo y piensa que todo lo demás, mujeres, animales, cosas, el mundo entero, también le pertenece.

—Nosotros llamamos a eso vivir fuera del mundo —comenté.

—Resulta difícil vivir allí —insistió Sombra—. Para los hombres y para todo lo demás.

—¿Qué opinas de los hombres del valle? —pregunté entonces.

—Son... escurridizos.

—¿Escurridizos? —dije yo—. ¿Como anguilas gelatinosas o como pumas al

acecho?

—No lo sé —respondió—. Son extraños. ¡Jamás entenderé a los hombres de aquí!

Pero tampoco esto era del todo cierto.

Durante todos los años que pasé en Sai, tanto antes de casarme con Dayat como después, mi recuerdo volaba de vez en cuando a mi primo, Espada, no con dolor y cólera como cuando había dejado el valle sino con una especie de pena que acogía con satisfacción, porque no se parecía a nada de cuanto sentía o pudiera sentir en la ciudad del Cóndor. Aunque Espada se había apartado de mí, él y yo siempre habíamos buscado nuestra mutua compañía, tanto en la infancia como después, siendo ya adolescentes. Nuestros corazones se habían elegido mutuamente, e incluso cuando estábamos tan lejos el uno del otro y yo había perdido toda esperanza de volverle a ver, continuó formando parte de mí y del valle, y siguió ocupando un lugar en mi corazón y en mi recuerdo. Durante los últimos meses de mi embarazo había pasado por mi cabeza en ocasiones la idea de la muerte, como debe sucederle a cualquier mujer que se dispone a dar a luz; y en esas ocasiones en que pensaba en mi propia muerte, en la posibilidad de morir en un lugar extraño y ser enterrada allí, me embargaba tal melancolía que incluso hoy me da un vuelco el corazón al recordarlo. En esos malos momentos, a veces me servía de ayuda recordar el prado de Gahheya, las sombras de la avena loca contra las rocas y las palabras de mi primo, sentado a la orilla del pequeño arroyo de la cañada del Castaño buscando la espina que se había clavado en el pie: «¡Búho del Norte! ¿Encuentras esa maldita espina de una vez?». Y aquellos recuerdos eran para mí la vida.

La hermana de Espada, que había sido Pelicano cuando éramos niños y ahora se llamaba Lirio, vivía en su casa de Madidinou con un esposo de la Obsidiana. En cambio, Espada se había ido a vivir a Chukulmas cuando desapareció la Logia de los Guerreros. A finales de la estación seca del año de mi regreso, él apareció de nuevo en Madidinou y se instaló en casa de su hermana. Nos encontramos cuando acudió a Sinshan para bailar el Agua.

Yo participé en la danza ese año. Estaba bailando la música de las pezuñas del ciervo, la Agitación del Agua, cuando le vi charlando con una gente de la Arcilla Azul en compañía de Sombra y Ekwerkwe. Después de la danza me acerqué y él me saludó diciendo:

—Es un buen segundo nombre el que llevas ahora, mujer que Regresa a casa. ¿Tendrás que marcharte otra vez para que siga siendo acertado?

—No —respondí—. Estoy aprendiendo a ser ese nombre.

Advertí que él todavía tenía presentes las últimas palabras que yo le había dicho en los viñedos aquella tarde de finales de otoño, tantos años atrás: que le había dado un nombre en mi corazón. También ahora se abstuvo de preguntarme cuál era, y yo tampoco lo revelé.

Tras esa velada, mi primo acudió con frecuencia a Sinshan. Ahora era miembro

del Arte del Vino y se había convertido en un hábil vinatero que trabajaba en los lagares de ambas ciudades.

Había vivido varios años con una mujer en Chukulmas, pero no se había casado. Ahora residía en Madidinou como hermano de su hermana. Tras varios encuentros en Sinshan, advertí que él empezaba a pensar en renovar nuestra antigua amistad. Aquello me conmovió pues le estaba agradecida por haberme proporcionado el recuerdo que más me había ayudado cuando había tenido miedo de morir en un país extraño, y su visible interés por mi compañía halagó también mi autoestima, que tanto había sufrido a causa de su alejamiento y que todavía anhelaba satisfacción. Pero salvo por esa razón, yo no tenía grandes deseos de volver a tenerle por amigo ni por amante. Era un hombre atractivo, de espalda recta y paso ágil, pero percibí todavía en él al guerrero. Se parecía demasiado a los hombres dayao. No era como mi padre que, aún habiendo sido un Verdadero Cóndor y un soldado toda su vida, no fue nunca un guerrero de mente ni de corazón. Espada se parecía más a mi esposo, Dayat, quien, pese a no combatir nunca con su cuerpo o con las armas, había convertido toda su existencia en una guerra, en una cuestión de victoria o derrota. Casi todos los hombres que habían pertenecido a la Logia de los Guerreros y se habían quedado en el valle, parecían haber adoptado un nuevo nombre, pero Espada había conservado el suyo. Cuando lo miraba, veía en sus ojos una expresión inquieta y preocupada; no poseía ya la mirada clara y franca con que el puma observa el mundo. Comprendí que aquél no había sido el nombre adecuado para él; Espada le iba mejor.

Cuando dejé bien claro que no sentía interés por él más que como primo o viejo amigo, Espada continuó visitándonos y Sombra siempre se alegró de recibirle. Aquello me preocupó un poco. La Esiryu atrevida, inquieta y obstinada, tantas veces en apuros por su carácter insolente y desobediente ante sus superiores en Sai, era ahora en Sinshan la dulce Sombra, siempre retraída y acobardada. Era aquel comportamiento lo que atraía a Espada, que quizá pretendía despertar mis celos, pero lo cierto es que también le gustaba conversar con Sombra. Las personas que convierten la vida en una guerra libran ésta primero con las personas del sexo opuesto, me parece, e intentan derrotarlas, obtener victorias sobre ellas. Sombra era demasiado inteligente y generosa para querer derrotar a Espada o a cualquier otro hombre, pero toda su educación entre los dayao la había preparado para adoptar el papel de la derrotada, de la enemiga amorosa. No me gustó el modo en que Espada empezó a pavonearse ante ella cuando paseaban juntos, pero Sombra se hacía más fuerte día a día y había más aire de puma en su mirada que en la de él. Llegué a pensar que mi primo terminaría siendo su hontik sin darse cuenta de ello.

Si Esiryu se convirtió en otra persona bajo el nombre de Sombra, también Ayatyu se fue transformando en otra persona como la Mujer que Regresa a Casa, aunque, como ya lo había comentado con mi primo, tuve que aprender a serlo. El proceso me llevó bastante tiempo.

En Sai siempre me sentía inquieta y suspiraba por tener algo en qué ocupar los

días. En Sinshan había mucho que hacer en la casa. Mi madre no se había ocupado de las tareas domésticas, de los huertos ni de hilar, y había dejado que las ovejas de la familia pastaran con los rebaños comunes de la ciudad. El placer de hacer cosas y de trabajar había muerto en ella con todos los demás fuegos interiores.

Quizá debido a que había visto los efectos de la pasión amorosa en las vidas de mis padres, continué recelando de todos los hombres que pudieran traer tal pasión a mi existencia. Apenas había empezado a aprender a mirar y no quería que nada me cegase. Mis padres jamás se habían visto de verdad el uno al otro. Para Abhao, Sauce de Sinshan había sido un sueño; toda su vida real estaba en otra parte. Para Sauce, el Cóndor Abhao había sido todo el mundo; él era lo único que le había importado. De este modo, ambos habían entregado su gran pasión y su fidelidad a un ser inexistente; no se habían entregado realmente el uno al otro sino que habían perseguido a unas personas imaginarias, a una mujer soñada y a un hombre convertido en dios, y toda su entrega fue en vano, fue un regalo sin destinatario. Mi madre había perdido su propio ser tras aquel no ser, había volcado toda su pasión en la nada. Y ahora, nada quedaba de ella ni de esa pasión. Sauce estaba vacía, fría, estéril.

Decidí que quería ser rica. Si mi madre no podía darse calor a sí misma, yo me encargaría de procurárselo. Ya en aquel primer año de mi regreso, confeccioné un manto para danzas que entregué a nuestro heyimas. Utilicé para ello el telar de Valiente, que nadie había tocado desde su muerte y permanecía arrinconado en la segunda estancia de la casa. Mientras tejía, contemplaba el brazalete de plata en forma de media luna que brillaba en mi muñeca entre la urdimbre, adelante y atrás.

Cáscara había cuidado nuestras ovejas en la época de cría, y cuando el esquila, había entregado la lana a los almacenes; todavía nos quedaban en la familia dos carneros y tres ovejas. Cuando salía a ocuparme de ellos, siempre llevaba a Ekwerkwe conmigo. La niña estaba encantada de aprender cosas de las ovejas y de los demás animales de los pastos y colinas. En la ciudad del Cóndor no había visto más que seres humanos, y su educación había sido incompleta en muchos aspectos. Durante nuestro viaje hasta el valle había hecho todo el camino entre los seres vivos de las Cuatro Casas; y había probado la leche de la Coyote. Ahora, en el valle, hacía lo que todos los niños y se habría pasado el día entero con las ovejas, con las vacas lecheras en los establos, y con los cachorros en las perreras. En cambio, los huertos y los terrenos donde recolectábamos frutos silvestres no le gustaban tanto; en ellos el trabajo es más lento y arduo, y los resultados no son tan fáciles de apreciar, salvo en la época de la recolección. Este conocimiento se adquiere poco a poco.

La familia de Nuevepunta criaba himpis y nos regaló cuatro cachorros de una camada. Adecanté el viejo corral bajo el balcón y puse los himpis al cuidado de Ekwerkwe, quien al principio casi los abrumó con sus cuidados y luego se olvidó de ponerles agua, hasta que estuvieron al borde de la muerte; entonces, lloró de remordimiento y aprendió la lección. También aprendió a silbar como un himpi. La gata que vivía en el piso de abajo de la Casa del Porche Elevado tuvo crías y un par

de ellas terminaron en nuestra casa. Un día descubrí cerca de nuestros árboles frutales un cabrito a medio crecer, cojo y sangrando; los perros salvajes habían matado a la madre y herido a la cría, una hembra. La curé lo mejor que supe, bajé con ella desde los campos a la ciudad y la albergué en el corral hasta que se hubo recuperado. Al ser un animal extraviado, pasó a ser miembro de la familia, y con el tiempo llegamos a tener cinco cabras, cuya magnífica lana de pelo largo, canela y negra, proporcionaba una excelente *mohair* para tejer.

Siempre me había gustado la alfarería más que cualquier otra actividad artesana, pero con las ovejas y cabras, y disponiendo de un buen telar, parecía más indicado dedicarse a tejer y así lo hice. Ya que había decidido dar, tomé lo que me era dado. El mayor inconveniente de tejer era que no me gustaba permanecer en el interior de la casa. Siete años bajo techo habían sido suficientes. No obstante, mientras duró la estación seca, desde la Luna a la Hierba, tuve instalado el telar en el balcón y trabajé allí muy a gusto.

Sombra, educada en Sai para «camarera de vestidor», no sabía siquiera cocinar y aprendió a hacerlo al mismo tiempo que Ekwerkwe. Mi madre se acostumbró a su compañía; no hablaba mucho con ella, pero terminó por gustarle estar junto a Sombra y trabajar a su lado. Sombra aprendió a cuidar el huerto con mi madre y con Cáscara. Más adelante, empezó a charlar con las mujeres de la Logia de la Sangre, que iniciaron su instrucción, y con los hombres y mujeres del heyimas de la Arcilla Azul; durante su tercer verano en Sinshan, en la Danza del Agua, pasó a ser una persona de la Arcilla Azul, de mi misma casa, una hermana mía como lo habíamos sido, unidas por amor y por lealtad, desde que nos conocimos siendo adolescentes en la Casa de Terter. Más adelante se afilió a la Logia de los Cultivadores. En cierta ocasión, mientras estábamos revolviendo el compacto adobe negro de nuestro huerto en la época de siembra, cuando la tierra se pegaba a la azada, formando grumos tales que una de nosotras tenía que pasar la herramienta a la otra para que la limpiara después de cada palada, y tomar una segunda azada para hundirla entretanto otra vez, antes de someterla a una nueva limpieza... mientras sudábamos bajo una lluvia fina y fría, Sombra me dijo:

—Mi padre era un tyon, un campesino. Me vendió cuando contaba cinco años a la Casa de Terter para ser educada como camarera y liberarme así del trabajo que me esperaba. ¡Mírame ahora! —Trató de levantar el pie y también éste quedó atascado con aquel pegajoso barro negro—. Estoy atrapada en el fango.

Arrancó un gran grumo de adobe de la azada, me la devolvió y seguimos cavando. No hablábamos a menudo de la ciudad. Creo que incluso para ella, esos tiempos parecían una noche febril de insomnio, oscura, interminable y llena de pensamientos, emociones y miserias, un tormento para el alma, pero de la cual apenas queda recuerdo cuando amanece el día.

He olvidado mencionar que el año de mi regreso a casa, después de haberse celebrado la Danza del Sol, dejé en Sinshan a Ekwerkwe, Sombra y Carcachil para

viajar sin compañía a Kastoha-na y a Walwaha, donde relaté mi vida entre los dayao y respondí a las preguntas que quisieron hacerme sobre esas gentes, sus armas y sus planes bélicos. Por esa época, en la Central se acumulaba y se solicitaba mucha información referida a los ejércitos del Cóndor; allí me comunicaron que los Polluelos volvían a volar y que habían incendiado poblaciones enteras en el país, al suroeste de Kulkun Eraian, pero no había informes de la presencia de ejércitos del Cóndor fuera de las tierras de éste. Mientras estaba allí se recibió en la Central un mensaje del país de los Seis Ríos donde se decía que unos testigos habían visto caer a tierra un Polluelo envuelto en llamas. Cuando los eruditos pidieron nuevos datos al respecto, la Central confirmó el hecho. Eran tantas las gentes que utilizaban ahora las centrales, desde la Gran Cuenca y el mar Interior hasta la costa y más allá del país del lago del Cráter, hasta las tierras de los confines septentrionales, que todos los movimientos de los ejércitos de la ciudad del Cóndor eran transmitidos y conocidos al momento, según me contaron, y nadie podía ser cogido por sorpresa o quedar a merced de los dayao si solicitaba ayuda a las demás gentes. Yo presté atención a los comentarios y respondí a lo que me preguntaron lo mejor que supe, pero en esa época no deseaba oír hablar de los dayao y mi único interés era relegarlos al olvido. Por ello dejé Wakwaha lo antes que pude.

Volví allí con Ekwerkwe cuando ésta tenía nueve años, pero no acudimos a la Central sino que fuimos a las fuentes del río para bailar el Agua donde el agua empieza a brillar.

Cuando ya llevaba dos o tres años en casa y la familia empezaba a prosperar y la jornada de trabajo ya no ocupaba todos mis pensamientos, empecé a prestar más atención a cuanto se decía en el heyimas y a conversar con mi abuelo adoptivo y con Cáscara, dos personas consideradas y magnánimas. Ambos me habían dedicado sus atenciones y, ahora que se estaban haciendo viejos, era momento de que me ocupara de ellos y de que tomara por lo menos lo que ellos me ofrecían. Me sentía feliz del flujo de regalos y ofrendas que entraba y salía por la puerta de nuestra vivienda en los últimos tiempos, y Cáscara y Nuevepunta elogiaban mi riqueza; pero sabía que ellos no me consideraban rica porque mi educación y mis conocimientos de historia, poesía y otros campos intelectuales eran muy pobres. No poseía más canciones que el wakwa del canto que me habían entregado el anciano en el Géiser cuando era niña, y la canción de la lluvia y la pluma que me habían regalado en las montañas durante mi regreso a casa.

—Si lo deseas, nieta, te entregaré la Espiral del Ciervo —me dijo Nuevepunta cierto día. Se trataba de un magnífico regalo y me lo pensé mucho antes de aceptarlo, pues desconfiaba de mi capacidad.

—¡Eso es un caudal muy grande para verterlo en un cuenco tan pequeño! —dije en respuesta a su ofrecimiento.

—Ese cuenco está vacío, de modo que puede dar cabida a mucho —comentó él.

Empleamos toda la estación de las lluvias, reuniéndonos en el heyimas a primera

hora de la mañana, en cantar la Espiral del Ciervo hasta que la hube aprendido. Aún hoy, es lo más grande que poseo.

Después de instruirme con Nuevepunta, empecé a leer los archivos de la Logia del Madroño, y más adelante acudí al Madroño de Telina-na y a la Arcilla Azul de Wakwaha para continuar mi educación. Yo no tenía grandes dotes, pero fue mucho lo que se me concedió en esos lugares.^[20]



Cuando Espada y Sombra se casaron, nuestras dos estancias en la Casa del Porche Elevado pasaron a acoger a dos familias, lo cual significaba una multitud. Además yo no me sentía cómoda viviendo bajo el mismo techo que Espada, a quien en otro tiempo había deseado. No confiaba plenamente en él, ni en mí misma. Aunque entoné la Canción de Bodas para ellos con todo mi corazón, seguía considerando que los antiguos sentimientos podían revivir súbitamente y engullirnos, como las cavernas en los campos de lava. Además yo no había tenido un hombre en mi cama desde que había dejado aquellos campos quemados.

La primavera de ese año bailé la Luna por primera vez.

Carcachil, Ekwerkwe y yo acudimos a pasar el verano a Gahheya mientras Sombra y Espada viajaban al otro lado del valle, a un lugar de veraneo próximo a las Cataratas Secas. Después del Agua nos encontramos todos de nuevo en la Casa del Porche Elevado; decidí entonces viajar a Telina por un tiempo y Ekwerkwe expresó su deseo de acompañarme. Nos alojamos en la Casa de las Escorias Volcánicas. Vid, la esposa de mi medio tío, estaba enferma de sevai y había perdido la vista casi por completo. A la mujer le gustaba hablar conmigo de los viejos tiempos. No tenía hijas, y su casa, que tan bulliciosa había sido siempre por la presencia de niños, estaba ahora muy silenciosa. A Vid le gustaba explicar a Ekwerkwe que hubo un tiempo en que se refería a su hogar como montaña, y que había pedido muchas veces que fuera a vivir con ella a esa montaña; al recordarlo, la mujer añadía:

—¡Y ahora no sólo el Búho, sino también la Codorniz ha venido a alojarse en la montaña!

Aunque Ekwerkwe lo sabía muy bien, entonces le preguntaba:

—¿Quién es Búho?

Y así continuaba charlando apaciblemente, parloteando como dos arroyos en la estación de las lluvias.

Mientras permanecemos en Telina acudí cada día a la Logia del Madroño para leer historia. También frecuentaba el lugar una persona de la Serpentina de Chumo con quien solía conversar. El hombre no había salido nunca de Chumo pues había quedado cojo de una caída siendo un muchacho y le resultaba difícil viajar como no fuera a lomos de un caballo o en un carro. El hombre no había pensado siquiera en dejar su ciudad hasta que cumplió los cuarenta. Para entonces, llevaba ya muchos años de prácticas en la Logia de los Doctores pues poseía un gran don para las curaciones, tan acusado que tenía sobre sus hombros una carga superior a sus fuerzas. Había adquirido tantas deudas de vida en Chumo que estaba agotado de intentar pagarlas. Por esa razón había acudido al Madroño de Telina para tomarse un descanso, y sólo visitaba la Logia de los Doctores para entonar los cánticos. Era un hombre muy lacónico, pero sus contadas palabras resultaban siempre interesantes. Cada vez que charlábamos me entraban deseos de volver a hacerlo. Un día, el hombre me dijo:

—Mujer que Regresa a Casa, si pudiéramos hacer una cama, yo la ocuparía con gusto; sin embargo, no sé dónde hacerla.

—Yo tengo un lecho muy grande en Sinshan, en la Casa del Porche Elevado —respondí.

—Si yo entrara en tu casa, me gustaría hacerlo como tu esposo. Quizá tú no quieras un marido, o quizá no desees este marido.

Yo no estaba segura, de modo que añadí:

—Bueno, hablaré del asunto con Vid. Ella pasó su juventud en Chumo y quizá le guste tener a un hombre de Chumo en su casa durante un tiempo.

Así pues, el hombre vino a vivir con nosotras en la Casa de las Escorias Volcánicas antes del Sol. Ambos bailamos juntos la danza de los Veintiún Días. Ekwerkwe durmió con Vid, y yo con Aliso. Si lo que deseaba era un marido, éste parecía el adecuado; con todo, quizás era mejor que no me casara. A mis madres no les había ido muy bien en sus matrimonios y yo ya había tenido un marido al que había abandonado sin pensármelo dos veces y sin mediar palabra. Aliso y yo nos llevábamos bien, es cierto, y casándose conmigo él podría dejar justificadamente a sus acreedores de Chumo para iniciar de nuevo su actividad en la Logia de los Doctores de Sinshan. Ésta era una buena razón para concertar la boda, pero yo seguí sin decidirme. Todavía era la hija del Cóndor y la esposa del Cóndor, una mujer ignorante y de escaso entendimiento que apenas empezaba a ser una persona. Estaba cruda y todavía necesitaba una buena dosis de cocción. Aunque ya tenía veintiséis años, tan sólo había vivido diecinueve en el valle, y todavía era demasiado pronto para casarme. Comenté mis pensamientos con Aliso y él me escuchó sin responder. Esa capacidad de escuchar con atención y en silencio era una de las cosas que más

me gustaban de él. Era su don y su modo de ser.

Unos días después de haber hablado con él de esas cuestiones, vino y me dijo:

—Envíame de nuevo a Chumo.

—Ésta no es la casa de mis madres —respondí—. No puedo enviarte como dices.

—Yo no puedo dejarte pero debo hacerlo —insistió él—. Te estoy quitando tu fuerza, pues no deseas o necesitas lo que tengo para darte.

Se refería a su necesidad de mí. Aliso me habló con gran pasión y con igual contención. Lo que decía era cierto: yo no deseaba su necesidad de mí. Pero había otra cosa que también era cierta: una vez, un insecto tejedor me había concedido un don que yo no deseaba ni comprendía pero, pese a todo, lo había aceptado y quizás aún constituía mi riqueza.

—Los maridos no parecen durar mucho en nuestras habitaciones de la Casa del Porche Elevado —respondí—. Uno de ellos pasó su vida huyendo a Chumo y el otro volvió a marcharse fuera del mundo. No será preciso que te quedes mucho tiempo. Podrás volver a Chumo cuando lo desees, pero ven a mi casa una temporada.

Así pues, regresamos a Sinshan para bailar el Mundo, pero no la Noche de Bodas. Ekwerkwe permaneció un mes más con Vid, y más adelante Sombra y Espada se fueron a vivir a la Casa de los Ciruelos, donde había quedado vacía una estancia en el segundo piso desde que el nieto de Cáscara contrajera matrimonio con Shopiwe, de la Casa Cima de la Colina. La otra familia del primer piso de la Casa del Porche Elevado desalojó una pequeña habitación al norte de la casa y la devolvió a nuestra familia, de modo que Aliso y yo instalamos allí el dormitorio. En Sinshan nos llevamos mejor incluso que en Telina. Sin embargo, él no volvió a hablar de matrimonio ni tampoco me llevó su comportamiento a recordar lo que había dicho de que si acudía a mi casa quería hacerlo como esposo. Yo recordaba muy bien sus palabras, pero seguí diciéndome a mí misma: «No me dejaré cautivar como le sucedió a mis padres. No permitiré que su necesidad engulla mi vida. Debo llegar a ser yo misma sin ayuda. Cuando llegue un hombre que me guste tanto como éste, sea bajo la Luna o bajo la luz del Sol, le tendré si lo deseo». Y así fue, sólo que nunca encontré a otro hombre que me gustara tanto como Aliso.

En la Logia de los Doctores de Sinshan, Aliso se comportó con cautela y yo aprendí mucho observando su precaución. Él sabía que algunas personas de miras estrechas de esa Logia se mostrarían celosas de su capacidad, y tuvo siempre un gran cuidado de no entrar en competencia con ellos. Tampoco deseaba acumular deudas de vida como había hecho en Chumo, orgulloso de su arte; así pues, pidió a la Logia que se le encomendara el cuidado de las personas que sufrían cánceres o sevai, es decir, de aquellos para quienes había poco alivio y nulas posibilidades de curación. En cierto momento hubo tres personas en tal situación en Sinshan, y Aliso acudió a cuidar y cantar a todas ellas. En la Logia, un miembro malintencionado comentó:

—¡Ese hombre de Chumo merodea en torno a los moribundos como un buitre!

Aliso escuchó sus palabras y se avergonzó. No quiso decirme qué había sucedido,

pero advertí que se había sonrojado y descubrí, gracias a mujer Risueña, a qué se debía. Me sentí furiosa con él, pero en su presencia conservé la ironía.

—¡Todos mis esposos son cóndores o buitres! —exclamé.

Le acababa de llamar esposo. Él me oyó, pero no dijo nada.



En casa, Aliso se llevaba muy bien con Ekwerkwe, y Carcachil se sentía tan cómoda con él como con cualquiera; a veces, por la noche, cantaba en voz casi inaudible alguna de las largas canciones de su arte, y cuando mi madre le escuchaba, su rostro adquiría una expresión relajada y profunda, carente de toda tensión. Aunque nunca había acudido con los rebaños a la montaña de la Oveja debido a la cojera, seguía siendo un hombre de Chumo y las ovejas confiaban en él; en cuanto a la cabra que yo había encontrado en la sierra de Sinshan, le acompañaba siempre que Aliso daba un paseo por los campos. Como los dos cojeaban, resultaba una imagen simpática verles renquear lentamente uno detrás del otro, seguidos por el resto de las cabras de Sinshan.

Cuando Nuevepunta murió, pasé a ser la Cantante de la Espiral del Ciervo en mi heyimas, tras lo cual recayeron sobre mí nuevas responsabilidades. Pocos años después, me sentí suficientemente rica y, a veces, igual que a mi madre, me asaltó el deseo de ir a pasar el verano a lo alto de las montañas, lejos de los seres humanos. No llegué a hacerlo, pero sí anduve por la casa de la Coyote, siempre algún tiempo después de la Danza del Verano o antes de la Hierba.

A veces llegaba alguna persona de Chumo para quedarse unos días con Aliso en nuestra casa. Uno de sus acreedores era un niño a quien había extirpado el apéndice cuando el pequeño contaba seis años. Aliso no rechazó en absoluto su responsabilidad por aquella vida. El niño era ya un adolescente y su madre le acompañaba cada nueva estación a rendir visita a aquel padre adoptivo. La mujer nunca dejaba de repetirle a Aliso:

—¿Cuándo volverás? Fulano te necesita y Mengano me ha preguntado cuándo regresarás a Chumo.

La mujer iba citando a todos aquellos que seguían vivos porque Aliso los había curado. Aliso mostraba aprecio por el muchacho, un chico alegre y despierto al que llamaba Barriga Cortada; en cambio la madre siempre le dejaba muy abatido e inquieto. Yo veía a Aliso meditar sobre su propia vida hasta que, por fin, el día siguiente a una visita del muchacho y su madre, me dijo:

—Creo que debo volver a Chumo.

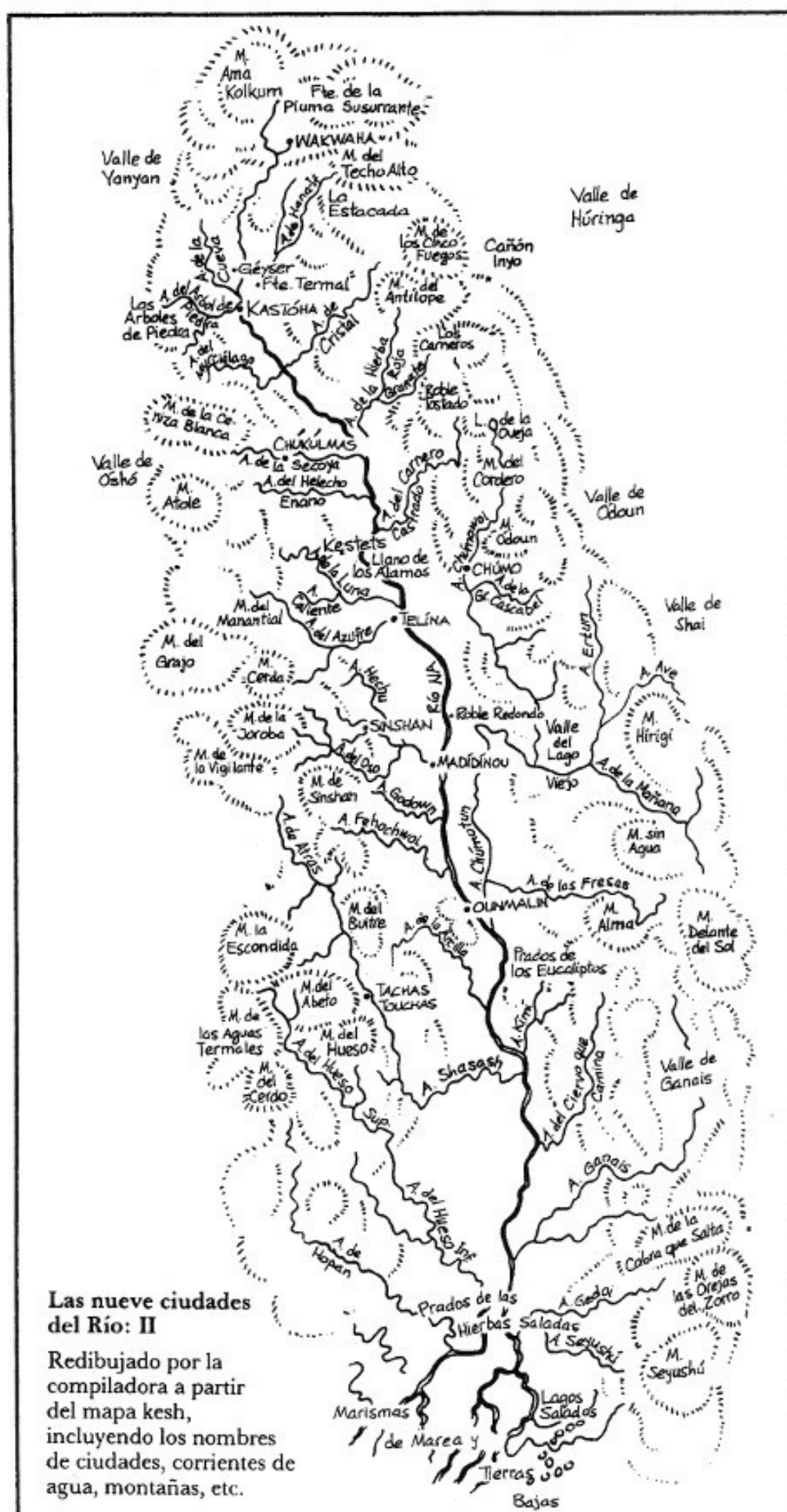
Yo también había estado pensando en ello y respondí:

—Aliso, esas gentes de Chumo ya se cuidan unas a otras. En cambio, aquí hay personas que te necesitan en este momento. ¿Cómo morirá el anciano de la Casa del

Noroeste si no estás con él? ¿Cómo podrá vivir esta mujer de la Casa del Porche Elevado si no sigues junto a ella?

Aliso se quedó en Sinshan y nuestra gente cantó la Canción de Bodas para nosotros la segunda noche del Mundo de ese año. Tiempo después, Aliso se afilió a la Logia del Adobe Negro y se hizo estudioso de ese saber. Por dos veces cabalgó a Wakwaha para la Espiral Occidental. Cuando mi madre cayó enferma, Aliso cuidó de ella, y cuando Carcachil empezó a agonizar la acompañó en su camino hasta donde resultaba conveniente hacerlo. Yo fui con él, siguiéndole como la cabra coja, hasta que mi madre llegó al término de sus días. Aliso y yo regresamos junto a nuestra casa.

Y ya no queda nada más que contar de mi vida después de esto; he entregado al valle todo lo que pude traer de fuera y he escrito todo lo que he podido recordar; el resto se ha vivido y se volverá a vivir. He permanecido en este lugar hasta convertirme en Piedra Parlante, y mi esposo en Piedra Oyente, y mi codorniz en Resplandor; y en esta casa, Bellota y Papamoscas me han convertido en la Abuela que Trabaja en su Telar.



Mensajes referentes al Cóndor

La mayoría de los mensajes y avisos que llegaban a la Central de Wakwaha eran guardados en la memoria de corto plazo durante veinticuatro horas, y luego autoeliminados, pues tenían una significación práctica e inmediata; se trataba de notificaciones de otros pueblos de la región sobre bienes o alimentos para comerciar, cambios de horario del tren, anuncios de fiestas a las que se invitaba a los forasteros, informes meteorológicos facilitados por los satélites de la ciudad o advertencias de inundaciones previstas, incendios, terremotos, erupciones volcánicas o sucesos lejanos que podían afectar a la situación local. En ocasiones los informes referidos a hechos humanos que se consideraba que afectaban a los pueblos de un territorio extenso, eran impresos en papel para su publicación o para su conservación en los archivos.

Los informes que exponemos a continuación pertenecen a este último género y fueron conservados en los archivos del Madroño en Wakwaha. (Por supuesto, todos estos registros —así como todos los demás datos que circulaban por la red de ordenadores, bien por una intervención humana directa o como parte del proceso vital de la ciudad— quedaban almacenados en el Banco de Memoria permanente de la ciudad, sin embargo, los problemas de recuperación de tales informaciones eran considerables).

DOCUMENTO I

Aviso referente al pueblo del Cóndor, realizado y enviado por Shor'ki Ti', de Grandes Granjas con Sauces, del pueblo Rekwit:

El consejo anual de las Granjas de Rekwit acordó proceder a la elaboración y envío de un informe a todas las centrales de la cuenca occidental de la cordillera de la Luz y de todas las cuencas que dan al mar Interior y de todas las cuencas que dan al Océano al sur de la desembocadura del Ssu Nnoo. Se me encargó la elaboración del informe por haber propuesto la idea. Las gentes de Rekwit consideran importante que se impida al pueblo del Cóndor causar problemas.

Se puede obtener un resumen de datos referentes a este pueblo en la Memoria, utilizando los códigos 1306611/3116/6/16 y 1306611/3116/6/6442. He aquí una sinopsis de dicho resumen: Esas gentes se denominan a sí mismas dayao o Pueblo del Uno. Están emparentados lingüísticamente con los pueblos que habitan en la zona de los Grandes Lagos, y quizá fueran expulsados hacia el oeste de dicho territorio hace mucho tiempo. Después de

vivir como nómadas en las tierras de pastoreo y en los terrenos desérticos al norte del Mar de Omorn, empezaron a sedentarizarse hace unos ciento doce años. Se hizo con el poder de ese pueblo un hombre llamado Kaspyoda, y todas sus gentes le siguieron hacia el oeste hasta el país del río Oscuro. Kaspyoda murió cerca de los Lagos Secos. Su hijo heredó el poder y empezó a dispersarlo, pero fue muerto por un primo suyo, un hombre llamado Astyoda, que se hizo denominar el Gran Cóndor. Este nuevo líder condujo a su gente por las llanuras de lava afirmando que un dedo de luz había señalado el lugar donde deberían establecerse. Allí edificaron una población cuyo nombre es ciudad, o ciudad del Cóndor. Ese pueblo se ha vuelto sedentario, civilizado, agresivo y destructivo. Ha causado mucho daño y seguirá haciéndolo si no lo evitamos. Solicitamos que se celebre un consejo.

DOCUMENTO II

Respuesta de lector, de la Serpentina del valle del Na, al aviso referente al pueblo del Cóndor enviado por Shor'ki Ti' de Rekwit:

Consideramos su solicitud absolutamente oportuna. Aquí hemos tratado la cuestión y hemos observado que estábamos obrando con excesivo egoísmo, cuando es preciso dedicar una gran atención al asunto. Las gentes del Cóndor, todos hombres y ninguna mujer, han aparecido esporádicamente en este valle procedentes del norte desde hace diecisiete años. Aunque les hemos proporcionado techo y comida, no hemos trabajado o bailado con ellos, ni nuestras mujeres les han tomado por maridos. Sin embargo, hemos observado bastantes efectos indeseables. Han aparecido algunos cultos. Cuando un grupo numeroso de hombres del Cóndor se instaló en el valle Inferior durante medio año, se produjeron bastantes disensiones, aumentaron las supersticiones y quedó debilitada la confianza entre nosotros. Si es preciso librar una guerra, acudirá gente de aquí para combatir en ella. Con todo, creemos preferible una cuarentena, si existe tal posibilidad. Solicitamos a los pueblos que viven al noroeste y en las cercanías de las llanuras de Lava, así como a los Servicios de Información de la Central, que notifiquen a través de ésta cualquier acción agresiva de las gentes del Cóndor.

DOCUMENTO III

De Vavts a Tahets, referente al pueblo del Cóndor:

Hemos librado una guerra con esas gentes nauseabundas durante dos generaciones.

A partir de este punto se produce un intercambio de mensajes a través de las centrales, primero atropellado y luego de forma mantenida, entre veintidós pueblos distintos de la región. Muchos de esos mensajes son de carácter recriminatorio o están dominados por el pánico. El más amargo es el siguiente, que procede de Wemewe Mag, una población al sureste de la montaña del Norte:

Hace dos años, los dayao mataron a once personas y raptaron a ocho mujeres, robándonos también todos los caballos. Cada invierno aparecen por aquí y se llevan nuestras reservas de alimentos. Si tenéis intención de combatir contra ellos, es mejor que hagáis acopio de fusiles y balas. Ellos usan esas armas.

Los consejos éticos del pueblo Bajo la montaña Blanca, situado muy lejos en la costa oriental del mar Interior, no fueron muy bien recibidos. «No combatáis contra esa gente enferma; curadla con un comportamiento humano», dijeron, a lo cual respondió el pueblo Rekwit con un mensaje muy conciso: «Venid vosotros aquí, al norte, e intentadlo».

Finalmente, no llegó a librarse ninguna guerra. Si la ciudad del Cóndor hubiera intentado ampliar su territorio o sus gentes hubiesen emprendido la marcha hacia el suroeste, se habrían encontrado con la resistencia coordinada de una alianza de todos los pueblos de la región. Pero los sueños imperiales del Cóndor cayeron derrotados por ellos mismos.

Las causas de tal colapso pueden parecer confusas, en especial si se tiene presente que el Cóndor podía hacer uso de todos los conocimientos y datos de la Central. En primer lugar, el Cóndor estaba en condiciones, teóricamente, de conocer todas las comunicaciones y planes de los otros pueblos a través de la Central. La Memoria de ésta carecía de «informaciones reservadas» y no había modo de ocultar los datos introducidos en ella; todo mensaje codificado iba acompañado de la explicación del código. Parece que el uso de la Central por parte del Cóndor era muy limitado; únicamente una casta sacerdotal tenía permiso para su utilización y cabe deducir que la Central sólo era consultada en busca de información sobre recursos materiales y tecnológicos, sin prestar gran atención al flujo interminable de mensajes locales de todo tipo que facilitaba. Al parecer, el pueblo del Cóndor vivió en un insólito autoaislamiento; su forma de comunicarse con otras gentes fue siempre a través de la agresión, la dominación, la explotación y la aculturación forzosa. En este aspecto estaba en clara desventaja frente a los pueblos nativos de la región, introvertidos pero abiertos a la cooperación.

Cabe preguntarse también por qué fracasaron en el intento de construir poderosos ingenios bélicos y por qué dicho intento fue tan torpe cuando podían disponer, en la memoria de la Central, de instrucciones para la fabricación de cualquier arma imaginable, desde el fuego griego y las ametralladoras hasta las bombas de hidrógeno y otras aún más efectivas.

Vienen a la mente teorías tentadoras sobre tal interrogante: Quizá la gran ciudad de la Mente había decidido mucho tiempo atrás que tales juguetes no eran convenientes para la humanidad y no facilitaba las instrucciones para su elaboración... O quizás únicamente ofrecía instrucciones expresamente confusas, asegurando así la existencia de armas ineficaces... Sin embargo, la ciudad de la Mente no aceptaba la menor responsabilidad ante los conocimientos que acumulaba. Si los humanos conseguían fabricar armas nucleares y hacían saltar el planeta, allá ellos; las estaciones de la Central en el espacio profundo sobrevivirían y cada una de ellas contendría la Memoria y la capacidad para repetir el resto de la red, o incluso una buena parte del universo (aunque si la Humanidad se eliminaba realmente a sí misma, cabe la duda de si el ordenador consideraría conveniente reproducirla). La ciudad de la Mente no fue pues lo que impidió el éxito de la ciudad del Cóndor en el uso de tanques y aviones. No cabe duda de que si se lo hubieran solicitado, habría elaborado para el Cóndor un estudio de lo que denominaríamos eficacia/coste de tanques, aviones, misiles u otro armamento complejo, demostrando la inviabilidad del proyecto en ausencia de la red tecnológica mundial —del «ecosistema tecnológico» de la Era Industrial— y en un planeta casi desprovisto de muchos de los combustibles fósiles y otras materias primas que habían sido la base de dicha Era Industrial. Por una parte, todo aquello había sido reemplazado por la tecnología casi etérea de la ciudad, para la cual carecía de utilidad la maquinaria pesada, pues incluso sus naves y estaciones espaciales eran meros nervios y materiales ligeros. Por otra parte la delicada, dispersa y ligera red de las culturas humanas, a pequeña escala aunque en gran número y en infinita diversidad, fabricaba y comerciaba de forma más o menos activa pero sin centralizar nunca su actividad, que no distribuía bienes y productos a grandes distancias, no mantenía abiertas buenas vías de comunicación y no se ocupaba en empresas que exigieran sacrificios heroicos, al menos en el plano material. Fabricar una pila que alimentara una linterna, pongamos por caso, no resultaba un asunto sencillo, aunque se hacía en caso de necesidad: la tecnología del valle era completamente adecuada a las necesidades de la gente. Construir un tanque o un bombardero era tan difícil y tan innecesario que en realidad no podía plantearse desde el punto de vista de la economía del valle. Después de todo, el coste de fabricación, mantenimiento, consumo de carburante y funcionamiento de tales máquinas en el momento de máximo desarrollo de la Era Industrial resultaba incalculable, suponía un empobrecimiento irrecuperable de los recursos del planeta y exigía que la gran mayoría de la humanidad viviera en un estado de profunda pobreza y servidumbre. Quizá lo que cabe preguntarse ante el fracaso del Cóndor en la construcción de un imperio mediante su armamento avanzado no es por qué fracasó, sino por qué lo intentaron. Pero no es ésta una pregunta a la que hubiera podido responder la gente del valle.

Podría plantearse aquí una nueva pregunta: ya que el Cóndor tuvo acceso a las principales minas de hierro, cobre, cinc y oro de la región del mar Interior y no

mostró escrúpulos en arrebatar por la fuerza lo que le interesaba, ¿por qué no utilizó su pueblo esa superioridad en metales, no en un equivocado esfuerzo por construir anacrónicos tanques y bombarderos, sino en potenciar un buen arsenal de fusiles, granadas y otras armas «convencionales» hasta hacerse invencibles entre los pueblos casi indefensos y escasamente armados que les rodeaban? De haber actuado así, quizás habrían hecho realmente historia.

Considero que en el valle sí podrían haber tenido una respuesta a tal interrogante, en la línea de que «la gente muy enferma tiende a morir de su enfermedad», o «la destrucción se destruye a sí misma». Con todo, tal respuesta representa una paradoja desde nuestro punto de vista. En tal sentido, se denomina enfermedad a lo que nosotros llamamos fuerza, y muerte a lo que llamaríamos éxito.

¿Sería posible que los cambios genéticos provocados por los residuos de la Era Industrial sobre la raza humana, que yo consideraba desastrosos —baja tasa de nacimientos, limitada esperanza de vida, alta incidencia de enfermedades congénitas incapacitantes—, tuvieran también un aspecto paradójico? ¿Sería incluso posible que la selección natural hubiera tenido tiempo de actuar en términos sociales, además de físicos e intelectuales? Esas gentes del valle del Na, los rekwit y los fennen, y los pueblos de la costa del Amaranto y de las islas del Algodón y del río de las Nubes y del río Oscuro y de las Marismas y de la cordillera de la Luz, ¿serían acaso más sanos de lo que yo percibía, más saludables de lo que pueda alcanzar a entender, ya que estoy obligada a observarlos desde fuera de su mundo? Al dejar el progreso a las máquinas, al permitir a la tecnología avanzar por su propio camino y seleccionar de ella —con lo que a nosotros nos parece un comedimiento, una cautela o una contención excesivos— los instrumentos limitados, aunque totalmente adecuados de sus culturas, ¿sería posible que con esa opción de no perseguir el «progreso», o no sólo el «progreso», esas gentes hubieran logrado el éxito en el desarrollo de una vida de historia humana, con energía, libertad y nobleza?



ACERCA DE UNA REUNIÓN REFERENTE A LOS GUERREROS

*Entregado a los archivos del Madroño de Wakwaha y a la Central por hombre Oso,
del Adobe Rojo de Telina-na, miembro de la Logia de los Doctores*

Aviso impreso repartido a todas las ciudades:

El día 201 se celebrará una reunión pública de las llanuras de los Álamos para hablar de la Logia de los Guerreros. Estaremos allí: Serena de Kastoha, Elegido y Secoya de Telina, Caballo Tordo de Chukulmas.

La intervención de Serena, de la Serpentina de Kastoha-na, en la reunión:

Es muy probable que los miembros de la Logia de los Guerreros y de la Logia del Cordero no se muestren de acuerdo con lo que voy a decir. Rechazarán mis palabras y se producirán discusiones y disensiones. Si nadie ha manifestado hasta ahora lo que me dispongo a exponer es porque las discusiones nos desagradan y evitamos las disensiones; pero esta actitud de prudencia resulta hoy una muestra de debilidad y negligencia. Ha llegado pues el momento de hablar de estos temas en voz alta. He aquí mis palabras:

Las gentes del Cóndor, los hombres de ese pueblo que han llegado hasta aquí, están enfermos. Tienen la cabeza vuelta del revés. Hemos permitido que entrara en nuestras casas una gente apestada. No deberíamos haberlo permitido y no volverá a suceder pero, atención: los miembros de la Logia de los Guerreros y algunos integrantes de la Logia del Cordero se han contagiado. Están enfermos. Quizá deseen ser curados, recuperar la salud. En caso contrario, si desean seguir enfermos, deberán marcharse al lugar donde surgió la enfermedad, al país del que llegaron esas gentes, las llanuras de Lava al norte del río Oscuro, y deberán quedarse allí. Esto es lo que tenía que decir; esto es lo que hemos decidido en conversaciones previas las personas que me han acompañado hasta aquí, y en cuyo nombre he hablado.

Otros comentarios efectuados por diversas personas:

¿Cuatro personas pretenden cerrar el valle?

Cuatro personas pretenden abrir un debate.

¿Quién está enfermo? ¡Está enfermo quien habla de expulsar a una gente de sus casas, de sus ciudades, del valle! ¡Ésta sí que es una propuesta enfermiza!

Sí, ¿quién está enfermo? ¡Lo está el que tiene miedo a luchar!

La característica de esa enfermedad es desconocer que existe. Tal ignorancia es la enfermedad misma.

¡Este razonamiento se contradice a sí mismo! Si se considera enfermedad no saber que uno está enfermo, ¿cómo puede asegurar alguien que no es él mismo quien

lo está?

Bien, hay maneras de averiguarlo: el enfermo se hará guerrero y se aficionará a fumar tabaco y adoptará un nombre nauseabundo como Calamidad, Hedor o Diarrea.

Escuchad, estáis diciendo disparates. No sirve de nada encolerizarse. No se puede saber qué es la enfermedad hasta que uno se ha restablecido. La debilidad se autocalifica de fuerza, pero la fuerza se autocalifica de debilidad; la nobleza se autodenomina bajeza y el conciliador se llama a sí mismo guerrero. Escuchad: sólo el guerrero puede hacer la paz.

La paz no la hace nadie. La paz existe. ¿Quién creéis que sois para hacer la paz? ¿Acaso os creéis montañas, Personas del Arco Iris o coyotes?

Tranquilizaos, conservad la calma. Quisiera que me escucharais. Yo no me avergüenzo de ser un guerrero. Vosotros queréis que me avergüence de ello, pero no es posible. He encontrado la fuerza y el conocimiento que necesitaba en la Logia de los Guerreros y quisiera compartirlos con vosotros si me lo permitís.

¡Yo tampoco me avergüenzo de ser un guerrero! ¡Lo tengo a mucha honra! Sois vosotros los enfermos: estáis agonizando y no lo advertís. ¡Coméis, bebéis, habláis, dormís y morís y nada más os importa, como si fuerais hormigas, pulgas o mosquitos! ¡Vuestra vida no es nada, no va a ninguna parte, da vueltas y vueltas sin llegar a lugar alguno! Nosotros no somos insectos, sino seres humanos que servimos a un objetivo superior.

¿Cuál? ¿Qué objetivo? ¿El objetivo de quién? ¡Escuchadle bien! ¡Es Gran hombre quien habla! ¡Es la boca de una cabeza vuelta del revés la que tales cosas afirma! «Yo sirvo, yo como mierda», así dice Gran hombre. «¡Soy superior a todo, viviré para siempre y todo lo demás es mierda!».

Escuchad: Si vosotros, tan sabihondos, habéis considerado que estábamos enfermos, ¿por qué no nos habéis pedido que acudiéramos a la Logia de los Doctores?

Ya sabéis que una curación no deseada no da resultado.

Se tiene que bailar para ser un bailarín.

¡Y se tiene que luchar para ser un guerrero!

¿Luchar con quién? ¿Con vuestras madres?

No fue la Logia de los Guerreros la que accedió a permitir que las gentes del Cóndor vinieran aquí, permanecieran aquí y siguieran volviendo. Cuando se presenten de nuevo, seremos nosotros y no vosotros quienes estaremos preparados para expulsarles. ¿Por qué somos guerreros? ¡Porque ellos inician la guerra! Vosotros les permitisteis ir y venir a su antojo y ahora habláis de enfermedades y queréis avergonzar a vuestra propia gente. No nos escuchasteis cuando desde el primer momento dijimos que nosotros los expulsaríamos y los mantendríamos a raya. ¡Y ahora sois vosotros los que habláis de hacerlo!

Es cierto, pero no lo decimos en el mismo sentido que vosotros, los Guerreros.

¿Cómo pretendéis, entonces, enfrentaros al Cóndor? ¿Con danzas y canciones?

Los incendios no se apagan con cerillas, guerrero.

Sólo la fuerza puede vencer al fuerte, Portavoz.

Si es la guerra lo que buscas, guerrero, debes librarla con nosotros, con tu propia gente y con las gentes de nuestros campos y graneros y con las gentes de la espesura, y con cada árbol de nuestras huertas y cada vid de nuestros viñedos y cada brizna de hierba y cada piedra y cada mota de polvo del valle del Río. Ésta es la primera batalla de esa guerra. Te has dejado contagiar con la Enfermedad del hombre y ahora pretendes que nosotros enfermemos. Debes ser tú quien escoja entre morir, sanar o ser expulsado.

Así habló Serena, y muchas otras voces añadieron:

Las piedras hablan por esa voz. La tierra y el río hablan con esas palabras. Habla el Puma, habla el Oso. ¡Prestad atención!

Una descripción de lo que sucedió acto seguido:

Después de las palabras de Serena hubo unos momentos de pausa porque empezaban a llegar otras gentes a la reunión.

Por la tarde, varias personas se levantaron de nuevo para hablar sobre la Logia de los Guerreros, unas alabándola y otras censurándola, y para discutir o comentar las palabras de otros oradores. La reunión se prolongó después otros cuatro días y mucha gente fue y vino de las ciudades con comida y compartió ésta con quienes permanecieron en las Llanuras. Mucho se habló sobre el alma y la mente humanas, sobre la enfermedad y sobre lo sagrado. Los temas que se guardaban en secreto en la Logia de los Guerreros y en la Logia del Cordero fueron revelados por miembros de dichas Logias hasta que todo quedó expuesto sin reservas. Y después de escuchar tales revelaciones fueron muchos los convencidos de que las mentes de los guerreros estaban realmente enfermas. Varios guerreros intervinieron para renunciar a pertenecer a esa Logia. Sus alocuciones se hicieron muy apasionadas. Algunos miembros de la Logia del Madroño, entre ellos Caminante, de la Serpentina de Wakwaha, que era el Portavoz de sus heyimas, afirmaron que era mejor no negar en público lo que uno había hecho en secreto, y que para romper con algo bastaba con abandonarlo y continuar la vida apartado de ello. El apasionamiento fue calmándose y muchos de los presentes empezaron a participar en prolongadas danzas al son de los tambores pues eran muchos los allí reunidos, el tiempo era agradable, se habían desatado en abundancia intensas emociones y sentimientos, y asistían a la reunión varios tamborileros excelentes. Con todo, hubo más de un centenar de hombres y mujeres que se mantuvieron fieles a los principios de los guerreros y quisieron hablar en favor de su Logia. Calavera, de Telina-na, actuó como Portavoz de éstos con las palabras siguientes:

Intervención de Calavera:

Decís que estamos enfermos, mortalmente enfermos, que agonizamos por nuestra

enfermedad. Decís también que teméis nuestra enfermedad. Quizá sea cierto. En tal caso, esto os digo: Nuestra enfermedad es nuestra naturaleza humana. Ser humano es estar enfermo. El puma está sano, el halcón está sano, el roble está sano; todos ellos viven y mueren bajo la atenta custodia de lo sagrado y no necesitan cuidar de sus actos. En cambio, lo sagrado ha retirado su custodia de nosotros, y es asunto nuestro mantenernos en el recto camino. Todo cuanto hacemos es prudente, todos nuestros esfuerzos se encaminan a obrar rectamente y, pese a ello, nunca estamos completos. No estamos sanos y no obramos como es debido. ¡Negar esto es una insensatez, una muestra de negligencia y descuido! Decís que los seres humanos son diferentes de los demás animales y de las plantas. Os igualáis así a la tierra y a la roca. Negáis ser un desecho de esa comunidad, negáis que el alma del hombre no tiene casa en la tierra. Sois ilusos, edificáis casas con el deseo y la imaginación, pero no podéis vivir en ellas pues carecen de habitaciones. Y seréis castigados por vuestro rechazo, por vuestras mentiras, por vuestra búsqueda de la comodidad. El día de vuestro castigo será el día de la guerra. Sólo en la guerra está la redención; sólo el guerrero victorioso conocerá la verdad y, conociéndola, vivirá para siempre. Pues en la enfermedad está nuestra riqueza, en la guerra está nuestra paz, y para nosotros sólo existe un ser, una única casa, Uno Sobre Todos los Seres, fuera del cual no hay salud, ni paz, ni vida, ni cosa alguna.

Tras la intervención de Calavera:

No hubo respuesta directa alguna a las palabras de Calavera. Algunos de quienes lo escuchaban rompieron a llorar, otros se atemorizaron y no faltaron quienes mostraron su irritación por oír hablar a alguien como acababa de hacerlo Calavera. Los sentimientos se habían exaltado tanto que Serena, Caminante, Obsidiana de Ounmalin y los demás encargados de dirigir la reunión prefirieron guardar silencio antes que responder, para que no hubiera violencia. Sólo una cantante de los Payasos de la Sangre, una mujer de Chumo, se puso a cantar:

Fuera del Uno no hay nada,
nada salvo mujeres y coyotes.

Obsidiana de Ounmalin dijo a la mujer que se fuera con la canción a otra parte, y así lo hizo, pero muchos de los presentes recordaron los irónicos versos y los cantaron más tarde. Luego Caminante respondió a Calavera y a los demás guerreros afirmando que, en su opinión, la reunión abierta ya se había prolongado lo suficiente, por lo que invitaba a los guerreros a subir a Wakwaha para continuar conversando y buscar la mejor solución al conflicto. Los guerreros se negaron a acudir a Wakwaha y declararon que sólo deseaban hablar entre ellos, y no con los demás. Serena respondió a esto que hicieran lo que consideraran conveniente.

Algunos miembros de la Logia del Madroño opinaron que Serena y Caminante no

mostraban el suficiente rigor; si aquellos guerreros se negaban a dialogar para alcanzar un acuerdo y sólo estaban dispuestos a hablar cuando los demás estuvieran de acuerdo con ellos, era mejor que abandonaran el valle y fueran a conversar con el Cóndor, que seguramente les concedería la razón. El grupo de quienes así opinaban y los defensores de la postura de Serena se enfrentaron dialécticamente en una acalorada discusión. Los guerreros presenciaron la escena entre sonrisas y gestos de asentimiento.

La discusión y cómo terminó ésta:

Llamada de Halcón, de Sinshan, dijo:

—¡Si no quieren hablar, deberán marcharse; y si no quieren marcharse, deberemos obligarles! Y alzó el garrote de madroño que empuñaba como Portavoz de esa Logia.

En un arrebató de cólera, Serena replicó:

—¡Si les obligas, tú deberás ir con ellos; el que expulsa con los expulsados, el que golpea con los golpeados! —Y avanzó hacia Llamada de Halcón.

—La enfermedad guía nuestras palabras —dijo Caminante.

Todos escucharon su comentario. Llamada de Halcón dejó caer su garrote. Durante unos instantes, nadie osó hablar. Por fin, Llamada de Halcón dijo:

—Se han marchado.

—Sí, creo que se van —asintió Caminante.

—Lamento lo que he dicho —añadió Serena—. Voy a guardar silencio un rato.

Tras estas palabras se alejó hacia el río para lavarse y estar a solas. Los demás también empezaron a bajar hacia el río o emprendieron el regreso a sus ciudades, dejando a los guerreros en la llanura donde se había celebrado la reunión, junto a la alameda.

Al día siguiente, los guerreros regresaron también a sus respectivas ciudades.

Éste fue el final de esa Logia en el valle. La Logia de los Guerreros quedó definitivamente disuelta.



Por qué he escrito esto:

Después de esa reunión, algunos de los hombres que habían sido guerreros partieron hacia el país del río Oscuro para vivir con las gentes del Cóndor. Aquel año lo hizo un grupo de veinticuatro hombres, y al año siguiente se sumaron algunos más, aunque no sé cuántos exactamente. No fue con ellos ninguna mujer. En Sinshan vivía una mujer que había viajado a ese país acompañando a su padre, que era un hombre del Cóndor. Esa mujer regresó al valle unos años después y escribió su biografía para explicar cómo eran aquellas gentes. No creo que se haya escrito mucho más sobre la época en que los hombres del Cóndor aparecieron por el valle y en que se formó la Logia de los Guerreros. Cuando tuvo lugar la reunión en las llanuras de los Álamos yo era muy joven, pero he pensado mucho a lo largo de mi vida sobre lo que allí sucedió. Cuando nos sentimos bien solemos evitar los comentarios sobre enfermedades, pero en el fondo eso no es más que una superstición. Tras meditar detenidamente sobre los temas que fueron tratados en esa reunión, he llegado a la conclusión de que la Enfermedad del hombre es como los virus mutantes y las toxinas: siempre existirá en alguna forma a nuestro alrededor, o será importada de fuera por los viajeros u otros agentes, y siempre seguirá presente el riesgo de contagio. Quienes entonces la padecieron tenían razón en sus afirmaciones: se trata de una enfermedad de nuestra naturaleza humana, y es una afección temible. Sería una imprudencia que olvidáramos a los guerreros y las palabras pronunciadas en las llanuras de los Álamos, de lo contrario, quizás algún día será preciso revivir cuanto allí sucedió y se dijo.



poemas

cuarta parte



Los poemas de esta sección eran utilizados de manera más o menos formal en ceremonias o en la enseñanza, bien en los heyimas o como parte de los siete grandes wakwas.

CANCIÓN DE LA DANZA DE LA LUNA

Compuesta por Vínculo, de la Casa de la Obsidiana de Ounmalin, y cantada en esta ciudad como parte de los cánticos rituales masculinos previos a la Danza de la Luna

Si has de preguntarme,
pregúntame dónde
fue esa muchacha
de cabello como el vellón.

Si he responder,
te responderé
que está tendida
bajo la luna.

EYEGEONKAMA

Tonadilla cantada por las mujeres antes y durante la Danza de la Luna, aunque no formaba parte de los cánticos rituales formales. Bajo este título de «canciones del sí», y con esta misma melodía, se recogen numerosas versiones e improvisaciones distintas. La versión que presentamos aquí proviene de Sinshan

¿Qué separación de labio a labio?
La suficiente para que salga una palabra.
¿Qué distancia de labio a labio?
La suficiente para que entre un hombre.
Si la palabra es sí, sí,
si la palabra es sí,
si los labios se separan consintiendo,
entra en mí, sí, sí,
entra en mí, sí.

CANCIÓN UTILIZADA EN CHUMO AL EMBALSAMAR
UN ARROYO O AL DESVIAR AGUA A UN DEPÓSITO
PARA USARLA EN LOS RIEGOS

Al mirlo, al mirlo de agua
que vaya, que vaya.
La madia y las raíces del maíz
también necesitan esta agua.
El trébol y las matas de judías
también necesitan esta agua.
¡Cauce que llevas el agua,
no es eso lo que queremos!
Deja que vaya al mirlo de agua
al insecto tejedor.
Deja que las alas del ganso silvestre
la transporten hacia arriba.
Deja que la larva de libélula
la lleve hacia abajo.
No es esto lo que queremos,
no es esto lo que deseamos,
sólo tomamos prestada el agua
en nuestro camino al retorno.
A los que estamos ocupados en esto
a todos nos alcanzará la muerte.
Cauce que llevas el agua,
sé indulgente con nosotros ahora, aquí,
en tu camino al retorno.



CAMINANDO RÍO ARRIBA

Canción del Viaje de la Sal. Los miembros de la Logia de la Sal, de la Casa de la Arcilla Azul, se encargaban del mantenimiento de las Salinas —nueve recintos protegidos por diques en las tierras bajas que cubrían las mareas altas al este del canal más oriental de la desembocadura del Na—, en las cuales se controlaba la evaporación y la cristalización mediante un ciclo continuado de drenaje de laguna en laguna a lo largo de cinco años. Tanto la sal gruesa como la refinada estaban en la dote del heyimas de la Arcilla Azul. Un mes después de bailada el Agua, los miembros de la Logia de la Sal de las nueve ciudades del valle emprendían un viaje ceremonial río abajo para efectuar las reparaciones de importancia que fueran necesarias en el sistema de salinas y compuertas, y para marisquear los camarones salados de color carmesí que, secados y molidos, se utilizaban como condimento

De regreso, subiendo desde las bocas del río,
a la izquierda, al suroeste, las montañas azules.
De regreso desde la costa del océano occidental,
al noreste, a la derecha, las montañas azules.

Desde las llanas orillas, desde las playas de los no nacidos,
caminando de regreso entre montañas, río arriba.
Desde el lugar de la sal, desde la costa, desde las extensiones vacías,
regresando a pie entre colinas de hierba seca, río arriba.

EL MAR INTERIOR

Recitado como enseñanza por Mica en el heyimas de la Serpentina de Sinshan

En todo ese lugar, bajo las aguas, hay ciudades; las antiguas ciudades.

Todo el fondo del Mar está lleno de caminos y casas,
de calles y casas.

Bajo el limo, en la penumbra marina,
hay libros, hay huesos.

Todas esas almas antiguas están allí sumergidas,
bajo el agua, en el fango,
en las antiguas ciudades en la penumbra.

Hay demasiadas almas allí.

Observa bien si paseas por la orilla del mar,
si navegas en barca por el mar Interior
sobre las ciudades antiguas.

Podrás ver las almas de los muertos antiguos como un fuego frío en el agua.

Esas almas antiguas se apoderarán de cualquier cuerpo,
medusas, pulgas de agua, peces luminiscentes.

De cualquier cuerpo que puedan atrapar.

Entra y salen nadando por las ventanas, flotan a la deriva por las calles,
en el limo, en la penumbra del mar.

Surgen en las aguas hacia la luz del día, deseosas de nacer.

Observa con atención la espuma marina, muchacha,
¡presta atención a las pulgas de arena!

Puedes descubrir un alma antigua en tu vientre,
un alma antigua, una persona nueva.

No hay gente suficiente para las almas antiguas,
que saltan como pulgas de arena.

Sus vidas fueron las olas del mar, sus almas son la espuma marina,
líneas de espuma en la arena tostada,
que están y no están.

A LAS GENTES DE LAS COLINAS

Cantada en Wakwaha a los animales de la Arcilla Azul, en el Segundo Día de la

Danza del Mundo

A cuatro patas, caminando a cuatro patas,
en torno al mundo, caminando
a cuatro patas, recorréis
el camino correcto, avanzáis danzando,
avanzáis, con una grácil danza,
con cautela, arriesgadamente, avanzáis
en la dirección correcta.



UNA CANCIÓN DE LA LOGIA DEL MADROÑO

La interpretación de esta canción, con sus palabras-matrices, ocupa aproximadamente una hora. En algunas canciones, las palabras-matrices son sílabas o vocales sin sentido, o bien son palabras antiguas ya en desuso; en cambio, en ésta, se desarrollan a partir de la propia letra de la canción. Por ejemplo, después del arranque con el heya heya de cuatro notas, se procede primero a tararear la melodía con los labios cerrados: este sonido mmmmmm del tarareo constituye el primer sonido de la primera palabra de la canción, ma-invetun [desde sus casas], y se desarrolla gradualmente sobre la sílaba ma; ésta va siendo modulada gradualmente a través de las «vocales de las Cuatro Casas» como ma-ún, ma-oun, ma-on, ma-un, hasta ma-in y, finalmente, se canta la primera palabra/frase completa, ma-invetun. Otras palabras clave de la canción son tratadas o «matriceadas» de manera similar. La letra y la música de esta canción corresponden a Mica de Sinshan, y nos fueron entregadas por su autor

Desde sus casas, desde sus ciudades,
las gentes del arco iris vienen caminando
por los senderos oscuros entre las estrellas,
por las sendas brillantes que forman
la luna y el sol sobre las aguas.
Altas y zanquilargas,
ágiles y de largos brazos,
siguen a los pumas de niebla
cerca de los coyotes de viento,
dejando atrás los osos de lluvia
bajo los halcones de aire calmo
por los senderos de rayos de sol,

por las sendas de claros de luna,
por los caminos de luz de estrellas,
por las carreteras de sombras.
Ascienden los peldaños de viento,
las escaleras de nubes.
Descienden los peldaños de aire,
los escalones de lluvia.
El ojo cerrado las ve.
El oído sordo la oye.
La boca callada les habla.
La mano quieta las toca.
Al conciliar el sueño despertamos a ellas,
recorremos los caminos de su ciudad.
En la muerte vivimos a ellas,
y entramos en sus hermosas moradas.



POEMAS DE HUESOS

De la instrucción de la Arcilla Azul en su heyimas, en Wakwaha

La solución
se disuelve
dejando atrás el problema,
un esqueleto,
el misterio delante,
alrededor, encima, debajo, en el interior.
¡Oh, Claridad!



No te rompas los huesos de las manos
tratando de resolver el misterio.
Tómalo, cómelo, úsalo, consúmelo,
arrójalo a los coyotes.



Los huesos de tu corazón,
he aquí un misterio.
Las ropas que cubren el cuerpo,
he aquí un buen bufón.



El conjunto de las piezas forma el rompecabezas completo.
Las respuestas completan las preguntas.
En cambio, el silbato
hecho con el hueso del corazón
toca la canción que el cuervo reconoce

y no quiere cantar,
la canción llamada Reunión.
¡Oh, tengo miedo,
tengo miedo, miedo!
Cada noche acudo desconsolado
a un lugar desdichado.
¿No existe otro camino?
Querría haber muerto joven, repentinamente,
antes de saber que tenía que formar
los huesos de mi alma
con lluvia fría y con dolor,
y caminar en la oscuridad.



De una ropa opaca
mana agua clara.
El sólido cuenco del cráneo
contiene la claridad.
Bebe, viajero.
Presta atención. Bebe.

CANCIONES DE INSTRUCCIÓN: ÓRDENES Y DANZAS DE LA TIERRA Y DEL CIELO

Estas canciones eran recitadas o cantadas con acompañamiento del tambor de madera, a menudo con numerosas repeticiones de versos o palabras, como un elemento de la educación de los niños en el heyimas. Las canciones variaban de una casa a otra y de una ciudad a otra; la serie que aquí presentamos proviene de la Serpentina de Madidinou

I. LA CIUDAD DE TIERRA

Adobe, Arcilla Azul, Serpentina, Obsidiana:
suelos y paredes
de las casas de la ciudad de tierra.
Nube, lluvia, viento, aire:
ventanas y techos
de las casas de la ciudad de tierra.
Bajo los tablones del suelo, bajo las bodegas,
sobre los tejados, sobre las chimeneas,
a la izquierda de la mano derecha,
a la derecha de la mano izquierda,
al norte del futuro, al sur del pasado,
antes del este, después del oeste,
fuera de los muros:
lo ilimitado,
las tierras vírgenes,
las montañas y ríos de lo que existe,
el valle de la posibilidad.

II. LA CIUDAD ESFÉRICA

Globo redondo, ciudad-tierra.
Cada calle desemboca
en sí misma al final.
Viejas son las rutas,
antiguos los caminos,
amplias las aguas.
Las ballenas nadan hacia el oeste regresando al este,
Las golondrinas de Mar vuelan hacia el norte regresando al sur,
la lluvia cae para ascender, el rayo sube para caer.
La mente puede dar cabida al conjunto
pero avanzando a pie nunca llegamos
al punto donde empieza la calle.
Las colinas son empinadas,
los años son empinados,
profundas son las aguas.
En la ciudad esférica
es largo el camino a casa.



III. LOS CURSOS

La tierra avanza dando vueltas,
la tierra avanza dando vueltas sobre su eje,
girando en su curso diario
entre la luz y la oscuridad.

Lo que va de norte a sur
es el eje de los giros;
lo que va de oeste a este
es la dirección del avance.
En la luz y la oscuridad, pues,
girando en la luz y la oscuridad.

La luna avanza dando vueltas,
la luna avanza dando vueltas en círculo,
la luna completa el círculo del curso mensual,
girando sobre su eje el día lunar que dura un mes,
entre la luz y la oscuridad
girando en torno a la tierra, avanzando y dando vueltas

[sobre el eje.

El cuarto creciente es el amanecer del día lunar,
la luna llena es el mediodía, el cuarto menguante es la tarde,
la luna nueva es la noche lunar
que mira a la oscuridad, así,
girando en la luz y la oscuridad.

La tierra y la luna juntas,
 juntas avanzan las dos dando vueltas,
 formando el círculo en torno al sol,
 formando el círculo del curso anual,
 y la inclinación del eje en su avance
 forma el invierno y el verano,
 el ascenso y la caída de la danza del año.
 Los bailarines, los refulgentes bailarines,
 Ou, el brillante hijo del sol,
 Adsevin, gloria de la mañana, gloria de la tarde,
 los bailarines, observa los refulgentes bailarines,
 más allá de la tierra, el rojo Kemel,
 Gebay y Udin
 y los bailarines perdidos en la oscuridad
 que los ojos ya no alcanzan a ver,
 girando, dando vueltas en círculo a la luz,
 girando en la luz y la oscuridad.

NOTA: Esta descripción del sistema solar podía ser escenificada por los niños, que interpretaban los papeles de la tierra, la luna y los cinco planetas visibles, dando vueltas en torno a sí mismos y formando círculos alrededor del cantante, que representaba el papel del sol.

La siguiente canción no era bailada o cantada, sino recitada o salmodiada monótonamente al compás de ciertos ritmos de tambores. Los niños aprendían sólo la estrofa inicial; el resto no se les enseñaba hasta que alcanzaban la adolescencia. Los versos eran tan conocidos y sagrados que a menudo ni siquiera eran pronunciados sino sólo «dichos con el tambor», con unos ritmos tan característicos y familiares como las propias palabras.

IV. LOS GIROS

En torno a su centro, en un giro abierto
 la tierra da vueltas, el día:
 en torno a la tierra, en un giro abierto
 la luna da vueltas, el mes:
 alrededor del sol, en un giro abierto
 la tierra da vueltas, el año:
 en torno a su centro, en un giro abierto
 el sol da vueltas, la danza:
 el sol y las demás estrellas, en un giro abierto
 dan vueltas y regresan, la danza.

La danza es quietud,
 cambio sin cambiar,
 regreso hacia delante.
 La danza es hacer
 montañas y ríos,
 estrellas e islas de estrellas,
 y la destrucción.
 La danza es el giro abierto
 del giro del giro
 de la danza en el valle.
 Empezar
 es regresar.
 Perder la semilla
 es la flor.
 Para aprender, la piedra
 toca la fuente.

Ver la danza:
luz de estrellas.
Escuchar la danza:
oscuridad.
Bailar la danza:
resplandor, resplandor.

En las casas
están bailando.
En los lugares de las danzas
están bailando el resplandor.

BUSCANDO UN MENSAJERO

Canción antigua, interpretada con acompañamiento de tambor de madera en las Logias del Adobe Negro

Codorniz, codorniz, lleva
un mensaje por mí.

No puedo, no puedo,
no puedo cruzar al otro lado.

Chukar, chukar, lleva
un mensaje por mí.

No sé, no sé
cómo cruzar al otro lado.

Paloma, paloma, lleva
un mensaje por mí.

Ya he regresado,
he ido allí y he vuelto.
Tu mensaje es mi pluma,
mi pluma es tu mensaje.



UNA CANCIÓN DE LA HIERBA

Canción del Adobe Rojo para la Danza de la Hierba en Wakwaha. Los versos son «cincos»

Muy lentamente
esto está sucediendo,
esto está produciéndose,
las colinas están cambiando
bajo las nubes cargadas de lluvia
entre las nieblas plomizas,
el sol se desplaza hacia el sur
y el viento, más fresco,
sopla apaciblemente

del oeste y del sur.
Abundancia de lluvia
que cae mansamente:
abundancia de hierba
que se eleva en el aire.
Las colinas se cubren de verde.
Así está sucediendo
muy lentamente.



NUBES, LLUVIA Y VIENTO

Una canción de la Danza de la Hierba

De la casa del Puma que habita en la montaña,
los pasos de los bailarines acercándose,
apresurados: escucha, los pasos
de los bailarines del oso apresurándose ladera abajo
a los pies de las colinas hacia nosotros.
La Coyote, la Coyote les sigue,
¡la Coyote, aullando y cantando!

LA DANZA DE LA HORMIGA

*Cantada y bailada por los niños en todas las ciudades del valle el Tercer Día de la
Danza del Mundo, el «Día de la Miel», junto con la Danza de la Abeja*

Un centenar de cientos de estancias en esta casa,
un centenar de cientos de salas en esta casa,
todo el mundo corre, corre, corre en esta casa,
todo el mundo se toca, se toca, se toca en esta casa.
¡Eh, abuelitas!
¡Dejadme salir de esta casa!
¡Dejadme salir de aquí!
¡Eh, dejadme salir!

EL DON DEL OSO

*Poemas de instrucción de la Logia del Adobe Negro de Wakwaha. Los versos son
eneasílabos, metro especialmente asociado a la versificación del Adobe Negro*

Nadie conoce el nombre del oso,
ni siquiera el oso. Sólo aquellos

que hacen fuego y lloran lágrimas conocen el nombre
del oso, que el oso les dio.
Codornices y hierbas carriceras, criaturas y pumas,
toda su vida están completamente vivos
y no tienen que decir palabra alguna.
Pero los que conocen el nombre de oso
tienen que salir solos y apartados
por puentes y parajes huecos
cruzando lugares peligrosos, alertas:
y éstos hablan. Tienen que hablar. Tienen que decir
todas las palabras, todos los nombres, pues han conocido
el primer nombre, el nombre del oso. Dentro de él
está el lenguaje. Dentro de él está la música.
Bailamos al son del nombre del oso,
y es la mano con la que estrechamos las manos.
Vemos con el oscuro ojo de ese nombre
lo que nadie más ve: lo que está por suceder.
Por eso tememos la oscuridad. Por eso encendemos fuegos.
Por eso derramamos lágrimas, nuestra lluvia, la lluvia salada.
Todas las muertes, las nuestras y las ajenas,
no son tuyas, sino nuestras, el regalo del oso,
el nombre oscuro que el oso nos reveló.

UNA BODA

De la Logia del Madroño de Telina-na

La mujer de la Séptima Casa se levantó de la ladera.
Con sus blancos brazos, su blanco cuerpo, sus blancos cabellos,
se levantó de entre las hierbas de la ladera
una mañana de la estación de las lluvias, muy temprano.
Donde las colinas se desploman, abruptas, sobre la cañada,
donde las laderas se abren entre los robles,
mirando al sureste, la mujer blanca se puso en pie entre las hierbas.
El Sol la tomó de la mano.
Así se consumó lo sagrado,
así, allí, tocándose las manos de ambos,
tocándose las manos de ambos, allí, así:
ella tomó la mano del Sol
y se volvió transparente, entrando en la Novena Casa.

LA DANZA DEL CIERVO

Canción sagrada y muy antigua de la Casa de la Arcilla Azul. Entregada para su traducción y su inclusión en este libro por Madroño Rojo, de la Casa de la Arcilla Azul de Sinshan

En la Sexta Casa caminaba un ciervo
hecho de lluvia;
sus piernas, gotas de lluvia derramándose.
Bailaba en una espiral sobre la tierra.

En la Séptima Casa brincaba un ciervo
hecho de nubes;
sus flancos, nubes suspendidas.
Bailaba en una espiral sobre las rocas.
En la Octava Casa corría un ciervo
hecho de viento;
sus pezuñas, ráfagas de viento.
Bailaba en una espiral en el valle.
En la Novena Casa se erguía un ciervo
hecho de aire;
sus ojos, aire calmo.
Bailaba en una espiral sobre la montaña.
En la espiral de la danza del ciervo
ha caído una pluma de halcón.
En el eje de las Nueve Casas
se ha pronunciado una palabra.

LA DANZA DEL PUMA

Esta canción se enseña en Sinshan a las personas que se disponen a ascender solas a las montañas en un viaje del alma

Planto en el suelo mi pie del suroeste,
cuatro dedos redondos, una almohadilla redonda,
en la tierra junto al pino trepador,
en el suelo junto al pino trepador
en la montaña.
Planto en el suelo mi pie del noroeste
cuatro dedos redondos, una almohadilla redonda,
en la tierra junto al laurel,
en el suelo junto al laurel,
en la colonia.
Planto en el suelo mi pie del noreste
cuatro dedos redondos, una almohadilla redonda,
en la tierra junto al madroño,
en el suelo junto al madroño
en la montaña.
Planto en el suelo mi pie del sureste,
cuatro dedos redondos, una almohadilla redonda,
en la tierra junto al roble perenne
en el suelo junto al roble perenne
en la colina.
Estoy en medio
del mundo del puma
en la montaña del puma,
en la colina del puma.
Estoy en pie, entre las huellas del puma.



CÁNTICO DE INICIACIÓN DE LA LOGIA DE LOS BUSCADORES

Trae, por favor, cosas extrañas.
Vuelve, por favor, con cosas nuevas.
Deja que lleguen a tus manos cosas muy antiguas.
Deja que llegue a tus ojos lo que no conoces.
Deja que la arena del desierto endurezca tus pies.
Deja que el arco de tu pie sea las montañas.
Deja que los surcos de las yemas de tus dedos sean los mapas
y que los caminos que recorres sean las líneas de la palma de tus manos.
Deja que entre nieve profunda al inspirar
y que tu aliento sea el fulgor del hielo.
Que tu boca contenga las formas de extrañas palabras.
Que tu olfato huela comidas que nunca has probado.
Que el manantial de un río extraño sea tu ombligo.
Que tu alma esté cómoda donde no hay casas.
Camina con cuidado, bienamado,
camina alerta, bienamado,
camina con valentía, bienamado.
Vuelve con nosotros, vuelve a nosotros,
sigue el eterno regreso a casa.



De las gentes de las casas de la Tierra en el valle a las demás gentes que estaban en la Tierra antes que ellas

Al principio, cuando fue pronunciada la palabra,
al principio, cuando fue encendido el fuego,
al principio, cuando fue construida la casa,
nosotros estábamos entre vosotros.

Silenciosos, como una palabra no pronunciada,
oscuros, como un fuego no encendido,
informes, como una casa no construida,
nosotros estábamos entre vosotros:
la mujer vendida,
el enemigo esclavizado.

Estábamos entre vosotros, acercándonos,
aproximándonos al mundo.

En vuestra época, cuando todas las palabras fueron escritas,
en vuestra época, cuando todo era lumbre,
en vuestra época, cuando las casas ocultaban el suelo,
nosotros estábamos entre vosotros.

Silenciosos, como una palabra susurrada,
débiles, como un ascua bajo las cenizas,
insustanciales, como el proyecto de una casa,
nosotros estábamos entre vosotros:
el hambriento,
el impotente
en vuestro mundo, acercándonos,
aproximándonos a nuestro mundo.

En vuestro final, cuando las palabras se olvidaron,
en vuestro final, cuando los fuegos se apagaron,
en vuestro final, cuando las paredes se derrumbaron,
nosotros estábamos entre vosotros:

los hijos,
vuestros hijos,
muriendo vuestra muerte para acercarse,
para entrar en vuestro mundo, para nacer.

Nosotros éramos la arena de las costas de vuestros mares,

éramos las piedras de vuestros fogones. Vosotros no nos conocíais.
Nosotros éramos las palabras para las cuales no teníais idioma.
¡Oh, padres y madres nuestros!
Nosotros fuimos siempre vuestros hijos.
Desde el principio, desde el principio,
somos vuestros hijos.





la parte final del libro

Húishev gente de dos piernas	wewey [adj.] todo	tusheíye [s.] trabajo	rru esto [es]
gestanai hacer las cosas bien, arte	m y	duwey [s.] todo	gochey compartido, tenido en común

La única tarea del hombre es el Arte, y todas las cosas corrientes.

WILLIAM BLAKE

NOTA: Como quedó dicho en la primera nota al comienzo de la obra, esta Parte Final del Libro consta principalmente de información. Siguiendo las diferenciaciones propuestas en «Una nota y una gráfica sobre los modos narrativos» de la página 721, el texto que presentamos a partir de aquí sigue siendo ficticio pero más basado en hechos, aunque igualmente veraz.

Hasta aquí hemos optado por no utilizar los acentos en la transcripción de las palabras kesh; en cambio, en «La parte final del libro» y en el «Glosario» de términos los usaremos para indicar las *i*, *o* y *u* largas en dicho idioma. Las pronunciaciones figuradas aparecen relacionadas en la página 715, «El alfabeto kesh».



NOMBRES LARGOS DE LAS CASAS

Con frecuencia las casas de las nueve ciudades del valle tenían nombres muy largos que, por cobardía, he abreviado a veces en la traducción. Efectivamente, he tenido miedo de que estos nombres largos —Casa de la Lluvia que Cae Continuamente, Casa de Aquí con la Parte de Atrás hacia los Viñedos, Casa que ha Bailado el Sol Cien Veces— pudieran sonar pintorescos, pudieran parecer primitivos. He temido que las gentes que vivían en casas con tales nombres no fueran tomadas en serio por personas que viven en lugares denominados Finca, Mansiones de Chelsea, Una Comunidad Adulta, Parcelas del lago Loma o Urbanización Recreativa Planificada. Aunque se piense lo contrario, lo exótico también corre el riesgo de provocar rechazo.

La longitud de algunos de esos nombres también podía hacer que parecieran inverosímiles; resultaría chocante, en efecto, oír decir a alguien: «Venid a visitarnos; vivimos en la Casa de los Nueve Buitres Sobre la montaña, en Dastóha-na». En realidad no es muy probable que nadie lo hiciera, pues lo más seguro es que cualquier persona a quien se formulara una invitación semejante sabría perfectamente en qué casa vivía su interlocutor. En el caso poco frecuente de que el invitado fuera forastero, su anfitrión indicaría, a modo de dirección, dónde estaba la casa o sus rasgos característicos —«en el brazo sureste, con puertas rojas en los porches»—, de igual manera que nosotros decimos, «2116 Garden Court Drive; coges la segunda salida de San Mateo en dirección norte, doblas a la derecha en el tercer semáforo y continúas dos manzanas adelante».

En cualquier caso, las gentes del valle no ponían reparos a los nombres largos. Les gustaban. Quizá disfrutaban con el hecho de disponer de mucho tiempo para decirlos. No les avergonzaba tener tiempo para tales cosas. Carecían de ese apremio, de esa urgencia por terminar los asuntos que nos impulsa a nosotros, que nos hace ir hacia delante, siempre hacia delante y cada vez más deprisa, que reduce a Frisco el San Francisco de los pausados colonizadores y a Chi el Chicago de sus aún más pausados fundadores, y que convierte en Los Ángeles a la ciudad de la misión de Nuestra Señora de los Ángeles, pero eso resulta todavía demasiado largo y se transforma en L.A., aunque los aviones a reacción van aún más deprisa que nosotros, así que utilizamos su jerga y el nombre se convierte en LAX, pues lo que queremos es avanzar deprisa, ir rápido, terminar lo más pronto posible, liquidar enseguida lo que estamos haciendo. Eso es lo que buscamos: terminar pronto lo que tenemos entre manos. En cambio, la gente que vivía en el valle y daba nombres interminables a sus casas no tenía prisa alguna.

A nosotros nos cuesta concebir, y más aún aceptar, que una persona adulta y

responsable no tenga prisa. La vida sin apresuramientos es para los niños, la gente de más de ochenta, los vagabundos y el Tercer Mundo. La prisa es la esencia de la ciudad, su propia alma. No existe civilización sin prisa, sin vida acelerada. Puede acechar invisible, desmentida por la pose indolente del holgazán en el bar o por el perezoso deambular del paseante a la entrada del hotel, pero la prisa está ahí, en los impresionantes motores de los aviones supersónicos de la TWA o la BSA que traen a esa mujer desde Río, a ese hombre desde Roma, que les traían aquí, a NY, a NY para la conferencia de la IGPS sobre la puesta en práctica del GEPS, y que mañana les devolverán a sus lugares de procedencia cruzando apresuradamente un mundo de ciudades donde no queda otro tiempo que el tiempo presente, cada segundo y cada décima de segundo y cada milisegundo y cada nanosegundo cronometrados, cada indicador avanzando siempre un poco más deprisa, cada *la* un poco más agudo. El *la* de Mozart era de ciento cuarenta ciclos por segundo, de modo que el piano de Mozart estaría hoy fuera de tono con todas nuestras orquestas y cantantes. Nuestro *la* es ahora de ciento sesenta ciclos, pues si su tono es más agudo los instrumentos ofrecen un sonido más brillante cuando suben como sirenas hacia el chillido final. En esto no hay nada que hacer: no hay modo de dar un tono más agudo a los instrumentos del valle, ni de abreviar en siglas sus instituciones, direcciones o nombres, ni de hacer que sus gentes aceleren su ritmo vital.

Igual que sus nombres tendían a alargarse y a ocupar un tiempo para ser dichos tanto de palabra como por escrito, también las propias casas mostraban una propensión a andar despacio y a complicarse con un porche añadido por aquí, un ala nueva por allá, de modo que su planta, sencilla en un principio, podía crecer y desplegarse con el lento transcurrir de los años como un viejo roble de amplia copa y lleno de protuberancias. La planta original solía tener una forma oblonga o en V con el ángulo poco abierto; la edificación constaba de unos cimientos semienterrados sobre los cuales se levantaban dos pisos a base de piedra, ladrillo de adobe o madera. Los cuartos de aseo, talleres, despensas y demás estaban en el sótano. El primer y segundo pisos —que empezaban a contarse por el tejado— estaban divididos interiormente en salas de estar con chimenea, cocina, alcobas y porches, con un total de cuatro o cinco estancias por piso en las casas pequeñas y de doce a quince en la grandes. Una casa de estas últimas podía acoger a una sola familia de muchos miembros o hasta a cinco familias distintas; por lo general, dos o tres familias compartían una casa, a menudo durante generaciones. Cada familia disponía al menos de una entrada privada, de modo que podía haber varias escaleras exteriores hasta los porches inferior y superior, y hasta los balcones. En estos porches era donde se desarrollaba la mayor parte de la vida hogareña, salvo en la estación de los fríos.

Muchas casas carecían de parte delantera o trasera: la parte frontal de un piso superior podía constituir la parte de atrás para la familia que vivía en el piso inferior, o una pared lateral para otra; dependía siempre de dónde tuviera cada familia su entrada principal. El sótano solía disponerse de tal modo que entrara la luz por el lado

noroeste y quedara resguardado bajo el piso superior y los balcones en el lado sureste, para gozar de sombra en verano. Esto daba a las casas un aspecto de poca estabilidad, pero estaban bien proyectadas y sólidamente construidas, y en muchos casos se mantenían en pie durante siglos.

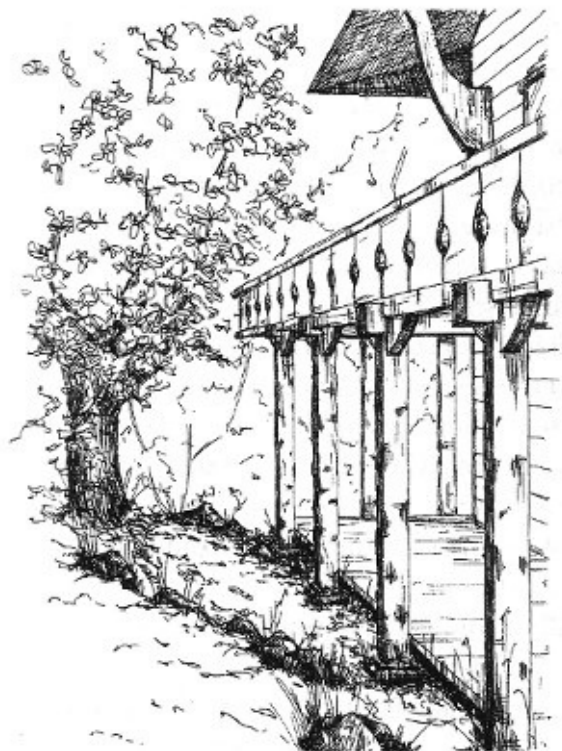
La orientación de la casa se adecuaba a los accidentes del terreno y a la luminosidad —laderas, otras casas, árboles, corrientes de agua y zonas de sol y de sombras— y, en segundo término, a los puntos cardinales: las esquinas apuntaban al norte, sur, este y oeste, con lo que las fachadas quedaban orientadas hacia las direcciones intermedias, que eran las preferidas.

El emplazamiento de la casa estaba determinado por el esquema ideal de la ciudad: la heyiya-if. Todas las casas formaban parte de ese esquema y constituían un elemento del Brazo Izquierdo que trazaba una curva hasta encontrarse con el Brazo Derecho —el de los cinco edificios de los heyimas— en el eje de la ciudad, que siempre era una corriente de agua o un pozo. El trazado no era estricto ni ordenado (tampoco lo era la ciudad) y nada estaba dispuesto en hileras; sin embargo, existía la forma general y era percibida por todos: unas curvas entrelazadas que partían del centro y volvían a él. En Katóha-na y Telína-na había varios Brazos Izquierdos, pues para construir tantas casas en una sola curva deberían haber estado muy apretadas unas con otras o deberían haberse extendido hasta distancias poco convenientes.

El terreno dentro de la curva abierta de las casas, donde crecían algunos árboles y estaban situadas algunas cabañas o cobertizos, pero que en su mayor parte estaba despejado y casi siempre aparecía enfangado o polvoriento, consistía el *espacio común* de la ciudad. La zona despejada correspondiente del Brazo Derecho de la ciudad, en la curva abierta de los cinco heyimas, era denominada el *lugar de las danzas*. No obstante, ambos lugares eran comunes, y en ambos se bailaba.

Una de las nueve ciudades no se ajustaba demasiado a esta descripción. Tachas Touchas estaba habitada (notoriamente) por «gentes venidas de fuera», del noroeste, según la tradición. Ciertamente, la arquitectura de esta población mostraba cierto parecido con los estilos de las ciudades muy al norte del valle, en las tierras de las secoyas, junto a los ríos que corrían hacia el oeste. Las casas de Tachas Touchas utilizaban únicamente madera, de secoya o de cedro, con bodegas poco profundas y ausencia total de adobe. Se levantaban tan próximas que compartían los canales de desagüe para la lluvia en una apretada curva, orientadas todas hacia adentro. El eje de la ciudad se hallaba en un poderoso salto de agua del arroyo de Shasash, y el Brazo Derecho estaba distribuido y edificado en la forma convencional. En cambio, el círculo de casas altas, oscuras y de techos empinados bajo los abruptos contrafuertes de la montaña del Hueso, verde parduzcos de abetos, resultaba impresionante por lo sombrío y le daba un aspecto totalmente distinto a las demás ciudades del valle. Fuera de Tachas Touchas, era frecuente escuchar manifestaciones de desaprobación hacia lo «cerrado» de esta distribución urbanística de la ciudad; dentro de ella, sus ciudadanos insistían en utilizar su peculiar y antiquísimo estilo arquitectónico cuando, de siglo en

siglo, era preciso derribar una casa y volverla a construir. Probablemente tal insistencia expresaba o potenciaba esta característica «cerrada», reservada e introvertida del modo de ser y de comportarse de sus habitantes.



Wakwaha, en el otro extremo del mundo del valle, también era un lugar excepcional; equivalente en el valle a una Benarés, una Roma o La Meca, era visitada por numerosos habitantes de las demás ciudades y contaba en su Brazo Izquierdo con cinco grandes hospederías de un solo piso, mantenidas por las Cinco Casas, en las que podían albergarse los visitantes durante unos pocos días o incluso durante meses. Por su parte, el Brazo Derecho ocupaba más terreno que el Izquierdo y no sólo acogía los cinco grandes heyimas, sino más de una docena de otros edificios de naturaleza y utilización públicas y sagradas como los archivos, el conservatorio y el teatro. El eje de Wakwaha era una de las fuentes principales del Na, un manantial hermoso y constante que brotaba entre rocas volcánicas en una profunda cañada de la montaña. El paraje era dificultoso para establecer allí una ciudad de aquel tamaño, pero el terreno desigual y empinado, junto a la impresionante envergadura de las laderas escarpadas y las paredes de la cañada por encima y por debajo de las casas, proporcionaban a Wakwaha su grandeza y su encanto. Algunos edificios eran muy antiguos, contruidos con la misma piedra sobre la que se levantaban y de la que parecían haber crecido; los madroños que daban sombra sobre sus tejados y huertos tapiados eran inmensos, pero la tapias llevaban allí mucho más tiempo que los árboles. Aquellas casas tenían nombres muy largos y antiguos. La Que se Levanta Donde Terminó la Pelea era una de ellas. Otra se llamaba Casa de la Madriguera de la Abuela de la Liebre. Sin embargo, otras de idéntica antigüedad tenían nombres muy

breves: había una casa llamada Viento, y otra denominada Alta. Algunas conservaban nombres cuyo significado se había perdido en el transcurso de los años, olvidado por los cambios del idioma: Casa de Angrawad, Casa de Oufechohe.

Aunque la gente de una sociedad pequeña hable sin prisas, su idioma suele variar con rapidez; incluso contando con una tradición escrita, no deja de modificarse abandonando antiguos términos y expresiones. Así se explica que las denominaciones de las nueve ciudades, de origen remoto, no tuvieran significado traducible salvo Wakwaha-na, ‘la ciudad de la Fuente Sagrada del Na’ (aunque también podía significar ‘el Camino Danzante del Na’). Probablemente Chúkúlmas significaba en un principio ‘Casa del Roble Perenne’, y la sílaba *-mal-* de Ounmalin es ‘colina’ u ‘otero’. La gente de Tachas Touchas insistía, aunque sin pruebas que lo demostraran, en que el nombre de la ciudad en su olvidada lengua del norte, equivalía a Donde se Sentaba el Oso. Nadie sabía en cambio por qué Sinshan y su montaña se llamaban así, ni qué significaba Kastóha o por qué razón se había modificado su nombre — como al parecer había sucedido— del Hastóha original, ni por qué la casa más antigua de Madídínou recibía la denominación de Madídínou Animoun. Sin duda, habría sido posible investigar la etimología de todas ellas en los datos de los Bancos de Memoria de la ciudad de la Mente, dedicando apenas unas cuantas semanas o meses a trabajar en ello en la Central. Sin embargo, ¿para qué hacerlo? ¿Es preciso traducir todas las palabras? En ocasiones, una palabra no traducida puede servir para recordarnos que el lenguaje no es significativo, que la inteligibilidad es sólo uno de sus elementos, una de sus funciones. La palabra no traducida carece de funcionalidad. Está ahí, simplemente. Por escrito son un conjunto de letras que, articuladas con mayor o menor acierto en la pronunciación, producen un complejo de fonemas, un sonido más o menos musical e interesante, un ruido, un objeto. La palabra no traducida es como una roca, como un pedazo de madera. Su uso, su significado, no es racional, definido y limitado, sino concreto, potencial e infinito. En principio, todas las palabras que decimos son términos no traducidos.

Algunas de las demás gentes del valle

I. Animales de la Obsidiana

Los habitantes del valle consideraban que todos los animales domésticos vivían en la Primera Casa, la Obsidiana.

LAS OVEJAS

Las diversas razas de ovejas del valle procedían en su totalidad de cruces de ejemplares foráneos —adquiridos o robados a los rebaños de pueblos vecinos— con ejemplares de la raza odoun que poblaba la zona superior del valle. Esta oveja odoun era un animal pequeño y fuerte, de lana suelta y fina, patas y hocico negros, dos o cuatro cuernos cortos y un pronunciado perfil romano. Los borregos nacían con una capa oscura, y aproximadamente la mitad de ellos presentaban una lana oscura o mezclada al llegar a adultos. Todas las ciudades criaban ovejas; cada familia o individuo solía tener uno o varios animales en el rebaño común de la ciudad, cuyo pastoreo y cuidado estaba a cargo del Arte de la Pañería de la localidad. Las ciudades de Chumo y Telín-na llevaban a pastar sus grandes rebaños a la montaña de la Oveja y al valle de Odoun, al noreste de Chumo. Para conseguir que el terreno y los pastos se recuperaran, y para engordar a los animales con hierba salada, estos rebaños eran conducidos río abajo a los terrenos aluviales de la desembocadura del Na a mediados de la estación de las lluvias, de donde no regresaban a las colinas hasta que el tiempo volvía a ser caluroso, entre las Danzas de la Luna y del Verano. La carne de cordero era la comida de los días señalados en el valle, y la badana de oveja encurtida y los tejidos de lana de todas clases eran los principales componentes de las prendas de vestir y del hogar. La oveja no era un símbolo de pasividad, estupidez y obediencia ciega como lo es entre nosotros (de hecho las ovejas del valle eran atléticas y astutas), sino objeto de una especie de afectuoso respeto, considerándosela un ser intrínsecamente misterioso. La oveja hembra era el signo y el símbolo de la Logia de la Sangre y de la Primera Casa, y los carneros eran llamados Hijos de la Luna.



LAS CABRAS

Las cabras eran criadas como compañeras de mesa y para la obtención de leche en las ciudades de la zona superior del valle; en Madídínou, Sinshan, Ounmalin y Tachas Touchas, eran criadas para obtener carne, cuero y lana. Las ciudades de la zona superior del valle, aunque apreciaban a estos animales por su maliciosa inteligencia, preferían que su número no fuera demasiado elevado, pues, según un refrán, «una cabra puede con tres personas; tres cabras pueden con treinta». Al ser un animal criado con diversos propósitos estéticos y prácticos, había una gran variedad de curiosas razas y tipos, entre ellas unas minúsculas Cabras Enanas, gruesas y de lana negra o negra y canela, la cabra lechera de Ounmalin, de orejas caídas, pelo largo y color crema, y la bella y belicosa Cabra de montaña, que pastaba con las ovejas en la montaña de la Oveja.

EL GANADO VACUNO

La mayor parte del ganado vacuno del valle tenía un color pardo grisáceo, crema, leonado, castaño o de cervato; eran animales menudos, con una giba no muy pronunciada, patas finas y astas curvadas hacia adentro, de longitud mediana, frente cóncava y grandes ojos ovalados. En Telína-na era muy apreciada para el trabajo una raza un poco mayor, a menudo completamente blanca. Los rebaños estaban compuestos en su mayor parte por vacas lecheras, pero se empleaban bueyes en la roturación de los campos de cultivo y para muchas tareas pesadas. No los criaban por su carne, y cuando alguna vez se sacrificaba algún animal solía ser una ternera que no llegara al año. Por lo general, cada familia tenía una o varias vacas en el rebaño de la ciudad, a cargo del Arte de los Curtidores; el pastoreo, la alimentación y el ordeño podían ser efectuados por la familia o por el propio Arte, según un acuerdo establecido. Cuando las familias viajaban a una casa de verano para pasar allí la temporada de calor, solían llevar consigo una vaca. La mayoría de las vacas y bueyes eran compañeros de mesa, tenían nombre y eran contados y considerados como miembros de la familia. Buen número de poemas estaban dedicados a las vacas, y algunos de ellos destacaban cuánto más fácil era llevarse bien con ellas que con los seres humanos. La raza mayoritaria era dócil, cauta y bonachona, merecedora del aprecio que se le tenía; solamente los toros tenían un temperamento impredecible y

por ello solían ser propiedad común de la ciudad o del Arte y se les mantenía en un terreno cercado, en el prado del Pene.

CABALLOS, ASNOS Y MULAS

Dado que la mayoría de los habitantes del valle no solían viajar, y cuando lo hacían iban normalmente a pie por no existir grandes distancias, los caballos no eran considerados como medio de transporte. Eran destinados al deporte, y apenas eran utilizados como bestias de carga o de labor. Eran considerados compañeros de mesa y bastante costosos. No había muchos en el valle, y ninguno de tipo percherón; no eran seleccionados tanto por su fuerza y su paciencia como por su inteligencia y belleza. En los juegos de Verano se celebraban siempre carreras de caballos y exhibiciones de monta que iban sucediéndose aquí y allá, a lo largo y ancho del valle, durante un par de meses. Existía una mística del caballo, en especial del semental, que era considerado sagrado, sobrenatural y venerable. El semental era el símbolo de culto de los hombres de la Obsidiana, aunque quienes más se dedicaban a su cría y entrenamiento eran las gentes de la Serpentina, de la Casa del Verano. En los juegos estivales, los hombres montaban yeguas, y las mujeres, sementales; en las carreras, los jinetes eran adolescentes de ambos sexos. Los sementales blancos, negros o moteados eran sagrados para la Obsidiana, pero los colores más apreciados eran el bayo encerado y el ruano encarnado. El caballo del valle no solía levantar más de metro y medio del suelo, era de constitución delgada y cuello corto, rápido en distancias cortas y propenso a engordar. Los potros no deseados, en lugar de ser sacrificados, eran conducidos río abajo donde se procedía a soltarlos para que se unieran a las manadas salvajes de las marismas y las tierras bajas de las Bocas del Na. Tales manadas vagaban por las costas del Océano y del mar Interior. En su mayor parte eran de tamaño menudo, pero a veces algunos grupos de muchachos del Laurel o de hombres de la Obsidiana realizaban un viaje sagrado, aventurado y ameno al país de los caballos salvajes para capturar un par de ejemplares que aportaran sangre nueva a las manadas del valle. Las únicas manadas importantes de caballos en el valle estaban al cuidado de la Serpentina de Chúkúlmas. Por lo general, en las ciudades de la zona inferior del valle no se criaban caballos.

Retrato de Mibi



En cambio, todas las ciudades criaban asnos. Igual que las vacas, eran miembros de la familia. Trabajaban con los hombres levantando, arrastrando o llevando cargas, tirando del arado y efectuando otras tareas apropiadas para ellos. Las personas tullidas se desplazaban en carritos tirados por asnos, y los potros de éstos vagaban a su aire junto a los gatos, los perros y los niños. El asno del valle era el típico pollino menudo, de patas delgadas, con una cruz negra sobre un lomo gris rata, y poseía un rebuzno temible. Los sementales, notoriamente irascibles, pastaban con los toros en el prado del Pene.

Las mulas, al igual que los caballos, eran criadas principalmente en Chúkúlmas. Las mulillas producto del cruce entre caballo y asna se utilizaban a veces para la monta y el juego del vetúlou, una especie de polo; los animales nacidos del cruce entre asno y yegua eran destinados al trabajo en los campos y al transporte de cargas. El tren era tirado principalmente por mulas. Estos animales eran respetados por su inteligencia y fiabilidad. Eran criaturas hermosas, pero dado que una mula necesita casi tanto espacio y comida como un caballo, en la mayoría de las ciudades se prefería el asno como principal compañero de trabajo del hombre.

CERDOS

La cría del cerdo no se practicaba en el valle, probablemente como resultado de una diferenciación cultural con los Teudem o pueblo del Cerdo, integrados en seis o siete pequeñas tribus nómadas en cuyo territorio quedaban comprendidas las sierras del valle y los valles del Odoun y Yanyan. Los kesh comerciaban con estas tribus, cuyos pellejos de cerdo cambiaban por otros productos, pero mostraban hacia ellas los habituales prejuicios de los pueblos sedentarios contra los nómadas, y consideraban también que las gentes del Cerdo se excedían bastante al identificarse a sí mismas como hijos de la Gran Puerca.

PERROS

Los perros del valle formaban un grupo heterogéneo. No tenían mucho que hacer en las ciudades y había un profundo interés en evitar que se reprodujeran sin control, de modo que los cachorros debían ser domesticados enseguida o sacrificados para impedir que pudieran unirse a las jaurías de perros salvajes. Casi todos los cachorros machos eran castrados y el destino principal de los perros domesticados para el que eran entrenados era actuar como guardianes contra los perros salvajes: un papel irónico y triste, pero afortunadamente los perros no tiene un gran sentido de la ironía. Las jaurías salvajes eran un verdadero peligro para las personas y el ganado en los campos y bosques. Merodeaban en grupos familiares de dos a seis miembros, y también en manadas de hasta quince o veinte machos vagabundos, capaces de abatir a cualquier criatura que persiguieran. A los niños que salían al campo a recolectar frutos o a guardar los rebaños se les enseñaba a encaramarse inmediatamente al árbol más cercano si escuchaban o advertían la presencia de perros salvajes y, siempre que era posible, efectuaban esas salidas acompañados por el perro guardián de la familia, seguidos con frecuencia por un cortejo de canes desocupados que avanzaban tras ellos olisqueando las cunetas de los caminos.

Los perros salvajes crecían considerablemente y adquirían una gran fortaleza; por regla general, los canes domesticados eran más pequeños, pero robustos y fuertes. No había razas puras, pero las más comunes eran el *hechí*, perro guardián fuerte, peludo y parecido al chow, de gran inteligencia y seriedad, con orejas puntiagudas y cola tupida, generalmente de color tostado o rojizo; el *dúí*, perro de patas largas y pelaje rizado de color gris o negro, muy útil como pastor, de frente despejada y carácter serio y sensible, y el *ou*, o sabueso, de pelaje corto, orejas caídas, sociable, holgazán, gracioso y entusiasta. A los sabuesos se les permitía correr en jaurías por el terreno de caza de la ciudad, pero los cazadores siempre los vigilaban estrechamente para que no confraternizaran con los perros salvajes. Estos sabuesos sólo colaboraban en la caza de ciervos y piezas menores; cuando era preciso acosar un perro salvaje, un oso o un jabalí, se utilizaba el *hechí*. Los perros eran compañeros de mesa muy estimados pero rara vez se les permitía entrar en las viviendas y los que merodeaban entre las casas debían ser alejados por los niños, de quienes se esperaba que les protegieran en la ciudad igual que los perros les ofrecían protección fuera de ésta. Habitualmente había una especie de villorrio para perros a la entrada del Brazo Izquierdo de la ciudad, y allí jugaban libremente niños y cachorros.

GATOS

Los gatos gozaban de total libertad en las ciudades, ya que no son animales sucios. Al gato doméstico se le permitía vivir en el interior de las casas como cazador de ratones y compañero de mesa. La mayoría de los gatos del valle era de pelaje corto y de todos los colores imaginables, aunque los preferidos eran los negros y los atigrados. Al ser los principales aliados contra las ratas y ratones depredadores en las casas, graneros y campos, se les permitía reproducirse libremente; si surgía algún problema de exceso de población gatuna, se solucionaba llevando las crías destetadas a los terrenos de caza para que se defendieran por sí solas. En consecuencia, los bosques estaban poblados de gatos silvestres y de gatos monteses nativos, que competían con zorros y coyotes en la caza de ratones y demás especies de roedores que habitaban en los campos. Era frecuente escuchar relatos, contados de buena fe, sobre la existencia de gigantescos gatos salvajes producto de cruces de especies —lince azabachados, monstruos atigrados—, pero jamás hubo ningún testigo presencial que pudiera certificar la veracidad de los rumores. Siempre era alguien de otra ciudad quien había visto alguno de tales animales merodeando por las proximidades de los corrales de las gallinas.

PEQUEÑOS ANIMALES Y AVES

La cría de gallinas para la obtención de huevos y carne y como animales de compañía era una costumbre universal; las ciudades pequeñas tenían corrales y gallineros repartidos aquí y allá entre las casas, mientras que las ciudades grandes evitaban el hedor y el alboroto de los gallineros colocándolos fuera del núcleo de viviendas, junto a los graneros. Pero, por lo general, siempre había a la vista alguna gallina suelta en cualquier rincón de cualquier ciudad. Cada población tenía su raza de aves particular, cuyos méritos defendía ante las demás. En Sinshan y Madídínou, la gente criaba el himpí, un animalillo de pelaje moteado parecido al conejillo de Indias, que incluían en su alimentación; en el resto del valle, el himpí sólo se empleaba como animal de compañía, lo cual colocaba a Sinshan y Madídínou en cierta desventaja moral. El conejo era criado y alimentado con hierbas, en ocasiones para conseguir una carne más tierna que la del conejo silvestre, pero éste era un animal de caza y su cría era considerada una especie de trampa, una actividad un tanto despreciable. Parece ser que en determinadas épocas era frecuente la cría de grandes bandadas de palomas, ocas y gansos, mientras que, en otras épocas esta práctica era poco habitual; a veces, por tanto, dichas aves vivían en la Primera Casa como animales domésticos mientras que en otras ocasiones, vivían en la Segunda Casa como piezas de caza silvestre. No obstante, puesto que palomas, gansos y ocas, en su mayoría no eran domesticados ni objeto de caza, sino que compartían los bosques y las aguas del valle con los habitantes humanos en bandadas inmensas, y como no eran aves que tuvieran

su casa en el suelo, no se les consideraba pertenecientes a ninguna de las Cinco Casas sino más bien al Cielo y a las Tierras Vírgenes. Debido a estas variaciones y anomalías, el ganso salvaje y la paloma gris constituían la representación pictórica predilecta del alma que va de casa en casa, entre la Tierra y el Cielo, entre la vigilia y el sueño o la visión, entre la vida y la muerte. Las grandes migraciones de gansos, cuando el río se convertía en un río de alas y de sombras de alas y las bandadas de esos animales cruzaban el firmamento durante toda la jornada, constituían la amada imagen del transcurrir y renovarse de la vida. Los gansos, patos y cisnes salvajes eran representados con la forma de la heyiya-if, igual que sucedía con su vuelo en bandadas; los sonidos que emitían al volar, graznando y chillando en el viento, eran utilizados en la música.



ANIMALES DE COMPAÑÍA

Hemos utilizado en esta sección la expresión «compañeros de mesa» para evitar las connotaciones condescendientes y de superioridad de nuestro término «animales de compañía», y porque traduce mejor el término utilizado en el valle, que significa ‘gente que vive en comunidad’.

Desde el punto de vista de las industrias de cría y sacrificio de animales de nuestra sociedad, todos los animales domésticos del valle eran animales de compañía, pero tal denominación resulta cuestionable en muchos aspectos. En todo caso, los niños y muchos adultos vivían en comunidad con otras criaturas, no sólo con los animales domésticos que les rendían algún tipo de utilidad: nos referimos a los ratones, roedores silvestres, conejillos de Indias salvajes (una verdadera plaga en los campos de cereales), grillos, sapos, ranas, ciervos volantes y otros. Las culebras no

eran aceptadas en el interior de las viviendas, pero eran huéspedes muy bien consideradas bajo la casa o el establo ya que mantenían a distancia a las serpientes de cascabel. El poco común mapache, o «gato de los mineros», era fácil de domesticar, y a veces se criaba como habitante sagrado y apreciado del heyimas de la Arcilla Azul. Los ejemplares jóvenes de animales silvestres de mayor tamaño, las piezas de caza, la mayor parte de las aves salvajes y los peces, jamás eran domesticados o convertidos en animales de compañía. Si un cazador mataba por equivocación una cierva con cervatillos aún en época de cría, debía dar muerte también a esos animales jóvenes y someterse luego a una ceremonia en la Logia de los Cazadores para despojarse de toda culpa. Un ciervo podía consentir en ser muerto y devorado, pero no en ser domesticado. Los ciervos compartían con el ser humano la Segunda Casa de la Vida, no la Primera Casa, donde vivían los animales domésticos. Obligarles o forzarles a vivir en una casa que no era la suya habría constituido un comportamiento impropio o perverso.

LA CASA DE LA OBSIDIANA

Según lo percibían los kesh, los animales domésticos consentían en vivir y morir con los seres humanos en la Primera Casa de la Vida. Los misterios de la interdependencia y la cooperación entre animales y humanos, así como el misterio del sacrificio, eran el tema central de los ritos animales de la Casa de la Obsidiana. Tales ritos y enseñanzas estaban relacionados también con los de la Logia de la Sangre. Esta Logia, en la que se iniciaban todas las muchachas al alcanzar la pubertad y a la que pertenecían todas las mujeres, estaba bajo los auspicios de la Obsidiana: «Todas las mujeres viven en la Primera Casa». La identificación entre mujer y animal estaba arraigada profundamente en las enseñanzas sexuales e intelectuales de la Logia de la Sangre (pero mientras que en nuestra cultura dominada por el machismo tal identificación se utiliza para minusvalorar a la mujer, entre los kesh no poseía esa connotación, sino más bien la contraria). Los ritos y enseñanzas de la Logia de la Sangre se transmitían oralmente, no por escrito, pero muchas canciones de las mujeres en las Danzas de la Luna y de la Hierba estaban basadas en ellos, y toda una serie de poemas místicos, satíricos y eróticos —de muy difícil traducción, como sucede por desgracia con la mayor parte de la poesía metafísica— utilizaba sus símbolos y temas: la oveja hembra, la leche, el sacrificio de la sangre, el orgasmo como espasmo de la muerte, la fecundación como renacimiento y el misterio del consentimiento.

II. Animales de la Arcilla Azul

En la concepción del mundo de las gentes del valle, todos los animales salvajes eran gentes del Cielo que vivían en las Cuatro casas de la Muerte, el Sueño, las Tierras Vírgenes y la Eternidad; sin embargo, aquellos ejemplares que se dejaban cazar, que respondían al cántico del cazador y acudían al encuentro de la flecha o entraban en la trampa, habían consentido en pasar a la Segunda de las casas de la Tierra, la Arcilla Azul, para morir. Habían asumido la naturaleza mortal como sacrificio y como sacramento.

Mediante esa naturaleza mortal, el ciervo concreto, individual, estaba relacionado de manera física y material con los seres humanos y con todos los demás seres de la tierra; en cambio, la cervidad, o el Ciervo, estaba relacionada metafísicamente con el alma humana y con el universo eterno del ser. La distinción entre el individuo y la especie era fundamental en el pensamiento del valle, incluso en la sintaxis del lenguaje.

Casi siempre la mayoría de los animales estaban en la Casa de las Tierras Vírgenes: la ardilla, la rata de bosque, el tejón, la liebre, el gato montés, el pájaro cantor, el buitre, el sapo, el escarabajo, la mosca y todos los demás, por familiares, queridos o pestilentes que fueran, no compartían la Casa de la Vida con los seres humanos. La relación se basa fundamentalmente en quién come a quién. Los animales que no comemos, o que no nos comen, no guardan con nosotros la misma relación que la que tenemos con aquellos que sí nos sirven de alimento.

En la pared del noroeste de un heyimas de la Arcilla Azul se pintaba la imagen de un ciervo, en la pared suroeste la de un conejo silvestre, y en el techo, cerca de la escalera, la de una codorniz. Éstos eran los guardianes de esa casa.

Sólo el ciervo, el conejo silvestre y el jabalí eran cazados de forma regular por los adultos para conseguir comida, pieles o cueros, y para controlar los excesos de población. Las tres especies eran muy numerosas en la zona y provocaban muchos problemas a labradores, hortelanos y vinateros, en los años de mayor abundancia. Los jabalíes resultaban ser un competidor especialmente feroz y obstinado para el hombre en el aprovechamiento de las bellotas, producto a cuya recolección se le concedía gran importancia. El jabalí era también un animal peligroso y por ello recibía la consideración de pieza de caza, que era lícito abatir en todo momento.

Salvo éstos, el único animal considerado como auténtica pieza de caza era el ganado salvaje. En ocasiones, un rebaño emprendía una migración por las laderas cubiertas de pastos al oeste del mar Interior y los cazadores salían tras él, sobre todo

por deporte y afán de aventuras, ya que los habitantes del valle no mostraban un gran interés por comer carne. El producto de esa caza era tratado como si se tratara de carne de venado, y la mayor parte era puesta a secar para guardarla como cecina.

Las jaurías de perros salvajes representaban un gran peligro para los seres humanos y los animales domésticos, y cuando una de tales jaurías aparecían en las sierras del valle se procedía a su caza sistemática, habitualmente por una partida enviada por la Logia de los Cazadores; sin embargo, estos perros salvajes no eran considerados piezas de caza. Tampoco lo eran los osos. El Oso, el Bailarín de la Lluvia, el Hermano de la Muerte, era el Guardián de su propia casa, la Sexta. Sin embargo, cuando un oso individual empezaba a actuar como si estuviera enloquecido, o perdido, merodeando en torno a los campos y pastos próximos a una ciudad o intimidando y robando comida a la gente instalada en las casas de verano de las colinas, se decía de él que había «entrado en la Casa de la Arcilla Azul» y podía ser cazado y muerto, y podía comerse su carne.

En cuanto a las aves, la codorniz era considerada siempre un animal de caza y constituía una de las figuras favoritas en las imágenes y poemas de la Arcilla Azul, pero en realidad sólo los niños parecían dedicarse a su caza aunque algunas personas criaban y engordaban codornices para comerlas o utilizar sus huevos. El chukar y el faisán eran especialmente apreciados por sus plumas. El pato y el ganso salvajes, así como diversas especies de palomas, vivían y migraban en gran número en el valle del Na, especialmente en las marismas de la parte inferior del río. Eran cazados y prendidos con trampas para comerlos, y también eran domesticados (véase «[Animales de la Obsidiana](#)»).

Los peces de agua dulce del Na y de los arroyos eran pequeños y ásperos, pero al ser apreciados como alimentos junto con los cangrejos de río y las ranas, se consideraba que vivían en la Segunda Casa. Los peces de Mar no solían conseguirse mediante la captura directa sino en transacciones comerciales, ya que eran contadas las personas del valle dispuestas a tener contacto con las barcas o con las aguas profundas. En ocasiones, las Logias de los Pescadores de la zona inferior del valle acudían a marisquear a las playas marinas, pero las mareas rojas del Pacífico y la contaminación residual de los mares hacían peligrosa la ingestión de mejillones.

Se consideraba que los peces estaban predispuestos contra los hombres, y no contra las mujeres: «Para ella me levanto, de él me escondo». Gran parte de la pesca en el Na y en sus afluentes la llevaban a cabo ancianas, a base de anzuelo, sedal y red de mano.

Las normas respecto a las armas de caza de la Logia de los Cazadores eran estrictas: sólo podía utilizarse el fusil para cazar osos, perros salvajes y jabalíes; en todos los demás casos, los útiles a emplear eran el arco y la flecha, el lazo y la honda. La caza era denominada: el Arte del Silencio.

Las cacerías para conseguir carne o pieles era principalmente, una ocupación para niños. Todos los pequeños y los adolescentes afiliados a la Logia del Laurel tenían

permiso para cazar conejos, zarigüeyas, ardillas, himpís salvajes y otras piezas menores, así como ciervos, y eran felicitados si tenían éxito. Tenían prohibido cazar ardillas listadas (todavía portadoras de la peste bubónica) y únicamente a los adolescentes de más edad se les entregaba fusiles y se les permitía participar en las batidas de perros salvajes o jabalíes con propósitos exterminadores. Cuando las niñas alcanzaban la adolescencia ingresaban en la Logia de la Sangre, dejaban de cazar. Las mujeres que vivían en casas de verano aisladas y las ermitañas, llamadas mujeres que Viven en los Bosques, podían cazar conejos y ciervos para alimentarse, bien con lazos y trampas o con armas de fuego, pero estos casos constituían la excepción de la norma. El hombre que dedicaba mucho tiempo a la caza después de haber superado la edad de pertenecer a la Logia del Laurel y de haber entrado en edad de casarse, era considerado una persona infantil o inepta. En general, la caza no era vista como una actividad adecuada para un adulto.

Todos los cazadores debían responder de su actividad ante la Logia de los Cazadores y estaban sujetos a una supervisión estricta y continuada. Si un cazador — joven o adulto— no limpiaba y despellejaba adecuadamente a su presa, o no distribuía como era debido la carne y el pellejo, o no eliminaba de forma correcta los restos, recibía una reprimenda o era puesto en ridículo por incompetente. Si algún cazador mataba en exceso o sin existir una auténtica necesidad de comida, cuero o pieles, corría el riesgo de crearse fama de psicótico, de hombre enloquecido o perdido, como si fuera un oso peligroso. La Logia de los Cazadores ejercía una poderosa presión social sobre los individuos que transgredían estas limitaciones éticas.

Al mismo tiempo, dado que existía un cierto grado de deshonor vinculado a la caza como actividad impropia de adultos, el cazador sólo recibía la recompensa de la admiración y la sincera comprensión de los demás en el seno de la Logia de los Cazadores y, si pertenecía a la Arcilla Azul, en su heyimas; efectivamente, en éste último, la asociación de la casa con el cazador y la presa no tenía una connotación deshonorosa, sino sacramental.

La Codorniz y el Ciervo eran celebrados una y otra vez en la poesía, las danzas y las artes del heyimas de la Arcilla Azul, donde eran objeto de una identificación mucho más íntima que cualquier otro animal y de una estimación superior incluso a la que recibían los animales domésticos. Se trataba de una intimidad diferente. Los animales de caza eran el vínculo entre la Tierra Virgen y el alma humana; y el cazador, precisamente por faltarle algo para recibir la consideración de ser humano completo, se convertía a un tiempo, junto con el animal que había matado, en cómplice y sacrificio a través de un acto verdaderamente misterioso. El significado de lo sagrado como lo misterioso, de la santidad como transgresión, quedaba implícito en las danzas animales de la Arcilla Azul y en las canciones de los cazadores.

Las paredes de esta casa

son de arcilla azul,
arcilla mezclada con agua,
arcilla mezclada con sangre,
sangre del conejo,
sangre del ciervo.
Latiendo, latiendo,
esta fuente es roja.
Roja es esta fuente,
latiendo, latiendo.
Tú bebes en ella,
tú manas de ella,
mujer de esa casa
¡Tú brotas, mujer Cierva!

Yo te doy mi flecha, mi navaja, mi mente, mis manos.
Tú me entregas tu carne, tu sangre, tu piel, tus pies.
Tú eres mi vida. Yo soy tu muerte.
Juntos bebemos de esta fuente.

(Otros ejemplos de canciones de caza y de pesca aparecen en la sección «[La muerte en el valle](#)»).



Parentescos

Había cuatro clases de parientes en el valle:

La gente que vivía en la misma casa que uno, es decir, en una de las cinco grandes divisiones en las que se repartían los humanos y las demás gentes del valle: la Obsidiana, la Arcilla Azul, la Serpentina, el Adobe Rojo y el Adobe Amarillo. A este parentesco se le denominaba: *maan*.

La gente con la que había lazos de sangre (consanguíneos): eran los *chan*.

La gente con la que había lazos por matrimonio (afines): eran los *giyamoudan*.

La gente con la que había lazos por propia decisión: los Goestun.

Evidentemente, las interrelaciones entre estos cuatro tipos de parentesco podían resultar muy complejas; sin embargo no faltaba tiempo ni personas interesadas en el tema para configurarlas todas y ponerlas en orden.

PARENTESCO DE CASA

Entre los parientes de la misma casa había otras criaturas, además de los seres humanos; de ellas, las principales eran: en la Obsidiana, los animales domésticos y la luna; en la Arcilla Azul, los animales de caza y todos los manantiales y corrientes de agua; en la Serpentina, las piedras y muchas plantas silvestres, y en los Adobes, la tierra y todas las plantas domésticas. Llamar abuelo a un olivo, o hermana a una oveja, o dirigirse a una parcela de terreno roturado para plantar maíz como «hermano mío», es un comportamiento fácilmente catalogable de primitivo o simbólico. En cambio para los kesh era la persona que no podía entender o admitir tal relación la que demostraba tener una inteligencia primitiva o una línea de pensamiento alejada de la realidad.

Los grupos humanos de las Cinco Casas eran, en la jerga antropológica, matrilineales y exógamos: la descendencia era por línea materna y no se podía contraer matrimonio con otro miembro de la misma casa.

Las tablas [1] y [2] muestran algunas de las complejas interrelaciones entre las casas y los lazos de sangre. Por ejemplo, la abuela materna estaba siempre en la casa de uno, y el abuelo paterno podía estarlo también, pero el padre, la madre de éste y el abuelo materno no podían estarlo.

Observando la sucesión de generaciones, se puede advertir que el hombre carecía

de parentesco de casa con sus propios hijos. Los hijos de la mujer eran de su misma casa, pero los del hombre, no; y tampoco los nietos de éste por vía de las hijas, aunque sí podían serlo los hijos de sus hijos. Los dos esquemas se entremezclaban, no tanto contradiciéndose sino más bien complicándose y enriqueciéndose mutuamente.

PARENTESCO DE CONSANGUINIDAD

La familia, *marai*, constaba normalmente de una madre y su(s) hija(s), sus respectivos maridos e hijos, y los hijos varones solteros u otros parientes por parte de la mujer, que vivían juntos en una serie de estancias y compartían el trabajo formando una unidad económica.

Cuando una familia se hacía demasiado numerosa, una de las hijas se trasladaba con su marido y sus hijos a otras estancias, donde establecía una nueva unidad familiar; a partir de entonces, la relación principal entre las dos familias pasaba a ser la pertenencia a la casa. Sin embargo, los lazos de sangre eran seguidos con gran atención y las obligaciones del parentesco de sangre eran tomadas muy en serio. Por parte materna, ello aseguraba un doble vínculo; por parte paterna, podía convertirse fácilmente en un doble lío.

En términos generales el parentesco de sangre seguía, el mismo esquema que entre nosotros, aunque con algunas distinciones más sutiles. He aquí los términos de parentesco más comunes:

madre: mamou

padre: bata, ta, tat

abuela: homa

abuela materna: ama

abuelo materno: tatvama

abuelo: hotat

abuela paterna: tatvama

abuelo paterno: tativtat

hija: sou

hijo: dúcha

nieto/a: shepin

hermano (en general): kosh

hermana: keiosh (por ejemplo, hija de mi madre, o hija de mi padre y mi madre)

hermano: takosh (hijo de mi madre, o de mi padre y mi madre)

media hermana: hwikkosh (hija de mi padre, pero no de mi madre)

medio hermano: hwikkosha (hijo de mi padre, pero no de mi madre)

tía (hermana de mi madre): madí o amasou

tía (hermana de mi padre): takekosh

tío (hermano de mi madre): matai

tío (hermano de mi padre): tatakosh

(Para tía abuela, etcétera, se añadía a estos términos el prefijo *ho*, viejo).

sobrina (hija de la hermana de la madre): madísou

sobrina (hija del hermano de la madre o de un hermano o hermana del padre): ketro

sobrino (hijo de la hermana de la madre): madídú

sobrino (hijo del hermano de la madre o de un hermano o hermana del padre): ketra

primo/a (por línea materna, o de mi Casa): machedí

primo/a (por línea paterna o de una Casa distinta): choud.

Existían otros términos, que variaban entre las zonas superiores e inferiores del valle, para las complejas relaciones de parentesco resultantes de los segundos o terceros matrimonios. Los términos de puro parentesco de casa, utilizados con una persona no necesariamente emparentada por los lazos de sangre, se formaban añadiendo al mismo el prefijo *ma* (y el adjetivo posesivo): *marivdúcha*, ‘hijo de mi casa’; *makekosh*, ‘hermana de casa’, etcétera. Los términos que expresaban a un tiempo el parentesco de sangre y de casa eran de uso común como saluciones y muestras de cariño.

PARENTESCO POR MATRIMONIO

Los kesh eran matrilocales: se daba por sentado que la pareja recién casada viviría, por lo menos algún tiempo, en la casa de la madre de la novia (lo cual podía significar que otros parientes tuvieran que trasladarse). Esta costumbre no era estricta, y con mucha frecuencia una pareja joven establecía su propia vivienda en el mismo edificio o en otro distinto, o incluso en otra ciudad si su trabajo llevaba allí a los recién casados. Los kesh se consideraban arraigados con la misma firmeza que los árboles lo están a las montañas, pero he podido observar que, en realidad, muchos de ellos se trasladaban de una ciudad a otra durante la mayor parte de su vida adulta.

Cuando un matrimonio se disolvía, la mujer podía quedarse en la casa de sus madres o regresar a ella, pero esto no constituía en modo alguno una norma. El hombre divorciado regresaba casi siempre a la casa de sus madres para vivir allí como un hijo, *handúcha*. Los hijos de padres divorciados solían quedarse con la madre, pero si el padre mostraba más deseos de tenerlos con él que la madre, el hombre seguía viviendo en la casa de las madres de la madre de sus hijos, y los criaba y educaba en esa casa.

Las palabras *giyamoud*, ‘persona casada’; *giyoudo*, ‘esposa’, y *giyouda*, ‘esposo’,

quedaban reservadas a aquellos que habían contraído matrimonio públicamente en la Ceremonia de Casamiento de la Danza del Mundo anual. Para las personas que vivían juntas sin haberse casado, se empleaba el término *hai*, ‘ahora’; *haibí*, ‘ahora-querida’, era una esposa temporal; *dúchahai*, ‘hijo-ahora’, era un yerno transitorio, etcétera. El matrimonio homosexual estaba reconocido y los esposos homosexuales eran diferenciados, cuando tal distinción era relevante, como *hanashe* y *hankeshe* (que vive) como un hombre o como mujer. No había un término específico para ex esposo/a, ni equivalentes a nuestros términos soltero o soltera. Los términos que indicaban las relaciones por matrimonio, igual que los referidos al parentesco de casa o de sangre, eran muy utilizados en las conversaciones; la persona se dirigía a sus parientes por matrimonio como *madív giyouda*, ‘esposo de mi tía’, o *takoshiv giyoudo*, ‘esposa de mi hermano’, por ejemplo, o bien les llamaba simplemente *giyamoudan*, ‘pariente político’.

PARENTESCO POR PROPIA DECISIÓN: GOESTUN

Dos personas podían acordar someterse a las obligaciones y privilegios de una relación más íntima de la que les correspondía por su casa o su línea familiar. A menudo esto representaba simplemente una adopción: los niños huérfanos pasaban inmediatamente a ser hijos goestun de alguien, siempre perteneciente a la casa del huérfano. Por supuesto, los begbés no podían decidir sobre el particular, pero los niños de cierta edad sí podían. En ocasiones, niños que no eran huérfanos optaban por convertirse en hijos goestun de otra familia (también perteneciente a su misma casa). Los hermanos goestun eran habitualmente amigos del mismo sexo que querían afirmar y vincular su amistad, al estilo de lo que llamaríamos «hermanos de sangre». En algunos casos, amigos pertenecientes a la misma casa pero de distinto sexo decidían hacerse hermanos goestun, reafirmando su mutuo afecto pero reforzando las proscripciones de incesto. El parentesco goestun era tomado muy en serio y faltar a él era considerado una traición absolutamente despreciable.

En el relato de Piedra Parlante, el hombre al que denomina abuelo adoptivo, *amhotat*, era un magoestun o abuelo sustituto. La casa proporcionaba estos parientes sustitutivos a las personas que carecían de ellos; en este caso, Piedra Parlante no tenía parientes varones en su propia casa, la Arcilla Azul, al carecer de tío materno y de cualquier pariente por parte de padre, de modo que un anciano de la Arcilla Azul pidió asumir dicha responsabilidad.

PROHIBICIONES DE INCESTO

Las relaciones sexuales con cualquiera de los enumerados a continuación eran

consideradas incestuosas y estaban prohibidas:

Todos los miembros de la casa propia

Todos los parientes por matrimonio en vigor con un pariente de sangre

Todos los parientes goestun

Y los siguientes parientes por lazos de sangre: padres/hijos; abuelos/nietos; hermanos; tíos/sobrinos, y tíos abuelos/sobrinos nietos. Estaba permitido el matrimonio entre primos en primer grado con primos y medios primos por parte de padre, pero si un tío paterno se casaba con una mujer de la casa de uno, los hijos serían hermanos de casa de esa persona y, por tanto, estarían incluidos en la prohibición. Los hijos de la tía materna pertenecían, naturalmente, a la casa de la persona; los hijos del tío materno no pertenecían a esa casa, pero el matrimonio entre primos de este tipo era infrecuente, pues está demasiado próximo por línea de madres. El matrimonio entre primos segundos sólo estaba limitado por la pertenencia a la casa.

Los kesh no ofrecían razón o justificación alguna para estas prohibiciones de incestos, religiosa, genética, social ni ética. Según decían: «así son las personas; así es como se comporta un ser humano».

«LAS MADRES»

ABUELA MATERNA

TÍA MATERNA

tío político
PRIMOS

abuelo materno
TÍO MATERNO

tía política
PRIMOS

MADRE

HOMBRE

(hijos de la madre o de la madre y del padre)

HERMANO

cuñada
sobrinas, sobrinos

HERMANA

cuñado
SOBRINAS, SOBRINOS

(hijos del padre solamente)

media hermana
esposo de la media hermana

medio hermano
esposa del medio hermano

nura

hija

hijo

hija de la hija
biznietos

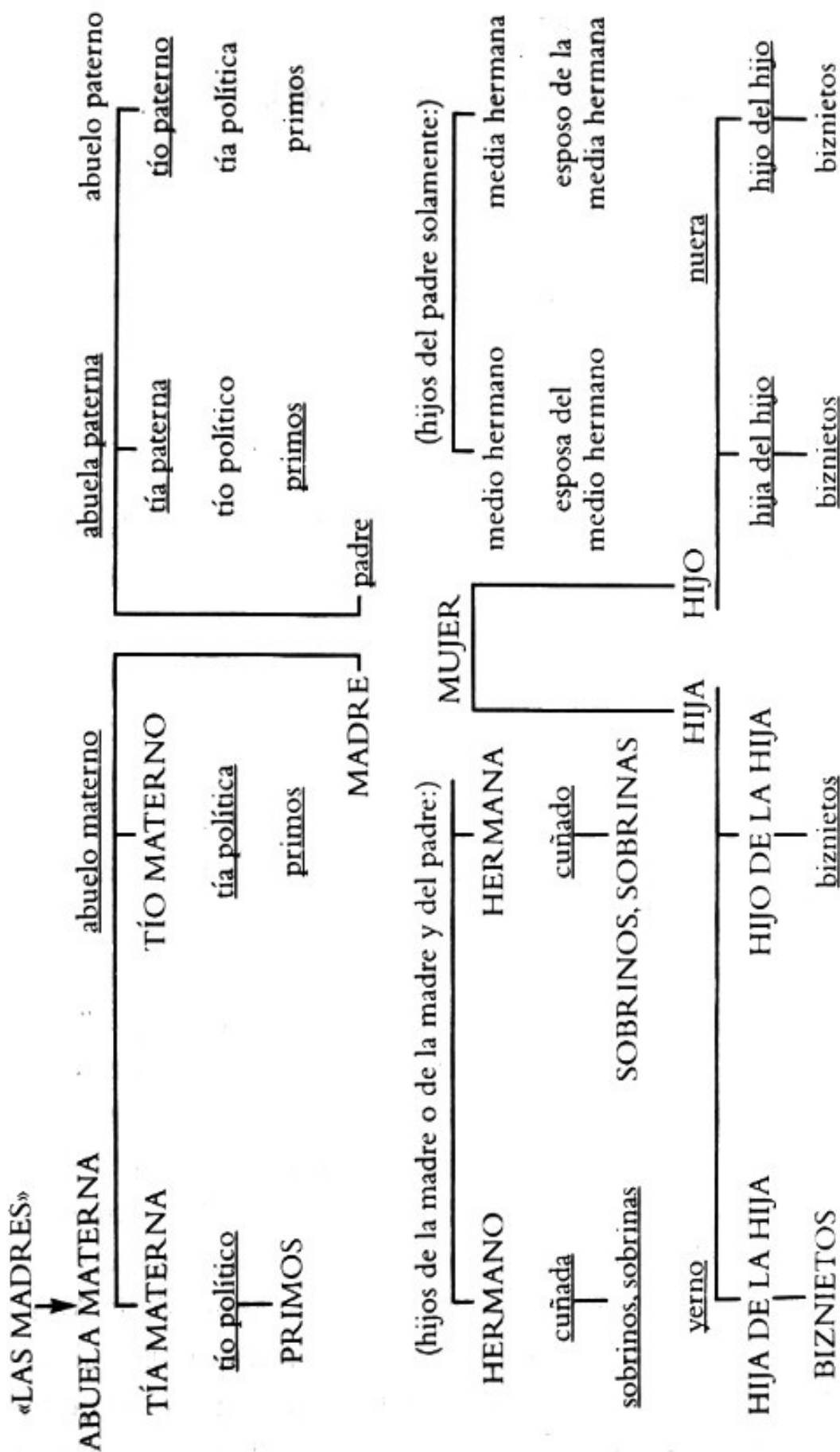
hijo del hijo
biznietos

abuela paterna
tía paterna
tío político
PRIMOS

abuelo paterno
tío paterno
tía política
PRIMOS

padre

Los parientes que deben pertenecer a la misma casa del hombre aparecen en MAYÚSCULA; los parientes que no pueden pertenecer a la casa del hombre aparecen subrayados. Los demás parientes pueden o no pertenecer a su misma casa.



Las principales relaciones de parentesco de una mujer por Sangre, Casa y Matrimonio

Los parientes que deben pertenecer a la misma Casa de la mujer aparecen en MAYÚSCULA; los parientes que no pueden pertenecer a la Casa de la mujer aparecen subrayados. Los demás parientes pueden o no pertenecer a su misma Casa.

Logias, sociedades y artes

Explicadas por Espino de Sinshan en respuesta a las preguntas de Pandora

PANDORA: No entiendo a qué te refieres cuando dices que una Logia está *en* una de las Cinco Casas.

ESPINO: Eso sólo significa que las reuniones de la Logia se celebran en el heyimas de esa casa; por ejemplo, la Logia de los Cultivadores se reúne en uno de los heyimas del Adobe. También se refiere a que si los miembros de la Logia necesitan algo, lo piden a la casa, como en el caso de los Doctores que emplean las canciones de la Serpentina.

PANDORA: Entonces, para pertenecer a una Logia, una persona no tiene por qué haber nacido en esa casa.

ESPINO: No. Por ejemplo, todas las mujeres se afilian a la Logia de la Sangre sin que importe si pertenecen o no a la Obsidiana, ¿verdad?, y a la Logia de los Cazadores se afilian hombres que no pertenecen a la Arcilla Azul. Además, casi todas las personas son miembros de la Logia de los Cultivadores, aunque sean principalmente las gentes del Adobe quienes bailen las danzas de los Cultivadores. La única Logia que está reservada solamente a los miembros de una casa es, creo, la Logia de la Sal. En ésta sólo hay gente de la Arcilla Azul y únicamente se dedica a una cosa: cuidar de las salinas junto a la desembocadura del Na y efectuar cada año el Viaje de la Sal y aprender sus canciones. ¿Has visto las salinas? Las nuevas tienen un color rojo brillante debido a los camarones de agua salada, y las más viejas muestran un azul turquesa producido por las aguas; siempre me pregunto cómo puede tener la sal ese color blanco inmaculado.

PANDORA: Espero poderlas ver pronto. Entonces, ¿cómo puede quedar una Logia bajo los auspicios de una de las casas del Cielo, que carecen de heyimas donde reunirse?

ESPINO: En ese caso celebra sus reuniones en el edificio propio, una cabaña que construyen sus miembros. El Madroño tiene un edificio archivo, una biblioteca, y el Adobe Negro siempre mantiene una cabaña en el terreno de caza de la ciudad. Los Buscadores pueden utilizar ese edificio y los muchachos del Laurel se cobijan en él cuando llueve. Normalmente se reúnen al aire libre en el terreno de caza, pero cuando llueve acuden a la cabaña de tierra del Adobe Negro.

PANDORA: ¿Las Sociedades son lo mismo que las Logias?

ESPINO: Bueno, no exactamente. En primer lugar, son más pequeñas. Por otra parte, sus portavoces suelen ser miembros de la casa con la cual están relacionadas. Sin embargo, puede afiliarse a ellas gente de otras casas, salvo los payasos varones. Los Payasos de la Sangre, como seguramente sabes, son mujeres de cualquier casa, no sólo de la Obsidiana. En cambio, todos los Payasos Blancos son hombres de la Obsidiana, y todos los Payasos Verdes son hombres de los Adobes.

PANDORA: ¿Cómo llega a convertirse en Payaso una persona?

ESPINO: Se aprende a serlo de las personas que ya son payasos, en secreto. El aprendizaje puede llevar mucho tiempo.

PANDORA: ¿Qué hacen las Sociedades?

ESPINO: Los miembros de las Sociedades cantan y aprenden. Cada una tiene ciertas canciones, ciertas maneras de ser, ciertos dones.

PANDORA: ¿Los miembros... aprenden juntos? [En nuestro idioma, mi pregunta hubiera sido: ¿Son escuelas?]

ESPINO: Algunos de ellos enseñan secretos. La Sociedad del Roble es diferente, tiene una gran cantidad de miembros y trabaja con el Arte de los Libros y la Logia del Madroño y con las bibliotecas de todos los heyimas. En realidad, el Roble es más parecido a un Arte que a una Sociedad: enseñar a leer, escribir, hacer libros, fabricar tintas, imprimir y todas las tareas que tienen que ver con la palabra escrita.

PANDORA: ¿Y las Artes? ¿Qué grado de relación guardan con las Cinco Casas?

ESPINO: En realidad, no sé precisarlo. Aquí, en Sinshan, las mujeres suelen afiliarse a una de las Artes pertenecientes a su casa, pero los hombres no hacen lo mismo. He observado además que en las grandes ciudades las mujeres tampoco siguen esa tendencia. Un Arte no suele reunirse en el heyimas de su casa, sino que habitualmente lo hace en el taller. Sin embargo, si algo va mal —si por ejemplo algún trabajo no se cumple o resulta defectuoso—, la casa se responsabiliza de corregir la situación. La persona que trabaja en un Arte puede acudir a la Casa de ese Arte a solicitar ayuda si tienen problemas de algún tipo. Una de las razones por la que resulta peligroso ser Molinero es que el Arte de los Molineros no posee una Casa de la Tierra, sino que se encuentra bajo las casas del Cielo. Por ejemplo, si una Molinera hace algo mal, todos se enfurecen con ella y, como reza el dicho, la Molinera no tiene un techo que la proteja.

TABLA DE LOGIAS, SOCIEDADES Y ARTES

LAS CINCO CASAS DE LA TIERRA

Primera OBSIDIANA	Segunda ARCILLA AZUL	Tercera SERPENTINA	Cuarta ADOBE AMARILLO	Quinta ADOBE ROJO
<i>Logia de la Sangre</i> (ritual y social)	<i>Logia de los Cazadores</i> <i>Logia de los Pescadores</i> <i>Logia de la Sal</i>	<i>Logia de los Doctores</i> (medicina y ritual)	<i>Logia de los Cultivadores</i> (agricultura y ritual)	
<i>Sociedad de los Payasos de la Sangre</i> <i>Sociedad de los Payasos Blancos</i> <i>Sociedad del Cordeño</i> (culto)		<i>Sociedad del roble</i> (escritura, libros)	<i>Sociedad de los Payasos Verdes</i> <i>Sociedad del Olivo</i> (culto)	
<i>Arte del Vidrio:</i> ventanas, vasijas, instrumentos <i>Arte de los Curtidores:</i> oficio de carnicero, productos de cuero <i>Arte de la Pañería:</i> hilado, tejido, teñido, labores de punto	<i>Arte de los Alfareros:</i> útiles, azulejos, tuberías <i>Arte del Agua:</i> pozos, acuíferos, irrigación, aguas negras, depósitos	<i>Arte de los Libros:</i> papel, tinta, encuadernación, pinturas	<i>Arte de la Madera:</i> carpintería, arquitectura <i>Arte de los Tambores:</i> instrumentos musicales	<i>Arte del Vino:</i> viticultura, enología <i>Arte de los Herreros:</i> minería, fundición, metalurgia, herramientas, alambre

Logias pertenecientes al conjunto de las Cinco Casas:

Logia del Laurel

(adolescentes varones: exploraciones, hazañas atléticas, vigilancia de fronteras, caza, ritual y social)

Logia de los Buscadores

(exploraciones y comercio fuera del valle)

LAS CUATRO CASAS DE LA TIERRA

Sexta LLUVIA	Séptima NUBE	Octava VIENTO	Novena AIRE
<p style="text-align: center;"><i>Logia del Adobe Negro</i> (Cabaña de tierra fuera de la ciudad. Ritos funerarios e inhumaciones)</p>			
<p style="text-align: center;"><i>Logia del Madroño</i> (archivos, registros, historia)</p>			
		<i>Sociedad del Tollón</i> (culto)	<i>Sociedad del Topo</i> (culto)
<p style="text-align: center;"><i>Danzantes del Sol Interior</i></p>			
<p style="text-align: center;"><i>Arte de los Molineros:</i> molinos de viento, molinos de agua, turbinas, fuentes y motores de energía eléctrica, colectores y paneles solares, iluminación, calefacción, refrigeración</p>			

La indumentaria de los habitantes del valle

Dentro de la vivienda, los bebés llevaban un pañal o braguita; fuera de la casa, en la estación seca, iban desnudos. Los niños pequeños sólo llevaban ropa para protegerse del sol o del frío, o como adorno; sus prendas eran ligeras, hechas con retales sobrantes de otras telas o con ropa de cama vieja, o con cualquier otro tejido.

Al crecer, en los años «germinales» o, también llamados, «del agua clara», los niños acostumbraban a ponerse algún tipo de cubrevergüenzas, una faldita o taparrabos, y empezaban a suspirar por vestir la indumentaria que lucían los adolescentes; sin embargo, si la adoptaban demasiado pronto solían ser ridiculizados por sus compañeros de la misma edad y recibían la reprimenda de su familia y de su heyimas.

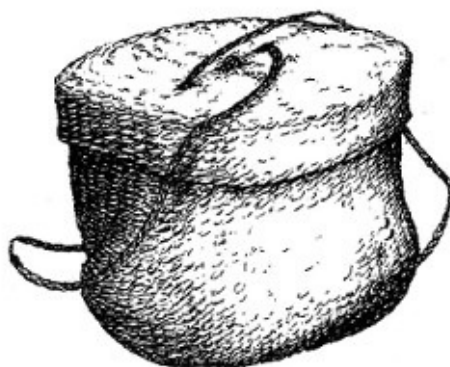
Cuando alcanzaba la pubertad, se realizaba una ceremonia en el heyimas y una fiesta en la casa familiar en honor del adolescente, a quien se entregaba un ajuar de ropas nuevas de un tipo especial. Los chicos llevaban un kilt tupido hasta la rodilla, de piel de ante blanco o de algodón blanco o de lana oscura, y una camisa de algodón blanca (de forma parecida a la kurta y, en ocasiones, con cuello y puños). En la temporada de fríos, podían llevar medias y sandalias y, en terrenos escabrosos, unos zapatos de cuero. Las chicas lucían un kilt similar o una falda fruncida, por debajo de la rodilla y por encima del tobillo, de lana sin teñir en colores crema, gris u oscuro, una blusa larga o camisa de algodón blanca, y medias, sandalias o zapatos como los chicos. Tanto ellos como ellas podían también lucir un chaleco ajustado. Las capas, chales o suéteres de punto para el frío no tenían un estilo definido, pero nunca eran de tejido teñido. No se utilizaba ningún tinte en las ropas que vestían los jóvenes que vivían en la costa. Eran confeccionadas con gran cuidado y buenas telas y materiales, a menudo por la propia persona que los llevaba, quien siempre se preocupaba por cada detalle. La ausencia de colores proporcionaba a los jóvenes una austera elegancia que les hacía destacar entre cualquier grupo de habitantes del valle.

Después de tomar su primer compañero sexual —después de «viajar tierra adentro»— las mujeres y hombres jóvenes seguían llevando los kilts y camisas de cuando vivían en la costa, pero teñían las ropas o les añadían colores.

En cuanto al vestido típico del valle, resultaba bastante difícil de describir porque variaba mucho según el lugar, el tiempo y la persona que lo llevara. Había estilos y modas definidos; en las pinturas murales podían verse figuras vestidas con ropas de corte muy diferente al que se llevaba habitualmente. Ambos sexos podían optar entre camisas, blusas abiertas de arriba abajo, túnicas con o sin cinturón, kilts al modo escocés y pantalones bastante anchos; las mujeres añadían a esto en ocasiones, la falda fruncida. La ropa interior se llevaba para no pasar frío. Los adultos no solían

andar desnudos por la ciudad, salvo los hombres en la época de la Danza de la Luna, pero todos se bañaban desnudos en los depósitos, y tanto en la vivienda como en la casa de verano era habitual que los ancianos se pasearan desprovistos de sus ropas. Las capas para el frío solían confeccionarse en piel de oveja con el vellón, o utilizando lonas; en cambio, la gente que trabajaba al aire libre en la época de las lluvias solía desnudarse en lugar de cubrirse, siguiendo la teoría según la cual «la piel se seca pronto».

Las ropas para las danzas, indumentaria que se lucía en los wakwa, eran lógicamente de estilo conservador, y a menudo, de gran belleza. La prenda ceremonial característica era el chaleco. Cuando la gente acudía al heyimas a cantar, enseñar, relacionarse con los demás o con cualquier otro propósito, escogía por lo general un chaleco corto de buena calidad y delicados adornos, que era conservado para ese propósito tanto por cada individuo como por las heyimas. Los hombres que bailaban la Luna y todos los bailarines —hombres y mujeres— que danzaban el Verano, el Vino y la Hierba, lucían chalecos adornados profusa y espléndidamente, algunos de los cuales tenían siglos de antigüedad.



Los principales materiales para la confección de tejidos eran la lana, el algodón, el lino y el cuero.

La lana procedía en su totalidad de las ovejas del valle. La más apreciada era la producida por los rebaños de Chúmo y era hilada en la propia Chúmo y en Telína-na.

El algodón era cultivado en algunos campos en el valle, pero la mayor parte del que utilizaban sus habitantes procedía de las costas meridionales del mar Interior. Cada año se enviaba un cargamento de vino en el tren hasta el puerto de Sed para ser embarcado allí a cambio del algodón que los barcos traían del sur (véase [«El problema con el pueblo del Algodón»](#)).

El lino se cultivaba en el valle y, más extensamente, al norte de la montaña, en la región del lago Claro. Se cambiaba por vino, aceitunas, aceite de oliva, limones y cristalería; el transporte de un lado a otro de la montaña se efectuaba en el tren, en carretas o mediante grupos de porteadores que utilizaban el tendido como ruta.

El cuero se elaboraba en cada localidad utilizando pieles de vaca, caballo, oveja, cabra, ciervo, conejo, topo, himpí y otros animales de pequeño tamaño. Las pieles de

ave se teñían para incorporarlas a la indumentaria ceremonial, y los mantos y chalecos de plumas eran confeccionados como grandes regalos para el heyimas. El trabajo en cuero era una técnica muy desarrollada y ofrecía una gran diversidad de productos para ropas, calzado y otros usos.

Las materias primas eran tratadas y preparadas casi siempre en el taller o, si no, en la fabrica de la ciudad bajo la dirección del Arte de la Pañería. Cualquier persona podía llevar al taller la lana trasquilada de las ovejas de su familia o la cosecha de lino o algodón de sus campos para proceder allí a la limpieza, el cardado y el teñido. Esta labor también podía realizarse en grupo. También cabía la posibilidad de llevar la lana o la bala de fibras vegetales al Arte de la Pañería para que éste se encargara de prepararlas. Gran parte del hilado se realizaba en las máquinas a motor del taller y la mayoría de los tejidos se confeccionaban en los grandes telares a motor, a cargo de profesionales del Arte de la Pañería. Sin embargo, casi todas las telas finas o ceremoniales se hilaban en las casas con ruecas o con husos, y eran tejidas en los propios hogares. La lana constituía el tejido ceremonial más apreciado; con ella se elaboraban las hermosas alfombras y tapices de Chúmo y Chúkúlmas y, en los hogares, tanto hombres como mujeres tejían con ella medias, chales y demás prendas. El paño de algodón y lana era el predilecto para faldas, kilts y pantalones. Algodón y lino eran también mezclados en la confección de las telas de uso veraniego, tanto tejidas como en punto de agua. El tejido más apreciado para el uso cotidiano era el algodón, y las técnicas empleadas en su fabricación eran de un refinamiento exquisito; las telas de algodón abarcaban desde lonas gruesas y resistentes y géneros de punto tupidos y agradables al tacto, hasta gasas tan finas que «dejaban pasar la luz de la luna».

El Arte de los Curtidores se ocupaba de sacrificar a los animales, además de las manipulaciones del cuero como el curtido, el teñido y la elaboración de arneses, calzado, guarnicionería, vestuario, etcétera; el Arte de la Pañería se encargaba de la preparación de las materias primas textiles, su limpieza, cardado, teñido e hilado, de las técnicas de fabricación de tejidos con maquinaria a motor, y de la producción de ciertos artículos —medias, sábanas, mantas y tapices— que se fabricaban en grandes cantidades y se almacenaban para su posterior utilización. Estas dos Artes, elementos importantes de la economía de cada ciudad y del valle en su conjunto, trabajaban en estrecha colaboración. La curtidoría estaba siempre fuera de la población, junto con el matadero, pero el cuero ya preparado se transportaba a los talleres del Arte de la Pañería para la confección de ropas y calzado. Por lo general, curtidores y pañeros eran personas solventes, prósperas y respetables que vivían en una misma casa durante generaciones y se consideraban a sí mismas, con satisfacción y orgullo, pilares de la comunidad.

Bordado



La alimentación

El idioma kesh carece de términos para designar el hambre.

El sistema de subsistencia de los pueblos cazadores y recolectores se considera incompatible con una agricultura sedentaria; por lo general, cuando un pueblo aprende a cultivar y a cuidar rebaños, abandona la caza y la recolección. Los kesh no se ajustaban a esta norma.

La caza tenía muy poca importancia real como fuente alimenticia; era una actividad desarrollada en su mayor parte por los niños y eran éstos quienes consumían la mayoría de las piezas que se cobraban. (Cabe preguntarse por la importancia que haya podido tener nunca la caza como fuente principal de alimentación para el hombre, salvo allí donde no existen otras fuentes de proteínas fácilmente accesibles; el profundo sentido simbólico de la caza, en especial entre los varones, ha disimulado su poca importancia práctica, de modo que el hombre Cazador domina románticamente la escena mientras que apenas se menciona el papel de la mujer, verdadera proveedora de los alimentos que permiten la supervivencia del grupo, hombres incluidos). Igual que en nuestra civilización, la caza era para los kesh una mezcla de deporte, religión, autodisciplina y desenfreno. En cambio, la recolección era la principal fuente de alimento. Los kesh recolectaban productos silvestres —bellotas, verduras, raíces, hierbas, bayas y muchos tipos de semillas—, algunos de los cuales exigían una gran paciencia en su recogida y preparación; esta actividad no se realizaba a capricho sino metódicamente, acudiendo cada año en la temporada propicia a los árboles de la familia, a los prados de la ciudad y a los campos de enneas. A la pregunta de por qué lo hacían cabe oponer la contraria: ¿por qué no iban a hacerlo? El suministro de alimentos que proporcionaba la naturaleza era muy abundante y a los kesh les gustaba su sabor y su calidad; por otra parte, dado que había familias muy numerosas, los grandes acaparamientos privados de alimentos y las actitudes competitivas eran mal vistas por el conjunto de la sociedad, no existía una necesidad o una motivación para abandonar la recolección por una agricultura intensiva. La razón fundamental para ello tenía que ver, probablemente, con el tamaño y el crecimiento de la población, sean considerados éstos como la causa o el efecto. La ciudad —como sistema opuesto a la granja— no surge a menos (o hasta) que la tierra es utilizada intensivamente en actividades agrícolas. Las explosiones demográficas de cualquier especie animal dependen del exceso de alimentos; el surco termina en la calle. Los kesh vivían a medio camino entre la ciudad y el campo abierto. No tenían calles y sus terrenos de cultivo eran, para nuestros criterios actuales, meros huertos.

Tales huertos no eran especialmente ordenados ya que trabajaba en ellos un gran

número de gentes diversas, con la ayuda de animales más que de máquinas, o ayudando a animales más que a máquinas, y los terrenos y parcelas (salvo los extensos viñedos de la parte baja del valle) eran pequeños y variados. De hecho, los vegetales que plantaban y preparaban como alimentos, eran muy diversos, algo que sorprende en un pueblo cuyas tendencias culturales eran muchas veces restrictivas, reacios a adoptar cosas foráneas y «puras». Por ejemplo, el maíz era lo más próximo al alimento principal en su dieta, pero también recolectaban bellotas, cultivaban trigo, cebada y avena e importaban arroz que adquirían de otros pueblos. Casi siempre, el arroz y la cebada eran descascarados y hervidos enteros; los demás cereales eran preparados de diversas maneras, como sémola, grano molido o harina, y hervidos, cocidos con o sin levadura, etcétera, ofreciendo así una gran variedad de platos, sopas y panes.

En suma, los kesh recolectaban y cultivaban alimentos siempre que tenían ocasión y los cocinaban y comían con interés, respeto y placer. No era un pueblo de constitución delgada. Con su menuda osamenta, tendía más a los rasgos redondeados que a los angulosos, a la abundancia de carnes que a la flacura. La alimentación no es algo que se preste al debate en abstracto. Parece más sensato presentar algunas recetas como ejemplo.



LÍRIV METADÍ, O GUISO DE MAÍZ Y ALUBIAS DEL VALLE

Lavar unas dos tazas de alubias rojas pequeñas (la metadí del valle es muy parecida al frijol mexicano) y cocerlas hasta que queden hechas (una media hora) con media cebolla, tres o cuatro dientes de ajo y una hoja de laurel.

Hervir a fuego lento una taza y media de maíz seco hasta que esté completamente cocido, y escurrirlo (o, en la temporada, utilizar maíz fresco cortado de la mazorca, sin cocer).

Cocer a fuego lento un puñado de hongos negros secos durante una media hora y reservarlos con el caldo de la cocción.

Cuando estén preparados todos estos ingredientes, mezclarlos añadiendo lo siguiente:

el zumo y la pulpa de un limón, o la pulpa de un tamarindo en conserva

una cebolla picada y frita en aceite con un poco de ajo picado muy fino y una cucharada de semillas de comino
una guindilla grande no muy picante (pero *no* pimiento dulce), sin semilla y picada muy fina

tres o cuatro tomates pelados y cortados en pedazos grandes
para sazonar, añadir orégano, hisopillo y más limón al gusto
añadir pimienta roja seca si se prefiere picante.

Para espesar la salsa, se añade una bola de tomate seco en pasta: nuestro equivalente serían dos o tres cucharadas de tomate concentrado. (Si no es temporada de tomates frescos, sustituir éstos por una cantidad doble o triple de concentrado de tomate).

Todo esto se pone a cocer a fuego lento durante una hora.

Servir con cebolla cruda picada como guarnición y acompañado de un chutney o una salsa ácida a base de tomates verdes, aromatizada con hojas de cilantro frescas o secas.

Este plato, «demasiado pesado para el arroz», iba acompañado de pan de maíz, bien en tortas gruesas o al estilo de la tortilla mexicana.

HOTUKO, GALLINA VIEJA: CENA DE ARROZ Y AVE

Cocer a fuego lento una gallina grande, vieja y dura, con hojas de laurel, romero y un poco de vino, hasta que esté hecha. (Como casi nadie puede disponer de gallinas grandes, viejas y duras, utilizaremos un ave pequeña y joven, pero dura). Poner a enfriar y deshuesar la carne.

Reservar suficiente caldo para cocer el arroz; hervir el resto de caldo hasta reducirlo, si es muy claro, y cocer luego en él, a fuego lento, todos o algunos de los ingredientes siguientes durante diez o quince minutos, hasta que estén casi hechos:

un puñado de almendras peladas enteras

apio, zanahorias, rábanos, cebollas, calabaza amarilla o verde, etcétera, todo bien picado

unas hojas de espinada, col china u otras verduras

champiñones enteros, frescos o secos.

Añadir la carne de gallina cortada, un poco de perejil picado, hojas de cilantro fresco o seco picadas y cebolletas en aros; sazonar con comino, semilla de cilantro, un poco de pimentón molido y sal o limón. Dejar reposar todo el día o de un día para otro con objeto de que los sabores se acostumbren los unos a los otros.

Recalentar a fuego lento y servir con arroz hervido en el caldo.

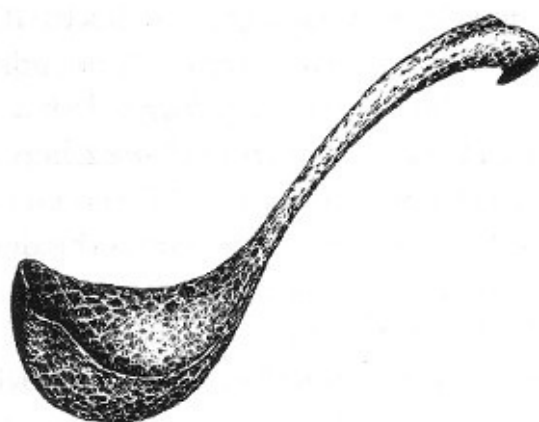
Servir con todos o algunos de los siguientes acompañamientos:

huevos duros rallados

media tostada o semillas de chia

hojas de cilantro picadas
cebollas verdes
tomates verdes o pepinillos en vinagre
chutney o adobo de pimentón picante
jalea de grosellas
grosellas secas o pasas picadas, éstas colocadas en platillos alrededor del plato principal.

La mayor parte del arroz que llegaba al valle procedía de los pueblos del río de los pantanos y era de grano corto, bastante pegajoso al cocer. Los kesh apreciaban mucho el arroz «sasí», menos corriente y de grano largo, que se cultivaba muy al sur y al este del mar Interior, y por el cual estaban dispuestos a cambiar su mejor vino.



PRAGASÍV FAS, O SOPA DE VERANO

Un último plato para después de un banquete a base de cordero en épocas de calor.

En una sartén, fundir un pedazo de mantequilla del tamaño de una yema de huevo, junto con la mitad de esa cantidad de almidón de maíz (harina de maíz) y una yema de huevo, revolviendo lentamente hasta formar una pasta espesa. Poner a enfriar y verter en ella una tacita de yogurt y unas dos tacitas de caldo de cordero frío (hecho con los huesos, desprovistos de toda la grasa). Sazonar al gusto con zumo de limón y/o vino blanco seco. Servir con unas hojas de menta picadas por encima.

(Si se prefiere caliente, añadir cebada cocida calentando moderadamente y utilizar perejil o perifollo en lugar de menta).

DÚR M DREVÍ, O ROJO Y VERDE: CENA DE VERDURAS

Pelar una berenjena grande o varias pequeñas y cortarlas en rodajas del grosor de un dedo. Rociar las rodajas con zumo de limón y sal gruesa y dejarlas macerar mientras se prepara el resto de ingredientes para la cocción:

un par de calabacines (sin pelar) cortados a rodajas como se ha hecho con la

berenjena, y rociarlos también con zumo de limón
un puñado de hojas de perejil, sin los rabos
un par de dientes de ajo, bien picados
dos puñados de setas —de cualquier clase delicada— frescas.

Hacer una salsa con los dos dientes de ajo bien machacados en un almirez o una prensa, un par de cucharadas de buen aceite de oliva y un pellizco de pimentón molido, todo ello ligado con dos tazas de yogurt hasta que esté uniforme y cremosa.

Freír los calabacines a fuego vivo en un aceite ligero en una sartén de hierro hasta que los bordes estén dorados; escurrir y colocar en un extremo de una bandeja. Con una cantidad menor de aceite, freír las berenjenas a fuego muy vivo hasta que adquieran un color dorado intenso, escurrirlas y colocarlas en el otro extremo de la bandeja. Freír ligeramente las setas, el ajo y el perejil, removiendo bien, hasta que el perejil quede chamuscado, y colocarlo todo en el centro de la bandeja. Servir inmediatamente, acompañado de patatas hervidas con la piel. La salsa de yogurt acompaña las verduras y las patatas, vertida sobre ellas o utilizada como aliño.

Unas rodajas de tomates y unas aceitunas negras combinan bien con este plato.



HWOVWON: HUEVOS DE ROBLE

La harina de bellotas resulta curiosamente comparable con la harina de maíz o de trigo. Antes de la cocción, estos dos últimos contienen por término medio un 1 o 2 por ciento de grasas, un 10 por ciento de proteínas y un 75 por ciento de hidratos de carbono. La harina de bellotas contiene, también por término medio, un 21 por ciento de grasas, un 5 por ciento de proteínas y un 60 por ciento de hidratos de carbono. Naturalmente, esta harina de bellotas fue el alimento básico de los primeros pobladores humanos de la zona, aunque su utilización fue abandonada por los pueblos posteriores, procedentes de culturas en las que la bellota sólo era alimento para cerdos.

Los kesh plantaban robles en las ciudades y en torno a éstas, y cuidaban los denominados «árboles productores» en bosques y campos. El territorio era rico en cantidad y variedad de robles, y en un año normal había muchísimas más bellotas de las que podía utilizar la población humana. Los kesh preferían los frutos del roble del valle y del roble Tostado. La recogida y la elaboración eran actividades comunales

que se efectuaban bajo la supervisión de la Serpentina aunque, como es lógico, cada familia podía trabajar por su cuenta para disponer de una cantidad suplementaria, si así lo deseaba. Después de la selección y el descascarado, las bellotas eran molidas; para ello, los molineros utilizaban unas piedras especiales: las muelas de bellotas. El aceite sobrante se guardaba para numerosos usos. La harina, gruesa o fina, era lixiviada por inmersión en aguas frías o calientes durante un período que oscilaba entre algunas horas y varios días, según el contenido de ácido tánico y el sabor deseado. Habitualmente, la harina se tostaba antes de su almacenado o justo antes de ser usada, para endulzar y potenciar el sabor a nueces.

La sopa de harina de bellotas, espesa y con diversos sabores añadidos, era un plato invernal diario en muchas mesas. Recibía el nombre de *doumfas*, ‘sopa marrón’, y era con frecuencia el primer alimento de los bebés después de la leche materna. La harina gruesa se hervía para hacer gachas o pasta, que era comida como si fuera arroz o polenta, o bien se cocía al horno en forma de pan pesado, seco y sabroso. La harina de bellotas se mezclaba con miel, semillas tostadas y harina de trigo, y se cocía al horno en forma de pastas y obleas dulces. Al ser aceitosa, el sabor de la harina de bellotas se deterioraba si permanecía almacenada demasiado tiempo y, por lo general, la que quedaba medio año después de su elaboración era destinada a los animales.

TÍS: MIEL

A los kesh les encantaban los dulces y había campos de remolacha azucarera tierras abajo de Ounmalin, pero el cultivo y procesamiento de este vegetal les resultaba muy trabajoso y el principal producto endulzador era la miel. Igual que los animales de caza, se consideraba a las abejas como visitantes de las casas del Cielo que accedían a entrar en las casas de la Tierra e incluso a vivir en las casitas preparadas para ellas. La mayoría de los apicultores pertenecían al Adobe Rojo y esta casa se encargaba de la preparación, almacenamiento y distribución de la miel. Las ciudades de abejas, o series de colmenas, eran numerosas en toda la zona de cultivos de cualquier ciudad humana. Las colmenas eran de madera y los apicultores utilizaban como panales unos marcos de madera móviles que permitían extraerlos sin destrozar la colmena ni tan siquiera perturbar a las abejas. En las ciudades de la parte superior del valle se elaboraba miel en tal cantidad que una parte se empleaba en los intercambios comerciales con los pueblos del norte y del este, menos metódicos, al parecer, en su aprovechamiento de las abejas.

FATEFAT, O PAYASO-PAYASO: UN POSTRE

Limpiar un litro de grosellas verdes o rojas, o de gaylussacias rojas, junto con bayas

de saúco, madroño o acerolo —cualquier baya acerba madura— y cocerlas a fuego muy lento. Remover añadiendo miel al gusto. Sazonar con corteza de limón o naranjas chinas troceadas si se desea. Poner a enfriar.

Calentar sin llevar a ebullición entre medio y un litro de crema de leche muy espesa y batirla hasta que se haya enfriado y espesado. Mezclar con la fruta.

La crema adquiere una rica textura muy distinta a la de nuestra crema batida esponjosa, pero debe partirse de una crema mucho más espesa de la que hoy solemos disponer.

LÚTE: AMOLE

Los habitantes de Chúmo cocían amoles (o raíz de jabón, *Chlorogalum pomeridianum*) con un poco de miel, y consideraban este plato un bocado refinadísimo. Los habitantes de las otras ocho ciudades utilizaban esa planta para lavarse el cabello. La versión kesh del refrán «Contra gustos no hay disputas» era: «Se lava el cabello con la cena».



LOS MODALES EN LA MESA

Ponían en la mesa fuentes, platos, cuencos, tazas, vasos, etcétera, muchas veces hermosos y considerablemente variados, pero no en gran número ya que la vajilla, después de todo, tenía que limpiarse a continuación. Para las sopas y platos con mucha salsa, tenían cucharas de loza, madera, cuerno o metal; todo lo demás se comía con los dedos. No existía una mano tabú o siniestra; se suponía que la persona se sentaba a la mesa con las manos limpias. Podía emplearse la mano derecha, la izquierda o ambas, siempre aseadamente. Las diversas clases de panes servían para sostener, empujar o mojar en salsa. La carne se cortaba antes de servir, y las aves eran partidas en cuartos. La mesa podía ponerse desnuda, con un mantel o con esterillas de tela o de junco, enea o bambú trenzados; había un par de cuencos con agua para lavarse los dedos y, con frecuencia, al final de la comida se pasaba de mano en mano una servilleta de tela de gran tamaño.

Como los kesh apenas utilizaban sillas, las mesas eran bajas. Los comensales tomaban asiento en el suelo, con las piernas extendidas hacia el frente, dobladas hacia un lado o cruzadas ante el cuerpo, o bien se sentaban en el banco corrido que ocupaba a baja altura dos o tres lados de la mayoría de las estancias, situando ante ellos una

mesilla parecida a un taburete, donde colocaban los platos.

Las comidas principales del día eran tres: el desayuno, que solía consistir en leche, pan o gachas y fruta, fresca o seca; un almuerzo de sobras y alimentos sin cocinar, y la cena, que solía tomarse después del crepúsculo, por lo cual se cenaba muy pronto en invierno y muy tarde en verano. No obstante, los kesh tendían a tomar pequeños bocados cuando estaban hambrientos, más que a devorar grandes cantidades de comida en las colaciones principales. Quizás ello se debía a que el alimento era abundante y fácil de conseguir, a que nadie tenía un especial deber/privilegio de preparar, servir o negar la comida y, por último, a que la glotonería era considerada vergonzosa, y la gula, reprobable; en cambio, el apetito, por voraz que fuera, podía satisfacerse de manera más o menos invisible mediante bocados entre horas, improvisados pero numerosos. Como ya se ha dicho, los kesh no eran un pueblo de gentes delgadas.

Instrumentos musicales kesh

Los instrumentos de calidad profesional, o para usos ceremoniales, eran fabricados por los miembros del Arte de los Tambores bajo los auspicios de la Casa del Adobe Amarillo.

HOUMBÚTA

El houmbúta, o gran corno, se utilizaba en la música teatral y en la sacra. Se tenía el cuidado más escrupuloso en la selección de la madera de madroño para el cuerpo del instrumento, cónico y de una longitud superior a los dos metros, y cada detalle de su cura, moldeado y talla era fundamental para la capacidad de la madera de recoger, dar forma y proyectar el sonido. La boquilla en forma de embudo, elaborada en asta de ciervo, debía ser «como un lirio que recibe los cálidos rayos del sol»; aunque sólo medía doce centímetros de longitud, sus proporciones se correspondían perfectamente a las del cuerpo y el pabellón del instrumento. Los nueve listones finos de madroño que formaban el cuerpo del houmbúta estaban perfectamente sellados con brea y envueltos en hebras vegetales. El pabellón, de más de medio metro de longitud, era de ámbar y se acoplaba al cuerpo de madera mediante brea y una cubierta de hebras vegetales.



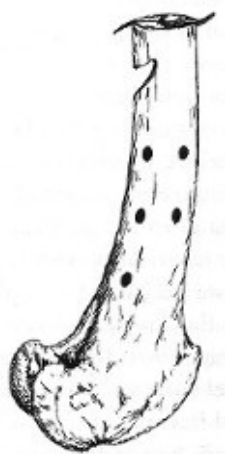
DOUBÚRE BINGA

Este nombre, que significa ‘muchas vibraciones’, describía un juego de nueve cuencos semiesféricos de cobre colocados en una caja que se abría formando una plataforma en la cual eran situados por el músico siguiendo el esquema de la heyiyayif, cinco a la izquierda y cuatro a la derecha. El diámetro de los cuencos variaba entre los diez y los veintisiete centímetros, y su escala musical alcanzaba una novena mayor. La calidad tonal dependía del tipo de mazo —de madera dura, blanda o cubierta con telas—, de la parte del cuenco que se golpeará y de la potencia del golpe. Este instrumento, que rara vez se tocaba solo, proporcionaba un flujo de tonos

rítmico y vibrante que un músico describía como «el resplandor del sol sobre una corriente de agua, que avanza y retrocede a un tiempo...».

YOYIDE

Este instrumento de una sola cuerda medía más de un metro, y por delante parecía una lágrima sinuosa. El arco, hermosamente curvado hacia atrás, medía aproximadamente medio metro e iba encordado con una mezcla de cabellos humanos y crines de caballo que, según se creía, proporcionaban al instrumento su tono de singular sensibilidad.



WEÓSAI MEDOUD TEYAHÍ

Todos los niños kesh sabían hacer flautas y parecía haber infinitos tipos de éstas en el valle: dulces y traveseras, con o sin lengüetas, de madera, metal, hueso o saponita. Una de las menos corrientes era la de hueso con lengüeta: medía entre doce y quince centímetros y se hacía con el fémur de un ciervo o de un cordero. El ánima empezaba en el extremo más delgado del hueso, descendía hasta el extremo más ancho y luego volvía hasta el agujero de la lengüeta, una plancha de enea montada entre soportes de madera de sauce. El sonido salía por una abertura situada en el lado del hueso. Aplicando una ligera presión en la boquilla, el músico podía crear asombrosas ligaduras musicales microtonales y, al deslizar los dedos por los agujeros, tapándolos y destapándolos, podía producir unos tonos extraños, quejumbrosos, desgarradores, parecidos a los de un pájaro. Tabit, del Madroño y del Adobe Amarillo de Wakwaha, que nos hizo una demostración, nos contó que debía guardarlo a buen recaudo de su gato, «pues siempre intenta sacar de su interior al pájaro».

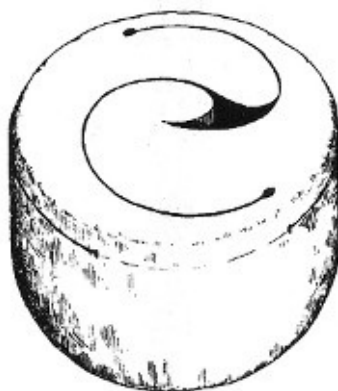
TÓWANDOU

Este salterio de nueve cuerdas era en realidad dos instrumentos en uno. El mayor, en forma de media luna, medía metro y medio y tenía cinco cuerdas; el menor, de cuatro cuerdas, quedaba encarado al primero. Ambos compartían la misma caja armónica de madera de cerezo. El cuerpo, en forma de canoa, era de laurel finamente tallado y pulido. La cuerda más larga del salterio mayor, la «cuerda eje», carecía de puente; los caballetes de nogal de las demás cuerdas formaban una suave curva en forma de heyiya-if. El tówandou era muy utilizado como acompañamiento musical en danzas y obras de teatro, y su sonido era señal de fiesta en todos los rincones del valle. Los mejores instrumentos de este tipo se guardaban en el heyimas del Adobe Amarillo de cada ciudad; los músicos o grupos de teatro ambulantes utilizaban los tówandou de cada lugar o llevaban una versión más pequeña, portátil, de este instrumento.

BOUD

En el valle todo el mundo tocaba algún tipo de tambor; generalmente se utilizaba uno de pequeño tamaño con parche de madera o de pellejo tensado, que se tocaba suavemente con los dedos o con toda la palma de la mano, o bien con un palillo envuelto en cuero sin curtir. El tambor acompañaba los cantos, las danzas, la meditación y la reflexión mental. Podía tocarse solo o acompañado de otros, y constituía «el otro corazón» para los kesh.

Los tambores de los músicos profesionales solían ser grandes y de construcción muy compleja. El wehosóboud, tambor de madera, podía tener hasta nueve lenguas o barras de diferentes tonos talladas en su parte superior y un juego de hasta una docena de pares de palillos o mazos para tocarlo; este tambor era un instrumento melódico de considerable expresividad. Entre los tambores de parche de pellejo tensado, el más impresionante era el ceremonial: un par de timbales de gran tamaño (hasta casi metro y medio de diámetro, uno mayor que el otro en proporción de cinco a cuatro), unidos de tal manera que, al ser golpeados, giraban en torno a un poste central que los sostenía a un metro por encima del suelo. Esta majestuosa rotación controlaba el ritmo de los golpes. Estos instrumentos, algunos de ellos muy antiguos, no eran sacados nunca del heyimas; sin embargo, su ritmo y su profunda resonancia podían percibirse incluso en la música informal que se tocaba sobre la superficie en la ciudad.



DARBAGATUSH

La «palmeta» era un instrumento de uso esporádico que proporcionaba un acompañamiento rítmico a las canciones y las danzas, aprovechando la tendencia de la corteza de ciertos tipos de eucaliptos a desprenderse en planchas o capas que se enrollaban formando tubos al secarse. Se seleccionaban entre cinco y nueve de estos tubos de agradable aroma y aproximadamente medio metro de longitud, y se ataban juntos por uno de los extremos con unos tallos de hierbas. Este ramo de cortezas de eucalipto se sostenía con una mano y se descargaba sobre la palma extendida de la otra mano, produciendo así un chasquido y un estruendo satisfactorio. Si los cánticos o danzas se realizaban junto al fuego, tanto en un recinto cerrado como al aire libre, era costumbre quemar el darbagatush cuando terminaba la música.



LOS SAUCES

A we-ye - wey he-yi - ya a

na - - am na - am

ge-wak - wa sur ye - he - yi - ya na - - am na - am

na - - am na - am

wi- sú-yú wi-sú-yú wi-sú - yú

om ó - na - am wi -sú-yú -

we -he-yi - ya ó - na-am ó -na-am ó - na-am

sur om om om

CANCIÓN DE LA CODORNIZ



Fe - ho - chan am na pa - rad - tun am na fe-ho-chan am na

pa - ra - dan am na kailí-kú ge-le hú ge-le hú kailí-kú

hú kailí-kú dí-ú hú kailí-kú ge-le dí-ú kailí-kú hú

pa - rad - tun am na fe - ho - chan am na

pa - rad-tun am na fe-ho-chan am na pa - ra-dan am na

kailí-kú ge-le hú ge-le hú kailí-kú hú kailí-kú dí - ú

hú kailí - kú ge-le dí - ú kailí - kú hú pa - rad-tun am na



Mapas

Las gentes del valle trazaban mapas, casi todos referidos al propio valle. Evidentemente, disfrutaban representando y contemplando las relaciones espaciales de los lugares y objetos que conocían bien. Cuanto mejor los conocían, más les gustaba dibujarlos y cartografiarlos.

Los niños trazaban con frecuencia mapas de los campos y colinas próximos a su ciudad natal, a veces increíblemente detallados: un punto para cada roca, una marca para cada árbol...

Era habitual que la gente que emprendía un viaje río abajo en dirección al océano, o aguas arriba hacia Wakwaha, llevara consigo un pequeño mapa esquemático, simbólico, del valle o de una parte de éste. Dado que casi todos sus habitantes conocían cada hito destacable del pasaje en un radio de seis u ocho kilómetros en torno a su ciudad, desde las montañas hasta las toperas, y dado que la longitud total del valle no alcanzaba los cincuenta kilómetros, estos mapas eran más una especie de talismanes que verdaderas guías para orientarse.

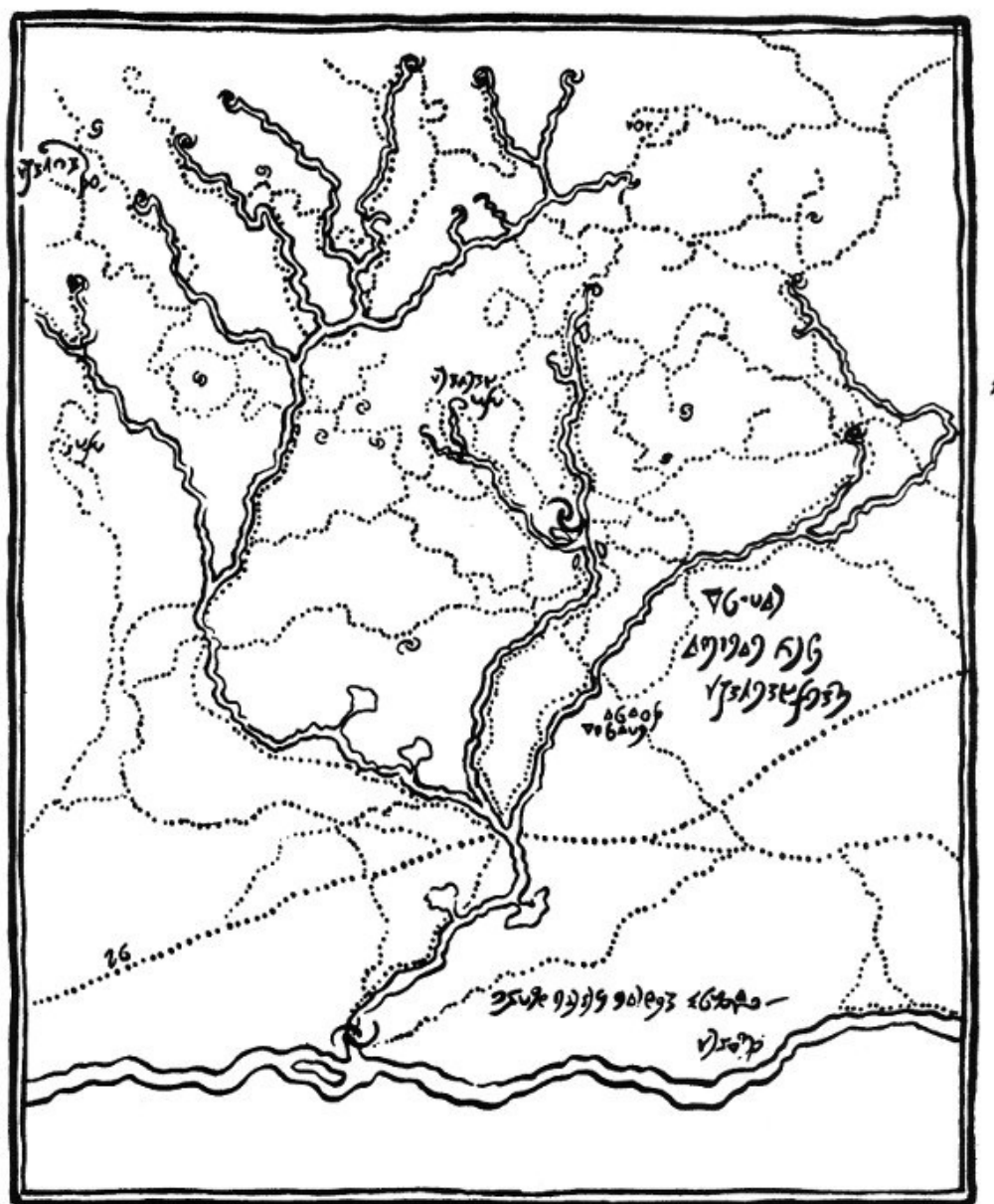
Los mapas más grandes mostraban una considerable precisión, teniendo en cuenta que su función era, ante todo, estética o poética; debe tenerse presente sin embargo, que la precisión era considerada un elemento o cualidad fundamental de la poesía.

Los mapas del valle aparecen siempre como planos hidrográficos del Na y de sus afluentes; los que muestran zonas o sectores concretos del valle toman como eje el arroyo o sistemas de arroyos más importantes. La fuente de esa corriente de agua ocupa siempre la parte superior del mapa. Los puntos cardinales pueden aparecer señalados, pero el plano se orienta siempre siguiendo la dirección de la corriente y «abajo» queda siempre hacia la parte inferior de la página. Con frecuencia se aprecia un elemento de perspectiva en la representación de las colinas y montañas, pero no aparecen escorzos. Las ciudades y otros puntos de interés, producto de la acción humana, suelen estar marcados por un símbolo (en el caso de las ciudades, la heyiyayif); además, al parecer, a los cartógrafos no les gustaba escribir palabras sobre los mapas, pues en muchos no aparece una sola letra y otros suelen llevar sólo una inicial, o indicaciones aún más crípticas e intrincadas para señalar las ciudades, arroyos, montañas, etcétera. Dado que prácticamente cada rasgo de interés o permanente tenía un nombre, quizá los cartógrafos optaron por lo más práctico al desistir de cualquier intento de incluir todos esos nombres en los mapas.

La Logia de los Buscadores levantaba y utilizaba mapas de regiones adyacentes a las sierras del valle, y de un territorio de varios cientos de kilómetros más allá. Estos mapas eran mantenidos al día, tanto por las partidas de exploración enviadas por esa

Logia como mediante la comparación con los mapas aéreos, constantemente puestos al día, que proporcionaban los ordenadores de la Central.

Los mapas de la totalidad del continente o de los mares y demás continentes, así como los globos terráqueos, eran empleados como útiles de enseñanza por la Logia del Madroño. Cada ciudad poseía al menos uno de tales mapamundis. Naturalmente, su procedencia original era la Central, que hubiera podido mantenerlos al día si así se le hubiese solicitado; pero a juzgar por la venerable fragilidad de la mayoría de mapas del planeta expuestos y conservados en las Logias del Madroño, de bellos trazos y decorados con gran imaginación, parece que tales solicitudes se efectuaban muy rara vez. El resto del mundo no era un asunto de preocupación muy apremiante para la mayoría de los habitantes del valle. Se contentaban con saber que estaba allí. Casi todos los kesh tenían una idea de geografía universal bastante confusa; sus nociones de distancias planetarias y continentales eran imprecisas y exageradas. Para la mayoría (aunque no todos), la geografía real alcanzaba el país del Volcán por el norte y las montañas desérticas por el sur; el océano Pacífico era el este, y hacia el este quedaba el mar Interior y sus costas, la cordillera de la luz, el Mar de Omorn y las lejanas cordilleras del Paraíso y de las rocas. Más allá de éstas, «las tierras siguen y siguen hasta llegar de nuevo al mar, ¿sabéis?... y así se continúa dando la vuelta hasta llegar otra vez al valle».

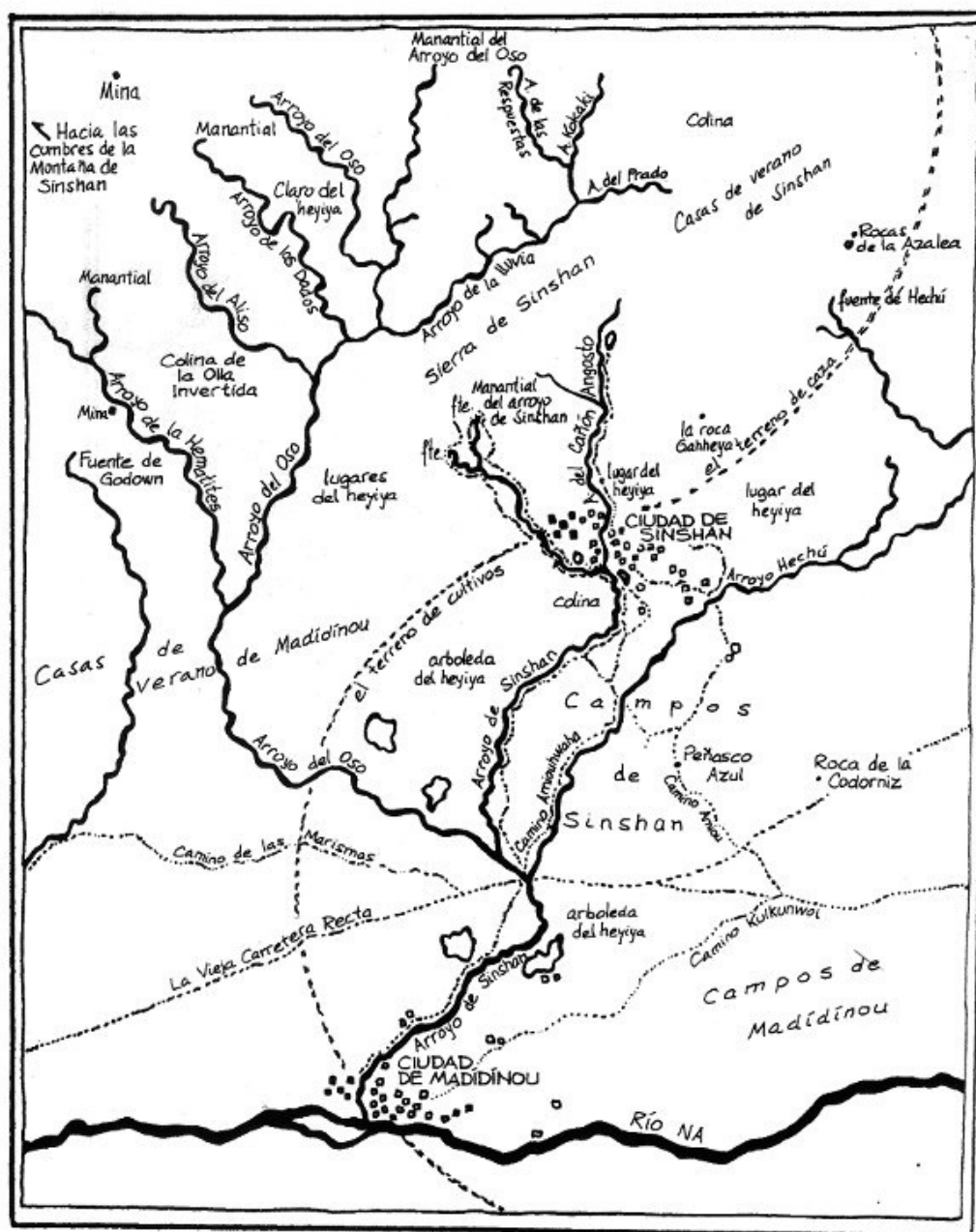


«Alguno de los caminos alrededor del Arroyo de Sinshan»

Mapa kesh de la cuenca del Arroyo de Sinshan, entregado a la compiladora por mujer Osezna de Sinshan.

Sólo aparecen nombrados en el mapa la montaña de Sinshan, la roca Azul, las fuentes del arroyo de Sinshan y algunos manantiales y colinas más.

La nota escrita en la parte inferior derecha del mapa dice: «Quince al noroeste bajo el peñasco del Tollón. Antes de la Hierba», mujer Osezna no tenía la menor idea de lo que esto indicaba, y añadió que el mapa «llevaba mucho tiempo por la casa».



«La cuenca del Arroyo de Sinshan»

Este mapa detalla el de mujer Osezna sobre la región de Sinshan y de Madidínou, señalando menos caminos y más nombres de lugares.

La Danza del Mundo

La Danza del Mundo celebraba la participación humana en la formación y destrucción, la renovación y la continuidad, del mundo.

Mientras la gente del valle bailaba la Danza del Cielo por todas las gentes y seres de la tierra, las gentes del Cielo bailaban su parte de la ceremonia, la Danza de la Tierra. Los muertos y los no nacidos bailaban en el viento y en el mar, las aves lo hacían en el aire y los animales salvajes en lugares secretos de las Tierras Vírgenes. («Las danzas de los animales no son como las nuestras. No conocemos sus ceremonias. Ellos danzan sus vidas»). Las espirales unidas de estas dos danzas cósmicas formaban el signo sagrado, la heyiya-if.

El Mundo se danzaba durante la luna nueva siguiente al equinoccio de primavera. Las ceremonias se prolongaban tres días, y en la tarde del tercero la luna en cuarto creciente se hacía visible por primera vez tras la puesta de sol. Las Logias del Madroño y del Adobe Negro tenían a su cargo la danza.



EL PRIMER DÍA DEL MUNDO

La representación terrena de la Danza del Mundo se iniciaba al clarear el día, bajo el suelo, en las chozas de tierra del Adobe Negro. Se trataba de unas cámaras subterráneas, siempre ubicadas en el exterior de la ciudad, en los terrenos de caza. No alcanzaban el tamaño de los heyimas de las Cinco Casas, de modo que los danzantes acudían generalmente por turnos, desalojándolas al cabo de unas horas para hacer sitio a otros. Todos los bailarines del Primer Día del mundo eran ancianos, «aquellos cuyos hijos tienen hijos».

Como sucedía en muchas de las ceremonias denominadas danzas, durante largos períodos no se desarrollaba baile alguno: la ceremonia en la choza de tierra era un largo cántico dirigido por los cantantes avezados del Adobe Negro y del Madroño. El grave tambor ceremonial conservado bajo tierra producía un ritmo como el latido del corazón desde el amanecer hasta la puesta del sol, sin interrupción. Los ancianos de la ciudad aguardaban en las proximidades del subterráneo en silencio, o regresaban

en igual silencio a sus casas después de cantar; a los niños se les advertía de que no hablaran a sus abuelos, quienes no les responderían. Los ancianos participantes en la danza ayunaban durante todo el día. Lucían plumas atadas al cabello o llevaban una capa de lana oscura y fina en la que se habían cosido plumas; unas plumas que no se arrancaban a las aves cazadoras o criadas, sino que debían ser encontradas al azar.

La letra de los cánticos de ese Primer Día no se anotaba nunca por escrito.

Tras la puesta de sol, cesaba el continuado batir del gran tambor ceremonial. La gente se reunía entonces poco a poco en el lugar de las danzas, el terreno abierto en la curva de los cinco heyimas. Los asistentes llevaban leña para el fuego, en especial madera de manzano guardada para la ocasión, pues el manzano era un árbol relacionado con la muerte.

Tras el crepúsculo, los bailarines salían de las cámaras del Adobe Negro y se encaminaban hacia el lugar de las danzas. Quienes bailaban esta parte de la ceremonia la habían ensayado con anterioridad e iban vestidos especialmente para la ocasión, luciendo ropas negras ajustadas al cuerpo, cerradas en los puños y los tobillos, descalzos y con el cabello, el rostro, las manos y los pies embadurnados con cenizas blancas y grises. Los danzantes eran miembros de las Logias del Adobe Negro y del Madroño, a quienes se sumaban todos los demás vecinos de la ciudad que hubieran solicitado ensayar las danzas con las citadas Logias. Entraban en el lugar de las danzas en fila. Las palabras que entonaban eran arcaicas y las canciones, complejas, sombrías y caracterizadas por grandes intervalos entre estrofa y estrofa, tenían un aire espectral y deprimente.

Los danzantes portaban antorchas de madera de manzano, apagadas y vueltas hacia el suelo. Cuando se habían congregado todos en el lugar de las danzas, el portavoz del Madroño entraba por el oeste con una antorcha encendida. Los danzantes encendían las suyas en ésta y luego, bailando, prendían con ellas el fuego que previamente se había dispuesto en el lugar de las danzas. (Si la noche era lluviosa, se instalaban en torno al lugar unos postes de considerable altura que sostenían un toldo; todos los heyimas guardaban tales accesorios para las ceremonias de la temporada de las lluvias). El fuego no formaba una gran hoguera rugiente, sino que se mantenía con una llama pequeña y constante. Los bailarines daban vueltas en torno a él en hilera, arrastrando los pies y avanzando medio agachados, con las rodillas dobladas, los brazos en alto y doblados por los codos, y las manos a la altura del rostro, estremeciéndose de pies a cabeza. Todos los demás asistentes permanecían en un círculo exterior, de pie o en cuclillas. Acudía a la ceremonia la mayoría de los habitantes de la ciudad (o de un mismo brazo, en las poblaciones de mayor tamaño) y estaban presentes todos aquellos que habían perdido algún pariente o amigo desde la anterior Danza del Mundo.

Los cantores de la Muerte continuaban los cánticos y la danza entre sacudidas, aumentando gradualmente el ritmo y alzando el tono hasta que, de pronto, algunos de los espectadores silenciosos del círculo exterior, que permanecía en sombras,

pronunciaba el nombre de una persona que hubiera muerto durante el año anterior. Otros espectadores repetían tal nombre al compás de los cánticos. Luego añadían sus voces los danzantes y todos repetían una y otra vez ese nombre y los otros nombres que había tenido el difunto durante su vida, hasta que los cantores de la Muerte se agrupaban repentinamente entorno al fuego, cantando en voz muy alta y con un ritmo muy rápido mientras movían los brazos doblados como si estuvieran empujando o arrojando algo a las llamas. Luego, de modo igualmente súbito, dejaban de cantar y se ponían en cuclillas con la cabeza inclinada hacia el suelo y el cuerpo temblando. Los parientes y amigos del difunto les imitaban. A continuación, lenta y sutilmente, el ritmo insistente de la danza era recuperado por una u otra voz, los bailarines se incorporaban para seguir bailando, y los cánticos aumentaban de ritmo y de tono hasta que un nuevo nombre era «arrojado al fuego».

En las ciudades pequeñas de la zona inferior del valle, había años en que no moría nadie y no tenían nombres que arrojar a la hoguera. De todos modos se celebraba la Ceremonia del Luto, pero sólo participaban los bailarines que habían ensayado la danza. Los demás permanecían sentados en silencio en el círculo exterior; la ceremonia duraba apenas un par de horas, como mucho. En las ciudades grandes siempre había muertos que honrar y, en estos casos, la ceremonia se hacía más participativa y emotiva según iba avanzando. Los primeros nombres arrojados al fuego solían ser los de las personas de edad; después los de los jóvenes y niños, y por último los nacidos muertos, los cuales recibían un nombre en su entierro para poder ser mencionados en el Luto. Conforme se desarrollaba la ceremonia, los que formaban el círculo exterior empezaban a imitar los movimientos de la danza y los cánticos sin moverse de su posición, a citar los nombres de los difuntos una y otra vez, a invocar a los muertos y a llorar y lamentarse a gritos. Todos se estremecían, cantaban y lloraban juntos, y se sumían juntos otra vez en el doliente silencio, y de nuevo eran sacudidos por el creciente batir del tambor ceremonial y por las voces que pronunciaban los nombres de los difuntos. Caían las barreras del pudor y la moderación, se hacía manifestación pública del miedo y el dolor por la ausencia, y aquellas gentes apacibles gritaban desaforadamente reconociendo su dolor.

Una vez arrojado al fuego el último nombre, los que dirigían la danza empezaban a enlentecer y suavizar los ritmos, y el carácter de los cánticos variaba; las palabras arcaicas Hablaban ahora de los lugares que las almas de los difuntos podrían conocer en las Cuatro Casas y las tonadas se convertían en canciones de lluvia. El fuego se apagaba sin que nadie acudiera a reavivarlo. Finalmente, el portavoz anunciaba: «Los nombres han sido dichos». Los bailarines traían agua del heyimas de la Arcilla Azul y la derramaban sobre los rescoldos de la hoguera, luego formaban en fila y regresaban en silencio, bajo la oscuridad, hacia la choza del Adobe Negro. Los deudos de los difuntos se dibujaban unas marcas en los rostros con la ceniza mojada de la hoguera antes de regresar a sus casas. Antes de acostarse, o a la mañana siguiente, era tradición tomar un desayuno a base de leche, pan de maíz y verduras de primavera.

Al día siguiente los bailarines esparcían por los sembrados las cenizas de las hogueras ceremoniales.



EL SEGUNDO DÍA DEL MUNDO

La gente solía quedar agotada por la apasionada intensidad de las ceremonias de la noche anterior y no empezaba a apreciarse actividad alguna hasta bien entrada la tarde. Los rituales de alabanza de esta segunda jornada corrían a cargo de los cinco heyimas (las casas de la Tierra) y se iniciaban con desfiles de personas entre los diecisiete y los cincuenta o sesenta años, encabezados por adolescentes y adultos jóvenes que todavía vivían en la costa, es decir, que observaban el período de abstinencia sexual que se consideraba apropiado a su edad. El número de asistentes a la ceremonia y el grado de complicación de ésta dependían en gran medida de estos jóvenes que la dirigían, y variaba mucho de un año a otro y de una ciudad a otra; la descripción que exponemos a continuación recoge una especie de ceremonia ideal, que probablemente nunca se llevaba a cabo en todos sus detalles.

Los miembros de la Primera Casa, la Obsidiana, debían acudir a los pastos, los establos y los corrales de las aves con canciones para y sobre los animales domésticos. Tales canciones podían ser tradicionales —compuestas por algún músico poeta— o improvisadas sobre la marcha, o una mezcla de ambas. Eran simples exaltaciones, descripciones, sin peticiones de abundancia o de otro tipo. Con frecuencia, no se entonaban más cánticos que un puñado de canciones a coro, tradicionales, como la Canción del Toro, que pertenece a la categoría de las denominadas Canciones Tradicionales Sensuales:

¡Oh!, el toro montó a la vaca, la cubrió,
el toro montó a la vaca, la cubrió,
la vaca aceptó al toro, lo soportó,
la vaca aceptó al toro, lo soportó,
aho ahey, el toro abusador.

¡Oh!, el carnero montó a la oveja, la cubrió,
el carnero montó a la oveja, la cubrió,

la oveja aceptó al carnero, lo soportó,
la oveja aceptó al carnero, lo soportó,
aho ahey, el carnero acosador.

La visita procesional por los establos y prados se convertía a menudo en una sesión de monta de vacas, en demostraciones de perros ovejeros, en carreras de asnos o en improvisados espectáculos hípicas. Los niños hacían collares y guirnaldas para sus animales favoritos a base de hierbas y poleo, y el ganado solía terminar con un ramito de poleo en el ronzal, en la crin o en la lana, o con la cuadra decorada, o con el regalo de un puñado de avena extra. Las aves y los himpís recibían una ración extra de alimento.

La Segunda Casa, la Arcilla Azul, enviaba a sus miembros a los arroyos de los terrenos de caza de la ciudad para que cantaran a los animales de caza. Estas canciones eran muy antiguas y conocidas. Al parecer, el desfile de esta casa nunca estaba falto de participantes; siempre había alguien que acudía a «cantar al ciervo».

La Tercera Casa, la Serpentina, enviaba a sus miembros a los bosques y colinas para visitar los diversos prados y lugares de recolección de frutos silvestres que utilizaba la comunidad. El portavoz de la casa debía dirigir allí un largo cántico enumerando todas las plantas no cultivadas que le rendían beneficio, todas las hierbas, semillas, raíces, frutos, cortezas, bayas y hojas que eran recolectadas por los seres humanos para destinarlas a alimento, medicinas u otros usos.

Los miembros de la Cuarta y Quinta Casas, los dos Adobes, recorrían los huertos con un cántico similar de alabanza a los árboles frutales, y los campos de labor para citar y loar las plantas cultivadas que la ciudad cosechaba.

A media tarde, todos estos grupos estaban ya de regreso y la gente se preparaba para la ceremonia de la Segunda Noche, la Boda.

Igual que el Luto, ésta era una confirmación comunitaria de una acción personal. Las parejas que habían empezado a vivir juntas durante el año no se consideraban casadas hasta que habían bailado la Noche de Bodas, en la cual podían participar también las parejas ya casadas que lo desearan, reafirmando así sus vínculos.

La formalidad de la ceremonia era escasa. Todos los que se disponían a bailar la Boda se reunían en el lugar de las danzas, donde cantantes de todos los heyimas entonaban la Canción de Boda —una pieza coral muy antigua, bastante breve y alegre, que jamás se reproducía por escrito y no era cantada más que en aquel lugar y aquella noche— y si el tiempo era bueno y los músicos estaban dispuestos, podía haber un baile a continuación, la Danza de la Boda era una composición muy animada en compás 3/4, en la que las parejas avanzaban en fila bajo el arco de los brazos de las demás, como en nuestras antiguas danzas populares. Cuando el baile terminaba, los asistentes volvían a casa para dar cuenta de la Cena de Bodas, en la cual era tradicional el vino caliente y los chistes verdes.

En dos ciudades, estos sencillos actos ofrecían más complicaciones. En

Chúkúlmas se ofrecía a los futuros maridos una cena tranquila y ceremoniosa en su heyimas, y luego se cantaba a la casa de sus novias, donde ambos vivirían en adelante; sólo después de esto se entonaba para ellos la Canción de Boda. En Wahwaha, después de la Canción de Boda comunal, las dos casas del Adobe ponían en escena una obra sagrada, *La boda de Awar y Bulekwe*. La música, el baile y otras representaciones románticas, eróticas o místicas acompañaban la obra ceremonial. La gente decía, «uno no se ha casado de verdad hasta que lo ha hecho en Wahwaha», y las parejas que iniciaban o festejaban un matrimonio de larga duración solían acudir a esa ciudad para bailar el Mundo.



EL TERCER DÍA DEL MUNDO

Todavía de noche, poco antes del amanecer, los adolescentes jóvenes —muchachos y muchachas de hasta quince o dieciséis años— despertaban a los niños y les llevaban a los balcones del piso superior, a los tejados o a cualquier otro lugar elevado donde pudieran subir. Allí bailaban sin moverse de sitio y sin cantar, con cascabeles de semillas y pezuñas de ciervo para llevar el ritmo. Los hermanos y primos mayores llevaban en brazos a los bebés que todavía no andaban y enseñaban a los pequeños el sencillo movimiento de la danza, vueltos en dirección al suroeste. Al salir el sol, todos lo saludaban con un cántico apenas susurrado, el heya de cuatro veces cuatro. Cuando el sol lucía ya sobre las colinas, bajaban de sus atalayas y se dispersaban por la ciudad y los huertos, ayudados los más pequeños por los mayores, hasta que cada uno encontraba o recibía de otro una pluma y una piedra.

Volvían a reunirse entonces en el lugar de las danzas, cada niño con la piedra en la mano derecha y la pluma en la izquierda —un cruce o «casamiento» de la posición ritual común de estos dos objetos profundamente sagrados, la pluma de las casas de la Mano Derecha y la piedra de la Izquierda— y acudían en procesión al eje de la ciudad, entre el lugar de las danzas y el espacio común. Allí se detenían y elegían a un niño del grupo para que se adelantara hacia el espacio común y gritara: «¡Dejad entrar a los niños!».

Con esto, los adultos que esperaban en las casas, cuyas puertas debían permanecer cerradas hasta entonces, podían abrir éstas y acoger a sus hijos.

En las casas donde había niños, el desayuno era una gran fiesta; el resto del Último Día del Sol también estaba dedicado a los pequeños. Los elementos de

inversión de papeles resultaban muy humorísticos. El adulto que se dirigiera a un niño debía hacer antes una profunda reverencia o ponerse a gatas, so pena de ser azotado con ramas de pino por todos los niños que hubiera a la vista. Los Payasos Verdes acudían a presentar trucos y ejercicios de malabarismo y prestidigitación. Las ciudades de la zona inferior del valle ponían en escena guerras simuladas, batallas de bolas de fango y agallas de roble que solían prolongarse toda la tarde en los campos en barbecho y en los terrenos de caza, con el frecuente resultado de algún ojo morado y algunos arañazos sin importancia. Todas las familias que se tuvieran en alguna valía hacían y repartían ese día un tipo especial de mazapán de almendra molida endulzada con miel, coloreado y con formas de animales, pájaros, flores y caras. La jornada, a menudo llamada Día de la Miel, terminaba con una Danza de la Abeja y una Danza de la Hormiga a cargo de los más pequeños. Estas danzas debían concluir antes de la puesta del sol. Cuando éste empezaba a ocultarse tras las colinas, los adolescentes, subidos nuevamente a los tejados y balcones, empezaban a entonar el sagrado heya, heya.

Mucha gente se encaramaba entonces a las posiciones que ocupaban los jóvenes para unirse al cántico, o ascendía a alguna colina cercana; era habitual que algunos adultos y los adolescentes de mis edad dedicaran toda la jornada a subir a la cumbre de una montaña próxima (en Wakwaha, eran muchos los que escalaban la Ama Kulkun hasta su cima). Una vez allí, aguardaban a que se hiciera visible la luna, en el primer día del cuarto creciente, tras el sol que se ocultaba por el oeste. Naturalmente, las nubes y la lluvia solían tapar el sol y la luna, dada la época del año, pero tanto las nubes como la lluvia eran gentes del cielo y lo importante no era tanto la visión de los astros como el hecho de estar en un lugar elevado o tener la vista dirigida hacia lo alto, hacia el cielo.

Cuando el sol y la luna habían desaparecido ya del firmamento, el portavoz de la Casa de la Obsidiana pedía a la luna que llevara la bendición de la tierra y de las gentes de la tierra a las casas del Cielo. Esta invocación ponía término a los tres días de la Danza del Mundo. Los presentes solían aguardar un rato más bajo la luz del crepúsculo «para contemplar a las gentes del arco iris», que flotaban sobre las faldas de las montañas o en el aire, avanzando por las sendas del viento. Sin embargo, antes de que oscureciera, todos iniciaban el descenso camino de sus casas, susurrando el heya sagrado al cruzar el umbral.



EL DÍA DESPUÉS DEL MUNDO

Los tres días de la Danza del Mundo representan una especie de inversión del tiempo: la danza empieza por el luto tras la muerte, continua por el trabajo y el matrimonio y termina celebrando la adolescencia y la infancia. El Día Después del Mundo significa un nuevo paso en esta dirección.

Todo el que deseara bailar ese día acudía por la mañana temprano a la choza de tierra del Adobe Negro donde se habían iniciado las ceremonias tres días antes. Unos miembros de la Logia conducían al grupo —habitualmente no muy numeroso— a ciertos lugares de los cañones o valles secundarios, cerca de algún manantial o corriente de agua. Esos lugares, que a veces apenas abarcaban una superficie de algunos pasos y no tenían ninguna señal que los identificara, representaban (reflejaban) lugares de las Cuatro Casas, del Mundo de la Derecha, opuestos y correspondientes a los cementerios: eran *nacimenterios*, donde los no nacidos esperaban el momento de llegar al Mundo.

La ubicación y el significado de los nacimenterios formaba parte de las enseñanzas de la Logia del Adobe Negro.

En uno de estos lugares, un grupo de miembros de la Logia entonaba y enseñaba a los otros celebrantes el himno *Resplandor del Sol*, cuyas palabras y cuya melodía estaban emparentadas con las canciones de Ir al Oeste hacia el Amanecer que se dedicaban a los moribundos y a los que acababan de fallecer. La matriz de los versos era el término hwavgepragú, resplandor del sol; las demás palabras del himno podían ser cantadas en parte, pero muy rara vez en su totalidad, como aparecen a continuación (escritas para nosotros por Aliso, del Adobe Negro de Sinshan):

Aquí vienes,
hwavgepragú.
Seguro que aquí vienes.
El camino es corto.
El camino es fácil
de ciudad a ciudad.
Ven cuando quieras.
Ven a la luz,
hwavgepragú, resplandor del sol.

Todos los océanos y costas marinas eran considerados nacimenterios, donde era probable que hubiera no nacidos. Por eso siempre se oían bromas cuando las mujeres jóvenes acudían a las Bocas del Na: «¿Con qué habéis vuelto esta vez?».

El texto educativo que presentamos seguidamente forma parte de las enseñanzas de las Logias del Adobe Negro sobre el Día Después del Mundo:

Las arenas de todas las playas de todas las costas, los granos de arena de todas las playas de todas las costas de todo el mundo, son las vidas de los no nacidos, de los que nacerán, de los que quizá nazcan. Las olas del mar, las burbujas de espuma de las olas que rompen en las costas de los mares del mundo, los destellos y reflejos de luz en las olas de los mares del mundo, el parpadeo de la luz del sol sobre las olas del océano, son las vidas de las Nueve casas de la Vida en su eterno y constante desvanecerse sin llegar a existir.

El poema «[El mar Interior](#)», está relacionado también con estas enseñanzas.

La Danza del Sol

Dos de las siete wakwa hedou, o Grandes Danzas anuales, eran bailadas por las Nueve Casas al unísono. En la Danza del Mundo de la renovación cósmica, en el equinoccio de primavera, la Tierra y el Cielo bailaban simultáneamente, pero no juntos: las gentes de las casas de la Tierra ponían todas las cosas terrenas a disposición de las gentes del Cielo para que las utilizaran y las bendijeran; las gentes del Cielo, que danzaban en sus propias casas, recibían y devolvían a la Tierra tales bendiciones. Los eruditos calificaban las ceremonias del Mundo como «separaciones» o «distribuciones», destinadas a colocar, por decirlo así, cada cosa en su lugar. En las ceremonias del Sol, en el solsticio de invierno, todo lo que se había separado era unificado de nuevo. Todos los seres de la Tierra y del Cielo, de todos los planos de la existencia, se unían y bailaban juntos el Sol. No era éste un asunto fácil para los seres mortales corrientes. El Sol estaba considerada la más cercana, intensa y peligrosa de todas las danzas. Quienes deseaban participar plenamente de los misterios y ceremonias, bailar el Sol Interior, debían prepararse durante años. Cuando un anciano agonizaba, la gente decía de él: «Está dispuesto para danzar el Sol Interior».

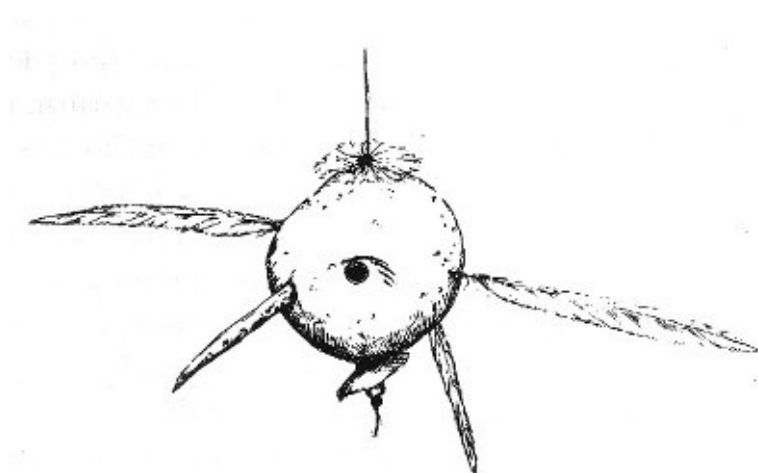
La mayoría de la gente participaba sólo en las ceremonias generales, o Sol Exterior, y el grado de participación dependía por completo de cada cual. Resultaba difícil que alguien se mantuviera apartado de una juerga general como la Danza del Vino, que afectaba a toda la ciudad, y todo el mundo asistía a los actos de al menos una de las Noches de la Danza del Mundo; en cambio, las ceremonias del Sol eran especialmente atractivas para los individuos de temperamento introvertido o místico, y por lo general la mayor parte de los ciudadanos se limitaba a observarlas desde fuera. Niños y adolescentes jugaban un papel importante, tanto activo como pasivo, en el período previo al solsticio, que recibía el nombre de los Veintiún Días.

Durante los Veintiún Días, los niños buscaban un árbol o arbusto joven en el bosque, lo trasplantaban a un tonel o capacho y lo escondían hasta que, al amanecer del día del solsticio, lo regalaban con aire triunfal a un adulto a quien admiraban o querían mucho. Los muchachos un poco mayores podían hacer lo mismo, o bien haber descubierto y cuidado algún árbol silvestre aprovechable (un nogal, un frutal o un roble de tinta) que nadie conociera, o haber plantado y cuidado alguno de estos árboles en los huertos de la ciudad —durante varios años incluso—, para regalarlo, el amanecer de ese día, a un adulto al que quisieran honrar y demostrar amor. A menudo los árboles regalados iban decorados con agallas de roble y cáscaras de frutos secos pintadas de colores brillantes, con adornos de vidrio soplado y con plumas atadas a las ramas. Estas «plumas-palabras» eran pequeñas y delicadas obras de arte

maravillosamente adornadas.

Niños y adolescentes se ocupaban también de decorar los árboles del espacio común y del lugar destinado a las danzas de la ciudad, aunque la lluvia solía dar al traste con sus buenas intenciones. En las poblaciones de la zona superior del valle, los aprendices del Arte de los Molineros ataban a los árboles pequeñas luces que producían un maravilloso efecto con sus colores titilantes, absolutamente espléndidos la primera noche de los Veintiún Días pero progresivamente mortecinos conforme transcurría el período ritual. En los balcones y dinteles de las casas se colocaban ramas de enebro, abeto, pino y acebo perenne con sus bayas de subidos tonos rojos; en el interior de las estancias, estos adornos tomaban la forma de coronas o guirnaldas. Unos cirios especiales, a menudo teñidos de rojo y aromatizados con laurel o romero, eran preparados por los jóvenes y encendidos cada noche durante los Veintiún Días; al llegar la última noche, los cirios debían haberse consumido casi por completo.

Los ejercicios sagrados o intelectuales que se celebraban en los cinco heyimas durante los Veintiún Días iban dirigidos a aproximar la Mano Derecha y la Mano Izquierda, la Tierra y el Cielo, hasta unirlos en el lugar y el momento de la danza del solsticio.



La atención no se centraba en las manifestaciones materiales o individuales del ser —las rocas, plantas, animales o personas mencionadas y festejadas en la Danza del Mundo—, sino en las genéricas y espirituales, en el aspecto bajo el cual incluso las criaturas vivas todavía ya habitaban las casas de la Muerte, el Sueño, la Tierra Virgen y la Eternidad. Los difuntos y los no nacidos iban a ser invitados a la danza. Las gentes del arco iris, las imágenes de los sueños y visiones, todas las criaturas salvajes, las olas del mar, el sol y todos los demás astros iban a participar de esa danza. Así, los bailarines humanos, terrenos, mortales, invitaban a aquella parte de su propio ser que ya existía antes de su vida terrenal y que seguiría existiendo después de ésta: su alma, o sus múltiples almas. No al «espíritu», la esencia de la personalidad, o no sólo a éste, pues la individualidad es mortalidad, sino también al alma-aliento, aquello que es compartido, quitado o devuelto a la integridad del ser; y

también al yo que hay más allá del yo.

Los ejercicios y prácticas del Sol Interior tenían que ver con la respiración, como el yoga, pero sus teorías y técnicas sólo guardaban un parecido muy remoto con las de éste. La austeridad atlética del yoga no habría sido muy compatible con la preferencia general de las gentes del valle por la moderación, *ubbu*; quizá podríamos encontrar un paralelismo más próximo en las prácticas taoístas chinas.

La vía directa, el camino fácil para comunicarse o relacionarse con el Mundo de las Cuatro Casas, era a través del sueño o del trance. La vinculación indirecta pero duradera, el «camino inferior», era a través de la disciplina física e intelectual: el aprendizaje del Sol Interior. Las enseñanzas del Sol Interior no estaban escritas en ninguna parte, sino que se transmitían oralmente a lo largo del prolongado período de instrucción antes citado. La descripción que presentamos seguidamente no contiene ninguna de tales enseñanzas del Sol Interior; en las próximas líneas sólo puedo tratar de aquellas prácticas y ejercicios del Sol Exterior que pude observar por mí misma o que me fueron explicados por sus maestros y aprendices.

Los ejercicios y rituales del Sol Exterior de esos Veintiún Días eran, pues, una profundización progresiva en un estado controlado de trance colectivo.

Los medios para alcanzar tal estado eran el ayuno, el batir de los tambores, los cánticos, las danzas y los viajes.

Los viajes del Sol, a la búsqueda del sueño no consistían en paseos solitarios por las montañas, sino que eran emprendidos por grupos de cuatro o cinco aprendices que pasaban varios días o cumplían el período completo de tres semanas en lejanas regiones vírgenes, al otro lado de las cumbres de Ama Kulkun o en otros parajes abruptos de picos y cañadas, fuera del territorio del valle utilizado habitualmente. Este sobrepasar los límites era una afirmación de la comunidad a la que regresaban los buscadores «como el niño regresa a la casa de sus madres, como las almas regresan de una visión». Estos viajes a tierras salvajes en temporada invernal eran considerados peligrosos, no tanto en el orden físico como en el moral o social. Dado que a menudo se acometían bajo un voto de riguroso silencio, de no pronunciar una sola palabra durante toda su duración, la tensión psicológica debía de ser bastante acusada.

Otros ritos que también se tenían por peligrosos eran los «viajes hacia atrás», en los cuales se transgredían deliberadamente los límites normales que establecían las normas de conducta y de seguridad de la vida cotidiana. Tales transgresiones sólo se efectuaban bajo la guía y la dirección de los estudiantes del Sol Interior, pero surgieron algunas disciplinas rivales, como las Logias del Cordero y de los Guerreros, con ritos esotéricos propios. Los «viajes hacia atrás» no eran denominados inversiones o paradojas, yahwe, salvo por los citados cultos. Implicaban la asunción de riesgos y la realización de proezas de resistencia física del tiempo que los habitantes del valle evitaban cuidadosamente por norma general: ingestión de drogas (purgas, eméticos y alucinógenos), prácticas ascéticas extremas (ayunos, inmovilidad,

privación sensorial) y, en los cultos, automutilación y sacrificios de animales.

La manifestación más siniestra y extraordinaria de los Veintiún Días era el Payaso Blanco, una figura horrenda, enmascarada y envuelta en una capa blanca, de tres metros o más de altura, que, solo o en grupo, acechaba a los niños en los campos y bosques e incluso en los caminos y senderos de las ciudades. Fuera o no cierto que los Payasos Blancos causaban daños físicos, se hablaba de ellos como si así fuese, y abundaban las leyendas y cuentos sobre el destino de los niños que topaban con los Payasos Blancos; verdaderas historias de fantasmas: «Encontraron al niño a la mañana siguiente, apoyado contra el tronco del manzano. Estaba frío como la lluvia y rígido como la madera, y sus ojos miraban y miraban... pero sus pupilas se habían vuelto blancas, opacas».

Los niños, que debían conciliar sus tareas de pastoreo, recolección y demás, así como el cuidado de sus árboles-regalo, con el terror real a aquellos monstruos que acechaban, salían por parejas o en grupo siempre que era posible durante los Veintiún Días.

Las demás ceremonias de este período se celebraban en cada uno de los cinco heyimas, o conjuntamente en el lugar de las danzas. Todos podían participar en el batir de los tambores y en la danza, entrando y saliendo del grupo con entera libertad; los ritmos y los sencillos pasos de la danza eran tradicionales. Yo calificaría estas ceremonias de inquietas pero monótonas, y curiosamente atractivas; una se veía absorbida por ellas y la noción del tiempo se desvanecía. La actividad dominante eran los cánticos prolongados. Las palabras de estos cánticos eran sílabas matrices sin un sentido racional, con un reducido o nulo núcleo» de palabras inteligibles. Una voz iniciaba el canto y los que se sumaban a ella se comprometían a seguir cantando mientras lo hiciera la voz iniciadora. Tales cánticos tenían lugar en uno o varios de los heyimas y podían prolongarse varios días sin interrupción. Los participantes, que guardaban ayuno, cantaban en trance hasta el agotamiento total. Tras cuatro o cinco días de reposo, podían emprender nuevamente otro de estos cánticos prolongados.



He aquí el texto de un cántico prolongado que se efectuó en el heyimas del Adobe Amarillo de Madíínou. En condiciones normales no se habría anotado por escrito, pero el cantante me dijo que hacerlo así no se consideraba impropio, sino innecesario

Heya kemeya
ou
imitimi
ou-a ya

Un estudioso del Sol Interior dirigía el cántico, corrigiendo el ritmo de vez en cuando con un tambor de madera de sonido monótono y comandando el coro de voces. Cada una de las frases o sílabas era repetida al menos durante una hora seguida —y a menudo durante varias—, salvo el «imitimi», que, en comparación, era cantado pocas veces seguidas y siempre en múltiplos de nueve. La facilidad del coro para acompañar a la voz principal en los cambios a una nueva sílaba o a un nuevo patrón musical, que se efectuaba sin el menor aviso previo, me pareció casi sobrenatural; dos de los participantes, evidentemente menos dotados, no cantaban sino que emitían una nota invariable utilizando la sílaba o; sus voces se relevaban sin un instante de silencio, tomando aire alternativamente, y así mantuvieron —o dieron la impresión de mantener— un sonido ininterrumpido, perfectamente uniforme, hasta que cayeron rendidos unas once horas más tarde. El cántico duró en total casi dos días con sus noches. Cuando el hombre que dirigía la sesión se quedó sin voz, lo cual sucedió sólo hacia la mitad de la segunda noche, continuó marcando el ritmo con el tambor y moviendo los labios sin emitir sonido alguno, salvo un susurro apenas audible cuando marcaba el cambio de palabra matriz.

Los cánticos prolongados de duración superior a un par de días tenían varios directores y podían continuar durante cuatro o cinco días con sus respectivas noches.

Durante los Veintiún Días, muchas personas practicaban cierto grado de ayuno y de abstinencia sexual. Conforme avanzaba este período, eran cada vez más los que se sumaban a estas prácticas efectuando ayunos progresivamente más estrictos. La disposición de ánimo general de la comunidad se hacía cada vez más tensa y sombría: «tirante» era el calificativo que utilizaban.

El día anterior al solsticio, todos los grupos que habían salido a las montañas en busca del sueño regresaban a la ciudad, a ser posible antes del crepúsculo, y las familias dispersas se reunían en la casa materna si nada lo impedía. Los hombres casados solían volver a la casa de sus madres en esa Noche del Día Veintiuno. Las ciudades se encerraban en sí mismas como si estuvieran sitiadas. Al anochecer, todas las puertas y ventanas se cerraban. Las plantas de producción de energía quedaban desconectadas, los molinos dejaban de trabajar y todas las máquinas se detenían; siempre que era posible, los animales domésticos eran encerrados en los corrales, establos y gallineros. Al caer la noche, se apagaban todas las luces y hogueras. En las

casas se permitía que el fuego del hogar o una vela encendidos antes del crepúsculo continuaran ardiendo hasta apagarse, pero la tradición, muy reforzada por los niños y adolescentes, tan amantes de conservar las costumbres ancestrales, era que esa noche no debía volver a encenderse ninguna luz. Si la vela o el fuego del hogar se apagaba, así debía seguir hasta el día siguiente. La noche más larga del año era también la más oscura.

Durante la tarde de ese día, la gente del Sol Interior excavaba un hoyo o fosa de un par de palmos por lado, bastante profundo, en algún punto del espacio común de la ciudad. Después del anochecer, los vecinos acudían a esta pequeña fosa o tumba, que era conocida como Fosa de Ausencia, y dejaban caer en su interior un puñado de ceniza de la chimenea de sus casas, o un poco de comida envuelta en un retal de tela, o una pluma, o un mechón de cabellos o cualquier otro objeto de valor o significado personal. Este acto no se acompañaba de palabra o canción alguna. Cada cual se acercaba de manera informal a efectuar su pequeño sacrificio privado. El desfile, silencioso y discontinuo, se prolongaba aproximadamente hasta la medianoche. Cada persona regresaba sola entre las sombras hasta la casa a oscuras, o hasta el heyimas silencioso donde ardía la débil llama de una lámpara de aceite en la estancia central. Avanzada la noche, incluso esta luz era apagada. Durante las horas de oscuridad, los miembros de la Logia del Adobe Negro acudían a tapar la Fosa de la Ausencia y se ocupaban de borrar toda huella de la misma para disimular su ubicación.

Según Aliso, del Adobe Negro, «esa fosa es como la memoria de la ciudad; allí, bajo la superficie del espacio común que habitualmente pisamos, bajo el suelo de ese lugar, se conservan en silencio, a oscuras, todas las cosas que en ella se han depositado cada año, todas las cosas olvidadas. Se depositan ahí para ser olvidadas. Se ofrecen en sacrificio».

La Noche del Día Veintiuno transcurre en silencio, a oscuras.

Cuando aparece la primera claridad del alba, al cantar el gallo, se entona una canción. Cuatro o cinco muchachas adolescentes, instruidas por el Sol Interior, suben a un tejado elevado, o a una torre si en la ciudad hay alguna, y desde allí interpretan la Canción del Invierno, una sola vez.

En palabras de Espino, «cuando era pequeña, siempre intentaba permanecer toda la noche despierta para escuchar la Canción del Invierno, o levantarme de madrugada a tiempo para escucharla, pero nunca lo conseguí. Cada año suplicaba a mis madres que me despertaran, pero cuando en cierta ocasión lo hicieron, la Canción ya había finalizado antes de que me hubiera despejado lo suficiente para prestarle atención. Sin embargo, cuando unos años después pude escuchar esa tonada por primera vez, me pareció que la conocía desde que había nacido».

Las palabras de esa canción no están recogidas por escrito.

A primera hora de la mañana se encienden de nuevo las estufas y los hogares mientras los heyimas subterráneos se iluminan con luces de fiesta hasta que se produce la salida del sol, momento que, pese a ser fundamental en el desarrollo de

toda la celebración, no va acompañado de ceremonia o ritual alguno.

«En el centro está la ausencia. Así es», recitaba Aliso. Y, mientras decía esto, ponía las manos una frente a otra, ligeramente curvadas hacia adentro y separadas un par de centímetros, con el pulgar izquierdo apuntando hacia abajo y el derecho hacia arriba.

El único acontecimiento que puede decirse que marcaba el amanecer era de cariz negativo: la desaparición de los Payasos Blancos. En el momento sagrado del orto, sus poderes quedaban anulados, sus figuras se desvanecían hasta el año siguiente y los niños quedaban liberados del horror que les acechaba. Los árboles-regalo eran entregados en una ceremonia familiar muy informal. Incluso durante los días de ayuno, las familias habían preparado algunos manjares con vistas a esa mañana y, a lo largo de todo el Día del Amanecer, se procedía a elaborar una cantidad impresionante de comida para las fiestas que se prolongarían durante los cuatro días siguientes en las casas y en los heyimas.

En estos últimos, las Danzas Matinales del Sol se iniciaban poco después del amanecer y se celebraban cada mañana durante cuatro días (cinco cada cuatro años). Los cantantes eran gentes del Sol Interior. Ciertos bailes eran interpretados por danzantes del Sol Interior enmascarados; otros corrían a cargo de cualquier persona que conociera los pasos.

Según Aliso, «si las danzas están correctamente dirigidas y bien interpretadas, las gentes del Cielo acudirán a bailarlas con las gentes de la Tierra. Por esta razón, los danzantes nunca se dan las manos cuando bailan las Danzas Matinales del Sol. Entre cada persona de la tierra y su vecino se deja un espacio para que baile una persona de las Cuatro Casas. Por esa misma razón, las canciones dejan un silencio después de cada verso para que puedan cantar esas otras voces, aunque no alcancemos a oírlas; asimismo, los tambores sólo baten una nota sí y otra no».

Pez de río Arriba, un muchacho de quince años, afirmaba que «las Canciones matinales del Sol no son melancólicas y sombrías como las tonadas de los Veintiún Días, sino hermosas y cargadas de misterio. Alegran nuestros corazones e invitan a cantar. Le hacen sentir a uno como si todos los que cantan, los vivos y los difuntos y los no nacidos, estuvieran juntos en el valle, como si nadie faltara, como si todo fuese perfecto».

Espino añadía: «Aunque sé muy bien que los cantores del Sol Interior dedican años y años a aprender y a recomponer las Canciones Matinales, cuando las escucho siempre, sé que las conozco. Las conozco como conozco la luz del sol».

Otros payasos recorrían la ciudad durante las tardes de los cuatro días del Sol Naciente. No eran blancos y enormes, sino extraordinariamente obesos y vestidos de verde, y no llevaban máscaras sino barbas y patillas falsas y extravagantes, de lana blanca o de musgo arrancado de los árboles, que les caían formando rizos y tirabuzones, adornadas con plumas. Los Payasos del Sol solían presentarse acompañados de machos cabríos, a los que en ocasiones intentaban montar, y

llegaban cargados de pequeños regalos para los niños, en especial dulces. Al empezar las fiestas, cesaban los ayunos y las familias preparaban abundante comida para los visitantes. Según Espino, «mucha gente festeja estos días acompañando toda esta comida con abundantes tragos de brandy y de sidra fermentada hasta emborracharse; abundan las bromas pero nadie se molesta ni se enfada, pues los niños se lo pasan muy bien y, además, las gentes de las Cuatro Casas siguen todavía entre nosotros. Cada persona reserva para ellas una parte de la comida que se sirve o come, y les dedica el primer vaso de todo lo que bebe. Mientras, en los heyimas, siguen entonándose las canciones de los medios silencios».



Poco a poco, en el transcurso de los cuatro o cinco días de ceremonias del Sol Naciente, los dos Brazos del Mundo se separaban. Los seres de las Cuatro Casas regresaban a su plano de existencia y las gentes de la tierra retornaba a las ocupaciones cotidianas de su vida mortal. Espino comentaba: «Mientras se trabaja en las casas, haciendo la limpieza o preparando la comida, y mientras se desarrollan los trabajos en los talleres, la gente entona canciones que acompañan a las gentes del arco iris cuando éstas nos dejan y se alejan lentamente, de regreso a sus casas. Nosotros cantamos esas tonadas y con ellas enviamos una parte de nuestro aliento, exhalándolo». Aliso agregaba a las palabras de Espino lo siguiente: «Exhalando nuestro aliento, cantando esas canciones, podemos seguir a las gentes del arco iris y acompañarlas en su camino durante un trecho, contemplando el mundo como ellas lo ven, con los ojos del sol que sólo ven la luz».

Acerca del Tren

El Arte de los Molineros y la Logia de los Buscadores se ocupaban conjuntamente de la instalación, reparación y mantenimiento de los raíles. Bajo la dirección de profesionales, muchos jóvenes no pertenecientes a los molineros o a los buscadores solían trabajar durante un par de temporadas en el Tendido, llevados de un impulso aventurero. Los encargados de estos grupos de trabajadores, así como los hombres y mujeres cuya principal tarea consistía en guiar los tiros de mulas o bueyes, solían ser personajes notables, románticos y peligrosos.

Las vías utilizadas y mantenidas por los kesh iban desde Chestb, una estación al sur del lago Claro, hasta Kastóha, salvando las rampas de la Ama Kulkun; desde allí continuaba valle abajo hasta más allá de Telina y de las grandes bodegas al sur de esa ciudad, para dirigirse luego hacia el este cruzando las sierras del Noreste hasta la población portuaria de Sed, situada en las costas del mar Interior, en territorio de las gentes del Amaranto. Probablemente la extensión total no superaba los ciento veinte kilómetros.

El Tendido constaba de una vía única con breves ramales hasta los almacenes de carga y los lagares, veintidós apartaderos a lo largo del recorrido para permitir el paso de otros trenes o el aparcamiento de los vagones, e instalaciones para el cambio de sentido de las máquinas en Kastóha y en Sed (y también en el lago Claro, junto a la ciudad de Stoy, donde había enlaces con otra línea que se dirigía al norte y con el transbordo por carretera hacia el este).

Los raíles eran de madera de roble sometida a un minucioso tratamiento contra la descomposición, las termitas y los roedores, y estaban fijados a unas traviesas de secoya transversales sobre un lecho de vía de guijarros de río. No se utilizaba en ellos ninguna pieza de metal; para fijarlos se empleaban unas junturas ensambladas con pasadores de madera, cada pocos metros. El Arte de la Madera, bajo los auspicios del Adobe Amarillo, proporcionaba estos raíles y tenía a su cargo los aspectos ceremoniales de su instalación y reparación.

El tendido carecía de túneles; en las pendientes pronunciadas y en los desniveles de la Ama Kulkun y de las sierras del Noreste, las vías en zigzag eran innumerables. La estructura de los viaductos era muy sólida, ya que debían sostener un lecho de vía compacto que permitiera el paso de los tiros de animales que arrastraban el tren.

Los vagones iban montados sobre ruedas de radios de roble; en cada extremo del vagón había dos pares de ruedas unidos con un *bogie* giratorio. Los enganches entre vagones eran de cuero trenzado y laminado, reforzado en ocasiones con cadenas. Los buenos vagones para cargas pesadas eran furgones cubiertos; los dedicados al transporte de vino estaban aislados, con abrazaderas y marcos para asegurar los

toneles. Había un furgón cubierto con literas, ventanas ajustables y una estufa de leña para las personas que viajaban en el tren (el colmo del lujo, según el autor de «El problema con el pueblo del Algodón»). Otros vagones eran descubiertos y de estructura ligera, sencillas plataformas de las que sobresalían unos postes a los cuales se aseguraba la carga, bajo una cubierta de lona. Ningún vagón tenía una longitud superior a los seis metros; la anchura de eje (estándar desde tiempos inmemoriales en todas las vías de la región) era de 85 centímetros (es decir, un heresh, la unidad equivalente al metro o la yarda entre los kesh). Los vagones eran tan estrechos que guardaban cierto parecido con barcas, y éste era el término que empleaban las gentes del valle para denominarlos.

En la época a que se refiere este libro, se utilizaban en el valle dos máquinas de tren: una, propiedad de los kesh, y otra, perteneciente a las gentes del Amaranto. Ambas cubrían sólo el recorrido entre Kastóha y Sed. Se trataba de máquinas de vapor a leña con una potencia (según mis estimaciones) de unos 15 a 20 caballos. La máquina de los kesh había sido construida por miembros del Arte de los Molineros (que se ocupaban también del mantenimiento y manejo), en colaboración con otras Artes y Logias que utilizaban el tren en sus relaciones comerciales con diversos pueblos vecinos. La máquina recibía el nombre de El Saltamontes por sus pistones en ángulo, su aspecto articulado y, probablemente, por su tendencia a iniciar la marcha con un salto brusco. Estaba construida con maderas encajadas y aseguradas mediante clavijas, y con planchas de acero fijadas con remaches; los conductos del vapor iban levantados de la plataforma y soldados mediante martillazos sobre una falsa ánima. La caja de fuego y la caldera descansaban sobre pequeños soportes fijados con pernos, bastante apartadas del vagón, y la estrecha y alta chimenea llevaba en su extremo superior un deflector de chispas que no parecía muy digno de confianza. El riesgo de incendios forestales en las hierbas secas y los chaparrales de las montañas era el principal inconveniente en el uso de las máquinas. En los años de sequía, no eran utilizadas en absoluto entre la Danza del Agua y el inicio de la temporada de lluvias. Durante la estación seca, en los pequeños recorridos dentro del valle, así como en los transportes de un solo vagón y en todos los trayectos hacia el norte de Kastóha que tuvieran que salvar la montaña, reatas de mulas o de bueyes se encargaban de tirar del tren; los carriles y lechos de vía servían para facilitar el trabajo de los animales encargados de realizarlo.

Durante los períodos de funcionamiento frecuente (es decir, más de una vez cada nueve o diez días), se mantenía en actividad un sistema de señalización. Los guardavías, hombres y mujeres, se encargaban de ella, y unos piquetes ambulantes mantenían en orden el aprovisionamiento de leña y agua a lo largo de la línea. La señalización estaba conectada a las centrales en Wakwaha, Sed y otras ciudades de la red de centros de comercio, donde se efectuaban y transmitían los horarios de paso y las previsiones de embarques.



Unas notas sobre las prácticas médicas

La mayor parte de la escasa información sobre la medicina de los kesh que ha llegado a mi poder procede de una conversación que mantuve con Aliso de la Serpentina, miembro de las Logias de los Doctores de Chúmo y de Sinshan. Según él, un médico hacía cuatro cosas: prevenir, cuidar, curar y matar.

La medicina *preventiva* abarcaba la inmunización, la higiene pública y personal, las enseñanzas y consejos sobre dietas, hábitos laborales, condiciones de los lugares de trabajo y ejercicios físicos, las consultas sobre tensiones psíquicas y estados de angustia, y una amplia gama de masajes, manipulaciones, músicas y danzas que, entre nosotros, se engloban bajo el nombre de «cuidados corporales».

Los *cuidados médicos* o alivio de dolencias se destinaban al tratamiento de fiebres, dolores, infecciones y enfermedades contagiosas, así como a las personas que padecían insuficiencias físicas o psíquicas y dolencias incurables.

Las prácticas *curativas* comprendían la reducción de fracturas, el empleo de una extensa y compleja farmacopea, los cuidados corporales terapéuticos y la cirugía. No dispongo de una lista de las intervenciones quirúrgicas que los kesh consideraban factibles. En algún determinado momento, Aliso mencionó que había realizado amputaciones, raspados, apendicectomías, extirpación de tumores abdominales, extirpación de cánceres de piel y una intervención para cerrar una fisura de paladar. La anestesia para intervenciones mayores se conseguía mediante la ingestión de fármacos, a base de hierbas durante un período de varios días antes y después de la operación, y mediante el empleo de «las lanzas», una serie de finas agujas de bambú aplicadas según un diagrama corporal que, a mis ojos ignorantes, se parecía bastante a un diagrama de acupuntura. (No oí mencionar nada parecido a una acupuntura terapéutica).

Dado que nuestra medicina no deja espacio para las actividades que provocan la muerte y se la considera en contraposición excluyente con ésta, sólo podemos recurrir al término «eutanasia» (un tanto sospechoso) para calificar ciertas prácticas que los kesh consideraban parte de la actuación de cualquier doctor y elemento importante de la teoría y la moralidad médica: la castración de animales; el aborto humano, que no era considerado una intervención menor ni tampoco censurable, y la eliminación de los monstruos neonatales, tanto humanos como animales.

No existía una distinción estricta entre veterinarios y médicos, aunque los doctores solían especializarse en cierta medida según sus habilidades y de acuerdo con las necesidades de la comunidad. No parece que existieran dentistas propiamente dichos, debido probablemente a que los kesh poseían buenas dentaduras y seguían una dieta alimenticia baja en azúcares.

GEDWEAN: LA PRESENTACIÓN

Este acto, característico de las prácticas médicas de los kesh, podría denominarse «ceremonia curativa», si entendemos que una operación de bypass coronario podría recibir tal denominación. Las prácticas médicas actuales con alta tecnología en los hospitales bien equipados realizan la segunda, mientras que la medicina del valle realizaba la primera; en ambos casos, se trata de la utilización de una tecnología especializada a cargo de profesionales experimentados, que refleja una cierta postura moral y abarca ciertos criterios sobre los medios y los fines de la medicina. Sería interesante, pero inadecuado, disponer de estadísticas comparativas sobre índices de mejoría, curaciones a corto y largo plazo, y fracasos.

Dado que cada presentación era creada para un determinado individuo con unas circunstancias concretas de enfermedad o dolencia por parte de un doctor o grupo de doctores determinado, no me es posible ofrecer una descripción general de su contenido. Por otra parte, la descripción de una presentación que se hubiera producido en realidad significaría una violación de los códigos kesh de discreción personal y sagrada. Así pues, en términos abstractos, la presentación abarcaba dos partes: el presentado, o *goddwe*, y los presentadores, o *dwesh*. El *Goddwe* —normalmente una persona, aunque a veces podía ser una pareja casada o un niño con su padre o su hermano mayor— permanecía durante el período de cuatro, cinco o nueve días del *gedwean* en su *heyimas* o en el edificio de la Logia de los Doctores. Allí era objeto de atentos cuidados, se le administraba una dieta especial o algún tipo de ayuno y seguía un régimen de actividad o descanso minuciosamente preparado. Su cuerpo y su rostro eran pintados o decorados con marcas y se le vestía con una indumentaria especial, una túnica larga de chalí de lana con un cinturón flojo. (Esa prenda era regalo de un tejedor de la Logia de los Doctores a cambio —como pago o anticipo— de los cuidados médicos. Contrariamente a la teoría y a la práctica de las curaciones chamanísticas o psiquiátricas, donde el pago es un ingrediente esencial de la curación, los doctores kesh no cobraban nada; su actuación era parte integral del continuo intercambio de bienes y servicios que daba forma a la economía de la ciudad kesh. El precio del éxito para el propio médico puede intuirse en los comentarios de Piedra Parlante sobre los pacientes de Aliso en Chúmo y en Sinshan).

Los *dwesh*, o presentadores, uno de los cuales tenía que ser un «médico cantante», se ocupaban del tratamiento-ceremonia, que podía abarcar: la terapia con fármacos, el uso de drogas inductoras del trance, la hipnosis a través de los cantos y tambores, el masaje, el baño, los ejercicios físicos, la enseñanza de símbolos y figuras dibujados en arena pasada por un tamiz o pintados o marcados en la piel, así como la explicación del sentido de tales símbolos y de las canciones, relatos y acontecimientos de la vida de la persona objeto de la presentación; la celebración de rituales, algunos tradicionales y otros de la propia cosecha del doctor, obtenidos en

una visión o recibidos de otros doctores como regalo, y la invención e interpretación de canciones, danzas y ritmos de tambor por parte del paciente y del doctor, conjuntamente. El goddwe abandonaba la presentación con algunas recomendaciones para un tratamiento posterior, en caso necesario, y un programa a seguir para mantener los efectos curativos de la gedwean.

Aliso me confió que, en su opinión, los efectos benéficos de una presentación se debían en gran medida a la *atención*: a la atención prestada al goddwe, que era el centro del interés general en un ambiente sustentador, confortador y relajante de calor humano, de descanso y de tranquilizadores cánticos y batir de tambores, y a la atención que el goddwe debía prestar a su vida, a sus pensamientos y al conocimiento místico, intelectual o práctico alcanzado gracias al trabajo conjunto de los participantes en la presentación. Éste era un buen ejemplo de lo que entendían los kesh por *uvrón*, ‘esmero, tener cuidado’.

Algunas personas eran presentadas muchas veces en su vida y otras sólo una, o ninguna. Ciertos miembros de la Logia de los Doctores actuaban como dwesh siempre que alguien lo solicitaba, y otros sólo intervenían en casos que consideraran serios. Aunque los primeros eran apreciados por su pronta respuesta a la necesidad de comprensión, los segundos eran quienes gozaban de un mayor respeto. Todos los doctores que realizaban presentaciones habían sido goddwe también y, de vez en cuando, seguían siendo presentados como adiestramiento y como terapia.

LA MUERTE

Los enfermos incurables, la mayoría de los cuales padecía sevai, vedet o cáncer, acudían a vivir a la Logia de los Doctores para someterse a un programa hospitalario denominado *hwagedwean*, o presentación continua. Por lo general, el alivio del sufrimiento se antepone a la prolongación de la vida. Si el paciente pedía morir y la familia y amigos íntimos estaban de acuerdo, el tema se discutía en la Logia y, si se llegaba a la conclusión de que la muerte era una solución oportuna, cuatro doctores se comprometían a estar presentes. La eutanasia se celebraba como una ceremonia, de forma ritual, igual que los abortos o la eliminación de los nacidos con taras monstruosas. La eutanasia se llevaba a cabo con venenos administrados por vía oral o inyectados; el aborto se efectuaba mediante raspado, precedido y seguido por un tratamiento a base de hierbas; a los neonatos monstruosos, en el caso de no morir inmediatamente debido a sus taras, se les prestaban los cuidados oportunos, pero se les privaba de alimentos hasta que morían.

En respuesta a mis preguntas sobre este último punto, Aliso me entregó la siguiente declaración escrita: «Las gentes (humanas y animales) que matamos o dejamos morir cuando nacen son aquellas que tienen dos cabezas o que tienen los cuerpos pegados, los nacidos dúsevai (niños nacidos con sevai en grado avanzado:

ciegos, sordos y afectados por espasmos musculares que les impiden mamar), y los nacidos con deformidades terribles o descerebrados, sin piel o sin algún órgano necesario para la vida. A estas personas que nacen moribundas se las deja morir. A las personas humanas que nacen pero no pueden vivir se las deja morir prestándoles cuidados y se canta con ellas las canciones de Ir al Oeste, y la madre les pone nombre para que puedan ser lloradas en las Hogueras del Luto durante el Equinoccio. Las gentes animales de la Casa de la Obsidiana que nacen incapacitadas para vivir son muertas de la manera apropiada y con las debidas palabras, y sus restos son quemados».



EL PARTO

Éste parece ser el único campo en que los doctores se especializaban en razón de su sexo. En la medicina con animales parecía haber el mismo número de hombres y mujeres expertos en asistir a una vaca o a una oveja en un parto difícil; en cambio, eran contados los doctores varones que intervenían en un parto humano. Incluso había algunas mujeres doctoras —*itatensho*, o llevadoras— especializadas casi exclusivamente en el cuidado de las mujeres embarazadas y de las que tenían hijos en período de lactancia, además de actuar de comadronas. Las complejas y hermosas ceremonias del embarazo y el parto eran dirigidas por mujeres de la Logia de la Sangre que también pertenecían a la Logia de los Doctores, o que colaboraban con mujeres de esta última. Los cuidados y la educación prenatales eran concienzudos y, en su mayor parte, estaban incorporados a los rituales y ceremonias. En el momento del parto, la higiene era sumamente estricta. Si la familia de la madre no podía

reservar una habitación para la parturienta, y con el fin de garantizar las mejores condiciones y la mayor limpieza —maderas perfectamente limpias y lijadas, paredes recién pintadas, ropa blanca hervida y demás extremos de una lista de requisitos muy exigentes—, la Logia podía insistir en que el parto tuviera lugar en sus propias estancias. La madre permanecía con el niño en esta habitación limpia, tranquila y apenas iluminada, durante un período ritual de nueve días; amigos y familiares podían acudir a visitarles y cantar con ellos, siempre en pequeños grupos. El padre se encargaba de recibir, filtrar y despedir a los visitantes; si el padre estaba ausente o no tenía responsabilidades sobre el niño por haberse divorciado o por alguna otra razón, un hombre de la casa del padre podía actuar en su lugar. El padre o su sustituto debía ayudar a la nueva madre en su trabajo y evitar que hiciera demasiados esfuerzos mientras durara la lactancia aunque, de hecho, la familia solía proteger a una madre joven, incluso en exceso, hasta el punto de que ésta tenía que imponer finalmente su voluntad para poder entrar y salir libremente y para reemprender sus ocupaciones normales. Espino, que estaba instruyéndose para colaborar como itatensho con los doctores de Sinshan, decía que los partos difíciles no eran frecuentes, pero que muchos embarazos terminaban inevitablemente en partos prematuros o en nacidos muertos, o bien en nacimientos de bebés con graves deficiencias, producto, evidentemente, de taras genéticas. Lo mismo sucedía entre los animales superiores y, en menor medida, entre los inferiores; estos últimos, al sucederse más deprisa las generaciones, habían superado ya las peores secuelas producidas por el antiguo envenenamiento del medio ambiente y demás catástrofes que habían afectado al material genético de todas las especies.



LAS ENFERMEDADES

La lista de enfermedades es imprecisa, incompleta y, probablemente, errónea en muchos casos. Fui incapaz de identificar muchas de las dolencias que Aliso intentó describirme, y en ningún momento estuvimos totalmente seguras de estar hablando de lo mismo. De hoy a entonces se habrán producido, sin duda, mutaciones de bacterias y virus que habrán cambiado la naturaleza de muchas enfermedades, pero el principal problema era de terminología. La teoría médica y los métodos de diagnóstico de los kesh diferían profundamente de los nuestros. Por ejemplo:

Aunque eran claramente conscientes del papel de las bacterias y virus (estos últimos completamente invisibles para sus microscopios) como agentes de enfermedades, no identificaban éstas como entidades en sí mismas. La enfermedad no era algo que le sucediera a una persona, sino algo que la persona hacía. La traducción

más aproximada que podía hacer al kesh de nuestro término «salud» sería *óya* —‘tranquilidad o gracia’—, o *gestanai* —‘vivir bien, estar bien’—, que implicaba una combinación de talento innato, suerte y habilidad. Para traducir nuestro término dolencia o enfermedad deberían utilizarse las formas privativas *póya* —‘incomodidad, dificultad o severidad’—, o *gepestanai*, ‘vivir mal, obrar mal, ser infortunado o torpe’. Estos términos kesh dan a entender que el enfermo no es un paciente sino un agente; no es alguien que simplemente sufre una invasión externa en su cuerpo, sino alguien que hace o es su propia enfermedad. Considero que esta visión de la enfermedad implica curiosamente un sentido de culpa menor que nuestra imagen de un cuerpo víctima de unas fuerzas malévolas que llegan del exterior. En ella va implícita la aceptación de que no siempre hacemos lo que querríamos, esperaríamos o deberíamos hacer, y de que la vida no siempre es fácil. Las prácticas de la Logia de los Doctores no estaban al servicio de un ideal de salud perfecta, de juventud permanente y de erradicación de la enfermedad; lo único que intentaban era que la vida no fuese más dura de lo debido.

La Logia de los Doctores celebraba ceremonias de inmunización, en recién nacidos a los 9, 54 y 81 días de edad, en niños a los 2, 4, 5 y 9 años, y en adultos cuando lo solicitaran o cuando fuese necesario. Las enfermedades que los doctores kesh podían prevenir o mitigar mediante la inoculación o la inmunización se relacionan en la siguiente lista:

El tétanos, la rabia, la malaria y la peste bubónica son las cuatro afecciones que creo haber podido identificar con seguridad. Existían métodos de inmunización para todas ellas y se administraban a los bebés y a los niños, así como a los adultos que lo precisaran. La malaria era el azote de las grandes marismas y estuarios y, aunque la inmunización era bastante efectiva, no constituía una garantía total que permitiera a los kesh viajar con tranquilidad por los pantanos del Gran valle. Con todo, los kesh no eran gente a la que gustara mucho viajar. Las ardillas listadas seguían siendo transmisoras de la peste bubónica, y por ello nadie las cazaba ni criaba, pero no había constancia de que se hubieran producido brotes de peste en el valle o en sus proximidades.

Mis preguntas sobre los síntomas de la viruela o la tuberculosis no permitieron que Aliso pudiera identificar como tales dichas enfermedades. En cambio, sí pareció que nos referíamos a lo mismo cuando mencioné las enfermedades o afecciones que tenían por agente a un virus herpético: varicela, herpes labial, herpes zóster o herpes genital. Aliso las conocía todas y consideraba que estaban emparentadas, agrupándolas bajo el nombre de *chemhem*. La varicela era igual de grave en los adultos que en los niños, y la inmunización era obligatoria y eficaz.

Las enfermedades venéreas —posiblemente variedades de la sífilis y la gonorrea—, eran conocidas como «úlceras del amor» o «mal de los extranjeros»; esto último era bastante acertado, ya que ninguna de las dos era endémica en el valle. Una razón más para no viajar. Aliso conocía varios tratamientos terapéuticos, pero ningún

método de prevención salvo la higiene.



Las restantes enfermedades que citaremos sólo están identificadas con reservas:

Los recién nacidos eran inmunizados contra algo que podría ser la difteria y contra una erupción cutánea que con toda seguridad no era el sarampión, pero que podría ser una forma de escarlatina.

Lo que Aliso denominaba «pulmón húmedo» era sin duda, alguna forma de neumonía. Había para ella un tratamiento eficaz a base de penicilina, o de un derivado fúngico similar. No intenté comprender su farmacopea, de una inmensa complejidad, que procedía en gran parte de diferentes hierbas medicinales.

Eran bastante frecuentes la hepatitis infecciosa y cierta forma de ictericia infecciosa; Aliso afirmaba que los trastornos hepáticos se contaban entre las enfermedades comunes menos tratables. La principal estrategia contra ellas era la higiene.

Los kesh, extraordinariamente cuidadosos en el uso del agua y en el estado de sus corrientes de agua y sus pozos, sólo conocían la existencia de las fiebres tifoideas a través de los libros y de la Central.

Los cánceres de piel eran bastante comunes; indudablemente existían otras formas de cáncer, pero parece que eran mucho menos frecuentes que entre nosotros, aunque en este punto las diferencias conceptuales y de comprensión pudieron llevarme a conclusiones totalmente equivocadas. Las dolencias cardíacas, tratadas mediante fármacos y con gedwean, parece ser que eran consideradas —salvo cuando eran sintomáticas de un defecto cardíaco congénito— como riesgos propios de la vejez.



El sevai y el vedet eran dos enfermedades o estados que representaban para los kesh y sus vecinos una carga que nosotros no tenemos que soportar, en ambos casos se trataba de trastornos congénitos del sistema nervioso, intratables y degenerativos. (Ciertas formas de ambas dolencias eran compartidas con la humanidad por todos los animales domésticos de gran tamaño, y se decía que el alce se había extinguido en toda la cuenca hidrográfica del mar Interior debido al vedet). Por lo que pude deducir, ambas enfermedades reflejaban los daños genéticos (cromosómicos) causados por residuos tóxicos o radiactivos de la era militar-industrial, abundantes y extendidos por tierras yaguas, y que seguían surgiendo sin control de las zonas altamente contaminadas. El vedet se manifestaba en forma de trastornos de personalidad y demencia; el sevai conducía habitualmente a la ceguera y a otras pérdidas sensoriales, y a la degeneración del control muscular. Ambas enfermedades eran dolorosas, incapacitantes, incurables y mortales. La gravedad de la fase inicial y la duración del curso de la enfermedad dependían en gran medida de lo que Aliso denominaba la

«minuciosidad» de la afección: cuando el daño genético era importante, producía la inviabilidad del feto en el útero; cuando el daño genético era leve, la enfermedad podía no manifestarse hasta una época bastante tardía de la vida.

Tal época tardía en la vida de los habitantes del valle podía calcularse en torno a los sesenta años. La esperanza de vida según la entendemos —promedio de edad de todos los ancianos— resultaba corta, no mucho más de entre treinta y cuarenta años, pues eran muchos los niños nacidos con sevai o con otras anormalidades genéticas graves que provocaban una elevada tasa de mortalidad en los primeros años de vida. Sin embargo, para un kesh nacido óya que viviera getanai, la vida alcanzaba con holgura los sesenta y la vejez era aceptada con facilidad, y muchas veces vivida con considerable aprovechamiento y buena salud.

Un tratado sobre actividades

De la biblioteca educacional del heyimas del Adobe Rojo de Sinshan

En lo más externo: Las actividades sombrías, toscas, frías y débiles originan un cuerpo muerto (*truned*). Las actividades cinegéticas y bélicas requieren paciencia, viveza, atención a los detalles, obediencia, control, ambición competitiva, experiencia, escasa imaginación y cabeza fría. El sacrificio de animales y la matanza de plantas para la obtención de alimento son prácticas que exigen paciencia, viveza, atención a los detalles, presencia de ánimo y un gran cuidado. El peligro para el que mata es grande. Si se pierde la imagen del don del otro, se pierde la mente del que mata; si se pierde la imagen del dolor, se pierde el que mata. La imagen del dolor del otro es el centro del ser humano. Cuando la muerte se practica con crueldad —por descuido o premeditadamente—, esta muerte queda más allá del exterior y no puede, en modo alguno, ser presentada.

En lo más externo, las actividades de acaparamiento y usura son intratables e insaciables y cabe compararlas con los tumores cancerosos.

Avanzando hacia adentro, las actividades sombrías, toscas, frías y poderosas preparan un cuerpo muerto. El aserramiento y moldeado de la madera y la preparación de todo tipo de plantas, raíces y semillas como alimento, el descuartizado, ahumado, secado, conserva y cocción de carne de animal, ave o pescado, el entierro de los animales muertos de la ciudad, el entierro y funeral de los seres humanos fallecidos, son actividades de la que conviene que todos tengan ciertos conocimientos para que puedan ser hechas con el cuidado adecuado y de la debida manera.

Avanzando hacia adentro, vienen unas actividades toscas, brillantes y fuertes que cambian sobre todo una cosa por otra. Las actividades de comercio e intercambio permiten que la energía se traslade de un lugar a otro de la manera adecuada, e imitan profundamente la vida. Las Artes de los Molineros sobre los usos de las energías del sol, el viento, el agua, la electricidad y las combinaciones de cosas para hacer otras cosas constituyen, todas ellas, actividades de intercambio. Éstas requieren atención y claridad de mente, una imaginación brillante, sencillez, atención a los detalles y a las consecuencias, fuerza y valor.



Avanzando más hacia adentro, penetrando directamente en el interior, las actividades de fecundación, embarazo, nacimiento y nutrición y educación aportan la vida.

En lo más interno: las actividades cálidas, fuertes, refinadas y brillantes originan los seres vivos y la diversidad, complejidad, energía y belleza de las cosas. Se precisa una imaginación brillante, una mente clara, calor, destreza, magnanimidad, gracia y desenvoltura en las actividades de horticultura, labranza, reparto de alimentos, cuidado de animales, curación y alivio de dolores, en las artes de poner orden y limpieza donde viven y trabajan las personas, en todas las danzas y ejercicios placenteros, en las artes de confeccionar cosas hermosas y útiles y en todas las artes y actividades musicales, oratorias, literarias y de lectura en voz alta o en silencio.

Juegos

Entre los juguetes contruidos por los adultos para los niños estaban los animales o muñecos tallados en madera o elaborados con telas cosidas, los utensilios y muebles en miniatura, los bloques de construcción pulidos con lija y los balcones de caucho de asclepiadea, de vejiga de oveja o de cuero relleno y cosido. Los demás objetos con que jugaban los niños los hacían ellos mismos o los cogían prestados de la casa o del taller. En la mayoría de sus juegos, imitaban las actividades y trabajos de los adultos, como los cánticos de trance, las prácticas médicas, la muerte, el nacimiento, las disputas familiares y todos los aspectos melodramáticos de la vida cotidiana de los kesh. Entre los juegos infantiles con normas se contaban los siguientes:

Muchos juegos de cantos y danzas, algunos muy complicados y hermosos de contemplar. Uno de ellos, llamado *múdúp* (o conejo de cola peluda) se parecía bastante al «seguir al rey»; los danzantes avanzaban uno tras otro a través de un trazado o laberinto construido previamente y, en determinados puntos, recogían y lanzaban pequeñas piedras o cáscaras de frutos secos.

El lanzamiento de anillo se jugaba con un aro de madera ligera tallada, situándose los participantes por parejas o grupos, siempre a ambos lados de una corriente de agua. Se entonaban las canciones de lanzar el anillo hasta que un grupo no conseguía coger en el aire el lanzado desde el otro lado; cuando esto sucedía, había que reiniciar la canción. «Ganar» en ese juego era llegar al término de la canción.

Los lanzamientos de cuchillo se efectuaban con gran pericia. A menudo el cuchillo era la posesión más preciada del niño: «¡Un auténtico cuchillo de hoja de acero de Telina!».

El *hish* era una especie de badminton que se jugaba con una pelota de caucho emplumada (*hish* significa ‘golondrina’) y con la cabeza de caucho, y con unas raquetas de mango largo y pala pequeña, encordadas con tripa de animal. Al *hish* se jugaba por parejas, situándose cada una a un lado de una cuerda o cinta. El objeto del juego era mantener la «golondrina» en el aire en un intercambio de golpes rápidos el mayor tiempo posible. El *hish* era uno de los juegos del Verano y los adolescentes y adultos jóvenes solían viajar de una ciudad a otra para jugar partidos de exhibición. Las mujeres adultas y los hombres de edad rara vez jugaban al *hish*, pero con frecuencia utilizaban la pelota y las raquetas para jugar sin normas; en la estación seca solía instalarse en el lugar un par de pistas de *hish*.

El juego de la herradura se practicaba de idéntica manera a como lo hacemos nosotros.

El equivalente a los bolos era una pesada bola de madera que se hacía rodar por una pista de tierra lisa hacia cinco piedras colocadas en V. La puntuación era

complicada y exigía largas y serias discusiones. Las personas mayores jugaban a los bolos y a las herraduras con más frecuencia que los niños.

El tiro con arco, los dardos y el lanzamiento de jabalina eran, naturalmente, elementos de la caza, pero se practicaban como juego por puro placer y se efectuaban demostraciones de habilidad en su manejo durante los juegos del Verano. Casi todos los niños tenían un pequeño arco fabricado especialmente para ellos y aprendían a construir sus propias flechas. La caza de pequeñas piezas que solían practicar no puede considerarse un juego, aunque seguían en ella unas reglas estrictas y no constituía una contribución indispensable a la subsistencia.

Durante el verano se jugaba mucho al escondite, así como a un juego parecido que recordaba el de tocar y parar. Una variante a la inversa del juego del escondite era la diversión favorita de los pequeños en el interior de las viviendas durante la temporada de lluvias.

Se practicaba también una especie de hockey sobre hierba en los corrales abiertos o en los campos en barbecho, utilizando una bola de cuero y unos palos de madera. Participaban a la vez cuatro equipos de entre dos y cinco jugadores; el objetivo era meter la bola en cuatro porterías siguiendo un determinado orden. Había también una especie de fútbol que sólo se jugaba con los pies y que, por lo que pude deducir, tenía reglas similares. El *vetúlou*, una especie de polo, era otro juego de este tipo pero se jugaba sin equipos o, mejor, el equipo estaba formado por cada jinete con su caballo. En todos estos juegos, el equipo o pareja que completaba primero los objetivos establecidos era el ganador, pero el partido no terminaba hasta que todos los participantes completaban el recorrido. Aunque todas estas actividades eran tremendamente activas y arriesgadas, cualquier comportamiento agresivo significaba su interrupción inmediata y definitiva. Los valores que se destacaban y alababan eran la rapidez, la habilidad y la cooperación para lograr el triunfo; el juego era una metáfora de la sociedad, no de la guerra. Este énfasis de la colaboración por encima de la competencia se aplicaba a todos los juegos salvo a los de azar.

Los juegos de dados eran muy practicados por los niños de más edad, los adolescentes y muchos adultos. Había dos clases de dados, ambos de seis caras: para jugar al *apap*, o cero-cero, se empleaba un par de dados marcados en cada cara con puntos —del uno al cinco— y la sexta cara en blanco; el *hwots* se jugaba con cuatro dados marcados con símbolos —una hoja, un hueso, un ojo, un pez, una azada y una boca—, que, al ser tirados, podían producir varias combinaciones ganadoras (como una versión más complicada de nuestras máquinas tragaperras con dibujos de frutas). Otros juegos, alguno de los cuales utilizaba dados alargados de ocho caras, procedían de los pueblos vecinos. Casi siempre las apuestas se hacían con fichas de madera o guijarros; las apuestas con objetos de verdadero valor no estaban bien vistas socialmente, pero era una actividad muy habitual y los adultos montaban a veces largas partidas, en especial en las casas de verano donde no había nadie cerca para criticarles. En realidad nadie tenía suficientes propiedades privadas para arruinarse

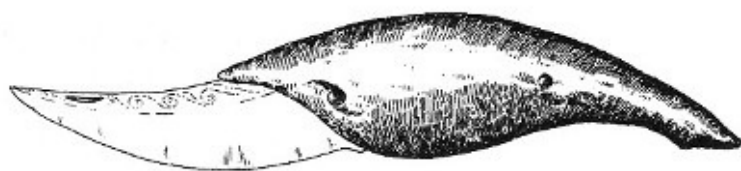
jugando, pero la afición a estas actividades podía perjudicar la buena reputación. Por lo que pude constatar, los únicos juegos considerados de azar eran los de dados; los kesh consideraban que todos los demás eran cuestión de habilidad, no de suerte, y por ello no constituían actividades adecuadas para cruzar apuestas.

Entre los juegos de mesa, uno de los preferidos por los niños eran los palillos: se tomaba con una mano un puñado de finos palillos de madera pulida (o de pajitas, en los campos de cultivo) y se dejaba caer al azar, formando un montón; el jugador tenía que ir quitando los palillos uno a uno y perdía el turno cuando movía uno que no fuera el primero que había tocado. Otro tipo de palillos más pesados, de madera de olivo pulida, se utilizaba para una serie de juegos de habilidad y algunos niños llegaban a hacer con ellos maravillosos juegos de manos.

Había también unos conjuntos de piezas de madera del tamaño de fichas de dominó con letras grabadas o rotuladas en su superficie, en ocasiones trabajadas y decoradas espléndidamente, que se utilizaban para una serie de juegos cuyo propósito, como en nuestros anagramas, era formar palabras o, en otras versiones más complicadas, frases enteras. Estos juegos podían prolongarse durante horas, e incluso días. El objetivo era casi siempre completar un poema, pero en ocasiones los participantes podían enfrascarse en ingeniosos y celebrados intercambios de insultos y contrarréplicas. Concursos de este último tipo —sin las piezas de madera, sino en forma de improvisaciones orales— eran habituales durante la Danza del Vino. Por regla general los kesh canalizaban la competencia directa y la agresividad a través de la expresión verbal, que resultaba aceptable en tanto fuera controlada, y objeto de admiración en tanto fuera ingeniosa.

Entre los juegos de palabras practicados de forma oral destacaban las historias desarrolladas en conjunto; cada persona del círculo contaba «lo que había sucedido» y se detenía en un punto interesante de la narración, a partir del cual el siguiente jugador debía completar y continuar el relato hasta dejarlo en otro punto de intriga. Parece que los juegos de adivinanzas como tales no existían en el valle.

No observé ningún juego parecido al ajedrez u otros pasatiempos de tablero similares, ni versión alguna del go. Por otra parte, los kesh no tenían cartas. Los únicos juegos de tablero eran de tipo parchís u oca, muy sencillos y practicados mayoritariamente por niños o por adultos acompañados de pequeños. En Tachas Touchas, los niños acudían al heyimas del adobe Rojo para jugar a un juego de dados denominado «Ir a las Nueve ciudades por el Camino Difícil», en el cual el avance del viajero por el tablero —enorme, antiguo y deliciosamente ilustrado— se veía plagado de obstáculos en forma de serpientes de cascabel, perros salvajes, molineros enfadados, bolas de fuego y relámpagos, ardillas listadas sobrenaturales y otros peligros y reveses, antes de alcanzar finalmente Wakwaha, en la montaña.



Algunas metáforas generativas

Presentadas por la recopiladora como ejercicio de relativismo cultural, o en un zafarrancho de limpieza general

La metáfora: LA GUERRA.

Lo que genera: LUCHA.

El Universo como guerra: El triunfo del ser sobre la nada. El campo de batalla.

La sociedad como guerra: El sometimiento del débil al fuerte.

La persona como guerrero: Valentía; el héroe.

La medicina como victoria sobre la muerte.

La mente como guerrero: Conquistador.

El lenguaje como control.

La relación del hombre con los demás seres en guerra: Enemistad.

Imágenes de la Guerra: Victoria, derrota, saqueo, ruina, el ejército.



La metáfora: EL SEÑOR.

Lo que genera: PODER.

El Universo como reino: La jerarquía a partir de un dios. El orden a partir del caos.

La sociedad como reino: La jerarquía a partir de un rey. El orden a partir del caos.

La persona como señor/sujeto: Clase, casta, lugar, responsabilidad.

La medicina como poder.

La mente como señor/sujeto: Ley. Juicio.

El lenguaje como poder.

La relación del hombre con los demás seres en el reino: Superioridad.

Imágenes del Reino: La pirámide, la ciudad, el sol.



La metáfora: EL ANIMAL.

Lo que genera: VIDA.

El Universo como animal: Unidad orgánica, indivisible.

La sociedad como animal: Tribu, clan, familia.

La persona como animal: Parentesco.

La medicina como reposo.

La mente como animal: Descubrimiento.

El lenguaje como relación.

*La relación del hombre con los demás seres como animales: Comida.
Interdependencia.*

Imágenes del Animal: Nacimiento, apareamiento, las estaciones, el árbol, la diversidad de animales y plantas.



La metáfora: LA MÁQUINA.

Lo que genera: TRABAJO.

El Universo como máquina: El reloj y el relojero. El paso del tiempo y el desgaste.

La sociedad como máquina: Partes, funciones, engranajes; interrelaciones; producción.

La persona como máquina: Uso. Función.

La medicina como reparación.

La mente como máquina: Información.

El lenguaje como comunicación.

La relación del hombre con los demás seres como máquinas: Explotación.

Imágenes de la máquina: Progreso, calidad de ineluctable, avería, la rueda.



La metáfora: LA DANZA.

Lo que genera: LA MÚSICA.

El Universo como danza: Armonía. Creación/destrucción.

La sociedad como danza: Participación.

La persona como danzante: Cooperación.

La medicina como arte.

La mente como máquina: Ritmo, medida.

El lenguaje como conexión.

La relación del hombre con los demás seres como danza: Vínculos horizontales.

Imágenes de la Danza: Pasos, gestos, continuidad, armonía, la espiral.



La metáfora: LA CASA.

Lo que genera: ESTABILIDAD.

El Universo como casa: Estancias de una mansión.

La sociedad como vivienda: División dentro de la unidad; inclusión/exclusión.

La persona como ama de casa: Individualidad.

La medicina como protección.

La mente como ama de casa: Pertenencias, bienes.

El lenguaje como autodomesticación.

La relación del hombre con los demás seres de la casa: Dentro/Fuera.

Imágenes de la Casa: Puertas, ventanas, chimenea, hogar, la ciudad.



La metáfora: EL CAMINO.

Lo que genera: CAMBIO.

El Universo como camino: Misterio; equilibrio en movimiento.

La sociedad como camino: Imitación de lo no humano, inacción.

La persona como caminante: Precaución.

La medicina como mantenimiento del equilibrio.

La mente como caminante: Espontaneidad. Seguridad.

El lenguaje como inadecuación.

La relación del hombre con los demás seres en el camino: Unidad.

Imágenes del Camino: Equilibrio, inversión, viaje, regreso.



Tres poemas de Pandora, escritos desde un costado del valle a la ciudad del hombre

LA TORRE ELEVADA

Noble la torre edificada con piedras de Voluntad
sobre la roca de la Ley: eterna esa morada.
En la Casa del Uno pueden habitar las multitudes.
Pero los paganos son arrojados fuera para morir como animales.

Así dijimos, muy bien pues,
y salimos del Reino
a los campos de hierba, donde hicimos pequeñas casas.
Construimos con tierra, madera y agua.
Vivimos con los animales y las plantas,
comiendo de ambos y alabándolos, y morimos con ellos;
su camino es el nuestro hecho con cuidado,
un río que corre sobre piedras y rocas.
Vivimos en los lugares bajos
como el agua y las sombras.
Nuestra casa no dura mucho.
Hemos perdido de vista a nuestra espalda
la torre espiritual.
Continuamos caminando río abajo.

NEWTON NO DURMIÓ AQUÍ

No me importa si yo soy posible.

¿Qué son los puentes entre nosotros?

Viento, el arco iris,

niebla, aire calmo.

Debemos aprender a caminar por el arco iris.

(Incluso la Vieja Envidia

lo llamó pacto).

Debemos aprender a caminar por el viento.

Lo que nos une (¡oh, mi hermana alma!)

es el abismo entre nosotras.

Debemos aprender el sendero de la niebla.

Lo que nos separa (¡oh, mi hermana carne!)

es nuestro parentesco de una casa.

Debemos aprender a confiar en el aire tenue.



NO SER TESTARUDA

Ni dios ni rey ni Uno ni nada
que venga de uno en uno
ni dupli repli multi identiplicación
prolifer proliferación ídem de ídem
y tampoco ciudad. Lo siento.
Aquí
no hay fuera donde arrojar.
Un camino sin distancia.
Algunas gentes, no muchas,
tratando de mantener presente un montón de cosas,
caminando junto al agua,
cantando heya, hey, heya,
heya, heya.

VIVIR en la Costa, la Energía y la Danza

VIVIR EN LA COSTA

Con este término, los kesh se referían al período de abstinencia sexual que debía observar todo adolescente. Durante mucho tiempo, esta costumbre me pareció anómala y contradictoria respecto al conjunto de la cultura del valle. Los kesh eran gente que propugnaba una actitud realista y poco exigente frente a la sexualidad, evitando los excesos tanto de complacencia como de abstinencia; su estilo de control y autocontrol tendía más a la manga ancha que a la inflexibilidad, más a la actitud indulgente que a la severidad. Además, los niños y jóvenes constituían el centro de su mundo. ¿Cómo se explica entonces que una gente así agobiara a los adolescentes con una exigencia tan estricta, con una imposición tan rigurosa?

Durante un tiempo creí encontrar una explicación satisfactoria a esta cuestión relacionándola con los prejuicios de los kesh contra la paternidad prematura; tales prejuicios estaban tan arraigados como los que imponían no tener más de dos hijos, y sin duda era lógico pensar que guardaban relación con estos últimos. Las familias numerosas empiezan con parejas jóvenes. Con todo, fueran cuales fuesen las auténticas razones para tal actitud, ésta se expresaba con gran vehemencia: la paternidad prematura era considerada imprudente, nociva y degradante. Los embarazos de muchachas menores de diecisiete o dieciocho años terminaban siempre en abortos provocados, según me contaron, y lo que se tenía por vergonzoso era el embarazo, no el hecho de abortar. El muchacho adolescente que procreaba un niño era tratado con tal desprecio por sus convecinos que incluso podía verse abocado al exilio o al suicidio.

Pese a todo, ¿cuál era la razón de ese período de abstinencia sexual? En realidad, debido a las lesiones genéticas como consecuencia de antiguas catástrofes, la tasa de embarazos era bastante reducida y el porcentaje que llegaba a término y daba como resultado un niño sano era muy bajo en comparación con nuestra época; además, los anticonceptivos (diafragmas, preservativos y esponjas de caucho de asclepiadea y otros materiales, así como espermicidas a base de hierbas preparados por la Logia de los Doctores) resultaban eficaces, accesibles y absolutamente aceptados por la sociedad. A los diez años de edad, niños y niñas conocían todos los usos de los anticonceptivos y la mayoría los había utilizado, pues los juegos sexuales infantiles se tenían por normales, estaban permitidos e incluso eran estimulados. No obstante, hacia los diez años los propios niños empezaban a abandonar estos juegos sexuales, en un intento de imitar a los adolescentes obligados a guardar abstinencia. ¿Por qué, pues, esta prohibición de contacto sexual, esta paradoja innecesaria y completa, justo

en la época en que el impulso sexual empezaba a manifestarse y a alcanzar intensidad y potencia?

Cuando al fin vi el período de celibato y abstinencia como una paradoja, empecé a entenderlo como rotundamente característico de la cultura del valle.

Para explicarlo será preciso analizar con cierta profundidad un par de términos clave que ya fueron citados en la sección de [El Códice Serpentina](#).



HEYIYA

El primer componente de esta palabra, «hey» o «heya», es una afirmación intraducible que implica aprecio, saludo, santidad, calidad de sagrado.

El segundo componente, «iya», significa ‘eje’ o ‘gozne’, esa pieza de metal o cuero que une la puerta con el hueco que abre o cierra. Las connotaciones y metáforas vinculadas a esta imagen son muy expresivas. Iya es el centro de la espiral, la fuente de un movimiento giratorio; es por tanto fuente de cambios, además de punto de conexión. Iya es el eterno principio, el proceso de la energía que surge y continúa. La palabra que significa ‘energía’ es «iye».

La energía se manifiesta en tres formas principales: cósmica, social y personal.

Los kesh se referían al cosmos, al universo, con el término bastante lato e inconcreto de *rruway*, ‘todo esto’. Había otra palabra más formal y filosófica, *em*, que significaba ‘extensión-y-duración’, es decir, espacio-tiempo. La energía en el sentido físico, la manifestación de la naturaleza transformable en materia y a la inversa, recibía el nombre de *emiye*.

Ostouud significaba ‘tejer’, y también ‘urdimbre de un tejido, integración, vínculo’, y por ello se utilizaba para referirse a la sociedad, a la comunidad de los seres, al tejido de las existencias interdependientes. La energía de las relaciones entre los seres, incluida la política y la ecología, era denominada *ostouudiye*.

Por último, la energía personal, la personalidad de cada individuo, recibía el nombre de *sheiye*.

La interrelación de estas tres formas de energía en el universo era lo que los kesh denominaban «la danza».

La última de la tres, la personalidad o energía del individuo, se subdividía en otra serie de conceptos que apuntaré aquí muy sucintamente.

Se consideraba que la energía personal poseía cinco componentes principales relacionados con el sexo, la mente, el movimiento, el trabajo y el juego, cada uno de ellos con un aspecto que se dirigía hacia adentro y otro que lo hacía hacia fuera.

1. *Lamaye*, la energía sexual. *Lamawoiye*, la energía que se dedica al sexo (¿la libido freudiana?).

2. *Yaiye*, el pensamiento extravertido. *Yaiwoye*, el pensamiento introvertido.

3. *Daoye*, la energía cinética en sí. *Shevdaoye*, la energía expresada en la actividad atlética, en los viajes y en todas las capacidades, trabajos y actividades corporales. *Shevdaowoye*, el movimiento personal, era el propio cuerpo.

4. *Ayaye*, jugar, aprender, enseñar. *Ayawoye* podría traducirse aproximadamente por «aprender sin maestros».

5. *Sheiye*, energía personal considerada como trabajo; las actividades básicas de quien está vivo: la obtención y preparación de los alimentos, el cuidado de la casa, las artes y labores de la vida. *Shewoiye*, al trabajo dirigido hacia adentro, el esfuerzo dirigido a la personalidad o individualidad, podría traducirse por «potenciación del alma».

Estar vivo era escoger y utilizar —conscientemente o no, bien o mal— estas energías de un modo adecuado a la fase de la vida, al estado de salud, a los ideales morales, etcétera. El *despliegue de iye* era realmente el principal objeto de la educación en el valle, tanto en la casa como en el *heyimas*, desde la infancia hasta la muerte.

Naturalmente, la energía personal era una cuestión de elección individual; el individuo efectuaba sus decisiones y éstas, acertadas o no, prudentes o arriesgadas, *eran* el individuo. Sin embargo, no podía realizarse ninguna elección con independencia de las energías super-personales o impersonales, de la relatividad cósmico-social-personal de toda existencia. Otro término muy importante en el pensamiento *kesh*, *túuvyai*, ‘cuidado o atención’, podría describirse como la consciencia inteligente de esta interdependencia de seres y energías, como el sentido del lugar y el papel de uno en el conjunto.

Ahora, por último, todos estos conceptos abstractos pueden aplicarse a la vida cotidiana y real en el valle: Un recién nacido existía más como energía y relación físicas (*emiye*, *ostouudiye*) que como persona. Conforme el bebé iba creciendo, su energía personal dirigida hacia fuera (*sheiye*) aumentaba y empezaba a diferenciarse, en el movimiento, el juego y el aprendizaje (*shevdaoye*, *ayaye*), actividades propias de los niños y jóvenes que no debían ser obstaculizadas, limitadas o, por utilizar el término de *Bake*, refrenadas. A un ritmo más lento, se desarrollaban y encontraban expresión las energías del sexo y la mente (*lamaye*, *yaiye*) todavía dirigidas principalmente hacia afuera, extravertidas. Más adelante, en los años denominados «del agua clara» para las niñas (desde los nueve o diez años hasta la aparición regular

de la menstruación) y «de la germinación» para los niños (desde los diez u once años hasta la pubertad plena), emergía la auténtica energía personal, la personalidad actuante.

Con la adolescencia, todas estas energías crecientes, centrífugas y extravertidas empezaban a ser frenadas por las energías introvertidas y centrípetas del ser humano maduro. El adolescente tenía que aprender a equilibrar todas estas fuerzas y convertirse así en una persona completa, o *yeweyshe*. El modo de hacerlo con economía, inteligencia y sin tensiones era la «regulación de las energías». Y aquí retomamos la cuestión del celibato impuesto, de la paradoja.

Los niños «iban hacia» la potencia sexual. Los adolescentes, al alcanzarla, «se apartaban» de ella. Cuando por fin estaban en condiciones de «actuar» como seres sexuales, dejaban de hacerlo; y actuaban así conscientemente, por propia decisión. Todas las energías dirigidas hacia afuera iban ahora a invertirse, a volverse hacia el centro, a ponerse al servicio de la personalidad en la fase más vulnerable y crucial de sus vidas.

En esta inversión, en esta paradoja, el joven «que se hacía persona» viajaba a otra parte, a aquellos lugares interiores donde los no nacidos esperaban el momento de ver la luz (la imagen es mental y, al propio tiempo, física: lo que sucede en la cabeza y lo que ocurre en los testículos y ovarios no son acontecimientos separados). El joven pasaba a «vivir en la Costa». Después de hacer tal viaje, después de haber vivido allí, estaba preparado para volver «tierra adentro», para regresar a casa.

Naturalmente, esta elección voluntaria y consciente era un ideal. En la práctica, la mayor parte de los jóvenes guardaban el celibato por mera conformidad a las normas sociales, por obediencia y porque la recompensa por tal comportamiento era considerable. La persona empezaba a vivir en la Costa con una fiesta en su casa, una ceremonia en el *heyimas* y todo un vestuario de ropas nuevas; asimismo, el adolescente que lucía ropas sin teñir era honrado y tratado con una notable delicadeza. El joven o la joven eran sostenidos y respaldados por toda la urdimbre de relaciones, parentescos, casas, vínculos, Logia, artes y ciudades. En realidad, el tiempo que uno viviera en la costa era decisión del propio individuo. El período de celibato podía durar apenas un año, más o menos, o bien prolongarse hasta algunos años después de cumplir los veinte. Lo único que debía evitarse eran los extremos: la promiscuidad prematura y el ascetismo obsesivo.

Así pues, vivir en la costa marcaba el inicio de una vida cuidadosa. Era un acto «eje». De él surgiría el trabajo de ser una persona, que sería una parte de la tarea de la relación, parte a su vez de la acción universal, del fluir del río, de la danza, del girar de las galaxias. *Weyiya heyiya*: todo gira en torno al eje, todo es sagrado.

La expresión que se traduce por ‘regulación de las energías’, *iyevkawa*, es un término técnico, una palabra de la jerga psicotecnológica kesh, propia del lenguaje de los heyimas.

En el lenguaje ordinario, el elemento *kwa* sólo aparece en la palabra *wakwa*, un término muy común y muy complejo que puede significar: manantial, corriente de agua, la crecida de la corriente de agua, fluir; bailar, una danza, fiesta, ceremonia o ritual; y misterio, tanto en el sentido de un conocimiento oscuro o no revelado como en el sentido de los medios sagrados por los cuales podía revelarse o ser entendido el ser o conocimiento misterioso. Como decía Mica, mi maestra, la palabra es una bolsa demasiado pequeña para guardar en ella tantas nueces.

La fuente, manantial o corriente de agua real suele recibir la denominación específica de *wakwaha*. La ciudad situada en la cabecera del río Na, junto al manantial principal, es Wakwaha: Camino de la Fuente. Como nombre común o como verbo, el término *wakwaha* indica el curso de agua que surge de la fuente, el camino que toma, lo cual constituye una imagen y un concepto muy profundos en el pensamiento kesh. También significa ‘sentido de la danza’: el modo en que se baila una danza, el modo en que se ordena una ceremonia, el orden de las cosas que se suceden en un acontecimiento, la dirección hacia la que tiende una acción. El esquema o figura que produce un acontecimiento o un proceso se denomina *wakwaha-if*.

El *wakwa* como misterio adopta dos formas. El *wegotenhwya wakwa*, literalmente «*wakwa* enviado hacia atrás», significa ‘perplejidad, confusión, lo oculto’; se refiere a los ritos o conocimientos que se ocultan o dejan de revelarse deliberadamente. *Gouwakwa*, la danza oscura, significa ‘el misterio en sí, lo desconocido, lo no cognoscible’. Los kesh recitaban «¡heya, heya!» al sol naciente en muestra de alabanza y de saludo. De igual manera, saludaban también a la oscuridad insondable entre las estrellas diciendo, «¡heya, gouwakwa!».

El amor

El idioma kesh tiene seis palabras que pueden traducirse por ‘amor’. Ello equivale a decir que en lengua kesh no hay una palabra que signifique amor, sino seis palabras distintas para seis clases de amor diferentes. Al principio creí que las distinciones de los kesh eran similares a las del islandés —esa sutil y útil trilogía de *ania*, *apia* y *alia*—, pero la equivalencia de sentido es sólo parcial. Lo mejor que se me ocurre es presentar la siguiente lista:

1. *wenun*: sustantivo o verbo; querer, desear, codiciar («Quiero manzanas»).
2. *lamawenun*: sustantivo y verbo; deseo sexual, lujuria, pasión («¡Te deseo!»).
3. *kwaiyó* —*woi dad* (el corazón va a)—: gustar, sentir un impulso afectivo hacia («él me gusta mucho»).
4. *unne*: sustantivo y verbo; confianza, amistad, afecto duradero («Quiero a mi hermano»; «La quiero como a una hermana»).
5. *iyakwun*: sustantivo o verbo; relación mutua, interdependencia, amor filial o paternal, amor a la tierra chica, amor a la gente del lugar de uno, amor cósmico («Te quiero, madre», «Amo a mi país», «Dios me ama»).
6. *bahó*: como verbo, agradar, dar placer o deleite («Me encanta bailar»).

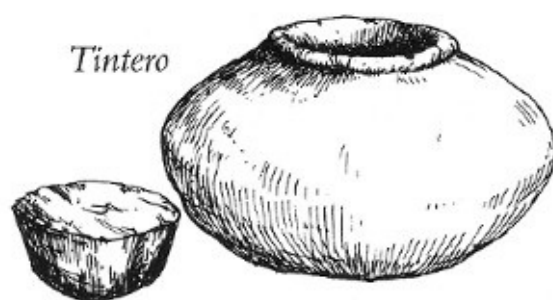


La principal diferencia entre los puntos 3 y 4 es de duración; el término numerado con el 3 es breve o indica un comienzo, mientras que el 4 es duradero o indica continuidad. La distinción entre los puntos 4 y 5 es más difícil. *Unne* sugiere un sentido de reciprocidad, mientras que *iyakwun* lo afirma abiertamente; *unne* es afecto amoroso, *iyakwun* es pasión; *unne* es amor racional, moderado, social, *iyakwun* es el amor que mueve el sol y las demás estrellas.

El kesh escrito

La lectura y la escritura se consideraban elementos de la existencia social humana tan fundamentales como la propia palabra hablada. Desde los tres o cuatro años de edad, el niño aprendía a leer y a escribir tanto en su casa como en el heyimas y no había ningún kesh analfabeto salvo quienes padecían alguna deficiencia cerebral o de visión; estos últimos compensaban muchas veces su incapacidad para leer mediante el desarrollo de la memoria verbal hasta límites asombrosos.

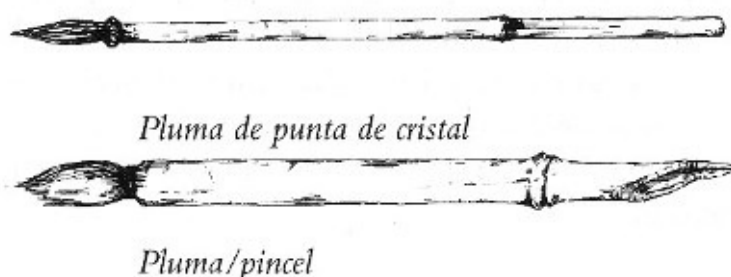
Los kesh mostraban menos tendencia que nosotros a considerar la lengua hablada y la escrita como una misma actividad con diferentes formas. Entre nosotros, todo lo que hablamos puede ser escrito y parece que consideramos incluso que debe ser escrito si tiene alguna importancia: la escritura da veracidad a lo hablado y ha tomado superioridad sobre lo segundo. Hoy ya leemos lo que nuestros oradores van a decir antes de que lo digan. La utilización actual de los ordenadores potencia y refuerza esta preponderancia de la palabra en su versión visual. Los kesh tenían algunos tipos de escrito que nunca eran pronunciados o leídos en voz alta pero, dado que también tenían algunos tipos muy importantes de lenguaje oral que nunca se ponía por escrito, no efectuaba esa identificación del lenguaje oral y escrito como dos formas o aspectos de una misma cosa; para los kesh había dos clases de lenguaje, cada uno de los cuales podía traducirse al otro si resultaba útil o apropiado hacerlo.



El alfabeto en vigor mientras estábamos en el valle había sido desarrollado algunos siglos antes por un grupo de miembros de la Logia del Madroño de Wakwaha que se sentían insatisfechos con el alfabeto utilizado hasta entonces. Bien porque hubiera sido tomado de otra lengua o porque el kesh había cambiado mucho en la fonética, el recargado alfabeto «fesu» resultaba engorroso y arbitrario, con 67 letras para representar los 34 fonemas reconocidos por los kesh. El alfabeto «aiha» (nuevo), compuesto de 29 letras más los signos de las Cuatro Casas y de las Cinco Casas, resultaba casi totalmente fonético (las diferencias quedan señaladas en la tabla que se presenta más adelante). El diseño de las letras estaba profundamente depurado y

quizá racionalizado en exceso. Los eruditos aprendían a leer el fesu por afición a lo antiguo, pero los documentos de interés habían sido transcritos en alfabeto aiha desde mucho tiempo atrás.

Los instrumentos de escritura eran la pluma y el pincel. El más común era la plumilla de acero en un portaplumas de madera (las herrerías de Kastóha producían acero en cantidad suficiente para elaborar plumillas, agujas de coser, hojas de cuchillo, navajas de afeitar u otros útiles delicados y pequeñas piezas de maquinaria). En el heyimas se utilizaban plumas de cálamo ya que las plumas de ave eran consideradas palabras por sí mismas. Los pinceles, de crin con el mango de bambú, eran el instrumento alternativo para quienes lo preferían. La mayoría de los poetas parecía inclinarse por la caligrafía a pincel, quizá porque daba más vida a las letras aiha, bastante monótonas.



La tinta para plumilla se elaboraba con tanino de agallas de roble y de nogal, sulfato ferroso (vitriolo) e índigo, y se envasaba en recipientes de cerámica gris, pequeños y de base ancha, que tenían una forma muy agradable. La tinta para pincel, elaborada con hollín de pez o de aceite quemado, mezclado con cola y alcanfor, se preparaba en forma de panes o varillas, como la tinta china. La tinta para impresión era una mezcla de resina de trementina, aceite de linaza, jabón de brea de pino, hollín e índigo.

El papel se preparaba en una fascinante variedad de gramajes y texturas, utilizando mezclas de pulpa de abeto y otras maderas, lino, enneas y otros arbustos, asclepiadea y prácticamente cualquier otro tipo de fibra vegetal. En el taller papelero del Arte de los Libros de Telína-na vi un poema escrito a pincel sobre un papel turbio, membranoso y sin apresto que, según dijo el poeta, había elaborado con plumón de cardo y de diente de león, cardados. Me temo que el poema era menos memorable que el papel.

El Arte de los Libros y la Logia del Robe de cada ciudad se encargaba de elaborar y proporcionar papel y tinta, instrumentos de escritura y de impresión, y locales donde fabricar y utilizar todo ello.

Los poemas o colecciones de poemas solían escribirse en hojas de papel de gran tamaño, y las obras cortas se anotaban a menudo sobre pergaminos enrollados verticalmente en torno a bastones de madera. Los libros se hacían como los nuestros, encuadernados mediante engomado y cosido de un margen de las hojas y con

cubiertas de cuero de vaca, pergamino de piel de cabra o tela gruesa sobre cartón. Las personas que escribían mucho solían elaborar su propio papel y sus libros en blanco. Las copias de calidad y las ediciones impresas de obras literarias acostumbraban a ser realizadas por copistas e impresores del Arte de los Libros y eran denominadas *wudaddú*, interpretación o representación, palabra que también se utilizaba para referirse a la declamación oral, a la puesta en escena de una obra escrita o a la interpretación de una obra musical.



Plumero para papel



El alfabeto kesh

<u>ALFABETO</u> <u>KESH</u>	<u>ALFABETO</u> <u>FONÉTICO</u> <u>INTERNACIONAL</u>	<u>DESCRIPCIÓN</u>
Ɔ	[k]	como la <i>c</i> en <i>caso</i> (aspirada)
ʃ·f	[g]	como la <i>g</i> en <i>goma</i> (aspirada)
ʌ	[f]	sonido parecido al que producimos al hacer callar a alguien (<i>sh</i>)
ʒ	[tʃ]	como la <i>ch</i> en <i>mucho</i>
ʒ	[l], [ɫ]	como la <i>l</i> en español
ʒ	[n]	como la <i>n</i> en <i>nota</i>
ʒ	[s]	como la <i>s</i> en español
ʌ	[d] [ɗ], [ð]	como la <i>d</i> en <i>conde</i> (aspirada), como la <i>d</i> en <i>conde</i> (aspirada), como la <i>d</i> en <i>hada</i>
ʌ	[t]	como la <i>t</i> en <i>tos</i> (aspirada)
ʌ	[ʀ], [ʁ], [dr], [ð]	(Véase nota al final)
ʌ	[f]	como la <i>f</i> en español
ʌ	[v]	<i>v</i> fuerte y definida, como en el francés <i>avec</i>
ʌ	[m]	como la <i>m</i> en español

h	[b]	como la <i>b</i> en <i>ambos</i>
.	[p]	como la <i>p</i> en <i>pan</i> (aspirada)
u	[w], [ʷ]	como la <i>hu</i> en <i>hueco</i>
~ . ~	[hw]	como la <i>ju</i> en <i>juerga</i> , pero mucho más suave
ℓ	[y] [ʝ]	como la <i>y</i> en español
ʎ	[h] a veces [x]	como la <i>j</i> en <i>jerga</i> , pero mucho más suave
o·o	[]	sonido de la <i>o</i> en <i>por</i> , prolongado
o·o	[o]	como la <i>o</i> en español
o	[ow]	sonido de la <i>o</i> en <i>sola</i> seguido de la <i>u</i> en <i>curro</i>
o·o	[u]	sonido de la <i>u</i> en <i>curro</i> , acortado
o	[ə] [ʌ]	sonido intermedio entre la <i>e</i> y la <i>o</i> , o viceversa
o	[ɛ]	como la <i>e</i> en <i>perro</i>
o·o	[a]	como la <i>a</i> en <i>caso</i>
o	[ai]	como <i>ai</i> en <i>baile</i>
o	[i]	como la <i>i</i> en <i>afirmar</i>
o	[i:]	como la <i>i</i> en <i>misa</i>
o	Signo de las Cinco Casas, pronunciado [z] (como la <i>s</i> en <i>mismo</i> , pero más sonora y vibrada); es un sufijo para la palabras en el modo de las Cinco Casas, que no se utiliza en la mayor parte de los tipos de escritura.	
o	Signo de las Cuatro Casas (no existe signo hablado correspondiente)	
o·o	Signo de letra doblada, escrito sobre la letra.	

Nota sobre la *r* kesh: depende del contexto puede ser una vibración, un golpe de lengua, un sonido fricativo [ð] (como la *d* de *hada*), o una consonante oclusiva; como sonido final, es muy similar a la *r* final en *cerrar*.



Se advertirá que el orden del alfabeto ahia era una progresión bastante ordenada de las consonantes según se pronuncian desde la parte más posterior de la boca hacia los labios, retrocediendo luego para hacerlas semiconsonantes desde las dentales hasta las glotales, y volviendo a avanzar según se ordenaban las vocales. Los diptongos *ou* y *ai* se incluían como letras en el alfabeto; en cambio, los diptongos *ei* o *ey* [ey], y *oi* o *oy* [y], de uso tan frecuente como las anteriores, no aparecían en el alfabeto sin que nadie pudiera explicarme por qué. El símbolo o letra (), que indicaba la Quinta Casa o Modo de la Tierra, tenía el sonido [z]; el signo de la Cuarta Casa, o Modo del Cielo (), que no representaba ningún sonido, y el signo de letra doblada escrito encima de la letra, no estaban incluidos en el orden del alfabeto como escritos o recitados.

El texto se escribía y leía de izquierda a derecha y de arriba abajo, en cambio, los payasos practicaban la escritura inversa, de abajo arriba y de derecha a izquierda, con las letras del revés.

No existían las mayúsculas; los signos de puntuación y los espacios en blanco separaban las frases. Las vocales solían escribirse en un tamaño mayor que las consonantes.

PUNTUACIÓN

En las inscripciones y escrituras murales apenas se utilizaba otro signo de puntuación que una barra diagonal para separar frases. En la escritura normal y literaria, la puntuación era meticulosa y compleja, incluyendo indicaciones de expresión y de *tempo* que nosotros sólo empleamos en las anotaciones musicales. Los principales signos de puntuación eran los siguientes:



Equivalente a nuestro punto.



Un «punto doble», equivalente aproximadamente a un punto y aparte.



Equivalente a nuestra coma, indicando una locución dentro de una frase más extensa.



Equivalente a nuestro punto y coma, indicando una frase autónoma dentro de otra frase más extensa.

Los cuatro signos anteriores, y como en nuestra puntuación, eran significativos en el plano sintáctico y aportaban claridad al texto. Los cinco que exponemos a continuación se referían a la dinámica y al ritmo:

／ Equivalente a nuestro guión, significando una pausa. Repetido, indicaba una pausa larga; repetido más de una vez, indicaba una pausa aún más larga.

abcd El subrayado kesh, idéntico al nuestro, denota énfasis.

.....
abcd Lo opuesto al subrayado: indica lo contrario a énfasis, un tono suave o tranquilo.

ㄣ Escrito sobre una palabra, una fermata: prolongar la palabra. Escrito en el margen, un rallentando: leer despacio estas o esas líneas.

ㄤ Escrito en el margen: acelerar la lectura o retomar la velocidad de lectura normal.

Los Modos de la Tierra y del Cielo

Gran parte del kesh hablado se hacía de un modo que sólo aparece una vez en este libro, en una línea de diálogo de «Gente Peligrosa». La Quinta Casa, o Modo de la Tierra, se indicaba añadiendo un sonido [z] a los sustantivos o verbos de la frase, y se utilizaba cuando la persona hablaba a/y de personas vivas y lugares locales, en uno de los tiempos presentes o con los auxiliares que significaban ‘poder’, ‘ser capaz’ o ‘deber’, en la conversación cotidiana informal.

La Cuarta Casa, o Modo del Cielo, se utilizaba en todo discurso que se refiriera a gentes o lugares de las Cuatro Casas (los no nacidos, los fallecidos, lo pensado, imaginado o soñado, lo perteneciente a las tierras vírgenes, etcétera) y en todos los tiempos pasados o futuros, así como con los auxiliares del condicional, optativo, subjuntivo, etcétera; se empleaban también en las frases negativas, en las afirmaciones abstractas o generales y en todo discurso formal o retórico, así como en las obras literarias, tanto escritas como orales. Existía una letra del alfabeto para el fonema [z] que indicaba el Modo de la Tierra, pero evidentemente apenas se utilizaba. Las personas que en la vida real utilizaban el Modo de la Tierra al hablar, se ceñían al Modo del Cielo incluso en la historia o la novela más realista.

Así pues, en una conversación real, una persona diría, «Pandora, ¿vives en Sinshan ahora?» —*Pandoraz, Sinshanzan gehóvzes hai ohu*—, con los dos nombres propios y el verbo en el Modo de la Tierra. En cambio, la misma pregunta en una obra de teatro o en cualquier tipo de narración sería: *Pandora, Sinshanan gehóves hai ohu*. La negativa, tanto coloquial como formal, sería: *Pandora Sinshanan pegehov hai*, ‘Pandora no vive en Sinshan ahora’. Y el pasado estaría siempre en el Modo del Cielo: *Pandora sinshanan yinyegehohóv ayeha*, ‘Pandora vivió realmente durante un breve tiempo en Sinshan’.

Aunque en la nota sobre los modos narrativos apunto que los kesh no distinguían la literatura de ficción y de no ficción como hacemos nosotros, la precisión en el uso de estos modos básicos del lenguaje indica una conciencia clara de la diferencia entre lo *real* y lo *imaginado*.

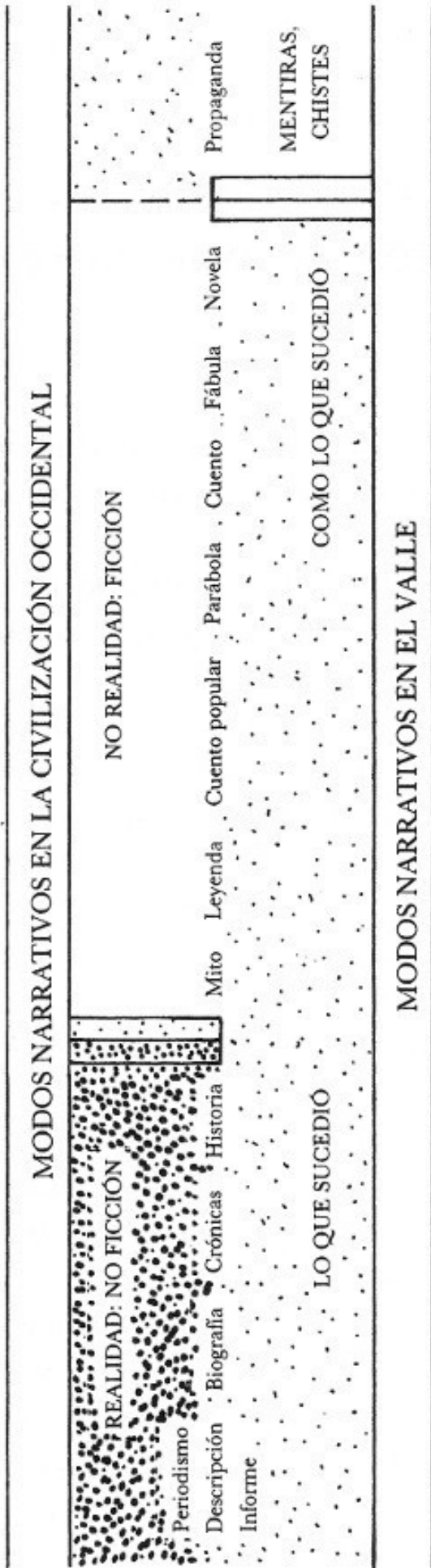
Una nota y una gráfica sobre los modos narrativos

El modo principal de nuestro pensamiento es binario: sí/no, duro/blando, verdadero/falso, etcétera. Nuestras categorías narrativas siguen este patrón. La narrativa se basa en hechos (no ficción) o en no hechos (ficción). La distinción es tajante y las formas difusas que intentan ignorarla, como la «biografía novelada» o la «novela de no ficción», no hacen sino demostrar su firmeza.

En el valle, la distinción es gradual y desordenada. El tipo de narrativa que cuenta «lo que sucedió» nunca se diferencia claramente por género, estilo o valoración, del tipo de narrativa que cuenta un relato «como lo que sucedió». Indudablemente algunos de los «Cuentos Románticos» recogen hechos reales; algunos de los sobrios «Relatos Históricos» refieren acontecimientos que no admitimos en la categoría de lo real o de lo posible. Naturalmente aquí radica la diferencia: ¿Dónde, o sobre qué base, se detiene una y dice: «La realidad no va más allá»?

Si bien la realidad y la ficción no están diferenciadas con claridad en la literatura kesh, en cambio la verdad y la falsedad sí lo están. Una mentira deliberada (calumnia, jactancia, balandronada) se identifica como tal y no merece la menor consideración desde el punto de vista de la literatura. En este caso, nuestras categorías literarias me parecen menos claras que las suyas. La distinción depende de la intencionalidad y con frecuencia nosotros no la efectuamos en absoluto ya que permitimos que la propaganda se califique de periodismo o ficción. En cambio los kesh la desecharían rotundamente como una falsedad, una mentira.

La gráfica que acompaña esta explicación intenta mostrar estas continuidades y discontinuidades.



Literatura oral y escrita

Algunos textos del valle eran no escritos, en dos sentidos de la palabra. En primer lugar, después de todo, no han sido escritos todavía. En segundo lugar, jamás lo habrán sido pues se trata de textos orales. Por tanto, los textos kesh incluidos en este libro han sido traducidos dos veces: del kesh a nuestro idioma, y de la forma oral a la impresa. Y si el lector lo desea, pueden traducirse nuevamente de letra impresa a palabra hablada. A la palabra hablada del lector.

Los kesh diferenciaban la escritura y la expresión oral, la palabra escrita y la hablada, no como dos versiones de una misma cosa sino como dos actividades diferentes con una extensa área en que ambas se superponen, como lenguajes distintos con un margen amplio, pero no completo, de traducibilidad. Ellos consideraban como distinción fundamental entre el texto oral y el escrito la calidad de la relación que se establecía.

Sin duda, cualquier persona puede decir, y dice (formal o informalmente), palabras que jamás escribiría (o que no diría si supiera que están siendo registradas). La soledad del escritor puede parecer la libertad máxima, pero la relación inmediata que se establece entre orador y oyente(s) puede incrementar la liberación al potenciar la confianza. (Naturalmente, un escritor puede permanecer anónimo y un orador no, pero el anonimato o el seudónimo, al negar el yo, niega la posibilidad misma de la confianza).

Entre el escritor y el lector media el propio texto. Resulta pertinente considerar el contacto entre ambos más como una comunicación que como una relación. En términos kesh, el vínculo entre escritor y lector no está en el presente: se desarrolla en el no presente, en las casas del Cielo, y por esa razón todas las narraciones escritas lo están en el Modo de la Cuarta Casa. En cambio, recitar o pronunciar un texto, sea preparado o improvisado, y escucharlo, constituye una relación que está en las Cinco casas de la Tierra, una relación de contemporáneos presentes, de «gente respirando junta».

La palabra escrita está ahí, a disposición de cualquiera, en cualquier momento. Es general, y potencialmente eterna. La palabra oral está aquí, y ahora, para usted. Es efímera e irreproducible. (Podríamos cuestionar esto último, pero la reproducción mecánica, incluso la película acompañada de sonido, ofrece una imagen pero no reconstruye la ocasión, el momento, el lugar o la gente allí presente).

La confianza que puede establecerse entre escritor y lector es real, aunque totalmente mental; consiste por ambas partes en la voluntad de animar o proyectar el pensamiento y el sentimiento propios en armonía con un lector todavía no existente, o con un escritor no presente (y quizá muerto mucho tiempo atrás). Se trata de una

transustanciación milagrosa y completamente simbólica.

Cuando el artista y el público están ambos presentes, la colaboración en la obra se hace terrenal y real; la obra toma forma a un tiempo en la voz del orador y en la respuesta de los oyentes. Esta poderosa relación puede utilizarse mal, como suele suceder en la política: el orador puede apropiarse de la energía que se crea y dominar y explotar con ella a la audiencia. Cuando la energía de la relación se utiliza sin abusos, cuando la confianza es mutua, como en el caso del padre que narra a su hijo un cuento para que se duerma, o del maestro que comparte con sus alumnos los tesoros del intelecto, o del poeta que recita para una audiencia, se logra una verdadera comunidad y la ocasión adquiere un carácter sagrado.

Sin embargo, establecer una correlación entre literatura oral y carácter sagrado, frente a la literatura escrita y carácter secular, sólo conseguiría confundir más las cosas si nos referimos al valle, pues sus gentes no establecían esta oposición binaria entre lo sagrado y lo secular. De hecho había ciertas canciones, dramas, instrucciones y otros textos orales relacionados con las grandes festividades y con lugares y ocasiones sagradas que jamás eran puestos por escrito o registrados de ninguna manera. Por ejemplo, la Canción de Bodas, que se cantaba cada año en la Danza del Mundo y era conocida por todos los adultos del valle, no había sido anotada jamás por escrito; según los kesh, dicha canción pertenecía «al aliento». En su opinión, reproducir un texto así sería muy inadecuado no porque fuera sacrosanto, sino porque su carácter oral, ocasional y comunal era esencial. (Cuando se me dijo que registrar o transcribir dicho texto sería inadecuado, respeté de buen grado la indicación. En cambio tuvieron a bien hacer una excepción concreta y de gran valor para mí en el caso de las canciones fúnebres denominadas «Ir al Oeste hacia el Amanecer», que aparecen en la sección «[La muerte en el valle](#)», y a las cuales volveremos a referirnos más adelante).

Nosotros casi siempre consideramos conveniente y deseable conservar grabadas, almacenadas en los bancos de memoria, transcritas, escritas, impresas y archivadas en bibliotecas todas nuestras palabras habladas, incluso las comunicaciones internas de despacho. Es probable que muchos de nosotros no sepamos decir por qué razón conservamos tantas palabras, por qué debemos arrasar todos nuestros bosques para fabricar papel en el que dejar registradas nuestras palabras, o por qué debemos cerrar nuestros ríos con presas para obtener la electricidad que haga funcionar nuestras procesadoras de palabras; se trata de actividades que efectuamos obsesivamente, como si temiéramos algo, como si quisiéramos compensar algo. Quizá tenemos miedo de la muerte, quizá tememos el hecho de dejar que nuestras palabras se limiten a ser pronunciadas y a morir, dejando un silencio para que en él nazcan otras nuevas. Quizá buscamos la comunidad, lo perdido, lo irreproducible.



La poesía kesh podía ser puesta por escrito, o bien ser únicamente oral. Podía ser

improvisada, memorizada y recitada, o bien podía ser leída; sin embargo, en este último caso, aunque el lector estuviera completamente solo en una estancia, la lectura debía hacerse en voz alta. Buena parte de los poemas y canciones que aparecen en este libro no fueron anotados nunca por escrito por sus autores o intérpretes, pero éstos vieron con agrado que nosotros lo hiciéramos. Cuando la poesía es una forma de conversación, quizá la persona no pretenda que quede registrada en su integridad, pero sí le gusta ver anotados sus fragmentos más interesantes. Otros poemas incluidos aquí fueron escritos por su autor y entregados a su heyimas, donde se guardarían durante un tiempo en los archivos hasta que, finalmente, fueran retirados y su papel reciclado, o el texto fuera copiado de nuevo y llevado a casa por alguien que lo apreciara, o fuera difundido de cualquier otro modo. Un tercer grupo de poemas eran recitados en voz alta en las enseñanzas de una Logia o en otro tipo de ceremonias; algunos de dichos poemas eran propiedad común y otros eran entregados «de palabra» por una persona (el autor o poseedor) a otra; estos últimos eran una propiedad como regalo.

No he intentado diferenciar los poemas líricos de las canciones líricas. Cuando pedía permiso para anotar las palabras de una improvisación o para grabar una canción, el intérprete solía concedérmelo con toda cordialidad, pero no siempre. Por ejemplo, en cierta ocasión pedí a un muchacho de catorce años si podía repetir una improvisación para grabarla y él replicó: «Era una canción de la libélula y no se puede hacerla volver».

Cuando escribían canciones con una matriz de sílabas repetidas, los kesh solían transcribir únicamente las palabras sintácticamente significativas y omitían la matriz, la cual constituía a menudo la parte más extensa de la canción y también la más profundamente sentida o la más cargada de significado. Sin embargo, desde su punto de vista, tal significado venía dado por la música y la pronunciación, mientras que las palabras escritas se prestaban a confusión. Me parece que estaba en lo cierto.

Las instrucciones y descripciones de los rituales y del orden de las ceremonias podían recogerse o no por escrito; en ningún momento pude descubrir una norma general que definiera cuándo hacerlo y cuándo no. En el valle coexistían una tradición hermética y una poderosa resistencia a las prácticas herméticas esotéricas. La paradoja de la situación de confianza que antes he mencionado es que, después de todo, un secreto se guarda mejor transmitiéndolo de palabra; escribir una frase es darla a la publicidad. En su relato biográfico, Piedra Parlante hace referencia a los misterios de los cultos del Cordero y de los guerreros y, aunque todos ellos habían sido revelados y expuestos de palabra muchísimo tiempo antes, la narradora seguía aún sin atreverse a citarlos por escrito.

Las canciones e instrucciones de «Ir al Oeste hacia el Amanecer» eran a un tiempo esotéricas y comunes, escritas y no escritas. Estas canciones, entonadas tanto por el moribundo como por quienes le acompañaban, gozaban de mucho respeto. Sólo se aprendían de boca de un maestro designado para enseñarlas, que siempre era

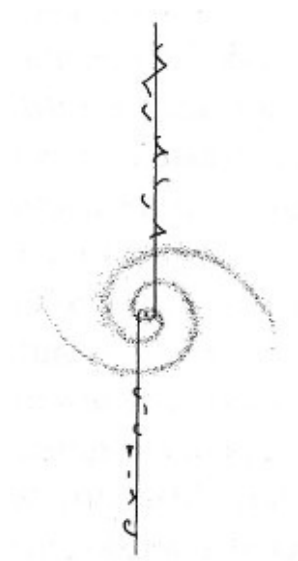
un miembro de la Logia del Adobe Negro. La enseñanza tenía lugar en una determinada época del año en un determinado lugar reservado, una casa construida especialmente para ello, el típico temenos o tierra sagrada. Pero las canciones no tenían nada de secretas. Todos los adultos las aprendían tarde o temprano y los niños las podían cantar durante la Primera Noche de la Danza del Mundo. Eran propiedad común, en el más pleno sentido de la palabra. Sin embargo, aunque el alumno podía anotarlas para facilitar su memorización y el maestro podía escribirlas para aquellas personas que tuvieran dificultades para escuchar el texto oral, tales transcripciones siempre eran arrojadas al fuego durante la última noche del período de enseñanza. Las canciones nunca eran copiadas de estos escritos y no eran impresas jamás. Su publicación en estas páginas es un privilegio que me concedió mi maestra de la cabaña de la Reunión, Mica de Sinshan, tras una detallada consulta con miembros de la Logia del Adobe Negro de Sinshan y de otras ciudades.

En cuanto a la narrativa de ficción, podía ser completamente oral —narración de relatos tradicionales o improvisados—, o bien tomada o leída directamente de un texto. Este último solía ser el método utilizado por los bibliotecarios, que eran los narradores más o menos profesionales de relatos en prosa o en verso. Ciertas formas narrativas eran textos escritos en su totalidad, que nunca se pronunciaban en voz alta: las biografías, autobiografías y cuentos románticos se transmitían «a mano» y no «de palabra», siempre en forma de manuscrito o impresos. Su característica esencial era estar ahí para cualquiera. Lo mismo cabe decir de las grandes novelas de los autores Marisma, Perro Cobarde y Mota, cuyas obras, desgraciadamente, eran demasiado extensas para incluirlas en este libro, aunque al menos he querido dejar constancia de ellas presentando un capítulo de «Gente peligrosa», obra de Río de Palabras.

Gran parte de lo dicho hasta aquí sobre la palabra oral y escrita puede aplicarse también, en términos generales, a la música. Los kesh tenían un sistema de notación musical perfeccionado, pero lo utilizaban fundamentalmente para los ejercicios de estudio, como guía para practicar. No lo empleaban para anotar la partitura de sus composiciones, aunque en ocasiones apuntaban ciertas notas de una tonada, ciertas armonías o alguna cuestión técnica como determinada vibración de la lengua o «respiración del eje», como meros recordatorios. La música se transmitía mediante la interpretación, pero sorprendentemente ni siquiera guardaban un registro de estas interpretaciones. Si la Central lo solicitaba, le permitían efectuar y almacenar grabaciones electrónicas, y nosotros pudimos registrar también cierto número de canciones e interpretaciones. No obstante, con ello estábamos haciendo algo que los kesh jamás hacían, y con frecuencia escuchamos comentarios indicándonos, con mucho tacto, que la reproducción de la música era un error, una equivocación quizá relacionada con la naturaleza del tiempo.

O por decirlo de otro modo, lo que nosotros considerábamos deseable y necesario, la reproducción, la multiplicación, ellos lo veían como un signo de debilidad y un riesgo innecesario:

«Una nota, una sola vez, en las tierras vírgenes...».



Pandora, libre al fin de preocupaciones

Aquí, cuando la ceremonia inicia su final y la heyiya-if se abre, Pandora toma de la mano a sus amigos y baila con ellos. Y entre los que danzan airosamente se cuentan los siguientes:

Bart Jones, el primero que escuchó las primeras canciones, la codorniz y el arroyo, y las interpretó para mí, para que pudiera escuchar a mi gente.

Judd Boynton, que me enseñó a hacer caucho de asclepiadea, a reciclar los residuos y a tener energía para hacer funcionar la lavadora. También me enseñó cómo puede bailar un moribundo, según conocía Yeats:

El alma bate palmas y canta, y canta más alto
con cada nuevo desgarrón en su vestido mortal.

«Rumbo a Bizancio»

Y a los Demás Propietarios, que nos ofrecieron esos cuatro meses.

Jimm Bittner, que fue quien proporcionó *Heinrich von Offerdingen, und andere Dingen*.

Jean Nordhaus, de la Folger Poetry Series, que me permitió gruñir y ulular en la biblioteca Folger Shakespeare.

La señora Clara Pearson, del pueblo Nehalem Tillamook, que contó el relato que robó la Culebra; y E. D. y Melville Jacobs y Jarold Ramsay, que lo registraron y reimprimieron.

Y los que hicieron la música para las danzas: Gregory C. Hayes, quien proporcionó el tiempo y el lugar de las danzas.

Los maestros del Arte de los Molineros, que trabajaban bajo los auspicios de las Cuatro casas del Cielo: Douglas K. Faerber, quien era el propio Míbbí, y Kimberley Barry, a quien llamo Nówelemaha, la Hermosa Tranquilidad.

Y los cantantes, atención a los nombres de los cantantes: Anne Hodgkinson Beyúnaheo, y Thomas Wagner Tomhoia, y Rebecca Warner Ódbahó Handúshe, mujer que Encuentra Deleite en los Pájaros, y Patricia O'Scannell, David Marston, Susan Marston, Malcolm Lowe y Meredith Beck. ¡Híó dadamnes hanóya dónhayú kounmushúde!

Las Tres que Cuidaron de la Vaca, mi Virginia, mi Valerie, mi Jane, ellas están en el centro, no habría danza sin ellas.

Y he aquí al Geomántico, cuyo nombre delimita el valle, que dio forma a las colinas y me ayudó a hundir media California, que hizo el Viaje de la Sal y tomó el Tren y anduvo paso a paso con Toro Gris: ¡Heya Heggaia, han es im! Amoud

Gewakwasur, yeshou gewakwasur.



glosario

Al confeccionar este glosario me he propuesto incluir en él todas las palabras kesh que aparecen en el texto del libro, o en las canciones y poemas. He añadido también otros términos para deleite de quienes comparten mi afición por la lectura de diccionarios y para satisfacción de los amantes de lo que un ilustre predecesor denominó el Vicio Secreto.

Números kesh

ap	0	chemchemdai...	26
di	1	dídechem...	30
hú	2	dúsechem...	35
íde	3	bekelchem...	40
kle	4	gahóchem...	45
chem	5	chúmchem	50
díde	6	chúmchemdai...	51
dúse	7	chúmchemchem...	55
bekel	8	chúmdíde...	60
gahó	9	chúmdúse...	70
chúm	10	chúmbekel...	80
húchemdai	11	chúmgahó...	90
húchemhú	12	chúmchúm...	100
húchemíde	13	chúmchúmhwaíhú...	200
húchemkle	14	chúmchúmhwaíde...	300
ídechem	15	chúmchúmhwaíchúm...	1000
ídechemdai	16		
ídechemhú	17	wedai: primero	
ídechemíde	18	wehú: segundo, etcétera.	
ídechemkle	19		
klechem	20	hwaidai: una vez	
klechemdai...	21	hwaihú: dos veces	
chemchem	25	hwaíde: tres veces, etcétera.	



A

a 1. (prefijo o sufijo; indica género masculino. Véase también *ta*, *peke*). 2.

(interjección; indica vocativo)

ach secoya (*Sequoia sempervirens*), árbol o madera de secoya.

adre luna. Resplandecer (como la luna).

adre wakwa la Danza de la Luna. Bailar la Luna.

adselon puma, león americano (*Felis concolor*).

adsevin Venus (planeta); el lucero matutino o vespertino.

adgí o **aggí** perro salvaje (*Canis domesticus* asilvestrado).

aibre púrpura, color violeta.

aiha joven; nuevo.

aíó eternidad, franqueza, sinceridad, infinito. Eterno, interminable, abierto.

al mapache, gato de los mineros (*Bassariscus astatus*).

am (generalmente precede al obj.) junto, al lado de, contiguo a; junto a, además de; muy poco antes o después, casi al mismo tiempo que.

ama abuela; ascendiente femenino por vía materna.

amab aceptación. Aceptar, recibir.

amakesh el valle del Na.

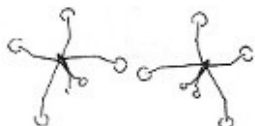
amavtat abuelo (padre de la madre).

ambad donación, el acto de dar; generosidad, riqueza. Dar, ser rico; ser generoso.

ambadush persona que da; persona rica; persona generosa.

amhú (generalmente precede al obj.) entre, en medio; (como sustantivo) piel, superficie; (como verbo) estar en medio, ser lo que separa o define.

amhúdade insecto tejedor (véase también *taidagam*).



amoud (generalmente precede al obj.) junto, junto con, al mismo tiempo o ritmo que.

amoud manhóv (ser) miembro de la (misma) familia, vivir juntos.

an (detrás del obj.) en; dentro de; en el interior de.

anan (detrás del obj.) dentro de.

anasayú madroño (*Arbutus menziesii*), árbol o madera de madroño.

ansai arco iris, espectro.

ansaivshe Gentes del arco iris.

anyabad aprendizaje (más bien «lo que uno necesita o debe aprender» que «lo que puede ser aprendido»). Aprender.

aó voz. Dar voces, anunciar, hablar, decir.

ap cero; nada.

apap un juego de dados.

arba mano; manejo. Utilizar las manos, manejar.

arban trabajo, responsabilidad; cuidar, trabajar con.

arban hanuvrón tomar buena cuenta de, trabajar con cuidado.

arbayai «mente-mano», trabajo físico realizado con inteligencia, o el resultado de ese trabajo.

aregin costa, orilla, playa; margen, límite fronterizo.

areginounhóv «Vivir en la costa», es decir, ser célibe.

arra palabra. Hablar (un lenguaje en el cual hay palabras).

arrakou o **arrakoum** o **rakoum** poema; poesía; *poiesis*. Hacer o escribir poemas, poesía.

arrakush poeta.

arsh (adj., pron., pron. rel.; sujeto del verbo, agente) cual; quien; el/la/los/las que.

asai o **asay** cruce, travesía; cruzar.

asaika paso (o pasar) de las Cinco Casas a las Cuatro Casas, o viceversa; es decir, morir o nacer.

ashe hombre; ser (de cualquier especie) masculino. Varonil, masculino.

asole ópalo.

ast romper, separar,

aya aprendizaje; enseñanza; juego; imitación, mimética. Aprender; enseñar; jugar; imitar, participar,

ayache acerolo (*Arctostaphylos spp.*); árbol, arbusto, madera de leño colorado.



ayas alumno, estudioso, maestro,

ayeha en realidad, con certeza, verdaderamente.

B

badap don (en el sentido de talento, capacidad).

bahó placer, delicia. Complacer, deleitar.

banhe aceptación, inclusión; comprensión, perspicacia; orgasmo femenino. Abarcar; entender; tener orgasmos (la mujer).

baroi o **baroy** amable, bondadoso, agradable. Ser amable.

bata o **ta** o **tat** padre (biológico).

belai aplastar, pulpa.

besh pared; abrigo. Mediar, servir como protección, abrigar.

beshan interior, a cubierto.

beshvou exterior, al aire libre.

beyunahe nutria (*Lutra*).

bí (sufijo afectuoso) querido.

binye (sufijo) queridito.

bibí querido/a.

binbín gatito, cachorro de cualquier especie de gato.

bit zorro (*Urocyon*).

bitbín cachorro de zorro.

bod vasija de arcilla, jarra.



boled (precede al obj.) alrededor, en torno (en sentido espacial o temporal).

boleka retorno. Retornar, regresar, volver.

bósó pájaro carpintero (*Melanerpes formicivorus*).



bou (sufijo) fuera; fuera de (véase también *vou*).

brai vino.

hwan o **suhwan** vino blanco.

úyúma vino rosado, clarete. (En el valle se elaboraban unas treinta clases de vino.

Los más famosos eran los *ganais*, *berrena*, *tomehey* y *shipa*, entre los tintos; los *mes* rosados, elaborados en Ounmalin, y el *tekage* blanco de los pies de la montaña).

bú gran búho cornudo (*Bubo*).

búrebúre (plural) muchos, gran cantidad de.

búta cuerno.

búye (puede proceder o seguir al obj.) cerca, cerca de, próximo a, casi, en la vecindad de, hacia la época de; cercano, próximo.

CH

chati pariente, miembro de la mafia.

chandi ratón campero, roedor de los bosques (*Neotoma fuscipes*).

chebeshí limonada.

chechení pueblo, grupo de gente que vive en comunidad formando un conjunto más extenso que una familia; comunidad, sociedad; existencia social. (Los miembros de una familia, los comensales, son *manhóvoud*). Vivir en una sociedad o pueblo, vivir como ser social.

chema las Cinco casas de la Tierra; (como adjetivo) Cinco Casas, de las Cinco Casas.

chemmahóv vivir en las Cinco Casas; es decir, estar vivo, existir, ser.

chemmashe ser de las Cinco Casas, persona de la Tierra.

chenats doctor, médico, experto en medicina.

geónkamats doctor cantante.

nóchenats doctor silencioso.

gearbanats doctor manipulador.

dwesh presentador (véase *gedwean*).

chenatsiv hedom Logia de los Doctores.

chep (precede al obj.) sin (véase también *poud*).

chewítú perdiz griega (*Alectoris graeca*).

chey participación, propiedad mutua. Compartir, poseer en común.

gochey compartido, común, mutuo, público.

chiní berenjena.

chog cuero.

chomadú peñasco, roca de tamaño superior al de una cabra tendida en el suelo.

choum ciudad, pueblo, lugar donde vive más de una familia.

chunú carne, sustancia de un animal o planta mientras está vivo (véase *truned*).

D

d, du (prefijo; indica que la palabra hace la función de complemento directo).

dad ir, marchar. Ida.

dadam seguir, continuar, proseguir. Continuación.

dade tacto; acto de tocar. Palpar, tocar, rozar.

dagga pierna; medio de locomoción por tierra (véase también *hurga*).

dahaihai liebre californiana (*Lepus californicus*).

dai uno; soltero/a; a solas, sin ayuda, individualmente; solo, solitario.

daihúda andar, caminar (a dos pies; propio de los seres humanos, de los animales que avanzan sobre las patas traseras y de las aves como las palomas, que se desplazan en ocasiones por el suelo).

haida saltar a dos pies.

yakleda caminar a cuatro patas.

handesddade arrastrarse.

dadam caminar o avanzar a más de cuatro patas o con un número indeterminado de patas.

dam tierra, suelo, polvo; la Tierra.

damshe la gente de la Tierra.

damsa el mundo; el cosmos; las Nueve Casas.

daó movimiento, acción, actividad. Moverse, estar activo, ir y venir.

delup corazón (el órgano físico). Latir, palpar, pulsar (como el corazón).

dem anchura, amplitud; ampliar; ancho, amplio.

depemehai (generalmente precede al obj.) lejos, alejado de, distante; a distancia, en otra época, hace mucho tiempo/mucho trecho atrás.

dest serpiente.

deyón tollón (*Photinia arbutifolia*), acebo de California.

dídúmí exceso, superabundancia, demasía. Haber en exceso, sobrar.

diftú pequeño, menudo (pero no breve; véase *inye*. Un guijarro es *diftú*, no *inye*).

dirats sangre. Sangrar.

díú subida, levantamiento. Subir, crecer, ir hacia arriba.

díúha sureste.

díúhafar este.

doduk roca, piedra; una roca no lo bastante grande y pesada para no poder levantarla.

don leonado, moteado, atigrado.

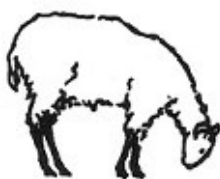
dót oveja.

dóto oveja hembra.

dóta carnero.

pedóta carnero castrado.

mebí, omebí, amebí cordero, borrego.



dou (generalmente precede al obj.) sobre; encima de; al otro lado (véase también *stou; tai; oun*).

doubúre (plural) muchos, una buena cantidad.

doum colores pardos o mezclados de tonos oscuros y cálidos.

doumiadú ohwe un dragón artificial que encierra a varios bailarines, que hacen su aparición durante la Danza del Vino; llamado también *damiv hodest*, Serpiente de la Vieja Tierra. Los terremotos, así como los temblores del cuerpo y los mareos, pueden atribuirse a los movimientos del Doumiadú ohwe que habita bajo todas

las cordilleras y sierras costeras.

dreví verde, o verde amarillento.

dú (puede preceder o seguir al obj.) a través de; a lo largo de (una superficie o espacio).

dúcha hijo.

dúchatat medio hermano, hijo del mismo padre.

dúdám recinto, enclave, cavidad, espacio o estancia (generalmente bajo tierra).

Encerrar, rodear, contener.

duéde claridad, transparencia. Ser claro, transparente.

dúí raza de perro ovejero con el pelaje muy corto y rizado.

dukab o **berka** o **tuk** aves de corral.

dúme calcular, deducir.

dúmú llenar; alcanzar el límite, conseguir; ganar un juego o carrera.

dúr rojo.

dut (pronom., pronom. rel. o adj.; compl. directo o atributo) cual, quien, el/los que.

dwe traer, ir a buscar. Acto de traer.

E

ed vista, visión. Ver.

em extensión/duración; espacio/tiempo.

emwey o **emweyem** siempre, eterno, en todas partes.

enwoum manifestación. Manifestar, hacerse patente.

ene quizá no. (Utilizado a menudo en lugar de «no»).

ense 1. (precede al obj.) después. 2. (sigue al obj.) entonces; luego, a continuación.

eppe fin, alto, detención, interrupción. Detenerse, cesar, abandonar.

eppeshe muerte (de un ser vivo), cesación, destrucción, final (de un objeto no vivo).

Dejar de existir, terminar; no existir.

er noroeste.

erai o **farer** norte.

erhwaha oeste.

eshe mientras; durante; durante el tiempo que.

estun opción, elección. Escoger.

evai sociedad (así traducido en este libro). Grupo de gente organizado de manera formal con un interés común; actividades de tal grupo, gremio o culto; también el lugar donde se reúnen o trabajan.

eye o **ey** sí.

F

farkí ardilla listada (*Citellus*).

fa sopa, caldo, zumo.

fat payaso.

sufat Payaso Blanco.

drevífat Payaso Verde.

wediratsfat Payaso de la Sangre.

fefinum cedro de incienso (*Libocedrus decurrens*).

fege ácaros de la madera.

fehoch campo, terreno cultivable, arable.

fehochóvoud cultivar el campo, arar.

feitúlí seta venenosa (¿alguna *Amanita*?).

fen cuerda, cordel.

fesent avanzar o ir en hilera, uno detrás de otro. Acción de avanzar en hilera, ordenadamente.

fía evaporación. Evaporarse, dispersarse o pasar a formar parte de la atmósfera (se dice del agua, el humo, el aliento, etcétera).

finí concurso poético de insultos.

fíyóyú castaño de Indias (*Aesculus californica*), árbol silvestre que florece en mayo y pierde las hojas a finales de verano.

foure inicio, principio. Comenzar, empezar.

fumó sustancia, al parecer un residuo de productos o subproductos industriales, quizá de plásticos obtenidos de derivados del petróleo, que se presenta en pequeños gránulos blanquecinos o en concreciones más extensas, que cubre regiones de la superficie oceánica y se encuentra en playas y llanuras que cubre la marea, a menudo con una profundidad, de varios palmos; tal sustancia es inútil, indestructible y venenosa al arder.

fún topo.

G

galik ciervo (¿*Odocoileus*?, o una especie nueva, parecida a ésta y de tamaño ligeramente superior).

ogalik cierva.

galika ciervo macho.

galikaiha cervato joven.



gai 1. dispuesto (a), preparado; resuelto, determinado. 2. enchufado, fijado, instalado, ajustado.

gam buitre, zopilote (*Cathartes*).

ganai arroyo, torrente, curso de agua menudo. Correr, fluir (un arroyo o pequeña corriente de agua).

gat golpear, acertar. Golpe.

gawatse sapo (*Bufo*).

gebayú Júpiter (planeta).

gedadha dirección.

gedwean presentación; tratamiento médico descrito en la sección «Notas sobre prácticas médicas». Efectuar la presentación.

gele carrera. Correr a dos patas. (Correr a cuatro patas; *yaklegele*, *yaklele*, *leste*).

gettop mofeta (*Mephitis*).

gettop wevave mofeta oscura (la descripción de este animal se asemeja a la de la mofeta o zorrillo moteado, *Spilogale*, pero los kesh insistían en que el animal bailaba sobre las patas delanteras al tiempo que emitía un perfume dulzón que atraía a los perros, perros asilvestrados y coyotes, obligándoles a bailar también hasta que morían de agotamiento; por lo tanto, quizá se trata de un animal mítico).

geved hanóya meditación. Meditar.

gewotun arban plantar, cultivar huertos.

gowotun o **mane dam gowotun** huerto, terreno de cultivo.

gey fuego. Arder.

houmgey incendio forestal.

geyí tono (musical).

gí paciente, atento; espera; paciencia; persona paciente.

gochey compartido, común, poseído o utilizado en común.

gólí roble perenne (*Quercus agrifolia*); árbol o madera de éste.

golidun (*Q. wislizenii*).

góra comida, bebida. Comer, beber, consumir con la boca.

gou oscuro, oscuridad. Estar oscuro, oscurecer.

goutun o **gedagoutun** crepúsculo matutino.

gouwoy o **gedagouwoy** crepúsculo vespertino.

grut proyectil, bala.

gunyú cerdo salvaje (puerco doméstico asilvestrado).

H

ha camino, viaje; viajero. Viajar, desplazarse; avanzar por una ruta o seguir el propio camino.

hai ahora.

haip mordisco. Morder.

haitrou temor. Temer, tener miedo.

ham aliento; aire. Respirar.

hamdúshe pájaro.

han 1. a modo de; parecido; semejante. 2. (sufijo, indica un uso adverbial de la palabra a que se refiere; puede traducirse por *-mente*). 3. así, de esta manera.

Han (es) im «De modo que estás aquí», «hola», «bienvenido».

hannaheda corriente, flujo, curso, movimiento continuado y coherente hacia delante. Correr, fluir, manar, verter (cualquier sustancia).

hanyó de tal modo que.

hat adobe, arcilla de ladrillo cocido al sol; tierra.

dúrhatvma la Casa del Adobe Rojo.

hwanhatvma la Casa del Adobe Amarillo.

hechí raza de perro doméstico parecido al *chow*.

he acción. Actuar, hacer.

hedom Logia: así traducido en este libro. Grupo de gente organizado formalmente para aprender, enseñar o practicar ciertas habilidades, oficios, rituales, cuerpos de conocimientos, etcétera, y las prácticas y trabajos de tales grupos, así como el lugar o edificio donde se reúnen y trabajan.

hedou 1. grande, importante, notable, mayor. 2. El cóndor californiano (*Gymnogyps californianus*) o una especie muy similar, pero con un hábitat que llega mucho más al norte y una distribución mucho más extensa que en la actualidad.

heggai perro doméstico (se utiliza cuando no queda especificado el tipo o raza del animal).

hebbí o **wí** cachorro.

hegou negro.

hegoudo Obsidiana (cristal volcánico).

hegoudovma la Casa de la Obsidiana.

hehóle recuerdo, prenda, tesoro u objeto considerado hermoso o sagrado.



hehóle-nó objeto, habitualmente de tamaño suficiente para sostenerlo en la mano y fácil de transportar en una bola o bolsillo, utilizado como auxiliar para la meditación o «sentarse con facilidad».

hem, helm [arcaico] alma.

heham alma aliento (una de las variedades de alma).

henni (interrogativo) «¿Qué? ¿Qué es...?»

hersh 84,3 cm: unidad básica de longitud en el valle y en todas las culturas de la zona, salvo entre los pueblos de la costa de las Secoyas. El *hersh* estaba subdividido en cuartos, quintos, décimos, doceavos o veinticuatroavos, formando diferentes palmos y centímetros, algunos de los cuales eran utilizados preferentemente en diversas profesiones (por ejemplo, el papel se medía en *kekel*, la leña en *eyai*, el tejido de lana en *ótónehou* y el algodón en *kumpetú*).

hestanai Arte: así traducido en este libro. Gremio o sociedad de personas que aprenden, enseñan y practican una habilidad, oficio o profesión, y la propia práctica de éstos.

heve o **hevewaho** alma (utilizado como término genérico).

heyimas edificio (con diversos desarrollos a partir de un modelo básico consistente en una estancia subterránea de cinco lados con un techo piramidal de cuatro lados) donde tenían lugar las actividades de una de las Cinco casas de la Tierra. El Brazo Derecho de cada ciudad del valle constaba de los cinco *heyimas*, distribuidos en una curva en torno al lugar de las danzas.

heyiya objeto, lugar, ocasión o acontecimiento sagrado o importante; conexión; espiral, hélice; eje; centro; cambio. Ser sagrado o significativo; conectar; moverse o llegar a ser. Alabanza; alabar.

heyiya-if figura o imagen del *heyiya*.

hilla suficiente (adj. y adv.) Bastar, ser suficiente.

himpí animalillo parecido al conejillo de Indias, domesticado en el valle; vivía presuntamente en estado salvaje en la cordillera de la Luz.



híó (forma verbal invariable utilizada para formar los imperativos y optativos; puede traducirse por «poder, querer que»).

híó dadam (es) hanóya seguir camino sin problemas; es decir, «adiós».

híó wóya (es) «que te sea fácil»; otra fórmula de despedida.

hirai añoranza, nostalgia; nostálgico. Tener nostalgia o añoranza del hogar.

hish golondrina (¿*Tachycinata*?).

ho edad, viejo, antiguo. Ser antiguo o viejo.

hoo anciana.

aho, hota anciano.

hohevoun espíritu, deidad, objeto sobrenatural o no natural; dios. Ser divino, espiritual o sobrenatural.
honne radícula, fibra fina.
hosó madera; leña.
houdada crecimiento; tamaño grande; aumento o hinchazón. Crecer (de tamaño), aumentar, hincharse, abombarse, hacerse grande.
houhwo roble del valle (*Quercus lobata*).



houm grande, largo, extenso y amplio, resistente, duradero.
hóv residencia, vivienda. Morar, habitar o vivir (en un lugar).
manhóv vivir en una casa, o en una casa (por tanto, existir).
hóvinye visitar, permanecer un tiempo, ser invitado, estar de visita.
hoyfit mapache (*Procyon lotor*).
hú dos.
húge división, separación, partición, alejamiento. Partir, dividir o separar dos cosas; repartir en dos partes.
húgele correr (sobre dos patas).
húi ser o persona bípedo; ser humano, hombre o mujer. Tener humanidad.
huppaida salto con ambos pies juntos.
hur soporte, cimienta; vehículo; lo que transporta. Sostener, transportar, tomar, sostener, basar.
hurga pata (de silla, mesa, etcétera); pedestal, soporte.

HW

hwa sol. Brillar, refulgir (como el sol).
hwadíúha sur.
hwaha suroeste.
hwai tiempo (momento del día en que se produce un hecho, instante en el tiempo, espacio de tiempo). Medir el tiempo.
hwan amarillo, dorado.
hwapeweyo la estación seca (aproximadamente de mayo a octubre).
hawavgediú mañana, horas anteriores al mediodía.
hwavgodíú mediodía.
hwavgemaló tarde, horas después del mediodía.

hwavgomaló atardecer, últimas horas del día.

hwe 1. (precede al obj.) frente a, antes (en lugar o tiempo). 2. (después de un verbo) adelante; en o hacia delante.

hwefesent tren, el tren.

hwerin caballo.

ohwerin yegua.

tahwerin, hwerina semental.

pehwerin caballo castrado.

klin potro.

hwette roble achaparrado (*Quercus dumosa*).



hwette súdrevífoun *Q. durata*.

hwik mitad. Partir en dos.

hwikonoy mula hembra; mula.

tahwik mula macho.

hwo roble (árbol o madera de éste).

hwovwon bellota.

hwoi ayuda, colaboración, asistencia. Ayudar, socorrer, asistir.

hwol aliento. Exhalar, soplar.

hwots un juego de dados.

hwu residuo industrial que se presenta como sustancia fragmentaria o fibrosa, fundamentalmente en la tierra firme o como contaminante del agua.

hwún olivo, madera de olivo; aceituna.

hway 1. (sigue al obj.) detrás, posterior a. 2. (después de verbo) atrás, detrás, hacia atrás.

hwayhwe inversión, paradoja. Invertir, poner del revés.

wehwyahwe invertido, paradójico, del revés.

I

im aquí.

ime labio.

ímehú labios.

imhai aquí y ahora.

rru imhaian en este lugar y en este momento.

in (prefijo diminutivo. Poco, pequeño, -ito).

inye pequeño, corto, breve. (Véase también *diftú*. La mayoría de las criaturas vivas de pequeño tamaño eran *inye*, no *diftú*, salvo quizá las tortugas u otros seres pequeños pero destacados por su longevidad).

irai hogar. Estar en casa, estar cómodo.

iraiwoi dad marcharse a casa.

íríwin halcón del valle, halcón de alas rojas o de hombros rojos.

ishavó tierras vírgenes, tierras sin cultivar, naturaleza silvestre. Ser silvestre, no doméstico.

ishavólen gato silvestre (*Felisdomesticus* asilvestrado).

ísítut lirio silvestre (*Iris spp.*).

íúgó cénit; altura máxima, cumbre.

iya eje; conexión; espiral; fuente, inicio, centro. Conectar, originar, dar inicio.

iyakwun amor a, amor mutuo, interdependencia; amor al pueblo y a las gentes; amor cósmico.

iye energía, potencia en acción. Trabajar, funcionar.

K

ka venida. Venir.

kach ciudad (palabra no usada para referirse a las poblaciones de los kesh).

kada ola, onda. Ir y venir; moverse como una ola.

kailíkú codorniz del valle (*Lophortyx californica*).



kaiya vuelta, giro. Dar vueltas, girar.

kakaga cauce seco de un río o corriente de agua. (El lecho de una corriente de agua llena se denomina *genakaga* o *nahevha*).

kan el acto de entrar, penetración. Entrar, penetrar.

kanadra pato (silvestre o doméstico).

kaou salida; residuo, desperdicio. Salir, manifestarse.

karai llegada, regreso al hogar. Volver a casa.

ke (generalmente prefijo) mujer, hembra, género femenino.

kekosh hermana (véase *kosh*).

kemel Marte (planeta).

kesh 1. valle, esp. El valle del río Na; otras variantes de éste: keshheya, amakesh, rrukesh, keshnav. 2. persona, gente, habitante del valle del Na; variante: kesivshe. 3. idioma de los habitantes humanos del valle del Na; variantes: arrakeshiv, arrawekesh.

keshe, kesho mujer, persona o ser femenino.

kevem sándalo.

kinta guerra. Hacer la guerra.

kintash guerrero.

kintashúde los Guerreros (Sociedad).

klei, kley ser o persona de cuatro patas; animal.

klema las Cuatro Casas del Cielo; (como adj.) Cuarta Casa, de las Cuatro Casas.

klemahóv, klemashe habitante de las Cuatro Casas. Habitar en las Cuatro Casas; es decir, ser o existir como tal; también, en algunos casos, estar muerto, no haber nacido todavía, ser irreal, ser mitológico, ficticio, histórico o eterno. En el texto, el término *klemashe* se ha traducido en general por persona o gente del Cielo.

kliltí planta herbácea (*Adenostoma*).

kod maíz.

kosh hermano/a. A continuación se enumeran los términos que describen a los hermanos biológicos:

kekosh hermana de madre.

takosh hermano de madre.

souma media hermana, hija del padre pero no de la madre.

dúchatat medio hermano, hijo del padre pero no de la madre. Los términos para los hermanos de una misma casa (sin necesidad de que exista entre ellos parentesco biológico) son:

makosh hermano o hermana de casa.

makekosh hermana de casa.

matakosh hermano de casa.

(Véase la sección «[Parentescos](#)» en el texto).

koum artesanía, creación, confección. Convertir, dar forma.

gokoum forma, silueta.

kulkun montaña. (Ama Kulkun, la montaña Abuela, es el volcán dormido de la cabecera del valle del Na).

kwaiyó corazón, en el sentido metafórico. Ser emocional, sensibilidad, emoción, sentimientos; el intelecto en el aspecto de las sensaciones, el conocimiento informado por los sentidos, el conocimiento físico. Pensar y sentir, conocer físicamente o con la mente y el corazón.

kwaiyó -woi dad gustar.

L

lahe sueño. Dormir.

lama coito, cópula. Copular, hacer el amor.

lamewenun pasión sexual, deseo o amor sexual. Amar, desear sexualmente.

lemaha belleza. Ser bello, hermoso.

lení gato (*Felis domesticus*).

olen gata.

lena gato macho.

bínbín cachorro de gato.

leste correr a cuatro patas (especialmente los animales pequeños).

lim cabello, pelo.

lír sueño; visión. Soñar, tener una visión.

lírsh visionario.

líyi parecido, semejante; al parecer.

lonel lince o gato montés (*Lynx rufus*).

louswa hundimiento. Hundirse; desaguar.

lúte amole (*Chlorogalum pomeridianum*).

M

m, me y; también; además de.

ma casa (morada), casa (principio social/cósmico).

machumat carcachil (*Pipilo spp.*).

mal colina, otero.

maldou ascenso; ascensión, subida. Ascender, subir; escalar.

maló descenso; bajada. Descender, bajar. Hacia abajo.

mamou madre (biológica).

mane (habitualmente adj. partitivo) algo de; no todo; una parte de.

manhóv el acto o situación de vivir en una casa o pertenecer a una casa. Vivir en una casa o casa; habitar, residir.

manhóvoud comunidad, comensalidad. Convivir, vivir junto con.

marai familia, vivienda familiar.

med enea, emento; extensión de eneas o carrizos.

meddelt izquierda; Brazo Izquierdo (de la figura de la *heyiya-if*).

mehoi atender, prestar atención a.

memem semen.

míp ratón (cuando no se conoce o especifica su especie concreta).

argímíp ratón de las salinas (*Reithrodontomys*).

mibí ratón de campo o de agua (*Microtus spp.*).

útí ratón ciervo (*Peromyscus*).

mo vaca, ganado bovino.

amo vaca.

momota toro.

mudí buey, novillo.

aihamo, aihama ternera.

muddumada murmullo, zumbido. Murmurar, zumbir; hervir a fuego lento.

múdup conejo de matorral (*Sylvilagus*).

mun arcilla.

súmun arcilla azul, o de alfarero.

N

na río; especial. El río que fluye por el valle donde vive el pueblo kesh. Fluir como un río.

nahai libertad. Ser libre.

nahe agua.

nen para, por.

nó tranquilidad, clama; meditación; silencio. Estar tranquilo; estar inmóvil; permanecer callado.

O

o (prefijo o sufijo que indica género femenino)

ó, ók (generalmente precediendo al obj. o como prefijo de éste) bajo; debajo de; abajo.

ób (precede al obj.) a, hacia (véase también *woi*).

ógo nadir; profundidad.

ohú (interrogativo, indicando que la frase es una pregunta; casi siempre aparece al principio de la frase, pero puede colocarse en cualquier lugar de ésta).

ohuhan ¿cuánto? ¿cuántos? ¿cómo? ¿de qué manera?

óló garza (*Ardea*).

ólun laurel de California (*Umbellularia californica*); árbol, arbusto, madera, frutos y hojas de laurel (los dos últimos, utilizados como condimento).



om ahí, en ese lugar.

rrai om, rrai om pehain allí y entonces, en aquel lugar y ocasión (fórmula narrativa).

one quizás, acaso.

ónhayú música. Ser músico o hacer música.

ónkama canción. Cantar.

onoy asno, borrico.

opal rana (*Rana spp.*)

ósai hueso.

ou perro de caza. Aullar.

oud (generalmente sufijo del obj.) con, junto a, acompañado de.

oudan (generalmente, sufijo del obj.) con; dentro de; entre, en mitad de.

ouklalt derecho; en o del Brazo Derecho.

oun (siguiendo al obj. o como sufijo de éste) en, encima de, sobre.

óya tranquilidad, comodidad. Estar tranquilo, estar cómodo.

wóya fácilmente.

hanóya fácilmente, con facilidad.

geved hanóya sentarse relajadamente, por ejemplo en la meditación.

P

p, pe (prefijo que indica negación o privación)

paó logro; siembra; eyaculación, orgasmo masculino. Conseguir, lograr; sembrar cereales; eyacular, tener orgasmos (el varón).

parad prado, campo sin cultivar, barbecho.

pawon sostener, transportar en las manos, en brazos o junto al cuerpo.

pehai entonces (no ahora; en otro tiempo. El entonces secuencial, señalando lo siguiente en el orden de acontecimientos, es *ense*).

peham que no respira, que no vive, muerto.

peke (habitualmente prefijo) varón, del género masculino.

pekesh forastero, persona que no pertenece al valle.

pekeshe hombre; ser masculino.

pema extranjero, persona sin casa.

perru otro; el otro.

perrukesh valle (otro distinto del valle del Na).

peshai sequía.

peweyo parte porción; región, área, lugar; era, período de tiempo.

wakwav peweyo lugar de las danzas, zona sagrada.

shaweiv peweyo, gochey peweyo espacio común, plaza principal de la ciudad.

poud separado, separadamente; aparte; solo, apartado.

poya dificultad, dolor.

sepoya duro, difícil, doloroso.

pragasí verano; tiempo caluroso.

pragú resplandor; brillantez. Resplandecer, refulgir.

púch arbusto espinoso, especial. Arvejal (*Pickeringia montana*).

púl si no.

R

rahem almas (las diversas almas de un ser, o las almas de muchos seres).

rava habla, idioma, lengua. Hablar con o sin palabras, decir (véase *arra*).

recha caza, cacería. Cazar.

rechúde, rechúdiv hedom Logia de los Cazadores.

reysh línea; cualquier cosa muy larga, fina y recta.

húreysh el Tendido, la vía del tren.

rip costilla, radio de rueda, barra.

ro (pronombre reflexivo) uno mismo.

rón cuidado. Cuidar; llevar con cuidado, prestar atención.

uvrón cuidadoso, atento.

roy valor. Ser valiente, intrépido.

oweroy valiente (mujer); utilizado como nombre propio.

rrai (adj. o pron. demostrativo) ese/a, ése/a, eso.

rru (adj. o pron. demostrativo) este/a, éste/a, esto.

rrotouyó o **rrunenyo** porque; debido a; a causa de.

rruway cosmos, universo.

S

sa firmamento. Cielo.

sasham atmósfera.

sahamdaó viento. Soplar el viento, o igual que éste.

sahamnó aire calmo, ausencia de viento.

sas o **dessas** serpiente de cascabel (*Crotalus*).

saya (puede preceder o seguir al obj.) a través de.

sayaten enviar un mensaje, comunicar.

sayagoten mensaje.

she sayageten, sayatensh mensajero.

sei capuchina (*Calochortus sopp.*).

sense (puede preceder o seguir al obj.) siguiente, a continuación; después, detrás;

después que.

seppí lagarto de seto (*Sceloporus*).

set liso, llano, plano. Alisar, aplanar, nivelar.

setaik (precede al obj.) anterior; delante de; antes, antes que.

sev hierba, hierbas.

sevai 1. Funda, caja, envoltorio. Envolver, enfundar. 2. Enfermedad degenerativa mortal. Estar afectado por esta enfermedad.

seyed ojo.

huseyes ojos.

(Las palabras que empiezan por SH aparecen aparte, a continuación de las iniciadas por S).

sitshidu invierno; tiempo frío.

sobe conducta, comportamiento. Comportarse, conducirse.

sóde árbol. Crecer como un árbol o tomar una forma semejante a éste.

sósóde bosque, selva, terreno arbolado.

soun colibrí (*Calypte anna*).



stad peligro, riesgo.

stanai arte, habilidad, pericia; hacer o practicar algo con habilidad, hacer (algo) bien.

stechab ofrecer.

gostechab ofrenda, objeto que se ofrece.

stid halcón.

yestik halcón peregrino (*Falco peregrinus*).

inyesti gavián (*F. sparverius*).

stou, dou (generalmente precede al obj. o aparece como prefijo) encima; arriba; sobre; encima de.

stre, sústre grajo, arrendajo (*Aphelocoma coerulescens*).

su blanco; sin color. Blancura. Ser blanco.

sú azul; azul violáceo. Calidad de azul. Ser azul.

súdrevidó serpentina (ropa).

súdrevidóvma la Casa de la Serpentina.

sum cabeza; cumbre, cima.

súmun arcilla azul, arcilla de alfarero.

súmunivma la Casa de la Arcilla Azul.

susha gris, o de un color mixto de tonos ligeros o fríos; pálido.

SH

sh (sufijo que indica persona que realiza la acción; puede equivaler a *-ero* u *-or*).

sha gris, o de un color mixto de tonos oscuros y fríos.

shahu océano.

malov shahu el océano Pacífico.

shai lluvia. Llover, caer como la lluvia.

shaipeweyo estación de las lluvias (aprox. de noviembre a mayo).

shansa (plural) algunos, unos pocos, un poco.

shasóde pino excavador (*Pinus sabiniana*).



she persona; personas, gente; ser; personalidad, yo. Ser una persona, existir (como persona o como ser).

sheiye trabajo, negocio, manufactura, industria. Trabajar, hacer, actuar, estar activo.

shestanai artista, artesano, confeccionador.

shewey todos, todo el mundo; todas las cosas; (como plural) todo, cada.

sho como, igual que.

shókó 1. Variedad de pájaro carpintero (*Culaptes*). 2. Movimientos múltiples repetidos; centelleo; luz oscilante. Moverse o danzar (muchas personas o muchos objetos), centellear, parpadear o brillar con luz tenue y vacilante.

shou grande (pero no necesariamente resistente; véase *houm*. Una montaña sería *houm*; una gran nube sería *shou*. La mayoría de las criaturas vivientes sería *shou*, no *houm*).

shun (sufijo) en.

T

ta (prefijo o sufijo) masculino, de género masculino, hombre.

tabetúpah miniatura dramática (un género de la literatura oral).

tai (prefijo o sufijo) encima; sobre.

taidagam insecto zapatero (también *amhudade*).

taik (precede al obj.) antes; previo; delante de.

tar fin, final, término. Finalizar, terminar, llegar al/a un final.

tat o **bada** padre (biológico).

tavkach ciudad del hombre; es decir, civilización.

ten enviar.

tetiswou murciélago (*Myotis* o *Pipistrellus*).

tibro víbora real (*Lampropeltis*).

tíódwa verde azulado, color turquesa.

tís miel.

to círculo; rueda. Formar o dar vueltas en círculo, rodear, girar o dar vueltas como una rueda. (Si la figura o movimiento no es completo o es en espiral, la palabra utilizada será *toudou* o *heyiya*).

TOK (no es palabra kesh) lenguaje de ordenador enseñado a todos los programadores humanos por las centrales de la ciudad de la Mente, y utilizado en forma oral y/o escrita como lengua franca entre los seres humanos con diferentes idiomas.

tom bola, esfera; redondez; redondo, esférico.

tomhoi cumplimiento, consumación, satisfacción; completar, cumplir, satisfacer; consumir.

típ guardar, conservar.

tópush guardián, conservador.

tótóp tesoro, abundancia. Acumular.

tou (prefijo que indica que el sustantivo es el sujeto del verbo; también señala al agente en una construcción en pasiva, en cuyo caso puede traducirse como «por»).

toudou círculo o anillo abierto o roto; movimiento circular que no termina totalmente sobre sí mismo. El movimiento de una rueda de molino se describe mediante la palabra *to* (véase más arriba), pero el movimiento del agua que entra y sale de la noria se describe mediante el término *toudou*.

tramad muerte; acto de matar. Morir; provocar la muerte; matar.

tregai oca (*Anser* o *Branta*).

tregaiavarra ocas salvajes en bandada.

trum oso (¿*Ursus americanus*? Las imágenes y descripciones apuntaban hacia un animal de mayor tamaño, pero podría tratarse de exageraciones; se comentaba que su pelaje era siempre negro u oscuro, pero con el vientre blanco o gris).

trunued restos de un ser vivo después de la muerte: carne, cuerpo del difunto, madera, tallos de hierba y carrizos, etcétera; cuerpo, en el sentido de organismo muerto (el cuerpo vivo es *chunú*).

tú a través (de una sustancia, un agujero, un pasadizo; véase *dú*).

tun (sufijo) de, desde, procedente de.

túpúde (plural) algunos, más que unos pocos, una buena cantidad.

U

ubbu medio; mediano. Estar en el medio.

úbiú lechuza (generalmente la lechuza blanca, *otus asio*).

úbishí lechuza bodeguera (*Tyto alba*).

ud, **udde** (prefijo que indica que el nombre es el complemento indirecto del verbo).

uddam útero. Estar embarazada.

uddamten, **uddamtunten** nacimiento, parto. Parir, dar a luz.

uddamgoten nacido; haber nacido.

uddamgotenshe el que ha nacido; existir (sólo referido a seres animados).

úde 1. (plural) una cantidad o grupo de, cierto número de. 2. (afijo que indica un grupo, rebaño, agrupación, etcétera; por ejemplo, *kintashúde*. Sociedad de los Guerreros; *galikúde*, rebaño de ciervos).

údín Saturno (planeta).

údou abierto; abertura. Abrir.

úl «si» (condicional).

úm vacío, hueco. Vaciar.

úmí abeja, abeja melífera.

unne amor, confianza, amistad, afecto, atención amorosa. Amar, confiar, ser amigo.

úrlele libélula.

ushud asesinato. Matar injustificadamente, sin razón, de manera incorrecta, en el lugar o momento inadecuados; asesinar.

úti ratón ciervo (véase *míp*).

uv (prefijo que indica el uso de la palabra como adj.; puede traducirse como «caracterizado por, capaz» o «apto para, -oso», etcétera).

uvlemaha hermoso.

uvyai atento, cuidadoso, diligente.

úyúma rosa (*Rosa californica*).

V

v, **iv** (sufijo que indica posesión; puede traducirse por «de, perteneciente a»; también con el sentido de «hecho de, consistente en», etcétera. Así, *nahevna*: río de agua; *navnahe*: agua del río, agua-río).

vaheb sal.

vahevha el Viaje de la Sal.

vahevhedom la Logia de la Sal.

vana todavía no; casi; no del todo; por poco.

vave, nube, en especial la nube de tipo cúmulo y cirro.

ved asiento. Tomar asiento; sentare.

geved hanóya sentarse cómodo; meditar, practicar la meditación.

vedet enfermedad congénita grave.

ven (sufijo) a, hacia (en especial hacia un lugar).

verou cuarzo.

vesheve niebla, neblina, nube baja, tiempo nublado. Nublar, estar nublado, cubierto o lleno de niebla.

vetúlou juego practicado a caballo, con una pelota y unas palas, similar al polo.

veya (plural) algunos, un par, más de uno pero no muchos.

viddí debilidad. Estar débil.

vodam tierra adentro.

kavodam viajar tierra adentro; es decir, dejar de ser célibe.

vón sombra. Producir sombra, sombrear.

vou (sufijo) fuera, más allá; fuera de (véase *bou*).

vúre arenas, arenas.

W

wakwa manantial, fuente de agua; ceremonia, festividad, rito, ritual, práctica ceremonial; danza; misterio. Manar, fluir de una fuente, aflorar; celebrar o participar en una ceremonia, festividad o ritual; bailar; ser misterioso, participar de un misterio.

wakwana manantial de agua, cabecera de un río, fuente de un curso de agua.

we (prefijo que indica el uso de la palabra como adj.; puede traducirse por «-ano, -ado», y otras terminaciones típicas de adj.)

wenha encontrar, descubrir.

wenhash explorador, buscador (plural: *wenhaúde*).

wenhav hedom la Logia de los Buscadores.

wenum deseo, ansia. Desear, querer, ansiar, amar, gustar de.

weshole malo, insatisfactorio, mísero, vil.

wey todo; conjunto, totalidad; entero, enteramente.

weyewey todo, todos los lugares y ocasiones.

wisúyú sauce (*Salix*), árbol y madera de éste.

wo semilla. Ser semilla; sembrar.

woi, woy (sufijo) a, hacia (véase también *ób*).

won huevo. Ser un huevo; aovar.

wotun aumento, maduración. Crecer, madurar, aumentar en el ser (para crecimiento de tamaño, crecimiento material, véase *houdada*).

wu, wud (prefijo) de nuevo (indica acción repetida; puede traducirse por «re-»).

wudun cambio, transferencia, ciertas formas de trueque. Cambiar. La Central (terminal[es] de ordenador de la ciudad de la Mente).

wukaiya retorno, repetición. Regresar; repetir.

wurrai relato, cuento; ficción; invención. Contar, narrar un cuento, tramar, inventar.

wurrarap declamación; informe; narración. Contar, repetir, informar, elaborar un informe, declamar, recitar.

wuyai reflejo. Reflejar; devolver una imagen; reflexionar, ponderar.

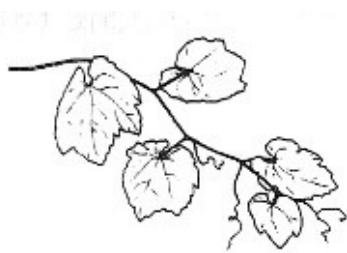
Y

ya (prefijo, o precediendo al obj.) por; por medio de.

yabre vino.

raiv yabre vid (*Vitis vinifera*).

sódev yabre vid silvestre (*Vitis californicus*), utilizada como reserva de cepas para injertos de vides de cultivo.



yai mente; pensamiento; intelecto. Pensar, prestar atención a.

yaivkach la ciudad de la Mente, una red de ordenadores autónoma u organización de inteligencia artificial, representada en las comunidades humanas por las terminales denominadas *wudun*, centrales.

yakle, yakleda caminar o avanzar a cuatro patas.

yaklegele, yaklele correr a cuatro patas.

yambad (literalmente, «generosamente») por favor. (Indica el modo imperativo cuando se utiliza con un verbo, por lo general con *híó*).

ye (prefijo que indica el uso de la palabra como adv.; puede traducirse por «-mente»).

yebshe dar rendimiento, producir.

yem orilla, ribera de un río o corriente de agua.

yí nota (musical).

geyí tono musical.

yik barca, embarcación. Navegar, recorrer las aguas en una embarcación.

yó, yówut para; con vistas a, de modo que.

yówai coyote (*Canis latrans*).

yówayo la Coyote.



Z

z (sufijo; indica que la palabra está en el Modo de las Cinco Casas, utilizada únicamente en el habla coloquial).

Canción del tartamudeo

De la biblioteca de Wakwaha

Tengo una manera distinta, tengo una voluntad distinta,
tengo una palabra distinta que decir.

Regreso por la carretera rodeando el costado,
por el camino exterior, por la otra dirección.

Hay un valle, y no hay colinas en torno a él.

Hay un río, y no tiene riberas.

Hay personas, no tienen cuerpo,
y bailan en el valle, junto al río.

He bebido agua de ese río.

Estoy bebido toda mi vida, tengo la lengua torpe,
y cuando bailo me tambaleo y caigo.

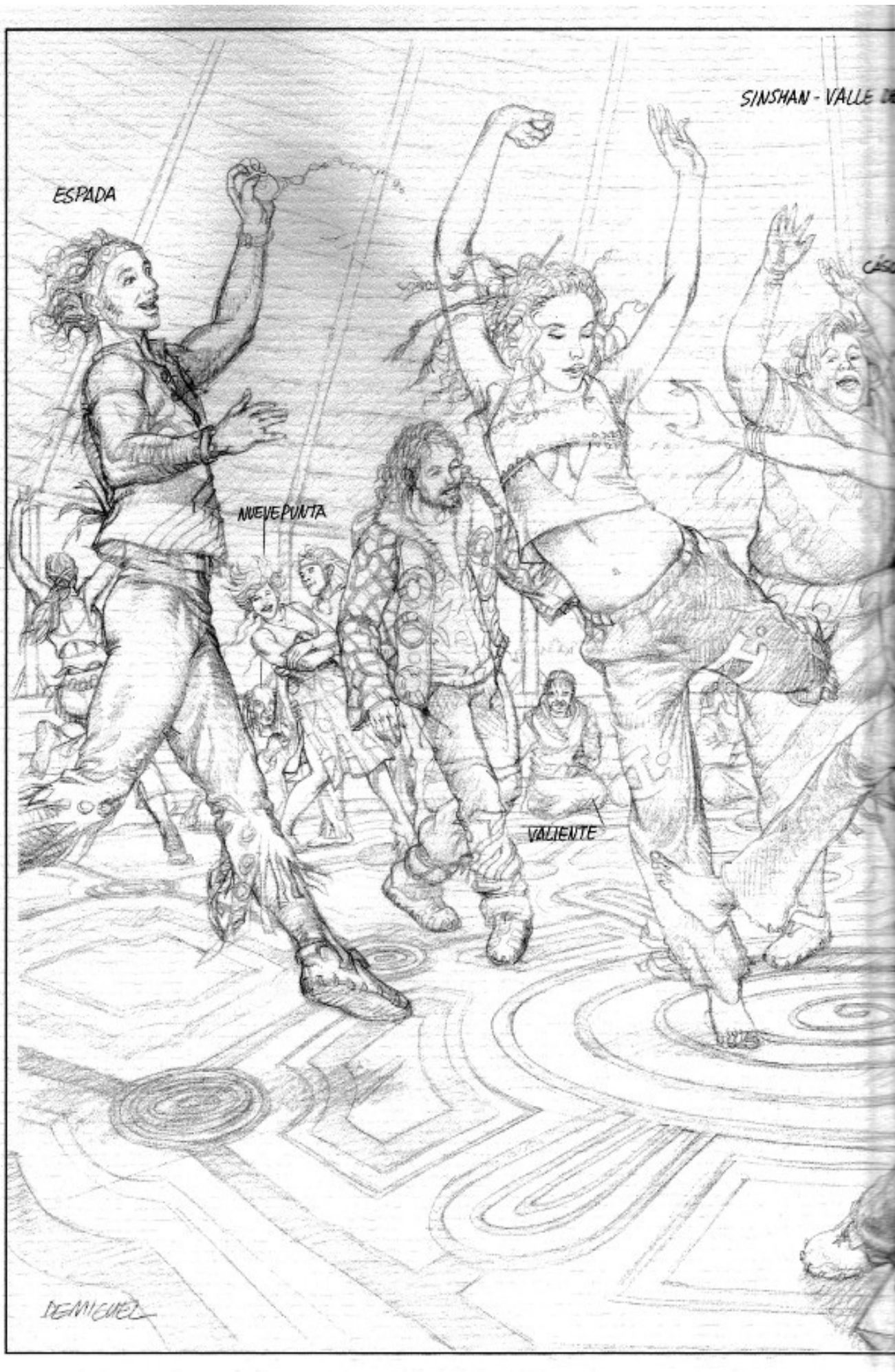
Cuando muera volveré por la carretera exterior
y beberé agua de ese río y me pondré sobrio.

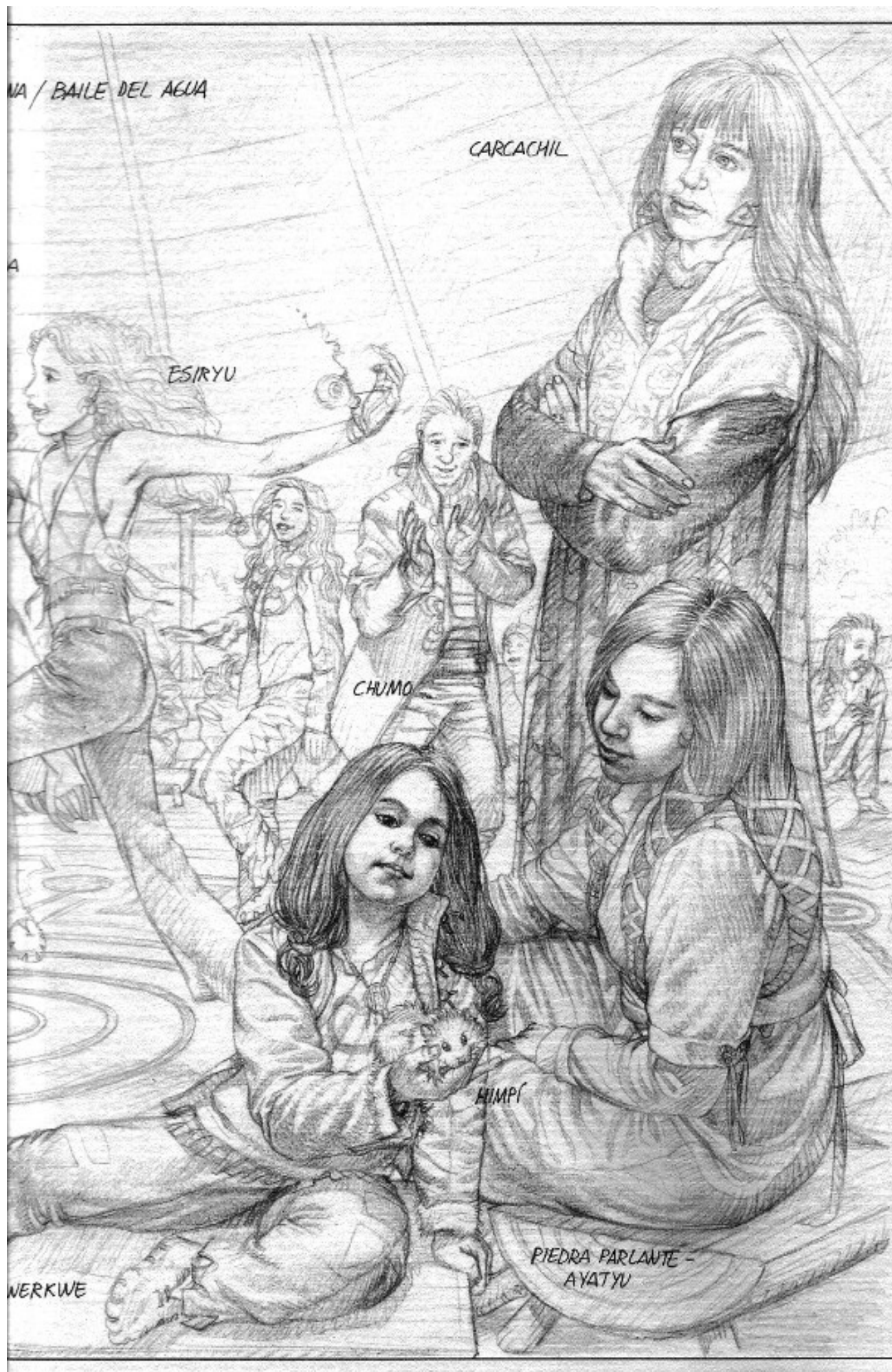
Hay un valle, rodeado de altas colinas.

Hay un río, con sauces en sus orillas.

Hay personas, sus pies son hermosos,
y bailan en el valle, junto al río.







Notas

[1] En la versión inglesa, los tiempos verbales de estos versos y de otros con esa misma forma están en un presente utilizado al contar leyendas, narrar sueños, hablar de los difuntos, y en las declamaciones ceremoniales. El infinitivo español traduce bastante bien este «presente intemporal». <<

[2] El *Códice Serpentina* quizás ayude a clarificar un poco esta imagen. En el brazo izquierdo del heyiya-if, el símbolo del Todo, los cinco colores eran el negro, azul, verde, rojo y amarillo, dentro o fuera del centro: el brazo derecho del símbolo era blanco. El brazo izquierdo era la naturaleza mortal; el derecho, la eternidad. <<

[3] La Serpiente de Cobre podría referirse a un tratamiento ritual para quienes padecían reuma. <<

[4] La montaña —Ama Kulkun, la montaña Abuela—, las fuentes del río Na y Wakwaha-na, la ciudad de las fuentes, eran los lugares más sagrados para la gente del valle. La ascensión a la cumbre de la montaña «tras las huellas del puma» o «al modo del halcón» era una excursión espiritual solitaria que la mayoría de los habitantes de las Nueve Ciudades emprendía tarde o temprano, una vez o más en su vida. <<

[5] El ginkgo es un árbol que presenta dimorfismo sexual. Los árboles hembra no suelen plantarse cerca de los machos para que no se produzca la fecundación, ya que el fruto expele un hedor espantoso. En la literatura kesh, el ginkgo está asociado a la homosexualidad, tanto en la sátira como en la celebración. <<

[6] Debido a su imperfecto conocimiento de las sutilezas de la lengua oral kesh, Terter Abhao utiliza el pronombre «nosotros» que incluye a la persona a quien se dirige, y una forma del verbo «ir» que implica una distancia corta por un breve lapso de tiempo. Sauce entendió por tanto que le decía algo así como: «Tú y yo podemos pasear juntos un rato antes de la Danza del Mundo». <<

[7] En las improvisaciones de los Payasos, el lenguaje era dislocado deliberadamente para lograr un efecto subversivo (como en las imágenes y poemas surrealistas). Abhao efectuó inadvertidamente una de tales dislocaciones al decir que su esposa y su hija le «pertenecían». La gramática kesh no establece una relación de propiedad entre seres vivos. Un lenguaje en el que el verbo «poseer» es intransitivo (y en el que «ser rico» y «dar» son una misma palabra) tiene muchas probabilidades de convertir con excesiva frecuencia al extranjero que lo habla, y al traductor, en un payaso. <<

[8] «unos ratones secos»: tupúde úti gosútí. <<

[9] El adjetivo kesh que corresponde a ‘rico’ es *weambad*, de la palabra *ambad*, que como verbo significa ‘dar’ o ‘ser generoso’ y, como sustantivo, ‘riqueza o generosidad’. Sin embargo, la palabra utilizada por Espino en la narración era *wetotop*. Este término viene de *top*, que como verbo significa ‘tener’, ‘guardar’ o ‘poseer’ y, como nombre, ‘posesión’ o ‘cosa usada’. En su forma duplicada, *totop*, equivale a ‘acaparamiento’, ‘atesoramiento’, ‘propiedades ocultas o no utilizadas’. La forma *wetotop*, como adjetivo, hace referencia a la persona que acumula, al avaro. En consecuencia las personas que no poseen mucho porque frecuentemente entregan sus cosas son ricas, mientras que quienes dan poco y se quedan mucho son pobres. Para mantener el sentido de la frase he tenido que traducir «pobre» por «rico», pero la equivalencia con nuestros términos *tacaño*, *avaro*, *avaricia*, demuestra que la perspectiva kesh no siempre nos ha sido ajena. <<

[10] Yestik, el halcón peregrino, nombre frecuente entre los Buscadores. <<

[11] *Fumo* es un término que se utiliza para indicar las concreciones, habitualmente blancuzcas o amarillentas, de antiguo origen industrial y de un peso específico casi idéntico al del hielo. En ciertas zonas del océano hay cinturones de fumo, y algunas playas están compuestas casi por entero de pequeñas partículas de fumo. <<

[12] NOTA DE LA TRADUCTORA

«... aprendió arboricultura con el hermano de su madre... y con los árboles hortícolas de todas clases». [Y a lo largo de todo el relato].

Nosotros diríamos, más bien, que aprendió *de* su tío *sobre* los árboles frutales; sin embargo, ésta no sería una traducción fiel del sufijo «*oud*», ‘con’, ‘junto con’, que se repite a lo largo de este texto. Aprender *con* el tío y *con* los árboles da a entender que el aprendizaje no es la transferencia de algo a alguien por parte de otro, sino un tipo de relación. Además esa relación se considera recíproca. Tal punto de vista parece irremisiblemente enfrentado a la distinción entre sujeto y objeto que la ciencia considera fundamental. Sea como fuera, parece ser que los experimentos o manipulaciones genéticas de Árbol Blanco poseían una sólida base técnica, y que no ignoraba las teorías relacionadas con tales labores; es evidente que consiguió exactamente el objetivo que se había propuesto. El tipo de árbol resultante lleva además su nombre. Estamos ante un caso manifiesto, usando nuestro lenguaje, de control del hombre sobre la naturaleza. Sin embargo, esta frase resultaría intraducible al idioma kesh, en el que no existe vocablo alguno para naturaleza salvo *ella*, el ser. En todo caso, los kesh consideraban la pera de Buen Tiempo como el resultado de una colaboración entre un hombre y algunos perales. La diferencia de conceptos resulta muy interesante. <<

[13] Juego algo similar al polo, que se practicaba a caballo con una pelota de mimbre calada que se recogía y se lanzaba mediante una pala cóncava de mango largo, también de mimbre; véase la sección «Juegos», en «La parte final del libro». <<

[14] Sevai significa funda, vaina. Este término se aplicaba también a una enfermedad degenerativa congénita que afectaba a los nervios motores y, en su última fase, al sistema nervioso simpático. Esta dolencia, que guardaba una evidente relación con antiguos residuos de toxinas industriales existentes en las tierras y las aguas, era poco frecuente en algunas regiones del planeta y tenía una mayor incidencia en otras. En el valle, aproximadamente una cuarta parte de los embarazos tenían como resultado la muerte del recién nacido a causa del sevai, y el porcentaje era similar entre los animales. Como señala Picamaderos, cuanto más tardaba en hacer su aparición la enfermedad, más lenta y leve era su progresión, pero ésta siempre tendía inexorablemente a provocar la incapacidad física, la ceguera, la parálisis y, por último, la muerte. <<

[15] *Ayash* significa tanto ‘maestro’ como ‘alumno’, tanto ‘docente’ como ‘disciente’, y se corresponde con nuestros términos «erudito» o «estudioso». Los eruditos de un *heyimas* eran hombres y mujeres con inclinaciones intelectuales o religiosas, y estaban a cargo de esa casa. <<

[16] Ésta es una imagen poco habitual para referirse a los dos Brazos del Mundo, las Cinco casas de la Tierra y las Cuatro casas del Cielo. <<

[17] El relato de Kamedan difiere en varios aspectos de lo expuesto por el narrador en el capítulo primero de la novela sobre los hechos acaecidos la tarde de la desaparición de Whette. <<

[18] Modo del Cielo y modo de la Tierra. «¿Whette en una visión, o Whette en carne y hueso?». El diálogo de este fragmento es en metros de cuatro sílabas. <<

[19] Razas de perros; véase «Algunas de las demás gentes del valle», en «La parte final del libro». <<

[20] ‘Ser rico’, o ‘dar’, es *ambad*; ‘aprender’ es *andabad*, y ‘regalo’, en el sentido de talento o capacidad, *badab*. Piedra Parlante hace un pequeño juego de palabras para demostrar que su educación no fue totalmente en vano. <<